
Juan Ramón
PATERNA MENDOZA
Bajo la luz de un
RELÁMPAGO
TENNAeD

# BAJO LA LUZ DE UN RELÁMPAGO

Juan Ramón
PATERNA MENDOZA

TENNAeD

© TENNAeD 2026
© J.R. PATERNA MENDOZA
jrpatmen@hotmail.com

Bajo la luz del relámpago
ISBN 0000000000000
Depósito Legal 0000/2026

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ya sea por medios electrónicos o mecánicos, fotocopiado o captación de imágenes de la misma, sin autorización expresa de los titulares del copyright. La vulneración de derechos de autor constituye un delito contra la propiedad intelectual sancionado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril.

Para reproducir fragmentos de esta obra deben dirigirse al Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO).

## Contenido

1
2
3
4
5

6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59

# 1

Cuando descendió del coche nada hacía presagiar que las nubes fueran a desplomarse sobre el valle de un modo tan súbito y virulento, pero así era aquella tierra en agosto: imprevisible, incluso para eso. Los partes meteorológicos llevaban días anunciando una lluvia que no había hecho acto de presencia en todo el verano; ahora, en cambio, se precipitaba con tal fuerza que dudó si abandonar el amparo de los árboles. Si lo hacía llegaría empapado a la casa, y no tenía ánimo para más incomodidades. Esa noche no. Solo deseaba la sobriedad de un ritual básico: una cena ligera, el amargo consuelo de un somnífero, y acostarse cuanto antes. Y dormir, aunque solo fuera a la fuerza, por unas horas. Borrar de su pensamiento, siquiera por ese breve intervalo, la conversación que aún le ardía por dentro. La discusión con su mujer, su exmujer, en realidad, aunque los papeles del divorcio continuaran aguardando una firma que ninguno se decidía a estampar, había dejado en él un poso de desaliento que no podría sacudirse fácilmente. Todo lo que había imaginado para esa noche se había desvanecido como una vaharada de vapor: la copa de vino frente al televisor, las ideas todavía inmaduras del proyecto que lo aguardaba tras las vacaciones, la conversación con su madre, condenada a largas horas de silencio en una casa demasiado grande... Esos pequeños propósitos se desvanecían en su consciencia con la misma discreción con la que se aplazan las labores postergadas largo tiempo, esas que solo incomodan cuando algo nos recuerda que tenemos cuentas pendientes. Por eso, sin más meditaciones estériles, regresó por sus pasos y acudió a paso ligero para recuperar el paraguas que siempre llevaba en el maletero. Las luces del coche iluminaron frugalmente el horizonte cuando accionó el mando a distancia, un destello corto pero lo suficientemente potente como para vislumbrar las cortinas de agua que caían en un ángulo sesgado sobre el asfalto ya empapado, provocando las primeras rieras en los arcenes de la vieja carretera. Entonces fue cuando lo vio, un instante, un somero reflejo en los charcos, y después, tras el sobresalto, centrado ya en aquella visión, una silueta inconfundible que parecía llevar allí impertérrita

desde siempre. Aunque se cubría el cuerpo con un gabán largo que le llegaba hasta más abajo de las rodillas, y la cabeza con una gorra de tela con la visera hacia atrás bajo la capucha, pudo reconocerlo al primer vistazo. Ni la extraña indumentaria, ni los cinco años transcurridos desde que desapareciera, le creó la más mínima duda. Las piernas le flaquearon de tal modo que tuvo que apoyarse en el capó para poder dedicar toda su atención a aquella silueta oscura que emergía de entre las cortinas de agua como un espectro imaginario que levitara para avivar aún más la ampulosidad sobrehumana que proyectaba. Había pasado mucho tiempo, pero no toda una vida, que era lo que se precisaba para purgar la culpa que lo había asolado desde aquella maldita noche en que no regresó a casa de su abuela y él le quitó importancia al hecho cuando ella lo llamó preocupada. «Ya no es un niño, se habrá entretenido con sus amigos, quizás con su hermano», esgrimió para aplacar el desasosiego de su madre, ese instinto que te dice que está pasando algo extraño. Desde entonces no podía desprenderse del remordimiento que le rasgaba hasta el alma, y no solo porque estuviera convencido de que aquel tiempo en que él dormía plácidamente resultó crucial para que jamás pudieran encontrarlo, sino porque él no pudo experimentar siquiera un resquicio de ese temor que sintió su madre. Ahora, al verlo allí parado, mirándolo en la distancia como un depredador que observa a su presa, tenía la sensación de que solo había regresado para pedirle cuentas. Por un momento pensó que se trataba de una alucinación, algo que estaba dentro de su cabeza, una especie de imagen que su conciencia proyectaba sobre las cortinas de agua para hostigarlo como las noches de insomnio que venía soportando desde aquel fatídico día que su vida cambió para siempre. Pero no, en esa ocasión no se trataba de un sueño, algo que pudiera achacar a su imaginación para sacudirse el problema. Ahora estaba allí, y él corriendo por el bosque bajo un fuerte aguacero en busca de su hijo.

# 2

Cuando entró en la casa llevaba la cara descompuesta, como si una parálisis le hubiera dejado los pómulos retrepados para resaltar los ojos en aquel rostro cadavérico que arrastraba como un ánima grotesca. Pero lo que la potente luz de la entrada no pudo evidenciar, ni tan siquiera reflejarse en el espejo del recibidor, lo observó su madre apenas llevó su mirada hacia la entrada, como una señal inequívoca de que algo nefando había ocurrido. Por un momento temió que hubiera cometido una locura, que hubiese puesto fin de un modo violento a las constantes trifulcas que sostenía con su esposa, una mujer que lo único que había hecho desde que lo conoció fue quererlo, pese a que sabía que no lo merecía. Pero ella era su madre, la que lo había parido, y, aunque se empeñaba en redimirlo de aquellos demonios que había heredado de su padre, en esa ocasión no pudo aferrarse a la presunción de siempre, esa que le decía que tan solo eran imaginaciones suyas, que él jamás sería capaz de hacerle daño. Pese a los achaques, se levantó como un resorte y lo encaró antes de que le diera tiempo a subir las escaleras y encerrarse en la habitación juvenil que había recuperado tras veinticinco años de ausencia, la que ella había mantenido intacta, como su memoria, lista para cuando regresara, porque en el fondo siempre supo que acabaría enclaustrado en aquel refugio de adolescente. Lo cierto es que ya no esperaba que volviera, pero al menos le había servido a ella para calmar la obsesión que la había mantenido desde entonces en un duermevela, una anciana que deambulaba por la casa como un alma en pena, esperando que Dios se la llevara de una vez, aliviando de ese modo el desasosiego acumulado en cinco años de incertidumbre.

- ¿Qué ha ocurrido? —apremió, temblequeando de pavor al ver que agachaba la cabeza para ocultar sus ojos al escrutinio voraz de ella.

- Lo he visto —musitó él, apenas con un hilo de voz.

La mujer observó con estupor sus ojos vidriosos cuando lo obligó a que levantara la cabeza, y aguardó asustada una explicación que aplacara su propia inquietud, tartaleando los labios a la espera de

una respuesta que, pese a la avidez de su mirada, que parecía suplicar de anhelo, no llegó. Esta se quedó en el aire, sumida en una vacilación que tremolaba su cuerpo como si se tratara de un viejo decrépito. Cuando al fin se deshizo del paraguas, la mujer regresó al salón y se revolvió para mirarlo, intentando contener los malos presentimientos tras los labios enfurruñados que amenazaban con desbordar toda la angustia que retenían dentro.

- ¿Cómo está Nadia? —se atrevió a preguntar, incapaz de inferir el verdadero significado de su exigua respuesta, pues aquello que su hijo decía haber visto aún no había calado en su consciencia.

- Hemos vuelto a discutir —admitió, avergonzado como cada vez que su madre le preguntaba tras regresar de la visita de los lunes, si bien en esa ocasión dejó traslucir en su voz un tono diferente, como si aquello se hubiera convertido ya en una costumbre de tanto repetir la misma cantinela semana tras semana—, pero eso es lo que menos importa ahora.

- ¿Cómo que no importa? —clamó su madre, reprendiéndolo a manotazos, convencida de que se había atrevido a ponerle la mano encima, como tenía por costumbre su marido para con ella, en cuyos ojos encendidos de ira y resentimiento veía ahora el reflejo de los de su hijo.

- Lo he visto, madre —le dijo, sonriendo a sus ademanes, tan livianos ya, que los arrostraba sin apenas darse cuenta.

- ¿A quién has visto? —alzó su voz añeja, rota por los sinsabores y el tiempo, molesta por el modo en que intentaba esquivar el trasfondo de la conversación, lo mismo que hacía siempre que le preguntaba por su nuera.

- A David.

La mujer enmudeció. La impresión que le causó aquella revelación la dejó paralizada, como si un peso colosal se hubiera posado sobre ella para hundirla poco a poco en un tremedal viscoso. Solo fue consciente de lo que le había ocurrido cuando se encontró sobre el sofá, tumbada de medio lado, con los labios empapados de una saliva espesa que le cosquilleaba las comisuras de la boca como una lombriz inquieta.

- ¿Cómo puedes hacerme esto? —balbuceó al ver a su hijo tras la nebulosa que le mostraban los ojos, una imagen distorsionada sin las gafas de présbita.
- ¡Te digo que es cierto!, ¡lo he visto afuera! —replicó encorajinado, harto de que lo tomaran por loco.
- ¿Y cómo sabes que era él, por qué no está aquí contigo? —preguntó con un hilo de voz, sonriéndole con tristeza al tiempo que alzaba una mano para acariciarle la cara, esperanzada en que entendiera que aquello solo estaba en su cabeza, y que si continuaba con aquella obsesión acabaría perdiendo la cordura, si es que la poca que le quedaba no lo había abandonado ya.
- Apenas he podido verlo un instante.
- Pero… —La mujer se incorporó despacio, sin dejar de mirarle a los ojos—. ¿Dónde está? —acució al ver que meneaba la cabeza de arriba abajo para aseverar lo que ella era incapaz de creer, intentando ponerse en pie.
- Se ha marchado —musitó, apesadumbrado.
- ¿Y por qué has dejado que se marche? —urgió, asolada por las lágrimas, que brotaron de sus ojos como un reguero de sangre espesa.
- No he tenido oportunidad de decirle nada, solamente se dejó ver ante los faros del coche, y después desapareció entre los árboles —gruñó enfurruñado, señalándose los zapatos embarrados para darle a entender que había corrido tras él infructuosamente.

La mujer aferró sus brazos, intentando zarandearlo, pero los reproches se le quedaron atorados en la garganta. Ya no se sentía capaz de hacerlo entrar en razón, de hacerle ver que aquella obsesión estaba matándolo.

- ¿Por qué has dejado que se marche? —preguntó poco después para seguirle la corriente, expuesta a que aquella actitud condescendiente lo enfureciera.

En ese momento advirtió que su hijo le apartaba la mirada para ocultar la culpa que lo asolaba desde que su nieto los abandonara, la misma que le había dejado una herida en el alma por la sospecha de que él era de algún modo el responsable de aquella desaparición.

- Ya te he dicho que no he tenido oportunidad de decirle nada. No creo que ni siquiera tuviera intención de dejarse ver. Supongo que vigilaba la casa, y no esperaba que me diera la vuelta para regresar a por el paraguas. Estaba al borde de la carretera, bajo la lluvia, y solo pude verlo un instante cuando se encendieron los faros del coche.
- ¿Estás seguro de que era él?, ¿no podría tratarse de otra persona?
- No olvidaría esa mirada ni en cien años —repuso con calma, meneando la cabeza en un gesto que rezumaba sarcasmo, como si la mujer hubiera perdido la cabeza—, ¿olvidas que es mi hijo?
- Tienes que salir en su busca, no puedes dejar que desaparezca otra vez. —La mujer se revolvió, nerviosa, intentando pensar, aferrándose a aquella idea descabellada, pese a que sabía que acabaría desquiciándolos—. Tenemos que llamar a Nadia, puede que ella sepa algo, quizás esté con ella —dijo al fin, esperanzada en que su nuera le quitara aquellas locuras de la cabeza.
- Ella no sabe nada, de haberlo sabido no habríamos…

La mujer supo al instante porqué su hijo enmudecía, pero lo dejó estar, preocupada ahora por sí misma.

- Entonces, ¿qué piensas hacer?
- Ahora sabemos que se encuentra bien, que es lo importante. Si quiere volver, aparecerá más pronto que tarde. Lo más probable es que esté confundido, quizás avergonzado, solo habrá que darle tiempo.
- ¡Dios mío!, Mateo, tenemos que avisar a Nadia de inmediato.

El hombre soltó unos refunfuños, pero entendió que no podía arriesgarse a que David se presentara ante su madre y todo se precipitara de un modo incontrolable. Pese a todo, su mente le dijo que lo último que le faltaba ahora era aguantar los reproches de una loca histérica. A regañadientes, se incorporó y alcanzó el teléfono.

- ¡Carmen!, ¿cómo estás? —respondió su esposa antes de que le diera tiempo a abrir la boca.
- Soy yo —le dijo—, aguardando a que soltara los improperios que habían quedado pendientes un rato antes.

- ¿Cómo está tu madre? —insistió ella, que no podía imaginar otra razón por la que la llamara desde su casa que no fuera que su suegra había sufrido algún achaque.
- Mi madre está bien, al menos lo estaba hasta enterarse de lo ocurrido —le dijo con sorna.
- Mira, Mateo, ahora no estoy para adivinanzas, ¿qué intentas decirme?
- David ha regresado —soltó tras recrearse en la escena que imaginaba al otro lado de la línea.
- ¿Ya estás otra vez con eso, es que no te cansas nunca de martirizarnos?
- Hace un rato, cuando salía del coche, he podido verlo un instante, pero después se ha marchado, no he podido hablar con él, ni siquiera verlo de cerca, pero te juro que lo he visto.
- Mateo, hemos hablado de esto mil veces —replicó, harta ya de tanta insensatez.
- No, te juro que esta vez era él, pude verlo claramente.
- Tu hijo está muerto, hazte a la idea, murió hace mucho tiempo, seguramente el mismo día que desapareció, ¿es que nunca piensas aceptarlo? —alzó ella una voz que acabó quebrándose, hostigada por un repentino llanto.
- Hablas como si no fuera tu hijo también, como si no quisieras que regresara.
- ¿Ya estamos otra vez con esa historia, con los reproches y las insinuaciones? Pero, ¿sabes?, ya no me haces daño —repuso ella con calma, aún entre sollozos.
- No pienso seguir discutiendo, mañana mismo iré a la policía y les contaré que lo he visto merodeando la casa.
- Acabarán encerrándote en un siquiátrico, aunque quizás eso sería lo mejor que pudiera pasarte —chilló al tiempo que lanzaba el teléfono sobre el sofá.

Mateo se revolvió hacia su madre con gesto de incredulidad al ver que le había colgado, maldiciendo para sus adentros por no afrentarla. Después soltó el aparato sobre la mesilla y se dirigió

hacia las escaleras, resoplando para retener dentro la ira que lo abrasaba cada vez que hablaba con la madre de sus hijos.

- Me voy a la cama —le dijo a su madre al ver que ella exigía a reniegos una respuesta.

- ¿No vas a cenar?

Como su hijo se limitó a menear la cabeza antes de desaparecer tras los balaustres de la escalera, Carmen acudió a la cocina y vació la fuente en la que había preparado la ensalada en el cubo de la basura, sorbiéndose las lágrimas. Durante un rato, mientras se desahogaba restregando con saña todo cuanto había quedado sobre la fregadera, intentaba rememorar el rostro de su nieto, la risa fácil que siempre lo acompañaba, tan perenne que le había dejado dos hoyuelos en la comisura de los labios. Se perdía en esa imagen falsaria que su propia imaginación había recreado para hacerle olvidar los malos momentos de los últimos meses, aquellas rabietas inexplicables, las malas contestaciones que siempre justificó con la edad y las hormonas, cuando se dio cuenta de que volvía a repetir la misma escena de siempre, aquella en que todo acababa mal, y se restregó las manos en el delantal para espantar los fantasmas, harta ya de tanto desasosiego, de tanto sobresalto, de discusiones estériles que solo servían para hacerse daño. A veces pensaba que aquellos reproches sin sentido, las insinuaciones maliciosas, incluso las mentiras de la policía, que todos creían a pies juntillas porque era lo único que tenían a lo que poder aferrarse, eran el mejor consuelo que podían esperar. Cualquier otra cosa era revivir el momento de la desaparición, la angustia de las primeras horas, los sobresaltos de los teléfonos o la presencia de los investigadores con sus preguntas capciosas. Sin embargo, ahora era diferente, pues cualquier otra cosa pasaba por la certeza de que ya no había esperanza, y a eso sí que no estaba dispuesta. Mientras tuviera vida la viviría esperando a que su nieto apareciera, pese a que sabía que después de tanto tiempo eso ya no ocurriría más que en la mente enferma de su hijo.

Un fogonazo tras los cristales anunció la llegada de un trueno, que se demoró varios segundos, señal inequívoca de que el centro de la tormenta se encontraba ya lejos. Mientras se acercaba a la ventana

para asegurarse de que estaba bien cerrada suspiró, aliviada por ello, pues siempre la habían asustado las tormentas, y más aún los apagones que solían acompañarlas, un pensamiento que resultó como una mala premonición, ya que en ese mismo momento se fue la luz, y todo lo que le alcanzaba la vista a través de los cristales quedó sumido en la más profunda oscuridad. En la distancia pudo ver los reflejos de los faros de algunos coches, que circulaban por una carretera lejana, pero solo eran puntitos en el horizonte que aparecían y desaparecían como estrellas fugaces, incapaces de aportar un ápice de claridad. Por eso, cuando un nuevo fogonazo que se abrió paso entre los nubarrones que descargaban con fiereza en ese momento iluminó fugazmente el parterre que circundaba la casa, la silueta de un joven ataviado con un extraño gabán y una gorra se le reveló con la misma claridad que el relámpago que acababa de atravesar el horizonte para hacerle ver que era posible que ella también estuviera volviéndose loca. El grito de espanto que escapó de sus entrañas catapultó a su hijo escaleras abajo todo lo aprisa que le permitió la oscuridad, temeroso de que le hubiera ocurrido algo. Cuando oyó sus sollozos en la cocina, la enfocó con la linterna del móvil y se plantó ante ella, sorprendido al verla con las manos sobre la boca, mirando fijamente hacia la ventana. Se acercó a la cristalera para ver qué era lo que causaba su espanto, pero allí no había más que oscuridad, la misma que había dejado atrás hacía ya cinco años, cuando desapareció su hijo.

# 3

La comisaría bullía como siempre, sumida en la vorágine a la que la arrastraban las desgracias que allí se acumulaban. Los cliqueos de los teclados retumbaban a través de las cristaleras como agua de tormenta, la misma que había dejado la noche anterior una humedad que se deslizaba por entre los cuerpos para anunciar que allí no había tregua, pese a que el zumbido del aire acondicionado se significaba como un ciclón tropical.

- Inspector Frízer —llamó su atención uno de los uniformados, haciendo que el joven alzara los ojos por encima del monitor que ojeaba en ese momento.

- ¿Qué ocurre? —respondió el inspector con la misma sonrisa que se ponía al levantarse cada mañana, la que dibujan los que disfrutan con su trabajo, y que aún no le habían borrado los sinsabores y los fracasos.

- Un hombre pregunta por el inspector Rosales.

- ¿Y no le has dicho que ya no trabaja aquí?

- ¿Cómo iba a decirle eso?

- ¿De quién se trata? —preguntó en un refunfuño con el que evidenciaba la poca gracia que le hacía tener que ser siempre él el portador de las malas noticias.

- Dice que se llama… Mateo Alería —dijo tras consultar una cuartilla que llevaba en las manos—, y que tiene información sobre su hijo, un tal David Alería Percal, un muchacho que desapareció hace unos años. El caso lo cogió Rosales cuando lo destinaron aquí.

- Está bien, dile que pase —accedió, alargando un brazo para que le entregara el papel.

El inspector tecleó rápidamente el nombre que figuraba en la hoja, aguardando con inquietud el resultado, que se demoró varios segundos más de lo habitual, como si el servidor se tomara su tiempo para rescatar un dosier arrumbado en lo más profundo del sótano de silicio. Apenas pudo echar una ojeada cuando el hombre apareció junto al agente, pues se había centrado en la fotografía que presidía el informe, y no le había dado tiempo más que para

profundizar en los ojos del joven, anodinos en su color, como los suyos, nada que destacara más allá de la alegría que llevaban dentro, lo propio en un muchacho de alrededor de veinte años al que jamás le ha dolido nada ni ha pasado hambre. Se puso en pie de un salto y le ofreció la mano, que llevó hacia una silla apenas la estrechó el visitante, despidiendo de inmediato al agente con un sutil gesto hacia la puerta. Mateo Alería se acomodó, procurando que los nervios no lo traicionaran y dejara escapar por la boca los mismos exabruptos con los que se despidió de allí mismo el día que le dijeron que ya se había hecho todo cuanto se podía hacer, y que el juez había decidido cerrar el caso.

- Señor… Alería, soy el inspector Mark Frízer, ¿qué puedo hacer por usted? —dijo al ver que el hombre no se arrancaba.

- El caso es que esperaba ver al inspector Rosales, él fue quien se encargó de dirigir la investigación por la desaparición de mi hijo cuando todo el mundo había tirado ya la toalla —repuso con la causticidad que le permitía la diferencia de edad, calculándole unos treinta años, suficientes para ostentar ese título del que presumía, pero pocos para acumular la experiencia que debería tener para exhibirlo.

- ¿Tenía usted alguna relación personal con el inspector Rosales? —quiso saber Frízer antes de entrar en detalles, no fuera a ser que metiera la pata y la información le causara un desmayo.

- Bueno, no, solo era una relación profesional, lo que acurre es que el hombre se involucró personalmente, por eso le estoy muy agradecido.

- Pues lo siento mucho, pero voy a tener que darle una mala noticia.

- ¿Lo han trasladado? —intuyó, extrañado, intentando rememorar la imagen del inspector, al que no veía desde hacía varios meses.

- Falleció hace unas semanas, una enfermedad de esas rápidas que no le dejan tiempo a uno ni de despedirse, algo del páncreas. —Aguardó a que el hombre procesara la información y, cuando lo creyó recuperado del sobresalto, por si su forma de expresarse le había parecido irrespetuosa, le dijo que él no había tenido la suerte de conocerlo, de ese modo se evitaba tener que darle más

explicaciones, el típico parte médico que todo el mundo demanda para justificar lo ocurrido, pero que a él lo incomodaba tanto o más que los pésames a las viudas que se escenificaban en las películas de detectives.

- Entonces, ¿ahora se encarga usted de estos casos? —preguntó Mateo Alería tras el desconcierto que le causó la inesperada noticia.

- Bueno, esta es la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las personas, aquí, entre otras cosas, nos encargamos de investigar las desapariciones.

- ¿Ha tenido tiempo de revisar el informe? —preguntó al ver que mientras le hablaba no paraba de consultar la pantalla.

El inspector ladeó el monitor para que pudiera ver la ficha de su hijo, señalando la fotografía.

- Veo que desapareció sin dejar rastro hace cinco años —dijo, dando a entender que eso era lo único que sabía—. Según veo aquí, el caso se cerró, ¿qué excusa le dieron para justificar eso?, ¿acaso apareció alguna prueba de que se encontraba con vida, o de que había fallecido?

- En realidad, lo que motivó que dejaran de investigar fue la ausencia total de pruebas, desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Llevaba su móvil, la documentación y algunos objetos personales que echamos de menos, aunque no tenemos la seguridad de que se los llevara. Pero ahora, al fin, he podido verlo.

- ¡Cómo que ha podido verlo!, ¿acaso ha aparecido?

- Esa es la razón por la que estoy aquí —aseguró, sonriendo al sobresalto del inspector—. Anoche pude verlo un instante frente a mi casa, bueno, frente a la casa de mi madre, ahora vivo con ella. La desaparición de mi hijo supuso un duro golpe para mi esposa, y eso nos pasó factura, ahora estamos separados.

- ¿Y qué le dijo su hijo, cómo justificó su desaparición durante todos estos años?

- No pude hablar con él, solo lo vi un instante.

Mateo Alería entendió en el gesto de contrariedad del inspector que debía explicarle las circunstancias del encuentro, de otro modo, entendía que lo más probable fuera que no le hiciera caso, algo a lo

que, por otro lado, ya se había acostumbrado en cinco años de palmadas en la espalda y portazos de despachos. Comenzó su relato desde el momento en que aparcó el coche tras la empalizada que rodeaba la casa y se vio obligado a volverse para coger el paraguas, y después expuso detalladamente hasta las vestimentas que llevaba su hijo. El inspector le escuchó atentamente, recreando en su mente las imágenes que el hombre le describía como si las estuviera viendo en el cine. Mateo Alería agradeció que no lo interrumpiera, más aún que no hiciera el menor gesto que delatara su parecer hasta conocer todo el relato al completo. Cuando esto ocurrió, se quedó mirándolo, aguardando con expectación contenida la utópica resolución del inspector que aseguraría que enseguida iban a conformar un operativo para buscar a su hijo.

- Entonces, apenas pudo verlo un instante, a la luz de los faros de un coche, bajo una lluvia intensa… además, ¿dice que huyó a la carrera hacia el bosque en cuanto se vio sorprendido?

- Eso es, lo que ocurre es que me pilló tan desprevenido que no tuve tiempo de reaccionar. Le grité, pero para cuando me interné en la espesura tras él, ya había desaparecido en la oscuridad.

- ¿Qué lo lleva a estar tan seguro de que se trataba de su hijo, y no de algún fisgón que andaba por allí vigilando la casa para asegurarse un allanamiento cómodo?, ¿no se ha planteado esa posibilidad?, después de cinco años, eso sería lo más razonable.

- Créame, conozco a mi hijo, y sé que era él.

- ¿Y por qué piensa que huyó?

- Supongo que solo pretendía verme, pero como yo me di la vuelta sorpresivamente y lo vi a la luz de los faros del coche, echó a correr hacia el bosque, doy por hecho que fue una reacción instintiva, por eso luego regresó.

- ¿Cómo que regresó?

- Mi madre pudo verlo poco después a través del ventanal de la cocina.

- ¿Su madre? —preguntó, contrariado—, ¿y también lo reconoció?

- No tuvo la menor duda.

El inspector pensó preguntarle qué edad tenía su madre, si tenía buena vista, si vivía el asunto con la misma obsesión que parecía atenazarlo a él, pero entendió que eso no lo llevaría a ninguna parte, todo lo más a enfadarlo. Tras unos minutos de meditación en los que se entretuvo añadiendo al informe lo que el hombre le había contado, decidió que lo mejor era echar una ojeada a los alrededores de la casa, convencido de que alguien andaba fisgando por allí con no muy buenas intenciones.

- ¿Tienen alarma en la casa?

- No, se trata de una casa vieja, allí no hay nada que pueda interesar a nadie.

- Sería conveniente que instalaran una, por si acaso, y alguna cámara, así sería más fácil sorprender a su hijo si regresa.

El inspector Frízer estuvo a punto de decirle que de ese modo no tendrían que estar pendientes a todas horas, pero selló sus labios, temeroso de que lo enojara la sutil condescendencia, que ya comenzaba a incomodar al hombre, cuya inquietud se veía reflejada en los constantes movimientos que hacía con las piernas.

- Entiendo que dé más valor a la hipótesis de que se trate de algún ladronzuelo, solo le pido que no rechace la posibilidad de que en realidad sea mi hijo sin haber intentado localizarlo.

- Voy a poner lo ocurrido en conocimiento del comisario —repuso tras un suspiro con el que intentó disfrazar de sumisión lo que en realidad le suscitaba todo aquel asunto, sonriéndole para que se tranquilizara—. Si él me autoriza, intentaré encontrar alguna prueba de que se trata en realidad de su hijo, de ese modo es probable que podamos conseguir que se reabra el caso.

- ¿Y qué es lo que piensa hacer?

- Como le digo, lo primero es la autorización de mis superiores para poder actuar, si la obtengo, que no lo dudo —dijo para contentarlo, pues no imaginaba cómo iba a lograr convencer al comisario con tan paupérrimos argumentos—, me pasaré por su casa e intentaré buscar huellas de pisadas. Por fortuna, con la lluvia de la pasada noche el suelo estará reblandecido, y espero que haya quedado algo.

- Con eso solo tendrán la confirmación de que alguien rondaba la casa, pero no veo que eso sirva para encontrar a mi hijo.
- No menosprecie nuestras capacidades, señor Alería —le replicó, sonriendo con suficiencia—. Las huellas nos llevarán a alguna parte, ya sea un lugar en donde se aparcó un vehículo, donde haya una cámara de seguridad, o alguien que paseara a un perro al que hubiese llamado la atención algo extraño, todo es cuestión de paciencia y dedicación, pero, como le digo, para eso necesito la autorización de mis superiores. Y ahora, si no tiene inconveniente, le agradecería que me anotara en esta hoja la dirección de la casa en la que asegura haberse personado su hijo, todos los teléfonos de contacto… y también el de la madre.
- Mi mujer piensa que estoy loco, eso es lo que le dirá, e intentará que no hagan nada, como siempre.
- ¿Por qué dice eso?, ¿piensa que ella ha perdido ya la esperanza de encontrarlo?
- La perdió demasiado pronto —acompañó Mateo Alería a un suspiro sarcástico.
- ¿Insinúa que su madre pudo tener algo que ver en la desaparición de su hijo? —se revolvió con sobresalto, alzando la vista por encima del monitor para atisbar su reacción.
- Todos tuvimos algo que ver, indudablemente, cómo íbamos a imaginar que mi hijo iba a marcharse, pero nunca he podido entender cómo es posible que mi mujer pasara página tan pronto.
- Quizás tuviera apoyo profesional, me refiero a sicólogos, ¿usted no se sometió a alguna terapia para intentar superar semejante trauma?
- Ambos lo tuvimos, por supuesto, pero una cosa es sobrellevar una desgracia como esta y otra bien distinta rendirse, más aún cuando jamás apareció el menor indicio de que le hubiera ocurrido ningún percance.
- En fin, déjeme hablar con mis superiores, seguro que podemos hacer algo —le dijo, poniéndose en pie para ofrecerle la mano—. De todos modos, si tengo autorización, en cuanto pueda me pasaré por su casa para echar una ojeada, si le parece bien.

- Oh, sí, por supuesto, estaré esperándolo.

El inspector Frízer lo acompañó hasta la puerta de la comisaría, donde volvió a estrecharle la mano, mirando con pena cómo se alejaba, con unos andares lentos que quien no lo hubiera visto de cerca habría podido pensar que se trataba de un anciano. A la engañosa observación ayudaba el modo en que el hombre se apoyaba en el paraguas, un artilugio extravagante con aquel calor de agosto, pese a que el cielo plomizo que pintaba de gris las calles recomendaba el incordio de pasear aquella salvaguarda. Cuando lo perdió de vista en la escalerilla del metro se dio media vuelta y regresó a su despacho, dispuesto a leer el informe completo del caso Alería, que así era como se le había bautizado en el Departamento. Bajo el nombre, David Alería Percal, que figuraba en letras bien grandes, y la fotografía, se encontraban todos los datos personales del muchacho, incluso sus datos biométricos, un hecho que venía a corroborar lo que se decía poco más abajo, que se trataba de un joven atlético que practicaba varios deportes, sobre todo natación, disciplina en la que había logrado varios récords regionales con apenas diecinueve años, así como atletismo y gimnasia. En todas las reseñas había enlaces, que clicó para observar con detenimiento los muchos vídeos que acompañaban el informe, todos ellos protagonizados por el joven desaparecido, la mayoría colgados en Facebook por familiares y amigos, pero algunos de ellos reportajes en YouTube de emisoras de televisión que habían retransmitido los eventos en los que había participado, todos ellos con el protagonista en el podio, y casi siempre en lo más alto. No advirtió que todos los enlaces lo dirigían a servidores externos hasta que en uno de los cliqueos el programa le advirtió de que la conexión no era segura, y retrocedió, no fuera a ser que dejara entrar un virus en el sistema y se metiera en un lío. Entonces clicó sobre los enlaces que detallaban el caso, que figuraban en la parte inferior del informe, observando con estupor que se encontraban vacíos.

# 4

El inspector Frízer entró como una exhalación en el despacho del comisario, que en ese momento despedía a otro compañero y le hizo señas para que entrara al verlo aparecer refunfuñando.

- A ver, ¿qué te pasa? —acompañó el comisario a un cabeceo anuente cuando ambos estuvieron acomodados alrededor de la mesa, cargada esta de cachivaches oficinescos y pilas de carpetas, que señalaba sutilmente para hacerle ver que tenía mucho trabajo.

- A primera hora apareció por mi despacho un tipo llamado Mateo Alería —le dijo, sonriendo al ver que enarcaba las cejas con asombro.

- Uf, menudo hueso, menos mal que la prensa se cansó de intrigar y nos dejaron tranquilos, porque no había por dónde tirar.

- He podido ver que el caso lo llevó el inspector Rosales.

- Así es, lo trasladaron aquí para que se encargara, porque nosotros ya no éramos capaces de tirar para ninguna parte. Me consta que le dio muchos quebraderos de cabeza al pobre hombre, yo creo que eso ayudó a… bueno, a lo que le pasó. ¡Maldita sea!, de haberlo sabido lo habría apartado del caso… en fin, ahora ya solo podemos lamentarnos. Pero bueno, ¿qué es lo que quería ese hombre?, pensé que aquello ya lo habían dejado atrás.

- Según me ha dicho, su esposa ya ha pasado página y ha aceptado que no volverá a ver a su hijo, pero él no lo tiene tan claro, incluso ha venido para decirnos que lo vio ayer merodeando por su casa.

- No es la primera vez que asegura haberlo visto, por eso no hay que hacerle mucho caso. Todo el equipo hizo cuanto se podía hacer, y también Rosales, pero no se encontró nada. Lo más probable es que esté muerto, por mucho que nos pese.

- Asegura que también lo vio su madre.

- La recuerdo, pobrecilla —susurró, entrecerrando los ojos para rescatar de su memoria la imagen de la mujer, con una entereza que los sobrecogía a todos.

- No, me refiero a la madre de Mateo Alería, no a la del muchacho desaparecido.

- ¡Ah!, la abuela del chaval —dijo, manoteando el aire—, no debes darle el menor crédito, ya estará muy mayor, y es lógico que se aferre a lo que sea. Si su hijo dice que ha visto a su nieto, ella se agarrará a eso como sea, aunque le queme.
- He intentado acceder a los informes de Rosales, pero no hay nada. Solo están los datos del desaparecido y los enlaces a vídeos y artículos periodísticos en los que se relatan sus logros deportivos, pero ni siquiera he podido ver dónde estudiaba, ni qué especialidad había cursado.
- Me consta que el equipo interrogó oficialmente a más de doscientas personas, y vete a saber a cuántas de manera extraoficial, gente que conoció al chaval, sus compañeros de estudios, amigos, pandillas que aparecían en sus vídeos de las redes, hasta familiares lejanos. De todo eso se encargó también Rosales en los meses que estuvo con nosotros, y tampoco pudo encontrar rastro alguno.
- Pues en los enlaces no aparece nada —insistió, encogiéndose de hombros para hacer patente su extrañeza.
- Ya sabes que Rosales era muy de tomar notas a mano, era de la vieja escuela. Lo más probable es que se limitara a crear los enlaces del informe, pero sin anotar nada. Además, ten en cuenta que el asunto involucró en los primeros días de la desaparición a más de cien agentes, todos ellos con sus respectivas pesquisas, y que el que coordinó todo aquello fue sustituido por Rosales cuando ya habían pasado más de tres años de la desaparición. De hecho, si no hubiera sido por la presión de la prensa, a la que acudía regularmente el padre del muchacho para que no lo olvidaran, el pobre Rosales jamás habría pisado esta Unidad.
- Entonces, ¿dónde deben de estar sus notas?
- En el archivo, sin duda, allí estará todo en las estanterías, y lo que no esté en los servidores estará en discos duros o memorias portátiles.
- Le he prometido al hombre pasar por su casa para comprobar lo que me ha contado, al menos no se sentirá ninguneado, pero antes

me gustaría echar una ojeada a los informes, espero que no tengas inconveniente.
- ¿Y qué esperas encontrar en esas notas?, si decenas de agentes especializados no fueron capaces de averiguar nada en tres años de investigación, ni Rosales sacó nada tras dieciocho meses de interrogatorios, ¿qué vas a encontrar tú ahora, después de cinco años? —le dijo, pese a que su gesto no delataba rechazo, algo que el inspector advirtió de inmediato, y que lo alentó a insistir.
- No voy a negar que el caso me suscita cierta curiosidad, pero en realidad lo hago por el pobre hombre. Aunque no sirva para nada, merece que le hagamos un poco de caso. Le diré lo que quiere oír, y se quedará tranquilo.
- Bueno, vete a su casa y habla con él, pero no pierdas mucho tiempo en ese asunto, todos los organismos competentes estuvieron de acuerdo en que no había nada que hacer, y lo mejor es no desperdiciar recursos, sobre todo cuando se nos amontonan otros casos más perentorios —parafraseó, señalando la obviedad que descansaba sobre su mesa.
- Por cierto —dijo el inspector Frízer cuando ya se levantaba para marcharse—, ¿se dio aviso a Interpol?
- Sí, claro. Recuerdo que el chaval había visitado varios países para competir, y se valoraron hasta las hipótesis más inverosímiles, como que hubiera podido conocer a alguien en alguna de esas salidas al extranjero que lo hubiera ayudado a desaparecer, pero nada. De todos modos, ya saben que el caso se cerró, por lo que ya se habrá abandonado el seguimiento.
- Muy bien, entonces, si no tienes inconveniente, bajaré al archivo a echar una ojeada a los informes de Rosales.
- Si no descuidas tu trabajo, puedes hacer lo que te dé la gana, pero hazme un favor —le dijo el comisario, que se quedó aguardando a que asintiera—. No alientes los utópicos anhelos de unos padres, por muy legítimos que sean, ni les des falsas esperanzas. Todos sabemos que ese chaval no va a aparecer, y si aparece, será un cadáver.
- Si al menos apareciera un cadáver, podrían pasar página.

- Así es, pero eso sí que es una quimera.
- ¿Llamas al archivo entonces? —preguntó el inspector tras atravesar el umbral de la puerta.
- Sí, no te preocupes, daré orden de que pongan a tu disposición cuanto les pidas.

Frízer advirtió cierto retintín en la capitulación, más aún en la sonrisa condescendiente con la que lo despidió, pero lo congratuló el hecho de que se dispusiera a rebuscar el teléfono, que andaba perdido bajo las carpetas. Cerró la puerta del despacho tras un cabeceo de respeto, y se encaminó a paso ligero hacia el archivo, aunque antes se detuvo para preguntar sobre el caso a la compañera con la que más había intimado en los meses que llevaba allí, una experta en redes que recaló en la Unidad para ponerse al frente de la oficina Telemática, y que ya se encontraba destinada allí cuando desapareció David Alería.

- Hombre, Mark, ¿qué te trae por mi guarida? —le dijo la mujer al verlo asomar a la cristalera.
- Hola, Silvia, ¿estás muy liada? —preguntó al ver que ella detenía el frenético movimiento de dedos con el que aporreaba un teclado en ese momento.
- Sí, como siempre, pero ya sabes que para ti hago un hueco como sea, incluso vacío el florero para poner las rosas que me vas enviar mañana —le dijo, tan seria que acabaron los dos riendo.

Frízer se adentró en el despacho apresuradamente y se dejó caer sobre una silla, señalándole la pantalla para hacerle ver que precisaba alguna información que ella podía proporcionarle. Silvia asintió, y colocó las manos sobre el teclado como un pianista, presta a recibir los datos.

- Me da que esa carilla de pillo oculta algo, ¿acaso lo que me vas a pedir precisa de una orden judicial que no te han dado?
- No, qué va, se trata del caso Alería —repuso, haciendo que Silvia desdibujara la sonrisa como si la hubiera abofeteado.
- Pobre gente, no puedo ni imaginar por lo que habrán pasado. Si desapareciera así alguno de mis hijos, me moriría.

- El padre ha estado esta mañana en mi despacho, y me ha dicho que ha visto a su hijo merodeando por su casa.
- Pobrecillo, ese hombre está perdiendo la cabeza, y no me extraña, vaya cruz les ha caído, además de perder a un hijo, tener que vivir toda la vida con la incertidumbre de no saber qué le ha pasado.
- El comisario me ha dado permiso para que hurgue en el archivo, iba a bajar ahora, pero antes quiero que compruebes una cosa.
- Tú dirás —se ofreció solícita, dando por hecho que lo que le iba a pedir no tenía nada que ver con el asunto de la desaparición de David Alería, pues todo el mundo allí sabía que ya se había abandonado la investigación.
- Entra en el informe Alería, a ver si tú puedes acceder a los datos.
- Pues claro, ¿cómo no voy a poder? —barbulló ella, sorprendida por que lo pusiera en duda, tecleando a toda pastilla—. ¿Ves?, aquí lo tienes.
- Sí, hasta ahí ya he llegado yo, pero intenta acceder a estos enlaces, los que remiten a todo el proceso de investigación.

Unos cliqueos bastaron para que Silvia entendiera qué preocupaba a Frízer, retrepándose con extrañeza al ver que ninguno de los enlaces la dirigía a ninguna parte. Se revolvió para mirarlo, sospechando por su gesto risueño que intentaba gastarle una broma, aunque no tardó en advertir que ese gesto era el que siempre llevaba pintado en la cara, y que sus ojos brillantes barruntaban algo extraño.
- ¿Qué está pasando?, Mark.
- El comisario cree que es posible que Rosales no rellenara los informes, que se limitara a crear los enlaces.
- Los enlaces ya estaban ahí cuando Rosales se hizo cargo del caso, y te puedo asegurar que todo lo que se recabó quedó concienzudamente redactado y digitalizado, porque de eso me encargué yo misma —gruñó malhumorada—. Seguro que algún burro lo ha borrado y ahora quieren cargarle el mochuelo a Rosales.
- Claro, como a él ya no pueden pedirle cuentas…

Silvia le hizo un gesto con la mano para que aguardara, y se aprestó a llamar por el interfono a uno de sus subordinados, que

respondió al primer tono, alzando la cabeza por encima del monitor ante el que trabajaba para mirarla a través de la cristalera.
- Dime, Silvia —respondió, alzando una mano para saludarlos al ver que ambos lo miraban.
- ¿Recuerdas el último caso que llevó Rosales, el de los Alería?
- ¿El chico aquel que desapareció?

El agente suspiró, asintiendo como si la jefa pudiera verlo a través del terminal tras el que se parapetó apenas oyó aquel nombre.
- Fuiste tú quien pasó todo el informe a la red, ¿no?
- Sí, García y yo nos encargamos.
- ¿Comprobasteis que todo quedaba registrado?, porque ahora los enlaces aparecen vacíos.
- Eso no es posible —aseguró, revolviéndose con alarma—, se cargó todo, nos llevó varias semanas ordenar hasta la última carpeta, García te dirá lo mismo.
- Está bien, no te preocupes, ya averiguaremos si alguien lo ha borrado —acompañó Silvia a un resoplo de derrota—. Lo siento, Mark, pero tendrás que apañártelas con las notas de campo. De todos modos, Rosales era muy meticuloso, vas a encontrar todo muy detallado, y con buena letra, que no es cosa menor, sobre todo para las que pasamos el día digitalizando lo que vosotros garabateáis.
- Me habría gustado conocerlo, todo el mundo habla bien de él, aunque dicen que era un poco extraño.
- Un poco extraño sí que era, bueno, en realidad era simplemente reservado, no todo el mundo tiene el don de gentes de un político —asintió ella, presa de una repentina emoción al recordarlo.
- ¿Fuisteis amigos? —supuso frízer al ver el gesto de tristeza que conformaba la mujer, a la que la turbación le ensombreció la mirada.
- No, qué va, Rosales no hablaba mucho de sus cosas, como te digo, siempre fue muy reservado para las cuestiones personales, ni siquiera hablaba de su mujer o su familia, y eso que en más de una ocasión intenté sonsacarle. —Al ver que Frízer se mostraba interesado, se acomodó con los dedos entrelazados bajo la barbilla, entrecerrando los ojos como un anciano que escenifica sus recuerdos para poder revivirlos—. El año pasado estuve ingresada

durante varios días, y vino a verme al hospital, incluso me trajo unas flores —recordó, sonriendo—. Entonces le pregunté si tenía hijos, porque nunca había hablado de ello, y me dijo que su esposa no podía concebir, y claro, después de ese mazazo, cómo iba a insistir. Y eso es todo lo que sé, jamás volvimos a sacar el tema.

- ¿Y su esposa, qué tal está?

- Ni idea. Si al menos hubiésemos podido acudir al entierro… no llegamos a conocerla, aunque solo hubiera sido para darle el pésame a la pobre.

- ¿Cómo que no acudiste al entierro?

- Ya llevaba desaparecido una semana, pero dimos por hecho que se habría cogido unos días libres, sin embargo, cuando la cosa se alargó, obviamente, preguntamos, y el comisario nos dijo que le habían comunicado que estaba enfermo, pero sin darle más detalles, más allá de que iba a estar una temporada de baja. Después, cuando no habían pasado ni dos meses, el comisario nos reunió para decirnos que lo habían llamado de arriba para decirle que había fallecido, y que iban a enviar a un sustituto —dijo, señalándolo a él con un dedo y la boca torcida en una mueca de pena—, pero que ya lo habían enterrado en Barcelona, y ahí se quedó la cosa. Ya te puedes imaginar cómo nos quedamos todos.

- Pues vaya, ¿ni homenaje ni nada? —susurró Frízer, sorprendido.

- Rosales no intimó con nadie —acompañó ella a un gesto de impotencia, casi de resentimiento—. Pregunté por ahí, pero nadie supo decirme ni de dónde era, aunque el acento lo delataba, tenía un ceceo muy gracioso que intentaba disimular cuando se daba cuenta, además, recuerdo una ocasión que comentó que siempre iba de vacaciones a Tenerife, por eso estoy convencida de que era canario, aunque quién sabe, lo mismo era extremeño o andaluz.

- Entonces, ¿por qué enterrarlo en Barcelona?

- No sé, quizás la familia de su esposa fuera de allí, aunque lo más probable es que fuera incinerado y se llevaran las cenizas a alguna parte —conjeturó, encogiéndose de hombros al verse sin más respuestas.

- En fin, no te lío más, voy para abajo, a ver qué encuentro.

Frízer descendió las tres plantas que lo llevaban hasta los sótanos, en donde se encontraba el archivo, un laberinto de pasillos flanqueados por inmensas estanterías metálicas cargadas de carpetas clasificadoras, todas ellas perfectamente alineadas y repartidas por escrupuloso orden cronológico, hecho este que lo llevó a tener que llamar de nuevo a su compañera para que le dijera la fecha exacta en la que había sido abierta la ficha. Marcaba el número cuando el agente que lo había recibido le hizo ver que tenía un monitor sobre su mesa, haciendo que el inspector sonriera avergonzado. Guardó su teléfono y asintió para que procediera.

- ¿Es la primera vez que bajas aquí? —supuso al ver su inquietud, mirando hacia todas partes como un niño asustado.

- La segunda, la primera fue el día que me destinaron a esta comisaría, cuando me enseñaron las instalaciones —confesó, mirando con asombro los largos pasillos, pese a que apenas hacía tres meses que los había visitado, aunque tan fugazmente que casi no lo recordaba.

- ¿Y dices que es el caso Alería?

- Eso es, un caso de desaparición.

- Sí, la prensa estuvo dale que te pego al asunto durante más de tres años —recordó, volviéndose hacia el inspector para hacerle ver que ya estaba dispuesto, ofreciéndole un bolígrafo para que firmara en el libro de registro—. Pasillo doce, sección nueve, es muy reciente —aseguró en cuanto Frízer estampó su firma en el renglón en el que el agente había anotado su número de placa y su nombre, poniéndose en pie de un salto para salir en busca de la estantería.

Frízer lo siguió a paso ligero por varios pasillos hasta alcanzar el que buscaban, donde su compañero se detuvo señalándole una caja.

- Ahí está todo lo concerniente a ese caso —dijo tras asegurarse de que las cajas que había a los flancos pertenecían a otros casos.

- ¿Nada más que eso? —se extrañó Frízer al ver que solo había una caja de cincuenta centímetros de largo por treinta de ancho, y no más de veinte de altura.

- Hombre, este no es un caso de asesinato, aquí solo hay informes. Las cosas personales, prendas a estudio y demás pruebas físicas

estarán en el depósito del laboratorio científico, y lo que no, pues se habrá devuelto a sus propietarios.

Frízer asintió, y cogió la caja para levantarla. El agente supo al instante que ocurría algo extraño, pues el inspector se quedó mirándolo con un inequívoco gesto de extrañeza que le endureció el gesto como si se hubiera mordido la lengua. Frízer dejó la caja sobre uno de los carros de servicio que utilizaban para llevar los archivadores de un lado a otro, y la desprecintó rápidamente, ansiando encontrar un lápiz de memoria, única respuesta que pudo darse que justificara que una caja que debía de contener cientos de folios y varios discos duros pesara apenas unos gramos. Cuando vieron que estaba vacía, ambos se miraron con desconcierto, incapaces de darse una explicación que justificara lo que estaban viendo.

- ¿Quién ha tenido acceso desde que se cerró el caso?

- No tengo ni idea, pero podemos mirar el registro, además, si alguien se lo ha llevado, las cámaras tienen que haberlo grabado.

- Se habrán borrado las imágenes, ya han pasado varios meses.

- No, no se borra nada hasta pasado un año, aunque, quizás, habiéndose abandonado la investigación... pero no lo creo, al menos aquí no ha llegado ninguna orden al respecto. Ya sabes que lo de caso cerrado es solo una expresión, se ha dejado de investigar porque ya no hay por dónde tirar, pero el caso continuará en reposo a la espera de que aparezca una nueva pista que nos permita continuar con la investigación.

- Muy bien, pues vamos a ver esas imágenes —propuso Frízer, cabeceando hacia la entrada para que procediera.

El agente dejó la caja en la estantería, y se encaminaron ambos a paso ligero hacia el despacho. Allí, mientras Frízer aguardaba de pie con impaciencia, con el agente acomodado a su mesa, este extrajo unos datos del archivo informático, y después consultó los libros de registro, en los que no tardó en encontrar lo que buscaba.

- La última persona que accedió fue el inspector Rosales —dijo, ladeando el libro para que pudiera ver la anotación, a cuyo flanco se encontraba la firma del inspector, un garabato ilegible.

- ¿En qué fecha fue eso?
- El dieciocho de mayo a las 20:15 —aseguró, punteando con un dedo el lugar en que se reseñaba.

Frízer sacó su móvil y consultó rápidamente el calendario, que le devolvió la certeza de que sus sospechas iban bien encaminadas.

- Ese día era sábado, y las ocho y cuarto de la tarde no son horas para recoger nada de un archivo, a no ser que haya algo turbio. — ¿Podemos ver lo que registraron las cámaras en ese momento?
- Por supuesto —confirmó el agente, presto a consultar las imágenes.

La operación se demoró durante varios minutos en los que Frízer tuvo que poner a prueba su paciencia, temeroso de que también hubiera desaparecido la grabación, sin embargo, esta apareció diáfana, permitiéndole ver por primera vez el aspecto del inspector Rosales, un hombre corpulento de andar resuelto, más joven de lo que suponía, vistiendo un impoluto traje que las cámaras reflejaban de azul marino, algo totalmente opuesto a lo que él había imaginado.

- ¿Qué hace? —preguntó Frízer al ver que depositaba en el suelo la misma caja que ellos habían visto un momento antes para vaciar su contenido, una decena de carpetas bien repletas y varios discos de memoria.
- Joder, lo guarda todo en un bolso y vuelve a precintar la caja.
- ¿Y por qué se habría llevado las carpetas y los discos si lo que contenían era lo que él mismo había ido anotando durante los años de investigación?
- Bueno, él cogió el caso cuando ya no había por dónde tirar, para ver si podía darle un empujón, de todos modos, no tiene mucho sentido, porque todo eso ya estaba digitalizado —dijo el agente—, podía haberlo consultado desde su terminal, lo extraño es que se molestara en precintar de nuevo la caja, porque eso viene a indicar que no tenía intención de devolver los documentos.
- Por eso he venido aquí, porque el archivo digital ha sido borrado.
- ¿El comisario sabe eso? —musitó el agente, mirándolo con una expresión de espanto que le desorbitó los ojos.

- Sí, no te preocupes, ya lo sabe. De todos modos, el caso ya se ha cerrado —lo tranquilizó Frízer, guiñándole un ojo.
- En fin… si puedo hacer alguna cosa más…
- Nada, no te preocupes, y gracias.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja, Frízer dudó sobre la conveniencia de comentarle a Silvia lo acontecido, pero cedió a su propia curiosidad por ver cómo reaccionaba ella a la extraña circunstancia.

- ¿No había nada? —preguntó ella apenas lo vio asomar al despacho con las manos vacías, sonriendo burlonamente.
- ¿Cómo lo has sabido, acaso te han llamado del archivo?
- No, es que lo llevas pintado en la cara —respondió ella, haciéndole señas para que se sentara.
- No entiendo cómo es posible —resopló Frízer al tiempo que se dejaba caer sobre una silla.
- Si alguien se toma las molestias que se han tomado aquí para borrar el informe digital, no va a dejar las carpetas abajo —razonó ella, poniendo sobre la mesa sin la menor reserva que aquello respondía a una añagaza de corte conspirativo.

Frízer no pudo evitar una risotada al ver que bajaba el tono como si estuvieran planeando un delito.

- ¿Qué sabes que yo no sé… aún? —preguntó a susurros, aguantando la risa para no alertar a los compañeros de los despachos contiguos, no fueran a imaginar un contubernio indecoroso.
- Acabo de acceder a los archivos de la Científica, y también los han borrado. Estoy esperando a que me llamen para confirmar si también han desaparecido las pruebas físicas.
- Pero, ¿acaso había alguna sospecha sobre alguien? Ese hombre me ha asegurado que su hijo desapareció sin dejar rastro, y ni siquiera ha insinuado que se sospechara de que alguien pudiera haber tenido algo que ver en la desaparición.
- No lo sé, Mark, pero esto es un poco extraño, quizás sería conveniente que lo comentaras con el comisario.

- Lo curioso es que quien se llevó el informe del archivo fue el propio Rosales.
- ¿Estás seguro de eso? —clamó ella, estupefacta.
- Hemos podido verlo en las grabaciones de las cámaras, se lo llevó todo en un bolso el dieciocho de mayo a las 20:15, que, aunque no lo creas, era sábado, ¿qué te parece?
- ¿El dieciocho de mayo? —repitió ella con un deje sarcástico, meneando la cabeza de lado a lado—. Eso no es posible, en esa fecha Rosales ya había fallecido.
- Bueno, yo no lo conocí, pero el encargado del archivo no ha dudado de que fuera él.
- Mira, este era Rosales —dijo ella, presta a sacar una fotografía de uno de los cajones—. La imprimí cuando el comisario nos dio la noticia, para tener un recuerdo, pobrecillo —musitó tras lanzarle una ojeada antes de mostrársela.
- Entonces, o tenía un gemelo, o no se había muerto todavía —dijo Frízer tras escrutar la fotografía con detenimiento, asintiendo para dar a entender que se trataba de la misma persona que él había visto en las imágenes del archivo.
- ¿Estás seguro? —insistió ella, aguardando a que se reafirmara, cosa que Frízer hizo con un cabeceo certero—. Entonces, mejor que no le digas nada todavía al comisario, al menos hasta que yo haya podido hurgar por aquí.

Silvia señaló la pantalla con un dedo, y con los ojos la puerta para que se largara. Frízer se puso en pie, pero antes de salir se volvió para mirarla, señalando la pantalla de un vistazo.
- ¿Qué piensas hacer?, espero que no te metas en un lío por mi culpa.
- Esto no tiene nada que ver contigo ni con la desaparición de ese chico. Voy a averiguar qué pasó con Rosales, porque desde que nos comunicaron su muerte llevo arrastrando un mal pálpito que me reconcome las tripas, y ahora esto viene a confirmar que todo aquello que resultaba muy extraño, es extraño de narices.
- Bueno, me marcho a casa de ese hombre, si encuentras algo reseñable, ya sabes… —le dijo, blandiendo su móvil.

Silvia asintió sonriente y, tras lanzar una mirada al reloj, se dispuso a fisgonear cuanto hubiera en la red sobre un compañero con el que había compartido más de un año de trabajo, pero del que ahora comenzaba a tomar consciencia de que no sabía absolutamente nada.

# 5

Frízer había pasado por el despacho del comisario para decirle que se marchaba a casa de Mateo Alería, pero al no encontrarlo abandonó la comisaría sonriente, encantado por una circunstancia que le evitaba tener que darle unas explicaciones que, dados los acontecimientos, le habrían llevado un buen rato. Cuando se subió al coche y pidió al navegador que lo condujera al destino, advirtió con desagrado que distaba más de cincuenta kilómetros, una tesitura que muy probablemente lo obligaría a comer fuera, aunque no tardó en apartar de su cabeza aquellos pensamientos negativos, y ordenó de viva voz al asistente que le pusiera la radio para distraerse. Durante los primeros minutos de trayecto estuvo atento al tráfico, sin prestar atención a lo que se decía en la emisora que apareció en el dial, pero luego, cuando se internó en la autopista advirtió que se trataba de un debate tan embarullado que resultaba molesto, y cambió de emisora. Esto lo repitió hasta en cinco ocasiones, hasta que entendió que no iba a poder abstraerse de las muchas tertulias que giraban en torno a cuestiones políticas que cada vez le producían más repulsión, y apagó la radio, dejando que sus pensamientos volaran de inmediato a lo ocurrido un rato antes en el archivo, intentando encontrar una explicación que pudiera justificar el hecho de que el dosier completo del caso Alería hubiera desaparecido. Tanto se enfrascó en sus pensamientos que condujo hasta el pueblo al que lo llevó el navegador sin darse cuenta, inconsciente de que había circulado durante media hora por la autopista, y de que ahora vagaba por una carretera estrecha flanqueada por unas casuchas antiguas, algunas de buen porte, pero otras desvencijadas como palomeras abandonadas, con las techumbres en plena cruzada contra la gravedad, batalla que si no se ponía remedio rápido acabarían perdiendo más pronto que tarde. Ya se había alejado del pueblo cerca de trescientos metros cuando el navegador le dijo que había alcanzado su destino. Entonces detuvo el coche, y llevó la vista por entre los árboles que lo rodeaban en busca de una casa que imaginó como las que acababa de dejar atrás. Poco tardó en avistarla, escondida tras la espesa foresta,

esbelta como una fortaleza, pero con tantas décadas a su espalda que no pudo evitar que el efecto que la mañana sombría proyectaba sobre ella lo llevara a imaginarla en blanco y negro, un hecho al que ayudaba el techado de pizarra, que la hacía mimetizarse con la espesa maleza que la rodeaba. Acercó el vehículo hasta la empalizada que rodeaba la casa y descendió, observando los alrededores con una mezcla de complacencia y fascinación, embelesado en una visión que lo transportaba a tiempos más sosegados, cuando todo se movía a la velocidad que exigía el frío y el hambre. Tan absorto se encontraba en cuanto veía que se sobresaltó cuando Mateo Alería le gritó desde la puerta para hacerse ver, braceando para que se acercara.

- ¿Qué tal?, no lo esperaba tan pronto —le dijo el hombre cuando se aproximó, ofreciéndole la mano con una sonrisa que dejaba entrever la complacencia que le causaba la circunstancia—. ¿Le ha costado encontrar la casa?

- La verdad es que no, el navegador del coche me ha traído hasta la misma puerta, aunque no esperaba que se encontrara tan lejos.

- En realidad es la casa de mi madre. Aquí me crie yo, pero tuve que marcharme a la ciudad a estudiar, como todo el mundo en aquellos años, y allí acabé quedándome, aunque, como le dije, las circunstancias me han obligado a regresar. A mis hijos les encantaba pasar aquí los fines de semana.

- Por cierto, no le había preguntado si tenía más hijos.

- Tengo otro, pero ahora vive con su madre, aunque viene de vez en cuando por aquí para visitar a su abuela. Durante el curso, yo apenas lo veo los lunes durante un par de horas, es el único día que los estudios le permiten pasar un rato conmigo. —Al ver que Frízer lo miraba con extrañeza, supuso que exigía más concreción, e intentó explicarse—. El mes que viene comenzará el último año de carrera, y la especialidad le exige mucha dedicación, además, yo no quiero entretenerlo con mis problemas, él ya ha conseguido olvidarlo todo, y prefiero que continúe con su vida.

- ¿Medicina?

- Sí, el próximo año termina ya la especialidad en medicina legal y forense.
- Ayer era lunes —le hizo ver Frízer tras el gesto de admiración que le arrancó aquella aseveración, sonriéndole para festejar un hecho que supuso le agradaría.
- Sí, de casa de mi mujer venía cuando vi aquí a mi hijo.
- ¿Tenía buena relación con su hijo… David? —preguntó, lamentando el lapsus, temiendo que lo malinterpretara, pues no podría reprocharle que diera por hecho que referirse a él por su nombre solo formara parte del protocolo, y no de la empatía que en realidad le producía la situación por la que el hombre debía de estar pasando.
- Teníamos nuestros roces, pero lo normal, nunca fue un chaval que diera problemas, ni yo fui jamás un padre exigente, además, era muy buen estudiante, ¿qué más podía pedirle?
- ¿Y la relación con su hermano?
- Eran uña y carne, se llevan apenas dos años, y Javier lo idolatraba.
- Supongo que debió de pasarlo muy mal, como todos —le dijo, posando una mano tranquila sobre su espalda para darle ánimo, pues el hombre agachó la cabeza para ocultar su mirada, atrapado por una emoción que a punto estuvo de arrastrarlo al llanto.
- Le costó, pero parece que ya ha aceptado que no volverá a verlo, como su madre.
- Entiendo —se obligó a decir, convencido de que tras aquella aseveración se escondía una sutil reconvención, como si le reprochara a su mujer que lo hubiera aleccionado para que olvidara a su hermano.

Frízer decidió abandonar un camino que seguramente no lo iba a llevar a nada, y, tras sopesar bien sus palabras, mirando hacia la arboleda que circundaba la casa, le preguntó dónde creía haber visto a su hijo.
- Exactamente ahí, donde está usted ahora. Yo dejé el coche aquí, de frente hacia la carretera, y cuando los faros se encendieron pude verlo ahí mismo. Mire, aún se pueden apreciar las pisadas —le hizo ver, acercándose mientras señalaba unas inequívocas huellas de

zapatillas, aparentemente deportivas de tipo informal, sin los tacos típicos de las de senderismo ni la suela ancha de las *tochas* que lucen los monopatinadores.

Frízer se apartó con cuidado de no pisar las huellas, y señaló otras que había al lado, confirmando Mateo Alería con un inequívoco cabeceo que esas se correspondían con las suyas, a lo que acompañó el gesto de mostrarle las suelas para aseverarse. Frízer siguió la dirección de las pisadas, que se internaban en la arboleda, tal y como Alería le había asegurado en la comisaría, y se introdujo en la espesura hasta un claro en el que las pisadas apenas eran perceptibles.

- Lo seguí hasta aquí —le dijo Alería, sobresaltándolo al aparecer tras él sigilosamente—, pero estaba tan oscuro que tuve que darme la vuelta, además, la lluvia…

- ¿Qué número calza su hijo?

- Cuarenta y cuatro —respondió sin dudar—, ya se lo dijimos a los investigadores, y también al inspector Rosales.

Frízer pensó decirle que los informes habían desaparecido, y que se iba a ver obligado a repetir las mismas preguntas que seguramente ya le habían hecho mil veces, pero entendió que eso sería como tachar a la Unidad de incompetentes, además de darle un buen argumento para querellarse por su falta de diligencia en la custodia, sobre todo si el hecho acababa filtrándose a la prensa, una circunstancia que valoraba por primera vez, y que le arrancó un lamento, pues, por primera vez también, rondó su cabeza la posibilidad de que esa fuera la intención del inspector Rosales al llevárselo, filtrarlo para llamar la atención de la opinión pública y que se reabriera el caso, llevándose por delante hasta al mismísimo director general, porque de lo que no tenía la menor duda era de que si aquello terminaba en la prensa, iban a caer unas cuantas cabezas de las grandes. Por fortuna, él había llegado después de aquel fiasco, por lo que no tenía de qué preocuparse. Otra cosa era lo que respectaba a Silvia, a la que seguramente le pedirían responsabilidades.

- No he podido leer el informe, son muchos datos, pero, de todos modos, si no tiene inconveniente, prefiero formular yo mis propios cuestionamientos.
- Sí, por supuesto, no era un reproche en absoluto, estoy a su entera disposición para lo que necesite, faltaba más…

Frízer sacó su móvil y enfocó con la cámara una de las pisadas mejor marcada para medirla, pues en la huella no había impreso más que el dibujo de la suela, sin logotipos ni nada, aunque afortunadamente de un diseño poco habitual, por lo que tenía la esperanza de dar pronto con el fabricante, aunque era consciente de que eso le iba a servir de bien poco. Enseguida pudo ver que la marca medía 28 centímetros, exactamente la longitud de un modelo del número 44.

- Voy a fotografiar las huellas, a ver si logramos averiguar al menos a qué modelo pertenecen —susurró al ver que el hombre se interesaba por su proceder, dando por hecho que desconocía las capacidades de las aplicaciones que ellos utilizaban habitualmente.
- Ya lo he averiguado yo —aseguró Alería, agachado sobre una de las huellas para señalar los surcos que habían quedado impresos en el barro—. Hace un rato fotografié una que había ahí, y el Lens[1] me mostró varios resultados. Uno de ellos me llevó a una marca especializada en equipamiento para motoristas, y vi que coincidía con uno de sus modelos.

Alería sacó su teléfono para mostrarle la web, de donde descargó de inmediato un PDF con el catálogo completo en el que se mostraban todos los productos que ofrecía el fabricante, que no eran pocos. Alería recordaba perfectamente la página en la que se encontraba, y fue directamente a la número ochenta, donde Frízer, con un mohín que reflejaba una patente incredulidad, pudo constatar que coincidían sin lugar a dudas. Lo miró con asombro, pues no esperaba que aquel hombre pudiera ser tan perspicaz, y mucho menos que supiera siquiera qué tipo de aplicaciones podían ofrecer esos resultados, pero se guardó cualquier comentario, pues aún no habían hablado sobre él, y pensó que lo mismo era un reputado informático, quedando como un tonto si lo ensalzaba,

evidenciando con ello que pensaba que esas capacidades estaban reservadas a gente más joven, o simplemente más inteligente.
- O sea que unas SD-BC6 Urban, fabricadas por la empresa Seventy —iba susurrando mientras lo anotaba—. Páseme por WhatsApp el catálogo.
- Ya se lo he enviado al número que me ha dado esta mañana —le aseguró Alería, sonriéndose a sí mismo al ver que se le había anticipado.

Tras asentir con un ligero cabeceo para agradecer su eficacia, pues su predisposición era algo con lo que ya contaba, de otro modo no habría pasado por su despacho en busca de Rosales, Frízer colocó su pie derecho junto a la pisada marcada en el barro y dio un pisotón certero para estampar la suya.
- El barro ya se ha endurecido, pero se puede deducir que el sujeto rondaba los ochenta kilos. ¿Qué altura tenía su hijo? —preguntó, apretando los labios de inmediato para reprender su falta de tacto, si bien, por fortuna, Mateo Alería no pareció darse cuenta de que se había referido a su hijo en pasado.
- Uno ochenta y seis, y cuando desapareció pesaba setenta y dos kilos, pero entonces estaba muy fibroso, lo más probable es que ahora pese algo más.
- Sí, ya he podido ver alguno de los vídeos en los que se le ve en la piscina, era todo un atleta —acompañó a una mueca de admiración, una expresión que, pese a que era natural y sincera, afianzó con calculada premeditación, seguro de que el gesto le agradaría—. Y ayer, ¿cómo lo vio?, ¿más fuerte?, ¿más delgado?, ¿cómo llevaba el pelo?
- La verdad es que lo vi igual, eso sí, un poco más maduro, pero igual, como si no hubiera pasado el tiempo.
- ¿Y el pelo? —insistió rápidamente al ver que la emoción se cernía sobre él como una niebla repentina, temiendo que acabara convirtiéndolo en el ser hundido que había visto a primera hora de la mañana en la comisaría.
- Se cubría con la capucha del gabán, pero llevaba una gorra, ya sabe, de esas que gustan ahora a los jóvenes —respondió, negando

con la cabeza—, además, estaba demasiado oscuro para fijarse en esos detalles, aunque lo llevaba corto, eso sin duda.
- Bien, vamos a ver a dónde nos llevan estas huellas —propuso Frízer, señalando a su espalda para que se pusiera detrás—. Por cierto, ¿a qué hora cree que vio a su hijo?
- Daban las diez en la radio cuando aparcaba el coche, o sea que debió de ser unos dos o tres minutos más tarde. Después, cuando se acercó a la casa, habrían pasado unos treinta minutos.

Frízer observó enseguida que las huellas se detenían en un claro desde el que se podía divisar parte de la casa, y le advirtió de ello a Alería con un meneo de mentón. Después, al ver que el hombre entendía lo que pretendía decirle, siguió las pisadas hasta el parterre de la entrada, donde se mostraban con una claridad absoluta en una zona en la que la hierba no había podido colonizar el entorno.
- Aquí es donde lo vio mi madre —aseguró, señalando la ventana de la cocina.
- Se marchó por allí —indicó Frízer, que siguió las huellas hacia la carretera, donde desaparecían—. Mierda —gruñó al ver que quien quiera que fuera se había alejado caminando por el asfalto.
- Si vino en moto, puede que la hubiera aparcado por ahí —le hizo ver Alería.
- Lo más probable es que caminara hasta el pueblo, eso espero al menos.
- ¿Cree que allí ha podido captarlo alguna cámara?
- Si las hay, sabiendo la hora que era, es posible, pero me temo que en ese pueblo no haya cámaras, pero no se preocupe por eso, de todos modos, lo comprobaremos.
- Ya le he comentado a mi madre la conveniencia de colocar un par de cámaras en la casa —dijo, señalando las ventanas superiores con un brazo en alto—, si volviera a aparecer, nos serían de gran ayuda.
- No es muy costoso —le dijo Frízer para dejar claro que, aunque lo aprobaba, el Departamento no podía encargarse de esas labores, y mucho menos sufragarlas. Después llevó la mirada hacia el frontispicio que Alería señalaba, asintiendo para darle a entender

que era el mejor lugar en el que situarlas—, además, pueden colocar unos sensores de movimiento por aquí.

Frízer lo miró de reojo para ver cómo reaccionaba al comentario, pues no dudaba de que daría por hecho que lo decía porque tenía el convencimiento de que se trataba de simples ladronzuelos, pero el hombre no hizo gesto alguno que delatara su parecer al respecto.

- Espero que se quede a comer, así podrá hablar con mi madre.

- Oh, muchas gracias, pensaba comer por aquí, pero en el pueblo no he visto ningún restaurante.

- Hay un bar en el que sirven comidas, pero mi madre estará encantada de tenerlo como invitado, además, se quedará más tranquila al saber que la policía no me toma por loco —dijo, añadiendo después con una socarrona sonrisa—: como mi mujer.

- Será un placer, pero, si no le importa, antes me gustaría caminar hasta el pueblo, por si alguien ha visto algo extraño.

- Si le parece bien, puedo acompañarlo —pidió tras consultar su reloj de un vistazo—, aún es pronto.

Frízer asintió, y se encaminó hacia la carretera con la cabeza gacha, observando el arcén pedregoso en busca de huellas. Mateo Alería lo siguió en silencio, observando con curiosidad su proceder, y las miradas que lanzaba de vez en cuando hacia el horizonte, revolviéndose cada diez o doce pasos como si calculara la distancia a que se encontraba la casa, hasta que poco después, cuando apenas habían recorrido la mitad de los trescientos metros que los separaban del pueblo, se detuvo en seco, observando las casas con una mano por visera.

- ¿Conoce los coches de los lugareños?, no deben de ser muchos —preguntó al ver que apenas se veían tres vehículos en un pequeño solar de grava junto a la carretera.

- Casi todo el mundo tiene coche, la ciudad está lejos, y para todo hay que desplazarse hasta allí —respondió Alería, meneando la cabeza hacia los lados como si precisara hacer patente algo tan obvio—. La mayoría están trabajando, pero al atardecer esto se llenará de vehículos.

- De todos modos, de haber aparecido un vehículo extraño, y más tratándose de una moto, lo más probable es que alguien se haya fijado.
- Eso seguro, porque en el pueblo no hay otra distracción que asomarse a las ventanas para ver quién llega.
- La vieja del visillo —susurró Frízer, haciendo que Alería sonriera al recordar a su madre asomando tras la cortina al menor ruido.
- Lo malo es que, aunque un coche es fácil de reconocer, una moto… si no se trata de alguien que esté especialmente interesado, con tantos modelos como hay, resulta complicado.
- A mi hijo le encantaban, se conocía todos los modelos. —Lo miró, sonriendo avergonzado al ver que Frízer advertía cierto orgullo en sus palabras, y le dijo que aún estaba en el garaje la de su hijo.
- ¿Aún conserva su moto? —se extrañó Frízer, enarcando las cejas en un gesto guasón.
- Javier se enfadaría si la vendiera. Él no ha querido montarla desde que su hermano desapareció, pero tampoco quiere deshacerse de ella, supongo que querrá mantener ese vínculo que los unía, y yo me doy una vuelta de vez en cuando para que ruede un poco.
- ¿También es un apasionado?, me refiero a su hijo.
- A Javier le gustaba todo lo que le gustaba a su hermano, pero desde que David desapareció no ha vuelto a conducirla, y eso que le entusiasmaba.

Dos ancianos ociosos acomodados al poyete de una de las casas los recibieron con curiosidad cuando se acercaron. Frízer dio por hecho que pensaban que les iban a preguntar cómo alejarse de un lugar en el que, para un forastero, allí no debía de haber nada interesante, por lo que decidió que fuera su acompañante quien se adelantara, convencido de que este no despertaría los recelos que provoca un desconocido fuera de lugar, que era como se sentía él en aquel poblado anacrónico. Mateo Alería señaló a uno de ellos con un dedo con el que parecía apuntarle a la frente, el único que llevaba bastón, y que se cubría la calva con una gorra, y después se volvió para mirar a Frízer.

- La mitad de los coscorrones que me han dado en mi vida me los propinó este hombre —le dijo en tono gruñón.
- Pocos te di para los que merecías —repuso el anciano, haciendo que todos rieran.
- Había peores bichos —lo excusó el otro, meneando la cabeza de lado a lado con falsaria indulgencia.

Frízer advirtió que este era algo más joven que el aludido, aunque también debía de frisar ya los ochenta.

Ambos hombres llevaron su mirada hacia Frízer sin la menor reserva, visiblemente extrañados de una presencia inesperada. Alería no tardó en darse cuenta de que lo miraban, y se volvió hacia él con un brazo en alto, trasmutando su sonrisa de mustia a burlesca al ver la avidez de ambos.
- Os presento al inspector… —dijo Alería, encantado de que no se perdieran en banalidades.
- Mark Frízer —repuso él, cabeceando al tiempo que los recorría con la mirada para no tener que estrecharles la mano, ya que los ancianos no hicieron gesto alguno que lo invitara a ello.
- ¿Ha habido alguna novedad? —preguntó de inmediato el de la gorra al saber que se trataba de un policía.

Frízer alzó una mano hacia Alería para que se mantuviera en silencio, y avanzó un paso hacia los ancianos para hablarles.
- Ayer se vio merodeando por la casa del señor Alería a un desconocido, justo a la hora a la que descargaba la tormenta, y nos preguntábamos si alguien del pueblo pudo haber visto algún vehículo que no fuera habitual de la zona.
- Como no fuera el negro ese que estuvo toda la tarde ahí aparcado… —repuso el de la gorra, mirando a su acompañante para que lo corroborara.
- Nos llamó la atención porque nadie en el pueblo se ha comprado un coche nuevo —dijo el otro al ver que Frízer alzaba las cejas para evidenciar el interés que le había causado la respuesta.
- Y menos tan lujoso como ese —corroboró su compañero, asintiendo ambos con un mimetismo sorprendente.
- ¿Recuerdan cuándo llegó, pudieron ver al conductor?

- Cuando bajamos a tomar la fresca ya estaba ahí…
- …pero al rato comenzó a llover y tuvimos que largarnos.
- O sea que no pudieron ver cuándo se fue —lamentó Frízer.
- Yo me asomé a la ventana cuando se fue la luz, y aún estaba ahí, pero poco antes de acostarme volví a mirar, y ya no estaba —aseguró el más joven, al que Frízer miraba para alentarlo a responder, pues no mostraba el menor signo de senectud, además de exhibir una voz extrañamente armónica en una persona de su edad.
- ¿A qué hora ocurrió eso?
- Aún chispeaba, o sea que debían de ser cerca de las once.
- Y el coche, ¿recuerdan el modelo? —preguntó Frízer mientras anotaba en el móvil que el vehículo era negro y había abandonado el pueblo entre las diez y las once.
- Era uno de esos grandes, como el que llevaba tu hermano —dijo, señalando a Alería.
- ¿Como el de Andrés? —preguntó él, retrepando el torso con extrañeza, pues el coche de su hermano, aunque en efecto era un todoterreno, no destacaba por su tamaño.
- Sí, un todoterreno de esos grandes —confirmó el anciano, meneando la cabeza para darles a entender que no tenía ni idea de qué modelo se trataba.
- ¡Era un Q8! —irrumpió desde la entrada de una de las casas una mujer, que asomaba sonriente por entre las cuentas de una cortinilla antimosquitos—, esos coches no pasan desapercibidos, papá.
- ¿Un Audi? —quiso asegurarse Frízer, sonriéndole como saludo para agradecer su aclaración.
- Eso es, un Audi Q8, negro como el tizón, y no era la primera vez que lo veía por aquí, aunque en otras ocasiones solía verlo en un claro del bosque que hay poco más adelante, y ahí se pasaba todo el día, siempre di por hecho que se trataba de gente de esa a la que le gusta patear el monte, porque era un coche muy lujoso para tratarse de cazadores, además, no se veían perros. Pero anoche, como le ha dicho mi padre, se largó en mitad de la tormenta, yo diría que a eso de las diez y media.

- ¿La matrícula? —preguntó Frízer, arrugando la boca en una mueca burlesca.
- Eso es mucho pedir —negó ella.
- Tenía que intentarlo —repuso Frízer, arrancando una sonrisa a los ancianos con el comentario—. ¿Y pudo ver al conductor, iba acompañado…?
- Llevaba los cristales oscuros, como los coches esos de los macarras —respondió la mujer, aseverándose a cabeceos—, vamos, que ni aunque hubiese habido un mulo dentro habríamos podido verlo.
- ¿Y alguna moto?
- Por aquí pasan muchas, sobre todo los fines de semana.
- Los sábados se pone esto que parece el Jarama —corroboró su padre.
- Tiran hacia la sierra para hacer caballitos y quemar rueda —repuso la mujer, meneando la cabeza en gesto de conmiseración—. Así pasa, que no hay año que no caiga alguno.
- Y ayer, concretamente, ¿pasó alguna que les llamara la atención?
- Alguna pasó, pero a última hora de la tarde, cuando amainó la calorina. Después el cielo se puso muy oscuro, por lo de la tormenta, y ya no se vio a nadie.

Frízer iba a continuar su interrogatorio cuando sintió en la pernera el cosquilleo de su móvil. Se disculpó con una mirada cuando vio que quien llamaba era Silvia, y se apartó unos metros para responder.
- ¿Dónde estás? —acució ella apenas oyó su voz.
- En el pueblo de Mateo Alería, ya te dije que iba a pasarme para echar una ojeada.
- ¿Y cuándo vas a volver?
- El hombre me ha invitado a comer, o sea que lo más probable es que ya no aparezca por la comisaría hasta mañana.
- Tenemos que hablar cuanto antes —exigió ella, dejando entrever cierta alarma en el temblequeo de su voz—, pero tiene que ser en persona, no podemos arriesgarnos a… —enmudeció al caer en la cuenta de que alguien podía estar escuchando la conversación.

Frízer se quedó mirando a Alería, con un mal pálpito que lo cubrió como una sombra repentina, asustado ante aquel apremio insólito. Durante unos segundos dirimió su proceder, intentando encontrar el modo de averiguar si lo que le ocurría tenía que ver con el caso Alería sin descubrirse, pues no tuvo la menor duda de que ella lo citaba en persona porque temía que estuvieran pinchando las comunicaciones.

- ¿Tiene algo que ver con lo que hemos comentado esta mañana?

- Ya lo creo que tiene que ver.

Dudó qué hacer, pero la propia respiración agitada de Silvia, que le llegaba clara a través del altavoz, le hizo tomar una determinación apresurada, inconsciente de que si alguien estaba escuchando la conversación, sabría cuándo iban a encontrarse.

- Bien, comeré en casa de este hombre y saldré para allá enseguida.

- No, mejor comes en mi casa, así te cuento... —propuso ella, apretando los labios al caer en la cuenta de que se había expuesto.

- Está bien, en una hora nos vemos.

Frízer colgó, y se quedó mirando la pantalla, intentando imaginar qué podía haber causado tanta alarma a su compañera como para no poder contarle por teléfono lo que ocurría. Poco después le llegó la risa atiplada de la mujer al responder a los comentarios jocosos de los ancianos, que le hicieron regresar de la turbación que lo tenía recreando a Rosales en el archivo, acuciado por un mal presentimiento, y se acercó a Alería para hablarle.

- Lo siento —le susurró, ha surgido un contratiempo y he de marcharme.

- Quizás otro día —repuso él, que, pese a que asintió para disculparlo, conformó en el rostro una mueca que reflejaba claramente su desilusión.

Frízer advirtió enseguida la decepción que le causaba que no se quedara a comer, y decidió emplazarlo allí mismo para el día siguiente, siempre que no surgieran novedades que se lo impidieran, objeción esta que hizo alzando el dedo índice de su mano derecha hasta sus ojos como si se tratara de una advertencia.

- Estoy de vacaciones —le dijo Alería para hacerle ver que él no tenía compromisos.
- Lo llamaré antes para confirmarlo.

Frízer se despidió con un liviano gesto de asentimiento, y salió a paso ligero hacia el lugar en el que había dejado el coche. Poco después, cuando pasaba ante ellos, al ver que los tres hombres se habían situado al borde de la carretera para despedirlo, se vio obligado a bajar la ventanilla y blandir un brazo para no parecer descortés. Durante unos segundos observó sus siluetas a través del espejo retrovisor, hasta que los perdió de vista y aceleró temerariamente, ansioso por regresar a la ciudad y poder hablar con Silvia cuanto antes, sin embargo, apenas dejó atrás la desviación que lo llevaba hacia la autopista advirtió que a la derecha había una gasolinera, y decidió probar suerte. Aprovechó para repostar, pese a que tenía más de medio depósito, y, cuando se internó en la oficina para pagar, le preguntó al joven que atendía el mostrador si había visto por allí la noche anterior un Audi Q8 negro. El operario negó con la cabeza como si fuera mudo, clavándole una mirada de manifiesta desconfianza con la que escrutó, primero su rostro, y después, de un disimulado vistazo, el resto de su atuendo. De repente pareció activarse un interruptor dentro de su cabeza, quizás provocado por la evidencia de que quien le hablaba no era un atracador ni buscaba problemas, y conformó un atisbo de sonrisa, por fortuna el preludio de su escasa elocuencia.

- Yo trabajo de mañana, me voy a las cuatro, de todos modos, cerramos a las doce.
- Y el operario que estaba anoche aquí, ¿repite turno esta tarde?
- Sí, él entra luego, a las cuatro.
- ¿Hay otras gasolineras por aquí cerca?
- No, la más cercana está ya en la autopista, a más de diez kilómetros.

Frízer se giró hacia la dirección en que el joven había levantado el brazo, señalando en la distancia a través de la cristalera, y salió afuera, pero antes de que la puerta se hubiera cerrado se dio la vuelta para encararlo de nuevo.

- ¿Te has fijado si últimamente pasa por aquí algún coche que no sea habitual de la zona?
- Aquí apenas repostan algunos vecinos de los alrededores, la mayoría de los vehículos que pasan por aquí son de gente que viene a pasar el día en el campo.

Frízer se despidió con un ligero ademán, pero antes de abandonar el local echó una ojeada hacia el techo en busca de cámaras. Le satisfizo lo que vio, tanto como lo que observó afuera al salir, pues entre un lugar y otro pudo ver ocho cámaras, una en cada esquina del techo en el interior, dos en las columnas que sustentaban el voladizo de la plataforma que cubría los surtidores, y otras dos en la fachada de la tienda, más que suficiente para cubrir todos los ángulos. Si el Audi había parado allí para repostar, alguna tenía que haberlo registrado. Se subió al coche y anotó la posición de la gasolinera en el navegador, pensando en que tendría que pedir al comisario que solicitara una orden para poder visionar las imágenes de las cámaras, lo que no pudo discurrir era el modo de convencerlo de que diera los pasos necesarios, pues estando el caso en suspenso, daba por hecho que no consentiría molestar a ningún juez. Arrancó y se dirigió hacia la autopista, imaginándose ante el comisario en su despacho, exponiéndole lo acontecido esa mañana para hacerle ver que lo que estaba ocurriendo era muy extraño. Entonces cayó en la cuenta de lo inaudito que resultaba que el caso se hubiera dado oficialmente por cerrado tan pronto, más aún cuando, según Alería, no había aparecido el menor indicio de que el joven hubiera dado señales de vida tras la desaparición. Él convenía con el comisario que lo más probable era que estuviese muerto, pero, aun así, siempre había que dejar una puerta abierta. Pensando en que el agente del archivo tenía razón, y que el asunto tan solo debía de encontrase en reposo a la espera de que apareciera cualquier indicio que les permitiera retomar la investigación, se encaminó hacia la ciudad, cuyas torres se avistaban ya en la distancia.

Rondaba la una del mediodía cuando Frízer llegó al aparcamiento más cercano a la casa de Silvia, situada en una nueva urbanización

al norte, un hecho que le evitó tener que circunvalar toda la ciudad, lo que, siempre que el tráfico fuera fluido, le habría llevado otra media hora. En agosto, buena parte de la ciudadanía estaba de vacaciones, por lo que la circulación se preveía escasa, pero él agradeció de todos modos poder evitarse el paseo. Cuando se bajó del coche atisbó los alrededores, donde la tranquilidad era absoluta, apenas unos niños en un parque cercano y dos ancianas que dormitaban a la sombra de los hojudos árboles que sombreaban la plaza, repantigadas en sendos bancos. Él solo había visitado aquella casa en un par de ocasiones, aun así recordaba perfectamente la zona, por lo que se encaminó hacia allí a paso ligero, resoplando por la calima que provocaba la humedad que había dejado la tormenta del día anterior, una sensación que, unida a los más de treinta grados que alcanzaba ya el termómetro, hacía que el simple hecho de respirar resultara pesado, como si aún llevara puesta una de aquellas molestas mascarillas que tuvo que soportar durante la pandemia. La sensación que le provocaba era tan desagradable que su mente solo podía centrarse en una imagen, la de él sentado en una terraza con una cerveza fresca. Ese pensamiento era el que rondaba su cabeza cuando pulsó el timbre, deseando entrar al portal cuanto antes para escapar de aquel bochorno, sin embargo, un lamento silencioso le borró las quimeras al ver que quien respondía era Roberto, el marido de Silvia, más aún cuando el hombre se mostró sorprendido por la inesperada visita, algo que venía a confirmar, no solo que ella no había llegado todavía, sino que ni siquiera le había avisado de su llegada. Por un momento pensó decirle que regresaría un poco más tarde, pero como ya se había presentado no tuvo más remedio que subir, maquinando el modo de decirle porqué estaba allí sin desvelar nada relevante, además de hacerlo sin pecar por ello de descortés, porque resultar convincente lo veía más difícil. Roberto lo esperaba a la puerta, serio como una estatua, sin duda presa de un mal presentimiento, lo que lo obligó a acercarse para ofrecerle la mano forzando una sonrisa que lo tranquilizara, intentando disimular la incomodidad que le causaba el inesperado encuentro.

- Pensé que Silvia te habría avisado de mi llegada —se vio obligado a decirle, empleando un tono entre el reproche y la broma para liberarse de su propio sofoco.
- No, no he hablado con ella en toda la mañana, pero pasa —dijo al ver que venía acalorado.
- Menudo bochorno hace —repuso Frízer, entregándole la chaqueta que llevaba en la mano, en cuyo forro interior pudo tantear su arma.
- Pues sí que pesa, menos mal que Silvia no tiene que llevar esos cacharros, con los chavales aquí, no estaríamos tranquilos.
- ¿Dónde están? —preguntó al caer en la cuenta, sorprendido por que no hubieran salido a saludarlo.
- Como están de vacaciones, comen en la piscina —le dijo Roberto, sonriendo al ver la decepción arrugarle los labios, recordando la animada charla que tuvieron sus hijos con él la última vez que visitó a Silvia, reconociendo que él se llevó tan buena impresión del joven como este había causado a sus hijos.

El hombre dejó a Frízer en el salón, acomodado en una de las butacas, y acudió a la cocina a por un par de cervezas.
- Te quedarás a comer, ¿no? —preguntó cuando le ofreció el botellín, que se echó al coleto de inmediato.
- Pensaba comer fuera, pero Silvia me llamó hace una hora para que viniera. Le pedí que consultara unas cosas sobre un caso, y al parecer ha encontrado algo que la inquieta, por eso ha preferido contármelo en persona.
- Espero que te guste lo que ha preparado la asistenta, si no, ya te veo comiendo huevos fritos.
- Mientras no sean cayos, que los odio, cualquier cosa es buena —acompañó Frízer a un claro gesto de repulsa, haciendo que su anfitrión riera, no por su expresión, que ayudó, sino porque a él también le producía náuseas cualquier vitualla gelatinosa.
- Ensalada y estofado de pavo, como sabe que nos encanta, lo prepara el día anterior y me lo deja listo para calentarlo, pero la ensalada la preparo yo, es mi especialidad, espero que te guste.
- Yo soy como las vacas, si lleva hierba…

Ambos hombres llevaron la mirada hacia el pasillo al oír que alguien entraba, y se quedaron observando a Silvia cuando esta se plantó a la puerta del salón, sofocada y nerviosa.
- Menos mal que estás aquí —dijo, aliviada al ver a Frízer, que se puso en pie de inmediato para recibirla.
- ¿Qué ocurre? —urgió su marido, pese a que sabía que si se trataba de un asunto de trabajo, no compartiría con él más que algunas migajas con las que quitárselo de encima.
- Nada especial, cosas del trabajo —vino a corroborar ella, acercándose para besarlo y que se quedara tranquilo.
- Voy a ir preparando los platos, así charláis de vuestras cosas.
- Gracias, cariño —le dijo ella, sonriéndole agradecida por la deferencia.
- Dime, ¿qué ocurre? —acució Frízer en cuanto se quedaron a solas.
- He estado buscando la ficha de Rosales, y no consta que se cogiera la baja, ni siquiera que estuviera casado —repuso sin pensar, embarullada en el sinfín de cosas que tenía que contarle.
- Bueno, eso podría tener explicación, si le diagnosticaron una enfermedad terminal, puede que lo retiraran sin tener que hacer esos trámites, digo yo —conjeturó, pese a que dejó caer sus hombros para hacer patente el escaso convencimiento que le provocaba aquella hipótesis.
- La dirección que constaba en los registros no existe, lo he comprobado, además, las huellas dactilares de su ficha son falsas, en realidad pertenecen a un tipo que falleció hace treinta años.
- Vamos, que teníais un infiltrado —musitó tras el repullo que le causó la inaudita confidencia, aunque sonriendo por ello.
- He hecho un par de llamadas, y en Asuntos Internos no saben nada de él —prosiguió ella.
- Bueno, aunque así fuera, no iban a decírtelo.
- Les dije que había fallecido, y pensaban que les tomaba el pelo, además, he contactado con un tipo de confianza, y lo ha comprobado, Rosales no ha trabajado para ellos en su vida.
- ¿Has podido averiguar de dónde procedía?, quizás en su anterior destino tengan más datos.

- Mierda, no he caído en eso —reconoció Silvia—. Aunque, si se han molestado en ocultar su rastro, no creo que hayan sido tan descuidados.
- Puede que no contaran con que alguien investigara el asunto.
- Eso espero —susurró ella, cavilando su proceder apenas regresara a su despacho.
- ¿Cómo podríamos averiguar en qué hospital lo trataron?, quizás por ahí podamos tirar.
- Ya lo he intentado, pero no consta que haya pasado por ningún hospital, al menos público, de todos modos no podemos acceder a esos datos, son absolutamente confidenciales, y sin una orden judicial…
- Pues tendremos que hablar con el comisario, porque yo he logrado averiguar que un coche extraño lleva tiempo rondando la zona donde vive el padre del muchacho ese desaparecido, y necesito una orden para poder visionar las grabaciones de las cámaras de una gasolinera cercana.
- Para eso no necesitas una orden, les muestras la placa y te enseñan hasta los calzoncillos.
- Esa era mi intención, pero el tipo que atendía la gasolinera no estaba de turno, y he preferido dejarlo para cuando esté el otro, por si vio algo extraño que le llamara la atención.
- ¿Sabes?, lo que más me ha acojonado es que Rosales no se ha muerto oficialmente.
- ¿Cómo que no se ha muerto?
- Nos dijeron que murió, pero el fallecimiento no consta en ninguna parte, además —dijo, convirtiendo la confidencia en un susurro al tiempo que lanzaba una cautelosa mirada hacia la puerta de la cocina—, he contactado con un colega de la Secretaría General que trabaja en el área de retribuciones, y me ha asegurado que nadie con ese nombre cobraba de ese departamento, vamos, que Rosales trabajó más de un año para nosotros por amor al arte.
- ¿Cómo se llamaba Rosales?
- Valerio Rosales Aruca, así es como decía llamarse, pero ahora hasta eso me genera dudas.

- ¿Has mirado en internet?, lo mismo tiene un perfil en redes y nos cuenta su vida.
- Eso es lo más extraño, no aparece absolutamente nada, es más, la línea de teléfono que utilizaba constaba a nombre de un departamento del que no he oído hablar en mi vida, y que en todo caso debería pertenecer al Ministerio de Defensa.
- Quizás hiciera trabajos de protección para altos cargos de Defensa, en las imágenes del archivo he podido ver que se trataba de un tipo bien cachas, es probable que por ahí vaya la cosa.
- ¿Escolta…? Sí, podría ser —se respondió ella misma tras pensarlo un instante. De todos modos, la línea la dieron de baja hace tres meses, más o menos cuando falleció.
- Eso si falleció, porque en el vídeo se le ve perfectamente sustrayendo los informes —convino él al recordarlo.
- Bajé al archivo apenas te marchaste para comprobarlo, y no tengo la menor duda, el que se ve en las imágenes era Rosales, o quien creemos que era. Además, he pasado la fotografía por el ABIS[2] y no ha ofrecido resultado alguno.
- Entonces está claro que vino aquí a hacer algo de incógnito.
- ¿Piensas que todo ha sido una patraña?
- No me cabe la menor duda. Ese tipo ha estado aquí camuflado como un inspector más, seguramente vigilando los movimientos de alguien del Departamento, no sé si para Asuntos Internos o para quién, pero ya lo averiguaremos.
- Si eso es así, supongo que no habrá encontrado nada, y se lo han llevado a otro destino —barruntó ella, pensativa—. Además, no creo que Interior monte un operativo así si lo que busca no está bien alto.
- ¿Insinúas que podrían andar en busca del comisario?
- ¿Quién si no?, para dos simples funcionarios como nosotros no se andan con remilgos, nos trasladan a un sótano y asunto arreglado.
- Entonces, ¿qué hacemos, hablamos con Albuena?
- No sé… —dudó ella, encogiéndose de hombros con indecisión, asustada por las consecuencias a las que podía arrastrarlos aquello, pues un paso en falso podría acabar con su futuro profesional, y a

eso no estaba dispuesta, y menos ahora que enfilaba la recta final de su carrera.

- ¿Te fías de él?

Silvia se quedó mirándolo con una expresión de duda. Después, como él aguardaba una respuesta en silencio, soltó un resoplo con el que evidenció sus recelos, aunque acabó asintiendo.

- No lo conozco lo suficiente, al menos personalmente, pero en lo que respecta al trabajo, jamás nos ha defraudado, y es sumamente competente, y lo que es más importante, como perro viejo que es, tiene contactos hasta en el Kremlin.

- ¿Quieres que hable yo con él?

- Quizás sea mejor que vayamos los dos, si escondiera algo, a ti te contaría la primera milonga que se le ocurriera y no podrías rebatirle nada. Además, es mejor acosarlo por dos flancos.

- Puede que no estemos enfocando bien el asunto —farfulló Frízer, meneando la cabeza como un potro de puro enfurruñamiento.

- ¿A qué te refieres?

- Según tengo entendido, Rosales vino aquí para hacerse cargo del caso Alería porque no había avances, y la prensa, o los de arriba, apretaban.

- Eso es lo que nos dijeron —asintió ella, meneando la cabeza de arriba abajo para que prosiguiera.

- Él tampoco avanzó mucho, por lo que veo, pero se cameló a Mateo Alería, el padre del muchacho desaparecido, y después desaparece él con toda la información recabada en cinco años.

- Y eso, ¿qué te dice? —preguntó Silvia, mirándole a los ojos con una avidez que le arrancó una sonrisa.

- Me dice que esto no tiene nada que ver con Asuntos Internos.

- Entonces, ¿con qué? —farfulló ella con coraje.

- Lo que sea tiene que estar relacionado con la desaparición de ese joven, David Alería. Si se han llevado toda la información relacionada con el caso, y se han ocupado de borrar los archivos informáticos, es que hay alguien por ahí arriba que no está interesado en que se averigüe porqué desapareció ese muchacho.

- ¿Y quién puede ser?, además, ¿con que intención?, si se trataba de un chaval normal y corriente, y de una familia de lo más tradicional.
- El problema no es quién era, sino por qué o cómo desapareció.
- Dios mío, Mark, me asusta lo que insinúas, y no puedo dejar de pensar en mis hijos, y en esa familia.
- La familia… —acompañó Frízer a un suspiro que lo sumió en un repentino trance.

La imprevista introspección del inspector obligó a Silvia a golpearle la pernera para que reaccionara y le dijera de una vez qué pasaba por su cabeza, pero en ese momento asomó Roberto a la puerta para decirles que en el comedor estaba ya todo preparado, y se pusieron en pie como si les hubiese gritado.
- Albuena ha dicho que se iba a pasar por la comisaría a las cuatro —le dijo Silvia a Frízer cuando se acomodaron a la mesa, un comentario que su esposo censuró con una mirada tan sutil que ella no se dio cuenta, lo que lo obligó a mantenerle la mirada severamente.
- ¿Quieres que nos veamos allí con él? —consultó Frízer, totalmente ajeno al conciliábulo que los mantenía a ambos sumidos en una pugna de gestos.
- Cuanto antes, mejor —asintió ella, sonriendo a su esposo para disculparse por haber incumplido una norma que acordaron llevar a rajatabla un día que advirtieron que sus hijos hacían chistes de un caso que ellos habían comentado.

Roberto comenzó a servir la ensalada, y se enfrascaron en la conversación que más interesaba a Frízer en ese momento, que no era otra que las anécdotas que Silvia le contaba sobre sus hijos, esperanzado en que Roberto no le preguntara por su vida sentimental y se viera obligado a reconocer que la dedicación a su trabajo no le había permitido conocer aún a alguien interesante, cantinela que, de todos modos, tenía más que ensayada, por si acaso... pero no tuvo suerte al respecto, porque apenas se acomodó su anfitrión ante el plato, quiso saber si tenía novia, pues Silvia ya le había dicho que no estaba casado, y le fastidiaba preguntarle

abiertamente si era gay, que era la única explicación que encontraba a que un joven tan apuesto, según su parecer, no tuviese pareja, al menos oficialmente. Frízer se rindió a la avidez con la que Silvia se quedó mirándolo, y dio comienzo a media hora de compadreo en el que desgranó su vida.

- ¿Mallorquín? —festejó ella con su mejor sonrisa cuando confesó que allí había pasado su infancia, imaginándolo en las maravillosas calas de la isla.

- Mi madre era alemana, pero se trasladó a Mallorca cuando tenía apenas veinte años, ya embarazada de mí, y allí se quedó.

- ¿Y qué tal se encuentra? —preguntó ella de inmediato al ver que ensombrecía el rostro, temiendo que hubiese fallecido.

- Oh, muy bien, charlamos por videoconferencia a menudo, además, ella viene por aquí de vez en cuando, le gusta el bullicio de las grandes ciudades.

- ¿Y tu padre? —preguntó él, que se vio censurado de inmediato por la mirada que le lanzó Silvia, pues la imaginación de ella ya la había llevado a barruntar que era madre soltera, o algo aún peor, que fuera viuda.

- Pues la verdad es que no tengo ni idea. Cuando se enteró de que mi madre estaba embarazada se desentendió, y se largó de Mallorca, y eso que fue él quien la arrastró a ella a aquella aventura. El caso es que mi madre me parió sola, me dio sus apellidos, y no he sabido jamás quién es mi padre porque jamás me ha interesado.

- ¿Y no sientes curiosidad?

- Mejor no saber quién es, porque si lo viera no tendría más que reproches, o sea que prefiero dejarlo estar. Además, mi madre se casó con un mallorquín cuando yo apenas tenía cinco años, y ese hombre es el que ha sido mi padre toda mi vida.

- ¿Tienes buena relación con él? —supuso Roberto al atisbar una chispa de emoción en sus ojos al mentarlo.

- Magnífica, y también con mis hermanos.

- ¡Vaya! —exclamó ella, sorprendida—, eso no me lo habías contado.

- ¿Cómo que no?, pero si se lo dijo a tus hijos el otro día.

Ambos hombres se echaron a reír al ver que ella fruncía el entrecejo en gesto de incredulidad, enfurruñando después los labios con guasa para reconocer la derrota.

- Alina, que tiene veintidós años, y Paul, que cumple veinte el mes que viene —dijo Frízer—. Espero que antes de comenzar el nuevo curso pasen aquí unos días conmigo, entonces podrás conocerlos, y a mis padres, que seguro que vienen con ellos.

- Eso sería fantástico —festejó ella, juntando las manos como si fuera a ponerse a dar palmas—. Saldremos a cenar, ¿qué te parece? —propuso a su marido, que asintió sin poder responder porque lo había pillado con la boca llena.

- Estarán encantados, seguro, de hecho, mi madre ya me ha dicho que siente curiosidad por conocer a mis compañeros de trabajo.

- ¿Les has hablado de nosotros? —supuso, tan interesada que se acodó para encararlo con su mirada más detectivesca.

- Bueno, algo he contado —reconoció Frízer, sonriendo con pillería.

- Podemos hacer una paella en casa de tus padres, que siempre están con que nunca vamos —planteó él tras deglutir el bocado que lo había mantenido en silencio durante varios segundos.

Silvia se revolvió para mirar a Frízer, al que dedicó una sonrisa de entusiasmo, que no desdibujó hasta que le sacó a él el gesto asertivo que esperaba.

- ¿Y no te da morbo pensar que puedes tener por ahí algún hermano desconocido?

Silvia era consciente de que Frízer podría considerar insidiosa la pregunta, pero decidió correr el riesgo, rendida a la innata curiosidad con la que la habían parido, y miró a su esposo, convencido de que él iba a censurarla, pero al ver que Roberto alzaba la mirada hacia Frízer para no perderse el gesto que debía acompañar a su respuesta, hizo lo propio, y se volvió hacia el inspector, sonriendo como una niña traviesa.

- Los tengo —respondió Frízer, divertido al ver el gesto de sorpresa que arrancó a ambos—. Dos de una madre y otros dos de otra, pero yo no tengo contacto, es mi madre la que intrigando en las redes contactó con ellos hace unos años.

- ¿Y tu padre no ha querido saber jamás de ti? —insistió ella, extrañada.
- Mi madre nunca me ha comentado nada, o sea que supongo que no se lo habrá pedido.

Frízer se revolvió incómodo al ver que su móvil comenzaba a acalambrarle la pierna, hasta que se vio obligado a rescatarlo del bolsillo para silenciarlo, pues el llamante no parecía tener intención de rendirse. Cuando vio que se trataba del comisario, miró a Silvia con tanto desconcierto que ella temió que hubiera ocurrido alguna desgracia.
- Es Albuena —dijo a modo de excusa, mostrándoles la pantalla como si le hubieran pedido que lo ratificara.
- Estupendo, asegúrate de que está en la comisaría a las cuatro —pidió ella, imaginándose ya ante el comisario.

Frízer dio paso a la llamada, e intentó escuchar con atención lo que el comisario le decía, pero el hombre atropellaba tanto las palabras que se vio obligado a pararlo. Albuena tomó aire, y se disculpó.
- No importa, dime, ¿qué ocurre? —lo apremió Frízer.
- Acaba de llamarme el director general, al parecer Silvia ha estado fisgando en asuntos para los que no estaba autorizada, y me han pedido explicaciones.
- Creo que ya sé de qué va la cosa, pero mejor lo hablamos en comisaría, estaré allí a las cuatro.
- Bien, pero no te retrases, y no le digas nada a nadie, y menos a ella.

Frízer asintió con apenas un mugido, cortó la llamada y miró a Silvia, que lo observaba a él con un gesto suspicaz, tamborileando los dedos sobre la mesa.
- Y bien, ¿qué pasa? —preguntó al ver que no decía nada.
- Que hemos dado en la diana.

# 6

El comisario Albuena se revolvió incómodo en la silla cuando vio a través de la cristalera que a Frízer lo acompañaba Silvia, más aún cuando ambos se internaron en el despacho como quien pasea por su casa, sin saludarlo siquiera. Se quedó mirándolos, exigiendo una explicación a aquella irreverencia inaudita, pues ella siempre había sido una persona sumamente respetuosa, y el inspector aún no llevaba tiempo suficiente en la comisaría ni él le había dado pie a que se permitiera esas licencias.

- Estaba en su casa cuando me has llamado —se excusó Frízer al ver que la señalaba a ella con los ojos—, había puesto el manos libres.

- Está bien —farfulló el comisario tras un resoplo, señalando las sillas para que se acomodaran—. ¿Se puede saber qué diablos estabas buscando? —le gruñó a ella, si bien miró a Frízer con dureza, convencido de que había sido él quien la había involucrado.

- ¿Te han llamado ya del archivo? —quiso saber Frízer, por si podía ahorrarse esas explicaciones.

- ¡He llamado yo! —alzó la voz, aunque se arrepintió de inmediato, avergonzado por que lo vieran perder los nervios, pues había advertido a través de la cristalera que en el pasillo algunos de los agentes se revolvían para mirarlos.

- Entonces ya sabes lo que hay —replicó Frízer—, todo lo concerniente al caso Alería ha desaparecido.

- Y los archivos borrados —intervino ella—, los nuestros y los de la Científica.

- ¿Y qué pasa con Rosales?, ¿por qué andas hurgando en su historial?

- Porque fue él quien se llevó la documentación, y muy probablemente quien borró los archivos.

Albuena se revolvió como una serpiente para mirar a Frízer, pero se dejó caer sobre la silla al ver que él asentía como un mulo. Aún no se había aposentado y ya estaba de nuevo en pie para cerrar las

cortinillas, de modo que en la sala no pudieran verlos, meditando lo que iba a decir.
- ¿Cómo habéis averiguado eso? —preguntó al rato, cuando se hubo acomodado de nuevo en su silla, desconcertado.
- Aparece en las imágenes —le dijo Frízer, señalando a Silvia para que ella lo corroborara.
- Yo misma bajé al archivo esta mañana para comprobarlo, y no hay la menor duda, el tipo que aparece sustrayendo las carpetas es Rosales.
- Eso ocurrió el dieciocho de mayo a las 20:15 —aseguró Frízer tras consultar sus notas—, y, además de las horas intempestivas, resulta que era sábado.
- Cuando Rosales ya estaba muerto —añadió Silvia.

Albuena se llevó las manos a la cara y se la restregó con fuerza, apretando los labios para que no se le escaparan las imprecaciones que retenía dentro como si fueran una molesta flatulencia.
- Malditos hijos de puta —masculló poco después, cuando se descubrió el rostro para mirarlos —, por eso me han pedido que borre las imágenes.
- ¿Quién ha pedido eso? —urgió Frízer, encogiéndose de hombros para disculparse al ver que Silvia reprendía su atrevimiento.
- El director general en persona —reconoció Albuena, atisbando con encubierto tapujo los gestos de ella—, pero me da la sensación de que a él también lo presiona alguien. Aunque ha sido muy sutil, naturalmente. —Al ver que ambos lo miraban expectantes, aguardando sin duda explicaciones más sólidas, soltó el derrotista resoplo que precede a una capitulación, y confesó—: Ha pretextado el hecho de que ese hombre merece que lo dejen descansar en paz, que su familia quiere pasar página, que son en quienes se ha escudado para dar semejante orden. Ha insistido en que ya han padecido bastante con su penosa enfermedad, y más ahora, con su fallecimiento, perorando con soflama que dio toda su vida por su país y blá, blá, blá, vamos, que borre todo lo que concierne a esa persona, como si no hubiera existido, y nos olvidemos de él y de cualquier caso en el que hubiera estado trabajando.

Frízer estuvo a punto de preguntarle quién podía estar detrás de aquella insólita petición, pero cerró la boca al ver que el comisario le hacía un gesto de calma. El hombre extrajo uno de los cajones de su mesa, del que sacó una llave, y abrió uno de los archivadores que tenía a su espalda. Rebuscó durante unos segundos una carpeta, desinflándose en un suspiro de alivio cuando la encontró, pues por un momento temió que también hubiese desaparecido. La abrió con premura y la colocó sobre la mesa para que pudieran ver el contenido. Tanto Frízer como Silvia inclinaron sus cabezas sobre lo que quería mostrarles.

- Esta es la orden —dijo, punteando con un dedo los membretes que señalaban a la Secretaría de Estado de Seguridad y el Ministerio de Interior—. Todo lo concerniente al caso Alería debía ponerse en manos del inspector Valerio Rosales Aruca, que se iba a incorporar a la Unidad de inmediato, y punto, sin más explicaciones. Con estas firmas, ¿quién cojones iba a hacer preguntas? Además, yo ya llevaba varios meses reclamando un inspector experimentado, di por hecho que venía como respuesta a mis exigencias.

El comisario repartió por la mesa el resto de documentos que aparecían en la carpeta para que pudieran verlos, llevando sus ojos de uno a otro como si dejara en sus manos la decisión de comenzar por uno en concreto. Silvia cogió la hoja en la que figuraban los datos personales del agente Rosales, y le echó una ojeada.

- Son datos falsos —dijo con rotundidad—, esta misma mañana lo he comprobado.

- ¿Cómo que son falsos? —gruñó el comisario, señalando los membretes oficiales que decoraban la hoja que ella alzaba para aseverarse.

- La dirección que se facilita no existe, el número de teléfono tampoco, la línea móvil que utilizaba pertenecía a un departamento extraño al que llaman Oficina Nacional de Seguridad o algo así, que tiene más pinta de *Thriller* cinematográfico que otra cosa…

- Creemos que Rosales podría haberse dedicado a trabajos de protección para altos cargos de Defensa —le dijo Frízer al ver que la simple observación de Silvia le causaba perplejidad—. Puede que

manejara datos sensibles, como direcciones de altos cargos, referencias sobre sus familiares directos, etc., de ahí tanto secretismo —añadió, pese a que elevaba los hombros en un gesto con el que parecía evidenciar sus propias dudas al respecto—. Si manejaba datos sensibles en materia de seguridad, era una persona expuesta, de ahí que intentaran protegerlo, y qué mejor modo que este, colocarlo en una comisaría de segunda línea y después darlo de baja definitivamente mientras él disfruta de una merecida jubilación en Canarias.

- Lo más curioso es que esas huellas dactilares pertenecen a un tipo que lleva treinta años criando malvas —aseguró Silvia—, una chapuza impropia de Inteligencia, si es que son ellos los que han organizado todo esto.

- De todos modos —objetó Frízer—, cómo haya desaparecido Rosales es lo de menos, el caso es que vino aquí a encargarse personalmente del caso Alería, y que son los datos referentes a esa investigación los que ha hecho desaparecer, y eso se debe sin duda a alguna poderosa razón, y ahí es donde debemos centrarnos.

- La línea de teléfono se dio de baja apenas se supo que Rosales había muerto —prosiguió ella, asintiendo a los postulados de Frízer.

- Además, no consta en ninguna parte que haya muerto —se avino él, dando a entender que no concedía el menor crédito a lo expuesto por él mismo en su anterior intervención con respecto a los motivos por los que se justificaba el que hubiesen intentado aparentar la muerte de Rosales.

- ¿Cómo iba a poner eso en duda? —repuso el comisario como si lo acusaran a él de urdir semejante patraña, con la mirada perdida en los ventanales que daban a la calle—. Me pasaron esa nota —aseguró, revolviéndose para señalar con un brazo en alto los papeles que descansaban sobre la mesa.

Silvia echó mano de inmediato al parte de defunción, en donde pudo encontrar un par de firmas interesantes y un sello, también de Interior.

- ¿Me autorizas? —preguntó, blandiendo su teléfono al tiempo que señalaba el papel con los ojos.

- No creo que nadie te coja el teléfono —respondió el comisario, encogiéndose de hombros.

Silvia marcó el número del despacho del secretario judicial que firmaba el parte, cuyo rimbombante garabato se encontraba bajo su nombre, y aguardó respuesta sonriéndole al comisario burlonamente, pero al segundo tono de llamada colgó con celeridad, y se quedó mirándolo con ojos de espanto.

- ¿Qué ocurre? —apremió él, volviéndose hacia Frízer, con quien compartió una mirada de desconcierto.

- Rosales murió en Barcelona, eso es lo que han asegurado.

- Así es —asintió el comisario, mirándola con mal disimulada expectación.

- Entonces, ¿qué hacía este secretario judicial firmando partes de defunción en Barcelona?

Albuena se lanzó sobre la mesa para aprehender el papel. Una vez se aseguró de que aquella firma era en realidad la del secretario judicial de los juzgados que llevaban los casos de su jurisdicción, llevó la mirada muy despacio hacia la de Frízer, como si fuera él quien tuviera que dar explicación a aquella incongruencia.

- Lo más probable es que trataran a Rosales en algún hospital barcelonés, y que al final decidieran trasladarlo de nuevo aquí, para estar con su familia en sus últimas horas —conjeturó, incapaz de encontrar otra explicación.

- ¡Qué casualidad! —ironizó ella—, Rosales estaba empadronado en este mismo barrio, y eso que la dirección falsa que nos dio lo sitúa a cuarenta kilómetros de aquí.

- De todos modos, ese parte está firmado y fechado en Barcelona —insistió Frízer.

- Llama a ese secretario judicial, anda, a ver qué diablos te dice —la animó el comisario, señalando el teléfono.

Silvia volvió a marcar, pero dejó puesto el altavoz para que escucharan la conversación. Cuando se oyó que alguien aceptaba la llamada se retrepó de un respingo, y se presentó procurando aparentar calma. La voz tersa de una chica joven le dijo que la pasaba con el secretario, y la puso en espera con una tonadilla de

esas pegadizas que siempre acababan arrancándole un suspiro de impaciencia.
- Buenas tardes, agente Rodríguez, ¿en qué puedo ayudarla? —respondieron al fin pasado un buen rato.
- Perdone que lo moleste, señor Fernández, pero el comisario Albuena me ha pedido que confirme el fallecimiento de uno de los inspectores para poder darlo de baja y todo eso, ya sabe…
- ¿Darlo de baja?, ¿a qué se refiere?
- Perdone, es que no me he explicado bien. Es que uno de los inspectores de la brigada, Valerio Rosales Aruca, consta de baja desde hace unos meses, vamos, que falleció, pero nadie nos lo ha comunicado oficialmente, y no sabemos qué hacer.
- ¿Nadie les ha comunicado el fallecimiento? —acompañó a un gruñido de perplejidad.
- Eso es, aquí no se ha recibido nada, sin embargo, hemos intentado contactar con algún familiar, pero no ha sido posible, todo lo que hemos podido averiguar es que ha fallecido, pero extraoficialmente.
- Vaya, pues no tengo ni idea de cómo puedo yo ayudarle. De todos modos, déjeme hacer unas averiguaciones, y en cuanto sepa algo la llamo.
- Puede llamar directamente al comisario, estará encantado de saludarlo y darle las gracias personalmente.

Cuando colgó, alzó la mirada que clavaba sobre el teléfono y se quedó observando el gesto del comisario, que combaba las cejas con asombro.
- Como relaciones públicas no tienes precio, pero como detective andas un poco floja —le dijo, sonriente, si bien demudó el gesto de inmediato al ver que ella no lo acompañaba en la guasa.
- O sea que ese secretario judicial va a hacer unas averiguaciones sin que le hayas dado el menor dato —barruntó Frízer, forzando un gesto burlón que dedicó más al comisario.
- Me ha dado la sensación de que apenas ha oído el nombre sabía de quién se le hablaba —convino él, meneando la cabeza de arriba abajo muy despacio, el gesto de suspicacia propio de un sabueso entrenado, y que, ese sí, arrancó una sonrisa a su subordinada.

- Yo creo que Rosales anda vivito y coleando —planteó ella.
- Eso no es tan fácil —rechazó el comisario, pese a que el meneo de cabeza que se le escapó dejaba entrever sus dudas.
- ¿Asuntos Internos? —musitó Frízer, consciente de que entre aquellas paredes nombrar aquel departamento era una cuestión farragosa, casi tabú, como si la simple mención resultara una ofensa.
- Podría ser —admitió el comisario—, pero ¿qué iban a buscar aquí? Si se tratara de una unidad antidroga podrían buscar manzanas podridas, pero aquí no manejamos capitales ni alijos de coca, afortunadamente.
- Volvemos a centrar nuestra atención en Rosales, que si fingieron su muerte, que si falsificaron los papeles… —peroró Silvia con enojo, haciendo que ambos hombres se revolvieran para mirarla— cuando lo verdaderamente importante es la razón que los ha llevado a eso.
- El caso Alería —asintió Frízer a cabeceos, mirando al comisario para ver cómo reaccionaba a la razonable invectiva de su compañera.
- Ahora ya no me cabe la menor duda, pero… ¿qué diablos tiene que ver la desaparición de ese joven con todo eso?
- Está claro que intentaban borrar cualquier información que pueda llevarnos a descubrir porqué desapareció —dijo Frízer.
- ¿Y con qué objeto? —rechazó el comisario con vehemencia—. ¿Acaso ese joven podía suponer un problema para la seguridad nacional?

El comisario advirtió en el silencio de sus subordinados que lo que acababa de decir había encendido una luz en el interior de sus cabezas, y se quedó mirándolos, observando cómo se hablaban con la mirada.

- ¿Y si es ese joven el centro de todo? —barruntó Frízer.
- ¿Insinúas que hay alguien por ahí arriba a quien no interesa que aparezca? —preguntó Silvia, asustada ante sus propias conclusiones.
- A ver, especula un poco —propuso el comisario, señalando a Frízer para animarlo a responder al ver que negaba y asentía a un tiempo.
- No sé… —repuso él—, todo lo que me viene a la cabeza se me antoja demasiado grotesco. Tú llevas más tiempo con eso —dijo,

señalando a Silvia—. ¿Había algo en la vida de ese muchacho que nos pueda llevar a pensar que estaba metido en algo sórdido, extorsión, drogas, prostitución, sexo extremo…? no sé, esas cosas que hacen que alguien desaparezca dentro de un bidón de ácido cuando incomoda.

- Si lo había, Rosales se encargó de limpiarlo, pero a mí no me consta que en los informes que se digitalizaron hubiera nada de eso. La investigación siguió los pasos protocolarios habituales, pero no se encontró nada, esa es la razón por la que el caso acabó en un punto muerto.

El comisario iba a abrir la boca cuando sonó su teléfono. Alzó una mano para disculparse y dio paso a la llamada.

- Sí, soy yo, ¿en qué puedo ayudarle?
- Soy Andrés Fernández, de la Secretaría Judicial.
- Oh, sí, perdone, no lo había reconocido, señor secretario.
- La agente Rodríguez acaba de llamarme con respecto al fallecimiento de uno de sus agentes, cuyo parte de defunción al parecer no se ha recibido.
- Sí, se trata de Valerio Rosales Aruca. Se encontraba de baja, y parece ser que falleció hace ya unos meses, pero, aunque tengo sobre mi mesa una copia del acta de defunción, no se nos ha comunicado oficialmente, y es un trámite necesario que me reclaman desde Recursos Humanos.
- ¿Dice que tiene en su mesa una copia del acta de defunción?
- Así es, de fecha diez de mayo del año en curso.
- ¿Y eso lo he firmado yo?
- Eso es lo que consta.
- A ver, déjeme comprobarlo —pidió el secretario judicial, dejando que su voz reflejara la extrañeza que le causaba aquella insólita situación, y tras un intenso tecleo que reverberó el altavoz con claridad, el desconcierto de quien no encuentra lo que busca donde debía estar. Unos segundos después se oyó el tono alarmado de su interlocutor, pidiendo una confirmación gráfica de lo que el comisario aseguraba.

- Fotografío el documento y se lo mando en un wasap —aceptó el comisario, presto a realizar la operación, que apenas le llevó unos segundos—. Ya está —le dijo una vez la hubo enviado.
- A ver… —se oyó susurrar al otro lado de la línea tras escuchar la entrada del mensaje.

El comisario aguardó con impaciencia la resolución del secretario, mirando en silencio a Frízer y a Silvia, que lo miraban a su vez con la expectación que provoca un presentimiento fatalista. Este llegó poco después, cuando el secretario aseguró en un exabrupto que aquella no era su firma, y que, por tanto, aquel papel que obraba en manos del comisario era una burda falsificación.
- ¡Y en Barcelona, eso es absurdo! —gruñó como colofón a su acalorada intervención.
- ¿Se encargará usted de poner el asunto en conocimiento de sus superiores?
- Sí, no se preocupe, yo me encargo, y en lo referente a la defunción de ese hombre, solo le puedo decir que no se puede dar por muerto a alguien que no existe.
- ¿Quiere decirme que ese agente se movía por aquí con una identidad falsa?
- Según los datos que nosotros manejamos, así es, el DNI que consta dejó de tener validez en el noventa y cinco.

El comisario agradeció el tiempo dedicado y se despidió con la debida cortesía, bufando después a resoplos en cuanto cortó la llamada. Cuando entendió que con derrotismos no se conseguía nada, se dejó caer sobre su silla y señaló a ambos con un bolígrafo que cogió para comenzar un croquis.
- Quiero que os dediquéis en exclusiva a este caso. Dejad lo que tuvierais entre manos y poneos con esto, pero discretamente. Hablad con todos los agentes que estuvieron involucrados en el caso Alería y que os cuenten lo que recuerden. Tú —dijo señalando a Silvia—, desde tu terminal, y tú —Llevó la mano hacia Frízer—, en la calle. Vuelves a interrogar a la familia, a los amigos, sus profesores, los entrenadores, todo el que hubiera conocido a ese chaval, ah, y en cuanto estés con su padre le pides que venga a verme.

- ¿Crees que es conveniente que sepa que comenzamos de cero?, quizás se mosquee y acuda a la prensa, y eso es lo que menos nos conviene ahora, al menos hasta saber con quién nos la jugamos —objetó Silvia.
- Precisamente por eso es por lo que conviene que esté informado, para que no haga tonterías.
- Yo estoy de acuerdo —le dijo Frízer—. He podido ver que es un hombre sensato, y parece bien formado, entenderá que conviene ser cauto.
- Bien —dijo el comisario, aguardando a que lo miraran—. Tú ponte a rebuscar por ahí, a ver si logras salvar algo de lo borrado. —Miró a Frízer a los ojos y, tras unos titubeos, preguntó—: ¿cuándo vas a verte con ese hombre?
- Pensaba ir mañana, pero antes tengo que ir a una gasolinera cercana a la casa de su madre, que es donde vive ahora, porque ayer se vio por el pueblo un Audi Q8 negro que no era de por allí, y quiero ver si lo registraron las cámaras.
- Bien. Yo voy a hablar con el juez…
- ¡Castillo!, Ignacio Castillo Vidal —irrumpió Silvia con aparente desasosiego, como si fuera ella quien tuviera que someterse a su dictamen.
- ¿Lo conoces? —preguntó Frízer, extrañado de que hiciera semejante proposición al comisario.
- No mucho, pero ese hombre me da confianza. Ya ha llevado otros casos nuestros, y si hay alguien gordo detrás de todo esto, prefiero que sea él quien emita las órdenes, no vaya a ser que a las primeras de cambio nos corten las alas.
- Está bien, llamaré a Castillo y le contaré lo ocurrido. Si me autoriza a reabrir el caso, le pediré las órdenes oportunas.
- Luego te mando los datos de la gasolinera, y también me gustaría que pidieras una orden para registrar todas las posesiones de Alería y su familia, espero no tener que hacer uso de ellas y que me dejen investigar libremente, pero por si acaso...
- Bien, mañana a las ocho en este despacho. Entonces sabremos si el juez nos autoriza.

- ¿Y si no?, ¿lo dejaremos estar, como si no hubiera pasado nada? —refunfuñó Silvia.
- Primero vamos a ver qué nos dice el juez Castillo —la apaciguó el comisario—, y después, si no lo ve consistente, tiraré más arriba.
- ¿Y qué hago entonces mientras tanto? —apremió Frízer.
- Bueno, regresa a esa gasolinera y echa un vistazo a las imágenes, a ver quién merodea por la casa de Alería con un coche de lujo.
- ¿Y si me ponen pegas?
- Sigue el protocolo, primero les sacas la placa, y si no es suficiente, les muestras el arma, eso suele dar buen resultado —repuso el comisario, haciendo que Silvia le dedicara a Frízer una sonrisa burlesca.
- Entonces yo me voy a ver si logro encontrar algo en los servidores —propuso ella cuando ya se disponía a abandonar el despacho, volviéndose después para mirar al comisario—. Si quien ha borrado esos datos no tenía suficientes conocimientos, lo más probable es que logremos recuperar algo.
- Bien, haz lo que puedas.
- ¿Debemos dar crédito a Mateo Alería? —preguntó Frízer, ya con el pomo de la puerta en la mano.
- ¿A qué te refieres? —preguntó el comisario.
- He echado un vistazo por los alrededores de su casa esta mañana, y he podido ver que, tal y como asegura, alguien anduvo por allí a la hora de la tormenta, y dejó pisadas de unas botas de motorista, del mismo número que calzaba su hijo.
- Si se tratara de un hijo mío, es muy probable que también lo viera en cada joven que me cruzara por la calle.
- Unos vecinos de la zona han reconocido que por allí pasan bastantes motoristas camino de la sierra —convino Frízer, asintiendo con tristeza.
- Pobre hombre —acompañó Silvia a un hondo suspiro cuando ya avanzaban por el pasillo.

Silvia se enclaustró en su despacho, y se despidió alzando un brazo hacia la cristalera, haciéndole después un gesto para indicarle que estarían en contacto por teléfono.

Frízer dudó qué hacer, pero abandonó la comisaría, decidido a pasar por la gasolinera y, si le daba tiempo, continuar hasta la casa de Mateo Alería para hacerle unas cuantas preguntas.

Apenas puso un pie en la calle sintió como un mazazo los treinta y cinco grados que marcaba el termómetro de la avenida. Por fortuna, su coche aguardaba en el garaje, a la sombra, de modo que pudo deleitarse en la conducción sin los sofocos de la calorina. Conforme se alejaba de la ciudad la temperatura iba descendiendo poco a poco, no tanto quizás porque viajara hacia las montañas como por el hecho de que por allí la frondosidad del paisaje fuera en aumento. De cualquier modo, la campiña que se avistaba en lontananza, con grandes nubarrones blancos coronando las cumbres, invitaba a bajar las ventanillas y disfrutar de la bonancible tarde, emulando los paseos que daba con sus amigos en el viejo Golf descapotable que heredó de su padre, camino de la playa. Se perdía en aquellos gratos recuerdos cuando el navegador lo apartó de la abstracción para indicarle que debía tomar la primera bifurcación a la derecha. Entonces abandonó la autopista y se internó en un caracol que lo llevó de nuevo hacia el sur, tomando después el primer desvío hacia la derecha, desde donde se podía atisbar ya la gasolinera. Acercó el coche despacio y aparcó en un lugar en el que no molestara, contento al ver que no había movimiento por los alrededores, como si todo el mundo allí se hubiera tomado a pecho lo de la obligada siesta. Tras un nuevo vistazo a los lugares en los que había visto las cámaras, más otro que lanzó más detenidamente por si alguna otra se le había pasado por alto, una vez se cercioró de que no había más que las que ya había visto por la mañana, se internó en la tienda, donde lo recibió el soplo de aire fresco que expulsaban los aireadores del aire acondicionado.

- Buenas tardes —saludó un tipo de alrededor de veinticinco años que apareció de inmediato por una puerta que había tras un mostrador repleto de expositores de chucherías, con botellines de agua, refrescos y un par de datáfonos.
- Hola, ¿qué hay? —repuso Frízer, mostrándole su placa.

El joven sonrió divertido, barruntando un poco de entretenimiento, y asintió como si le hubiera preguntado algo. Después se acomodó tras el mostrador y se quedó mirándolo con la boca entreabierta, dejando al descubierto unos incisivos perfectos de anuncio de dentífrico.

- Esta mañana estuve aquí…

- Sí, mi compañero me dijo que había venido preguntando por un Audi Q8 —le interrumpió, haciendo que Frízer se quedara mudo de asombro, con la boca entreabierta y sin saber qué decir—. Menudo carro, no se ven muchos de esos por aquí —añadió, sonriendo al gesto que se le había quedado pintado en la cara.

- ¿Y cómo sabías que era yo?

- Las cámaras —respondió sonriente, señalando una de ellas.

- Pues mira qué bien, así me ahorras muchas explicaciones —repuso Frízer, encantado por su astucia y la predisposición que auguraba.

- Vino a eso de las ocho, un rato antes de que descargara la tormenta —comentó el muchacho, tecleando en su terminal para mostrarle las imágenes mientras le hablaba—. Como no tenía nada mejor que hacer, cuando mi compañero me dijo que la policía había venido preguntando por un Q8 miré las imágenes, y pude captar la matrícula —aseguró, arrastrando el cartoncillo de una caja de chicles en el que la había anotado.

- ¡Vaya, qué diligente! —exclamó Frízer, atrapando el cartoncillo al tiempo que miraba de reojo la pantalla.

- En esta cámara solo se ve el coche, pero en la del interior se le ve muy bien la cara, lo malo es que no vamos a poder imprimirla, tendrá que llevarse una copia del archivo. —Al ver que Frízer asentía, le preguntó si había traído un *pendrive*.

- Siempre llevo varios, por si acaso tengo que llevarme copia de las imágenes de una gasolinera —bromeó Frízer al tiempo que rescataba un lápiz de memoria de un bolsillo.

- Solo iba un tipo en el coche, el conductor, a no ser que hubiera otros detrás que no se bajaran, porque llevaba los cristales opacos, pero no lo creo, porque la suspensión trasera se ve a altura normal, o sea que no llevaba carga.

- Podría llevar suspensión neumática, ¿no lo has valorado? —le vaciló Frízer.
- Podría, pero ese modelo no.
- ¿Y cómo puedes estar tan seguro?
- Las llantas son las normales de serie, vamos, que no es un modelo de la gama más alta, de haber llevado la suspensión adaptativa neumática le habrían puesto unas llantas de cagarse.
- ¿Repostó? —preguntó Frízer, asombrado.
- Llenó el tanque y después entró en la tienda para pagar, y se llevó un botellín de agua.
- ¿Cómo pagó?
- En efectivo —aseguró el muchacho, arrugando los labios al entender el contratiempo que eso suponía para un policía.
- ¿La gasolina también?
- Sí, me dio tres billetes de cincuenta euros, pero los metí en la caja con los demás, y ya se los han llevado.
- Bueno, no importa.

El joven extrajo la memoria de la torre cuando hubo transferido las imágenes, y se la entregó.
- Espero que lo atrapen —dijo, sonriendo con picardía.
- Es un ladronzuelo del tres al cuarto, pero con este cochazo ha dado un salto importante —improvisó Frízer—. Lo más probable es que ya lo hayan detenido en algún control.
- Pues cualquiera lo diría, porque parecía un tipo elegante —aseguró, girando el monitor para que pudiera ver las imágenes.

Cuando Frízer advirtió de quién se trataba, desorbitó los ojos. Simuló un estornudo para que el joven no intuyera nada extraño en el sobresalto que le había levantado hasta las cejas, y le dio las gracias por su colaboración, animándolo a incorporarse a la academia de policía. Dejó tras de sí las carcajadas del muchacho, y se subió al coche, henchido de entusiasmo al imaginar la sorpresa del comisario cuando viera la cara de aquel tipo. Rebuscó en la guantera el conector del teléfono y enchufó la memoria al sistema del vehículo. Cinco minutos le llevó enviar las imágenes a Silvia, y

otros cinco que ella respondiera. Para entonces él ya enfilaba la carretera hacia la casa de Mateo Alería.

- ¿De dónde has sacado estas imágenes? —preguntó Silvia sin siquiera saludarlo, incapaz de reprimir el tono de alarma que reflejaba su voz.

- Son de ayer por la tarde, las de la gasolinera, ¿qué te parece?

- Pues que al comisario no le va a gustar esto, aunque sí espero que le gusten al juez Castillo.

- ¿Qué crees que podía estar haciendo aquí, rondando la casa de Alería?

- Vigilándolo, sin duda.

- ¿Y por qué habría de hacer eso?, ¿acaso ese hombre podría ocultar algo tan importante como para montar todo este circo?

- No creo que sea el padre a quien vigilan, sino al hijo —musitó Silvia, lamentando sin duda cuanto aquello significaba.

- Entonces, ¿insinúas que ese joven podría continuar con vida?

- Ya no sé qué pensar, Mark, pero lo mismo ese muchacho lleva cinco años escondiéndose de alguien.

- No sé… abandonar de la noche a la mañana toda su vida, sus amigos —titubeó Frízer—, y lo más sorprendente, a su familia… me cuesta entenderlo. Si temía por su vida, lo más normal es que hubiera acudido a la policía, y no que hubiera decidido desaparecer.

- Si temía por su familia, y pensó que el único modo de mantenerlos a salvo era desaparecer… lo más efectivo era fingir su muerte, pero supongo que eso le resultaba sumamente difícil, y decidió desparecer.

- En fin, me voy a casa de Mateo Alería, a ver si hablo también con su madre.

Frízer colgó, y se quedó pensando en lo que Silvia acababa de decir. Poco después meneó la cabeza como un perro mojado para sacudirse aquellos absurdos pensamientos, y puso el coche en marcha.

# 7

Mateo Alería esbozó una amplia sonrisa cuando vio bajo el umbral la figura de Frízer. Abrió la puerta con celeridad y le ofreció la mano, que estrechó como si se tratara de un viejo amigo apenas la aferró, provocándole cierto sonrojo.

- ¡Qué sorpresa!, no lo esperaba —le dijo, sumamente afable.

- Espero no molestar, pero es que mañana a primera hora tengo un compromiso, y quería hacerle unas preguntas antes de verme con el comisario.

- Claro que no, aquí siempre es bienvenido. Pero pase, no se quede ahí —repuso Alería, apartándose para que entrara—. Mi madre está en el jardín, supongo que también querrá hablar con ella.

- Oh, sí, por supuesto, será un placer.

Frízer lo siguió hasta un vasto salón cuya visión lo transportó de inmediato a la casa de su infancia. Alería se dio cuenta de que fijaba la mirada en los cuadros que descansaban sobre la chimenea, y se acercó para mostrárselos.

- Este es David —le dijo, poniendo en sus manos el portarretratos.

Frízer se perdió durante unos instantes en el rostro del joven, y después llevó la mirada hacia otro de los retratos, sonriendo al ver el extraordinario parecido de los muchachos que lo protagonizaban.

- Su hermano, supongo.

- Javier —susurró, asintiendo—. Esta es la última foto que se hicieron juntos, pero podrá verlas todas en el informe. Ya las tenía la policía cuando el inspector Rosales me las pidió, pero insistió en que se las reenviara a él personalmente para comprobar no sé qué de los metadatos.

- Probablemente querría asegurarse de que no estaban manipuladas digitalmente —le dijo Frízer al darse cuenta de que con esa información tan explícita solo intentaba sonsacarle.

- Yo también las tengo en mi móvil, pero mi madre prefiere verlas en papel, las tiene todas en un álbum.

Frízer estuvo tentado de decirle que tendrían que comenzar de nuevo, pero en el último momento decidió dejarle aquel engorro al

comisario.
- Hola —oyeron a su espalda, haciendo que ambos se revolvieran.
- Madre, este es el inspector del que te he hablado, él va a llevar el caso a partir de ahora.
- Mark Frízer, un placer… —se presentó, ofreciéndole la mano.
La mujer se la estrechó sucintamente, lo suficiente como para que Frízer pudiera sentir la frialdad de su piel arrugada, y después señaló uno de los butacones para que se acomodara.
- Lamento lo ocurrido a su compañero, Mateo me ha dicho que falleció.
- Así es, falleció hace unos meses —corroboró Frízer, incómodo, pues saber que Rosales andaba merodeando por su casa, vivito y coleando, lo situaba en una encrucijada de imprórvidas consecuencias.
- Entonces, ¿se encargará ahora usted de buscar a mi nieto?
- El caso quedó en suspenso por falta de pruebas, esa es la conclusión a la que llegó mi compañero, pero ahora que él no está, quién sabe, lo mismo logramos encontrar un nuevo hilo del que tirar, por eso estoy yo aquí, y para que sepa que mientras no aparezcan pruebas concluyentes en un sentido u otro, no abandonaremos la búsqueda.
- ¿Qué opina de lo ocurrido anoche?, ¿piensa que estamos locos?
- Locura es no dar crédito a las evidencias —le dijo Frízer, sonriendo a su propia ocurrencia, pues la actitud de la mujer lo hacía sentirse acorralado, y ya no sabía qué decirle para no comprometerse. Lo último que pensaba hacer era darles falsas esperanzas, pues si de algo estaba convencido, al igual que el comisario, era de que aquel pobre muchacho llevaba cinco años bajo tierra.
- ¿Le apetece un café? —ofreció ella para rescatarlo del manifiesto embarazo que evidenciaba, y que comenzaba a tartalearle hasta la voz.
- No, no se moleste, solo…
- No es ninguna molestia —zanjó ella, sonriendo al ver que, pese al rechazo, parecía declamar a gritos que lo necesitaba—. Mi hijo y yo

íbamos a tomarlo ahora, iba a prepararlo —añadió, encaminándose ya hacia el pasillo.

- Por supuesto —repuso Alería de inmediato, insistiendo en sus gestos para que se acomodara.

Frízer se dejó caer sobre uno de los butacones, y le devolvió el portarretratos. Alería lo dejó sobre el estante de la chimenea, y regresó de inmediato al sofá, donde se acomodó frente al inspector, mirándolo con gesto de preocupación, como si temiera que hubiese acudido a su casa para darle malas noticias. Frízer advirtió el desasosiego que lo acuciaba, que se reflejaba en el brillo acuoso de su mirada como si hubiese estado llorando, y decidió tranquilizarlo.

- Hemos podido captar el Audi Q8 en las cámaras de una gasolinera, pero no debe preocuparse, se trataba de senderistas que habían estado pateando el monte.

- ¿Y alguna moto?

Frízer abrió la boca para responder, pero algo en su interior le hizo enmudecer, lamentando que eso se le hubiera pasado por alto. Al ver que Alería lo miraba con expectación, se vio obligado a decirle que tenían las imágenes grabadas por las cámaras de la estación de servicio, pero que no habían logrado encontrar nada, si bien se decía a sí mismo que en cuanto abandonara aquella casa regresaría para llevarse todas las grabaciones, aliviado al recordar la buena disposición del operario de la gasolinera.

- Los del laboratorio estarán ahora con las imágenes, pero son muchas horas de grabación, y muchas motos las que pasan, les llevará días encontrar algo.

- Entiendo —musitó Alería, que posó la mirada sobre la mesa para escapar al escrutinio del inspector, que lo incomodaba con las sutiles miradas que le lanzaba, sin duda estudiando cada uno de sus gestos como un felino a la caza—. De todos modos, aunque no se tratara de mi hijo, alguien estuvo aquí anoche.

- Supongamos que se trataba en realidad de su hijo, ¿por qué cree que regresó después de cinco años?

- He estado toda la noche cuestionándomelo, y solo he podido darme una explicación —respondió, y después se mantuvo en

silencio, como quien rememora una situación arrumbada en un lugar lejano en el recuerdo.

- ¿Piensa que desapareció por propia voluntad? —se vio obligado a insistir al ver que se ensimismaba.

- Así es, creo que decidió marcharse, y que ahora siente la necesidad de volver a ver a su familia, pero que hay alguna razón que lo obliga a esconderse.

- ¿Y qué razón podría ser esa?

- Puede que para no ponernos en peligro, no lo sé, le he dado mil vueltas, pero no logro encontrar una explicación razonable. Si él hubiera tenido alguna relación con gente extraña…, pero es que su vida eran sus estudios, el deporte, sus amigos, apenas tenía tiempo para nada más, además, tenía veinte años, ¿en qué líos podía haberse metido a esa edad?

Frízer aguardó unos instantes a que se tranquilizara, pues la emoción amenazaba con arrastrarlo al llanto. Se retrepó para darle una palmada en un hombro, y después se dejó caer de nuevo sobre el respaldo, suspirando en silencio. En un par de ocasiones miró hacia el pasillo para ver si la mujer aparecía con el café, inquieto, pero como no regresaba y el silencio cada vez se hacía más tenso, decidió que no había más remedio que continuar preguntándole lo que ya habría respondido mil veces, y que sin duda debía de constar en el informe que había desaparecido, aun a riesgo de que el hombre sospechara algo extraño, pero en ese momento cayó en la cuenta de que Rosales también podía estar rondando la casa de la madre del muchacho, y se estremeció.

- ¿Dónde vive ahora su… la madre de sus hijos?

- Nadia vive en la casa familiar con Javier, yo preferí que fueran ellos los que se quedaran allí, al menos hasta que mi hijo se independizara.

- ¿Y cuánto hace que vive usted aquí?

- Llevamos alrededor de un año separados —le dijo Alería, que sonrió al ver que había tirado por tierra la perspicacia con la que el inspector había formulado la pregunta.

- Entiendo entonces que David vivía en esa casa cuando desapareció.
- No, en realidad él ya vivía aquí, con mi madre.
- ¿Y cómo es eso?
- Bueno, quería independizarse, pero como no tenía ingresos…

Alería se derrumbó, y comenzó a sollozar como un niño, dejando a Frízer cariacontecido, asombrado por aquella reacción inesperada. En ese momento entendió que no todo en aquella familia había sido tan idílico como él lo pintaba. Aguardó a que se calmara y, cuando el hombre se disculpó, recomponiéndose como si no hubiera pasado nada, comenzó el ataque.

- Entiendo que discutieron, y que por eso se marchó de casa —planteó con cautela. Luego, al ver que Alería se obligaba a reconocerlo con un leve asentimiento, prosiguió ya con más determinación—: ¿cuál era el motivo de la disputa?, ¿no estaba usted de acuerdo con el rumbo que estaba dando a su vida?, ¿no respondía a los estudios según sus expectativas? —fue perorando al tiempo que Alería negaba con la cabeza.
- Se le había metido en la cabeza que quería ingresar en el Ejército.
- ¿Con veinte años? —se extrañó Frízer—, ¿acaso hay historial militar en la familia, alguien al que el muchacho hubiera podido tomar como referente?
- No, en realidad fue una chaladura que se le metió en la cabeza, pero nada más. David era orgulloso, y le costaba reconocer que aquello no tenía el menor sentido, pero no se quedó aquí con su abuela por eso, sino porque mi padre falleció, y pensamos que a mi madre le vendría bien su compañía, por eso le compramos la moto, para que pudiera ir y venir cuando quisiera.
- Entonces, ¿no cree que nadie pudo influir en él para que se le ocurriera hacer carrera militar?
- Recuerdo que cuando terminó el bachiller acudió al IFEMA[3] con sus compañeros para orientarse sobre las ofertas de estudios de las universidades que le gustaban.
- ¿Al Salón del Estudiante?

- Sí, creo que lo llaman así, del estudiante y de la oferta educativa. Al parecer el Ministerio de Defensa monta un pabellón y propone a los jóvenes las diferentes ofertas que ofrece el Ejército, y eso llamó su atención. Durante un tiempo estuvo hablando con alguien sin decirnos nada, hasta que un día me lo contó.
- ¿Y cómo reaccionó usted?
- No muy bien, la verdad. —Alería agachó la cabeza, y confesó en un susurro—: Discutimos, y estuve a punto de abofetearlo.
- Pues menos mal que no lo hizo, porque el muchacho estaba bien cachas —le dijo Frízer, esperanzado en que el comentario le sacara una sonrisa.
- David jamás me habría puesto la mano encima —repuso Alería, que, efectivamente, sonrió, asintiendo a cabeceos—, de haberlo hecho, me habría tumbado al primer guantazo, y no solo porque estuviera cachas, sino porque hasta poco antes de dedicarse en exclusiva a la natación estuvo practicando artes marciales.

Frízer llevó la vista de inmediato a uno de los retratos que había visto sobre la chimenea, en la que ambos hermanos posaban vistiendo un kimono, David ya con quince o dieciséis años, y cómo no, al igual que su hermano, exhibiendo un trofeo.
- Veo que Javier también le daba al kárate —le dijo, dando por hecho que la alusión le agradaría.
- Sí, pero como siempre iba con su hermano, lo dejó cuando David desapareció, además, luego ingresó en la universidad… pero le gustaba mucho, la verdad, ambos iban encantados. Recuerdo que el inspector Rosales se interesó mucho en eso, parecía gustarle. Quiso ver los trofeos, y saber qué gimnasio frecuentaban, incluso me preguntó quién era el profesor, pero yo no tenía ni idea, supongo que tendrían muchos instructores.
- ¿Y no cree que ese puede ser el motivo por el cual el Ejército pudiera haberse interesado por su hijo?
- No, en absoluto —rechazó tajante, sin dejar el menor resquicio a la duda.
- ¿Entonces? —se vio obligado a insistir al ver que no continuaba.

- Cuando su hermano terminó el bachiller también lo tentaron. Él me dijo que se habían mostrado muy interesados en él porque hablaba tres idiomas, pero como Javier ya había decidido ingresar en la facultad de medicina… pero eso me llevó a atar cabos.
- ¿David también hablaba tres idiomas? —supuso Frízer, que no terminaba de entender lo que quería decirle. Al ver que se limitaba a asentir, le preguntó abiertamente—: ¿Piensa que el Ejército se interesó en David por eso?
- No me cabe la menor duda.

Frízer supuso que el hombre daba por hecho que él estaba al tanto de lo que constaba en los informes, y que por eso no se expresaba con la locuacidad que habría resultado razonable en una conversación como aquella. Entonces entendió que no tenía más remedio que insistir, aun a riesgo de que intuyera que no manejaba esos datos porque los informes habían desaparecido, y le preguntó qué idiomas hablaban sus hijos, susurrando como si solo fuera un simple comentario, datos sin relevancia que él ya conocía, pero que había olvidado.
- El nuestro, obviamente —respondió Alería, sonriendo como si le hubiera contado un chiste—. Además, dominan el inglés, y claro, el que llamó la atención de esa gente, el árabe argelino.
- ¿Cómo que hablaba árabe? —clamó Frízer, retrepándose para aferrarlo de un brazo—. ¿Es eso cierto? —insistió, consciente de que en aquellas circunstancias la pregunta resultaba ridícula.
- Hombre, no tiene el dominio de su madre, pero ambos lo hablan con fluidez, de eso se encargó mi suegra, y mi mujer también, por supuesto.

Frízer se quedó mudo, aleteando los labios sin saber qué decir. La madre de Alería apareció al fin con el café, transportándolo de nuevo hacia el respaldo, de donde había brincado del sobresalto que le causó la noticia. Mientras la mujer llenaba las tazas lamentaba más que en ningún otro momento que la información recabada sobre el caso hubiera desaparecido, pues en ese mismo instante tomó consciencia de que cabía la posibilidad de que quien se había presentado en la casa de Mateo Alería fuera realmente su hijo.

También fue consciente de que era muy probable que Rosales, o quien fuera en realidad, lo buscara por otros motivos, y que ahora uno y otros no fueran conscientes de que podrían encontrarse en peligro.

# 8

Silvia corrió como una exhalación hacia el despacho del comisario, en donde se dejó caer sobre una de las sillas sin que la invitaran, tampoco mostrar la menor preocupación por el gesto de enojo que conformó su superior, que, aunque estaba harto de tanta irreverencia, se quedó mirándola en silencio, tamborileando los dedos sobre la mesa a la espera de que soltara por la boca de una vez qué la alteraba tanto como para irrumpir en su despacho con tanto desparpajo.

- Menos mal que estás sentado —le dijo ella en tono guasón al ver que forzaba su gesto más áspero.

- ¿Tan grave es lo que ha ocurrido? —le siguió la corriente, acodándose sobre la mesa con los dedos entrecruzados, que situó bajo la barbilla sin apartarle de la cara unos ojos que parecían expresar más lástima que curiosidad por lo que tuviera que decirle.

- Frízer me envió hace un rato las imágenes que grabaron las cámaras de la gasolinera esa que está cerca de la casa de los Alería.

- ¿Y? —se vio obligado a insistir al ver que ella enmudecía, mirándolo como si temiera que la confidencia pudiera causarle un infarto.

- Aparece el Audi Q8 ese que vieron rondando la casa.

- ¿Has podido ver quién lo conducía?

- Se le ve perfectamente, se trata nada menos que de nuestro querido amigo Rosales.

- Vaya, vaya —susurró el comisario, que sorprendió a Silvia con su reacción, sumamente sosegada, como si ya lo esperara—. Ahora sí que puedo comenzar a dar pasos.

- Y eso no es todo —añadió Silvia, sonriendo al ver que se revolvía para lanzarle una mirada expectante—. Se ve perfectamente la matrícula del vehículo.

- ¿No me dirás que está a su nombre?

- No, está registrado a nombre de una sociedad mercantil radicada en Andorra. —Silvia sacó su teléfono y consultó sus notas—. Se llama Inversys, y no he podido averiguar a qué se dedica, pero tras

ella está un despacho de abogados de Madrid, que son los que gestionan aquí los asuntos de la empresa. Tienen la oficina en Chamartín, en una de las torres.
- Pon a alguien a investigarlos, a ver qué pinta esa gente en todo esto.
- Suárez está en ello.
- ¿Algo más? —preguntó el comisario al ver que no se movía de la silla.
- Mark acaba de enviarme un mensaje. —Silvia se revolvió incómoda, sin saber muy bien cómo decirle aquello—. Al parecer, el muchacho desaparecido hablaba árabe con fluidez.
- Sí, ya lo recuerdo, me llamó la atención en su momento, pero no creo que eso tenga nada que ver con su desaparición, ya tiramos por ahí, por si había algún vínculo con el terrorismo islamista, pero no se encontró nada.
- García me ha dicho que su madre trabajó para la embajada argelina.
- Así es, pero solo era traductora, ya la investigamos, por si había alguna conexión, pero tampoco había nada, esa mujer no manejaba ninguna información que la expusiera a extorsiones de ningún tipo, además, dejó de trabajar en esa embajada años antes de que desapareciera su hijo.
- Y esa mujer, ¿es de origen argelino?
- Sí, recuerdo que su madre es argelina. Su padre debió de casarse con ella allí, y después se vinieron a España.
- Y ella, ¿nació aquí?
- Pues no lo sé, supongo que sí.
- Su nombre es Nadia Percal Amara. El nombre no me decía nada, pero he mirado en internet, y Nadia es un nombre de origen argelino, muy popular allí.
- ¡Quién lo diría! —exclamó burlonamente el comisario.
- Amara también es un apellido muy común en Argelia, sin embargo puede pasar por español perfectamente, no creo que le supusiera gran problema integrarse.

Al ver que el comisario alzaba los ojos para mirarla, entendió que había malinterpretado el comentario, y sonrió por ello. Iba a decirle que se refería al hecho de que hubiera conocido a Mateo Alería, un tipo que se había criado en un pueblo perdido de la mano de Dios, pero el comisario la frenó con una sonrisa pícara.

- ¿Y Percal?

- Ese es el apellido del padre. ¿Quieres que intente averiguar qué hacía ese tipo en Argelia?

- ¡Me cago en la leche! —gruñó Albuena, que chascó la lengua con fastidio—. Todos esos datos ya estaban en los informes.

- Lo sé, pero es que García y Suárez se limitaron a transcribir las notas que le pasaban los inspectores, y de eso hace ya dos años, ¿cómo van a recordarlo?

- Habrá que comenzar de nuevo, desde el principio —sentenció el comisario con coraje—, no voy a permitir que esa gente se pasee por aquí como si nada borrando informes.

- He abierto una nueva ficha para el caso, pero en esta ocasión no van a poder encontrarla, la he dejado bien encriptada.

Albuena asintió, ladeó la pantalla de su terminal para que Silvia pudiera verla, y giró el teclado con un gesto sutil, sonriéndole para que procediera. Ella negó con la cabeza, y cogió un bolígrafo de los muchos que había desperdigados sobre la mesa para anotarle la contraseña de acceso.

- Memorízala y destruye el papel, no quiero que nadie más que Mark y tú tengáis acceso, después de lo de Rosales, ya no me fío ni de mi padre.

- ¿Y tu equipo?

- Ellos también podrán acceder, naturalmente, pero de ellos, de momento, me fío.

- Bueno, ahora tenemos algo que no tuvimos antes, y es a una empresa de Andorra prestando cochazos a inspectores de policía muertos, voy a ver qué le parece el asunto a Castillo.

- ¿Aún no has hablado con él?

- No quiero hablar de esto por teléfono, además, no tenía nada que llevarle, pero esto cambia las cosas… por cierto, pásame las

imágenes de Rosales con el Audi, a Castillo le gustará verlas.
- Están en el informe —le dijo ella, señalando sutilmente el papel de la contraseña de acceso.

Albuena aprehendió el papel, sonrió al ver que ahora el caso pasaba a llamarse «El cochazo del fantasma», y leyó detenidamente la contraseña para memorizarla. Después consultó su reloj de un vistazo, y se puso en pie.
- Espero no olvidarla —dijo, devolviéndole el papel—. Voy a ver si Castillo está receptivo.
- Si con lo que le llevas no se queda mosqueado, es que está implicado en el asunto.

Albuena sonrió, asintiendo, y abrió la puerta para que saliera. Después, cuando ella ya se había perdido por el pasillo, camino a su guarida, cerró con llave y se encaminó como un paseante hacia los juzgados. Su idea era coger el coche, pero lo pensó mejor, y decidió acudir en metro, un hecho que trastocó los planes del hombre que vigilaba sus movimientos. El tipo hizo una llamada apresurada y, apenas se guardó el teléfono en uno de los bolsillos de su cazadora, salió corriendo hacia la escalerilla del metro, arrostrando a regañadientes el sofoco que provocaba aquella prenda, y desentendiéndose de la moto, que hasta ese momento había sido su pretexto para cubrirse la cabeza con un casco que tuvo que quitarse para poder respirar, además de no llamar la atención de los viandantes.

# 9

A Frízer le pareció descortés continuar la charla mientras la mujer servía las tazas de café, y aguardó en silencio a que ella se acomodara sonriendo a los gestos de Mateo Alería, que miraba a su madre con arrobo, imaginándolo enfrascado en recuerdos lejanos, probablemente el lugar al que lo transportó a él el olor del café recién hecho, que dejó en la sala el mismo aroma hogareño que él recordaba de la casa de su infancia, y que tanto añoraba.

- Tengo entendido que no es la primera vez que creen haber visto a David —dijo cuando al fin la mujer se hubo sentado ante ellos.

- Yo no lo creía —musitó ella, mirando a su hijo sucintamente para atisbar su reacción, como si fuera la primera ocasión en que lo reconocía abiertamente—, pero ayer no tuve ninguna duda.

Frízer se llevó la taza de café a los labios, observando a Alería, pero como el hombre se mantenía en silencio, aguardando otra pregunta sin el menor gesto de reproche hacia su madre, cabeceó sutilmente para que hablara.

- Hace un año aproximadamente, un día que salía de mi casa…

- ¿La casa familiar, donde vive ahora su esposa con su hijo?

- Así es. —Alería dejó la taza suavemente sobre el platillo, y se quedó mirándolo con los ojos entrecerrados, escenificando sin duda aquellos recuerdos. Poco después soltó un hondo suspiro, y musitó emocionado—: Desde la ventana pude ver a un muchacho en una moto, y me quedé observándolo. Parecía esperar a alguien, pero estuvo varios minutos mirando hacia la casa sin que apareciera nadie, hasta que advirtió que lo miraba tras las cortinas, y arrancó la moto a toda velocidad. Entonces me di cuenta de que hizo el mismo gesto que hacía mi hijo al arrancar, sacaba el pie izquierdo del estribo para equilibrarse, y el corazón me dio un vuelco.

- ¿Pero pudo reconocerlo?

- No, por supuesto, llevaba un casco negro, y yo no había visto esa moto en mi vida.

- Entonces, ¿solo por ese gesto piensa que se trataba de su hijo?

- No, claro que no, pero es que unas semanas más tarde quedé con Nadia, su madre, en una cafetería que hay cerca de mi casa, y de nuevo lo vi parado en frente, alzando la vista hacia las ventanas de arriba. Entonces me quedé observándolo, y ya no tuve dudas, eran sus gestos, su manera de moverse, no sé cómo explicarlo.
- ¿Está seguro de que se trataba de la misma persona que había visto unas semanas antes?
- Sí, claro… el casco, la moto, el mono…
- ¿Se lo dijo a su mujer?
- Por supuesto.
- ¿Y cómo reaccionó ella?
- Nadia se estremeció como si le hubiera chillado —aseguró, sonriendo al recordarlo—. Se puso en pie y se quedó mirándolo a través del ventanal.
- ¿Y qué hicieron, salieron tras él?
- Yo salí corriendo hacia la calle, pero me vio antes de que pudiera acercarme, y aceleró para alejarse a toda velocidad.
- ¿Y qué dice ella a eso?, ¿también piensa que era su hijo?
- Ella lo niega, dice que se asustó porque ya lo había visto en otras ocasiones fisgoneando por los alrededores de la casa, y que piensa que podría tratarse de un tipo de esos que andan planificando algún robo.
- ¿Y dice que de eso hace un año? —Al ver que ambos asentían, apretó los labios para reprimir el lamento que le provocó la circunstancia—. Demasiado tiempo… ¿y eso, ha vuelto a ocurrir?
- No, el inspector Rosales nos dijo que iba a vigilar la casa, y ya no volvimos a verlo.
- ¿Podría recordar qué tipo de moto llevaba ese… desconocido?
- Afortunadamente era una de esas que tienen dos ruedas delante, pero no podría decirle qué modelo exactamente. —Alería sacó su móvil de inmediato, y rebuscó en la galería algunas imágenes que se había descargado de las webs de las marcas que fabricaban ese tipo de motocicletas—. Me pasé horas buscando todos los modelos que se fabrican —dijo al ver el asombro rebullir en el rostro del inspector

—. Creo que podría ser una de estas. —Le mostró una de las fotografías y, cuando Frízer asintió, pasó a otra, y así hasta cuatro.
- ¿Son todas de la misma marca?
- No, estas dos son Piaggio, esta es Yamaha y la otra Qooder, pero yo creo que era una de estas —aseguró, punteando sobre la pantalla la imagen de una de las Piaggio.
- ¿Y el color? —preguntó Frízer mientras anotaba el tipo de modelo.
- Era negra, eso lo recuerdo perfectamente.
- Bueno, al menos no hay muchos modelos de tres ruedas, eso acota mucho la búsqueda.
- ¿Cree que podrían haberlo registrado las cámaras de esa gasolinera?
- Como sabemos más o menos a qué hora se marchó, y damos por hecho que regresó a la ciudad, visionaremos las cámaras de tráfico desde aquí hasta la autopista. Si captamos un modelo de esos, lo seguiremos, a ver si hay suerte y nos lleva a alguna parte.

Alería miró sonriente a su madre, asintiendo ambos como si con eso se dieran por satisfechos. Frízer apuró la taza de café, y dejó el móvil sobre la mesa, señalándolo sutilmente para que entendieran que estaba grabando audio. Cuando Alería asintió para darse por enterado, se recostó sobre el sofá y se llevó un dedo a los labios, recapitulando lo acontecido desde que viera al hombre en su despacho para ver si podía ordenar los pensamientos, sin saber muy bien por dónde comenzar. La madre de Alería pareció advertir sus dudas, y le dijo que el inspector Rosales ya había investigado lo de la moto.
- Pero descartó cualquier relación con la desaparición de mi nieto —añadió, dejando escapar un resoplo irónico con el que sin duda quiso mesurar el manifiesto reproche.
- Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que vieron al inspector Rosales?
- Pues… no sé, oh, sí, debo de tenerlo por aquí —barbulló Alería, presto a consultar su móvil—. Sí, aquí está, el veinte de noviembre. Como era lunes había quedado con mi hijo para tomar un café, y

coincidimos en la cafetería. Pero apenas hablamos del caso, tenía prisa y se marchó enseguida.
- ¿Y desde entonces no volvió a saber nada de él?
- Lo llamé en un par de ocasiones para ver si había habido algún avance, eso fue poco antes de Semana Santa, pero la línea no estaba operativa, y en la comisaría me decían que no estaba. Como insistí, tomaron nota y me aseguraron que le darían recado, pero no me respondió la llamada.
- ¿Y no le pareció extraño?
- Bueno, como ya había estado por aquí con un equipo, no quise presionarlo, bastante se involucró ya el hombre, cómo iba a imaginar que estaba enfermo, y mucho menos que acabaría falleciendo.
- ¿Cómo que estuvo aquí con un equipo?, ¿cuándo fue eso?
- Yo estaba trabajando, fue mi madre quien los recibió —aseguró, volviéndose hacia la mujer para que fuera ella quien hablara.
- Se presentó aquí sin avisar con un par de hombres y un perro —corroboró ella—. Querían inspeccionar el pozo.
- Pero la policía ya lo miró en su momento, en cuanto denunciamos la desaparición de mi hijo, y no encontraron nada —añadió Alería, meneando la cabeza de lado a lado.
- ¿A qué pozo se refieren?
- Esta casa es muy vieja, y antes de conectar los desagües al alcantarillado del pueblo tenía un pozo negro, pero mi padre compró la finca cuando el pozo ya estaba en desuso, y de eso hará ya más de ochenta años —repuso la mujer.
- ¿Y cuánto tiempo hace de eso?
- Pues… unos seis meses —calculó tras un intento por reprimir la risa que le arrancó un recuerdo repentino. Al ver que Frízer alzaba las cejas con curiosidad, decidió explicarle qué le había hecho gracia —: Hacía un frío que pelaba, y la trampilla del pozo tenía encima medio metro de nieve, tuve que prestarles una pala.
- Y esos hombres, ¿eran policías? —Al ver que ambos lo miraban con extrañeza, entendió que debía ser más conciso—. Me refiero a si iban de uniforme, o llevaban algún distintivo.

- No, todos iban de paisano, supuse que se trataba de agentes de la policía Científica, porque bajaron al pozo con un montón de aparatos.
- ¿Y qué buscaban, le dio Rosales alguna explicación?
- Como le digo, hacía mucho frío, y yo me quedé dentro de la casa, observándolos desde la ventana.

La mujer se puso en pie y señaló el pasillo, dando por hecho que lo que deseaba el inspector era que se lo mostrara. Frízer miró a Alería, y, al ver que él asentía, acudió tras su madre, que se movía con bastante más presteza de la que anunciaban sus años. Cuando alcanzaron una sala desde cuyos ventanales se podía avistar la parte de atrás de la casa, una zona ajardinada con un curioso quiosquillo de madera y un pequeño tobogán de plástico, además de lo que parecía ser un cobertizo para las herramientas, la mujer señaló con un brazo en alto la entrada a la fosa séptica, situada a ras de suelo en una esquina del jardín, con una tapa metálica de color verde que se mimetizaba con la hierba.
- Le dije al inspector Rosales que la policía ya había inspeccionado el pozo concienzudamente, pero él me dijo que quería asegurarse de que no habían pasado nada por alto. Entonces entré en la casa y me quedé observando lo que hacían desde aquí.
- ¿Ha entrado alguien desde entonces?
- No, desde que cerró la tapa ya no ha vuelto a entrar nadie.
- ¿Puedo? —consultó, señalando con una mano el ventanal.
- Por supuesto —concedió la mujer, apartándose para que su hijo, que aguardaba tras ellos, la abriera.

Los tres se adentraron en el jardín cuando Alería abrió los ventanales de par en par, dejando entrar una vaharada de aire fresco que sorprendió a todos.
- El viento del norte —musitó Alería, alzando los brazos.
- ¿Y dice que llevaban un perro?
- Sí, un pastor alemán muy nervioso, pero dócil.
- Tuvimos uno hace tiempo —le dijo Alería al ver que le sorprendía la convicción con la que la mujer aseguraba la raza del animal.

- ¿Y entraron a la fosa con el perro? —acompañó Frízer a un gesto de extrañeza.
- No, en realidad lo que querían era darle a olisquear una prenda de mi nieto para ver si podía seguir algún rastro, pero mi nuera ya se había llevado toda la ropa de David a su casa, además, habían pasado ya cuatro años, ¿qué rastro iba a quedar? De todos modos, aunque hubiese quedado aquí alguna prenda de David, la habría lavado, no iba a guardar ropa sucia —dijo ella, aspavientando el aire para resaltar la obviedad.
- Claro —musitó Frízer, observando detenidamente la portilla de la fosa, perfectamente anclada en un encofrado metálico y bien asegurada con un par de armellas de hierro, pese a que, aparte de un buen candado, tenía dos pestillos y una cerradura de factura moderna.
- Cuando los niños eran pequeños se pasaban horas aquí —dijo Alería al darse cuenta de que observaba la trampilla.
- Hubo un tiempo en que pensamos quitar la fosa y poner una piscina, pero por una cosa o por otra, mi marido nunca se decidió.
- Mi padre llegó a encargar un proyecto, pero como nosotros nos hicimos mayores… —le dijo, mirando a su madre—. Me refiero a mis hermanos —añadió al ver que Frízer se revolvía para clavarle una mirada inquiridora.
- ¿Tiene más hermanos?
- Los mellizos son los mayores, Andrés y Elena, y Mateo es el pequeño —le dijo su madre.
- Todo eso nos lo volvió a preguntar Rosales cien veces, dónde vivían, a qué se dedicaban, si estaban casados, si tenían hijos…
- Y eso que ya le dijimos a la policía que ambos viven fuera, y que no vienen por aquí más que en vacaciones.
- Supongo que la policía habló con ellos en su momento.
- Sí, claro —aseguró Alería—, mis hermanos vinieron en cuanto supieron que David no aparecía.

Frízer agradeció que no le reprocharan que no se hubiera leído los informes antes de acudir a su casa, pero se sintió tan ruin con aquella farsa que decidió sincerarse, y no solo para tranquilizar su

conciencia, sino porque las circunstancias lo obligaban a advertirles de que podrían estar en peligro. Tras unos titubeos, soltó un leve quejido de fastidio y se volvió para encararlos.

- Siento tener que decirles esto, pero el inspector Rosales borró todos los datos del caso de los archivos digitales, además de llevarse todas las pruebas.

- ¿Y dónde están ahora?

- Suponemos que las tiene él, lo que no logramos entender es para qué las quiere, en realidad, por qué no quiere que las tengamos nosotros.

- Quizás su familia sepa dónde las guardó —planteó la mujer.

Frízer no supo qué decirle, y se limitó a asentir, hasta que Alería cayó en la cuenta de que le había dicho que Rosales había borrado los archivos electrónicos, y se revolvió alarmado.

- ¿Cómo que Rosales borró los archivos?

- Voy a serles sincero —dijo Frízer, mirando claramente a Alería mientras intentaba apaciguarlo con las manos en alto, que onduló pausadamente para no afrentarlo.

- Es lo menos que podemos esperar, después de cinco años —gruñó, no obstante, pese a que asentía para excusarse.

- El comisario Albuena me pidió que le dijera que quería verlo personalmente en su despacho para ponerlo al día de lo ocurrido, pero he podido averiguar algo que me aconseja ponerlos al tanto de las circunstancias cuanto antes.

- ¿Y de qué se trata?, ¿intenta decirme que no van a dedicar más tiempo a la investigación porque Rosales se llevó los datos?

- Más bien al contrario —repuso Frízer, meneando la cabeza de arriba abajo para aseverarse.

La mujer aferró a su hijo de un brazo, y apoyó la cabeza en su hombro, dándole palmadas para que se tranquilizara. Alería asintió, se disculpó con una mirada, y señaló la casa para que regresaran al interior. Frízer los siguió como un perrillo asustado, temeroso de cómo pudieran reaccionar cuando les dijera que un fantasma andaba fisgoneando por su casa.

- Y bien, cuénteme que es lo que ocurre con el inspector Rosales —pidió Alería una vez se hubieron acomodado de nuevo en los sofás.
- A mí me destinaron a la brigada cuando Rosales falleció, por lo que no estaba al tanto del caso, pero cuando apareció usted ayer por la comisaría intenté acceder a los informes para ponerme al día, entonces fue cuando descubrí que todos los datos referentes a la investigación habían sido borrados de los servidores.
- ¿Y cómo pudo ocurrir eso? —gruñó, intentando reprimir su enojo al ver que su madre lo censuraba con un duro gesto.

Frízer agradeció el detalle con un atisbo de sonrisa, incomodado por la tensa situación a la que se enfrentaba, pese a que él no se sentía responsable en absoluto de lo ocurrido.
- Como le he dicho, yo todavía no estaba en esta comisaría cuando eso ocurrió, pero le aseguro que llegaremos al fondo del asunto.
- Sí, claro, lo entendemos —se disculpó la mujer al ver que Alería no le decía nada, animándolo a continuar con un liviano gesto de la cabeza.
- A esos archivos solo tiene acceso el personal autorizado, y, aunque el protocolo no contempla que sean eliminados aun cerrándose el caso definitivamente, al menos por unos años, si quien lo hace tiene los conocimientos suficientes y acceso físico, es posible hacerlo, pero siempre quedan huellas, el Departamento Telemático está ahora mismo en ello, espero que en unas horas podamos saber de dónde partió la orden o, al menos, quién y cómo logró hacerlo.
- ¿Y cree que el inspector Rosales podía hacer eso?
- Tenía acceso, lógicamente, y podía añadir cuantos datos quisiera al informe, pero una vez estaban en el servidor, no podía borrarlos sin una orden superior, además, las claves para esas operaciones tenía que habérselas entregado el comisario, y este necesita también una orden superior, además de la correspondiente autorización judicial.
- Entonces, ¿cómo pudo hacerlo, y qué motivos podían haberlo llevado a hacer eso?
- Eso es lo que estamos intentando averiguar.
- ¿Y eso en qué cambia la situación?
- Si no podemos recuperar los datos, habrá que comenzar de nuevo.

- Entiendo —susurró, apesadumbrado, consciente de la situación.
- Cuando bajé al archivo descubrí que todas las pruebas físicas concernientes a la investigación también habían desaparecido. Por desgracia, parece ser que también saquearon los archivos de la Científica, por lo que no tenemos nada, tres o cuatro años de investigación esfumados de un plumazo.
- Vamos, que hay alguien que está muy interesado en que no se sepa qué fue de mi nieto —musitó la mujer con sorprendente entereza.
- ¿Y están seguros de que el inspector Rosales fue el responsable? —preguntó Alería en un tono que reflejaba claramente sus dudas.
- El archivo está monitorizado en todo momento, y toda persona que acceda tiene que identificarse y dejar registro.
- ¿Quiere decir que hay grabaciones en las que se ve al inspector Rosales borrando los archivos?
- Todavía no hemos logrado averiguar cuándo se accedió a los servidores, lo que sí pudimos ver es cómo Rosales se llevaba los informes físicos, del borrado de archivos podría haberse encargado cualquier otro.
- ¿Y quién puede tenerlos ahora?, quizás se los llevara a su casa para estudiarlos más detenidamente —propuso la mujer, arrancando a Frízer un suspiro irónico.
- ¿No lo cree así? —preguntó Alería de inmediato, convencido de que aquel gesto escondía algo más espurio que lo relatado hasta entonces.
- Rosales sustrajo los archivos varios días después de haber fallecido. —Frízer se recreó unos instantes en el gesto de estupefacción que conformaron ambos, que se quedaron mirándolo en silencio, incapaces de imaginar que bromeara—. A no ser que tuviera un gemelo, les puedo asegurar que quien aparecía en las imágenes era Rosales, algunos compañeros con los que trabajó en el año que estuvo destinado en la Unidad lo han reconocido sin lugar a dudas.
- ¿Usted no llegó a conocerlo? —preguntó Alería.

- Como le digo, a mí me destinaron aquí cuando se comunicó su fallecimiento.
- Entonces, ¿no ha fallecido? —preguntó la mujer con un hilo de voz, presa todavía del pasmo que le había causado la noticia.
- Oficialmente falleció en Barcelona de algo relacionado con el páncreas, supongo que cáncer, por eso me trasladaron a mí a esa comisaría, para cubrir la baja, pero esta misma tarde hemos contactado con el secretario judicial que firmó el parte de defunción, y ha negado haber sido él quien rubricó ese documento, además, su documentación era falsa, por lo que no sabemos ni cómo se llamaba en realidad.
- ¿Y cómo pudo hacer eso? —clamó la mujer, asustada.
- Eso es lo que está intentando averiguar el comisario.
- Vamos, que han fingido su muerte —entendió Alería.
- Y eso no es todo —repuso Frízer, rebuscando unas palabras que no los alarmaran todavía más, si bien acabó resoplando, rendido al no encontrar el modo de decirles que Rosales los vigilaba sin que brincaran del sobresalto—. No sé cómo decirles esto… —Alzó la mirada para encararlos, soltó un hondo suspiro y se encogió de hombros, dispuesto a sincerarse, pero Alería lo interrumpió.
- ¿Han sabido algo de mi hijo? —urgió tras aferrar con fuerza las manos de su madre, convencido de que era eso lo que incomodaba al inspector, con un mal pálpito que lo llevó a imaginar el esqueleto de su hijo, una imagen que durante un tiempo protagonizó las pesadillas que lo asaltaban desde que desapareciera, y que lo despertaban aterrorizado.

Alería se dejó caer a plomo sobre el sofá al ver que Frízer meneaba la cabeza hacia los lados, esquivando el escrutinio vehemente de sus ojos.
- ¿Tiene por aquí un portátil? —se le ocurrió, esperanzado en poder mostrarles las imágenes y evitarse así el mal trago.

Alería brincó como un resorte y se encaminó hacia el pasillo, dejándolo a solas con la mujer, que, al fin, sin la presencia de su hijo, se permitió sucumbir a la zozobra, obligándolo a acudir en su rescate.

- No quiero darle falsas esperanzas, pero los acontecimientos me hacen sospechar que su nieto desapareció por propia voluntad, quizás huyendo de alguien, y que ese alguien todavía anda buscándolo.
- Mi hijo lleva cinco años alimentando esa ilusión, por eso la familia piensa que se ha vuelto loco.

Frízer iba a preguntarle si se refería a su nuera, pero la aparición de Alería con un portátil lo silenció.

- Lo puse a cargar esta mañana —comentó sonriente para darle a entender que no debía preocuparse por la batería, colocándolo sobre la mesa.
- Fantástico —repuso él, retrepándose en el sofá para apartar las tazas, que habían quedado sobre la mesa.
- Está conectado a la wifi —le dijo Alería cuando levantó la pantalla, dando por hecho que lo que pretendía mostrarles era alguna web en la que aparecía alguna imagen que podría coincidir con la de su hijo.
- Me llevaré las tazas —dijo la mujer, intentando ponerse en pie.

Frízer la calmó con un gesto, y giró el portátil para que ambos pudieran ver la pantalla. Después conectó el *pendrive*, y activó el reproductor de vídeo.

- Son imágenes de las cámaras de la gasolinera que hay poco antes de entrar en la autopista. Se grabaron ayer por la tarde, poco antes de que descargara la tormenta. Si hay suerte, puede que también aparezca alguien en moto.

Frízer alzó la vista para observar su expresión, que, tal y como esperaba, era de asombro, y dejó que se recrearan con las imágenes en las que se podía ver a Rosales frente al mostrador de la tienda de la estación de servicio aparando los billetes de su cartera para pagar. Poco después la imagen se detuvo, momento que Frízer aprovechó para mostrarles otro de los archivos, en el que aparecía Rosales subiéndose a un todoterreno negro. Cuando iba a cerrar la puerta alzó la vista un instante, momento que había captado una de las cámaras de la marquesina, y que Frízer congeló para que pudieran estudiar su rostro, que se mostraba con una nitidez asombrosa.

- No puede ser —musitó Alería, concentrado en la imagen.

- Entonces, ¡está vivo! —exclamó su madre al ver que, efectivamente, se trataba del inspector Rosales, el mismo hombre que ella había conocido.
- ¿Qué hacía aquí con el Audi ese? —gruñó Alería, mirándolo con perplejidad, como si él estuviera obligado a darle una respuesta.
- El comisario Albuena quería hablar con usted en persona —dijo, señalando a Alería con los ojos, que posó después sobre el rostro de la mujer—, supongo que quería contarles lo que hemos descubierto sobre Rosales para que estuvieran advertidos, pero esto me obliga a adelantarme.
- ¿Quiere decirme que ese hombre era una especie de infiltrado?
- Algo parecido. —Pese a todo, Frízer sonrió a un comentario que en otras circunstancias podría haber resultado sumamente fantasioso, pero que, tras lo averiguado, además de lo confirmado por las cámaras, no resultaba nada descabellado—. El comisario está intentando averiguar quién lo envió a la comisaría, y si venía ya con la orden de hacerse cargo del caso.
- Si eso es así, ¿qué intenciones cree que tendría?
- Probablemente intentaba encontrar a su hijo, aunque me temo que no con la loable intención de que ustedes lo recuperaran.
- ¿Insinúa que David continúa con vida y que ese tipo lo busca para acabar con él?
- Siento ser tan brusco, pero me temo que por ahí va la cosa.

Alería se estremeció al imaginar a su hijo en aquella situación, pero su madre no podía pensar en eso, y se echó a llorar al entender que era en verdad a su nieto a quien había visto durante la tormenta bajo la luz de un relámpago.

# 10

El comisario Albuena recibió varios mensajes en cuanto abandonó la estación del metro, en la que, por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, aún no había cobertura móvil. Esa circunstancia no le molestaba expresamente, pues ello le permitía concentrarse en otras cuestiones más importantes que andar respondiendo llamadas, las más, incómodas e intrascendentes, además de evitarse los molestos soliloquios de los viajeros que tenían la mala costumbre de colocarse unos auriculares y mantener una conversación telefónica a grito pelado, ya fuera el vagón repleto o vacío. La feliz circunstancia permitió que pudiera abstraerse de cuanto ocurría a su alrededor y centrarse en el caso que rondaba su cabeza, que lo tenía preocupado, haciendo cábalas absurdas para darse unas respuestas que satisficieran los recelos que le había suscitado saber que alguien les había colado a un fantasma en el Departamento. Esperaba que se tratara de Asuntos Internos, un mal menor para lo que podría sobrevenir si, como Silvia había asegurado, los centinelas no habían situado a nadie para vigilarlos, ni sabían nada de Rosales. Si ella tenía razón, los únicos con capacidad para colarles ese gol eran los de los Servicios Secretos, y no podía ni imaginar las consecuencias que podrían derivarse de todo ello si en verdad era esa gente quien estaba buscando al muchacho desaparecido. Las respuestas a las preguntas que se le iban amontonando en la cabeza tuvieron que quedar relegadas para otra ocasión al ver que quien enviaba los mensajes era Silvia, uno tras otro, minuto a minuto, señal inequívoca de que quería contarle un chisme muy interesante o que algo en lo que estaba enfrascada le había preocupado tanto como para no poder aguardar a que él le respondiera. Tras el sobresalto que se llevó al ver que en todos los mensajes le pedía que contactara con ella de inmediato, se detuvo a un lado de la acera para llamarla, momento en que el tipo que lo seguía se vio obligado a detenerse, simulando un despiste que lo llevó de nuevo escaleras abajo, contra corriente, un hecho que provocó las protestas de algunos de los que formaban el reguero de gente que abandonaba la estación en ese momento, y que llamó su

atención lo suficiente como para fijarse en el tipo grandullón que protagonizaba los rezongos, que vestía un mono de cuero negro y llevaba un casco en la mano, un atuendo extraño con aquellos calores, cuya única explicación era que se le hubiera estropeado la moto. Sonreía a su ridículo aspecto mientras intentaba contactar con Silvia cuando el teléfono anunció que ella volvía a la carga. Dio paso rápidamente a la llamada, y escuchó con atención el apremio con el que ella le daba las novedades.

- Bueno, era de esperar —intentó calmarla—, si en la Científica también han borrado los archivos digitales, cómo no iban a llevarse las pruebas, eso sí que sería una chapuza.

- Les he pasado las fotos que tenemos de Rosales y los vídeos de la gasolinera que me envió Mark, y aseguran que quien aparece en sus grabaciones no es el mismo tipo que se llevó sus pruebas.

- Entonces, ¿quién es, o es que acaso han tenido ellos a otro infiltrado? —El comisario sonrió a su propia gracieta, pero al ver que al otro lado de la línea no se oía el menor carraspeo, se vio asaltado por un presagio de fatalidad, el que le provocó la certeza de que la urgencia de la llamada venía motivada por eso—. ¿No me dirás que a la Científica también le han colado a un Rosales?

- Bueno, a ellos les colaron a un tal Olivares —tuvo que admitir ella, apretando los ojos como si con ello pudiera aplacar el más que probable exabrupto que iba a provocar al comisario semejante noticia.

- ¡La madre que los parió! —gruñó él, aunque con la calma que confiere la experiencia, pese a que jamás le había ocurrido algo parecido.

- Ya ves, nos cuelan a dos individuos y además nos vacilan.

- Rosales y Olivares, solo me falta que acuda al juzgado a ver a Castillo y me diga que a él le han colado a un tal Manzanares.

Pese a las circunstancias, Silvia se permitió una risotada, un hecho que alegró al comisario, acompañándola también con unos resoplos que tuvo que reprimir al ver que los viandantes lo miraban.

- Este, me han dicho que se llamaba Ernesto Olivares Tapia.

- Y ese tipo, ¿lo conocemos?

- Ha debido de participar con nosotros en algún caso, pero aún no me han enviado su fotografía, a ver si en el transcurso de la tarde me dan todos los datos, pero, desde luego, a mí el nombre no me suena.
- Pero, ¡cómo!, ¿es que aún no lo han detenido?
- Falleció el diez de mayo, el mismo día que Rosales.

El comisario soltó un exabrupto grosero que el altavoz reverberó por todo el despacho como un trueno de tormenta.

- Además, seguro que falleció en Barcelona, ¿me equivoco?
- De cáncer de páncreas, pobrecillo, se fue en dos meses —confirmó Silvia con su deje más sarcástico.
- La cara que va a poner Castillo… —susurró el comisario con entusiasmo, pese a que tenía la certeza de que cuando todo aquello llegara a oídos de la Secretaría General, iban a rodar cabezas, y puede que una de ellas fuera la suya.
- He contactado también con la Guardia Civil, por si acaso va por ahí la cosa.
- ¿Y qué han respondido?
- Que van a mirarlo, pero que antes tienen que darles el visto bueno, ya sabes…
- Bien, a ver si esos nos dicen algo, porque como se nos haya metido hasta dentro alguien de fuera, no quiero ni pensar cómo se va a caldear el Ministerio.
- Bien, voy a ver qué hace Mark mientras espero respuesta de la benemérita.
- Yo estoy llegando a los juzgados, a ver si hay suerte y Castillo puede recibirme, estaremos en contacto. ¡Ah!, por cierto, ¿García o Suárez han podido recuperar algo de los archivos?
- Siguen con ello, y en la Científica también se han puesto manos a la obra.
- Bien, que no abandonen.

El comisario lanzó un vistazo a su espalda cuando cortó la comunicación, momento en que vio al del mono asomando a la escalerilla del metro con un teléfono a la oreja, y sonrió al imaginar que había tenido que regresar afuera para buscar cobertura. Con ese

pensamiento se aventuró por entre los viandantes hacia los juzgados, que, aunque distaban apenas trescientos metros, suponían una larga distancia a aquellas horas en las que el sol apretaba con más fuerza. En uno de los paneles publicitarios de la glorieta que lo separaba de su destino pudo ver que el termómetro iba camino de los 35°, lo suficiente como para que la humedad de la tormenta del día anterior hubiera desaparecido ya del ambiente, un respiro para los habitantes de aquella ciudad en la que no había término medio. Por fortuna, los arcos del control de los juzgados se encontraban a la fresca que provocaban los aireadores del aire acondicionado, un hecho que parecía calmar la impaciencia de los comparecientes, pues nadie protestaba cuando un impertinente objeto metálico frenaba la fila. A él le bastó la placa identificativa para atravesar el control, no así el pasillo que conducía a los despachos de la planta baja ni a los ascensores, pero agradeció el trámite que lo obligaba a aguardar a que un funcionario anunciara su presencia al magistrado. Apenas dos minutos más tarde obtenía el plácet, sin haber tenido tiempo siquiera de improvisar la presentación con la que pensaba plantarse ante el juez, al que imaginaba sumamente sorprendido por tan inesperada visita, más aún sin haberlo llamado siquiera por teléfono para concertar una cita, como era preceptivo.

- Albuena, ¿qué te trae por aquí? —dijo el magistrado cuando acudió a la puerta para recibirlo, alzando una mano que el comisario estrechó con afabilidad, encantado este por la predisposición que el cálido recibimiento presuponía.

- Espero que se quede en nada, pero me temo que tenemos un caso entre manos que va a revolver los cimientos de mi Departamento, y después de lo que acabo de saber, puede que hasta del mismísimo Ministerio.

Castillo se quedó mirándolo con gesto burlesco, dando por hecho que bromeaba, pese a que el comisario no era muy dado a los comentarios jocosos. Lo invitó a pasar al despacho con un aspaviento, y se acomodó él tras su escritorio, dejando al comisario mirando la enseña nacional, situada a un lado del retrato oficial del

monarca, sin saber por dónde comenzar. Los extraños titubeos del comisario obligaron al hombre a separar ambos brazos, sonriéndole para animarlo a soltar aquello que tanto parecía preocuparle.
- ¿Recuerdas el caso Alería? —comenzó al fin el comisario.
- ¿Alería?, mmm…no, no me suena.
- David Alería Percal, un deportista de cierto renombre que desapareció de la faz de la tierra como si no hubiera existido. No hubo detenciones, ni sospechosos, nada, ni una sola pista que pudiera indicar qué le había pasado.
- ¡Ah!, sí, ya lo recuerdo, un caso muy mediático, aunque no me extraña, un palo para la familia y carnaza en abundancia para la prensa carroñera, como siempre.
- Su padre vino ayer a vernos.
- ¿Cómo está ese asunto, pensé que ya se habría cerrado?
- Digamos que se cerró, porque no había por dónde tirar, pero, como te digo, ayer vino a vernos el padre, y aseguró que lo había visto un instante frente a su casa, durante la tormenta de ayer.
- ¿No me digas que ahora ha aparecido como si nada?
- No lo sabemos con certeza, tengo al inspector Frízer en ello.
- ¿Frízer? —creyó entender el magistrado.
- ¡Ah!, Mark Frízer, es de ascendencia alemana, de ahí el apellido, es el nuevo inspector que nos mandaron cuando murió Rosales.
- Oh, sí, me dijeron que uno de tus hombres había fallecido de repente —recordó Castillo, revolviéndose incómodo en el butacón al sospechar que ese podría ser el motivo de su visita—, no sabes cuánto lo lamento.
- Eso nos dijeron, sí, pero cuando el inspector Frízer quiso acceder a los informes del caso, resultó que alguien los había borrado. —El comisario aguardó a que el magistrado procesara aquella información, dejándolo durante unos instantes con las cejas combadas para conformar dos interrogantes, que era lo que él buscaba. Entonces prosiguió—: Cuando Frízer bajó al archivo a por las carpetas, encontró la caja vacía.
- ¿Quieres decirme que alguien se llevó esos documentos? —Al ver que el comisario asentía, mirándolo como si aguardara su resolución,

decidió hacerle la preceptiva pregunta, pese a que no tenía la menor duda de que iba a incomodarlo—. ¿Insinúas que alguien pudo entrar en los archivos y llevarse unos documentos sin que nadie le preguntara ni sospechara nada?
- Nadie sospechó porque quien se los llevó fue Rosales.
- Y ahora está muerto —gruñó el magistrado, dando por hecho que intentaba cargarle aquel fiasco al difunto, el único que no podía responder por ello.
- Eso pensábamos, ¿cómo íbamos a poner eso en duda?, pero es que las imágenes de las cámaras del archivo lo sitúan allí el… —El comisario sacó su móvil para consultar las notas que había estado acaparando en las últimas horas— las 20:15 del dieciocho de mayo.
- ¿Y qué tiene esa fecha de especial? —preguntó el magistrado, acodándose sobre la mesa para recibir de una vez algo coherente que le hiciera comprender qué diablos quería de él el comisario.
- Pues que en esa fecha Rosales ya llevaba varios días criando malvas.
- Vamos, que algún idiota confundió las fechas del parte de defunción, y ahora quieres que yo me encargue de solucionarlo, ¿me equivoco? —dijo sonriendo, pese a que el comisario negaba con la cabeza, sonriendo también, aunque él con encubierto sarcasmo.
- He hablado con ese… idiota… el que firmó el parte de defunción que tengo sobre mi mesa —dijo el comisario, presto a mostrarle el documento en la pantalla de su móvil, haciendo que el magistrado se viera obligado a incorporarse sobre la mesa para observarlo—, y me ha asegurado que él no firmó eso, que el documento es falso, además, Rosales falleció oficialmente en Barcelona, y ¿sabes quién se supone que firmó el parte?
- Veo que fue Andrés Fernández, pero, ¿qué hacía Fernández firmando partes en Barcelona?
- Pues eso, que falsificaron su firma y nos pasaron el parte para que lo diéramos de baja, supongo que para que nos olvidáramos de él.
- Eso no es tan sencillo —musitó Castillo, pensativo—, son demasiados departamentos implicados como para que no salte alguna alarma.

- Acabo de hablar con la inspectora Silvia Rodríguez —le dijo, aguardando a que asintiera para cerciorarse de que sabía a quién se refería.
- La de la oficina Telemática —corroboró el magistrado, cabeceando ensimismado en busca de una reminiscencia que le hiciera recordar su rostro.
- Ha contactado con el departamento de la Científica, y allí también han borrado los archivos, además, al igual que a nosotros, también les han birlado todas las pruebas físicas pertenecientes al caso de la desaparición de ese muchacho.
- No me lo digas, Rosales —le vaciló el Magistrado.
- No, en este caso ha sido un tal Olivares, ahora no recuerdo el nombre completo, acaba de decírmelo la inspectora Rodríguez por teléfono y no lo he anotado, pero imagino que comenzó a trabajar para ese departamento en el mismo momento en que Rosales fue destinado al nuestro.
- Y también ha fallecido.

El magistrado se echó reír, pero al ver que el comisario asentía en silencio, sin el menor atisbo de guasa, dejó caer la mandíbula hasta su pecho, tan asombrado que no fue capaz de réplica alguna.
- La misma enfermedad que mató a Rosales, el mismo día, y claro, en Barcelona.

El magistrado se revolvió, rebuscando un bolígrafo entre las carpetas que poblaban su mesa, y, cuando lo encontró, comenzó a anotar datos a toda pastilla. Poco después, tras un garabateo ininteligible, se desdijo, arrugando el papel con saña.
- Mejor me lo pasas todo por correo electrónico.
- Sí, no te preocupes, te iré pasando los datos que vayan apareciendo.
- ¿Y dices que han desaparecido todos los datos referentes a la investigación, no ha quedado nada?
- Así es —admitió el comisario a cabeceos—, no han dejado nada, tres años de trabajo volatilizados como por arte de magia.
- ¿Quién llevó la instrucción de ese caso?

- Daniel Gómez, pero ya sabes que se jubiló hace un par de años, por eso he preferido hablar contigo antes de poner todo esto en conocimiento de mis superiores, no vaya a ser que me meta en terrenos farragosos y acabe hundido en el fango.
- Has hecho bien —le dijo el magistrado—, pero dime, ¿quién te envió a esos tipos?, porque no se presentaron a ti como si nada, supongo.
- El de la Científica no lo sé todavía, pero Rosales se me presentó hace aproximadamente año y medio con su propia ficha y una orden en la que se decía que debía incorporarse a mi Unidad de inmediato.
- ¿Y no desconfiaste? —Al ver que el comisario negaba con la cabeza, insistió, pese a que daba por hecho que no iba a obtener una respuesta satisfactoria—: ¿Ni confirmaste que las órdenes eran correctas?
- Todo estaba en orden, con las firmas y los sellos correspondientes, además, yo llevaba tiempo reclamando una incorporación, y di por hecho que alguien de arriba al fin había escuchado mis plegarias, cómo iba a imaginar que ese tipo había falsificado su identidad y las órdenes.
- ¿Cómo que había falsificado su identidad?
- La inspectora Rodríguez ha averiguado que la documentación que presentó es falsa, su número de identificación, así como las huellas dactilares, pertenecen a un tipo que falleció hace décadas.
- Pero las nóminas, su vehículo, su arma…
- Cuando llegó le asignamos una taquilla para el armamento y se puso a trabajar en el caso Alería —dijo el comisario, lamentando ahora no haberse preocupado de todo eso—. Y de las nóminas se encarga otro departamento, el Área de Retribuciones de Recursos…
- Entonces, entiendo que no podía cobrar la nómina.
- Supongo que no —repuso el comisario, encogiéndose de hombros.
- Cobrar, cobraba, eso seguro, lo que tienes que averiguar es quién le pagaba.
- La inspectora está en ello, pronto…

El magistrado se retrepó en el butacón al ver que el comisario enmudecía como consecuencia de algo que le había venido de

repente a la cabeza, y se quedó escrutando las pupilas de sus ojos, que habían duplicado su tamaño como si no pudiera enfocar lo que miraba, que era lo que tenía tras su espalda, una pared lisa sobre la que no había otra cosa que el retrato del rey.

- Y ese tipo, Rosales, o quien fuera, ¿por qué se puso a trabajar precisamente en el caso Alería? —preguntó al ver que no decía nada —, ¿acaso pensaste que él solo, sin más recursos que un bolígrafo, iba a hacer avanzar un caso que llevaba años estancado?

- Yo ya me había olvidado de ese caso, pero la orden que lo acompañaba dejaba claro que el inspector Rosales se incorporaba a la Unidad para encargarse personalmente de esa investigación, di por hecho que la familia del muchacho desaparecido habría presionado a instancias superiores, y que por eso intentaban darle un empujón.

- ¿Y quién firmaba esa orden?

- El director general, por supuesto.

- ¿Y él que dice a eso?, porque habrás contactado con ese hombre antes de dar ningún paso, ¿no?

- Con el cambio de legislatura fue reemplazado —repuso, asintiendo sutilmente—. Lo he llamado, pero me ha dicho que no recuerda nada de eso, ni sabe nada de un tal Rosales, asegura que él ya no estaba en el cargo en las fechas que le he mencionado.

- ¿Y su sustituto? —insistió Castillo con impaciencia.

- No he querido hablar con él, antes he preferido contártelo a ti, por si hay algo sucio en todo esto. —El comisario se quedó pensando un instante, cavilando la conveniencia de hacerle la confidencia que acababa de pasarle por la cabeza, pero al ver que Castillo advertía su indecisión, se vio obligado a decírselo—. Cuando la inspectora Rodríguez… la del departamento Telemático, intentó investigar a Rosales, en algún lugar saltó alguna alarma, y al director general le faltó tiempo para llamarme.

- ¿No querrás decirme que te pidió que te olvidaras del caso? —temió Castillo, visiblemente alarmado al ver que el comisario confirmaba a cabeceos sus sospechas.

- Se justificó en el hecho de que una vez fallecido Rosales la familia tenía derecho a pasar página y todo eso, ya sabes… vamos, que o se la han colado también a él, o está involucrado en algo… cuanto menos, turbio.
- Ahora entiendo porqué has venido precisamente a mí —gruñó el magistrado, que, pese al encubierto reproche que rezumaban sus palabras, asentía para darle a entender que había obrado con sensatez.

Castillo se puso en pie y rodeó la mesa para señalarle una especie de salita que había al otro lado del despacho, en donde dos sofás de piel y una mesa baja de nogal aguardaban a los visitantes para procurarles un ambiente relajado. Cuando el comisario se acomodó en uno de los sofás, Castillo se dirigió hacia la puerta que comunicaba con otro despacho y, tras abrir una rendija, dio orden de viva voz de que no se le molestara en media hora, haciendo ver de ese modo al comisario que ese era el tiempo del que disponía para relatarle todo el asunto y comunicarle sus planes.
- Tiene una cita a las seis —le recordaron desde el despacho.
- No te preocupes, para entonces ya habré acabado, avísame en cuanto lleguen.

El juez Castillo acudió a una pequeña licorera que había entre los dos ventanales que presidían la pared que daba al paseo de la Castellana, y sirvió dos copas de brandi, pese a que sospechaba que su invitado la rechazaría, como así fue.
- Venga, date un respiro, que se trata de un jerez de diez años.
- Bueno, siendo así… —dijo Albuena por no afrentarlo, alargando un brazo para aferrar la copa que el juez le ofrecía, y que olisqueó después con supuesto agrado por hacer aprecio.

Castillo tomó un sorbo de su copa antes de acomodarse, y después dejó la botella sobre la mesa, por si se hacía necesario echarse otro trago más al coleto, porque para tragar lo que auguraba entendía que iba a precisar más de una copa.
- Ese tipo, el tal Rosales, tendría que utilizar algún teléfono, un portátil, no sé…, ¿se movía por tu Departamento como si nada?, ¿y accediendo a los datos con qué claves?

- Las claves se las proporcionamos nosotros apenas se incorporó a la Unidad.
- Claro —tuvo que admitir el magistrado—. Vamos a ver —dijo, cruzando las piernas para acomodarse, mirándolo después con los labios torcidos, macerando lo que iba a preguntarle—. Bueno, comienza por el principio, a ver si me voy aclarando.
- El caso estaba en punto muerto cuando Rosales se incorporó a nuestro Departamento, en cierto modo nos sentimos aliviados de que él se encargara.
- No me extraña —susurró el magistrado—. ¿Pero con qué recursos contaba, pusiste a más hombres a sus órdenes?
- Jamás pidió nada, solo acceso a los datos, ¿cómo iba a imaginar…? —lamentó tras un hondo suspiro—. Llevaba su propio coche, su móvil, su portátil...
- Pero le exigirías informes, algún avance… no sé, ¿o es que dejaste que se moviera durante más de un año por ahí sin darte cuentas de lo que hacía?
- Se limitó a interrogar a todos los que conocieron al joven desaparecido, sus redes, la familia, los amigos… de vez en cuando me contaba que seguía sin avances, pero nada más.
- Pero eso ya lo habríais hecho vosotros, ¿no?
- Claro, pero no dio el menor resultado.
- Y Rosales, ¿encontró él algo?, ¿aportó algo que justificara su presencia en tu Unidad?
- Si lo encontró, se lo llevó o lo borró, como todo lo que investigamos nosotros.
- Tenéis que averiguar quién os envió a ese tipo, porque me temo que el director general no dio esa orden —dijo el magistrado tras pensar durante varios segundos lo que iba a decir, no fuera que en el futuro lo comprometiera.
- Si lo cazamos, ¿te encargarías tú del caso?
- Cómo que si lo cazamos, ¿a quién estáis buscando? —se revolvió el magistrado al entender que se refería al director general de la Policía.

- A Rosales —repuso el comisario con despreocupación, ajeno al sobresalto que había hecho brincar a Castillo del butacón.
- ¿Cazar a un muerto?, ¿a qué te refieres?
- ¡Ah!, joder, que no te había dicho que Rosales está vivito y coleando. Lo pillaron las cámaras del archivo sustrayendo los informes físicos cuando ya hacía varios días que supuestamente había fallecido, y ayer lo captaron las cámaras de una gasolinera cercana a la casa donde vive la familia del muchacho desaparecido.
- ¿Insinúas que rondaba la casa de esa gente?
- Así es. Creo que la persona que vio la familia anoche podría ser el joven desaparecido, y que Rosales lo sabe, y que lo está buscando por algún motivo.
- Y piensas que ese motivo es que no aparezca nunca, ¿me equivoco?
- Así es —refutó el comisario, frunciendo los labios para expresar un lamento—. Pienso que ese joven desapareció porque temía por su vida, y puede que decidiera hacerlo así porque de ese modo protegía a su familia.
- ¿Y de qué debería protegerlos?, ¿acaso estaba metido en asuntos sórdidos, drogas, armas, juego, prostitución…?
- Nosotros no encontramos nada —reconoció el comisario—. Durante las primeras semanas de la desaparición se interrogó a más de doscientas personas, todo su entorno, amigos, familia, compañeros de estudios, algunas chicas con las que había salido, incluso algunos de los chavales con los que había competido. Solo había una cosa fuera de lo normal, pero lo investigamos concienzudamente y no dio resultados.
- ¿Y de qué se trataba? —acució el magistrado al ver que se perdía en la pantalla del móvil en busca de algo.
- Su madre fue traductora de árabe en la embajada argelina en Madrid durante un tiempo, pero cuando ocurrió aquello ya llevaba varios años trabajando para una empresa privada.
- ¿Acaso es de origen árabe?, la recuerdo de verla en los noticiarios y no tenía ningún acento, además, no me pareció que tuviera el

menor rasgo árabe, de hecho, aparecía más bien rubia, aunque, claro, podría haberse teñido el pelo.
- Creo recordar que su padre trabajaba en la embajada española de Argel en los setenta, y allí conoció a su madre. Ella debió de nacer ya en España, pero su madre se ocupó de enseñarle el idioma, y, al parecer, ella también se lo ha enseñado a sus hijos.
- ¿Quieres decirme que el joven desaparecido hablaba árabe? —preguntó, sin molestarse en disimular el repullo que le causó la confidencia.
- Así es, pero ya investigamos sobre ese asunto, y no encontramos nada.
- Pues es algo que habría que tener en cuenta, no vaya a ser que le comieran el tarro y se hubiera largado por ahí a pegar tiros con los talibanes.
- Ya te digo que no pudimos encontrar absolutamente nada. El joven tenía pasaporte porque solía salir del país para competir, pero no se lo llevó, lo dejó en casa de su madre. Lo único que llevaba encima cuando desapareció era su documentación y el móvil, que dejó de dar señal justo en el lugar en el que las cámaras lo registraron por última vez, y ya no se volvió a conectar.
- ¿Hurgasteis en sus redes sociales?
- La inspectora Rodríguez se encargó de eso junto con los del BCIT[4], incluso vino un equipo de expertos de la Guardia Civil especializado en terrorismo islamista, y comprobaron que no se había conectado jamás a ninguna página extraña, ni desde su móvil, ni desde casa de su madre, ni la de sus abuelos, ni la universidad, nada de nada.

El magistrado se quedó pensando, intentando imaginar el motivo que puede llevar a un joven de veinte años a desaparecer, pero la única respuesta que pudo darse es que alguien lo había liquidado, o que sufrió un infortunado accidente que obligó a alguien a deshacerse del cuerpo para evitarse problemas.
- No es posible desaparecer sin ayuda, y menos cuando se trata de un jovenzuelo sin experiencia de ninguna clase, supongo que ya lo habríais valorado en su momento.

- Por supuesto, pero es que las cámaras de la universidad lo grabaron saliendo de clase con su mochila al hombro, y ya no se le vio más. Incluso un equipo de buceo de la Guardia Civil rastreó los embalses de Pedrezuela y de Santillana durante semanas sin el menor resultado.
- ¿Y por qué esos embalses?
- Están cerca de la casa de sus abuelos, que es donde residía el chaval cuando desapareció, y solía ir por allí a menudo con su hermano, además, le gustaba mucho el monte, por eso se rastreó todo el perímetro de los pantanos y los montes cercanos… La Morcuera, el Pico de la Pala...
- Bueno, si en verdad está con vida, que lo dudo, y aparece, espero que nos saque de dudas, entretanto encárgate de averiguar de dónde diablos salió el tal Rosales, y si necesitas alguna orden, me llamas personalmente, sin protocolos, al menos hasta que hable con algunas personas.
- ¿Puedo preguntar a quién piensas llamar?
- Puedes, pero no deberías —repuso el magistrado, si bien sonrió para tranquilizarlo—. En cuanto pueda le comentaré el asunto al ministro de Justicia para que sea él quien llame a su homólogo de Interior, así me quito de encima el compromiso. A ver si alguien sabe de qué va la cosa, no vaya a ser que todo tenga una explicación y levantemos la alfombra equivocada.

El comisario entendió que aquel comentario era una sutil despedida, y se apresuró a mostrarle el vídeo de Rosales en su móvil.
- Este es Rosales ayer por la tarde, en una gasolinera de la carretera de Colmenar Viejo.

El magistrado visionó las imágenes en silencio, centrándose primero en el tipo que aparecía sacando unos billetes de una cartera, y después el mismo tipo subiéndose a un todocamino negro.
- ¿Habéis podido tomar alguna huella?
- El inspector Frízer está en ello —repuso el comisario para no comprometerse, pues no recordaba que Mark se lo hubiera comentado.

- Y el coche, ¿habéis podido captar la matrícula?
- Sí, aparece claramente.
- ¿Y qué os ha llevado a pensar que ese tipo puede ser el tal Rosales?, ¿no podría tratarse de otra persona?
- No, todos los que lo conocimos estamos de acuerdo en que se trata de Rosales, de eso no hay ninguna duda.
- ¿Y cómo disteis con él? —preguntó, asombrado, asintiendo para reconocer el buen trabajo.
- Frízer pudo averiguar que ese vehículo andaba merodeando por la casa del padre del joven desaparecido, y decidió probar suerte en esa gasolinera, supongo que será la única que hay por la zona. —Se encogió de hombros y añadió—: Ha sido un golpe de suerte, la que nos faltó durante los tres años que estuvimos dando palos de ciego.
- Y la matrícula, ¿os ha llevado a alguna parte?
- El vehículo pertenece a una empresa con sede en Andorra, pero tiene oficinas aquí al lado, ya estamos en ello.

El magistrado asintió, y, tras apurar la copa de un trago, se puso en pie.

- Lo dicho, mantenme informado, pero con cautela, y si necesitas alguna orden, no dudes en llamarme, pero hazlo a mi número privado. —Al ver que el comisario intentaba ponerse en pie le colocó ambas manos sobre los hombros para que no se levantara, sonriendo al ver que caía de espaldas sobre el respaldo—. Por Dios, que es un jerez de diez años, no sé si te lo he dicho, no puedes desperdiciarlo.

Castillo rio como un chiquillo cuando el comisario se echó el licor a la garganta para carraspear después con fuerza, y le ayudó a ponerse en pie, tirándole de una mano.

- Tengo que irme —dijo Albuena—, Frízer tiene que estar al llegar a la comisaría, y quiero que me informe antes de que se vaya a casa.
- Por supuesto —dijo el magistrado mientras cogía la botella para devolverla a la licorera.

Albuena se dio cuenta de que las copas quedaban sobre la mesa, y se le ocurrió alcanzárselas, pues no le pareció correcto dejar allí los restos de una fiesta, y más sabiendo que esperaba visita. Cuando se

las puso en las manos a Castillo observó un instante lo que acontecía en la calle a través del ventanal, momento en que advirtió que el tipo del mono de cuero se encontraba en la acera de enfrente a la sombra de un árbol, y con el móvil a la oreja. Estuvo tentado de comentárselo a Castillo, pero decidió que por el momento ya tenía bastante con lo que le había contado, aunque con su instinto de sabueso hostigándolo para que reconociera que aquello resultaba muy extraño.

- Aguarda un momento, por favor, voy a hacer un par de llamadas antes de que te vayas, a ver si averiguo al menos quién te envió a Rosales —pidió Castillo, desapareciendo por una puerta con su móvil en la mano.

El comisario apenas asintió, sin apartar la vista de lo que ocurría en la calle, centrándose en los labios del motorista, que, como ya sospechaba, no se movieron un ápice. Conectó la cámara de su móvil y activó el zum óptico al máximo. El aparato apenas ofrecía dos aumentos con cierta calidad, por lo que no fue suficiente para poder registrar unos rasgos reconocibles a esa distancia, de modo que no tuvo más remedio que recurrir a los diez aumentos que ofrecía el zum digital, cuya pixelación aportaba a la imagen un ruido considerable. Aun así sacó varias fotografías, esperanzado en que, si se hacía necesario, los del laboratorio pudieran arreglarlo. Poco después apareció en la avenida una motocicleta de las grandes y se detuvo bruscamente para recoger al del mono, que brincó sobre el asiento apenas se enfundó el casco, desapareciendo en un instante de su vista. Pese a la premura de la maniobra, a Albuena le dio tiempo a fotografiar la moto cuando ya se alejaba, aunque era consciente de que no podría captar la matrícula. Este último pensamiento le hizo soltar un resoplo, reprochándose a sí mismo ese acervo acumulado en años de análisis, rastreos e indagaciones, y que lo estaba convirtiendo ya en un viejo suspicaz que veía asechanzas por todas partes. Cuando Castillo regresó al despacho lo encontró absorto en los ventanales, y se acercó por su espalda para compartir la vista que tantas veces lo embelesaba a él cuando algún asunto enconado bloqueaba su mente, momentos de relax que no

tardaban en devolverle la determinación necesaria para seguir adelante.

- No he podido hablar con el director, parece que anda por ahí fuera en algún congreso, pero me ha atendido el secretario general, que no es poco —dijo, haciendo que Albuena regresara abruptamente del ensimismamiento que lo tenía absorto en la avenida.

- ¿Han sido ellos? —supuso el comisario, que prefería dar más crédito a sus deseos que a la realidad, pues el gesto pétreo del magistrado no invitaba al optimismo.

- De Rosales no había oído ni su nombre, pero me ha dicho que eso es normal. Asegura que esas decisiones, si bien las firman ellos, pasan antes por varios filtros, y que es muy probable que algún cargo menor lo hubiera ordenado. De todos modos va a indagar sobre el asunto, y me ha prometido que me llamará en cuanto tenga algo.

- ¿Pero le has advertido de que la identidad es falsa?

- De momento, vamos a guardarnos esa carta —lo aplacó el magistrado mostrándole las palmas de sus manos—. Ya le he dicho que se trata de un inspector que te enviaron a ti, y que falleció hace unos meses. Cuando averigüe algo y me llame, sabré si el tipo que ellos nos enviaron salió de allí siendo Rosales, o creen que era otra persona.

- ¿Piensas que Rosales podría habernos ocultado su verdadera identidad para protegerse?

- Esa es la idea —asintió Castillo, sonriendo para reconocer la astucia del comisario—. Si te enviaron a un tipo que habitualmente hace trabajos de espionaje o seguimiento, es probable que le autorizaran a falsificar su documentación, y de ese modo poder desaparecer cuando les interesara.

- Bueno, podría ser… —titubeó el comisario, pensativo—. Entonces, el caso Alería no tendría nada que ver con eso.

- Eso espero, pero no vamos a descartar nada hasta que no hayamos averiguado quién era en realidad el tal Rosales, y por qué diablos se le ocurrió birlaros unos informes que, *a priori*, no debían

de servirle para nada, a no ser que se hubiera tomado el caso como algo personal.
- Entonces, ¿por qué borrar los informes?, si él ya tenía acceso.
- Puede que lo hiciera para no dejar huellas, y así proteger su identidad.
- Pues con eso consiguió todo lo contrario. Si lográramos averiguar qué departamento le pagaba la nómina, todo sería más fácil.
- Ya se lo he comentado al secretario —reconoció el magistrado, negando con la cabeza—, pero, de todos modos, ¿tú no puedes hacer eso?
- Hombre, sin despertar sospechas no, además, yo no tengo autoridad, lo más probable es que me pidieran una orden —repuso Albuena, señalándolo con un dedo.
- Sin una causa abierta… —rechazó Castillo, que pese a todo asintió para dar por buenas las objeciones del comisario.
- Bueno, pues esperaremos a ver qué te dice el secretario.
- No te preocupes, en cuanto tenga algo te llamo, y, por favor, mantenme al tanto, aunque no haya ninguna relación, el asunto ese del joven desaparecido ha despertado mi curiosidad.

El comisario vaciló unos instantes, lo suficiente como para que el magistrado intuyera que había algo que le había ocultado, y lo miró sonriente, cruzado de brazos, meneando la cabeza hacia los lados como quien reprende la travesura de un chiquillo. Albuena entendió que debía contarle todo, de otro modo no tenía sentido que se pusiera en sus manos.
- El inspector Frízer descubrió ayer unas huellas frente a la casa del padre del desaparecido, lo que vendría a confirmar que alguien estuvo allí. Podría ser que el muchacho esté pensándose contactar con su familia, o que se está viendo acorralado y necesita ayuda.
- Si eso fuera así acudiría a la policía, de otro modo pondría en peligro a su familia, y si en realidad desapareció para protegerlos, no creo que ahora se arriesgue a tirarlo todo por la borda, no tendría sentido.
- ¿Y si de quien huye es de alguien que él piensa que es policía? —planteó, dando por hecho que el magistrado entendería a quién se

refería.
- ¿Un solo hombre? —rechazó el magistrado.
- Es muy probable que Rosales esté bien arropado. —Al ver que Castillo lo miraba con expectación, perdió la cautela que lo conminaba a ser prudente y no dar rienda suelta a su imaginación, al menos sin pruebas a las que agarrarse—. Si nos lo metieron en la Unidad tan fácilmente, además de colocar también a otro en la Científica, y pueden permitirse tener a su disposición un vehículo de esas características…
- Entonces no hace falta que llamemos a nadie, si se trata de un organismo del Estado, ya sabemos quién os la ha colado —refunfuñó el magistrado.
- ¿Quién? —clamó el comisario, pese a que sabía perfectamente a quién se refería.
- ¿Quién va a ser?, los Servicios de Inteligencia Antiterrorista o los de Crimen Organizado, tanto monta, monta tanto.
- Si eso es así, jamás seguimos el camino correcto.
- Ese chaval escondía algo, muy probablemente más importante de lo que podamos imaginar, por eso están asumiendo esos riesgos, de otro modo no se habrían metido hasta dentro, aunque eso, al fin y al cabo, es una buena noticia, porque viene a indicar que el muchacho continúa con vida, o eso es al menos lo que esa gente cree.
- ¿Y qué podría esconder alguien tan joven? —rechazó el comisario, pese a que asentía ligeramente para dar a entender que ya lo había valorado.
- Solía salir a competir al extranjero, ¿no? —Al ver que el comisario asentía, continuó especulando—: Puede que alguien le ofreciera dinero para que pasara droga en la valija federativa, y que algo saliera mal, o que fuera ambicioso y decidiera quedarse con la droga y la pasta, o que se la robaran, piensa lo más inverosímil y puede que te acerques.
- Sí, pero si la cosa va por ahí, quien busca a ese muchacho es un grupo criminal.
- A eso es a lo que me refiero —asintió Castillo—. Imagina que esos mafiosos necesitan vuestros datos para localizar a ese joven. Eso es

porque tienen la sospecha de que está protegido por la policía, y por ende que tienen la certeza de que continúa con vida. ¿Te has parado a pensar que ese joven podría estar protegido, y que vive con otra identidad en alguna parte?
- Eso explicaría el hecho de que esté intentando ver a su familia de incógnito.
- Eso es, pero, claro, todo eso habría que confirmarlo.
- ¿Tú podrías averiguar eso?
- Hablaré con el ministro —repuso Castillo, sin intención alguna de comprometerse en un asunto tan farragoso.
- Si en verdad ese joven vive con otra identidad, ¿qué podía ocultar para que haya alguien interesado en liquidarlo, y que obligue al Ministerio a protegerlo?
- Si se prestó a introducir droga y conocía el método utilizado por los cárteles, tenía una información bien valiosa. Imagina que los de la UDYCO[5] andaban tras la pista y lo pillaron.
- ¿Piensas que podrían haberle ofrecido un trato?
- Te chivas y te protegemos, o nos chivamos nosotros —añadió Castillo, meneando la cabeza de arriba abajo—. No deja de ser una especulación, pero la experiencia me dice que por ahí tiene que andar la cosa.
- En fin, lo dicho, iré informándote de cómo va el asunto.

Castillo asintió, ofreciéndole la mano, y lo acompañó a la puerta, que no cerró hasta perderlo de vista cuando se introdujo en el ascensor. Después regresó al despacho y se dejó caer sobre su butacón entre suspiros, pensando en la conveniencia de molestar al fiscal general, que era quien en último extremo debería dar los pasos necesarios para aclarar el asunto. Tras unos minutos de duda levantó el teléfono oficial de su escritorio para pedir que lo pasaran con el ministro de Justicia, pero en el último momento se arrepintió, y sacó su móvil para llamarlo a su número privado, de modo que la llamada no quedara registrada en ninguna red oficial, pues su intuición le decía que aquello que había descubierto Albuena no era más que la punta de un iceberg, una bomba a punto de estallar que si no sabían manejar podría explotar en sus manos.

# 11

Silvia se encontraba en su despacho, presa de aburrimiento y sin ideas claras que la guiaran en la búsqueda de Rosales. Llevaba ya horas aguardando respuesta a los muchos requerimientos que había cursado a varios organismos y a otros departamentos para intentar averiguar a qué unidad pertenecía, pero los que habían respondido, entre ellos la Comisaría General de Información, aseguraban no saber de qué se les hablaba, y los que no, que eran mayoría, parecían tomarse el asunto con mucha más calma de la que su paciencia podía soportar. Lamentablemente, sin una intermediación judicial de alto rango y la expresa autorización del Ministerio de Defensa no iban a poder cursar requerimiento alguno para el CIFAS[6], aunque eso no le preocupaba, porque de momento no contemplaba que esa gente pudiera tener nada que ver con el asunto, pero esperaba con ansiedad la respuesta del CITCO[7], porque por ahí era por donde su experiencia le hacía tirar, pese a que no lograra darse una respuesta a las razones que podrían llevar a un joven de veinte años sin antecedente alguno a implicarse en asuntos de la naturaleza de los que perseguía esa gente. Por fortuna, la Guardia Civil era uno de los cuerpos que había respondido, y eso, no solo acotaba enormemente las pesquisas, sino que apartaba del tablero de juego los presagios más espinosos. Mientras tamborileaba los dedos sobre la mesa, mirando absorta la pantalla, su mente vagaba por el momento en que el joven desapareció. En ocasiones lo imaginaba encañonado por un tipo que portaba una HK[8] como la que ella guardaba en su taquilla, obligándolo a subir a la parte de atrás de un coche, uno de esos negros grandes con las lunas oscuras, en otras siendo atacado por la espalda para ser introducido a empellones en el maletero de un sedán americano, o inmovilizado por una pistola eléctrica para lanzarlo como un fardo al interior de una furgoneta oscura sin distintivos como las que salían en las películas de secuestros. Todo le parecía tan surrealista que acabó desinflándose en un suspiro de apatía. Iba a levantarse para prepararse un café cuando sonó su

teléfono, y se lanzó a él con una mezcla de desazón y congoja, en el fondo esperanzada en que se tratara de Mark, con quien ansiaba compartir la frustración que le causaba la inoperancia a la que la arrastraba la maldita burocracia. Cuando vio que quien llamaba era el agente de la Unidad de la Científica con el que había contactado, dio un repullo de entusiasmo, ilusionada por que ellos hubieran podido averiguar quién les había colado a Olivares.

- Seguimos en blanco —le dijo su colega, chafando de un plumazo todas sus expectativas—, solo te llamaba para confirmar si habéis recibido la información referente a Ernesto Olivares Tapia.
- No, aquí no he recibido nada.
- Te la envié al correo hace más de dos horas, en cuanto hablamos del asunto.
- A ver, voy a mirar. —Silvia consultó de nuevo el correo, brincando como un sapo en la silla al ver que ya tenía la información—. ¡Aquí está! —dijo con tanto fervor que su interlocutor no pudo evitar una carcajada.
- Por cierto, acaba de llamarnos uno de tu Unidad, un tal Frízer.
- ¿Y qué quería?
- Ha pedido que hagamos una inspección a una fosa séptica de la casa de los Alería.
- ¿Y cuándo vais a pasaros?, porque sería conveniente tener algo para mañana a primera hora.
- Ya van para allá dos compañeros, si el escenario no es muy complejo, en media hora lo habrán liquidado.
- Estupendo, muchas gracias.
- Muy bien, si puedo hacer algo más…
- Si eres religioso puedes rezar por mí, que me va a hacer falta.
- Rezaré de todos modos.

Silvia cortó la llamada al ver que su colega se perdía en risotadas, y se centró en el dosier que sobre el infiltrado le había preparado la Científica, tan escueto y tan falso como el que ellos habían elaborado de Rosales, aunque al menos tenía una fotografía de ese tipo, al que, como ya esperaba, no había visto en su vida. Como todo eso no le servía para nada, decidió reenviárselo a Mark para ver

si a él le sonaba de algo. Después se levantó a por el café, que comenzó a beber a sorbitos espaciados porque quemaba más de la cuenta, hasta que volvió a sonar su teléfono y se lanzó de nuevo a él tras echarse el resto del café al coleto, aunque sin valorar las consecuencias que iban a derivarse de un acto tan imprudente.

- ¡Joder, mierda! —gruñó tras la manifiesta tosidura que reverberó el teléfono, tan claramente que Mark rebulló asombrado.

- ¿Qué pasa? —clamó, desconcertado por el extraño recibimiento, temiendo haber interrumpido algo importante.

- Nada, el café, que quemaba como un demonio y me he achicharrado la lengua.

- Vaya… bueno, ya he visto lo que me has enviado.

- ¿Conocías a ese tipo?

- No, no recuerdo haberlo visto jamás, pero me da que sé quién ha podido verlo en una ocasión —dijo, recreándose unos instantes en el suspense—. Rosales se presentó en casa de los Alería hace unos meses con un equipo de la Científica, y puede que su madre, que fue la que los atendió, reconozca a ese tipo en uno de aquellos supuestos agentes que lo acompañaban.

- Y eso, ¿de qué nos va a servir?

- La verdad es que de poco, pero al menos certificamos ya que hay un operativo extraoficial para cazar a ese muchacho, lo que vendría a confirmar que continúa con vida, o al menos que ellos lo creen, que no es poco.

- Eso espero, pobrecillo.

- No quiero darle falsas esperanzas a la familia, pero cada vez estoy más convencido de que Alería vio en verdad a su hijo.

- Puede que Rosales lo esté acorralando, y que por eso esté buscando ayuda.

- Nosotros podríamos ofrecerle protección, pero para eso tendríamos que contactar con él, y me da que eso va a ser muy difícil. Si en verdad continúa vivo y está huyendo de alguien, no se fiará de nadie.

- Solo podemos aguardar a que intente contactar con la familia —dijo ella, haciendo que Frízer frenara en seco sus pensamientos.

- Joder, a ver si ha contactado con su madre, o con su hermano... te dejo, Silvia, voy a volver a casa de Alería para mostrarle la fotografía a su madre, y después iré en busca de la exmujer.
- ¿Dónde estás ahora?
- Iba a la gasolinera a por todas las imágenes que hayan guardado, a ver si Rosales ha pasado por ahí en más ocasiones en los últimos días, además, quiero ver si las cámaras han captado a la motocicleta en la que supuestamente viajaba el tipo que merodeaba por los alrededores de la casa de los Alería.
- ¿Quieres que me encargue de eso?, Albuena no nos ha convocado hasta mañana a las diez, o sea que podría ponerme a rebuscar a primera hora entre las cámaras de tráfico de la zona.
- Bien, fantástico, te envío los datos que tengo sobre la moto que vio Alería rondando su casa hace unos meses, no será la misma, pero quién sabe…
- Bueno, pues yo me voy a casa, que ya es hora, porque Albuena no termina de aparecer y no quiero llamarlo, no vaya a ser que me líe.
- Bien, mañana nos vemos.

Frízer colgó al tiempo que frenaba bruscamente para cambiar de sentido en una bifurcación que encontró a su derecha, y maniobró para enfilar el coche hacia el norte, acelerando hacia la residencia de los Alería como si en ello le fuera la vida. Aunque esta se encontraba a apenas cinco kilómetros, llamó a Mateo Alería por teléfono para decirle que regresaba, lo que propició que el hombre lo aguardara a la puerta, exhibiendo un gesto de inquietud que denotaba la preocupación que le había causado el que se hubiera visto obligado a darse la vuelta tan pronto.

- ¿Ha ocurrido algo? —acució antes de que le diera tiempo a bajarse del coche.
- No, nada, es que me han pasado una fotografía de un agente de la Científica, y quería mostrársela a su madre para ver si reconoce a alguno de aquellos tipos que estuvieron estudiando la fosa séptica.

Alería estuvo a punto de decirle que podía haberle enviado la fotografía por WhatsApp, pero la aparición de su madre, que asomó

a la puerta al oír el ruido del coche, llevó sus pensamientos a cuestiones más relevantes.

- Quiere que veas una fotografía —le dijo a su madre.

Frízer se acercó con el teléfono en la mano, y le mostró la pantalla.

- ¿Recuerda si fue este tipo uno de los hombres que estuvo aquí mirando el pozo?

La mujer se colocó unas gafas que llevaba colgadas al cuello, y observó detenidamente la imagen, un primer plano del rostro de un treintañero que tenía el cuello como la pata de un elefante. La sonrisa que asomó a sus labios hizo ver a Frízer que no se había equivocado.

- Era uno de ellos, aunque el que controlaba al perro era otro —aseguró, asintiendo a cabeceos—, no tengo la menor duda. En la foto parece calvo, pero entonces llevaba más pelo, además, la barba la llevaba muy recortada, de esas tan pobladas que parecen pintadas con betún.

- ¿Y qué significa eso? —quiso saber Alería, volviéndose para mirar a Frízer.

- Hasta que no averigüemos para qué departamento trabajan no podemos aventurar nada, pero lo que sí les puedo asegurar es que, si alguien de arriba está dedicando recursos a buscar a su hijo, es que tienen la esperanza de encontrarlo.

La mujer fue presa de una repentina emoción, y se echó en brazos de su hijo para descargar sobre su hombro toda la zozobra acumulada en cinco años de incertidumbre.

- He pedido que se pase un equipo para revisar la fosa, me han asegurado que se pasarán esta misma tarde.

- Bien, voy a buscar las llaves de la trampilla —dijo Alería, sonriendo a su madre para que se calmara.

- Vendrán debidamente identificados —le advirtió Frízer, aseverándose con un dedo que acabó señalando a ambos para que lo tuvieran en cuenta.

Frízer se subió al coche cuando Alería asintió para darse por enterado, observando con pena la escena que dejaba atrás, lamentando el hecho de que aquello reavivara unas esperanzas que,

de verse frustradas, no harían más que ahondar aún más en la herida. Alzó una mano para despedirse y enfiló la carretera en dirección sur, recorriendo los diez kilómetros que lo separaban de la gasolinera en pocos minutos, dado que el tráfico era más bien escaso a aquellas horas de la tarde en que el sol parecía caerse a pedazos sobre el asfalto. Lo que no podía imaginar era que una patrulla de carretera lo detuviera apenas tomara el desvió que lo conducía a la gasolinera. La circunstancia le arrancó unos refunfuños, pero entendió que no tenía otra opción que detenerse, y frenó despacio hasta acercarse al agente mientras bajaba la ventanilla.

- ¿Qué ocurre? —preguntó al tiempo que le mostraba su placa.

- Señor —lo saludó el agente, llevándose una mano a la sien—. Unos individuos han atracado una gasolinera.

- ¿Han herido a alguien? —urgió alarmado, recreando la imagen del muchacho que atendía la estación de servicio con un mal pálpito.

- Acaba de pasar una ambulancia, pero iba sin sirenas —repuso, encogiéndose de hombros para dar a entender que era poco probable.

- Muy bien, voy para allá.

El agente se apartó, haciendo señas a los compañeros que vigilaban los accesos para que lo dejaran pasar. Frízer aceleró, y se acercó a la estación de servicio, donde encontró una ambulancia, dos vehículos oficiales y otro vehículo más, aunque este sin distintivos.

- ¿Qué ha ocurrido? —preguntó al primer hombre que le salió al paso, que dio un repullo al ver la placa que le mostraba.

- Inspector —lo saludó, ofreciéndole la mano al tiempo que se presentaba—. Subinspector Matas Pérez, de la comisaría de Colmenar.

- Mark Frízer, de la Central —respondió él, estrechándole la mano—. ¿Se encuentra bien? —preguntó con inquietud, señalando la cristalera a través de la que se podía ver al operario de la gasolinera, que, afortunadamente, braceaba con donaire dando explicaciones, sin daños aparentes.

- Ha tenido suerte, se han limitado a ponerlo bocabajo, suponemos que para que no pudiera ver lo que hacían, y no le han hecho nada, más allá del susto que se ha llevado.
- Hace un par de horas pasé por aquí para visionar las imágenes de las cámaras —dijo, señalando una de las que los enfocaba a ellos en ese momento—, y me temo que esto tenga que ver con eso.
- Lo cierto es que parece que no han robado nada, además, el dinero en metálico, aunque no es mucho, sigue en la caja —le dijo el subinspector, sorprendido—, simplemente se han llevado los equipos de grabación, ah, y curiosamente, un paquete de cervezas.
- Voy a ver qué me cuenta —dijo Frízer, reprimiendo un gruñido.
- El inspector Salanueva se encarga, está dentro con el operario —asintió el subinspector.

Frízer observó unos instantes lo que hacía, sonriendo al ver que estudiaba las huellas de los neumáticos, y se le ocurrió ahorrarle trabajo.

- Lo más probable es que se trate de un Audi Q8 negro, pero no de los de gama más alta. —Al ver que el subinspector lo miraba con asombro, sonrió y le dijo—: Me lo chivó el muchacho cuando pasé por aquí, incluso apuntó la matrícula.

Frízer dejó al subinspector anonadado cuando le puso en las manos el cartoncillo de la caja de chicles que llevaba en el bolsillo, en el que el joven le había anotado la matrícula del ostentoso todocamino, y se adentró en la tienda, donde el inspector escuchaba con atención lo que parecía ser el argumento de una película.

- Inspector Salanueva —le dijo para llamar su atención, alzando una mano—, soy Mark Frízer, de la Central.
- ¿Estás con Albuena? —preguntó guasón, estrechándole la mano.
- Así es.
- Dale recuerdos —pidió sonriente, señalando al joven con los ojos para cederle el turno de preguntas—. Ya me ha dicho Héctor que pasaste por aquí a primera hora de la tarde.
- Héctor, vaya, disculpa que no te lo hubiera preguntado antes —le dijo al muchacho, que lo miraba sonriente, aunque algo apabullado por la imponente facha de los policías.

- ¿Qué tal? —lo saludó él tímidamente, encogiéndose de hombros—. Esos cabrones se han llevado todos los discos duros —confesó con un hilo de voz, como si temiera una reprimenda por ello.
- ¿Te han hecho daño?
- No, el muy cabrón me bloqueó con el típico *Armlocks*[9] de principiante, pero es que el tipo era un armario ropero de los grandes, y me alzó en volandas como si fuera un muñeco. Me puso bocabajo en un instante y me dijo que si no me movía no me partiría el brazo, y eso es lo que hice, estarme quieto mientras el otro arrancaba los cables de los aparatos.
- No se molestaron en ocultar su rostro —le dijo Salanueva, chascando la lengua como si eso fuera un contratiempo, si bien Frízer supo al instante qué provocaba aquel gesto.

Al ver que Héctor asentía sonriente, ajeno al conciliábulo de los inspectores, sacó rápidamente su móvil y le mostró la fotografía que acababa de pasarle Silvia.
- ¿Es este uno de esos tipos? —le preguntó.

Salanueva combó las cejas con asombro al ver que el joven asentía sin dudar, pero enseguida demudó el gesto a una socarrona sonrisa, dando por hecho que los de la Central ya llevaban tiempo tras esos delincuentes.
- El que trincó los aparatos era sin duda el jefecillo, el que estuvo ayer repostando, y el que me noqueó es ese —le dijo Héctor a Frízer, señalando el móvil con los ojos.
- ¿Había alguno más?
- Solo esos dos, pero puede que hubiera alguno más afuera.
- Has hecho bien en no resistirte —le dijo Salanueva, palmeándole un hombro—, esa gente no suele andarse con chiquitas.
- ¿Resistirme? —acompañó el joven a un resoplo irónico—, pero si me dio la vuelta como si fuera una bolsa de patatas fritas.
- Vamos, que estaba bien cachas —convino Salanueva, sonriendo a sus gestos vivaces, expresivos como los de un mimo.
- Más de metro noventa —aseguró, llevando la palma de una mano veinte centímetros por encima de su cabeza— y unos brazos como mis piernas —dijo después, mostrándoles su bíceps derecho, que

exhibió un aspecto fibroso al flexionarlo, pero lejos de lo que podría denominarse un tipo macizo.
- ¿Pudiste ver si llevaban tatuajes o algo así, quizás alguna cicatriz…?
- No, no era de ese tipo de gente, estos eran más bien elegantes, y hablaban muy fino para ser simples delincuentes.
- ¿Finos?, ¿a qué te refieres, que no decían palabrotas?
- Me refiero a que no tenían acento extraño, vamos, que eran españoles, y yo diría que con entrenamiento militar.
- ¿Y qué te lleva a pensar eso? —intervino Salanueva al tiempo que lanzaba a Frízer una sonrisa mordaz.
- Se hablaban a gestos, y el que mandaba era el más viejo, el otro obedecía sin rechistar, y siempre decía señor antes de hablar y al terminar una frase.
- ¿Y de qué hablaron? —preguntó Frízer.
- Hablaron poco, ya le digo que se hacían señas como en las pelis esas en las que un comando especial se dispone a asaltar un campamento enemigo —respondió, llevándose dos dedos a los ojos que conformaron una uve para escenificar lo que decía.
- Bueno, menos mal que todo se ha quedado en un susto.
- Ya hemos llamado al propietario de la empresa, vendrá enseguida —le dijo Salanueva.
- Bien, os dejo todo eso a vosotros, yo estoy con otro caso que afecta a esos tipos.
- ¿Puedes pasarnos las fotos?
- Sí, claro, además le he dado al subinspector la matrícula del coche de esa gente. —Señaló al joven con los ojos en gesto burlón y añadió—: aquí, el detective Colombo, que tuvo la precaución de anotarla. Si lográis pillarlos en algún control, informáis enseguida a Albuena, así le dais alguna buena noticia.
- Por supuesto, déjalo en mis manos.
- Por cierto —dijo Frízer, volviéndose hacia Héctor—, me ha dicho el subinspector que se llevaron unas cervezas.
- Sí —repuso él, señalando con un brazo en alto una de las cámaras frigoríficas—. Antes de marcharse, el gorila le preguntó al jefecillo si

quería algo, y el tipo le dijo que pillara unas birras. Yo no lo vi cogerlas porque estaba bocabajo, pero cuando se largaban pude ver que llevaba un paquete de Mahou.
- ¿Te fijaste si llevaban guantes?
- ¡No! —respondió el joven con entusiasmo, lo que hizo entender a Frízer que no los llevaban.
- No te preocupes —le dijo Salanueva a Frízer—, en un rato vendrán los de la Científica a tomar huellas, ya les diré que se comuniquen enseguida con Albuena si encuentran algo.
- Muy bien, muchas gracias.

Frízer intentó conformar una sonrisa para despedirse, pese a que lo que le pedía el cuerpo era ponerse a pegar tiros. Le envió al comisario un mensaje para que estuviera al tanto de lo ocurrido, y después programó el navegador para que lo condujera hacia Fuencarral, al noroeste de la ciudad, concretamente al barrio de Fuentelarreina, que era donde se encontraba la urbanización en la que vivía la exmujer de Mateo Alería con su hijo. Antes de salir decidió llamarla por teléfono para asegurarse de que se encontraba en casa, con una parte de sí deseando que así fuera y otra pugnando por que nadie respondiera, de modo que pudiese finiquitar el día y marcharse un rato a descansar. No hubo lugar a controversias, ya que antes de que le diera tiempo a otros planteamientos, Javier Alería respondió al teléfono, obligándolo a dar unas cuantas explicaciones para que no recelara.
- Mi madre tiene que estar al llegar —le dijo el joven tras los segundos que tardó en entender lo que le decía.
- Me gustaría hablar también contigo, si es posible, solo será un momento.
- ¿Tiene algo que ver con la llamada que hizo anoche mi padre?
- Con eso y con otras cuestiones.
- ¿Y el inspector Rosales?, ¿acaso lo han apartado del caso?
- De eso precisamente es de lo que quiero hablarte, pero no te preocupes, como te digo, solo será un momento.
- Está bien, yo estaré en casa hasta que llegue mi madre, si no tarda mucho, podremos hablar unos minutos.

- Muy bien, estupendo, estaré allí en veinte minutos, así no tienes que desplazarte mañana hasta la comisaría —le dijo antes de colgar, esperanzado en que aquel moscardón que acababa de dejarle tras la oreja lo disuadiera de esquivarlo.

Frízer puso el coche en marcha, y se internó en la autovía, que drenaba el tráfico como solo podía ocurrir en agosto, pese a que ya se acercaba la hora del retorno a casa de aquellos que no estaban de vacaciones.

Cuando el navegador le dijo que había alcanzado su destino, se detuvo ante un casoplón de la calle Pablo Gargallo que lo dejó sin aliento, desdibujando por completo la imagen que se había formado de aquella familia. Iba a aparcar frente a la misma puerta cuando advirtió que un vehículo se apostaba tras él, y su instinto más optimista le dijo que se trataba de Nadia Percal, pues quien iba al volante era una mujer elegante de alrededor de cincuenta años, trajeada como para ir de fiesta y unas gafas de sol cubriéndole el rostro como las que lucía su madre para ir a la playa, aunque estas sin duda algo más caras. En otras circunstancias le habría sorprendido que condujera un Mercedes, aunque este no era de los más ostentosos, pero después de ver la casa, aquel coche le pareció un vulgar utilitario. Apartó el coche para que la mujer pudiera entrar al garaje, que elevó sus puertas para dejar al descubierto sus asombrosas dimensiones y otro vehículo, este un Cupra Formentor recién matriculado bajo cuyo faldón trasero asomaban unos neumáticos descomunales. Mientras la mujer metía el coche en el garaje anotó las matrículas, y después aguardó a que las puertas descendieran para aparcar frente a la casa. Iba a llamar al timbre cuando Javier Alería abrió la puerta, conformando una sonrisa forzada, si bien le ofreció la mano, aunque de improviso, como si hubiera caído en la cuenta en ese momento de que eso era lo que de él se esperaba.

- Acabo de hablar con mi padre —le dijo, prodigándose en su sonrisa al ver que el inspector le mostraba un gesto de extrañeza, sacudiéndole la mano como si se tratara de un viejo amigo.

- ¿No te fías de mí? —bromeó Frízer.

- Ha sido él quien me ha llamado —se excusó el muchacho, apartándose para que entrara—. Pase, por favor, dentro se está más fresco.

Frízer reparó en ese momento en su atuendo, llevando sus ojos de los pies a la cabeza, donde encontró unas chancletas de playa, unas bermudas y un niqui blanco con el escudo de la RFEN[10], lo que venía a refrendar su sospecha de que aquella casa tenía piscina privada.

- Tu padre me ha enseñado varias fotos tuyas, te habría reconocido hasta en el metro en hora punta —le dijo para congraciarse, pese a que era sincero, pues continuaba luciendo el rostro infantil que había visto en las fotografías que le había mostrado su padre.

- Ha tenido suerte, mi madre acaba de llegar —repuso él, obviando el comentario con cierta petulancia.

- Sí, he visto que metía el coche en el garaje, por cierto, ¿el Cupra es tuyo?

- Sí —respondió secamente, aunque enseguida sonrió, mostrándole una mirada vivaz, de un tipo inteligente, una mirada de esas que le decían a Frízer que aquel tipo era muy fácil de manipular, pues su propio ego le haría bajar la guardia apenas le diera un poco de lubricante.

- Debe de andar bien, ¿no?, ¿qué potencia tiene?

- Cerca de cuatrocientos caballos —respondió sin darle mayor importancia.

- Tu padre me ha dicho que estudias medicina legal y forense.

- Así es —respondió el joven mientras lo conducía a un salón más grande que su apartamento, donde un magnífico sofá de piel acogía unos cuantos cojines de estilo árabe, única pincelada que delataba los orígenes de su madre, aunque, luego, cuando se hubo acomodado, advirtió que una de las paredes lucía un fresco muy sutil en el que unos trazos de ocre sobre blanco dibujaban un atardecer en un paisaje desértico.

- Buenas tardes, inspector Frízer, mi marido me llamó hace un rato para decirme que venía —se oyó a su espalda, haciendo que se revolviera sobresaltado.

- Buenas tardes, señora Percal —repuso él, poniéndose en pie para ofrecerle la mano.
- ¿Le apetece tomar algo? —preguntó su hijo una vez se saludaron.
- Por supuesto —dijo ella de inmediato—, con estos calores estará usted sofocado.
- Traeré unas cervezas —propuso el muchacho al ver que Frízer se obligaba a asentir, pues la voz de su madre sonó como una sentencia marcial que no se atrevería a contradecir, ni esperaba que el inspector lo rechazara.
- Hace un rato he estado hablando con mi suegra, y me ha puesto al tanto de las circunstancias —expuso ella de inmediato, haciendo ver a Frízer que no parecía tener intención alguna de perder el tiempo en formalidades.

Frízer agradeció que fuera directamente al grano, y le miró a los ojos, forzando una ligera sonrisa que no la incomodara.
- ¿Qué opina de ello?
- Sinceramente, ese inspector, el señor Rosales, siempre me pareció un tipo extraño.
- ¿Extraño?, ¿en qué sentido?
- Hacía unas preguntas muy raras, tanto él como el otro agente que solía acompañarlo.
- ¿Se refiere a este tipo?

Frízer se apresuró a sacar su móvil para mostrarle la fotografía del supuesto Olivares, cuya filiación fue confirmada de inmediato por la mujer, que soltó un ligero resoplo al verlo para refrendar la poca gracia que le hacía. En ese momento apareció su hijo con un par de latas de cerveza sin alcohol y dos botellines de agua bien fresca, tanto que ya chorreaba por sus costados el vapor condensado, y las dejó sobre el cristal de la mesa, estirando el cuello para poder ver la pantalla del móvil que Frízer intentaba mostrarle.
- Es Olivares, el que venía con Rosales a dar la murga —corroboró a cabeceos, sonriendo al ver el gesto de repulsa de su madre.
- Parecía que en lugar de buscar a mi hijo estuvieran intentando capturar a un delincuente peligroso —tuvo que intervenir para

justificar el gesto adusto que le había arrancado volver a ver aquel rostro.
- Supongo que su marido ya le habrá dicho que no sabemos quiénes eran esos tipos.
- ¿Y cómo es eso posible? —preguntó ella al tiempo que asentía.
- Estamos intentando averiguarlo.
- ¿Es cierto que falleció? —preguntó el muchacho, que se acomodó en el sofá con una de las cervezas en la mano, mirándolo expectante, diríase que encantado por la circunstancia.
- Se le comunicó al comisario Albuena el fallecimiento hace unos meses, por eso me destinaron a mí a esa Unidad, para cubrir la vacante. Como yo no estaba al tanto del caso, cuando se presentó su marido en la comisaría para decirme que creía haber visto a su hijo intenté ponerme al día, entonces descubrí que Rosales se había llevado toda la documentación, y que había borrado los archivos, y todo eso cuando ya se suponía que estaba muerto, además, pudimos saber que su identidad era falsa. Ahora estamos intentando averiguar quién firmó las órdenes para que se incorporara a la Unidad, y que se encargara precisamente del caso de su hijo.
- Entonces, ¿es cierto lo que asegura mi suegra, que David podría continuar con vida?

La mujer dio muestras por primera vez de cierta flaqueza, y le apartó la mirada, que llevó hacia uno de los botellines de agua como si fuera una salvaguarda. Una vez dio un trago, ya recompuesta, sonrió a su hijo al ver que él la miraba con asombro. El joven llevó entonces unos ojos desorbitados hacia Frízer, que se vio obligado a asentir, aunque procurando un gesto sutil con el que darle a entender que, aunque cabía esa posibilidad, solo era una hipótesis.
- ¿Y dónde podría estar? —acompañó a una manifiesta expresión de incredulidad.
- Si es en verdad la persona que rondaba anoche la casa de tu abuela, debe de estar bien cerca.
- Si eso es así, ¿dónde ha podido estar todos estos años?, ¿y por qué desapareció sin decirnos nada?, David jamás me habría hecho

eso —lloriqueó la mujer, que sucumbió a la emoción apenas tomó consciencia de que su hijo podría continuar con vida.

Javier Alería brincó del sofá para acogerla en sus brazos, pero ella lo rechazó con un gesto firme de las manos, acariciándole después la cara para calmarlo.

- ¿Estás bien? —insistió él.

- Sí, no te preocupes, es solo que todo esto ha vuelto a revolverme las entrañas. Aún no hemos podido pasar página y ya comenzamos de nuevo con esta pesadilla.

- Deberíamos haber hecho caso a papá —dejó escapar el joven, aferrando las manos de su madre para disculparse en cuanto se dio cuenta de lo insidioso que resultaba hacer una afirmación así en ese momento.

- He podido saber que hablas árabe, al igual que David —dijo Frízer.

- La policía ya investigó eso, pero no encontraron nada —repuso con aspereza, revolviéndose para mirarlo, si bien sonrió de inmediato para disculparse.

Frízer agradeció el gesto, pues lo último que deseaba era que pensara que lo acusaba a él de algo, dando pie a que se pusiera a la defensiva.

- Tenían que investigarlo todo —los justificó, no obstante.

- Sí, por supuesto —intervino la mujer—. No voy a negar que yo también llegué a pensar que podrían haberlo captado alguno de esos grupos islamistas.

- David no era idiota —replicó su hijo, molesto por cuanto aquello significaba—. Él jamás se habría dejado comer el tarro por esos fanáticos, además, David jamás tuvo relación alguna con ningún musulmán, todas sus amistades eran de aquí, y ya sabes que jamás le atrajo nada relacionado con la religión, ni siquiera con el misticismo ni los rollos esos del karma.

- Lo sé —le dijo su madre, posando una mano sobre su brazo derecho para que se calmara—, pero es que tu padre necesitaba aferrarse a lo que fuera para no perder la esperanza de poder volver a verlo con vida, y yo no me sentía con fuerzas para hacerlo entrar en razón.

- Bueno, dadas las circunstancias, no me cabe la menor duda de que se va a abrir una nueva investigación —terció Frízer, incómodo —. El problema es que me temo que tendrán que revivir lo ocurrido hace cinco años.
- ¿A qué se refiere? —urgió la mujer, retrepándose para mirarlo.
- Si no logramos recuperar la información acumulada en todo este tiempo, no vamos a tener más remedio que comenzar de nuevo.
- ¿Y de qué va a servir? —prorrumpió el joven—, si no han…
- ¿No tienes la esperanza de encontrar a tu hermano? —lo acalló Frízer.
- ¿De verdad piensa que después de cinco años va a aparecer con vida? —replicó, aferrando una mano a su madre para excusar la irreverencia.
- Si me hubieran preguntado eso ayer habría respondido que no, que es prácticamente imposible, pero lo acontecido en las últimas horas me lleva a pensar que hay gente por ahí que sospecha lo contrario, y desde hace mucho tiempo —le respondió Frízer, encogiéndose de hombros al tiempo que separaba ambas manos.
- ¿Y qué gente es esa? —preguntó la mujer, mirando a su hijo a los ojos para aplacar su genio.
- Como le he dicho, el comisario está intentando averiguar para qué organismo trabajan. Cuando lo averigüe podremos saber si en verdad buscan a su hijo o están enfrascados en otra cosa.
- ¿Y si así fuera? —preguntó el joven, que no se molestó en ocultar el deje sarcástico que acompañó a sus palabras.

Frízer estuvo tentado de confiarles lo que pensaba, pero decidió que, aunque merecían una respuesta, era mejor callar, ya que cualquier cosa que dijera solo iba a servir para alimentar una ilusión que muy probablemente acabara en más desesperanza, pues, pese a todo, la experiencia le decía que David Alería llevaba cinco años muerto.
- ¿Cree en verdad que si buscan a David es porque piensan que está vivo? —preguntó la mujer, mirándolo con una avidez que lo obligó a apartarle la mirada.
- De otro modo no desperdiciarían recursos.

- ¿Y por qué ahora, después de tanto tiempo?
- Eso es lo que vamos a intentar averiguar, pero para eso precisamos de toda su colaboración.
- ¿Y qué podemos hacer nosotros?
- Sé que va a ser complicado, pero necesito que memoricen todo lo ocurrido alrededor de su hijo en los días previos a su desaparición, si conoció a alguien, qué lugares frecuentaba, quiénes eran sus amigos… en fin, todo lo que puedan recordar. Sí, ya sé que todo eso se lo contaron a los inspectores que llevaron la investigación en su momento —dijo al ver que Javier Alería iba a abrir la boca—, pero ahora no tenemos nada, y es importante reconstruirlo todo.
- Rosales tiene esa información, ¿no es a él a quien deberían perseguir?
- En ello estamos, y caerá más pronto que tarde, pero eso no nos garantiza que podamos recuperar la información, y el tiempo apremia.
- Ahora ya no hay apremios, después de cinco años… —musitó la mujer, asintiendo al tiempo que miraba a su hijo—. Anotaremos cuanto vayamos recordando.
- Está bien, tengo que irme —dijo el joven.
- ¿Podrás hacerme una lista con los nombres de los amigos que frecuentaba tu hermano?
- Por supuesto —intervino la mujer, mirando duramente a su hijo al ver que él resoplaba con una apatía insolente.
- Les voy a dejar mis datos de contacto, además, les voy a pedir que extremen las precauciones, al menos hasta saber quién es Rosales.
- ¿Y qué pueden querer de mi hermano esos tipos?
- No tenemos ni idea, pero el hecho de que lo busquen extraoficialmente abre un amplio abanico de posibilidades que tendremos que estudiar, además, eso abre también la posibilidad de que David se encuentre con vida, y que su desaparición se debiera a la necesidad de protegerse de esa gente.
- Eso es absurdo, David se habría puesto en contacto con nosotros de cualquier modo —rechazó Javier Alería con vehemencia.

- Puede que su intención fuera protegerlos a ustedes —repuso Frízer, mirando a su madre para ver cómo reaccionaba.

La mujer se quedó mirándolo, aleteando los labios sin saber qué decir. Poco después llevó la mirada hacia su hijo, y cabeceó hacia el pasillo para que se marchara.

- Llegarás tarde —le dijo al ver que él iba a protestar.

- Está bien —accedió el muchacho, ofreciéndole la mano a Frízer—, intentaré contactar con los amigos de mi hermano para que me proporcionen sus datos de contacto, pero me temo que la mayoría ya andan por ahí desperdigados.

- Yo los guardo en la agenda, no debes preocuparte por eso, pero me temo que los datos de los compañeros de estudios y los del equipo de natación… —dijo la mujer, meneando la cabeza hacia los lados— después de cinco años… ya hemos perdido el contacto con la mayoría.

Frízer se puso en pie para despedir al joven, que desapareció de inmediato por uno de los ventanales que daban al jardín trasero de la casa. Después se volvió hacia la mujer, ofreciéndole la mano para despedirse.

- Hagan lo que puedan, pero poder contactar con sus amigos más íntimos es sumamente importante.

- ¿No le ha dado esos datos mi marido?

- Di por hecho que es su hijo quien maneja esos datos —repuso, negando a cabeceos con manifiesta incomodidad.

- Mi marido lleva cinco años obcecado con la desaparición de nuestro hijo. Al principio lo vivimos como algo normal, pero después de tanto tiempo… la obsesión comenzó a resultar enfermiza.

- ¿Quiere decir que su esposo recopiló datos sobre el caso?

La mujer asintió livianamente, como si le diera vergüenza reconocerlo, y le hizo un aspaviento para que lo acompañara. Frízer dudó qué hacer, pero al ver que ella enfilaba las escaleras con decisión, salió tras ella, imaginando una habitación caótica plagada de fotografías colocadas anárquicamente en una gran pared sobre la que se habían garabateado cientos de reseñas. Cuando alcanzó la habitación que Nadia Percal quería mostrarle entendió que su

imaginación lo había llevado a recrear un ambiente bastante más cinematográfico que el que pudo ver, pues allí no había más que un estudio de diseño en el que muy probablemente Mateo Alería se entretenía haciendo crucigramas.

- Es el despacho de mi marido —le dijo, señalando el interior para que pasara.
- Olvidé preguntarle a su marido a qué se dedica, no es que sea relevante, pero nunca se sabe…
- Tiene un estudio de arquitectura en la calle de Velázquez.
- Vaya, nunca lo habría imaginado —exclamó Frízer, asombrado.
- Esta casa la diseñó él —aseguró ella.

Nadia Percal se acercó a la mesa de estudio y señaló un archivador con varios compartimentos. Frízer dudó qué hacer, pero al ver que ella lo animaba a abrir uno de los cajones, alargó una mano y extrajo la gaveta superior, asomando a su interior con curiosidad.

- En esas carpetas está todo lo que ha ido anotando en estos años, su investigación paralela, además, en su ordenador está todo —añadió, señalando el magnífico monitor que presidía la mesa.
- Nos será de gran ayuda —le dijo Frízer al ver que había un sinfín de carpetas clasificadoras.
- No creo que Mateo tenga inconveniente en que se las lleven, pero le agradecería que se lo consultara antes, no quiero volver a discutir con él por estas cosas.
- Sí, lo entiendo, no se preocupe.

Frízer aparó algunas de las carpetillas y estudió su interior, sorprendido al ver que en todas ellas había fotografías.

- Supongo que serán amigos de mi hijo, compañeros de clase, lugares que frecuentaba… Mateo lo anotaba todo.
- ¿Y le mostró esto a Rosales? —preguntó Frízer, dejando entrever en su tono cierta alarma.
- No sé si Mateo se lo comentó —repuso ella, desorbitando los ojos al caer en la cuenta de lo que preocupaba al inspector.
- Si conocían la existencia de estos datos, es muy probable que intenten llevárselos.

- La casa tiene una buena alarma, de todos modos hablaré con Mateo para preguntarle.

Frízer asintió al ver que ella se dirigía hacia el salón, y bajó tras ella, aguardando con impaciencia a que se comunicara con su marido. Mientras aguzaba el oído ojeó a través del ventanal lo que había en la parte trasera de la casa, un jardín bien cuidado pero sin piscina a la vista. No tuvo tiempo de ver más, pues ella cortó la comunicación apenas obtuvo la respuesta que buscaba. Cuando se giró para mirarla pudo ver en su cara una expresión extraña, como si en lugar de responder a lo demandado, su esposo le hubiera dicho que ya no le importaba nada.

- Rosales estuvo aquí en varias ocasiones, ¿no es así?, y se llevó copias de todo —le dijo al ver que no era capaz de reaccionar al gesto inquiridor que le lanzó, presa de una repentina turbación que le hacía tremolar los labios.

- Mejor hable usted con él —le dijo al fin, ofreciéndole el teléfono.

Frízer aprehendió el aparato, sorprendido, y se lo llevó a la oreja.

- Aquí Mark Frízer.

- Oh, inspector, menos mal que está usted ahí —se oyó la voz alterada de Mateo Alería.

- ¿Qué ha ocurrido?

- Salí a llevar a mi madre al mercado y cuando regresé alguien había entrado en la casa, han revuelto las habitaciones y se han llevado mi portátil.

- Lo imaginaba —gruñó, resoplando como un potro—. De todos modos ya tienen lo que buscaban, no creo que vuelvan por ahí —intentó tranquilizarlo.

- Los de la Científica acababan de marcharse, supongo que estarían aguardando ese momento —lamentó Alería en un gruñido de rabia.

- ¡Ah!, ¿ya han estado peinando la fosa?

- Sí, estuvieron por aquí apenas media hora. Tomaron varias huellas que había por la escalerilla y se marcharon.

- Su esposa acaba de enseñarme su escritorio, si esa gente sabe que eso está ahí, no tardarán en aparecer por aquí.

- Rosales estuvo en mi casa en varias ocasiones, y se llevó copia de todo —acompañó Alería a un sonoro chasquido de la lengua.
- No se preocupe, voy a hablar con el comisario para que les pongan protección.

Frízer se despidió, y le entregó el teléfono a Nadia Percal, que lo cogió atemorizada, sin poder apartarle de la cara unos ojos de espanto.

- No olvide conectar la alarma —fue todo lo que se le ocurrió.
- Será mejor que se lleve el archivador.

Frízer sonrió aliviado, pues llevaba ya un buen rato cavilando el modo de decirle que debería llevárselo a la comisaría, y temía el rechazo. Subió tras la mujer al despacho y aferró el armarillo con decisión, encantado al comprobar que era bastante más liviano de lo que esperaba. Apenas cinco minutos después tenía el archivador en el maletero, y alzaba una mano para despedirse de la mujer, que cerró la puerta apenas lo perdió de vista para volver a hablar con su marido.

# 12

El caso Alería había protagonizado buena parte del duermevela que había acosado a Frízer durante más de dos horas desde que se metiera en la cama, por eso, aunque después durmió a pierna suelta el resto de la noche, cuando sonó el despertador a las siete en punto, la agradable sensación que precede al despertar, sobre todo si se ha descansado bien, se esfumó tan rápidamente como recobró los pensamientos con los que se había acostado. Su madre fue tan puntual como siempre, tamborileándole la oreja con su habitual facundia apenas dio paso a la llamada que le hacía todas las mañanas para asegurarse de que no se quedaba dormido y desayunaba convenientemente, pero en esa ocasión agradeció oír su voz, pues logró apartarlo por unos instantes de la obsesión que comenzaba a ofuscar sus entendederas. Tras los cinco minutos de rigor en los que la mujer desgranó pormenorizadamente lo ocurrido durante el día anterior, su hijo aprovechó un receso en el monólogo para decirle que se le estaba haciendo tarde.

- Está bien, pero llámame en cuanto te subas al coche, que tengo que comentarte algo.

- ¿De qué se trata? —urgió, mosqueado.

- Paul comienza las clases en unas semanas —le dijo ella tras unos titubeos de indecisión.

- ¿No vais a venir? —musitó, incapaz de enmascarar el tono quebrado que la decepción otorgó a su voz.

- Sí, por eso no te preocupes, pero es que tu hermano quiere pasar unos días en Madrid, y tu padre tiene consulta con el urólogo a finales de mes.

- ¿Y no puede venir él solo, o con Alina?

- Alina irá con nosotros, pero Paul comienza pronto las clases, por eso me ha pedido que te pregunte si te molesta que vaya él solo esta semana.

- Que me llame apenas aterrice en Barajas —zanjó Frízer con entusiasmo.

- ¿De veras no te importa?

- Claro que no, mamá, además, ya es mayorcito, no tengo que estar todo el día pendiente de él.
- Madrid es una ciudad muy grande, y no quiero que esté solo por ahí todo el día.
- No te preocupes por eso, estará conmigo, además, puedo cogerme unos días libres, que yo tampoco he podido ver las zonas turísticas de la ciudad, ando todo el día de aquí para allá por donde me lleva el navegador del coche.
- Bueno, entonces le digo que te llame.

Frízer se despidió apresuradamente, pues en verdad se le estaba haciendo tarde, y se metió en el cuarto de baño. Un rasurado rápido a la barba y una ducha templada terminaron de espabilarlo, aunque esto solo sirvió para que su mente regresara al momento en que Mateo Alería vio a su hijo frente a la casa, una escena que imaginaba como si la viera en un vídeo de TikTok que no paraba de repetirse, preguntándose una y otra vez cómo era posible que el muchacho se hubiera volatilizado sin haber dejado el menor rastro durante tanto tiempo. Mientras desayunaba intentaba recrear el devenir de un joven de la edad de su hermano sin recurso alguno, huyendo de unos tipos con medios y formación militar cuyo único objetivo era darle alcance, sabe Dios si con el único propósito de llevárselo por delante. No lograba imaginar cómo había podido sobrevivir sin dinero ni documentación, dónde se había alojado, cómo podía desplazarse… la única respuesta que se daba era que, si en realidad se trataba de David Alería, alguien tenía que haberle ayudado, y si eso era así, la razón tenía que ser muy poderosa, tanto como la que llevaba a unos tipos como Rosales y Olivares a afrontar unos riesgos como los que habían asumido para encontrarlo. De repente, aquel pensamiento tan superficial vino a disipar los nubarrones que aún obnubilaban su mente, ofreciéndole una nueva ruta por la que deambular en busca de una pista que lo llevara a averiguar si en verdad David Alería aún se encontraba con vida. Los tipos que lo buscaban, sin duda, así lo creían. Se vistió apresuradamente y bajó al garaje, dudando si llamar al comisario para contarle lo que se le había ocurrido o aguardar a encontrarse

con él en su despacho. La impaciencia, y también la sospecha de que otros compromisos pudieran alejarlo de la comisaría durante varias horas, lo impelió a llamarlo apenas se conectó el *bluetooth* del vehículo, sin percatarse de que aún faltaba más de media hora para el comienzo de la jornada laboral.

- ¿Te has caído de la cama? —le gruñó el comisario por saludo—. ¿Qué ocurre? —apremió no obstante, dando por hecho que la intempestiva llamada respondía a un hecho cuya relevancia justificaba la osadía de llamarlo a su número personal a aquellas horas.

- Si continúa vivo, alguien tiene que estar ayudándole a ocultarse.

- ¿A David Alería? —preguntó para asegurarse, dejando escapar un resoplo que hizo caer en la cuenta a Frízer de que no había sido buena idea llamarlo tan temprano.

- Sí, claro, David Alería —trastabilló.

- ¿Y piensas que eso nos va a llevar a alguna parte?

- Quizás deberíamos centrarnos en eso, en lugar de buscarlo a él, porque si ha logrado despistar a todo el mundo durante cinco años...

- Ya se valoró eso —reconoció Albuena—, incluso estudiamos la posibilidad de que todo ese tiempo hubiera estado en Argelia, escondido por algún pariente de su madre, por la razón que sea.

- ¡Joder! —bramó Frízer, lamentando no haberlo pensado—. ¿Cómo no se le ocurrió eso a nadie?

- ¿Qué te hace pensar que no se le ocurrió a nadie?, por supuesto que se investigó eso, pero no dio el menor resultado. Todo constaba en los informes —lamentó en un gruñido, desinflándose en un suspiro que dejó a Frízer cariacontecido, sin saber qué más decir.

- Bueno, no habrá informes, pero yo llevo en el maletero un archivador que me ha entregado Nadia Percal, puede que ahí aparezca algo…

- ¿Cómo que un archivador? —clamó el comisario, sorprendido.

- Su marido estuvo haciendo averiguaciones por su cuenta, y lo documentó todo.

- Si Rosales averiguó eso, esa mujer podría estar en peligro.

- Por eso me he traído el archivador, y le he dicho que íbamos a ponerle protección.
- Está bien, me encargaré de ello.
- Anoche le eché una ojeada a lo que Alería ha estado recopilando durante estos años, y he encontrado un *pendrive* con tres grabaciones de audio en las que se oye a dos varones hablar en árabe, en las dos primeras de modo distendido, pero en la tercera grabación aumenta el tono, como si discutieran por algo. Uno de ellos es sin duda Javier Alería, por lo que doy por hecho que el otro es su hermano, el joven desaparecido.
- Bien, que su madre lo confirme. No servirá de mucho, pero si tenemos ocasión de captar alguna grabación telefónica, sería interesante poder comprobar si es la misma persona.
- ¿Y si resulta que no es su hermano?
- Ya sé qué insinúas, pero primero tenemos que averiguar lo que dicen, y asegurarnos de quién es su interlocutor, porque si eso lo guardaba su padre, lo más probable es que se trate de algo personal que no tiene la menor relevancia para el caso, de otro modo nos lo habría contado. No obstante, hay muchos vídeos en los que aparecen ambos hermanos, recuerdo haberlos visionado decenas de veces, aunque lo cierto es que no recuerdo haberlos oído hablar árabe, inglés sí, porque en una ocasión los entrevistó una cadena británica con motivo de un campeonato que se celebró en Londres, y ambos respondieron con bastante locuacidad y desparpajo.
- Sí, he podido ver varios, la mayoría durante sesiones de kárate.
- Ah, sí, ya recuerdo que eran aficionados.
- Mateo Alería comentó ayer que Rosales se había interesado especialmente en eso.
- Buscaba conexiones, sin duda —murmuró el comisario—. Quizás nosotros deberíamos tirar también por ahí, puede que él averiguara algo que a nosotros se nos pasó por alto.
- Tomaré nota —decía Frízer en el momento en que la música comenzó a reverberar por los altavoces, señal inequívoca de que Albuena le había colgado.

Ya llevaba varios kilómetros recorridos de forma autómata, centrando sus pensamientos en los archivos que Mateo Alería había ido recopilando, cuando la sonrisa de Silvia se materializó en la pantalla del vehículo tal y como él la grabara la primera ocasión en que compartieron sus datos. Su voz acuciosa cuando dio paso a la llamada lo alarmó, pero la dejó hablar, convencido de que entre aquella cháchara ininteligible y premiosa acabaría encontrando una frase con sentido.

- Que te digo que está aquí —repitió ella en un cuchicheo impetuoso cuando él se vio obligado a pedirle calma para acabar con la incongruencia de que quisiera chillar en voz baja para que alguien cercano no la oyera.
- ¿Pero quién?
- El juez Castillo, acabo de verlo junto a la cafetera.
- Pero si acabo de hablar con Albuena, ¿acaso ha llegado ya a la comisaría?
- ¡Mira!, ahora entra por la puerta, pero aún no se han visto.
- Albuena me dijo que se vieron en su despacho por la tarde, no creo que le haya dado tiempo a hacer averiguación alguna —lamentó Frízer.
- Me da que ha venido en persona para pedirle que deje el caso.
- Cuéntame, ¿qué hacen? —apresuró Frízer mientras meneaba la cabeza de arriba abajo como si ella pudiera verlo, rumiando la sospecha de que aquella premura respondía a esa circunstancia.
- Nada, se han dado la mano y se han metido en el despacho.
- Pon la oreja.
- ¿Y qué crees que estoy haciendo? ¡Joder! —exclamó ella en un susurro exaltado—, Albuena se ha echado las manos a la cabeza apenas Castillo le ha dicho algo.
- Te dejo, que tengo otra llamada, estoy ahí en dos minutos.

Frízer aceleró instintivamente al tiempo que manoseaba la pantalla para atender a su hermano, una cuestión mucho más perentoria que cualquier otra disquisición en ese momento.

- ¿Qué pasa?, gandul, ¿es que no te atreves a llamarme?

- No me digas que ya te ha llamado mamá —le respondió su hermano, riendo a carcajadas, como tenía por costumbre.
- Como todas las mañanas —bufó Frízer.
- Bueno, entonces ¿qué?, ¿voy para allá o te viene mal?
- No digas chorradas, ya tenías que estar en el aeropuerto.
- ¿Y a dónde piensas que voy?
- ¿No jodas que ya tenías el vuelo?
- Desde hace días, pero no voy a Madrid, primero pasaré por Valencia para ver a una amiga, y mañana pillaré un Blablacar[11] para ir a Madrid, que me sale mucho más barato.
- ¿Y eso? —protestó Frízer, que no se molestó en enmascarar el tono áspero que otorgó a su voz, dejando traslucir la poca gracia que le hacía que se desplazara de ese modo, pese a que él lo había hecho en innumerables ocasiones desde que recalara en la península.
- El vuelo a Valencia costaba la mitad, además, llegaba a mejor hora, con todo el día por delante.
- Entonces, ¿cuándo llegas?
- No lo sé, porque dependo de que encuentre coche, pero no te preocupes, en cuanto lo sepa te llamo, de todos modos no tienes que ir a recogerme, yo me presentaré en tu casa a la hora que sea, y si no estás me doy una vuelta hasta que aparezcas, total, solo llevo una mochila.
- Bueno, ya hablamos, que estoy llegando a la comisaría.

Frízer acudió al cubículo de Silvia apenas aparcó el coche en el garaje de la comisaría, atisbando por entre los intersticios de las cortinillas del despacho de Albuena lo que ocurría dentro, además de aguzar los oídos, pero de poco sirvió, pues ni él tenía la capacidad auditiva de las polillas ni la persiana permitía observar más que sombras, aunque eso sí, sosegadas, lo que lo llevó a pensar que las noticias que auguraba no debían de ser tan agoreras como ellos habían temido en un principio, al menos con esa ilusión se presentó ante la mesa de Silvia, que lo recibió con manifiesto alivio, como si su llegada pudiera sosegar el mal pálpito que le constreñía el pecho desde que viera a Castillo ante la cafetera.

- Siéntate —pidió ella apenas lo vio aparecer, forzando una sonrisa con la que saludarlo al tiempo que braceaba hacia una de las sillas.
- ¿Has podido averiguar algo? —intuyó él, aunque su anhelo se vio truncado en cuanto ella meneó la cabeza de izquierda a derecha como un autómata.
- Sobre Rosales no hay novedades, ni tampoco los de la Científica han pasado todavía lo de las huellas de la gasolinera, pero he logrado encontrar en las cámaras de tráfico a un motorista que pasó por el acceso de la autovía unos minutos antes de que el Audi que conducía Rosales se detuviera en la gasolinera.

Frízer asintió sonriente, esperanzado en que esa circunstancia los llevara a alguna parte. Mientras ella aporreaba las teclas rebuscando entre las imágenes el punto deseado, él se quedó pensando. Poco después, a un mugido de ella, se irguió sobresaltado como respuesta a un recuerdo que surgió de repente, y al que no había prestado atención hasta entonces.
- A última hora de la tarde, después de que los de la Científica peinaran la fosa séptica de los Alería, alguien entró en la casa y se llevó su portátil.
- ¡Dios mío! —se alarmó ella—, ¿les han hecho daño?
- No, no estaban en casa, se ve que aguardaban ese momento.
- Menos mal —acompañó a un suspiro de alivio—. ¿Y qué crees que buscaban?, porque para un simple portátil no iban a correr ese riesgo, sabiendo además que la casa podría tener vigilancia.
- Alería me dijo que habían revuelto las habitaciones, pero que solo se habían llevado el portátil, supongo que lo demás no les interesaba.
- ¿Estás seguro?
- Bueno, eso es lo que me dijo el hombre, pero puede que con el tiempo acaben echando de menos alguna otra cosa.
- Supongo que estaréis vigilando la casa, ¿no?, esa gente podría regresar en cualquier momento y hacer alguna barbaridad.
- Sí, no te preocupes por eso, el comisario se ha encargado, además, doy por hecho que los de la Científica estarán ya allí de

nuevo en busca de huellas, no vaya a ser que se trate de una simple casualidad y lo de ayer haya que atribuirlo a simples maleantes.

Silvia soltó un resoplo sarcástico como respuesta al último comentario de él, y giró la pantalla para que pudiera ver las imágenes. Frízer observó toda la secuencia durante unos segundos, hasta que el vídeo se congeló para ofrecer una matrícula que, aunque muy pixelada, dejaba entrever pocas dudas.

- ¿Cuántas combinaciones? —susurró, centrado en la imagen inmóvil —, las letras están bastante claras, pero los tres últimos números…

- Ha sido muy fácil —acompañó ella a una mueca de suficiencia, haciendo que él alzara la vista para dedicarle una mirada burlesca—. De las combinaciones más probables descarté las que correspondían a automóviles u otro tipo de vehículos, y solo dos estaban asignadas a motocicletas. Una era una Derbi todocamino, pero esta… —dijo sonriente, señalando con una mano la motocicleta de la pantalla— es la única que pertenece a una moto de tres ruedas, concretamente a una Piaggio MP3 530 de dos mil veintidós.

- ¿A quién pertenece? —preguntó, sonriendo al dar por hecho que ella ya lo había averiguado.

- Pues pertenece a un pobre desgraciado al que se la mangaron apenas la estrenó, porque la denuncia por robo se produjo a los pocos días de matricularse, pero lo curioso es que la moto apareció, y nadie ha vuelto a denunciar un nuevo robo.

- ¿Crees que podría ser una maniobra de despiste?

- Eso te lo dejo a ti —repuso ella, encogiéndose de hombros—. No creo que ese tipo comprara la moto y denunciara el robo para poder aducir que ya no está en sus manos.

- Pásame los datos, en cuanto salga Castillo del despacho y pueda hablar con Albuena iré a hacerle una visita.

- Si quieres te reservo un billete de AVE —propuso ella con retintín.

- ¿Qué quieres decir, acaso no vive en Madrid?

- La moto se sustrajo en Lugo, y allí se puso la denuncia.

- Puede que se trate de otra moto matriculada en el mismo momento, con números correlativos —razonó Frízer, haciendo que ella meneara la cabeza de lado a lado con rotundidad.

- Podría ser —dijo no obstante—, pero si eso fuera así, nuestra moto también se habría matriculado en Lugo, porque que resultaran matrículas consecutivas de motos iguales en diferentes provincias es como que te toque la lotería tres veces seguidas.
- No si las ha vendido el mismo concesionario.
- Tienes razón —se avino ella, pensativa—. Entonces, ¿tendremos que llamar a Lugo?
- Cántame el número, a ver si hay suerte y lo pillamos levantado. Por cierto, ¿qué edad tiene el tipo que puso la denuncia?
- A ver… nacido en el… ochenta y cuatro.

Frízer marcó el número y aguardó sonriente al comprobar que daba señal, mirando a Silvia por encima de la pantalla para no perderse detalle de lo que ella escudriñaba al ver que se disponía a aporrear las teclas con entusiasmo, como si de repente se le hubiera ocurrido algo primordial para la consecución del caso. Ella sonrió divertida al ver el respingo que dio él cuando el altavoz del móvil reverberó un claro: «*Dime, ¿cómo podo axudarche?*», en un acento gallego con manifiesto pedigrí, pero le dejó hablar, centrándose en buscar la ficha de aquel tipo. Cuando Frízer colgó, pasados apenas un par de minutos, y vio que se desinflaba en un suspiro de desaliento, se echó a reír.
- Tiene gracia —refunfuñó Frízer, sonriendo también—, le robaron la moto, pero apareció unas horas después en perfecto estado, pero sin la placa de la matrícula.
- Eso estaba mirando —aseguró ella, ladeando la pantalla para que Frízer pudiera ver lo que había encontrado—. En total, trece robos de matrícula del mismo modelo de moto en apenas tres meses, y los nueve últimos en Madrid, y desde entonces ni uno más, al menos que haya quedado constancia.
- Mucha casualidad, o este tipo piensa que somos tontos —gruñó Frízer, meneando la cabeza de arriba abajo.
- Bueno, supongo que pensaría que nadie se iba a molestar en comprobarlo. Cambiará las placas aleatoriamente dando por hecho que no podremos seguirle la pista, y si alguien lo comprueba, verá que la matrícula se corresponde con el tipo de moto, nadie en tráfico

recelaría, me parece una medida inteligente de confundir a quien pueda perseguirlo, y más si a quien intenta despistar no es a la policía, sino a tipos como Rosales.
- Pues manos a la obra —la alentó Frízer, señalando la pantalla con un brazo en alto—, a ver si puedes seguir a la moto.
- No se detuvo en todo el trayecto para cambiar la placa —repuso ella—, pero el rastro se le pierde aquí— aseguró, señalando un punto en el mapa que mostraba la pantalla—. La última cámara que registra su paso está situada en una glorieta de Colmenar Viejo, en las confluencias de la avenida de la Libertad con la calle del Estanco.
- ¿Y hacia dónde se dirigía? —preguntó Frízer, revolviéndose hacia la pantalla para situarse en el mapa.
- Circulaba por la calle del Estanco en dirección oeste, pero ya no lo registra la siguiente cámara, por lo que debió de detenerse por aquí —respondió, señalando con un dedo la zona del mapa que se mostraba.

Tras varios minutos de concienzuda indagación por entre los trazos que conformaban las callejuelas del barrio, Silvia activó la aplicación Live View de Google Maps para poder ver la zona en 3D, punteando con un dedo la pantalla para señalar una manzana en la que se observaba una oficina de correos.
- Ese tipo tuvo que detenerse en una de estas calles. No es una zona muy extensa, pero por ahí no hay cámaras, podría estar en cualquier parte.
- Una moto de esas no pasa desapercibida, podría darme una vuelta por allí, quién sabe, lo mismo la aparca en la calle.
- No lo creo, lo más probable es que la guarde en algún local de por aquí —rechazó ella, señalando una zona algo más apartada donde había varios bloques de viviendas de aspecto humilde en cuyos bajos se podía ver lo que en otros tiempos debieron de ser comercios de barrio, ahora reconvertidos en trasteros y aparcaderos privados.
- La calle Boteros —susurró Frízer, asintiendo para dar por bueno el postulado—. De todos modos, tendré que darme una vuelta y aguardar por allí, tarde o temprano tendrá que salir de su escondite, si es que en verdad anda por Colmenar Viejo y no se trata de una

maniobra de despiste, ten en cuenta que ese tipo debe de conocer bien la zona, y habrá estudiado concienzudamente todos los puntos de escape, y más aún dónde pueda haber cámaras.

Silvia iba asintiendo a las conjeturas de Frízer cuando dio un respingo al advertir que el comisario abandonaba su despacho. Ambos se irguieron en las sillas para atisbar la salida del juez Castillo, observando con atención la reacción de ambos cuando fueran a despedirse. Esto se produjo al fondo del pasillo, a la misma puerta de la calle, con un apretón de manos que no indicó más que la buena relación que había entre ambos, pero que fue suficiente para que los tranquilizara. Frízer pensaba acudir al despacho del comisario apenas desapareciera el juez, pero Albuena se le adelantó, dejando a ambos con la boca entreabierta, sin saber qué decir, aguardando con expectación un gesto que les indicara qué hacer. Albuena disipó sus dudas dando un manotazo al aire que dirigió ceñudo hacia su despacho, pero Silvia señaló la pantalla antes de ponerse en pie para ponerlo en antecedentes, y así de paso dar tiempo a que se calmara.

- ¿Cómo que trece placas robadas? —la interrumpió Albuena cuando ella intentaba explicarle lo que habían descubierto.

- Se ve que intenta despistar a Rosales de ese modo.

- Entonces, ¿pensáis que se mueve siempre en la misma moto, pero con diferentes matrículas?

- Es lo más probable —asintió Silvia—, además, las placas pertenecen a motos del mismo modelo. Si ya tiene las matrículas, no necesita robar ninguna moto, que resulta más arriesgado.

- Y eso, ¿qué te indica? —quiso saber Albuena, forzando un gesto suspicaz que les arrancó una sonrisa.

- Yo pienso que ese tipo cree que quien lo persigue no tiene capacidad para hacer ese tipo de comprobaciones, vamos, que no tiene acceso a la información de la DGT[12].

- Pues Rosales la tenía —objetó Albuena.

- Quizás este tipo no contara con eso, ¿cómo iba a imaginar que sus perseguidores se iban a colar en una comisaría de policía?

El comisario asintió entre refunfuños como quien acepta una derrota, y señaló el pasillo con un braceo imperioso. Ambos se pusieron en pie, y lo siguieron hasta el despacho, asegurándose Albuena de que la puerta quedaba bien cerrada antes de acomodarse tras su escritorio, señalando las sillas que conformaban el decorado para que tomaran asiento.

- ¿Los de la Científica han estado ya en casa de Mateo Alería? —preguntó Frízer al ver que el comisario se revolvía incómodo, sin saber por dónde comenzar.

- Sí, por eso no debéis preocuparos, además, ya he dado orden de que se vigile la casa.

- ¿Y la de Fuentelarreina?

- Esa también, el operativo se dirige hacia allí en este momento.

- ¿Qué pasa en Fuentelarreina? —preguntó Silvia, extrañada.

- Allí es donde vive la esposa de Alería con el hijo menor, el que estudia para médico forense —se apresuró a responder Frízer, lamentando haber olvidado pasarle esos datos.

- Bueno, ¿qué te ha dicho el juez? —preguntó Silvia al ver que el comisario reprobaba a Frízer con la mirada.

- Lo único que ha podido comprobar es que toda la información que se nos facilitó sobre Rosales, así como la que se le proporcionó a la Científica sobre Olivares, es falsa, como ya imaginábamos.

- Chapucera, pero efectiva —susurró Silvia, pensativa.

- No tanto —replicó el comisario—. Esa chapuza es la que nos ha puesto sobre la pista, de otro modo jamás habríamos sabido nada.

- En realidad ha sido la extraña aparición del motorista, y el hecho de que Alería lo viera frente a su casa —añadió Frízer.

- Bueno, ¿a qué ha venido el juez? —insistió Silvia.

Albuena soltó un resoplo, poniendo de manifiesto con el gesto que lo único que hacía con aquella cháchara intranscendente era dar rodeos para esquivar lo importante, un asunto farragoso que no sabía cómo encarar. Expresó la capitulación a cabeceos, y se dispuso a poner sobre la mesa a qué se enfrentaban.

- Ha venido a advertirme de que nos estamos metiendo en un asunto peligroso. —Alzó una mano para acallar la réplica de Silvia,

que había descruzado las piernas premiosamente y colocado ambas manos sobre la mesa, dispuesta a encararlo—. Ayer mismo llamó a varios ministros, y todos lo remitieron al Ministerio de Defensa.
- ¿Defensa? —explotó Silvia, incapaz de contenerse.
- Era de esperar —intentó calmarla el comisario—. Está claro que Rosales tiene formación militar, lo mismo que su lugarteniente.
- Por lo que dijo el chaval de la gasolinera, resulta evidente —añadió Frízer.
- ¿Y en Defensa qué le dijeron al juez Castillo?
- Parece ser que ya hay una investigación interna desde hace unos meses, un asunto relacionado con alguna venta de armas prohibida por acuerdos internacionales. Todo se lleva con absoluta discreción, pero ha podido averiguar alguna cosilla interesante. —Albuena se recreó unos instantes en la cara de asombro que conformaron ambos, y después deslizó una hoja de papel que había sobre la mesa, donde había anotado todos los datos que le había pasado el juez—. La venta comprendía material de equipamiento para los destacamentos de cooperación internacional, tanto los de Mali como los del Líbano, además de munición de asalto y equipos de rastreo destinado a las maniobras que la Marina realiza anualmente en Lilaste, Letonia.
- Y buena parte se perdió por el camino, ¿no? —dedujo Silvia.
- Eso es lo que parece —asintió Albuena, señalando una cantidad anotada en la hoja—. Incluso uno de los helicópteros que debía de haber acabado en Mali, y que supuestamente se estrelló en la frontera con Argelia.
- Bueno, eso se comprobaría, ¿no?, además, ¿el piloto, los pasajeros…?
- Ahí están los datos de los militares que fallecieron en aquel accidente, un teniente y dos escoltas, además del piloto, obviamente. Este tenía que haber regresado tras entregar el aparato, pero el resto de pasajeros iban a reemplazar a otros militares.
- Entonces, ¿no se recuperaron los cuerpos ni el aparato?

- Eso es lo que me ha dicho Castillo. El aparato desapareció de los radares en un lugar entre la frontera de Mali y Argelia. Los satélites detectaron una columna de humo, y allí acudió un avión de reconocimiento desde Koulikoro, pero solo se pudo confirmar el accidente desde el aire con un… Raven 11B —leyó de la hoja, donde el propio Castillo lo había garabateado.
- ¿Y eso qué es? —quiso saber Silvia, enarcando las cejas con guasa.
- Se trata de un dron no tripulado —repuso el comisario, sonriendo al ver que ella había puesto la misma cara que él cuando se lo preguntó a Castillo—. Me ha dicho que se tomaron varias fotos del área del accidente, y dados los destrozos, se dio por hecho que no hubo supervivientes.
- ¿Así de simple?, ¿sin más evidencias?, y los cuerpos, ¿nadie se planteó recuperarlos?
- Parece ser que se trata de una zona muy hostil, controlada por facciones terroristas que ya habían acudido al lugar, por lo que se decidió abandonar. Tened en cuenta que se trata de una extensión desértica inmensa, no es posible conformar un operativo de rescate en esas condiciones y en tan corto espacio de tiempo, para cuando pudieran acudir ya no quedaría nada.
- ¿Entonces? —insistió Frízer, que no terminaba de entender qué tenía que ver aquello con el caso que los ocupaba.
- La investigación que lleva Defensa se inició a raíz de una denuncia del Ejército estadounidense. Ellos detectaron en Afganistán un Tiger fabricado por Airbus, e iniciaron una investigación que los llevó hasta el Ejército español. Defensa, al tener conocimiento de esto, intuyó que podría tratarse del supuestamente estrellado, vamos, que el accidente podría haber resultado una maniobra para hacer creer que estaba fuera de combate y revenderlo en el mercado negro, en esta ocasión nada menos que a Hezbolá, que es quien lo tiene.
- ¿Y cuánto vale un aparato de esos?
- Eso mismo le he preguntado yo a Castillo —respondió riendo.
- ¡Joder! —exclamó Silvia, que andaba buscando la información en la Red—. Entre veintidós millones de dólares que vale el H-60 Black

Hawk de Sikorsky y treinta y cinco que vale el AH-64 Apache de Boeing.
- Este es un Tiger, aunque algo desfasado ya —dijo el comisario—, pero Castillo me ha asegurado que en su día debieron de costar bastante más que un Apache, cerca de treinta y cinco millones de euros, con lo que ya os podéis hacer una idea de lo que se puede llegar a pagar en el mercado negro, aunque hay muy pocas organizaciones que se puedan permitir eso, además de que carecen de capacidad para mantenerlos y repararlos, y mucho menos de acceder a la munición que necesitan, que tampoco debe de ser nada barata.
- Entonces, ¿quién los compra? —preguntó Frízer.
- Normalmente son ejércitos regulares de países hostiles, o metidos en refriegas fronterizas con sus vecinos, a los que los acuerdos internacionales tienen prohibido vender armamento precisamente para impedir que los conflictos se extiendan.
- ¿Quieres decir que ese aparato podría haber acabado en manos de… por ejemplo, Somalia, Chad, Sudán o Nigeria?
- O Hamás —añadió Silvia con sobresalto—. Ah, no, aquí pone que Hamás tiene un presupuesto estimado de entre setenta y noventa millones de dólares, vamos, que no le da para comprar helicópteros —se corrigió, atenta a lo que anunciaba su móvil.
- No, Hamás ya tiene bastantes problemas como para meterse en esos enredos —convino el comisario—, esto atañe a organizaciones mucho más grandes.
- ¿Y qué pinta David Alería en todo esto? —se preguntó Frízer, intentando reconducir la investigación hacia un terreno más pragmático.
- Lo único que se me ocurre es que Rosales y sus compinches piensen que ese joven pueda saber algo, y quieran silenciarlo —conjeturó Silvia.
- Si supiera algo ya lo habría denunciado, de todos modos, ¿qué cojones iba a saber un mocoso de esos tejemanejes? —rechazó el comisario.

- Es cierto —se avino ella, mirando a Frízer a los ojos para ver qué opinaba—, ¿qué iba a saber un chaval de veinte años de todo eso?, además, ese joven desapareció hace cinco años, y el helicóptero se accidentó en octubre del veintidós.
- Lo único que se me ocurre es que el tipo que vio Alería frente a su casa no sea su hijo, sino otro militar, puede que alguien implicado en esa corruptela que se haya echado atrás, o que sea demasiado ambicioso.
- O alguien con quien no quieran compartir el botín —añadió el comisario.
- Entonces, quizás lo mejor sea que abandonemos la búsqueda, total, si no se trata de ese joven, cuanto antes le abramos los ojos a su padre, tanto mejor para toda la familia —acompañó Frízer a un suspiro derrotista.
- Y más seguros estarán —añadió ella—, porque si en verdad se trata de un caso de esos de mucha pasta, silenciarán sin contemplaciones a todo el que se les ponga por delante, incluidos nosotros.
- Seguid buscando a ese joven, pero con cuidado, no vaya a ser que nosotros estemos persiguiendo a un fantasma y Rosales a un energúmeno peligroso.
- ¿Y si diéramos con él y no se tratara de David Alería? —quiso saber Silvia, mirando con preocupación la reacción de Frízer.
- Ese joven lleva cinco años muerto —sentenció el comisario con rotundidad, si bien después soltó un resoplo para excusarse, además de lamentar sus propias palabras.
- Bueno, pues vamos a ver si damos con el de la moto, ¿quién sabe?, lo mismo nos aclara qué está pasando.

Albuena asintió, señalando la puerta a cabeceos, y después, una vez se encontró a solas de nuevo en su despacho, llamó a Castillo para pedirle que intentara facilitarles acceso a los informes de Defensa, con los que ya maquinaba hacer un intercambio de cromos.

# 13

Mientras Silvia acudía a su guarida, Frízer bajó al garaje para coger el archivador que le había entregado la esposa de Mateo Alería. El destello de los intermitentes cuando pasó el pie bajo el parachoques trasero anunció que el vehículo se había desbloqueado, reflejando con ello que lo había dejado cerrado cuando lo aparcó a primera hora, sin embargo, apenas terminó de ascender el portón comprobó con estupor que el archivador no se encontraba donde lo había dejado. Al primer momento de confusión siguieron unos segundos de ira, los que tardó en darse cuenta de que habían menospreciado las capacidades de Rosales y sus compinches. Recorrió nervioso todo el garaje, agachándose incluso para mirar por debajo de los vehículos, reacción esta que llamó la atención de uno de los agentes que vigilaban la entrada, un tipo rechoncho que seguramente andaba más preocupado por su jubilación que por vigilar el garaje.

- Señor, ¿se le ha perdido algo? —le preguntó con cierta rechifla.

- ¿Quién ha entrado o salido del garaje en la última media hora? —le rugió Frízer.

El agente se encogió de hombros, confundido, y se acercó para observar el interior del coche al ver que el portón se encontraba abierto.

- Solo ha salido la patrulla —le dijo, sorprendido al ver que en el maletero no había absolutamente nada.

- ¿Y no ha entrado nadie, en algún vehículo o a pie?

- Bueno, un par de agentes se marcharon hace un rato, pero iban a pie, salieron por la puerta del garaje.

- ¿Llevaban un archivador?

- Pues no sé, pero uno de ellos llevaba una caja grande, y el inspector llevaba un maletín —expuso al tiempo que acompañaba su alocución con un vaivén de las manos.

- ¿Y cómo es que nadie les dio el alto? —gritó Frízer, haciendo que varios agentes de los que había por los alrededores acudieran alarmados.

- Pasaron los controles, señor, y eran compañeros de la Brigada, ¿por qué habríamos de pararlos?

Frízer acudió a la carrera a los controles de salida, donde un torno impedía la salida de caminantes y una puerta automática la de vehículos, la misma que él activaba con sus credenciales cada vez que acudía al garaje.

- ¿Cómo es posible que pasaran el torno sin la conveniente acreditación?

- Se acreditaron, sin duda, además, el del maletín era uno de los inspectores de la Brigada —replicó el agente con manifiesto recelo, sorprendido por una actitud que le estaba resultando sumamente extraña, tanto que alzó una mano hacia su superior para que acudiera, pese a que el hombre, un sargento de aspecto hercúleo, ya se acercaba, alertado por la inaudita actitud de Frízer.

- ¿Qué ocurre? —preguntó el sargento cuando estuvo ante él, llevándose una mano a la sien para saludarlo respetuosamente en cuanto reconoció en él al nuevo inspector de la Brigada.

- Alguien ha entrado en el garaje y se ha llevado de mi coche las pruebas del caso en el que estoy trabajando.

- No debe preocuparse, señor, ha sido el inspector Rosales —irrumpió el agente, alzando una mano hacia el sargento para que Frízer no dudara de que le hablaba a él.

Frízer soltó un resuello que hizo que ambos hombres recularan como si hubiera amagado darles un bofetón.

- Rosales falleció hace unos meses, ¿es que aún no te has enterado? —le dijo el sargento a su compañero, sonriendo para disculparlo con una condescendencia tan irrespetuosa que Frízer se vio obligado a censurarlo, dejándolo con las cejas contraídas en una mueca de asombro.

- Lo siento, no tenía ni idea, pero habría jurado que se trataba del inspector Rosales —barbulló el agente, ajeno a la pugna de sus superiores.

- Vamos a ver lo que han grabado las cámaras —ordenó Frízer, intentando insuflarse calma con un largo suspiro.

El sargento asintió, y desapareció por donde había venido, dejando al agente frente a Frízer, sin saber qué hacer. Un cabeceo del inspector bastó para que se apresurara hacia la garita de entrada, donde se encontraban los monitores. Allí los recibió otra agente, ésta más joven, tanto que Frízer agradeció que se encontrara al mando de los cachivaches, presuponiendo que esa juventud le otorgaba mayor conocimiento que el que podía tener el tonto que se apostaba a la puerta con los brazos sobre la panza.

- ¡Señor! —dijo la joven apenas lo vio, brincando de la silla en la que se encontraba para cuadrarse.
- ¿Has visto a los dos tipos que han salido hace un rato a pie?
- Sí, claro, señor, son los únicos que han salido del garaje desde que he comenzado mi guardia.
- ¿Y cómo han logrado pasar el control?
- Con la acreditación del inspector —le dijo, señalando la pantalla sobre la que un instante después se apresuraba a mostrarle los datos de la falsa ficha de Rosales—. Según veo, se trata del inspector Rosales.
- Muéstrame las imágenes.
- Claro, señor.

A la joven le bastaron unos tecleos para mostrar la secuencia de imágenes en las que se podía observar cómo dos tipos, uno de ellos uniformado, abandonaban el garaje. Frízer no tuvo duda alguna de que el del maletín era el mismo tipo que se había llevado el dosier del archivo.

- O sea que la acreditación de Rosales todavía está activa —masculló con enojo.
- Debía estar dada de baja —reconoció la joven tras el sobresalto que le causó observar en el monitor que el inspector titular de la tarjeta de acceso constaba como fallecido. Tras unas comprobaciones, se quedó congelada, llevando la mirada lentamente hacia Frízer—. No es posible, pero si no está activa.
- Muéstrame las imágenes anteriores, desde que entraron al garaje.

La joven asintió, y se dispuso a ello, tecleando con un desenvolvimiento que apaciguó la manifiesta inquietud que asaltaba

a Frízer. En menos de un minuto tenían ante sí la secuencia en la que se podía observar cómo Rosales y su acompañante entraban al garaje como Pedro por su casa tras desbloquear el torno con un pequeño aparato que uno de ellos alzó hacia el receptor como si quisiera mostrárselo a la cámara para regodearse en la cómoda intrusión. Después pudieron observar, no sin cierto asombro, cómo acercaban el aparato hacia el vehículo de Frízer y este, al igual que los que había aparcados a sus flancos, destellaban los intermitentes como por arte de magia.

- Buen chico —musitó Frízer al ver que Rosales abría el portón con la mano—. Seguramente no imaginaba que el portón es automático.
- ¿Qué es lo que se llevan? —preguntó la joven.
- Son las pruebas de un caso en el que estoy trabajando.
- Vaya, espero que no le birlen el caso —dijo, dando por hecho que eso era lo que lo alarmaba.
- No te preocupes, este tipo está muerto —se burló Frízer, dejándola con la mandíbula colgando.

Frízer pensó acudir al despacho del comisario para contarle lo ocurrido y pedirle que enviara a un equipo de la Científica para que se pasara por el garaje para analizar las huellas de la cerradura, pero entendió que con las imágenes era suficiente evidencia de que quien se había llevado el archivador era Rosales, y muy probablemente Olivares su acompañante, y solicitó a la joven agente que le enviara las imágenes al comisario. Una vez ejecutada la orden, le pidió que le mostrara las imágenes de la calle, dando por hecho que habían huido en el mismo todoterreno con el que se habían movido el día anterior por los alrededores de la casa de Mateo Alería y la gasolinera cercana.

- ¿Una moto? —clamó Frízer con desconcierto al ver que ambos habían abandonado el lugar en una motocicleta de gran cilindrada que habían aparcado en la manzana contigua, justo dos metros antes de que la zona se saliera del plano de la cámara.
- Eso parece —susurró la joven por decir algo, dando por hecho, por los refunfuños del inspector, que aquello trastocaba planes importantes, y temerosa de que las consecuencias la salpicaran.

- Buen trabajo —acompañó Frízer a una ligera sacudida en la espalda para que se quedara tranquila.

La agente se quedó observando cómo Frízer desaparecía a paso ligero hacia el ascensor, mirando después a su compañero para desinflarse en un suspiro de alivio apenas se cerraron las puertas y lo perdió de vista. Poco después, al ver que su compañero se acercaba al coche de Frízer con intención de fisgonear su interior, le soltó un rugido para que no se le ocurriera tocarlo, y mucho menos cerrar el portón. El hombre dio tal respingo que acabaron los dos riendo, y el sargento asomando al pasillo para ver qué diablos pasaba ahora. Frízer oyó las risas cuando ya llegaba a la planta baja, y sonrió también, desdibujando el rictus de inmediato al caer en la cuenta de que se había dejado el coche abierto. Cuando alcanzó el despacho del comisario, este ya observaba las imágenes, revolviéndose en la silla como una serpiente.

- ¡Me cago en la madre que los parió! —gruñó al ver que Frízer asomaba a la puerta—, ¿cómo es posible que se salten los controles de esa manera?

- ¿Y has visto cómo han abierto el coche?

- Eso es relativamente fácil, pero no instantáneo, hay que tener las herramientas adecuadas y tiempo, vamos, que ya habían copiado los datos de tu coche con anterioridad.

- Entonces, ¿cómo es posible que se hayan abierto los otros dos que había al lado?

- ¡Y el mío! —gruñó el comisario al caer en la cuenta—. La madre que los parió, esta gente tiene mucha mano, demasiada, ya puedes andarte con cuidado.

- Se han largado en una moto, tan campantes.

- ¿Una moto? —remedó el comisario, extrañado, presto a sacar su móvil para mostrarle las imágenes que tomó desde la ventana del despacho del juez Castillo la tarde anterior—. Ayer, cuando iba a los juzgados, tuve la sensación de que me seguía un tipo extraño, enfundado en un traje de cuero, pese al calor que hacía, pero después vino otro a buscarlo en una moto y se largaron.

Frízer alternó la mirada en varias ocasiones entre la imagen que le mostraba el comisario en su móvil y las que se podían ver en la cámara del exterior de la comisaría que se proyectaban en el terminal, consensuando ambos que el tipo que acompañaba a Rosales podría ser el mismo que siguió al comisario, y la moto del mismo modelo, si no la misma, pues hasta en el color coincidían.

- Lo malo es que no se puede apreciar la matrícula, estaba demasiado lejos, además, no me dio tiempo a sacarle más que una.

- Espera un momento —dijo Frízer, señalando el teclado para ver si le permitía utilizar su terminal.

El comisario se apartó, e incluso le ofreció su silla, permaneciendo él de pie tras el inspector para observar el resultado de sus pesquisas. Poco tardó en averiguar Frízer que la matrícula de la moto en la que había huido Rosales pertenecía a Inversys, la misma empresa que era propietaria del Audi que habían captado las cámaras de la gasolinera.

- Bien —dijo el comisario en cuanto Frízer se levantó para devolverle su asiento—, averigua quién está detrás de esa empresa, y a qué se dedican.

- No creo que eso nos lleve a ninguna parte —musitó Frízer con desaliento.

- Ya sé que si tuviera algo que ver con los chanchullos de esa gente no tendría los vehículos a su nombre, pero quién sabe…

- Silvia estaba en ello, puede que ya haya averiguado a qué se dedica esa empresa.

- Y bien, ¿a qué esperas? —lo alentó el comisario, señalando el teléfono con los ojos.

Frízer descolgó y, tras activar el altavoz para que Albuena pudiera escuchar la conversación, marcó la extensión que lo ponía en contacto con el despacho de Silvia, que respondió al primer tono, ávida por averiguar qué diablos hacía Frízer encerrado en el despacho del comisario, una circunstancia que había corrido por la comisaría como un reguero de pólvora, pues a nadie le había pasado desapercibido el rugido del comisario cuando vio las imágenes de Rosales profanando el garaje.

- ¡Silvia! —proclamó apenas oyó su voz al otro lado de la línea—, ¿has averiguado ya a qué se dedica la empresa Inversys?
- ¿Acaso lo dudabas? —repuso ella.
- ¡Pues al grano! —la apremió el comisario, sonriendo al imaginar el respingo que habría dado.
- Está radicada en Andorra, y tiene un despachito aquí, en una de las torres de Chamartín, y su actividad principal es la gestión de inversiones en el extranjero, pero también se dedican a alquilar coches de lujo, avionetas, jets y todo tipo de excentricidades para quien pueda pagarlas.
- Y por lo que hemos averiguado, también tienen motos —le dijo Frízer.
- Supongo que alquilarán todo lo que sea alquilable, ya sabes, la pasta es la pasta, y esa oficinilla de Chamartín hay que pagarla.
- Y el Audi, ¿quién se lo alquiló?
- Esa información es mejor obtenerla en persona, con la placa por delante.
- Claro —admitió Frízer.
- Y hay otra cosilla interesante. No creo que tenga ninguna relación, pero nunca se sabe… ya he colocado todos los datos en el informe.
- ¿Qué informe? —preguntó el comisario.
- El cochazo del fantasma, ya sabéis la contraseña.
- Enseguida adjunto lo que acaba de ocurrir en el garaje, no te lo pierdas, que te vas a caer de espaldas —le dijo Frízer, sonriendo al comisario, que asintió para compartir la mofa.

Albuena se apresuró a abrir el informe, donde encontraron lo que Silvia acababa de anotar. Ambos leyeron detenidamente lo expuesto, mirándose después con perplejidad.
- Mucha casualidad, ¿no? —musitó Frízer.
- Anda, habla con esa mujer, puede que ella sepa algo —pidió el comisario—. Sí, ahora —apresuró al ver que Frízer dudaba, señalando el teléfono.

Frízer sacó su móvil y marcó el número personal de Nadia Percal, que respondió con manifiesto anhelo al ver que se trataba del inspector. Tras un breve interrogatorio, ella confirmó que Inversys

llevaba unos meses instalada en un despacho de la misma planta en la que trabajaba ella.

- ¿Y sabe a qué se dedican?

- Creo que a gestión de inversiones, pero no tenemos ninguna relación con ellos. ¿Tiene eso algo que ver con la desaparición de mi hijo?

Frízer dudó si contarle lo ocurrido, y se quedó mirando al comisario, que asintió como si le hubiera leído el pensamiento.

- Acaban de robarnos el archivador que me llevé ayer de su casa, y hemos podido averiguar que los ladrones han huido en una moto alquilada a Inversys.

- ¡Dios mío!, ¿y cómo ha podido ocurrir eso?

- Estamos en ello —le dijo Frízer, observando los gestos del comisario, que le hacía señas para que zanjara la conversación—. Supongo que ya sabrá que hemos puesto vigilancia en su casa.

- Sí, esta mañana vinieron unos agentes a advertirnos.

- Muy bien, y no se preocupe, si hay alguna novedad se lo haremos saber de inmediato.

Frízer colgó sin siquiera despedirse, temeroso de que la mujer emprendiera la sarta de reproches que merecían, y después se quedó mirando al comisario, sin saber qué decir. Como Albuena tampoco le decía nada, se atrevió a preguntarle por qué había decidido confiarle aquello a Nadia Percal.

- Voy a pedir ahora mismo una orden para pinchar los teléfonos de ambas oficinas, Castillo me ha dicho que no debería reparar en gastos, y eso es lo que voy a hacer.

- ¿Crees que esa mujer se va a atrever a acudir a Inversys?

- Ella no, pero es probable que lo haga su marido, ¿y quién sabe?, lo mismo quien aparece es su hijo, si es que en verdad está vivo. — Albuena le dedicó una mirada pausada, y después alzó un dedo hasta la altura de sus ojos, sopesando una idea que acababa de emerger repentinamente de entre el baturrillo que embrollaba su cabeza en ese momento, donde iba arrumbando el cúmulo de despropósitos que se iban sucediendo—. No creo que sea una casualidad el hecho de que esa empresa se haya instalado

justamente al lado del lugar de trabajo de Nadia Percal. No me cabe la menor duda de que hay alguna relación, y lo más probable es que la razón sea vigilarla por si aparece su hijo o se pone en contacto con ella.

- Si eso es así, también tendrán vigilada su casa, y probablemente la de su suegra.
- No me cabe la menor duda.
- Entonces, ¿das por hecho que ese joven continúa con vida?
- No mientras no aparezcan pruebas fehacientes de lo contrario, pero está claro que esa gente tiene la sospecha de que anda por ahí, de otro modo no estarían buscándolo con tanto ahínco.
- ¿Y si descubrieran que los vigilamos?
- No creo que se atrevan a atentar contra Nadia Percal en modo alguno, no obstante, nos mantendremos vigilantes.

A Frízer le pareció una maniobra muy arriesgada, pero dio por hecho que otros departamentos se encargarían de gestionar aquello, sobre todo ahora que sabía que Defensa tenía abierta una investigación.

# 14

Frízer dudó qué hacer. Estaba convencido de que Mateo Alería llamaría a la comisaría más pronto que tarde para pedirle explicaciones por el nuevo fiasco, pero entendió que su trabajo no era inventar excusas para redimir al Departamento, y decidió dejarle esa tarea al comisario. Tras unos titubeos de indecisión, resolvió que lo más perentorio era dar una vuelta por la zona de Colmenar Viejo para ver si había suerte y se topaba con el tipo de la moto, o al menos encontrar a algún vecino chismoso que hubiera visto algo inusual. Cuando bajó al garaje encontró su coche tal y como lo había dejado, con el portón abierto, una circunstancia que llevó sus pensamientos hacia la ficha de Rosales, donde debían encontrarse registradas sus huellas dactilares, dando por hecho que serían tan falsas como el resto de lo que sobre ese tipo constaba en los archivos. Entonces se le ocurrió comprobarlo, no fuera a ser que aquel desliz los llevara a averiguar quién era en verdad y pudieran apresarlo fácilmente. Levantó la tapa de la rueda de repuesto y sacó el bolso en el que guardaba, además del chaleco, las esposas reglamentarias, unos grilletes de plástico y una funda de repuesto para el arma, los utensilios necesarios para las pruebas más elementales, que jamás había utilizado, y a los que por fin iba a darles una utilidad. De allí extrajo la linternilla y una pegatina de las que contenían el reactivo con el que pensaba tomar la huella del portón, celebrando su buena suerte al verlo impoluto, pues la parte trasera del coche se embarraba apenas caían cuatro gotas de lluvia, y tras la tormenta de días atrás se había visto obligado a llevarlo al lavadero, providencia esta que iba a permitir que la huella quedara reflejada con tanta claridad, de modo que bastó un pequeño enfoque con la luz ultravioleta para advertir que el pulgar de Rosales permanecía impreso sobre la pintura como si hubiera llevado los dedos pringados de mermelada. Colocar la pegatina sobre la huella y que el reactivo hiciera efecto era cuestión de unos segundos, algunos más comprobar que el resultado fuera óptimo. Cuando apareció con la pegatina en la mano ante el escritorio de Silvia, aún

llevaba pintada en la cara la sonrisa de tonto que tanto le gustaba a ella.
- No te lo vas a creer —le dijo con entusiasmo mientras se dejaba caer sobre una silla, ofreciéndole la pegatina con el reactivo.
- ¿Quién es el dueño? —preguntó ella tras arrancársela de la mano, mirándola al trasluz.
- Nada menos que de Rosales. —Al ver que ella enarcaba las cejas con asombro, se acodó sobre la mesa y le señaló el monitor con los ojos—. Se llevó el archivador, pero cometió el desliz de abrir el portón con la mano.
- ¿Rosales fue tan estúpido? —receló ella, aunque presta a pasar la pegatina por el escáner.

Ambos aguardaron con expectación el resultado, que se demoró unos segundos más de lo habitual, hasta que cesó el tintineo que reverberaba el altavoz para reproducir en su lugar el habitual sonido que solía acompañar a los desastres informáticos.
- ¿Cómo que no tenemos autorización? —bramó Frízer al ver la leyenda de la pantalla que aseguraba esa circunstancia.
- Esto solo ocurre cuando se trata de personal diplomático, políticos de alto rango o militares —susurró ella, meneando la cabeza de arriba abajo como si se balanceara en una mecedora.

Silvia permaneció absorta en la pantalla durante unos segundos, pensativa, hasta que un resoplo de impaciencia de él la trajo de nuevo al despacho.
- ¿Qué? —azuzó a golpe de mentón para que soltara qué pasaba por su cabeza, esperanzado en que hubiera caído en la cuenta de algo importante.
- Está claro que se trata de personal militar, o que lo fue, pero eso no puede impedir que el comisario averigüe de quién se trata.
- Bien, ¿te encargas tú?, yo voy a darme una vuelta por Colmenar para echar una ojeada por el lugar en el que desapareció el de la moto.

Silvia asintió a regañadientes, pero lo dejó marchar, confiada en que un golpe de suerte le permitiera averiguar quién era en realidad el propietario de aquella huella, aunque con serias dudas de poder

alcanzar el objetivo. Frízer observó desde el ascensor cómo se internaba en el despacho del comisario, una circunstancia que le provocó cierto enardecimiento, imaginando al viejo sabueso al teléfono con el juez Castillo para pedirle que agilizara los trámites, que fue lo que imaginó que debería pasar, pues tenía la certeza de que una identidad protegida no se desvelaba sin una poderosa razón, y siempre con absoluta discreción y una autorización judicial, además, si se trataba de un protegido judicial, mejor olvidarse del caso.

Cuando se subió al coche, lo primero que vio en la pantalla al activar el contacto fue la cara de su hermano, ya que el vehículo tenía la buena costumbre de mostrar la imagen de contacto de la última llamada, por lo general la de su madre. Arrancó y enfiló la rampa del garaje, impaciente por salir a la calle para llamarlo, pero apenas pasó el control, el comisario reemplazó a su hermano en la pantalla.

- Señor —respondió con cautela, como si esperara una reprimenda.
- Los de la Científica acaban de pasarme el informe que esperábamos.
- ¿El de casa de los Alería?
- Bueno, el de la casa de su madre, y también el de la gasolinera, que es el que nos interesa.
- ¿Pudieron sacar alguna huella?

Frízer preguntó con tanta avidez que el comisario se vio obligado a aplacar sus expectativas con un ligero gruñido.

- Había varias en el tirador de un refrigerador, pero solo una que no se ha podido identificar.
- Y resulta que no tenemos autorización, ¿me equivoco?
- Así es, pero no coincide en nada con la que me acaba de pasar Silvia, esta huella es totalmente diferente.
- La de mi coche pertenece a Rosales, eso está claro, pero la del expendedor de bebidas tiene que ser de Olivares, eso es al menos lo que aseguró el chaval de la gasolinera.
- Bien, voy a llamar a Castillo, a ver si él puede descubrir quién es esa gente. Llámame si logras averiguar algo del tipo ese de la moto,

Silvia me ha dicho que vas hacia Colmenar en su busca.
- Sí, y después pensaba hacer una visita a Mateo Alería, quiero que me diga qué diablos había en ese archivador que interesaba tanto a esa gente.
- Bien, pero ándate con cuidado, si esos tipos se vieran acosados…

Frízer se despidió rápidamente al ver que tenía una llamada en espera, a la que dio paso con entusiasmo cuando la pantalla reflejó que se trataba de su hermano, enfilando ya la avenida para dirigirse hacia el norte.
- Paul, ¿ya has llegado?
- Sí, acabo de aterrizar en Manises, ahora estoy saliendo del aeropuerto, pero ya he conseguido coche para ir a Valencia, y también he logrado encontrar un Blablacar que va para Madrid esta tarde.
- Entonces, ¿cuándo llegas?
- Si todo va bien, estaré allí a eso de las diez, espero que no se te haga muy tarde.

Frízer lanzó un vistazo maquinal hacia el reloj del salpicadero, lamentando que mediara ya la mañana. Cuando le dijo a su hermano que tenía que cortar, Paul lo imaginó en plena persecución de algún delincuente, ya que el ruido del motor reverberaba sus rugidos por el altavoz con bastante claridad, y le preguntó si estaba investigando algo interesante. Durante un instante sintió la tentación de compartir con él la emoción que le causaba todo cuanto estaba ocurriendo con el caso Alería, pero la cordura se impuso apenas recordó que Paul tenía la misma edad que David Alería cuando este desapareció, y lo conminó a que lo llamara antes de llegar a la ciudad para que él fuera a su encuentro, lamentando haberlo dejado contratar un coche compartido. Cuando al fin se despidió, se quedó pensando en David Alería, intentando imaginar cómo sería ahora. Mientras circulaba por la autopista no paraba de mirar a cuantos motoristas se cruzaban en su camino, pero ni una de las motocicletas que vio tenía tres ruedas, además, todos llevaban casco, un accesorio que impedía saber siquiera la edad de los conductores.

El sol comenzaba a castigar con fuerza los cristales del coche cuando llegó a las inmediaciones de Colmenar Viejo. Se avecinaba otra tarde de bochorno, pero bajo la protección del aire acondicionado del coche la situación se veía de un modo más amable. Avanzó despacio por donde le indicaba el navegador, hasta que se encontró en una glorieta que lo obligó a detenerse para ceder el paso a la caravana de vehículos que circulaba perpendicularmente, supuso que camino de alguna circunvalación. Enseguida reconoció el lugar que había visto en Google Maps, aunque el trasiego constante de vehículos le daba un aspecto muy diferente, ya que las imágenes que mostraba la aplicación se habían tomado cuando aquello parecía un paraje desértico, y ahora, pese a la hora vespertina y el hecho de que estuvieran en pleno agosto, no había ni sitio donde aparcar. Esa circunstancia lo llevó a callejear por las intrincadas callejuelas del barrio, mirando a un lado y otro en busca de una moto de tres ruedas, aunque sin mucha esperanza de encontrar alguna, y mucho menos la que supuestamente conducía David Alería. En algunos callejones pudo ver antiguos locales ya en desuso, la mayoría con persianas herrumbrosas que lo transportaron a su infancia, cuando las tiendas de souvenirs que poblaban los paseos de la playa aún mantenían el aspecto sesentero con el que nacieron, y que perdieron en cuanto dejaron de pertenecer a los lugareños para caer en manos de las franquicias que las gestionaban ahora. Imaginó que allí, que no contaban con el auge del turismo, la mayoría de los propietarios actuales de aquellos locales que se anunciaban como sastrerías, ultramarinos, zapaterías, etc., les daban una utilidad más actual y rentable, pero estaban cerradas a cal y canto, por lo que no tuvo más remedio que dar rienda suelta a su imaginación, recreándolas llenas de trastos y vehículos. De repente, al doblar una esquina, pudo ver que a uno de aquellos locales asomaba un joven, y detuvo el coche de un frenazo. El muchacho se retiró de inmediato como si lo hubiera sorprendido fisgando, pero enseguida sucumbió a la curiosidad, y volvió a asomarse a la puerta, en esta ocasión acompañado por otros dos chavales, que se quedaron mirándolo extrañados. Uno de ellos, al ver que bajaba la

ventanilla para hablarles, señaló con un brazo en alto hacia el lugar por donde había venido.
- Más allá no hay salida, tendrá que dar la vuelta —le explicó.
- No voy a ningún sitio en particular —le dijo Frízer tras descender del coche para acercarse—. En realidad estoy buscando una moto de tres ruedas.
- ¿Una moto de tres ruedas? —remedó, sorprendido.
- Sí, una de esas que tienen dos ruedas paralelas delante.
- Por aquí se ven pocas de esas —le dijo uno de ellos mientras los otros dos compartían el gesto de extrañeza que aún conformaba su amigo.
- La que busco puede ser una Piaggio… —Sacó su móvil para consultar sus notas, gesto que aprovechó para dejar traslucir la placa, observando subrepticiamente la reacción de los chavales cuando vieran que era policía—. Piaggio MP3 530 de color negro —dijo mientras barría sus miradas de un vistazo para escrutar su reacción, que advirtió festiva.
- Como no sea la del raro ese… —dijo uno de los jóvenes, mirando a sus colegas.
- Es negra —confirmó otro de ellos—, pero no sé si será ese modelo, yo solo me fijo en las de dos ruedas, que están mucho más guapas.
- ¿Por qué lo busca?, ¿ha cometido algún delito? —preguntó el que aún no había abierto la boca, solapándose los tres en sus intervenciones.
- No, qué va —rechazó riendo—, es que fue testigo de un robo hace un tiempo, y hemos perdido sus datos de contacto. Sabemos que vivía por aquí, por eso andaba dando una vuelta, por si lo veía con la moto.

Frízer advirtió con regocijo el modo en que se quedaban mirándolo, a punto de explotar de la risa, contenida sin duda para no afrentarlo. Por fortuna, parecieron entender que no podía darles más explicaciones que aquella patraña que acababa de improvisar, y se aprestaron con entusiasmo a sus demandas.
- Ahí a la vuelta, en la calle Boteros, vive un tipo raro que va y viene con una moto de tres ruedas, pero no creo que sea el que busca.

- ¿Por qué no crees que pueda ser él?
- No sé… —musitó, encogiéndose de hombros—, no parece que sea un delincuente, aunque nunca habla con nadie, y siempre va solo.
- El otro día lo vi en el súper, pero no me fijé en qué compraba.
- Vaya, ese habría sido un dato interesante —le vaciló Frízer.
- Solo lo hemos visto alguna vez salir del local donde guarda la moto, y a veces regresar, ya tarde, pero no sabemos en qué piso vive, ni dónde curra ni nada.
- ¿Y qué edad creéis que puede tener ese tipo al que os referís?

Los tres jóvenes compartieron una mirada, asintiendo como si se hubieran puesto de acuerdo mentalmente.

- Veintitantos —repuso uno de ellos como respuesta al inquiridor cabeceo que profirió Frízer, haciendo que los otros dos sacudieran la cabeza de arriba abajo como marionetas.
- ¿Veinticinco, veintiséis…?
- Más o menos —asintieron al unísono.
- ¿Y cómo suele ir vestido?
- Yo siempre lo he visto con el mono de la moto —respondió uno de ellos, haciendo que volvieran a asentir unánimemente.
- Bueno, el día que lo vi en el súper llevaba ropa normal.
- ¿Vaqueros?, ¿tipo pijo, macarra, informal…?
- No, pijo no, más bien normal… pantalones vaqueros y un niqui verde, pero en las *zapas* no me fijé. Lo reconocí por la moto, porque nunca lo había visto sin el casco.
- ¿Y tatuajes?
- No, ya le digo que siempre lo hemos visto con el mono de la moto.
- No me fijé —reaccionó el que lo había visto en el súper a una mirada de Frízer.
- ¿Y decís que guarda la moto por aquí?
- Sí, ahí a la vuelta, en un bajo de la calle Boteros.

El joven abandonó el refugio del zaguán y se apresuró hasta la esquina más cercana, indicándole con un brazo en alto el local al que se refería. Frízer siguió con la mirada el punto al que señalaba, un antiguo negocio de fachada abandonada bajo un edificio de tres plantas, tapizado de carteles y pintadas.

- ¿Y no sabéis dónde vive? —insistió Frízer, que arrugó los labios al ver que los tres meneaban la cabeza de lado a lado.
- Ni idea, pero tiene que ser en el mismo edificio.
- Seguro que los vecinos saben algo.
- Si quiere podemos llamarle si lo vemos, tarde o temprano tendrá que aparecer.
- Eso sería estupendo —repuso Frízer, presto a sacar una tarjeta donde apuntarles su número privado. Después se la tendió, asintiendo agradecido, y alzó un brazo para despedirse antes de dirigirse hacia el coche.

Los muchachos se quedaron observándolo, tan absortos que brincaron sobresaltados cuando se dio la vuelta para encararlos de nuevo.
- ¿Tiene una foto? —bramaron con entusiasmo al ver que rebuscaba en su móvil.
- Es de hace unos cinco años, espero que no haya cambiado mucho —les dijo Frízer, colocando el móvil entre ellos para que pudieran ver una de las fotografías que le había pasado el padre de David Alería.
- Podría ser, sí —certificaron los tres tras compartir una mirada de complicidad, pese a que solamente el que se lo había cruzado en el supermercado aseguraba haberlo visto sin casco.
- Aunque, no sé —disintió este—, el de la moto parece más cachas.
- Joder, tío, si han pasado cinco años…
- Es verdad —convino el otro—, después de tanto tiempo… además, ahora lleva el pelo rapado.
- Será para que le entre la cabezota en el casco —dijo otro, haciendo que rieran.

Frízer también soltó unas risotadas para congraciarse; les dio las gracias por su disposición y se subió al coche, dispuesto a acudir a un aparcamiento para poder fisgonear un rato a pie por la calle Boteros, que no era más que un callejón estrecho, y también sombrío, por lo que estaba bien protegido de la solanera. En el mapa del navegador pudo ver que a menos de cincuenta metros del callejón había un aparcamiento, y se dirigió hacia allí, ojeando los edificios contiguos a través del parabrisas. Cuando enfilaba el

aparcamiento, contento al ver que, aunque a pleno sol, había varios sitios libres, vio que una moto de gran cilindrada se apostaba frente a una tapia entre dos coches, a la sombra del único árbol que había por la zona, y se quedó observando al tipo que la conducía, cuya actitud le resultó extraña, ya que hablaba por teléfono sin quitarse el casco, más aún cuando advirtió que la moto era similar a la que había utilizado Rosales para huir del aparcamiento tras birlarles el archivador de Mateo Alería. Mientras aparcaba lo observó a través del retrovisor, pero antes de que pudiera abandonar el vehículo, el tipo se guardó el teléfono y abandonó el aparcamiento a toda prisa, dejándolo cariacontecido, lamentando no haberse interpuesto en su camino para poder comprobar si se trataba de quien su imaginación se empeñaba en recrear abandonando la comisaría a toda pastilla. Como ya no podía hacer otra cosa que lamentarse, pues ni siquiera había reparado en la matrícula, decidió olvidarse del motero y dirigirse hacia el callejón, otorgando visos fantasiosos a sus propias elucubraciones de modo interesado para centrarse en otras cuestiones más pragmáticas. Al llegar, aunque atisbó concienzudamente la cristalera del local con una mano por visera, no pudo ver más que reflejos y oscuridad. Después se alejó del frontispicio para observar la parte alta del edificio, a donde asomaban balcones, y también una terraza que unía las construcciones colindantes, pensando que con un buen salto habría bastado para encaramarse hasta la balconada del primer piso, incluso una de las canaletas de los aliviaderos del tejado parecía puesta ex profeso para poder allanar la terraza con comodidad. Por los alrededores solo se veía un portal, por lo que dio por hecho que al resto de edificios se accedía por otra calle. «Sin duda, si alguien quiere pasar desapercibido, este es un lugar inmejorable», se dijo, acompañando sus pensamientos con un largo suspiro de desaliento. Durante más de media hora deambuló por los alrededores con la esperanza de que apareciera el de la moto o algún vecino que pudiera darle alguna seña, pero se le echó encima la hora de comer, y por allí no apareció nadie. Pensó llamar a Albuena para darle novedades, pero como no tenía nada que contarle, concluyó que lo mejor era comer por allí cerca y regresar después, así tenía el resto

de la tarde libre para acudir a casa de Mateo Alería, con quien pensaba entrevistarse antes de que su hermano llegara a Madrid, hora a la que tenía pensado abandonarlo todo y olvidar lo acontecido hasta encontrar otros momentos menos perentorios para sus intereses personales. Antes de regresar a por el coche dio una última vuelta por los alrededores en busca de algún local en el que pudiera comer algo, pero solo pudo encontrar una cafetería en la plaza del ayuntamiento a la que no llegó ni a entrar. Cuando regresó al aparcamiento advirtió que dos tipos abandonaban el lugar con una extraña premura, serpenteando entre los vehículos con la cabeza gacha, y se acercó rápidamente hasta su coche con un mal presagio. Cuando comprobó que todo estaba en orden, con las ruedas intactas y las puertas cerradas, se sintió como un tonto que ve acechanzas y conspiraciones por todas partes. Mientras ponía el motor en marcha pensaba en el modo en que el caso lo estaba obsesionando, y se prometió tomarse las cosas con calma y relegar el asunto a lo estrictamente laboral, algo de lo que poder deshacerse al cerrar la persiana y retomarlo al día siguiente como si se tratara de algo totalmente nuevo. Era consciente de que aquel propósito no lo cumpliría jamás, por lo que abandonó el aparcamiento sonriéndose a sí mismo por aquella filípica absurda, y salió en busca de un restaurante donde poder saciar el hambre y, sobre todo, la sed que lo acosaba desde hacía un buen rato, hasta que alcanzó el cruce que lo conducía hacia la calle del Estanco, en cuya glorieta debía ceder el paso a los vehículos que se aproximaban por su izquierda, tantos que se vio obligado a detenerse durante un par de minutos. La impaciencia lo llevó a lanzar un vistazo maquinal a su derecha, momento en que advirtió que los dos tipos que había visto en el aparcamiento se subían a un todoterreno negro. Los separaban más de cincuenta metros, pero su indumentaria resultaba tan particular para una calurosa tarde de agosto que no tuvo la menor duda de que se trataba de ellos. Luego cayó en la cuenta de que el vehículo que ocupaban era un Audi Q8, y el corazón le dio un vuelco. Cogió rápidamente su móvil y acercó el zoom al máximo con el tiempo justo de apretar el botón que representaba el obturador, pues el vehículo se perdió entre el tráfico en un instante. Cuando

revisó la imagen que había tomado observó con desaliento que a través de la luna no se veía ni siquiera la silueta de aquellos tipos, pero enseguida cayó en la cuenta de que la matrícula era claramente perceptible, y decidió enviarle la imagen a Silvia para que la comprobara. Estaba en ello cuando un bocinazo a su espalda le advirtió de que estaba obstruyendo el tráfico, y arrancó a toda pastilla, preocupado por cuanto aquello significaba, aunque con un resquicio de alivio, pues si en verdad los hombres de Rosales andaban siguiéndolo, como al parecer también habían seguido al comisario, era que no tenían ni idea de por dónde buscar a David Alería. También eso hacía presagiar que, tal y como ellos vaticinaban, el joven no aparecía porque llevaba cinco años criando malvas. Apenas unos minutos después, cuando aún no había tenido tiempo de abandonar el barrio, la imagen de Mateo Alería apareció en la pantalla para añadir aún más desasosiego al que ya arrastraba. Lo lamentó con un gruñido, pero no tuvo más remedio que apechugar y dar paso a la llamada, esperanzado en que el rapapolvo se limitara a poner en evidencia su incompetencia, y no a una amenaza patente de llevar aquello a la prensa.

- ¿Qué tal, inspector, cómo va el día? —lo saludó afablemente Mateo Alería apenas oyó su voz, aparentemente tranquilo, lejos del enfado que auguraba.

- Vamos dando pasos, pero muy lentamente —fue lo único que se le ocurrió.

- Acabo de hablar con el comisario Albuena, y me ha dicho que Rosales ha vuelto a aparecer vivito y coleando —fue al grano, pese a que en su tono no se advertía el menor atisbo de reproche, ni siquiera una pizca de sarcasmo.

- Así es —tuvo que reconocer—. Y supongo que le habrá dicho también que se ha llevado toda la documentación que me dio ayer su esposa.

- Sí, me lo ha comentado, y se ha disculpado insistentemente por ello, pero no importa, lo más relevante lo tengo en la cabeza. Es cierto que tenía datos de cientos de personas con la que me entrevisté, pero ahora ya no merece la pena lamentarse, además, la

mayoría de las fotografías las tengo en el móvil y en la nube, o sea que por eso no debemos preocuparnos.
- Es cierto, ahora es mejor centrarse en lo que tenemos, no en lo que se ha perdido —repuso Frízer, pese a que se sintió ruin dándole coba de aquel modo.
- Le llamo porque el comisario me ha dicho que pensaba venir a verme esta tarde.
- Así es, quería comentar lo del archivador que me dio su esposa, y son muchas cosas de las que hablar, por eso prefiero hacerlo en persona.
- Si le apetece venir a comer a casa, mi madre estará encantada.
- Vaya, ahora mismo andaba por Colmenar buscando un restaurante —le dijo Frízer sin pensar.
- Estupendo, podría estar aquí en media hora.
- Estoy en Colmenar Viejo —insistió Frízer, pensando que no le había entendido.
- Nos encontramos en mi casa. He traído a mi madre para que vea a mi hijo, y ha sido Nadia quien me ha propuesto que lo invite —le dijo Alería al caer en la cuenta del malentendido.
- Muchas gracias —trastabilló, sorprendido—. Está bien, procuraré llegar lo antes posible.
- No se preocupe, conduzca tranquilo, mi hijo aún tardará un rato, y quiero que estemos todos juntos.

Cuando se despidió, Frízer se quedó repitiendo las últimas palabras que había pronunciado Mateo Alería, tan concentrado que se sobresaltó cuando Silvia apareció en la pantalla anunciando que tenía una nueva llamada.
- ¿Dónde has sacado esta foto? —preguntó sin más preámbulo apenas oyó que Mark daba paso a la llamada.
- En Colmenar, aún estoy aquí, pero ahora voy hacia la casa de los Alería, me han invitado a comer.
- ¡Mira qué bien! —repuso ella con guasa—. ¿Pudiste verle la cara al conductor? —insistió de inmediato en lo que interesaba.
- No, pero eran dos, pude verlos unos minutos antes en el aparcamiento en el que había dejado mi coche. Cuando los vi me

sorprendió su actitud huidiza, pero al ver que se iban a pie y que mi coche estaba intacto, supuse que había dejado volar mi imaginación. Luego, cuando ya me iba, vi en la distancia que se subían a ese todoterreno, y le saqué la foto por si acaso.

- He comprobado la matrícula, y no es el que Rosales llevaba en la gasolinera.

- Sí, eso ya lo sé, la matrícula no coincide, pero han podido cambiarla, como hace el de la moto.

- No, no la han cambiado, la matrícula pertenece a ese coche, que es idéntico al que conduce Rosales, pero, ¿a que no imaginas a nombre de quién está registrado?

- ¿Inversys? —supuso al caer en la cuenta, pues no imaginaba otra circunstancia que llevara a Silvia a proponerle acertijos.

- Pues sí, se ve que los tienen a pares, vamos, que no reparan en gastos.

- En fin, estaré atento por si vuelvo a verlos, a ver si hay suerte y podemos detenerlos.

- No se te ocurra hacer nada sin pedir refuerzos, esa gente podría ser peligrosa.

- Sí, no te preocupes, aunque si se han dado cuenta de que los he visto, lo más probable es que no vuelvan a aparecer por un tiempo.

- Si se han dado cuenta se limitarán a ser más cautos, pero no van a desaparecer, está claro que piensan que hemos dado con alguna pista nueva, y que nos estamos acercando al muchacho desaparecido, por eso te siguen.

- La torpeza con la que se desenvuelven me suena a amenaza, porque no creo que esa gente se deje ver si no es por una causa bien sopesada.

- Razón de más para que te andes con cuidado.

- Está bien, no te preocupes, estaré atento.

- Bueno, Mark, me voy a casa, que ya va siendo hora, y disfruta de la comida —añadió con sorna antes de colgar.

Frízer se vio obligado a detenerse apenas abandonó Colmenar Viejo, pues el tráfico era tan denso que no se atrevió a apartar la vista de la carretera para rebuscar en el navegador la dirección de

Nadia Percal. Poco después reparó en que aquello podía hacerlo por voz, y se dispuso a mantener una grata conversación con la aplicación, que respondió eficazmente a sus demandas, proponiéndole el recorrido más favorable en unos instantes. Luego retomó la marcha siguiendo las indicaciones del aparato, que lo condujeron hasta la misma puerta de la casa de Nadia Percal en poco más de treinta minutos. Atisbaba por entre los cristales a diestra y siniestra en busca del mejor lugar donde apostar el coche, ansiando encontrar una sombra, cuando el ronroneo sordo de un deportivo llegó a sus oídos como una música delatora. No tuvo duda alguna de que se trataba de Javier Alería, pues el retrovisor le devolvió la imagen radical del coche que había visto en el garaje en su anterior visita a aquella casa, y alzó una mano para saludar a la silueta que se insinuaba tras los cristales oscuros. Javier Alería acercó el coche a su altura, y bajó la ventanilla para hablarle.

- Métalo al garaje, aquí se va a tostar.

- Oh, estupendo, no sabes cómo te lo agradezco, no hay cosa que más me incomode que encontrarme el coche ardiendo.

Javier Alería sonrió, asintiendo con empatía, y adentró el vehículo hasta el fondo de la cochera, a la izquierda de los de sus padres. Frízer entró tras él, observando con asombro el tamaño de la estancia, que albergaba los cuatro vehículos sin la menor estrechez. Después, cuando descendió del coche, el asombro dio paso a la complacencia, pues la frescura que lo recibió resultaba sumamente agradable. Frízer se disponía a entrar en la casa cuando Javier Alería lo retuvo de un brazo. Cuando le dijo que aguardara, que tenía algo que contarle, se quedó boquiabierto, más aún cuando el muchacho abrió el maletero para mostrarle lo que atesoraba.

# 15

El comisario aguardó a que Silvia abandonara su despacho para descolgar el teléfono, que mantuvo en la mano durante largo rato sin llegar a marcar, recapitulando lo acontecido desde que se entrevistara por última vez con el juez Castillo. Las pulsaciones rítmicas de la línea lo rescataron de la abstracción poco después, sin haber hilvanado ni uno solo de sus pensamientos, pero con un pálpito que le decía que aquel dosier clasificado que acababa de consultar podría explicar cuanto estaba ocurriendo, y falsamente esperanzado en que todo tuviera una sencilla explicación. Tras un resoplo con el que se sacudió el hastío que le provocaba todo aquello, por fin marcó el número que lo comunicaba con el despacho de Castillo. La voz que le respondía habitualmente le dijo que estaba reunido, y con el tono de siempre, melindroso y falaz al mismo tiempo, aunque tan autoritario que cualquiera que no estuviera acostumbrado a recibir aquella respuesta jamás habría osado insistir, sobre todo si sabía en realidad a quién llamaba; pero Albuena lo sabía bien, no en vano conocía a ambos desde hacía ya varios años.

- Si no está reunido con el presidente, interrúmpalo para comunicarle que estoy a la espera de que se ponga al teléfono —le vaciló, conteniendo la risa al imaginar al secretario de Castillo mirando el auricular con asombro, incapaz de intuir el sarcasmo en un tipo como él, que tenía poco de gracioso.

- Está bien, aguarde un momento —transigió la voz marcial tras un suspiro enérgico, haciendo que Albuena se recostara en la silla blandiendo su mejor sonrisilla, orgulloso de haber alcanzado el alcor que le permitía esas licencias.

- ¡Comisario!, espero que se trate de algo importante, acabo de dejar a Donald Trump con la palabra en la boca —tronó la voz de Castillo con manifiesta rechifla poco después.

- Hola, Ignacio —repuso Albuena para participar de la camaradería que interesaba, para lo que no dudó en llamarlo por su nombre de pila, algo que jamás se habría permitido si el tono afable del juez no hubiera invitado a ello.

- Supongo que me llamas por lo del otro día, ¿no?, ¿qué novedades hay? —preguntó antes de que a Albuena le diera tiempo a responder a la primera cuestión.
- Sí, se trata de ese caso, y no ha habido grandes avances desde la última vez que hablamos, pero hemos logrado tomar una huella dactilar que podría pertenecer a Rosales y...
- ¿No me dirás que no teníais huellas de ese tipo? —lo interrumpió Castillo—. ¡Ah!, que me dijiste que toda la documentación que presentaba era falsa —se corrigió de inmediato al recordarlo.
- Así es, pero ahora hemos logrado captarlo en una cámara del garaje abriendo el maletero del vehículo del inspector Frízer, y cometió el desliz de no usar guantes.
- ¿De qué garaje?
- El de la comisaría. —El comisario aguardó un segundo para ver cómo reaccionaba, pero la callada de Castillo lo obligó a continuar, imaginando su contrariedad, la misma que lo asaltó a él cuando vio las imágenes que confirmaban lo que jamás habría creído de otro modo—. Tuvo los cojones de presentarse en el garaje, llevarse una documentación importante que los padres del muchacho desaparecido tenían en su casa...
- ¿Qué tipo de documentación? —gruñó Castillo.
- La investigación paralela que llevó a cabo Mateo Alería al ver que la nuestra no ofrecía resultados. Su esposa la guardaba en un archivador que le entregó ayer al inspector Frízer, y este había olvidado sacarlo del maletero del coche.
- ¿Y no podían habérselo robado en cualquier otro momento?
- No, pudimos ver en las cámaras cómo lo sustraían, Rosales y su compinche, el tal Olivares, ese que estaba infiltrado en la Científica.
- Ayer fue el portátil de ese hombre en una actuación pulcra, sin duda profesional, y hoy un allanamiento en la propia comisaría —enumeraba Castillo cuando el comisario se permitió interrumpirle, aliviado al ver que meditaba con aparente tranquilidad, al menos no con el reproche hostil que merecían por su inoperancia.
- Pasó todos los controles con unas tarjetas identificativas que ya estaban anuladas, y abrieron varios de los coches del garaje con

algún aparato que seguramente ya habían programado con anterioridad.
- Esa gente tiene medios, eso debemos darlo por hecho, pero lo que me sorprende es que se hayan atrevido a entrar en la comisaría, eso, más que una osadía, es una absoluta temeridad.
- Los agentes de guardia estaban acostumbrados a ver a Rosales por aquí, sabían que era inspector de la Brigada, y si pasaba los controles con normalidad… ellos no podían imaginar que oficialmente estaba muerto, y mucho menos que no era el inspector que ellos creían.
- Si os la pegaron a vosotros… —los excusó Castillo, riendo por dentro al imaginar la cara del comisario ante aquella reconvención tan sutil.
- ¿Quién iba a imaginar eso?
- Claro, Carlos, no te preocupes, solo bromeaba.
- Solo me la pegaron a mí, al fin y al cabo fui yo quien le dio el visto bueno sin comprobar las filiaciones.
- Si las órdenes estaban debidamente firmadas, no era responsabilidad tuya comprobar eso. De todos modos, cuando todo esto se aclare, ya tendremos tiempo de dirimir responsabilidades, ahora lo importante es averiguar porqué es tan importante para esa gente el joven ese desaparecido.
- Por supuesto —se obligó a decir Albuena.
- ¿Y el motivo de tu llamada? —apremió el juez.
- La huella que hemos tomado es sin duda de Rosales, yo mismo he podido verlo en las imágenes, por lo que tampoco queda ya duda alguna de que está tan vivo como nosotros, el problema es que la inspectora Rodríguez la ha pasado por el SAID[13], y el sistema responde que es materia clasificada.
- ¿Podría tratarse de una identidad protegida? —tanteó el juez, pese a que lo primero que le vino a la mente fue un uniforme militar.
- Podría ser, pero no lo creo.
- Si es alguien de Inteligencia, podré hacer algo, al menos que me den una explicación que satisfaga nuestra curiosidad, pero si se escudan en que se trata de una identidad protegida, no va a ser fácil

averiguar de quién se trata, más aún si ese tipo ha estado infiltrado por ahí.
- Lo entiendo, pero es lo único que tenemos.
- Está bien, envíame la ficha protegida y la huella que habéis tomado, voy a ver qué averiguo, y en cuando sepa algo te llamo.

Albuena apenas se despidió con un suspiro, aliviado al ver que Castillo no reprobaba la deficiente actuación del Departamento. Luego pensó que tampoco era esa su función, ni él tenía potestad para pedirles responsabilidades, aunque sabía que una llamada de Castillo al Ministerio de Interior bastaba para que se pusiera patas arriba la comisaría. Tan concentrado estaba en sus pensamientos, recapitulando lo acontecido mientras tecleaba en su terminal para enviarle a Castillo la información, que cuando su teléfono sonó de nuevo se revolvió en la silla como si esta le hubiera dado un calambrazo. Se apresuró a enviar la ficha protegida y, en cuanto pulsó la tecla Entrar, aferró el teléfono con intención de rechazar la llamada para poder marcharse a comer sin que nadie lo liara con alguna chorrada.
- ¿Qué hay, Frízer? —respondió al ver que se trataba de él.
- Comisario, acabo de llegar a casa de Nadia Percal, ahora estoy en el garaje con su hijo.
- ¿Qué hijo? —se sobresaltó Albuena, dando por hecho que se refería al joven desaparecido.
- Javier, el hermano menor de David Alería.
- ¡Ah!, ese. Dime, ¿qué tienes?
- Se ha encontrado en el maletero de su coche el portátil desaparecido ayer en casa de su padre.
- ¿Y quién lo ha dejado ahí?
- El ladrón, sin duda, lo que no alcanzo a comprender es porqué lo ha hecho, máxime cuando no se ha borrado ninguna información, aunque imagino que se habrá hecho una copia de todo lo que atesoraba.
- Asegúrate de que no vuelve a desaparecer.
- Luego se lo llevaré a Silvia para que le eche un vistazo, a ver si puede averiguar qué información les interesaba.

- ¿Y cómo han podido acceder al coche, lo han forzado, han roto alguna luna?
- No, el coche está intacto. Supongo que lo habrán abierto igual que abrieron los nuestros en el garaje, porque se trata de un modelo nuevo, muy difícil de manipular, además, cuenta con una buena alarma, y el chico asegura que esta no se ha activado. La aplicación con la que se controla el vehículo ha registrado la apertura, acabamos de comprobarlo, o sea que han logrado hacerse con la contraseña de acceso.
- Entonces, ¿das por hecho que ha sido Rosales?
- Es lo más probable, ¿quién si no?
- Si ha sido Rosales, la información que vamos a encontrar en ese portátil no es fiable, además, advierte a Silvia de que no lo conecten al sistema bajo ningún concepto, quién sabe lo que podrían haberle metido.
- Por supuesto. Por cierto, ¿habéis logrado averiguar la verdadera identidad de Rosales?
- Acabo de hablar con el juez Castillo, y me ha asegurado que va a intentarlo, pero me temo que el asunto se demore varios días, ya sabes cómo funciona eso.
- He buscado huellas en el portátil, pero no aparece nada, ni siquiera las de Mateo Alería, seguramente lo limpiaron concienzudamente antes de dejarlo en el coche.
- Era de esperar —lamentó Albuena—. De todos modos, mientras no averigüemos a quién pertenece esa huella, me temo que poco podemos hacer.
- He pasado la mañana en Colmenar, y he podido averiguar que un tipo que podría coincidir con David Alería se mueve por aquí en una moto como la que captaron las imágenes que nos llevaron hasta allí. No he podido ver nada extraño, pero sería conveniente vigilar la zona, porque un Audi Q8 que pertenece a Inversys andaba por allí, no sé si me han seguido a mí o nos hemos cruzado por casualidad.
- Sí, Silvia acaba de decírmelo. Lo que está claro es que si te seguían a ti es que no tienen ni idea de por dónde puede andar ese muchacho.

- Pero si ya estaban allí…
- …es que saben que anda por Colmenar, o sea que no vamos mal encaminados. Bien, daré orden de que una patrulla ande vigilante y pondré sobre aviso a la gente que controla las cámaras, seguro que alguna… —decía el comisario cuando en su teléfono comenzó a parpadear una luz verde—. Tengo una llamada, luego hablamos —le cortó, presto a dar paso a la llamada al ver que se trataba del juez Castillo.
- ¡Carlos! —tronó el juez antes incluso de que lo saludara—, tengo la identidad de ese hombre.
- ¿Tan pronto? —receló, extrañado, temiendo que le estuviera tomando el pelo.
- Se me ha ocurrido llamar a Defensa, y me lo han confirmado en un instante, toma nota.

Albuena se revolvió como una lagartija en busca de algo en lo que poder anotar, presto a transcribir las buenas noticias.

- Dime —urgió apenas aferró un bolígrafo.
- La huella pertenecía a un tal Andrés Martínez Soler.
- ¿Pertenecía? —farfulló Albuena con desaliento.
- De momento, lo único que han podido decirme por teléfono es que se trata de un militar fallecido, no sé ni cuándo ni cómo, pero me han prometido que te enviarán por correo electrónico cuanto les autoricen divulgar sobre ese tipo. Supongo que, aunque la ficha aparece como clasificada, al haber fallecido ya no les supone ningún problema.
- A ver si cumplen, porque me temo que no les autoricen a nada.
- No seas pesimista, Carlos, si me han dado su nombre es porque no hay problema. Seguro que te llaman en unas horas, y si no, pues volveré a llamar para decirles que está vivito y coleando, ya verás como les entra la curiosidad.
- ¿Crees que ese tipo ha podido fingir su muerte para desaparecer?
- No seas ingenuo, ese tipo es uno de los que viajaba en el helicóptero que supuestamente se accidentó entre Mali y Argelia.
- Espero que no tenga ninguna relación, si no…

- Yo creo que sí la tiene, pero, de todos modos, lo que no acabo de entender es qué relación podía tener el joven desaparecido con esa gente.
- Ninguna —aseguró tajante el comisario—, ese muchacho desapareció dos o tres años antes de que se estrellara ese helicóptero.
- Entonces, lo que sea que se traen entre manos ocurrió después.
- Eso significaría que ese joven continúa con vida.
- No lo creo, pero por alguna extraña razón ellos piensan que se trata de él, por eso lo persiguen. Espero que si dan con él antes que vosotros, y comprueban que no se trata de quien ellos esperan, no le hagan daño, porque lo mismo lo hacen desaparecer también, no sabemos con quién os la estáis jugando.
- En fin… —suspiró Albuena, restregándose la frente con una mano para aliviar el dolor de cabeza que le causaba aquel galimatías—. Por cierto, el inspector Frízer acaba de decirme que el portátil que sustrajeron el otro día de casa de Mateo Alería ha aparecido intacto y con todos los datos en el maletero del coche del hermano del desaparecido.
- ¿Quieres decir que le han abierto el coche?
- No solo lo han abierto, sino que además lo han hecho sin que se active la alarma, vamos, que han accedido a la aplicación móvil del fabricante con los datos de registro.
- Coño, pues sí que son listos. Quizás deberías pedir ayuda a otro departamento más competente para esos asuntos —le dijo Castillo, ofreciéndose implícitamente a facilitarle los medios con la inaudita propuesta.
- Por ahora, mientras Silvia… la inspectora Rodríguez, se apañe, nos conduciremos con nuestros medios, pero si el asunto acaba superándonos, no tendré más remedio que pedir ayuda —admitió Albuena.
- De momento parece que no tienen intención de hacer daño a nadie, al menos hasta ahora no lo han hecho, pero si la cosa se complica, no dudes en delegar, estando Defensa por medio, mejor dejar que ellos se encarguen.

- No creo que a Mateo Alería le haga mucha gracia, pero habrá que hacerlo.
- Bueno, llámame en cuanto contacten contigo los de Defensa, que esto se está poniendo interesante, siempre que no se vea comprometida la investigación, por supuesto —bromeó Castillo.
- No te preocupes, te mantendré informado.

Albuena colgó riendo y, tras ponderar durante un rato su proceder más inmediato, se acercó al despacho de Silvia para ordenar que estuviera vigilante con las cámaras de seguridad de Colmenar, pero allí ya no había nadie. Cuando advirtió la circunstancia consultó su reloj, un vistazo maquinal que lo catapultó hacia su casa a toda pastilla, sin embargo, apenas asentó sus posaderas en el coche recordó el nombre que le había proporcionado Castillo, y llamó al inspector Frízer para que averiguara lo que pudiera sobre ese tipo.
- Comisario —respondió Mark tras varios desesperantes tonos.
- La huella de Rosales pertenece o pertenecía a un tal… toma nota… Andrés Martínez Soler. Solo sabemos que se trataba de un militar ya fallecido. Tanto Castillo como yo coincidimos en que lo más probable es que se trate de uno de aquellos militares que viajaban en el helicóptero que supuestamente se estrelló en Mali. Quiero que intentes contactar con la familia, si es que la tenía, pero con tacto, ten en cuenta que para ellos lo más probable es que lleve dos años muerto.
- Bien, en cuanto termine aquí salgo para… ¿dónde vivía ese tipo?
- No sabemos nada de él, Castillo me ha dicho que Defensa contactará con nosotros en cuanto les den autorización.
- Entonces olvídate del tema, aquí todos se van a escudar en que es materia clasificada.
- Bueno, tenemos las huellas del refrigerador de la gasolinera, que seguramente también pertenecerán a un fallecido, pero nadie sabe que las tenemos, y yo tengo contactos en la división de Documentación.
- Si ese tipo estuvo alguna vez vivo, tuvo que estar documentado —razonó Mark, asintiendo a cabeceos como si el comisario pudiera ver sus gestos—, a no ser que fuera extranjero.

- Esta tarde acudiré en persona a la comisaría de Ciudad Lineal.
- ¿Y si no se registró en Madrid?
- Eso es lo de menos, ellos tienen acceso a todos los registros del país.
- ¡Joder! —reverberó el altavoz la voz de Javier Alería, de tal modo que el comisario enmudeció, retrepándose asombrado.
- ¿Qué ocurre? —clamó al ver que Mark no respondía, imaginando que el teléfono se le había caído al suelo.
- ¡Joder! —exclamó Mark en un remedo que lo dejó estupefacto.
- ¿Qué pasa? —insistió Albuena.
- Me cago en la puta, pero si han dejado un montón de pasta en el doble fondo del maletero.
- ¿Cómo que un montón de pasta?, ¿de qué diablos estás hablando?
- El portátil estaba sobre la tapa superior del maletero, pero debajo, entre los huecos de la rueda de repuesto, hay una bolsa de plástico con varios fajos de billetes, y todos parecen de cincuenta euros.
- Que nadie toque esa bolsa, voy a llamar a un equipo para que procese el coche.
- Entonces, ¿no lo cuento? —le vaciló Frízer.
- Asegúrate de que nadie se acerca a ese coche hasta que lleguen los de la Científica, y después te vas a comer.
- Estoy en casa de Nadia Percal, me han invitado a comer.
- Mejor, así te aseguras de que nadie toca ese coche.

En cuanto el comisario cortó la comunicación, Frízer alzó la vista hacia los ojos saltones de Javier Alería, que aún se encontraba pasmado, observando desde cierta distancia la bolsa con los billetes como si temiera que en cualquier momento pudiera explotar.
- ¿Cuánto cree que habrá ahí? —susurró ensimismado, sin apartar la vista del maletero.
- Parece que hay diez o doce fajos, y por el grosor, yo diría que cada uno contiene cien billetes, vamos, que por lo menos hay cincuenta mil.
- ¿Y quién ha podido dejarlo?
- No tengo ni idea, pero me extraña mucho que haya sido Rosales, no lo imagino yo tan espléndido. —Frízer gruñó para que lo mirara,

y, cuando el joven llevó sus ojos hacia él, lo señaló con un dedo amenazante—. ¿Alguien se ha puesto en contacto contigo?
- ¿Conmigo? —replicó el muchacho, arrugando el entrecejo para hacer patente el enojo que le causaba la insinuación.
- Está bien. —Se disculpó con un gesto y señaló la puerta de acceso a la casa—. Vayamos, tus padres estarán esperándonos.

Javier Alería asintió, y se encaminó hacia la casa, aunque apenas asió la manija se detuvo para mirarlo.
- Lo más probable es que se trate de un asunto de drogas, y que ese tipo que creyó ver mi padre esté huyendo de narcotraficantes.
- ¿Y eso qué tendría que ver contigo?
- No lo sé, pero creo que la respuesta estará en ese portátil.

Frízer sonrió con encubierta condescendencia, pensando reconvenir su fantasioso razonamiento, pero antes de que abriera la boca sonó su teléfono, y se quedó observando la pantalla, en la que aparecía el número del llamante, señal inequívoca de que no lo tenía registrado en la agenda. Por un momento pensó ignorar la llamada, receloso de que lo enredaran con algún asunto irrelevante precisamente en el momento en que se disponía a entrar en la casa, pero como el número era visible, la curiosidad lo conminó a aceptar. Lo que oyó lo dejó estupefacto, pues de fondo, junto a un jolgorio de alarma, aullaba la inconfundible sirena de una ambulancia.
- ¿Qué ocurre? —preguntó al ver que no respondía nadie.
- ¿Inspector Frízer?
- Sí, soy yo, ¿en qué puedo ayudarle?
- Hemos hablado hace un rato en Colmenar.
- ¡Hombre!, chaval, ¿ha aparecido el de la moto? —supuso Frízer al reconocer la voz de uno de los muchachos con los que había hablado apenas una hora antes.
- Ya lo creo que ha aparecido, y no vea la que ha liado.
- ¿Cómo que la ha liado?
- Pues que ha tirado a un tipo por el balcón como si fuera un saco, y después se ha largado tan campante.

# 16

Frízer tardó largo rato en averiguar que la ambulancia que transportaba al tipo que el de la moto había lanzado por un balcón iba camino del Hospital Universitario La Paz, aunque, afortunadamente, enseguida consiguió volver a contactar con el comisario para pedirle que emitiera las órdenes oportunas con el objeto de que lo mantuvieran bajo vigilancia en tanto ellos podían acudir a interrogarlo. Después entró al fin al comedor, donde lo aguardaban con manifiesta inquietud, sobre todo Nadia Percal, que se mostraba hecha un manojo de nervios desde que su hijo le dijera que en el maletero había aparecido una bolsa con un montón de dinero y, además, el portátil que le habían robado a su esposo.

- ¿Qué ha ocurrido? —urgió Mateo Alería al ver que al fin se guardaba el teléfono, haciendo que todos se revolvieran para mirarlo.

- Una trifulca entre moteros, nada que ver con el caso —mintió para no alarmarlos.

- En fin, comamos, que ya se ha hecho muy tarde —pidió Nadia Percal, que aferraba a su hijo de un brazo como si fuera un niño.

Frízer saludó con un gesto a la madre de Mateo Alería, y se dejó caer sobre la silla que la mujer le señaló, acomodándose ella a su lado.

- Me da apuro que sus compañeros se queden ahí fuera, quizás deberíamos invitarlos a que pasaran a tomar algo.

- Oh, no se preocupe, ellos se turnan para acudir a sus casas —repuso Frízer cuando logró entender que se refería a la patrulla que vigilaba los alrededores.

- Me habría gustado prepararle un buen cocido, pero no me avisaron de que venía —le susurró con complicidad y, pese a ello, señalando con los ojos las exquisitas viandas que había repartidas sobre la mesa.

Frízer sonrió al comentario, más que nada porque lo que menos le apetecía en ese momento, dados los calores que estaban soportando, era un puchero caliente. Luego, apenas se acomodaron,

llevó la vista hacia Javier Alería, aguardando a que él lo advirtiera para hablarle.
- En unos minutos llegarán unos compañeros de la Científica para inspeccionar el coche, hasta entonces nadie debe tocarlo bajo ningún concepto, ni por dentro ni por fuera.
- Claro, por supuesto —le dijo Nadia Percal, manoteando la espalda a su hijo para animarlo a responder.
- Lo necesito para las seis —masculló él con manifiesto enojo.

Javier Alería asintió de inmediato para no contrariar a su madre, a la que no había gustado el gesto y censuraba su actitud con una mirada severa.
- Estará en el garaje el tiempo que haga falta —sentenció ella entonces—. Si tiene que desplazarse a alguna parte, puede coger mi coche.
- ¿Podría tratarse de una advertencia para que dejen de investigar? —preguntó Mateo Alería fingiendo indiferencia, como si aquello fuera absolutamente normal, pese a que el tartaleo inseguro de su voz delataba una preocupación contenida.
- Esa gente sabe que eso no haría sino llamar más nuestra atención, no es una advertencia de nada, por eso pueden estar tranquilos.
- ¿Entonces? Nadie deja semejante cantidad de dinero por ahí, y menos de ese modo —insistió, mirando solapadamente a su hijo para observar su reacción, un gesto que no pasó desapercibido para Frízer, y que lo afianzó en su sospecha de que Mateo Alería desconfiaba de que Javier hubiera sido totalmente sincero con respecto a lo del dinero.
- Podrían haberlo escondido con la intención de recuperarlo después, cuando hubieran alcanzado el propósito que los haya llevado a hacer eso —se defendió su hijo, mirándolo desafiante para hacerle ver que había captado sus recelos—. Puede que no esperaran que lo encontrara tan pronto. Quizás lo que han hecho es utilizarme como transporte, y esperan a que deje el coche en un aparcamiento público o en cualquier otro lugar para recuperarlo.
- No tendría mucho sentido —rechazó Frízer, pese a que cabeceó ligeramente para hacerle ver que aquello deberían considerarlo—,

dejar el portátil ahí es una clara invitación a registrar todo el coche.
- Si aparece un portátil robado en un coche, y además una suma importante de dinero, ese coche tiene que inspeccionarse de arriba abajo —le dijo Nadia Percal a su hijo al ver que este gesteaba como si lo pusiera en duda.
- ¿Y por qué devolver el portátil? —insistió Mateo Alería, asintiendo para convenir su parecer con lo expuesto por su esposa.

Frízer alzó la vista para mirarlo, arrugando los labios sin darse cuenta de que el gesto delataba que se encontraba totalmente perdido. Iba a abrir la boca cuando el joven alzó un brazo para señalarlo.
- ¿Han valorado la posibilidad de que quien se llevó el portátil fuera mi hermano?
- No descartamos nada —repuso de inmediato, asombrado.

Frízer y Mateo Alería se quedaron mirándose para hacer patente su extrañeza ante el cambio de actitud del muchacho, pues hasta ese momento se había mostrado totalmente escéptico con respecto a la extraña aparición de su hermano en la casa de su abuela.
- Si en verdad se trata de David, no hay duda de que lo que buscaba en ese portátil era información personal —dijo la abuela, haciendo que todos se revolvieran para mirarla—. Quizás buscara fotos, recuerdos, cosas así —se reafirmó al ver sobre ella la mirada inquiridora de su hijo, que sintió como un reproche a sus años de rechazo y desconfianza, lamentando ahora no haberse parado ni un instante a valorar la posibilidad de que los chalados fueran ellos.
- Y una vez copió las fotos me dejó cincuenta mil pavos por las molestias —repuso su nieto.

El joven se vio obligado a disculparse de nuevo al ver que su padre reprobaba el sarcasmo con una severa mirada, a lo que la abuela respondió sonriendo pícaramente, sin duda acostumbrada a las irreverencias de su nieto, y también a que su hijo las censurara de aquel modo.
- ¿Insinúas que podría buscar recuerdos porque ya no los tiene? —preguntó Nadia Percal, reprobando también con la mirada la actitud de ambos.

- Eso explicaría que haya estado desaparecido tanto tiempo —dijo su esposo al ver que la abuela asentía sin dudar, mirando a Frízer para observar su reacción a aquella hipótesis, una más de las cientos que había valorado desde que su hijo desapareciera.
- Uno no pierde la memoria y está cinco años desaparecido intentando averiguar quién es, la policía habría indagado sobre ello —replicó con enojo Javier Alería, molesto por su ingenuidad, haciendo que todos en la mesa enmudecieran.
- Lo primero que se hace cuando aparece una persona que sufre amnesia es averiguar su identidad —se avino Frízer, mirando a la abuela para ver si la mujer aceptaba la obviedad—, y si no se consigue, se divulga su imagen por todos los medios, es imposible que alguien no lo reconozca y dé aviso, y más hoy día con las redes sociales.
- Bueno, dejemos que la policía se encargue —zanjó Mateo Alería, más interesado en la verdadera investigación de Frízer que en especulaciones fantasiosas.
- ¿Han podido averiguar algo sobre Inversys? —preguntó Nadia Percal.

Frízer se revolvió nervioso, sin saber qué responder. Por un momento se le pasó por la cabeza decirle la verdad, que el equipo que se había encargado de inspeccionar la oficina había descubierto que los vigilaban, pero pensó que eso no haría más que preocuparla, y le dijo que los habían investigado y que no habían encontrado relación alguna con el caso.
- Entonces, ¿esos tipos? —preguntó Mateo Alería, claramente decepcionado con la respuesta.
- Han alquilado los vehículos a la empresa, pero nada más.
- ¿Y a quién se los han alquilado?, porque tendrán que haber dejado alguna documentación que los identifique, ¿no? —insistió con cierta vehemencia, haciendo que todos alzaran la vista hacia él, aguardando su respuesta.

Frízer se sintió contrariado, e intentó urdir una falacia que lo liberara de aquel escrutinio inesperado, pero entendió que no se

conformarían con una evasiva, y se vio obligado a encogerse de hombros para hacerles ver que no tenía una respuesta clara.
- Toda la documentación que presentan es falsa, y la que no, pertenece a personas fallecidas hace años.
- ¿Y eso qué significa, que hay por ahí una organización criminal que está utilizando la identidad de mi hermano para cometer fechorías? —postuló Javier Alería.
- Me temo que eso es lo que está ocurriendo —admitió Frízer con alivio, aferrándose al efugio con una sonrisa de conmiseración que acabó borrándose al ver que la abuela ensombrecía el rostro para sumergirse en un llanto silencioso.
- Entonces, ¿no albergan esperanza alguna de que mi hijo continúe vivo? —entendió Mateo Alería.
- Lo lamento mucho, pero me temo que así es —se vio obligado a reconocer, pensando que eso era mejor que darles falsas esperanzas.
- ¿A quién vimos entonces frente a mi casa? —rechazó la abuela entre lloriqueos que obligaron a Nadia Percal a abrazarla para que se calmara.
- Lo más probable es que se trate de alguien que en algún momento trabajó para esos tipos, y que por alguna extraña razón los ha traicionado, por eso lo buscan con tanto ahínco.
- ¿Rosales? —preguntó Javier Alería.
- Puede que les robara dinero —planteó Frízer.
- Podría ser, de ahí el dinero del maletero —aceptó Mateo Alería.
- Pero ¿por qué dejarlo en mi coche?, ¿por qué robarnos el portátil para después devolverlo intacto, por qué aparecer en casa de mi abuela?, ¿qué tendríamos nosotros que ver con ellos?
- Puede que esa identidad falsa —repuso Frízer—. Quizás quien les robó tomó la identidad de tu hermano para intentar pasar desapercibido, y no se trate más que de una pista que están siguiendo los que lo buscan, de ahí que estén dando palos de ciego.
- Como nosotros —acompañó Mateo Alería a un resoplo sarcástico.
- Yo sé lo que vi —gruñó la abuela, y os puedo asegurar que era mi nieto.

- No puede ser que yo también me confundiera —admitió su hijo, aferrando las manos de su esposa por encima de la mesa para que no se derrumbara, pues la mujer había sucumbido al fin a la congoja y estaba a punto de abandonarse al llanto—. Cuando el relámpago le iluminó la cara pude ver sus ojos, y le puedo asegurar que eran los de mi hijo, eso es algo que un padre jamás olvida.

Mateo Alería pareció entender que el inspector no podía darles más respuestas, y le señaló el plato, sonriendo para excusar su insistencia. Frízer le agradeció el gesto, y se enzarzó en una conversación más amable, y, sobre todo, más productiva para lo que a él le interesaba, que no era otra cosa, de momento, que localizar a Rosales, convencido de que capturándolo a él se recompondría todo el puzle.

Cuando Frízer abandonó la casa, apenas una hora después, dejando a los compañeros de la Científica peinando el coche de Javier Alería, sintió tal liberación que parecía que hubiera abandonado una prisión después de permanecer años encerrado. Un vistazo al reloj del salpicadero lo sumió en la disyuntiva de acudir a Colmenar o ir directamente al hospital La Paz, pero como aún faltaban más de cuatro horas para que llegara su hermano, enfiló la autopista para recorrer el camino inverso que lo había llevado hasta allí, diciéndose a sí mismo que un tipo que ha caído desde un balcón no se va a largar a ninguna parte.

Al presentarse en la calle Boteros de Colmenar Viejo advirtió que un grupo de Criminalística se encontraba en el piso que supuestamente había utilizado el de la moto, pues dos de los agentes se encontraban en el balcón de la primera planta, donde al parecer se había producido la trifulca, y desde donde había caído el asaltante, dejando el techo del coche que había aparcado debajo con una buena abolladura y restos de sangre.

- ¡Frízer! —exclamó uno de los agentes al reconocerlo, mostrándole las manos enguantadas para excusarse por no ofrecerle la mano—, otra vez nos vemos.

- Hombre, subinspector… ¿Matas?

- Matas Pérez —asintió él, sonriendo para disculparlo—, pero todo el mundo me llama Pepe.

Frízer cabeceó avenientemente como si el subinspector aguardara que tomara nota del dato, y después lanzó un vistazo hacia la balconada.

- El inspector Salanueva, ¿anda por aquí?

- ¡Aquí mismo! —oyó que gritaba este desde el interior del local, asomando después a la puerta para saludarlo—. Le hemos tomado una huella dactilar a la víctima, y coincide con la del otro día en la gasolinera —anunció en tono festivo, sin duda celebrando la circunstancia—, vamos, que es el que trincó las birras.

- ¿Y cómo está, podré interrogarlo esta tarde?

- Me temo que por ahora no va a poder ser —le dijo, apartándose para que pasara al interior del local donde se guardaba la moto.

- ¿Tan mal está?

- Solo sé que lo han ingresado en intensivos, y que de momento lo van a mantener en coma inducido.

- Bueno, al menos no se largará a ninguna parte. Espero que se recupere pronto, porque si no, no sé por dónde vamos a tirar.

- Ya puedes subir, los de la Científica ya han terminado dentro.

- Sí, los he visto en el balcón.

- Según han comentado algunos vecinos que se asomaron a las ventanas al oír la gresca debieron de liarse a guantazos como en las películas, aunque la pelea debió de ser desigual, porque todos coinciden en que uno de ellos arreaba patadas como quien reparte cromos, y de un puntapié en la frente lanzó al otro balcón abajo.

- ¿Y cómo huyó?

- Bajó corriendo las escaleras y entró aquí para sacar una moto. Unos chavales me han dicho que salió tan apresuradamente que no le dio tiempo ni a colocarse el casco, aunque aseguran que llevaba a la espalda una mochila de las grandes, además de dos maletas que la moto llevaba en los costados, seguramente llenas, porque arriba ha dejado bien poco.

- ¿El casco está ahí? —preguntó, asomando al local para echar un vistazo.

- No debes preocuparte, los de la Científica ya lo han examinado, tenía huellas por un tubo, y ADN suficiente para clonarlo.
- ¡Joder!, eso es fantástico —celebró Frízer—. Por cierto, ¿habéis podido identificar la moto?
- Sí, pero de la matrícula no te fíes —le dijo Salanueva, señalando un puñado de placas que había sobre una palangana.
- Uno de los vecinos sabe de motos, y la ha identificado sin dudar —le dijo el subinspector.
- ¿Una Piaggio MP3 530? —preguntó Mark, sonriendo al ver el respingo de ambos.
- ¿Ya la habías localizado? —supuso Salanueva.
- La seguimos por las cámaras, eso nos trajo hasta aquí.
- ¿Cómo que os trajo hasta aquí? —preguntó el subinspector, interesado.

Mark entendió que debía darles alguna explicación, además de ponerlos en antecedentes con respecto a Rosales, no fuera a ser que se metieran en la boca del lobo sin saber a qué se enfrentaban. Ambos escucharon con atención sus palabras, sonriendo apenas en ocasiones y otras mostrando gestos de asombro, hasta que Frízer les dijo que Defensa estaba llevando una investigación paralela, y se les congelaron hasta las pestañas.
- ¿Exmilitares?
- Podría ser, pero hasta que no sepamos la verdadera identidad de alguno de ellos, no podemos aventurar nada.
- Deberías informar al comisario, no vaya a ser que se entere por ahí y todo acabe desmadrándose —le aconsejó Salanueva.
- Luego hablaré con mi comisario para darle novedades y le pediré que lo haga, es importante que compartamos datos regularmente.
- Bueno, aquí ya no hay nada que hacer —dijo Salanueva, deshaciéndose de los guantes para ofrecerle la mano—. Sube arriba, verás cómo vivía ese tipo.

Frízer asintió, y se internó en el portal, un pasillo lóbrego que lo transportó de inmediato a los apartamentos del Bronx[14] que se escenificaban en las películas policiacas que se tragaba de niño. Subió hasta el primer piso, donde ambas puertas se encontraban

abiertas, la izquierda de par en par, y la derecha entornada para dejar entrever unos ojos saltones que escrutaban lo que ocurría enfrente. Sonrió al gesto de la fisgona, que reculó como si le hubiera apuntado a la frente con un arma, y penetró con sigilo en un pequeño recibidor donde no había más que una consola de mármol con patas de bronce y un perchero de nogal del que colgaba un gabán de motero que debía de llevar allí varios meses, pues el calor que hacía no invitaba al uso de aquella prenda.

- No la toques, por favor —le pidió uno de los compañeros de la Científica al ver que se disponía a registrar los bolsillos, dándole un buen sobresalto—. Todo lo que había está en esa caja —aseguró, señalando una caja de cartón que había sobre la mesa, con los distintivos del Departamento.

- ¿Algo reseñable? —supuso al ver su celo, señalando el gabán con los ojos.

- De momento solo un paquete de pañuelos de papel. Nos la vamos a llevar al laboratorio, allí veremos si aporta algo importante.

- Salanueva me ha dicho que habéis tomado muestras de ADN del casco.

- Bueno, del casco y de un montón de enseres que hay por la casa, aunque lo que más va a aportar son los utensilios de aseo personal del cuarto de baño, además del mando a distancia de la tele —dijo, señalándolo con los ojos.

Frízer llevó la mirada hacia el mando a distancia, que descansaba sobre la mesa de centro de la habitación, y después se acercó al televisor, un aparato moderno, aparentemente nuevo, de al menos sesenta y cinco pulgadas, desproporcionado para las limitadas dimensiones del salón. Entonces pudo ver que bajo la peana que lo sustentaba había un disco duro portátil y un par de lápices de memoria, y se revolvió para hablarle al agente.

- ¿Los habéis revisado?

- Todavía no, pero puedes ojearlos, aunque no los toques sin guantes —le pidió, señalando con un brazo en alto un portátil que había bajo el tablero superior de la mesa para incluirlo en la advertencia.

Frízer se colocó unos guantes de nitrilo y conectó el disco duro al primer enchufe USB que encontró en un lateral del televisor. Después pulsó el único botón rojo que había en el mando a distancia, y aguardó a que la pantalla se encendiera. El primer canal que apareció fue el de la cadena de noticias 24 Horas, sin duda el último que había visionado el propietario, un hecho que le arrancó un gesto de extrañeza.

- ¿Sabes cómo se hace? —preguntó el agente al ver que escrutaba con indecisión los botones del mando a distancia.

- Ni idea —reconoció Frízer, tendiéndoselo al ver que se acercaba.

- Pulsas aquí y aparece ese menú de abajo —le dijo, señalando el menú que había aparecido en la parte inferior de la pantalla—. Después llevas la flecha hasta este icono y activas las conexiones externas.

- Ah, bien, es parecido al de mi apartamento.

- Ahí lo tienes, esas son las carpetas que contiene el disco. Con este botón te mueves entre ellas y con este abres las subcarpetas o los archivos que encuentres.

Frízer aprehendió el mando y comenzó a navegar por entre las carpetas que contenía el disco, hasta que intentó abrir una y la pantalla mostró un cuadro de diálogo en el que se le pedía una contraseña. «Mierda», gruñó para sus adentros, aunque presto a intentarlo con la siguiente. En todas obtuvo el mismo resultado, de modo que extrajo el disco y se lo entregó a su colega para que lo examinaran en el laboratorio.

- Lo más probable es que este disco lo utilizara con el portátil, pero puede que en los *pendrives* haya algo interesante —intentó animarlo.

- Me da que lo que pueda haber ahí resulte más bien grotesco —le dijo Frízer, sonriendo con malicia.

- Uno no protege el porno con contraseñas —repuso el agente, uniéndose a la chufla con una risotada.

Frízer le hizo caso, y conectó una de las memorias al televisor, que comenzó a reproducir un vídeo en unos segundos. Ambos se acercaron a la pantalla, observando con atención lo que se

mostraba, un grupo de muchachos en una piscina cubierta, listos para lanzarse al agua. Frízer hizo avanzar el vídeo hasta el final, y detuvo la imagen, que quedó congelada mostrando a tres jóvenes en el podio.

- ¿Sabes quiénes son?

- El de lo más alto es David Alería, el joven desaparecido que estamos investigando.

- ¿Podría ser el tipo que vivía aquí? —postuló el agente, meneando la cabeza de arriba abajo para dar a entender que estaba al tanto del caso.

- No lo creo, lo más probable es que se trate de alguno de los tipos que andan buscándolo.

Frízer recorrió todo el menú que se mostraba en la memoria, desinflándose en un suspiro de impaciencia al ver que en todos los archivos había lo mismo, vídeos descargados de YouTube en los que aparecían tanto David Alería como su hermano.

- Bueno, ya lo estudiarán los del laboratorio, a ver si ellos dan con algo interesante.

- ¿No vas a ver qué hay en el otro pincho? —preguntó el agente, presto a recoger los discos al ver que lo rechazaba con un gesto de hastío.

Frízer se giró en redondo para observar el escenario, mucho más limpio y ordenado de lo que podría esperarse de la guarida de un jovenzuelo, una circunstancia que lo llevó a rechazar la hipótesis de que se tratara de David Alería, al que siempre había recreado como un niño consentido al que jamás lo habían obligado a hacerse la cama o recoger su habitación, sobre todo después de haber visto la casa donde se había criado.

- ¿Ese portátil estaba aquí?

- Sí, pero no te preocupes, ya lo ha examinado Miralles y está vacío, solo contiene el sistema operativo, aunque se lo van a llevar al laboratorio por si hubiera algo oculto —aseguró, deteniendo su faena para quedarse mirándolo con gesto inquisitivo.

- ¿Qué? —le gruñó Frízer, mirando en derredor por si había pisado algo.

- ¿Quién era ese tipo, acaso andabais ya tras él?
- Forma parte de la investigación de otro caso, bueno, el caso de la desaparición de ese muchacho.
- ¿Y es peligroso?
- La verdad es que no tenemos ni idea. Hasta que no sepamos de quién se trata…
- Pues andaos con cuidado, porque según la vecina de al lado… —dijo, señalando con un vaivén de mentón el descansillo de la escalera.
- ¿Habéis hablado ya con ella?
- Sí, Salanueva ha hablado ya con todos los vecinos, pero no han podido contar mucho sobre el inquilino. Dicen que apenas lo veían por aquí, aunque todos han coincidido en que no daba problemas, incluso algunos aseguran que era buen chaval, aunque muy reservado.

Frízer asintió, y se internó en el pasillo en busca del resto de habitaciones, donde encontró dos dormitorios impolutos; ni siquiera una arruga en las colchas que cubrían las camas, ambas de matrimonio con un cabezal tan extemporáneo como el cristo que los presidía. En una de ellas encontró el armario prácticamente vacío; solo unas mantas y un par de zapatillas, pero en la otra, sin duda el dormitorio que utilizaba el inquilino, pudo ver un buen puñado de pantalones, camisas, niquis, sudaderas y zapatillas; el ajuar propio de un veinteañero. Allí había también una cómoda con cuatro cajones. Abrió el primero con emoción contenida, como si aguardara un gran descubrimiento; por eso, cuando vio que no había más que camisetas, dejó escapar un gruñido, sonriéndose a sí mismo por su simplicidad. En el segundo cajón encontró un buen puñado de calzoncillos, todos ellos tipo bóxer de marcas pijas, varios de ellos aún en sus cajas, y en el tercero un montón de calcetines, algunos todavía con las etiquetas puestas; la mayoría eran deportivos, pero también había varios de hilo fino. Cuando tiró de la última gaveta esperaba más prendas, motivo por el cual, cuando vio que estaba lleno de fotografías, dio un respingo de emoción. Cogió el fajo como si se tratara de un paquete de cromos, y repasó las postales una a

una, girándolas para ver el reverso por si había algo anotado. Poco tardó en convencerse de que no se trataba más que de postales y recortes de revistas antiguas, sin duda pertenecientes a anteriores inquilinos, por lo que lanzó el paquete al cajón y lo cerró de una patada. De nuevo en el pasillo se giró sobre sus talones para situarse, deteniéndose frente al cuarto de baño para observar su interior. Allí no quiso entrar, temeroso de contaminar el lugar más productivo de la escena, de modo que se dirigió hacia la única puerta que aún no había fisgoneado, donde halló una pequeña terraza con un tendedero. No había ventana, pero una rejilla dejaba que una ringlera de rallos de sol penetrara hasta el interior para iluminar la caldera de gas y la lavadora; parecía como si alguien la hubiera colocado allí exprofeso para decorar los aparatos como si se tratara de un lienzo de Sorolla. Alzó la vista hacia los cordeles, de donde apenas colgaban un par de toallas de baño, y regresó al salón tras la estéril indagación.

- Se ve que le dio tiempo a llevarse los objetos personales.

- Ni dinero ni documentación alguna, ni siquiera una copia del contrato de alquiler que nos ha entregado la vecina.

- Bien, voy a ver qué me cuenta esa mujer.

Frízer acudió al piso de enfrente, y picó con los nudillos suavemente, pues la puerta volvía a estar entornada y temía darle un sobresalto letal a la fisgona. Aguantaba la risa que le arrancó ese pensamiento cuando la puerta se abrió de par en par para dejar a la vista a una octogenaria asustada, tremolando aún por lo vivido. Pese a las circunstancias le dedicó un gesto de alivio, y también una sonrisa, como si se tratara de una visita esperada. Se arrebujó la bata y alzó la vista para clavarle unos ojos brillantes que le desdibujaron a él la sonrisa tan rápido como ella abrió la boca para interesarse por su vecino.

- ¿Antonio? —remedó Frízer, sorprendido—. ¿Así se llama su vecino? —supuso, señalando la puerta del otro piso, abierta de par en par. Al ver que la mujer se limitaba a asentir, le preguntó si sabía sus apellidos.

- Me los dijo, pero ya no los recuerdo. Un compañero suyo se ha llevado el contrato de alquiler, ahí estaban sus datos.
- Soy el inspector Mark Frízer —se presentó, ofreciéndole la mano al tiempo que le mostraba su placa—. ¿Y usted es…?
- María Josefa Fernández.
- Encantado, doña Josefa. Entiendo entonces que el piso de enfrente también es de su propiedad.
- Sí, mi marido lo compró hace años, cuando se quedó vacío. Esperábamos que mi hija pequeña se viniera a vivir aquí, pero… su marido encontró trabajo en Fuenlabrada y se marchó allí con los niños.
- ¿Y desde cuándo vivía ahí el inquilino?
- Ya hace unos meses, llegó poco antes de Navidad.
- ¿Sabe si solía recibir visitas?
- No lo sé, pero yo jamás vi a nadie. Decía que tenía amigos, pero que quedaba con ellos por ahí, nunca los traía a casa, y eso que mi marido le decía que no le importaba, y que podía traer a su novia, aunque yo sé que no tenía, porque siempre llegaba pronto a casa.
- ¿Comentó en alguna ocasión de dónde era, o dónde trabajaba, si tenía familia…?
- Mi marido era quien charlaba con él de vez en cuando —dijo, balanceando la cabeza hacia los lados—. Alguna vez pasó a comer con nosotros, pero nunca le preguntamos nada. Como siempre iba y venía con una moto, dimos por hecho que trabajaba de repartidor o algo así. —De repente le vino algo a la mente que la sacudió por dentro, pero sonrió, haciendo que Frízer calcara su gesto—. A Antonio le gusta mucho el deporte, solía invitar a mi marido a ver los partidos de fútbol cuando jugaba la selección, de eso sí habla mucho, de fútbol y cosas de esas.

Frízer advirtió que la mujer reprimía el llanto, y aguardó un instante a que se calmara.
- ¿Su marido estaba en casa cuando ocurrió la pelea?
- No, mi marido falleció el mes pasado.
- Vaya, lo siento —se obligó a decir, lamentando no haber valorado una posibilidad que su rictus compungido había puesto en evidencia.

- Desde entonces, Antonio se ha portado muy bien conmigo. No ha pasado un solo día que no llamara para preguntarme si estaba bien o necesitaba algo.
- ¿Está sola, no tiene más hijos?
- Sí, tengo otra hija más, pero también vive fuera, y no quiero molestarla, además, ahora están las dos de vacaciones.
- Supongo que ya le habrá contado al inspector Salanueva lo ocurrido, pero… si no le importa…
- Yo estaba viendo la tele cuando oí los porrazos, y me asomé a la ventana pensando que pasaba algo en la calle, entonces vi que Antonio se estaba peleando con un hombre en el balcón.
- ¿Pudo averiguar el motivo de la pelea, discutían por algo?
- No, cuando yo me asomé ya se habían liado a puntapiés y puñetazos, jamás imaginé que Antonio pudiera saber defenderse de ese modo, era como el *Brusli*[15] ese de las películas.
- ¿Pudo ver si llevaban algún arma?
- El ladrón llevaba una pistola, pero no pudo dispararle porque Antonio le dio un puntapié antes de que pudiera apuntarle.
- ¿Y cómo acabó el intruso cayendo por el balcón?
- Estaban liados a puñetazos y patadas, se ve que perdió el equilibrio.
- ¿Y la pistola?
- Antonio se la llevó —reconoció la mujer antes de abandonarse al llanto, sobrecogida al recordar la violenta escena.
- Está bien, no se preocupe. Será mejor que entre en casa y se distraiga con la tele, no tardará en venir alguien para atenderla y charlar un rato.
- Un compañero suyo me ha dicho que va a venir una sicóloga, pero no sé qué tengo que decirle.
- No se preocupe, no le va a preguntar nada sobre lo ocurrido, simplemente vendrá a reconfortarla y hacerle compañía, y si necesita algo, no dude en pedírselo.
- Está bien, estaré dentro por si necesitan algo.

Frízer aguardó a que la mujer cerrara la puerta, y después bajó a charlar con Salanueva, al que encontró al teléfono dando novedades.

Aguardó a que terminara la comunicación, y después le hizo señas para que se acercara.
- El comisario va a llamar a Albuena para ponerlo al tanto de lo ocurrido —le dijo Salanueva, pensando que era eso lo que iba a pedirle.
- Bien —repuso Frízer, señalando el balcón con un brazo—. ¿Hay más testigos que vieran lo ocurrido? La vecina está muy afectada, y no parece que su testimonio sea fiable. Al parecer mantenía buena relación con el inquilino.
- ¿Piensas que pueda callar algo para protegerlo?
- No lo descarto.
- Bueno, hemos hablado también con un hombre que vive ahí enfrente, que asegura que había visto al inquilino en alguna ocasión asomado al balcón, pero que no lo conocía de nada. El tipo asegura que vio al asaltante trepar por la bajante hasta el balcón como si fuera un mono, y que le gritó para reprobar su actitud amenazándolo con llamar a la policía.
- Eso debió de alertar al inquilino —susurró Frízer, imaginando la escena al tiempo que llevaba la vista hacia el balcón.
- Y eso lo salvó, porque de no haberse asomado para ver qué pasaba… Lo demás ya te lo habrá contado la mujer, se liaron a tortas como si fueran Jason Statham y Vin Diesel[16], pero… —Salanueva sacó su móvil y consultó sus notas—. Antonio Martínez Soler, parece ser que así es como se llama tu hombre. —Aguardó a que Frízer lo anotara en su agenda antes de proseguir—. Ese tipo le dio una patada en la cabeza que lo lanzó balcón abajo. Después se hizo con el arma que llevaba el atacante y bajó por la escalera para coger la moto, por cierto, ya tenemos a un hombre vigilando las cámaras en su busca, como te digo, en cuanto sepamos algo se pondrán en contacto con Albuena.
- En fin —suspiró Frízer—, voy a pasarme por el hospital, a ver si hay suerte y puedo interrogar a ese tipo.
- ¿Quieres que te mande las huellas dactilares?, solo había un patrón, tanto en el local como en el piso, o sea que no hay dudas de que son del tipo que huyó en la moto. Los resultados de las

muestras de ADN ya os los mandarán cuando estén disponibles. Por cierto, ¿tenéis con qué comparar?
- Bueno, no para identificarlo si no es quien creemos que es, pero si lo es, tenemos varios familiares dispuestos.
- ¿Y de quién crees que se trata?
- Cabe la posibilidad de que se trate de un chaval que desapareció de la faz de la tierra hace cinco años. Su padre vino el otro día a la comisaría para decirnos que lo había visto frente a su casa. Al principio no le dimos ningún crédito, pero desde entonces se han producido unas situaciones que nos llevan a replantearnos el asunto.
- Bueno, tendrás alguna foto, ¿no?
- Hay infinidad, pero de hace cinco años.
- Tampoco habrá cambiado tanto, ¿la vecina no lo ha reconocido? —se extrañó Salanueva.
- ¡Joder! —exclamó Frízer, que dejó a su colega con una expresión de asombro al ver que echaba a correr escaleras arriba sin despedirse.

Frízer llamó con los nudillos suavemente, convencido de que la mujer aguardaba tras la puerta, pero la demora le hizo ver que le había hecho caso y estaba distraída con la televisión, que atronó a toda pastilla apenas abrió una rendija.
- Perdone que la moleste de nuevo, doña Josefa, pero me gustaría enseñarle unas fotos, a ver si reconoce a Antonio.
- Espere un momento, voy a por las gafas.

Frízer aguardó a que regresara rebuscando en la carpeta en la que había guardado las fotografías que le había pasado Mateo Alería. Cuando alzó la vista de la pantalla, doña Josefa ya había regresado, y se encontraba con las gafas en la mano, dispuesta a observar lo que le mostrara. Entonces le colocó el móvil frente a los ojos, y la dejó escudriñar la imagen sin prisa. Doña Josefa no tardó en esbozar una sonrisa, enternecida.
- ¿Qué joven está, y qué guapo? —musitó, meneando la cabeza de arriba abajo.
- ¿Está segura? —quiso asegurarse, presto a mostrarle otra fotografía.

Doña Josefa observó la ristra de imágenes que Frízer fue pasando con una mezcla de emoción y congoja, rompiendo a llorar poco después, cuando recordó lo acontecido en el balcón apenas unas horas antes y fue consciente de las consecuencias que iba a acarrearle al muchacho lo sucedido.

- Antonio no hizo otra cosa que defenderse —lloriqueó, alzando las gafas para poder enjugarse los ojos.

- Por supuesto, cuando alguien trepa al balcón de una casa con una pistola… y menos mal que fue capaz de repeler el ataque, si no, ahora estaríamos lamentando una desgracia.

- ¿Y qué le va a pasar a Antonio?

- Bueno, ahora estará asustado y confundido, por eso ha huido, pero en cuanto se calme contactará con la policía para denunciar lo ocurrido. Además, tarde o temprano tendrá que regresar a casa. Por eso no debe preocuparse, en cuanto hable con él le diré que venga a hacerle una visita, así se queda tranquila. Por cierto, le voy a dejar una tarjeta. —Frízer se la tendió, señalándole con un dedo el número de teléfono que aparecía—. Este es mi número personal, si tuviera que contactar con nosotros por algún motivo, no dude en llamarme. Además, si Antonio contactara con usted de algún modo, dígale que yo puedo protegerlo, ¿lo recordará?

- Sí, claro —dijo la mujer en un suspiro, regresando al interior apenas aprehendió la tarjeta, dejando la puerta abierta de par en par.

Frízer no supo qué hacer. Aguardó durante un rato, pero al ver que la mujer no regresaba, cerró la puerta y bajó a la calle, esperanzado en que la sicóloga llegara pronto. Allí encontró a Salanueva charlando con el subinspector, haciendo planes para el fin de semana.

- ¿Qué, cómo está la mujer? —le preguntó el inspector al verlo.

- Ya te puedes imaginar, con el susto en el cuerpo.

- ¿Ha reconocido a tu hombre?

- Lo ha reconocido —asintió Frízer, meneando la cabeza de arriba abajo como un muñeco.

- Parece que eso te preocupe —le dijo Salanueva con guasa, aunque extrañado por su reacción.
- No voy a negar que me inquieta, esto pone patas arriba todo lo que hemos valorado hasta ahora.
- ¿Y piensas que te puedes fiar de lo que diga la vieja? —le preguntó el subinspector.
- ¿Tienes ahí alguna huella de ese tipo?
- Sí, claro, no te preocupes, ¿a dónde quieres que te la envíe?
- Pásasela a la inspectora Silvia Rodríguez, es la jefa de Telemática de mi Departamento, ella la comprobará.

Frízer le dio la dirección de correo de Silvia, y aguardó ensimismado a que Salanueva le enviara las huellas que había tomado del casco, dirimiendo si dejarlo todo para el día siguiente e ir en busca de su hermano o apurar las dos horas que faltaban para que llegara.

- Ya hemos contactado con la familia de doña Josefa —le dijo el subinspector, pensando que era eso lo que le preocupaba.
- Me ha dicho que tiene dos hijas.
- Una no quiere saber nada, dice que ya se pasará cuando regrese, que está de vacaciones, pero la otra nos ha asegurado que iba a llamarla por teléfono, y que estaría pendiente de ella.
- Bueno —musitó Frízer, encogiéndose de hombros—. En fin, ya nos veremos, os dejo con la faena.

Cuando Frízer se subió al coche, se agachó hasta apoyar la frente sobre el volante, masajeándose las sienes, que le punzaban la cabeza al compás de los latidos de su corazón como retumbos de feria. Durante un rato se embutió en la controversia de llamar al comisario para decirle lo que había descubierto o llamar primero a los Alería, pero sabía que aquella información no podía ofrecerse por teléfono, y acudir de nuevo a Fuentelarreina implicaba dejar para el día siguiente el interrogatorio a Olivares, cuya filiación, al menos, ya había confirmado la Científica. Cuando al fin decidió que lo mejor era pasarle la responsabilidad al comisario, programó el navegador y siguió las indicaciones que iban a llevarlo hasta el Hospital Universitario. Una vez en la circunvalación, aprovechando la fluidez

del tráfico a aquellas horas vespertinas, pidió de viva voz al coche que marcara el número del despacho de Albuena. Este no se hizo esperar, como si hubiese estado aguardando su llamada con el teléfono en la mano.
- ¿Qué hay, Mark?
- ¿Has hablado ya con los de Colmenar?
- Sí, por eso no te preocupes, nos mantenemos en contacto.
- Bien, pues prepárate para una sorpresa.
- Ya me han dicho que se trata del tipo que se coló en la Científica, el tal Olivares.
- Sí, eso ya se ha confirmado, aunque aún desconocemos su identidad.
- Bueno, en Defensa le dijeron a Castillo que se llama… a ver, que lo tengo por aquí anotado… pensé que ya lo habías comprobado.
- ¿No dijiste que ibas a ir tú a la oficina de Documentación?
- Y eso pensaba hacer, pero no he tenido tiempo, he estado toda la tarde liado, a ver si mañana por la mañana… A ver, sí, aquí esta, ese tipo se llama Andrés Martínez Soler.
- ¿Martínez Soler?, ¿estás seguro?
- Hombre, si Castillo no me ha tomado el pelo…
- El tipo que tiró por el balcón a Olivares se llama Antonio Martínez Soler.
- ¿Son hermanos? —gruñó Albuena con asombro.
- No creo que Olivares se llame así, eso es una tomadura de pelo, lo que sí te puedo asegurar es que el tipo que lo lanzó por el balcón es David Alería, una vecina lo ha reconocido sin dudar, en todas las fotografías.
- ¡No jodas!
- Iba a llamar ahora a los Alería para decírselo, pero he pensado que esa información hay que facilitarla en persona, y que deberías hacerlo tú.
- De momento, mientras no tengamos una prueba fehaciente, lo mantendremos ente tú y yo, no vayamos a cagarla.
- Se han tomado muestras de ADN, pero eso tardará. Las huellas dactilares, que había muchas, se las acaban de enviar a Silvia para

que las compruebe. Si con eso te vale…
- Bien, voy a ver si le han llegado.
- Ahora voy hacia La Paz, a ver si puedo interrogar a Olivares.

Albuena se llevó un buen sobresalto al oír aquello. Por un momento pensó decirle la verdad, pero entendió que esos datos no podían ofrecerse por teléfono, y urdió una falacia con la que disuadirlo.

- Los de Colmenar me han dicho que está en la UCI, y que lo van a mantener en coma inducido hasta que averigüen el alcance de las lesiones, o sea que no te preocupes por eso, los que lo vigilan ya nos avisarán cuando pueda ser interrogado.
- Entonces, ¿qué hago?, ¿quieres que vaya yo a la oficina de Documentación?, aún dispongo de un par de horas.
- Bien, y me llamas con lo que sea —aceptó Albuena, suspirando con alivio.
- ¿Llamas para que sepan que voy?, ya sabes que esa gente no me va a dejar ni pasar por la puerta sin una orden.
- Ahora mismo les paso por correo el papelote que me firmó ayer Castillo, a ver si cuela.

Albuena colgó, y se dispuso a enviar a la oficina de Documentación el requerimiento con los datos de Frízer. Apenas lo hubo enviado salió corriendo hacia el despacho de Silvia, apareciendo tan de repente que ella brincó en la silla.

- ¡Por Dios, comisario! —le gruñó tras el sobresalto.
- Me han dicho que te han enviado unas huellas.
- ¿Quién? —repuso ella sin pensar, presta a rebuscar en la bandeja de entrada de su gestor de correo.
- Los de Colmenar, es una huella que si confirma el titular te va a poner los pelos de punta.
- ¿No pensarás que es Rosales quien ha lanzado por el balcón a su compinche?
- Tú compruébala, y ya veremos —la animó el comisario, apostándose tras ella para observar sus movimientos en la pantalla.

Silvia soltó un mugido de reconocimiento hacia el colega que le había enviado la información, de donde extrajo la huella para pasarla

por el sistema de reconocimiento dactilar. Ambos aguardaron con expectación el resultado del escrutinio, conteniendo la respiración cuando el programa se detuvo en una huella para hacer una comparación más exhaustiva, pese a que ese mismo procedimiento venía produciéndose desde que les permitieran acceso al archivo central, y de eso habían transcurrido ya varios lustros. Apenas cinco segundos después tenían la confirmación de que ambas huellas eran coincidentes en un porcentaje casi absoluto. Albuena se retrepó para vaciarse en un hondo suspiro, y le dio unas palmadas en un hombro antes de encaminarse hacia su despacho, a donde acudió despacio, como si la información que atesoraba pudiera quebrarse al menor movimiento. Silvia en cambio se quedó petrificada, con la mirada fija en una pantalla que parecía burlarse, como si aquello que estaba viendo formara parte de un videojuego. Poco después, cuando pudo reaccionar, observó a través de la cristalera los movimientos tardos de Albuena, que se dejó caer sobre su butaca con apatía, meneando la cabeza hacia los lados con manifiesta incredulidad. Se levantó y acudió tras él, dispuesta a compartir ese momento en que no tenía la menor duda de que Albuena se iba a ver obligado a transmitir la noticia a la familia.

- ¿Qué vas a hacer? —le preguntó en un susurro.

- Llamarlos, ¿qué otra cosa puedo hacer? Además, no podemos arriesgarnos a que alguien lo averigüe y se adelante, eso sería un desastre.

- En fin, descuelga, y que sea lo que Dios quiera.

Silvia se dejó caer sobre la butaca que siempre aguardaba a los visitantes, observando el teléfono como si a través de aquella silueta inanimada pudiera observar la reacción de quien estuviera al otro lado de la línea. Albuena marcó al fin, y aguardó respuesta tamborileando los dedos sobre la mesa para aplacar los nervios.

- ¡Comisario! —se oyó apenas tres tonos más tarde, una exclamación tan cordial que traslució la falsedad de su animosidad, como si quien respondía aguardara la mentira piadosa a la que el departamento de Policía los tenía acostumbrados.

- Señor Alería, ya sabemos a quién vio frente a su casa el otro día.

- ¿A quién?
- A su hijo.

# 17

Frízer pidió al navegador que lo condujera a la comisaría de Ciudad Lineal, calculando cuánto le costaría llegar allí y regresar después a su casa con tiempo para recoger a su hermano sin que este tuviera que aguardar mucho rato en la calle. Tras el instante de duda que le produjo saber que distaba treinta y seis kilómetros de donde se encontraba, que con el tráfico que había podría retrasarlo más de una hora, apretó el acelerador y enfiló la M-607 camino a un destino que imaginaba sumamente hostil, pues si algo había aprendido desde que ingresara en la academia era que sin una orden judicial no se conseguía nada, aunque tenía la esperanza de que para cuando llegara, el comisario ya le hubiera allanado el camino.

Cuando el navegador le dijo que había alcanzado su destino recorrió los alrededores en busca de un lugar donde poder dejar el coche, pero el infructuoso paseo lo obligó a alejarse hasta un aparcamiento subterráneo que se encontraba a tres manzanas. «Al menos estará a la sombra», se dijo cuando salió a la calle, donde el asfalto reverberaba la ardentía del sol con tal fuerza que hasta las terrazas de los bares se encontraban vacías. Cruzó la calle para refugiarse bajo las sombras que ofrecía la acera contigua, y caminó despacio hacia la comisaría, recreando el momento en que los Alería recibían la noticia de que su hijo se encontraba con vida. Hasta ese momento no se había planteado qué pasos deberían seguir si eso ocurría, pero ahora que tenía la certeza de que habían dado con él, no tenía ni idea de cómo iban a encarar el asunto, pues aquella constatación daba un vuelco total a la investigación, y si, además, David Alería no tenía la menor intención de que lo encontraran… en todo el tiempo que llevaba desaparecido había demostrado que era muy bueno en eso, por lo que no tenía duda alguna de que dar con él no iba a ser tarea fácil. Las preguntas iban surgiendo a cada paso que daba, pero la más importante, la que debía explicar la razón por la cual ese joven había decidido desaparecer, se le atascaba en el cerebro como el sonsonete de una melodía pegadiza que se repite una y otra vez sin llegar a pasar del estribillo. Cuando alcanzó la comisaría entendió que no tenía ni una sola respuesta que pudiera

aclarar lo ocurrido, todo eran especulaciones fantasiosas que se esfumaban tan rápido como llegaban, pues siempre había algo que terminaba por frustrar hasta la más sensata de las teorías. Además, el dinero aparecido en el coche de su hermano venía a añadir un punto más de suspense a aquella inextricable historia, y también abría un nuevo abanico de especulaciones, pues si algo tenía claro es que en cuanto había dinero por medio, todo era posible. Y cincuenta mil euros por las molestias era una cantidad considerable, en eso estaba totalmente de acuerdo con Javier Alería. Aquel pensamiento le arrancó una sonrisa, absolutamente sarcástica, pero el agente que lo recibió a las puertas no podía ni imaginarlo, y respondió con la debida cortesía, preguntando de inmediato si era el inspector Frízer.

- Vaya, veo que el comisario Albuena ha hecho bien su trabajo —bromeó, mostrándole sus credenciales.

- Bienvenido —dijo el agente, alzando una mano para que lo siguiera por un pasillo que había a su izquierda, donde pudo ver varios cubículos diáfanos.

Cuando alcanzaron el despacho más alejado, el único que tenía una puerta opaca en la que rezaba el nombre del comisario, el agente llamó con los nudillos y abrió una rendija.

- Comisario, el inspector Frízer ya ha llegado.

- ¡Que pase! —se oyó tronar una ronca voz de mando.

El comisario se puso en pie de un impulso enérgico para recibir a su visitante, alzando una mano con una camaradería que dejó a Frízer un poco apabullado.

- ¿Cómo está Albuena?, hace tiempo que no se le ve por aquí.

El comisario rodeó su mesa para sentarse, señalando una de las sillas que había en el despacho, y se quedó mirándolo sonriente.

- Bueno, liado, pero bien —tanteó Frízer, dando por hecho que eran algo más que simples colegas, asentando sus posaderas muy despacio.

- No he podido charlar con él, me cago en la leche, pero es que estaba al teléfono con el juez Castillo, y ya sabes que en esta

profesión todo es cuestión de prioridades. Pero no importa, luego lo llamo para decirle que ya has estado aquí.

El comisario alzó ambos brazos y se quedó mirándolo, sin duda aguardando a que le dijera en qué diablos andaban metidos.

- Tenemos la huella dactilar de un tipo que anda por ahí buscando por su cuenta a un joven desaparecido…

- Sí, Castillo me ha dicho que es una identidad protegida, pero ambos hemos estado de acuerdo en que eso no le da derecho a saltarse las leyes a la torera. Si lo hace, y con ello pone al descubierto su verdadera identidad, deberá atenerse a las consecuencias. De todos modos, al tratarse de materia reservada hemos de andarnos con cuidado, no vaya a ser que nos hayamos topado con alguna operación relacionada con la Inteligencia de las Fuerzas Armadas y nos metamos donde no nos llaman.

- El hombre que buscamos se llama Andrés Martínez Soler —le dijo Frízer al ver que sacaba una carpetilla clasificadora con varios documentos.

- En este país hay un buen puñado de Martínez Soler, además, son dos apellidos muy utilizados para ocultar otras identidades —susurró el hombre con despreocupación, sin apartar los ojos de la carpetilla, que hojeaba rebuscando algo.

- Ese es el nombre que le dieron al juez Castillo en Defensa —le dijo Frízer, contrariado.

- Por eso me ha llamado él personalmente, porque no le hace la menor gracia que le tomen el pelo.

El comisario ladeó la carpeta para que pudiera verla, y se quedó mirándolo para ver su reacción.

- ¿Es él? —preguntó Frízer, con los ojos fijos en la fotografía que presidía el informe, en realidad la ficha de su identificación cuando renovó por última vez el carnet de identidad, si bien la fecha indicaba que de eso habían transcurrido ya quince años.

- Esta es la verdadera identidad del tipo que lleva en los dedos las huellas dactilares que me han pasado, pero… —dijo, alzando los ojos para mirarlo—, se trata de un militar fallecido hace un par de años. No entiendo porqué su identidad es materia clasificada para

Defensa, pero imagino que se trataba de alguien del CIFAS[17] que conviene mantener oculto, bien porque su fallecimiento puede comprometer a otras personas o, precisamente, porque conviene mantenerlo fuera de servicio.
- ¿Y dice que falleció hace dos años?
- Eso es lo que dicen estos papeles, y están refrendados por Defensa, Asuntos Exteriores e Interior, vamos, que han sido minuciosos.
- Entonces… ¿y la familia?
- No me extrañaría que no tuviera familia, o que si la tiene no le hayan comunicado el fallecimiento, ya sabes que a este tipo de gente la eligen concienzudamente, no quieren que tengan ataduras de ninguna clase.
- Bueno, pues si está fallecido, ahí se acaba todo —murmuró Frízer, haciendo amago de levantarse.
- No —le dijo el comisario, balanceando una mano para que volviera a sentarse—. No me tomes por tonto, que un muerto no va dejando huellas dactilares por ahí —añadió riendo.
- Ahora está en La Paz, en cuidados intensivos —tuvo que reconocer Frízer, acompañándolo en la guasa con cierto sonrojo.
- ¿Y cómo es eso?, ¿no le habréis pegado un tiro?
- No sé si el juez Castillo le ha dicho que estamos investigando la desaparición de David Alería.
- Sí, me lo ha explicado, pero no entiendo qué relación puede tener ese caso con este tipo.
- Este tipo andaba buscando a ese joven, y lo ha encontrado esta mañana.
- ¿Cómo que lo ha encontrado? —se revolvió alarmado, temiendo que lo hubiera liquidado.
- Estaba escondido en un piso de Colmenar Viejo, y este tipo ha intentado colarse en su casa. El resultado es que el chaval desaparecido le ha dado una zurra y lo ha tirado por el balcón de un primer piso, aunque afortunadamente ha caído sobre un coche y el golpe no ha sido mortal. Ahora está en Intensivos de La Paz.

- ¿Habéis podido interrogarlo?, sería conveniente saber si trabaja para Defensa, no vaya a ser que se trate del malo equivocado.
- No, como le digo está en la UCI, al parecer en coma inducido.
- ¿Y el chaval qué dice?, ¿ha comentado porqué lo seguían?
- El chaval se las ha pirado con un arma que llevaba este tipo, y me temo que está vivo de milagro.
- Vamos, que tenemos a un profesional con una misión clara, cargarse a un chaval que lleva cinco años desaparecido.
- Eso es lo que parece —corroboró Frízer, encogiéndose de hombros.
- Pues deberíais dar con él antes que esos tipos, porque si no, continuará desaparecido para los restos.
- Eso es lo que pensamos, pero hasta que no podamos interrogar al que está en el hospital…
- Supongo que lo tendréis vigilado, ¿no?
- De eso se encargan los de Colmenar —asintió Frízer.
- Bueno, pues esto es todo lo que tenemos sobre este tipo —dijo, tendiéndole la carpeta—. No te preocupes, es una copia —le dijo al ver que dudaba.
- ¿Es materia clasificada?
- Hasta la fecha que ves ahí, no, después… de todos modos, que nadie sepa que manejáis esos datos.
- Está bien, le diré a Albuena que no figure en el informe.

El comisario se puso en pie, y salió afuera para despedirlo, regresando a su despacho apenas le sacudió la mano. Frízer se quedó a la entrada, cabizbajo, aferrando la carpeta con recelo, pues algo le decía que aquello podría explotarle en las manos. Regresó al aparcamiento y se subió al coche refunfuñando para sus adentros porque su hermano aún no hubiera dado señales de vida. Apenas abandonó el refugio del garaje pidió de viva voz al coche que lo llamara, pero al instante se arrepintió, pues aún era temprano, y quería pasar antes por la comisaría para entregarle la carpeta al comisario.

Al llegar se topó con Silvia, que ya se marchaba a su casa, y se acercó para mostrarle la carpeta.

- ¿Se ha marchado ya el comisario? —preguntó por saludo, poniendo ante sus ojos la verdadera identidad de Olivares.
- Anda en su despacho —repuso ella, ojeando el informe—. O sea que este es Olivares, vaya, vaya.
- ¿Podrías averiguar si tiene familia?
- Por supuesto —aseguró ella, regresando por sus pasos hacia su guarida.
- Voy a darle novedades —le dijo Frízer, señalando con los ojos el despacho del comisario, al que vio parapetado tras su escritorio, ensimismado en lo que veía en la pantalla.
- Hombre, Mark, ¿cómo ha ido?
- Ya tenemos la verdadera identidad de ese tipo —le dijo con entusiasmo.

Frízer advirtió enseguida que el comisario no participaba de su contento para con las buenas noticias, y se quedó mirándolo. A un gesto del hombre se dejó caer sobre una silla, aguardando a que le dijera qué le preocupaba.

- Acaban de llamarme los que andaban vigilando el despacho de Nadia Percal.
- ¿Ha ocurrido algo?
- Han logrado despistarlos, y han desaparecido llevándose todo el material que había en la oficina.
- Bueno, eso es lo de menos, ya sabemos que tienen la sede en Andorra, no será problema dar con ellos.
- En Andorra no hay sede física —gruñó el comisario—. Los registros los llevó un despacho de abogados, y todo lo que han podido averiguar los conduce a otro despacho de abogados de Panamá.
- ¿Y eso en qué afecta a nuestro caso? —quiso saber Frízer, quitándole importancia.
- Castillo quiere que lleguemos al fondo de todo esto.
- Para eso necesitamos medios.
- Ya se ha puesto en contacto con los ministerios implicados, y le han autorizado a abrir una investigación.
- ¿Y los de Defensa?

- Vamos a colaborar con ellos, espero que ellos también con nosotros.
- Lo tengo —oyeron a Silvia, que asomaba a la puerta sonriente, haciendo que ambos se revolvieran para mirarla—. Nació en Lillo hace cuarenta y dos años.
- ¿Y eso por dónde cae? —preguntó Frízer.
- En la provincia de Toledo, a poco más de una hora —le dijo Silvia.
- Bueno, pues mañana a primera hora te vas a hacerles una visita —le dijo el comisario a Frízer—. Pero ten cuidado, ten en cuenta que lo más probable es que esa gente piense que su hijo lleva muerto dos años. —El comisario chascó la lengua con fastidio, y alzó la vista para mirarlo—. De haber sabido que iban a ser tan espléndidos, podríamos haberles pedido también la identidad de Rosales.
- Estuve a punto de hacerlo, pero si Castillo no les dijo nada…
- Tienes razón, mejor no tentar la suerte. Por cierto, ¿cómo se llama ese tipo, el tal Olivares?
- Ambrosio Serrano Parreño —leyó Silvia de la carpeta—. Nacido en Lillo el 14 de abril de 1986, hijo de Ambrosio y Catalina.
- ¿Sabes si su familia continúa viviendo en Lillo?
- El último censo electoral los sitúa allí —respondió Silvia.
- Entonces confírmalo, y mañana les haces una visita, a ver qué saben.
- ¿Qué tal se han tomado los Alería lo de su hijo? —preguntó Frízer al tiempo que asentía, imaginando una bullanga indescriptible.
- Les he dejado bien claro que hasta que se confirme el resultado del ADN no debemos echar las campanas al vuelo, pero ya te puedes imaginar.
- ¡Qué alegría! —dijo Silvia, después de cinco años…, no puedo ni imaginar lo que estará pasando por la cabeza de esos padres.
- ¿Te han dicho los de la científica cuánto dinero había en el coche?
- Once tacos de 100 billetes de 50 euros, números aleatorios, aunque poco usados. La Fábrica de Moneda y Timbre ya está informada, a ver si hay suerte y pueden averiguar de dónde han salido.

- ¿Quién diablos deja semejante cantidad de dinero en un coche? —se preguntó Silvia, asombrada.
- David Alería —le dijo el comisario, sonriendo sibilinamente.
- ¿Han aparecido sus huellas? —dedujo Frízer.
- Estaban en la bolsa.
- Esto empieza a ponerse interesante —dijo Silvia, que dio un respingo al ver la hora que era—. Me voy a mi casa, que ya son las ocho y estas horas no me las paga nadie.

Frízer brincó en la silla, haciendo que el comisario se revolviera alarmado, más aún cuando el inspector consultó su teléfono con una ansiedad desmesurada.

- ¿Qué ocurre? —le preguntó, dando por hecho que había olvidado algo importante relacionado con el caso.
- Mi hermano, tenía que haber llamado hace una hora.
- Y lo hizo, y en varias ocasiones —acompañó el comisario a un gesto de extrañeza—, pero como no le respondías llamó aquí, y le dije que se viniera, así lo conocíamos.

Frízer se revolvió nervioso, pero al ver que ambos sonreían, dio por hecho que bromeaban. Meneó la cabeza en una reprobación poco convincente, y abandonó el despacho camino del garaje. Albuena tuvo que llamarlo de viva voz para que regresara al ver que se internaba en el ascensor. Paul asomó a la puerta de la sala de espera al oír los gritos, momento en que vio a su hermano al fondo del pasillo, y le sonrió, corriendo después para saltar a sus brazos como cuando era un niño.

# 18

Frízer dudó si despertar a su hermano tan pronto, pero sucumbió al deseo de poder charlar con él mientras desayunaba, temiendo que el viaje que tenía planeado para Lillo lo retuviera por allí más tiempo del esperado y no lo viera en todo el día. Su madre acababa de llamar, puntual como todas las mañanas, pese a que habían estado charlando por videoconferencia la noche anterior durante más de una hora, pero por fin había logrado que colgara, y ahora, como siempre, ya todo eran prisas.

- ¿Quién era? —le preguntó Paul apenas asomó a la puerta de la habitación, rebuscando con la mirada el despertador.

- ¿Quién va a ser?, tu madre.

- Jo, qué plasta —refunfuñó, estirando los brazos como un crucificado para desperezarse—. ¿Ya has desayunado? —supuso al olisquear en el aire el perfume de las tostadas que, literalmente, había tostado su hermano.

- Suelo desayunar fuera, pero hoy desayunaremos juntos.

- ¿Y después, a dónde vamos?

- ¿Cómo que a dónde vamos?, yo tengo que trabajar. Si regreso pronto te llamaré para comer por ahí, pero si me entretengo tendrás que buscarte la vida. Venga, date prisa, que tengo una hora de viaje hasta Lillo y antes quiero pasar por la comisaría.

- ¿Una hora de viaje?, ¿dónde está eso? —preguntó, brincando de la cama como si le hubiera propuesto acompañarlo.

- En Toledo. —Frízer sonrió al ver su gesto de asombro, meneando la cabeza hacia los lados para rebajar sus expectativas.

- Bueno, te acompaño a la comisaría, y después ya veremos.

Frízer soltó un resoplo ante la sorprendente soltura con la que se desenvolvía, totalmente distinta a la que él recordaba, pues su hermano siempre había sido un muchacho más bien retraído, y ahora parecía el jefecillo de una pandilla de quinquis. Entonces, por primera vez en los tres años que llevaba fuera de Mallorca, cayó en la cuenta de que ya no era el tímido adolescente que dejó allí, algo que su madre tampoco parecía entender, a juzgar por el control que

ejercía sobre él, llamándolo a cada instante para que le dijera dónde estaba, a dónde iba o de dónde venía. Luego pensó en sí mismo, y en las llamadas puntuales que le hacía cada día, y en lugar de reconvención lo que sintió fue un deseo irrefrenable de estrecharla en sus brazos como cuando saltaba sobre ella en el patio del colegio al que iba a recogerlo por las tardes. Rememoraba aquellos tiempos tan ensimismado que no se dio cuenta de que su hermano lo miraba hasta que oyó que arrastraba una silla para acomodarse a la mesa.

- Mark, lo de las tostadas déjamelo a mí —le dijo, señalando con repulsa las rebanadas negras que Frízer había dejado sobre un plato.

- Mamá ha tenido la culpa, ha llamado justo cuando iba a sacarlas de la tostadora.

Paul se encogió de hombros, quitándole importancia, si bien cogió las galletas que su hermano se había apresurado a poner sobre la mesa para paliar el desastre.

- Mañana es sábado, supongo que no currarás.

- En principio no, pero todo depende de cómo vaya la investigación que estamos llevando a cabo.

- ¿La del tipo ese desaparecido? —preguntó, deteniendo su masticar frenético para clavarle unos ojos ahítos de curiosidad.

- ¿Qué sabes tú de eso? —le gruñó Frízer, dando un respingo al recordar que había dejado su portátil conectado, temiendo que se le hubiera ocurrido fisgonearlo, aunque enseguida se desinfló en un suspiro de alivio al caer en la cuenta de que no había imágenes sórdidas.

- Tu compañera estuvo charlando del asunto con el comisario, y como no tenía nada mejor que hacer, saqué la antena.

Lo que le pedía el cuerpo a Frízer era abroncarlo, pero algo en su interior lo empujó a reír, una actitud que dejó contrariado a su hermano, dando por hecho que no le creía. Paul, aunque en un principio cabeceó con indiferencia, le apartó la mirada para continuar dando cuenta de las galletas, un gesto banal que en cualquier otra circunstancia habría pasado totalmente inadvertido, sin embargo, en ese momento atravesó la conciencia de Frízer como un rayo, avivando los recuerdos de las charlas que había mantenido con su

madre, que comenzaron a cernirse sobre él como una sombra tenebrosa. Lo había intuido, pero esa inquietud que hasta ese momento había achacado al desasosiego que provoca la distancia comenzó repentinamente a conformar una dimensión totalmente distinta. Apenas un minuto después había atado cabos, llegando a la conclusión de que aquel viaje precipitado tenía más que ver con decisiones de su hermano que con el viaje programado que se habían prometido sus padres, una circunstancia que venía a constatar el hecho de que su hermana no hubiera venido con él, pues las excusas que había esgrimido su madre le habían parecido ridículas.

- ¿Cómo van los estudios? —preguntó, dejando traslucir en el tono de su voz cierta alarma.

- Aún faltan unas semanas para que comiencen las clases, de momento prefiero no pensar en eso.

- ¡No habrás pensado dejarlo!

- ¿Estás loco o qué? —replicó Paul, sorprendido ante aquella inflexión inesperada que no alcanzaba a comprender.

- ¿Seguro? —insistió, manteniéndole la mirada con dureza, atosigado por el mal pálpito que le causaba la sospecha de que todo aquello tuviera que ver con una repentina chaladura que le hiciera tirar su futuro por la borda.

Paul hizo un gesto de indiferencia con el que dejarle claro que no pensaba dedicar más cháchara a un asunto al que no encontraba el menor sentido, y le dio la espalda.

- Venga, date aire —zanjó al tiempo que se encaminaba hacia su habitación.

Frízer lo agarró de un brazo, y se quedó mirándolo, escrutando sus ojos en busca de una señal que le indicara si estaba siendo sincero.

- ¿Se puede saber qué te pasa? —se revolvió, reculando con sobresalto.

- Nada, perdona, son chorradas mías —se disculpó al ver que lo había asustado, aunque sin soltarle el brazo.

- Ya te lo ha dicho papá, ¿no? —le gruñó entonces con enojo, lamentando que su padre se lo hubiera contado antes de que él

hubiera podido ablandarlo.
- ¿Qué debía decirme? —urgió Frízer, conformando un gesto de alarma al intuir que se confirmaban sus sospechas.
- Que en cuanto acabe la carrera voy a ingresar en la academia de policía. Al comisario le pareció fantástico, y más aún a tu compañera.

Paul sonrió de modo que le mostró todos sus dientes, un gesto en el que Frízer no pudo ver más que una evasiva a la desesperada para esquivar el tema. Iba a soltarle una reprimenda cuando Paul se le adelantó:
- ¿Sabes?, me ha invitado a comer a su casa, el domingo, va a preparar paella.

Frízer se quedó tan sorprendido que la filípica que preparaba se le quedó atascada en la cabeza. Cuando al fin urdió una réplica con la que aplacarlo, su hermano ya había regresado a su habitación para vestirse. Entonces se dejó caer sobre una silla, y se quedó pensando. Su imaginación se empeñaba en recrear la escena que vivió él mismo ante su padre cuando le dijo que quería marcharse a la península para ingresar en la academia de policía; la reacción del hombre, una mezcla de orgullo y pavor, algo que ahora por fin entendía. Ya no volvió a abrir la boca hasta que estuvo en el coche, y fue para decirle que inspector Frízer sonaba mucho mejor que inspector Martínez, una especie de broma con la que aceptar una decisión que, aunque solo le incumbía a él, precisaba de su aprobación más aún que la de sus propios padres. Además, entendía que su plácet era fundamental para que pudiera comenzar su proyecto de vida con la misma ilusión con la que lo emprendió él; eso era de justicia.

Paul desdibujó la sonrisa para conformar una mueca de contrariedad, la misma que Frízer recordaba que hacía de niño cuando le contaba historias imposibles para burlarse de su ingenuidad, y que aún repetía como entonces. Paul barbulló un refunfuño para seguirle el juego, haciendo ver que no había captado la ironía, y comenzó a susurrar como si hablara consigo mismo:

- Joder, no lo había pensado. Martínez Frízer… no, comisario Martínez, eso suena mucho mejor—. Dicho aquello, al ver que Mark no decía nada, giró la cabeza para mostrarle su mirada más inquisitiva.
- ¿Comisario? —masculló su hermano, desorbitando los ojos con gran dramatismo.

Paul se echó a reír, contento al ver que no reprobaba su decisión, y señaló al frente para dar por finiquitado el asunto, convencido de que ya lo tenía de su parte. Ahora ya solo faltaba que su padre convenciera a su madre, y en un año estaría en Ávila[18]. Entonces cayó en la cuenta de que nunca le había preguntado a Mark por qué no se había cambiado los apellidos, y decidió que aquel era el momento apropiado. Al ver que su hermano se encogía de hombros sin responder, insistió:
- ¿Es por mamá?
- No, qué va, ella me lo propuso, pero papá me dijo que eso no tenía la menor importancia, aunque era evidente que lo que en realidad me pedía era que no lo hiciera.
- Bueno, quizás me los cambie yo —musitó Paul, pensativo, mientras su hermano estudiaba sus gestos, sonriendo como si pudiera leerle los pensamientos—. ¡Paul Frízer! —exclamó poco después—. ¿Qué, no suena bien?
- Inspector Paul Frízer Martínez —se burló Mark, riendo a carcajadas.
- Venga, o llegaremos tarde —lo apremió Paul para que arrancara, dando por zanjado el asunto con un cabeceo explícito que Frízer imitó de inmediato, asombrado por su desparpajo—. Por cierto, ¿quién se va a quedar con la pasta?
- ¿Qué pasta?
- La que habéis encontrado en el coche, el comisario dijo que iban a seguirle la pista, pero no dijo quién iba a quedársela. Aunque, de momento, lo más importante es averiguar en qué país se fabricaron los billetes.
- ¿Y para qué necesitamos saber eso? —le siguió la corriente, apretando los labios para que no se le escapara el resuello que le

provocó el comentario.
- Pues para eso, para seguirle la pista. La numeración nos puede llevar a averiguar de dónde salió el dinero, y el recorrido que ha podido hacer por diferentes bancos, así se puede saber de qué cuenta salió, a qué cuentas fue a parar, y quién rescató los billetes físicamente, que es a quien hay que pedirle cuentas.
- Claro, y así sabremos quién es el asesino de la baraja.
- Tú búrlate, pero ya verás como ese dinero es la pista más importante para dar caza a esos tipos.
- ¿Pero de qué tipos estás hablando?

Paul se quedó callado, sonriendo para sus adentros, hasta que el silencio lo obligó a girar la cabeza para mirarlo.
- Anoche ojeé tus notas —se vio obligado a reconocer—, pero no te preocupes, soy de fiar, no cantaré, aunque me torturen.
- No va a ser necesario, yo mismo te voy a estrangular con mis propias manos si vuelves a tocar mi portátil.
- Si quieres ayuda tienes que compartir la información, eso es fundamental en una investigación, ¿o es que no te enseñaron eso en la academia?
- Esto no es un juego —le advirtió con severidad—, déjate de chorradas y limítate a lo que has venido a hacer aquí, que es pasear por el Retiro y visitar El Prado.
- Para eso hay tiempo de sobra, ahora lo importante es dar con ese tipo.

Frízer soltó un resoplo, pero lo dejó estar, convencido de que lo mejor era no prestarse a su juego. Durante el resto del trayecto se interesó por su hermana, un interrogatorio al que Paul se sometió con entusiasmo, comadreando con la misma avidez con la que su madre se entregaba a los chismorreos familiares, hasta que la conversación derivó hacia el estado de salud de su padre, y Frízer se revolvió alarmado.
- Mamá no ha querido decirte nada para no preocuparte, pero lleva un tiempo con molestias, y le van a hacer más pruebas.
- ¿Tiene eso algo que ver con la visita al urólogo que va a retrasar el viaje?

- Supongo que sí.
- ¡Joder, mierda! —gruñó Frízer—. ¿Por qué cojones no me ha dicho nada?
- Luego hablas con él, le agradará que lo llames, pero que mamá no se entere, si ella no ha querido decirte nada…

Frízer ya no abrió la boca hasta llegar a la comisaría. Aunque al bajarse del coche le pidió a Paul que aguardara a la entrada, este lo siguió hasta el cubículo de Silvia, paseando como Pedro por su casa mientras miraba a un lado y otro de los despachos saludando a los agentes con elocuentes cabeceos.
- Aún no ha llegado —le dijo uno de los informáticos al verlo asomar a la puerta, sonriendo a Paul, al que saludó después con una mano en alto al ver que Frízer se revolvía para ver a quién sonreía.
- Ya veo que has hecho amistades por toda la comisaría.
- Silvia me lo presentó —le dijo Paul, respondiendo al saludo para excusar la actitud huraña de su hermano.

Frízer se dirigió al despacho de Albuena, pero al ver que el comisario tampoco había llegado, regresó en busca del informático.
- García, necesito una dirección —le dijo, consultando en su agenda los datos que le había pasado el comisario—. Se trata de los padres de un tal Ambrosio Serrano Parreño, se llaman Ambrosio y Catalina, y viven en Lillo, provincia de Toledo.
- ¿Segundo apellido, documentación? —enumeró al tiempo que Frízer iba cabeceando mientras anotaba en un pósit—. Necesitaré un tiempo.
- Lo más probable es que Silvia ya lo haya averiguado.
- Si no es muy urgente, en cuanto llegue le digo que te llame.
- Bien, pero ponte a ello de inmediato, no vaya a ser que ella haya dejado la averiguación para hoy y me presente en Lillo sin nada.
- No te preocupes, en cuanto lo tenga te mando un mensaje con los datos, ya sean los míos o los de ella.

Frízer le agradeció la disposición con una sonrisa, y se dirigió a la calle entre bufidos, lamentando no poder hablar con el comisario antes de marcharse a Lillo. Cuando abrió la puerta del coche advirtió que su hermano iba tras él, y se quedó mirándolo.

- Déjame conducir —le pidió Paul, sonriéndole como un chimpancé.
- Anda, sube ahí antes de que me arrepienta —le gruñó, si bien rielaba de emoción al saber que pasaría con él toda la mañana—. Y ponte el cinturón.
- Pero a la vuelta me dejarás catarlo, ¿no? Jamás he conducido un carro como este —dijo, admirado al ver la prestancia del salpicadero.
- Te dejaría, pero no puedo, pertenece al Departamento, y mientras no seas inspector...
- Pues vaya mierda —gruñó Paul, haciendo que su hermano volviera a reír como cuando le tomaba el pelo de niño y lo enrabietaba.

Frízer enfiló la Autovía del Sur hasta La Guardia, y allí se desvió hacia la CM-3005, que los condujo hasta el mismo centro de Lillo escuchando la música que Paul llevaba en su teléfono, una mezcla de Pop y Hip-Hop con música latina y electrónica que Frízer pudo disfrutar por primera vez, sobre todo cuando al fin se apearon del coche y dejaron atrás aquella batahola que aun así estuvo zumbando en sus oídos durante varios minutos.
- ¿Quieres que tomemos un café por aquí? —propuso Frízer al ver que no terminaba de llegar el mensaje del informático.
- Mejor vamos a dar una vuelta por el centro, el pueblo no parece grande, y si esa gente es de por aquí de toda la vida, lo más probable es que alguien los conozca.
- Norma número uno —le dijo Frízer, señalándolo con un dedo—. Si puedes evitarlo, no preguntes a nadie, las respuestas casi siempre son evasivas, e irán con el cuento a los interesados antes de que puedas dar con ellos.
- El factor sorpresa —repuso Paul, asintiendo—. ¿Entonces?
- Tenemos que aguardar a que Silvia dé con ellos, no hay otra, de todos modos, siempre podemos acudir al ayuntamiento con algún cuento chino, pero eso será ya a la desesperada, porque sin una orden judicial bien poco podemos hacer.
- ¿Estáis actuando sin autorización judicial?
- No, pero la investigación de un caso no te permite hurgar libremente en los asuntos de terceras personas, para cada actuación se necesitan unas órdenes concretas, además, ya deberías saber

que si descubres algo sin autorización judicial, no sirve para nada ante un tribunal.

Caminaban como turistas por la plazoleta que presidía la iglesia de San Martín cuando por fin sonó la entrada de un mensaje. Paul observó con entusiasmo cómo se le iluminaba la cara a su hermano, aguardando con expectación a que rebuscara en la aplicación del navegador la dirección que había recibido.

- Está algo alejado —musitó Frízer con desaliento.
- Pues venga, ¿a qué esperas? —lo animó su hermano, apresurándose hacia el coche.

Frízer advirtió con alivio que el término calle no era aplicable a aquella zona, pues a donde los condujo el navegador fue a una carretera flanqueada por una hilera de casuchas situadas a ambos lados en las que había sitio para aparcar varios camiones. Llevó el coche hasta la misma puerta y se apeó, observando de un vistazo los alrededores.

- ¿Es aquí? —se extrañó Paul, pese a que en un letrero bien grande se aseguraba que aquella era la calle del Convento.
- Eso parece. —Frízer lo aferró de un brazo al ver que se disponía a llamar a la puerta, haciendo que se revolviera asustado—. Espérame en el coche —ordenó en un tono que no dejaba lugar a la réplica.
- Podría resultar peligroso —refunfuñó su hermano.
- Pues por eso mismo, además, no vas armado —se burló Frízer.

Paul entendió que no iba a transigir, y se retiró hasta el coche, sobre cuyo capó asentó sus posaderas cruzado de brazos. Frízer intentó llamar entonces al picaporte que lucía la puerta, aunque enseguida se dio cuenta de que era puramente ornamental, y rebuscó el timbre, que encontró en un lateral de la entrada. Unos cuchicheos precedieron a la apertura de la puerta, a la que asomó un septuagenario en cuyo rostro pudo apreciar las arrugas profundas que dejan años de trabajo en el campo.

- Buenos días, me llamo Mark Frízer —se presentó, mostrándole su identificación para que no desconfiara, si bien logró todo lo contrario, pues el hombre rebulló con asombro al ver la placa.

- ¿Qué se le ofrece? —susurró cuando logró controlar el sobresalto, observando a Paul con recelo por encima de su hombro.
- Deseaba hablar con Ambrosio Serrano, ¿es usted?
- Sí, soy yo —respondió tras unos titubeos recelosos.
- En realidad por quien preguntaba es por su hijo, Ambrosio Serrano Parreño, si es que se trata de su hijo.

Frízer supo al instante que había dado en la diana, pues el hombre comenzó a sofocarse de tal modo que se vio obligado a sujetarlo. Paul tuvo que acudir corriendo para ayudar a su hermano al ver que el hombre se tambaleaba, sumido en unos jadeos que le hicieron temer que le estuviera dando un infarto. Entre ambos lograron llevarlo al interior, donde se toparon con una mujer, que acudía alarmada al oír el jaleo.
- ¡Papá! —chilló, deteniéndose en seco para llevarse ambas manos al rostro, temiendo que le hubieran hecho daño.
- No pasa nada, mujer —intentó tranquilizarla el hombre con esfuerzo, dejándose llevar hasta un sofá, donde lo recostaron con cuidado.
- ¿Qué le ha ocurrido? —urgió ella, mirando a Frízer duramente, exigiendo una explicación.
- Han venido a hablar de tu hermano —le dijo Ambrosio, ondeando una mano para hacerle ver que se encontraba bien, y que había sido solo un mareo.
- Me llamo Mark Frízer —se apresuró a presentarse, adentrándose en el saloncillo con un brazo en alto que condujo hasta ella, que permanecía inmóvil, incapaz de reaccionar.

Paul se quedó a la entrada, sin saber qué hacer, observando la estancia, modesta en mobiliario pero con más cachivaches por las estanterías que un bazar de Estambul.
- Soy inspector de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las personas —dijo Frízer, alternando la mirada entre ambos —. Me gustaría hacerles unas preguntas sobre su hijo... ¿su hermano?
- La mujer entendió en ese momento la causa del sofoco de su padre, y se acercó hasta el sofá, sobre el que se dejó caer para

abrazarlo.

Frízer se aproximó a su hermano, que observaba la escena con manifiesta aprensión, y le acarició la espalda al tiempo que le señalaba la puerta para que saliera. Para su sorpresa, él asintió sin dudar, y salió disparado hacia el coche. Cuando Frízer se dio la vuelta, advirtió que ambos clavaban la mirada sobre él, y se internó despacio para hablarles, pero antes de que le diera tiempo a abrir la boca, la mujer le preguntó si habían logrado encontrarlo.

- No sé nada del asunto, por eso quería hablar con ustedes, para que me contaran lo ocurrido —improvisó, midiendo bien sus palabras.

- Ya hace más de dos años que nos dijeron que había ocurrido un accidente, pero que no pudieron encontrar el cuerpo —le dijo ella, haciendo que el hombre se perdiera en sollozos, agachando la cabeza para ocultar su flaqueza.

Frízer aguardó a que el hombre se calmara, y después pidió que le hablaran de Ambrosio Serrano, esperanzado en que ellos mismos le dijeran lo que sabían sin tener que enredarse en un interrogatorio de imprórvidas consecuencias.

- Ya hacía años que apenas teníamos noticias de Ambrosio —musitó la mujer—. Desde que ingresó en el Ejército apenas vino por aquí en un par de ocasiones, aunque llamaba a mi madre de vez en cuando.

- Menos mal que tu madre se fue antes del accidente —musitó el hombre, visiblemente emocionado.

- Vaya, lo siento —le dijo Frízer cuando logró captar la sutileza con la que el hombre había puesto en evidencia que había enviudado antes de que falleciera su hijo.

- Pero siéntese, ¿desea tomar algo? —ofreció la mujer al darse cuenta de que se encontraba de pie frente a ellos.

- No, se lo agradezco, estoy bien.

- Sácale algo de beber, mujer, que hace calor, y llame a su compañero para que pase, no lo vamos a dejar ahí fuera tostándose al sol.

Frízer lo pensó un instante, pero enseguida decidió hacerles una pequeña concesión con la que pensaba granjearse su confianza,

esperanzado en que la triquiñuela diera resultado.
- Oh, no se preocupe, es mi hermano. Es que vive fuera, y ha venido a pasar unos días en Madrid, y como se aburría solo en casa, ha querido acompañarme.
- Razón de más para que pase —insistió el hombre.

La mujer asintió, y se dirigió a la puerta para llamar a Paul, pero al pasar junto a Frízer se detuvo, alzando una mano para estrechar la que se apresuró a mostrar él, y que un momento antes había rechazado sin darse cuenta.
- Soy Maricarmen, la hermana mayor —le dijo, forzando una mueca de disculpa.
- Mark Frízer, y mi hermano es Paul.

La mujer abrió la puerta y llamó a Paul por su nombre, un detalle que lo hizo brincar del capó del coche como si le hubiera dado calambre.
- Pasa, que hace mucho calor, tomaremos algo.
- Gracias —repuso él, asomándose con cautela en busca de su hermano, adentrándose al fin cuando vio que este asentía.

Frízer aprovechó que la mujer se perdía por el pasillo por el que había aparecido un rato antes para interrogar al padre, convencido de que en aquel estado de confusión en el que se encontraba resultaría mucho más fácil sonsacarle.
- Desde que ocurrió lo del accidente, ¿alguien se ha puesto en contacto con usted?
- Para darnos la noticia vino un capitán del Ejército, aunque él dijo que venía del Ministerio, como si quisiera darse más importancia.
- El Ministerio de Defensa, supongo.
- Sí, por supuesto.

El hombre giró la cabeza para mirarlo, aparentemente sorprendido, lo que obligó a Frízer a explicarse:
- Podría haber pertenecido a Interior, vamos, que no fuera militar, sino de los Cuerpos de Seguridad del Estado.
- No, eran militares, eso seguro.
- Entonces, ¿no vino solo?

- En la casa solo entró él, pero en el coche que venía iban otros dos militares, supongo que serían su escolta, aunque el chófer era un soldado muy joven, y no vestía tan elegante.
- ¿Recuerda qué tipo de coche llevaban? —Frízer refunfuñó para sus adentros al ver que el hombre negaba con la cabeza—. ¿Era grande?, ¿un todoterreno, quizás? —insistió, esperanzado en que al menos recordara eso.
- Grande sí, oscuro, pero no sé qué tipo de coche era, solo me fijé en los uniformes, que era lo que más llamaba la atención.
- ¿Pudo reconocer a qué cuerpo pertenecían?
- Ni idea, yo ni siquiera hice el servicio militar, pero iban bien peripuestos, con gorras de esas de pico que se usan en los desfiles, y el que entró llevaba una cartera de piel muy elegante.
- ¿Y el color de los uniformes?
- Verde pálido, pero eran trajes, no equipos de faena como los que llevaba mi hermano —oyó que decía su hija desde el pasillo.

Frízer se revolvió en su busca, y se quedó mirando hacia el pasillo, por donde apareció poco después cargando una bandeja con varias latas de cerveza, agua y un cestillo con aceitunas y frutos secos. El hombre aprovechó el receso para señalar con un brazo un portarretratos que había sobre una estantería, en donde aparecía fotografiado un militar.
- Así era el uniforme que llevaba mi hijo.
- ¿A qué cuerpo pertenecía Ambrosio? —preguntó Frízer, dando por hecho que se trataba de su hijo.
- Ni idea —respondió ella al ver que su padre encogía los hombros, ofreciéndole una lata de cerveza. Cuando Frízer la cogió, se volvió hacia Paul, sonriendo por primera vez desde que se presentaran—. Supongo que tú preferirás un refresco.
- No, cerveza está bien —dijo él, aprehendiendo de un zarpazo la lata que alzó ella para ponerla en sus manos.
- Papá —llamó su atención la mujer al ver que su padre se encontraba ensimismado en el portarretratos de su hijo, ofreciéndole un botellín de agua.

- Eso para los peces, a mí dame un vaso de vino —gruñó, haciendo que sonrieran.

Su hija dudó, pero al ver que ya se encontraba mejor, acudió a la cocina a por el vaso de vino. Cuando regresó, Frízer y Paul se encontraban ojeando los portarretratos de las estanterías.

- El uniforme que llevaba aquel tipo era como ese —dijo, señalando una de las fotografías que escrutaba Frízer.

- Son boinas verdes[19] —musitó Paul, haciendo que Frízer lo mirara asombrado.

El hombre se puso en pie con más agilidad de la que hubieran imaginado, aparentemente recuperado, y, tras aferrar el vaso de vino, se situó entre ambos, señalando un álbum de fotos para que lo cogieran. Frízer lo aferró sin dudar, y lo desplegó ante sus ojos. Al ver que contenía un montón de fotografías, se revolvió agitado para mirar a su hermano con manifiesta artería. Este miró a su vez a la mujer para ver si aprobaba que fisgaran en sus cosas.

- Yo se las imprimí a mi padre para que pudiera verlas, pero en realidad me las enviaba mi hermano por WhatsApp.

- Sería importante que pudiéramos tener una copia digital —le dijo Frízer—. Aunque, por supuesto, quedarían bajo custodia en los archivos de la comisaría, o devueltas cuando finalice la investigación, si ese es su deseo.

Antes de que la mujer pudiera responder, su padre señaló una fotografía en la que aparecía un hombre joven posando junto a un helicóptero militar.

- Aquel tipo nos dijo que el aparato en el que viajaba se había estrellado, y que pensaban que no había habido supervivientes. Unas semanas después se presentó aquí un abogado que decía que trabajaba para el Ministerio de Defensa, y nos dio unos papeles para que los firmáramos.

- ¿De qué papeles se trataba?

- No lo sé, mi hija se encargó de eso, yo solo los firmé. Según nos dijeron, el Ejército paga un seguro de vida, y como lo daban por muerto…

- El alcalde, que es abogado, les echó una ojeada, y me dijo que si queríamos cobrar la indemnización teníamos que firmarlos —confirmó su hija—, pero que no nos preocupáramos, que todo estaba en orden.
- ¿Y cuándo regresaron a por los papeles?
- No se fueron —le dijo el hombre, sonriendo al recordarlo—. Estuvieron durante más de dos horas ahí a la puerta, a ratos en el coche, a ratos dando un paseo para estirar las piernas, pero de aquí no se largaron hasta que mi hija volvió con los papeles.
- Vamos, que tenían mucho interés en salir de aquí con eso resuelto —entendió Frízer.
- Eso parece —repuso ella.
- Y su hermano, ¿estaba casado, tenía hijos?
- No, no llegó a casarse —respondió tras lanzar una mirada triste a su padre—, la muchacha a la que pretendía tuvo un accidente de coche…
- Por eso se marchó de aquí —añadió el hombre, apesadumbrado.
- Entiendo —murmuró Frízer.
- Al tiempo de aquello vino otro abogado —recordó el hombre repentinamente—, un tipo raro que sabía muchas cosas sobre mi hijo. Por él supimos que Ambrosio iba de escolta en el helicóptero, y que sobrevolaban el Sáhara cuando se estrelló.
- Y ese otro abogado, ¿también trabajaba para Defensa?
- Probablemente —repuso Ambrosio, meneando la cabeza de lado a lado para hacer patente sus dudas—. Aunque ni los modos ni la forma de expresarse eran los de un abogado, además, se veía que era un tipo trabajado, de esos que pasan horas en el gimnasio.
- Un día, ojeando las fotos, lo reconocí —dijo su hija, aprehendiendo el portafotos que llevaba Frízer en las manos para mostrarle una fotografía—. Mire, es este de aquí.

Frízer dio un respingo al reconocer a Rosales.

- No parece abogado, más bien parece otro soldado —improvisó por si la mujer se había percatado de que lo había reconocido.
- Solo dijo que era abogado, y que venía a darnos el pésame e interesarse por nosotros, sobre todo saber si ya nos habían pagado.

Eso me mosqueó, pero como parecía conocer bien a mi hermano, y en ningún momento nos pidió ningún dato personal… Poco después se marchó, y ya no hemos vuelto a saber nada más.
- ¿No ha tenido contacto con alguno de los familiares de las personas que lo acompañaban en aquel helicóptero?
- No, no tenemos ni idea, aunque tampoco les preguntamos, bastante teníamos nosotros con lo nuestro —respondió el hombre.
- ¿Han encontrado algún resto? —preguntó su hija con un manifiesto tono de ansiedad en la voz.

Frízer entendió que ella hubiera dado por hecho que ese era el motivo de su visita, y se encogió de hombros, sin saber qué responder. Por un momento se le pasó por la cabeza decirles que Ambrosio Serrano se encontraba con vida, pero rechazó la idea, no fuera a ser que las pruebas de ADN no lo confirmaran y aquello no sirviera más que para causar más dolor a la familia.
- En estos casos, lo que se suele hacer es tomar una muestra de ADN a un familiar cercano, de ese modo, si alguna vez aparece una concordancia…
- Entiendo —musitó la mujer.
- Si pudiera pasarme las fotografías… —insistió al ver que ella no mostraba reacción alguna a su propuesta.

La mujer asintió, y se fue a por su móvil. Cuando regresó, alzó la mirada hacia Frízer y se quedó aguardando a que le dijera su número.
- Mejor por correo electrónico a la comisaría —le dijo él al ver que se disponía a enviárselas por la aplicación de mensajería.
- No sé cómo se hace —se excusó ella, ofreciéndole el teléfono para que procediera.

Frízer lo cogió, ladeando la pantalla para que ella le fuera diciendo qué carpetas deseaba enviarle. Mientras él iba seleccionándolas, Paul le susurró al hombre que si podía pasar al servicio, alzando la lata de cerveza para hacerle ver que tenía cierto apremio urinario. Este asintió, sonriendo a la perspicacia del gesto, y le señaló el pasillo con los ojos, braceando hacia la derecha. Paul se adentró hasta el final del pasillo y abrió la puerta del cuarto de baño, donde

encontró una estancia mucho más grande de la que él había imaginado, con una pequeña ventana que daba a un patio al que asomó la cabeza con curiosidad, ojeando de un lado a otro. A su izquierda pudo ver que al patio se accedía por un gran ventanal desde la cocina, abierto de par en par en ese momento, pese a que el calor comenzaba ya a dejarse notar. No pudo evitar una sonrisa al ver que aquello estaba lleno de tiestos con geranios, begonias y lavanda, imaginando a la mujer entretenida en su cuidado. También había algunos maceteros grandes con hiedras que trepaban hasta el tejadillo, de no más de tres metros de altura, e imaginó que su cometido sería el de procurar aplacar el calor que debían de desprender las paredes tras varias horas expuestas al sol. Continuaba su fisgoneo por entre lo que se atisbaba a través del ventanal de la cocina cuando oyó la voz del hombre, y reculó presuroso, dispuesto a terminar la faena. Cuando obtuvo lo que había ido a buscar, lo guardó en uno de los bolsillos de su pantalón y salió apresuradamente al pasillo.

Cuando Paul regresó al salón, su hermano ya había finiquitado la faena, y aguardaba a que el servidor terminara de transferir las imágenes a Silvia, imaginando su cara de sorpresa cuando viera a Rosales y sus compinches en traje de faena, más aún cuando abrazó la posibilidad de que aquel helicóptero ante el que posaban fuera nada menos que el Tiger que se había estrellado en Mali.

- ¿Y ahora, cómo es que lo está investigando la policía? —preguntó la mujer al ver que Frízer daba por finiquitada la visita.

- Una de las personas que viajaba en el helicóptero accidentado era un agregado de la embajada de Mali, por eso, al tratarse de un civil, lo estamos investigando al margen de Defensa, que es quien se encargó del caso en su momento —logró improvisar—, pero me temo que acabemos llegando a la misma conclusión que ellos. Me gustaría poder decirles que aún hay esperanzas, pero después de tanto tiempo…

- Resultaría mezquino volver a hacernos revivir todo aquello para nada —dijo la mujer, mirando a su padre para recabar su parecer.

Frízer alzó una mano hacia el hombre al ver que este asentía, y se la estrechó con fuerza, henchido de una extraña emoción al imaginar su alegría cuando supieran que Ambrosio Serrano estaba vivo, la misma que sin duda debió de asaltar la casa de los Alería. Luego cayó en la cuenta de que, a diferencia de David Alería, Ambrosio Serrano estaba metido en un buen lío, y que si salía con bien de todo aquello sería para pasar una buena temporada en la cárcel. «Al menos estará vivo», se dijo, ofreciéndole también la mano a la mujer.

Frízer los vio empequeñecer por el espejo retrovisor del coche con una sensación extraña, una punzada de compunción que temía lo acompañara de por vida.

- ¿Qué, cómo ha ido la cosa? —le preguntó su hermano al rato al ver que murmuraba ensimismado—. ¿Ha salido todo como esperabas?

- Mucho mejor, ese puñado de fotografías nos va a facilitar mucho las cosas —aseguró Frízer con contenido entusiasmo, para luego, tras unos instantes pensativo, acabar chasqueando la lengua con manifiesto pesar—. Lo malo es que no he podido pedirles una muestra de ADN.

- ¿Y por qué no lo has hecho?, si en verdad estuvieran interesados en acabar de una vez con la incertidumbre, no habrían tenido inconveniente, y si además es gratis…

- No subestimes la inteligencia de la gente, esa mujer sabe que Defensa lleva un registro de todo su personal, y que ese dato ya tendría que estar en nuestro poder.

- Pero no lo está.

- Pedírselo abiertamente podría haberles hecho sospechar algo.

- ¿Qué pueden sospechar, que habéis perdido las pruebas? —acompañó a un bufido irónico.

- Ya veo que te has leído bien mi informe —le gruñó Frízer, ladeando la cabeza para mirarlo—. Si hubieran sospechado algo extraño se habrían puesto a la defensiva, y no me habrían enviado las fotografías. Además, lo que menos conviene ahora es que sepan que pensamos que está vivo. Si la cagáramos, ¿qué podríamos decirles?

Estas cosas hay que tratarlas con mucho cuidado. Además, claro que existen esos datos, pero los tiene Defensa, y son confidenciales, por lo que nosotros no podemos confirmar si realmente el tipo que está en el hospital es Ambrosio Serrano.

- ¿Y por qué no se los pedís a Defensa?, ellos también estarían muy interesados en averiguar si se trata de ese hombre y poder cerrar el caso definitivamente.

- No seas ingenuo, si se supiera que ese hombre lo tenemos nosotros, seguro que alguien intentaría silenciarlo, ¿o es que piensas que todo esto es un juego?

- ¿Cómo que silenciarlo, acaso tuvo él la culpa de que se estrellara el helicóptero?

Frízer volvió a girar la cabeza para mirarlo, desatendiendo la conducción por un instante, y después se echó a reír.

- ¿Qué te hace tanta gracia?

- Lo que te voy a decir es confidencial, o sea que no vayas largándolo por ahí, no vaya a ser que también intenten silenciarte a ti.

- Venga, suéltalo ya, y déjate de chorradas.
- Lo que Defensa está investigando es la desaparición de un helicóptero que vale millones.
- ¿El que se estrelló?
- Ahora parece ser que no se estrelló, sino que simularon el accidente para venderlo en el mercado negro.
- Venga ya, vete por ahí —rechazó, molesto por que le tomara el pelo.
- Si el ADN indica que el tipo que está en el hospital es en realidad uno de los supuestos fallecidos en el accidente, se estaría confirmando la teoría del montaje.
- ¿En serio, piensas que me voy a tragar esa patraña?
- Frízer sonrió enigmáticamente, convencido de que el gesto lo espolearía, pero Paul no reaccionó como él esperaba, sino que se limitó a mostrarle un revoltijo de papel higiénico que llevaba en un bolsillo.
- ¿Qué es eso?
- ADN para comparar —le dijo, sonriendo a su gesto de asombro—. Para eso fui al baño, para agenciarme un cepillo de dientes o algo así, pero en el desagüe de la bañera encontré todo un filón.
- Joder, Sherlock Holmes, ¡qué listo eres! —dijo, manoteándole el cogote como reconocimiento a su astucia—. Anda, coge una bolsa de la guantera, no vaya a contaminarse y no sirva para nada.
- ¿A dónde vamos ahora?
- ¿No tienes hambre?
- Ya hace rato que me crujen las tripas.
- Pues vamos a un sitio que te va a encantar. Ponen las mejores costillas de todo Madrid.
- Bueno, mientras tengan hamburguesas.

Frízer sabía que bromeaba, pero aun así le dio un puñetazo en un hombro. Paul iba a replicarle cuando la imagen de Silvia apareció en la pantalla para anunciar una llamada entrante, dejándolos paralizados.
- Mark, ¿dónde andas? —urgió ella en cuanto oyó el clic de la línea.

- Regresando de Toledo, he estado con la familia de Olivares, y me han dado un montón de fotografías.
- Sí, las tengo aquí, pero eso ahora carece de importancia.
- ¿Ha ocurrido algo?
- Esta mañana han intentado asesinarlo, pero no lo han logrado porque no estaba.
- ¡Que no estaba!, ¿pero cómo es que ha conseguido escaparse?, si los de Colmenar aseguraron que le iban a poner vigilancia.
- ¿Cómo iba a escaparse?, si estaba en coma inducido.
- ¿Entonces?
- Pues que alguien se lo había llevado.

# 19

Agonizaba ya la mañana cuando Frízer llegó a la comisaría, abandonando tan rápidamente el coche que Paul no supo qué hacer. Como entendía que en el garaje no podía quedarse, salió tras él, saludando a cabeceos a cuantos agentes se cruzó por el pasillo, unos sonrientes al reconocerlo, otros conformando un gesto de extrañeza, aunque nadie se cuestionó qué hacía allí ni reconvino su proceder. Cuando llegó al despacho del comisario retrocedió rápidamente para que no pudieran verlo a través de la persiana veneciana que cubría la cristalera, y se quedó en el pasillo con las manos en los bolsillos, simulando aguardar a su hermano mientras aguzaba los oídos. Ya llevaba un buen rato allí cuando apareció Silvia, que venía ligera pero despistada, ojeando una carpeta que llevaba en las manos. Paul estaba tan concentrado en el fisgoneo que no lo advirtió, y se llevó un susto de muerte cuando ella lo alcanzó y se produjo el inevitable encontronazo.

- ¡Hola! —respondió avergonzado.

- ¡Ya habéis vuelto! —exclamó Silvia, sonriendo a su respingo—, ¿qué tal por Lillo?

- Bien, hemos conseguido fotos y muestras de ADN del tipo ese.

- ¡Fantástico! —repuso ella, señalando sutilmente la sala de espera para que aguardara allí—. El comisario nos espera —se excusó, señalando la puerta del despacho de Albuena.

Silvia no entró hasta que se aseguró de que Paul se internaba en la sala de espera, tan segura de lo que allí iba a encontrar que ni siquiera llamó a la puerta, de modo que cuando vio a un desconocido reculó sobresaltada, presta a excusar su irreverencia.

- Pasa, pasa —le pidió el comisario antes de que le diera tiempo a abrir la boca para disculparse.

- Inspectora —la saludó el desconocido al verla, brincando de la silla en la que se acomodaba con un brazo en alto—. Soy el capitán Luis García.

- Inspectora Rodríguez, de Telemática —repuso ella, estrechándole la mano al tiempo que lanzaba al comisario una mirada de

extrañeza.
- Nos va a servir de enlace —le aclaró él—. Es una de las personas que trabaja para el coronel Fernández Moro, que es quien dirige la investigación que lleva a cabo Defensa sobre el accidente del Tiger en Mali. Y ahora, ya que estamos todos, vayamos al grano —pidió con apremio, palmeando las manos—. Siéntate aquí mismo —le propuso a Silvia, empujando una silla para situarla junto a Frízer, dejando así a los tres frente a su escritorio.

Antes de acomodarse, Silvia extrajo una fotografía de la carpetilla que llevaba en las manos y, tras mostrársela sucintamente a Frízer, se la tendió al comisario.
- Es una de las que tenía el padre de Olivares en su casa —le dijo Frízer al comisario—. Vive en Lillo, acabo de venir de allí.
- ¿Quiénes son? —preguntó este, ojeando la fotografía con detenimiento antes de ofrecérsela al capitán.

Silvia aguardó con impaciencia a que el capitán le echara un vistazo, aprehendiéndola de nuevo apenas el hombre alzó la vista para mirar al comisario. La dejó sobre la mesa, de cara a Albuena, y punteó con un dedo enérgico el rostro de uno de los retratados.
- Este es Rosales, teniente del Ejército de Tierra, que según le dijeron al juez Castillo en Defensa se llama Rodrigo Martínez Soler, y este otro es Olivares, el que se precipitó por un balcón, que es sargento del mismo cuerpo. A Olivares se le conoce por Andrés Martínez Soler. Y estos dos son soldados, uno se llama… —Silvia tuvo que desplegar la carpeta para consultarlo—. Francisco Martínez Soler, y el otro Ernesto, también Martínez Soler, por supuesto —añadió con manifiesta ironía, mirando al capitán para ver qué explicación daba a eso.
- ¿Y el otro? —preguntó el comisario, señalando al que parecía el piloto del helicóptero ante el que posaban.
- Es el piloto del Tiger desaparecido —confirmó el capitán, señalando con un dedo a uno de los tipos que posaban en la fotografía—. Se llamaba Alexander Barta García, y los otros dos son los escoltas habituales. El hombre que ustedes conocen por Rodrigo Martínez Soler, o Rosales, era el teniente que lideraba el grupo de

EUTM[20] desplegado en Mali, y que supuestamente falleció en el accidente.
- ¿Y por qué Martínez Soler? —irrumpió Frízer, haciendo que todos llevaran la vista hacia el capitán.
- Es una manera de proteger su identidad. Si alguien ajeno a Defensa pregunta por ellos se le ofrece ese nombre, es el protocolo. Quien sabe de estas cosas no pregunta más, y quien no sabe se queda como estaba.
- ¿Y por qué hay que proteger su identidad? —quiso saber el comisario.
- Digamos que la gente que ha de ser protegida se dedica a misiones comprometidas, y esos hombres...
- ¿Trabajos sucios? —intuyó Frízer.
- No tiene por qué, pero también —se vio obligado a reconocer, agitándose incómodo en la silla.
- Bueno, no es necesario entrar en detalles —frenó el comisario a Frízer al ver que se disponía a acosarlo, rescatando al capitán de un embarazo que lo hizo revolverse como si le hubiera apuntado con un arma.
- ¿Y sabemos ya la verdadera identidad de esos tipos? —insistió Frízer.
- Sí, ya lo sabemos todo —repuso Silvia, sonriendo al capitán al ver que el hombre había alzado las cejas con encubierta mordacidad.
- Confrontemos entonces nuestros datos —le pidió el capitán, presto a sacar una carpeta de un maletín que tenía a sus pies, en el que ella no había reparado hasta ese momento.
- Rosales se llama Xaime Varela Blanco —se anticipó ella por si se le había pasado por la cabeza soltarle una patraña, evitando así el manifiesto embarazo que supondría comenzar con embustes.

Silvia llevó la mirada hacia el capitán, que asintió, meneando la cabeza como reconocimiento a su indagación al tiempo que echaba mano de un pliego de papeles que había dejado sobre un lateral de la mesa, dispuesto a leer sus propias notas.
- Nacido en Ferrol el 18 de febrero de 1982 —prosiguió él—. Hijo de una pareja de yonquis que fallecieron cuando apenas tenía tres

años. Antes ya se les había retirado la custodia y el niño se encontraba bajo la tutela de la Dirección General de Familia e Inclusión de la Xunta[21]. Se crio con varias familias de acogida con las que al parecer no mantiene contacto, y no se le conoce linaje alguno. Ingresó en el Ejército en el año 2002, aunque no voluntariamente, sino por imposición judicial, ya que de lo contrario iba a ser enviado a la cárcel por darle una paliza a otro muchacho. Se ve que el asunto le gustó, y se enroló en la Legión. Tiempo después, una vez terminado su adiestramiento, se apuntó voluntario para uno de los relevos de la misión del Líbano, y allí comenzó su carrera…

- ¿A qué carrera se refiere? —preguntó el comisario.

- A sus superiores les satisfizo su desempeño, y dado que no tenía familia directa ni ataduras de ningún tipo, lo propusieron para misiones más… comprometidas.

- ¿Para eso no se precisa de una formación adecuada? —receló Frízer.

- Tuvo la formación, varios años, y por lo que veo aquí se le dan bien los idiomas, que es algo que se valora mucho, además, supongo que se trata de un tipo con pocos escrúpulos, si no, no lo habrían seleccionado de entre los cientos que se presentan.

- ¿Y los otros?

- El piloto era un habitual de las misiones en el extranjero, ha estado por todas partes.

- ¿Qué se sabe de la familia de ese hombre?

- Se llamaba, o se llama, si es que en verdad se encuentra con vida, Alexander Barta García. Este tomó sus apellidos de la familia que lo adoptó —aseguró, volviéndose sonriente para mirar a Silvia antes de hacer la siguiente confidencia como si fuera ella la única interesada en ese dato—: Al parecer se lo trajeron de algún país del Este cuando cayó el muro. Hizo la carrera de ingeniería, y con veintiséis años ya tenía el carnet de piloto comercial. Encontró trabajo en una compañía aérea que hacía vuelos internos por el Sahel, y allí empezó este su particular carrera.

- ¿Su carrera militar? —supuso el comisario.

- Su carrera delictiva —aseguró el capitán, cabeceando para reafirmarse al ver que los tres conformaban un gesto de asombro—. Durante un tiempo se dedicó a llevar de todo en los aviones que pilotaba, hasta que se vino arriba y transportó un alijo de los grandes. Cuando lo pillaron, el Ejército aprovechó la circunstancia.
- Un piloto experimentado vale su precio en oro, pero… —dejó en el aire el comisario, haciendo que todos se quedaran mirándolo—. ¿Piloto de helicóptero?
- Lo que se valoraba era su conocimiento del terreno, el aparato que manejara era algo secundario, fue instruido convenientemente y lo pusieron a trabajar. —Al ver que el comisario lo miraba interesado, aunque sin intención alguna de interrumpirle, supuso que lo que pretendía con el gesto era animarlo a que concretara su exposición —: Llevaba varios años en el Sahel, por lo que conocía el desierto como la palma de su mano, y chapurreaba varias lenguas de la zona, además dominaba el francés y el inglés, un tipo así no puede desperdiciarse. De todos modos, o se plegaba a eso, o pasaba una buena temporada en la cárcel.
- Parece ser que fue sensato —musitó el comisario, sonriendo con sarcasmo.
- Su vida habría sido muy diferente si desde el principio le hubiesen dado trabajo en una compañía aérea de bandera —añadió Silvia con un deje de pena.
- Durante su instrucción conoció a Xaime Varela y a Ambrosio Serrano, y desde entonces fueron inseparables —dijo el capitán, mirando a Silvia para avenir su parecer con lo expuesto por ella.
- ¿Y qué hay de lo de Olivares? —preguntó Frízer—, ¿cómo es que ha logrado escapar del hospital?
- Olivares no fue conducido a La Paz —le dijo el capitán, señalando al comisario para hacerle ver que él ya estaba al tanto de eso—. En cuanto supimos lo ocurrido lo trasladamos al Gómez Ulla.
- ¿Ya preveían lo que iba a ocurrir? —acompañó Silvia a un gesto de asombro.
- Era de esperar —repuso el capitán—. No iban a permitir que lo interrogáramos.

- ¿Y cómo se encuentra? —se interesó Frízer—, ¿cuándo podremos interrogarlo nosotros?
- De momento lo mantienen en coma inducido. Las lesiones son graves, aunque parece ser que su vida no corre peligro. Hay orden de que se nos comunique de inmediato cualquier cambio en su estado.
- Y en La Paz, ¿qué ha ocurrido?
- Asaltaron a un médico en el aparcamiento del hospital y lo retuvieron mientras uno de ellos entraba con su acreditación —le dijo el comisario.
- La prensa filtró dónde se encontraba, y colocamos allí a un par de agentes —aseguró el capitán.
- Entonces, ¿han logrado detener a alguien? —preguntó Silvia, festejando la certeza con una sonrisa.
- No —lamentó el capitán—. Nadie se percató de nada hasta que soltaron al médico y el hombre pudo dar la voz de alarma. Se ve que lograron entrar en la habitación, pero al ver que no había nadie se largaron.
- ¿Y las cámaras de seguridad? —preguntó Frízer.
- Se han revisado todas —aseguró el capitán, presto a sacar un manojo de fotografías de su cartera.

Cuando el hombre hubo colocado las fotografías sobre la mesa, los tres se pusieron en pie para observarlas.
- ¿Son de las cámaras del aparcamiento? —supuso Frízer.
- Esta sí, las otras son de los diferentes pasillos del hospital —respondió, sonriendo al ver que reconocían al asaltante.
- Debe de estar muy desesperado para arriesgarse de ese modo —bisbiseó Silvia, con la vista clavada en la imagen de Rosales.
- Xaime Varela se quedó abajo con el médico, supongo que para no asumir riesgos, porque el que entró en la habitación fue otro, y ese no lo tenemos fichado —dijo el capitán, asintiendo mientras punteaba con un dedo otra de las fotografías, una imagen captada en los pasillos de la UCI, en la que se veía a un tipo fornido enfundado en la bata que acababan de robar en el aparcamiento—. He ordenado que se haga un estudio biométrico y se analice la bata

que utilizó, a ver si podemos averiguar quién es. Por fortuna no utilizó guantes para abrir la puerta, por lo que debió de dejar restos en la manija. Si se puede sacar algo, aunque tardará, sabremos de quién se trata.
- Lo más probable es que se trate de un simple sicario —opinó el comisario, quitándole importancia con un vaivén de las manos.
- Sus gestos delatan formación militar —se avino el capitán—, pero, de todos modos, sería interesante conocer al menos su nacionalidad, no vaya a ser que no sea de los nuestros y nos estemos enfrentando a una situación bastante más compleja de lo que parece.
- ¿Su nacionalidad? —acompañó Silvia a un mohín de extrañeza.
- Por las facciones del rostro que se aprecian en las imágenes se podría deducir que se trata de un tipo caucásico, eso vendría a reafirmar la hipótesis de que se trata de un sicario, pero también reforzaría la idea de que pudiera tratarse de un agente externo, y entonces el escenario cambiaría considerablemente.
- Bueno, de esos tipos pueden encargarse ustedes, pero lo que a nosotros nos preocupa es David Alería —le dijo Silvia.
- Les puedo asegurar que de ese joven no sabemos absolutamente nada.
- Entonces, ¿qué diablos pinta en todo esto?, ¿por qué esa gente tiene tanto interés en encontrarlo? —le preguntó el comisario.
- Anoche estuve pensando —musitó Frízer, haciendo que todos llevaran la vista hacia él, aguardando su explicación con manifiesto interés.
- ¿Y bien? —tuvo que apremiarlo el comisario al ver que no se arrancaba.
- Creo que ese joven le ha robado una buena cantidad de dinero a esos tipos, no me pregunten cómo, pero me da que se las ha apañado para agenciarse el botín de un plan muy elaborado.
- Si damos por hecho que la teoría del helicóptero accidentado es correcta… —asintió el comisario, mirando al militar para ver qué opinaba—. ¿De cuánto dinero podemos estar hablando? —preguntó al ver que no hacía el menor gesto que delatara su parecer.

- Si la venta la negoció un traficante bien relacionado, muchísimo dinero, pero me temo que estos tipos no sean más que unos pardillos en lo que a eso respecta —respondió entonces.
- Aun así, hablaríamos de varios millones, ¿no? —intervino Silvia.
- Cinco, seis, no creo que más, aunque nunca se sabe. Si lograron contactar con algún intermediario con buenos contactos podrían haber sacado más de doce, además, hay un problema añadido, y es que no se trata solamente del aparato, también hay otro tipo de material que puede no haber llegado a su destino, y si eso se confirma, habrá que ver cuánto tiempo llevaban haciéndolo para poder hacer un cálculo de lo sustraído.
- ¿Y cómo habría podido robarles tanto dinero ese chaval? —rechazó el comisario—. ¿Cómo es eso posible? —insistió entre manifiestos gestos de incredulidad.
- Quizás ese tipo sea el contacto y todo responda a una simple traición, un plan encaminado a quedarse con el dinero —propuso el capitán—. Eso explicaría que esa gente ande en su busca, y me temo que no solo para recuperar lo que les ha robado, sino para darle un escarmiento que disuada a otros de hacer lo mismo.
- Pero si desapareció siendo un crío, y lleva cinco años desaparecido —rechazó Silvia, animada por el meneo de cabeza que dedicó el comisario al absurdo planteamiento.
- Lo curioso es que se hace llamar Antonio Martínez Soler, los mismos apellidos que los otros, lo que lleva a pensar que podría ser uno de ellos —le hizo ver Albuena—. Además, con esa identidad, usted mismo ha reconocido que tiene que ser un protegido de Defensa.
- ¿Sabe que dejó más de cincuenta mil euros en billetes de cincuenta en el coche de su hermano? —le preguntó Frízer al ver que se encogía de hombros.
- Sí, el juez Castillo comentó el asunto con mi superior. Pero esa gente no monta todo este numerito por esa cantidad, o sea que, si en verdad ese joven les robó, debió de quedarse con buena parte del botín, de ahí que estén asumiendo tantos riesgos para capturarlo.

- Para nosotros, lo importante es dar con David Alería antes que esos tipos —sentenció el comisario.
- No va a ser fácil —opinó el capitán—. Ahora sabemos que ese joven es capaz de deshacerse con facilidad de un soldado experimentado, y que le robó una pistola, por lo que es de presumir que también tenga experiencia en el manejo de armas, en cuyo caso estaríamos ante un tipo realmente peligroso.
- Hasta ahora no parece que haya hecho daño a nadie más que para defenderse —le dijo Silvia con encubierto retintín, observando de reojo al comisario para ver si reprobaba el sarcasmo.
- No será peligroso si no se ve acosado, pero si lo acorralan, no sabemos a dónde puede llegar —replicó el capitán—. Mientras no sepamos con certeza qué tipo de formación ha tenido, ni a qué se ha dedicado hasta ahora, es mejor andarse con cuidado, no vaya a ser que lo hayan instruido franceses o americanos, y estemos ante un sicópata sin escrúpulos ni conciencia.

Silvia y Frízer compartieron una mirada de asombro ante aquel comentario, pero la irrupción del comisario cercenó la réplica que preparaban.

- También me preocupa su familia. —El comisario entendió que debía explicarse al ver que el capitán lo miraba con una mueca a caballo entre la curiosidad y la extrañeza, dando a entender con el gesto que no sabía nada de ellos—. La semana pasada lo vieron merodeando por la casa de su abuela, y días después entró para robar el portátil de su padre. Ayer logró abrir el coche de su hermano, un vehículo nuevo, y que además tiene una buena alarma, y dejó el portátil y cincuenta y cinco mil euros en el maletero.
- Su abuela propuso una teoría interesante —irrumpió Frízer al recordarlo—. Dijo que si su nieto solamente había cogido el portátil, y que después lo había devuelto sin daños, podría ser que buscara recuerdos.
- ¿Amnesia? —entendió Silvia.
- Eso podría explicar que haya estado cinco años desaparecido —repuso él, alzando los hombros en gesto de indiferencia al tiempo

que lanzaba una mirada al comisario para ver qué opinaba él al respecto.
- Pero eso no explica en modo alguno el hecho de que lleve dos años escondiéndose de esos tipos —rechazó él.
- ¿Por qué dos años, no llevaba cinco años desaparecido? —preguntó el capitán, confundido.
- Rosales apareció por aquí hace año y medio, supongo que llevan buscándolo desde entonces, además, el helicóptero se estrelló hace dos años.

«¡Comisario!», oyeron gritar a García desde el pasillo, haciendo que se revolvieran hacia la puerta. Cuando esta se abrió, el hombre se detuvo en seco al ver que Albuena se encontraba reunido.
- ¿Qué ocurre? —le gruñó el comisario, molesto por que lo interrumpieran de ese modo.
- Señor, tiene que ver esto —urgió el agente, tendiéndole la copia de una de las fotografías que estaban sobre la mesa.

Albuena extendió un brazo para coger la foto, pero al ver que era una de las que ya habían visto, llevó una mirada inquiridora hacia su subordinado. García le ofreció entonces otra fotografía en la que se podía ver una ampliación de una de las esquinas de la anterior, la que mostraba la cola del helicóptero. Después se giró hacia Silvia, y le sonrió con complicidad, convencido de que había dado con un dato que los iba a dejar anonadados, como así fue.
- ¡No jodas! —gruñó Albuena al advertir lo que pretendía mostrarle, alternando una mirada de asombro entre el capitán y Frízer.
- ¿Qué ocurre? —urgió el capitán, obligado a aguardar a que el comisario se explicara, pues este mantenía la fotografía suspendida en el aire ante sus ojos, incapaz de reaccionar, y no se atrevió a cogérsela.

Como Albuena continuaba estupefacto, intentando procesar pragmáticamente aquella evidencia gráfica, Frízer alzó el cuello para poder observar la fotografía, arrancándosela después de la mano sin la menor reserva. Apenas le echó una ojeada se la mostró a Silvia, que se contorsionaba para poder averiguar qué era lo que le había paralizado hasta las pestañas al comisario.

- David Alería, el joven desaparecido —le dijo al fin Albuena al capitán—, es el que aparece detrás de Rosales y sus compinches.

Efectivamente, el joven miraba hacia la cámara con el mismo gesto de mala leche que mostraba Silvia en ese momento, pues se sentía traicionada por aquel joven que ahora sabía escondía más secretos de los que imaginaban.

- Bueno, pues ya tenemos la conexión, ahora solo nos falta saber cómo diablos pudo llegar ese muchacho al Ejército —masculló Albuena con enojo, imaginando el pesar de la familia cuando supiera la razón por la cual su hijo había desaparecido.

- Por cierto, ya sabemos de dónde salió la pasta —dijo García, mirando a Silvia como si solo le hablara a ella.

- ¿Los cincuenta y cinco mil euros? —se interesó el comisario.

- De la venta de Bitcoins —le aseguró García, asintiendo enérgicamente para aseverar una confidencia que dejó a todos con los ojos en blanco.

- ¿Y a qué cuenta fueron a parar?, ¿o es que acaso le dan a uno ese dinero en billetes sin preguntar?

- Fueron a parar a cuentas de varios Bancos españoles desde una plataforma de cambio de criptomonedas.

- ¿Y cuándo fue eso? —urgió Frízer al ver que los demás no reaccionaban.

García miró sucintamente al comisario para recabar su plácet, recelando sin duda del desconocido que los acompañaba, y al que no había visto en su vida. Al ver que Albuena asentía, sacó una hoja de la carpeta en la que llevaba las fotografías, se la llevó a los ojos, y respondió:

- Las cuentas se abrieron entre el seis y el diez de marzo de 2023. En esos días se transfirieron desde una plataforma de compraventa de criptomonedas 32.034 euros, operaciones que fueron repitiéndose regularmente hasta el viernes, veintidós de diciembre, con cantidades muy parecidas. El importe total de las transacciones es de poco más de 1.280.000 euros.

- ¿Y cuánto dinero queda ahora en esas cuentas? —preguntó Silvia.

- Nada, las cuentas fueron canceladas hace unas semanas, concretamente el viernes, diecinueve de julio, en el intervalo de seis horas.
- ¿Quieres decirme que alguien sacó de varias cuentas más de millón y cuarto de euros en metálico como si nada?
- Los reintegros fueron constantes, tanto en oficinas como en cajeros.
- ¿Y quién sacaba ese dinero? —insistió Albuena.
- Las cuentas estaban a nombre de Antonio Martínez Soler.

El comisario se revolvió hacia el capitán, y se quedó mirándolo con dureza. El hombre entendió que debía darles una explicación, y, aunque agachó la cabeza para esquivar su mirada, le dijo que ya estaban al tanto de esa circunstancia.
- ¿Y cómo es posible que se puedan abrir cuentas bancarias con un nombre falso, sin documentación ni un domicilio fijo?
- La documentación no es falsa —tuvo que reconocer el capitán tras unos segundos de suspense en el que todos clavaron en él una mirada expectante.
- ¿Me está diciendo que esos tipos están debidamente documentados?
- Incluso tienen varios pasaportes, además, cuentan con otras identidades a las que echar mano en caso de necesidad.
- Muy bien —intervino Frízer—, eso podemos entenderlo, pero ¿cómo es posible que David Alería haya tenido acceso a todas esas prebendas?
- Hasta donde yo sé, Defensa no sabe nada de ese tipo —le aseguró el capitán, aunque enseguida puntualizó la aseveración—: bueno, no de Antonio Martínez Soler, sino de David Alería. De hecho, no supimos quién era en realidad hasta que el juez Castillo contactó con el ministro.
- ¿Entonces? —insistió el comisario, mirándolo con severidad para reprobar lo que consideraba una manifiesta infidencia.
- Lo único que se me ocurre es que esté trabajando para otros — reconoció, palmeándose las perneras con desaliento.

- ¿Insinúa que puede haber agentes independientes, o subordinados a departamentos no controlados por la red oficial de Defensa?
- No, no creo que se trate de eso, si los hubiera, estaríamos al tanto.
- Entonces, ¿a qué se refiere?
- A que pueda estar trabajando para otros Servicios Secretos.
- ¿Servicios de otros países? —creyó entender Silvia, anonadada.
- Exactamente a eso es a lo que me refería —asintió el capitán, sonriendo a su gesto de asombro para enmascarar la incomodidad que le suscitaba el asunto.
- Entonces, ¿nos está diciendo que la CIA, la DGSE o el SIS también llaman a sus agentes Martínez Soler? —le gruñó Silvia, molesta por que los tomara por tontos.

El capitán enmudeció, y se dejó caer sobre la silla, meneando la cabeza hacia los lados, pero, aunque soportó durante unos segundos el peso de sus miradas reprobadoras, intuyó en el silencio que esperaban de él una explicación convincente que justificara sus embustes, y no tuvo más remedio que sincerarse, no sin antes señalarlos con un dedo que recorrió de uno a otro para hacerles ver que lo que iba a decirles era totalmente confidencial y, como recalcó antes de pronunciarse, sumamente delicado. Cuando obtuvo un mimético gesto de asentimiento, llevó la vista hacia Silvia, que parecía la más beligerante de la reunión, una deferencia que el comisario aceptó con una sonrisa mordaz, aunque cabeceando enérgicamente para que hablara de una vez.

- Debería detener la grabación —le pidió a Frízer, que mantenía su teléfono sobre la mesa, con la grabadora activada.
- ¿No confía en nosotros? —le preguntó el comisario, forzando su sonrisa más irónica.
- No es eso —refunfuñó el capitán con manifiesto pesar—, pero es que se trata de un asunto delicado.
- Lo trataremos con la debida circunspección, nosotros también nos jugamos mucho —le dijo el comisario.

El capitán le mantuvo la mirada durante unos segundos, pero al ver que no pensaba claudicar, asintió a regañadientes.

- Antonio Martínez Soler era uno de nuestros agentes destacados en la zona, pero dejó de contactar con nosotros hace aproximadamente cinco años. Desde entonces no se ha vuelto a saber nada de él, oficialmente falleció en una revuelta en Bala, una aldea al sur de Bamako.
- ¿Y no se recuperó el cadáver? —se extrañó Albuena.
- Seguramente fue a parar al Níger —respondió el capitán, meneando la cabeza hacia los lados—. No lejos de allí hay una buena colonia de cocodrilos —se explicó al intuir que no entendían a qué se refería.
- Y ese tipo, ¿pertenecía al grupo de Rosales, o como se llame? —le preguntó Silvia.
- En realidad no era un militar de campo, simplemente se dedicaba a fiscalizar las actividades del grupo que comandaba la persona que ustedes conocen como Rosales. De hecho fue Rodrigo Martínez Soler quien comunicó el incidente, aunque no se pudo constatar el fallecimiento porque el grupo que lo escoltaba tuvo que huir de la refriega.
- Pues vaya escolta —irrumpió Silvia, resoplando con sarcasmo.
- Fallecieron varios soldados en aquella emboscada —le replicó el capitán, obligado a contener su enojo.
- O sea que nadie supo qué fue de esos soldados —dedujo Albuena, intentando apaciguar a Silvia con una severa mirada.
- Todos los cuerpos desaparecieron, por eso sospechamos que se deshicieron de ellos en el río, y porque uno de los vehículos apareció calcinado cerca de Bala, por eso dimos por hecho que la refriega se produjo allí, tal y como reflejaba el informe de Xaime Varela.
- Entonces, están seguros de que ese hombre falleció —zanjó el comisario para que no se desviara de lo que realmente importaba.
- Como no se pudo contactar con él en varios meses, fue dado de baja siguiendo el protocolo, y esa es toda la información que puedo facilitarles.
- ¿Y ese tipo quién era, o qué era en el Ejército? —quiso saber el comisario, que no lograba establecer conexión alguna con esos datos y el caso que los ocupaba.

- Su verdadero nombre era... —El capitán se vio obligado a consultar sus notas en busca de los datos que el comisario reclamaba—. Sí —dijo al encontrarlos—, se llamaba Iván Casadiego Laín. Sabemos que era natural de una localidad navarra llamada Lumbier, de donde es originaria su madre, aunque su padre procede de una familia venezolana que se instaló en España en los sesenta. Se graduó en economía en la Universidad de Navarra en 2002, y ese mismo año comenzó a trabajar para Defensa. Se especializó en misiones internacionales, y en una de ellas estaba cuando ocurrió el fatal desenlace que ya he comentado. Dábamos por hecho que el tipo que volvió a dar señales de vida tres años después era él, cómo íbamos a sospechar siquiera que alguien como David Alería podía haber aprovechado su identidad para despistar a sus perseguidores.
- ¿Y cómo es que David Alería ha podido tomar su identidad a ojos de Defensa? —le preguntó Albuena con patente mordacidad.
- Jamás tomó nadie esa identidad —le replicó el capitán, si bien sonrió para excusar el tono vehemente de su respuesta—. A Antonio Martínez Soler lo dimos por muerto y ahí se acabó todo. Cómo se trató el asunto con la familia, no lo sé, ese es un tema que afecta a otro departamento. Como he dicho, aproximadamente unos tres años y medio más tarde de su desaparición, unos movimientos bancarios lo situaron de nuevo en España, concretamente en Lugo, y saltaron las alarmas, por eso se inició una investigación.

Silvia se revolvió hacia Frízer para ver si había atado cabos, pero él no se dio cuenta, sin embargo, el comisario advirtió enseguida la confabulación, e interrumpió al capitán con un gesto para que detuviera su alocución.
- ¿Qué ocurre? —le preguntó, señalándola explícitamente al ver que ella no se daba por aludida.
- La placa de matrícula que llevaba David Alería en la moto, y que nos condujo hasta Colmenar, fue robada en Lugo hace año y medio aproximadamente.

El comisario llevó su mirada hacia Frízer y, al ver que él asentía sin darle mayor importancia al dato, se revolvió hacia el capitán para que prosiguiera.

- De allí logró escabullirse y desaparecer durante varios meses, hasta que las operaciones bancarias lo volvieron a situar en Madrid a primeros de este año. Sospechábamos que la razón por la cual había decidido desaparecer era que valorábamos la posibilidad de que se hubiera convertido en un agente doble, pero ahora… ahora ya sabemos que no fue así.
- ¿Creen que está muerto de verdad, que no simuló su muerte para poder desaparecer a su antojo? —preguntó Silvia al ver que se quedaba callado.
- De no ser así, el joven ese, David Alería, no podría haber tomado su identidad, ni dispondría de toda su documentación. Cómo la consiguió, eso sí que es un misterio —admitió, sonriendo por primera vez, aunque con evidente sarcasmo.

A Silvia le molestó la perversa insinuación que arrastraban aquellas palabras, pero se vio obligada a reconocer que cabía la posibilidad de que David Alería hubiera acabado con él, de otro modo no podía concebirse que hubiese podido robarle las credenciales. Un rato antes ni se lo habría planteado, pero ahora, sabiendo ya de dónde procedía aquel dinero, no tenía más remedio que aceptar la hipótesis como algo probable que debían considerar, por mucho que les pesara.
- Muy bien —dijo el comisario, tamborileando los dedos sobre la mesa en gesto de indecisión—. ¿Qué propone que hagamos a partir de ahora?
- Deberían centrarse en ese muchacho, él parece ser la clave de todo —propuso el capitán.
- ¿Y qué piensan hacer ustedes?, sobre todo si ese joven vuelve a desaparecer.
- Dadas las circunstancias, y a tenor de los nuevos acontecimientos, no me cabe la menor duda de que el coronel Fernández Moro dedicará todos nuestros recursos a capturar a Xaime Varela, una vez caiga él, los demás acabarán entregándose.
- Muy bien —aceptó el comisario, poniéndose en pie al tiempo que le ofrecía la mano—, pero quiero que nos mantengan al tanto de

todo, y que nos dejen interrogar a Ambrosio Serrano en cuanto sea posible.
- Por eso no debe preocuparse —le aseguró el capitán, respondiendo al saludo con una cordialidad forzada—, nos mantendremos en contacto diariamente, así lo ha ordenado el coronel, y me consta que ese es el deseo del señor ministro.
- Una cosa más —lo detuvo el comisario al ver que aprehendía la cartera para marcharse—, ¿han podido averiguar ya si el helicóptero que avistaron los estadounidenses es en realidad el Tiger español?, porque si no lo es, todo esto dejaría de tener sentido.
- No nos cabe la menor duda —aseguró el capitán.
- ¿Y qué piensan hacer al respecto?, ¿o es que acaso van a dejar que ande por ahí en manos de terroristas? —le preguntó Silvia.
- Cuando se tuvo la certeza de que se trataba de nuestro Tiger se barajó la posibilidad de derribarlo, pero antes de actuar por nuestra cuenta se consultó a algunos mandos de la OTAN, y ellos han recomendado tenerlo vigilado, no solo por si surge la posibilidad de recuperarlo, sino para poder controlar sus movimientos. ¡Quién sabe!, quizás en las manos en las que está ahora preste mejor servicio.

El capitán alzó una mano hacia Frízer al ver que él iba a continuar el interrogatorio, dándole a entender que no podía confiarles más datos, y se encaminó hacia la puerta, pero el comisario lo aferró de un brazo, excusando su atrevimiento con una sonrisa.
- No hemos hablado del asunto de las cuentas bancarias —le dijo.
- Las cámaras de algunos de los cajeros en los que se sacó el dinero revelan que fue su hombre quien se lo llevó, en todos los casos, y también que fue él quien abrió y canceló las cuentas.
- ¿Mi hombre? —remedó el comisario con asombro, sin poder imaginar a quién se refería.
- Ese joven, David Alería.

# 20

Frízer observaba con encubierto arrobamiento el frenético masticar de su hermano, sonriendo al ver cómo le chorreaba la pringue de la hamburguesa por los labios.

- Acabarás atragantándote —reprendió, repitiendo burlonamente una de las cantinelas de su madre.

- ¿No tienes apetito? —le preguntó Paul cuando pudo deglutir lo que tenía en la boca, señalando con los ojos el plato de su hermano, que se encontraba tal y como lo había traído el camarero.

- No es eso, es que no paro de darle vueltas al asunto de ese muchacho —musitó con desaliento, frotándose los ojos en gesto de cansancio—. Esto empieza a complicarse, y no sé cómo voy a decirle a su familia que puede que ya no sea la persona que ellos conocieron.

- ¿De qué habéis hablado en el despacho del comisario?

- Es confidencial —le dijo Frízer, observando su reacción a través de los intersticios que dejaban los dedos con los que se cubría el rostro.

- ¡Qué lástima!, podría haberte ayudado —musitó Paul, fingiendo desinterés en la esperanza de que eso espoleara su curiosidad.

- ¿Tú? —replicó su hermano, descubriéndose el rostro para dedicarle un gesto socarrón —. ¿En qué modo podrías tú ayudarnos?

- Dos cabezas piensan más que una, sobre todo si es la tuya, que es evidente que ahora está embotada. Mi consejo es que te olvides del asunto por unas horas, ya verás como mañana los ves todo más claro.

Frízer se echó a reír, pero decidió entrar en su juego y compartir unas migajas, por si se le ocurría algo interesante, además de hurgar en su psique para ver si su desenvoltura en la casa de Ambrosio Serrano era algo circunstancial o en verdad tenía madera de detective. Durante un rato permitió que lo sometiera al interrogatorio de costumbre, hasta que Paul comenzó a desviarse fantasiosamente de la realidad, y entendió que sin los datos que ellos manejaban no podría hacer planteamientos objetivos. Aunque dudó, acabó sacando su móvil para reproducir lo que había grabado

en el despacho del comisario. Paul escuchó la grabación con atención, interrumpiéndolo solamente en dos ocasiones, una al principio para preguntar quién era el hombre de la voz desconocida, y otra para ensalzar el arrojo de Silvia, que le arrancaba la risa constantemente al ver cómo acosaba a aquel tipo. Cuando acabó la grabación, Frízer alzó la vista y se quedó mirándolo, divertido al ver que entrecerraba los ojos para conformar el rictus inescrutable de un sabueso experimentado.

- Y bien, ¿qué te ha parecido? —elevó la voz para llamar su atención al verlo ensimismado.

- Pese a la viveza del tono, Paul continuó como en trance, con sus ojos pardos perdidos en la cristalera que daba a la calle sin siquiera pestañear. Frízer siguió su mirada para ver qué observaba con tanto detenimiento, pero afuera no pudo ver más que asfalto, brillante bajo un sol de justicia.

- Está claro que ese tipo no ha venido a contaros nada que ya no supierais, sino a sonsacaros —le dijo al fin, cuando Frízer se revolvió, instándolo a que respondiera.

- ¿Qué tipo? —preguntó sin pensar, pese a que sabía perfectamente que se refería al capitán militar.

- Me da que no vais a volver a ver a Ambrosio Serrano.

- ¿Piensas que van a liquidarlo? —le vaciló, acodándose sobre la mesa al tiempo que le susurraba para otorgar más dramatismo a la chuscada.

- No, no van a liquidarlo. Seguramente es un valor importante que no piensan desperdiciar —le respondió Paul con seriedad, meneando la cabeza de arriba abajo para aseverarse. Después copió la pose de su hermano e inclinó la cabeza para hablarle en voz baja—. Pero volverán a llevárselo a alguna misión al extranjero, y no volverás a saber de él en años, al menos hasta que todo esto pase y os hayáis olvidado de él.

- ¿Y qué propones, que lo secuestremos? —bisbiseó apenas mientras lanzaba una cautelosa mirada hacia las mesas contiguas, asegurándose de que él advertía el gesto, listo para soltar una carcajada en cuanto le respondiera.

- No vais a poder, de eso seguro que se encargan varios matones, pero tienes que apañártelas para interrogarlo en el hospital, antes de que desaparezca.
- ¿Y cómo voy a poder hacer eso si lo tienen vigilado varios matones?, además, ¿qué te hace pensar que consentiría hablar?
- A la última cuestión la respuesta es clara, torturándolo si hace falta, aunque con un poco de pentotal[22] podría ser suficiente, y lo segundo es más sencillo, que alguien se haga pasar por médico, porque ¿no me dirás que la policía no tiene medios para eso? —preguntó, extrañado al ver que su hermano meneaba la cabeza de lado a lado para rechazar la propuesta.
- Lo más probable es que los médicos que lo atienden sean militares, si contactáramos con ellos para infiltrarnos darían la voz de alarma, y nos meteríamos en un lío.
- Entonces tenéis que colocar a un agente que se haga pasar por un paciente e intente narcotizar a los que lo vigilan, así podréis interrogar a ese tipo.
- ¿Estando en coma? —objetó, aguantando la risa al ver la seriedad con que proponía aquellas fantasías.
- ¿Qué te hace pensar que está en coma? Lo más probable es que os hayan mentido sobre su estado. Puede que incluso ya se haya esfumado.
- Ves demasiadas películas de espías, deberías ir cambiando de género e interesarte por otros temas, la vida real no es solo conspiración y guantazos —le dijo muy serio—. ¿Ya lees algo productivo?
- No mucho, la verdad, me cuesta coger un libro de ficción, pero cuando comienzo uno me pasa como a Alina, que lo devoro en dos días. Mamá dice que no entiende cómo podemos disfrutarlos si leemos a la carrera.
- A mamá le gusta disfrutar de las palabras, por eso lee poesía —se avino Frízer, recordando a su madre apostada a la ventana con un libro en la mano, su pasatiempo favorito.

Frízer se puso en pie al ver que ya había terminado de comer, y se acercó a la barra para pedir la cuenta. Mientras aguardaba

observaba a su hermano, que miraba hacia la cristalera de forma extraña, algo que le provocaba una hilaridad incontenible, tanto que la persona que le cobraba acabó mosqueándose, pensando que se burlaba de él. Cuando al fin pasó la tarjeta por el lector, retiró el tique y se acercó a la mesa.
- ¿En qué piensas? —llamó la atención de Paul para que advirtiera que debían marcharse.
- Estaba pensando en los tipos esos de la moto que han estado al otro lado de la calle desde que hemos llegado. ¡Vaya par de inútiles!, con el calor que hace afuera.
- ¿Dónde están? —preguntó Frízer con inquietud, acercándose rápidamente a la cristalera para echar un vistazo hacia la calle.
- Apenas te has puesto en pie, han salido por piernas, bueno, por ruedas —dijo con guasa.
- ¿Cuántos eran?, ¿has podido fijarte en la moto, el modelo…? —acució, llevando la vista de un lado a otro de los ventanales con evidente alarma.
- Dos tipos, y la moto una BMW K 1600 negra, pero no es fácil precisar el modelo exacto. Y la matrícula era 2280 LKJ.
- ¿2280 LKJ? —repitió guasón, sonriendo después sin la menor reserva.
- ¿Te hace gracia que lleven una matrícula falsa?
- ¿Y cómo sabes tú que es falsa?
- No se van a presentar con sus credenciales, aunque, ahora que lo pienso, lo más probable es que también pertenezca a la empresa esa de Andorra.
- ¿Qué sabes tú de eso? —le gruñó Frízer, enfadado al constatar que había vuelto a fisgonear en sus apuntes.

Paul se encogió de hombros sin darle mayor importancia, y se puso en pie de un salto, dispuesto a salir a la calle.
- Lo vi en tu portátil —le confirmó, sonriendo con su habitual socarronería.
- ¿A dónde vas?
- Ya se han largado, seguramente nos habrán puesto un localizador y se habrán alejado para que no podamos verlos.

- ¿Y para qué iba a querer seguirnos nadie? —rechazó, punteándose la sien con un dedo al tiempo que resoplaba con la indulgencia que dedicaba siempre a sus ocurrencias.
- Supongo que piensan que tenéis protegido a David Alería —repuso Paul, encogiendo de nuevo los hombros, un gesto que repetía a cada instante—. No me cabe la menor duda de que andarán al acecho a la espera de que contactéis con él para comenzar la caza.

Frízer frenó la inminente réplica que preparaba, y se quedó pensando en lo que acababa de proponer su hermano. Tras unos segundos de reflexión, asintió en silencio para convenir su parecer, y se dispuso a llamar al comisario para compartir una conjetura que venía a abrir un nuevo frente a los varios que ya tenían. Aguardó con impaciencia la infructuosa señal de la línea, hasta que al fin, cuando ya estaba a punto de colgar, se oyó una especie de mugido que precedió a los inconfundibles gruñidos de Albuena. Su voz tronó de inmediato, pero tan pastosa que no dejaba lugar a dudas de que acababa de regresar de forma abrupta de una placentera siesta.

- Comisario, hemos avistado otra vez a los de la moto —acució por saludo, obviando la mala leche que sin duda iba a provocarle a Albuena cuanto significaba aquella respuesta.
- ¿Qué moto, de qué me hablas? —vino a confirmar con sus fragosos exabruptos.
- Los tipos de la moto que han estado siguiéndonos, creo que ya sé por qué lo hacen.
- ¿Para saber a dónde vamos? —ironizó Albuena.
- Creo que es porque piensan que a ese muchacho, a David Alería, lo custodiamos nosotros, vamos, que lo tenemos protegido.
- Bueno… tiene sentido —admitió el comisario tras pensarlo un instante—. Eso explicaría que no supieran nada del piso de Colmenar hasta que lo localizamos nosotros.
- Me temo que David Alería corre un serio peligro, además, lo más probable es que no volvamos a saber nada de Ambrosio Serrano, seguro que en unos días nos dirán que ha fallecido, y ahí se acabará todo.

- El capitán García no permitirá eso, me ha asegurado que lo tiene bien protegido.
- ¿Confías en ese hombre?
- ¡Joder!, Frízer, ¿cómo no voy a confiar en él?
- ¿Tanto como confiabas en el inspector Rosales? —punzó con sorna, consciente de la iniquidad que arrastraba el comentario.
- Ese tipo nos lo ha enviado en persona el coronel Fernández Moro, que es la mano derecha del ministro —se encorajinó Albuena, molesto por el insidioso comentario.
- En fin, no sé, es que ya no me fío de nadie —repuso Frízer, intentando que sonara a disculpa.
- Olvídate de eso, y deja que los militares se encarguen de su gente. Quien a nosotros nos interesa es ese muchacho, a ese sí que tenemos que protegerlo. Por cierto, Mateo Alería ha llamado ya en varias ocasiones para saber cómo va la cosa, pero no sé qué decirle, y ya no puedo seguir excusándome. Pásate por su casa y cuéntale lo que se te ocurra, lo que sea con tal de que no actúen por su cuenta y nos dejen trabajar tranquilos.
- Querrá saber lo ocurrido en Colmenar, ¿qué podría decirle?
- Dile la verdad, tiene derecho a estar al tanto de todo, pero adviértele de que no dé ni un solo paso por su cuenta, que nos deje actuar a nosotros, ¡ah!, e insiste en que nos llame de inmediato si su hijo contacta con ellos de algún modo, o si vuelven a verlo merodear por su casa.
- ¿Crees que es conveniente que le digamos ahora que es muy probable que su hijo ya no sea el que ellos conocieron?
- Precisamente a eso es a lo que me refiero. Es sumamente importante que estén al tanto de eso, para que no se confíen.
- Está bien, no te preocupes, de todos modos tenía que pasarme por allí para hablar de lo de los audios, y también del dinero.
- ¿Qué pasa con el dinero?
- No termino de creerme eso de que David Alería dejara semejante cantidad de dinero en el coche de su hermano. Algo me dice que Javier Alería sabe más de lo que nos ha contado.

- No me extrañaría que su hermano haya contactado con él y lo esté protegiendo de algún modo.
- Es posible, no sé, pero… ocultárselo a sus padres… en fin, voy a dejar a mi hermano en casa, y después iré a ver a los Alería.
- Muy bien —se avino el comisario—. A no ser que haya novedades importantes, el lunes a primera hora nos vemos en mi despacho —dijo con intención, esperanzado en que captara la indirecta y no volviera a molestarlo.

Al ver que le había colgado, Frízer salió en busca de su hermano, que ya había abandonado el restaurante. Cuando salió a la calle lo encontró manoteando el interior de uno de los guardabarros, y lo detuvo con un aspaviento.
- ¿Estás loco? —le gruñó, si bien la risa que contenía delataba lo que pasaba por su cabeza ante aquel proceder tan absurdo—. ¿No te has parado a pensar que podrían haber colocado una bomba lapa? —le vaciló, riendo a carcajadas al ver su gesto de alarma.
- No digas tonterías, a esa gente no les interesa liquidarnos, lo que quieren es que los conduzcamos hasta David Alería.

Frízer meneó la cabeza hacia los lados, y se acomodó tras el volante, apremiándolo para que se subiera al coche, pero Paul no le hizo caso, y continuó el fisgoneo por el resto de guardabarros. Aunque su obstinación le arrancó un resoplo de impaciencia, le dejó hacer, esperanzado en que, tras la absurda búsqueda que lo tenía doblando el lomo para inspeccionar el tubo de escape, hiciera lo propio con la parte delantera, de modo que él pudiera darle un bocinazo que le pusiera los pelos de punta. No hubo lugar, pues poco después Paul abrió la puerta y dejó caer sobre el asiento un cachivache electrónico que tenía una pequeña antena y un diodo parpadeante de color rojo.

# 21

Tras la llamada de Frízer, el comisario ya no pudo concentrarse en otra cosa que no fuera el caso que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando. La pulla del inspector respecto a la jugada tan sutil con la que le habían colado a Rosales en la comisaría había herido su orgullo, aunque tenía que reconocer que no le faltaba razón, pues no había excusa para semejante metedura de pata. Aquel pensamiento con el que asumía su culpa lo llevó a plantearse qué habría hecho él si la responsabilidad hubiera recaído sobre un subordinado. El dictamen era bien simple: le habría abierto un expediente, y habría propuesto la sanción correspondiente, era lo más sensato, una pifia así no puede pasarse por alto. Entonces, por primera vez, con esa falsa indulgencia que solía concederse cada vez que un caso no resuelto era archivado, se cuestionó cómo era posible que siendo él el máximo responsable del fiasco nadie le hubiera pedido responsabilidades, al menos hasta ahora, como si a nadie de arriba le preocupara lo más mínimo que se socavaran las más elementales medidas de seguridad. En un primer momento, cuando aún no había tomado consciencia de las consecuencias que podían derivarse de todo aquello, lo tranquilizó el hecho de que el director general no pusiera el grito en el cielo cuando le comunicó que alguien había falsificado la firma de su antecesor para infiltrar a un falso agente en la comisaría, pero ahora, al rememorar aquella tensa conversación, caía en la cuenta de lo extraño que resultaba que no hubiera ordenado de inmediato la creación de una comisión de investigación que aclarara el asunto y dirimiera responsabilidades. Ahora sabía que el hecho de que Defensa tuviese una investigación en marcha podría justificar en cierto modo aquellas reservas, pero como ni ese razonamiento interesado aplacaba mínimamente el cabreo que le provocaba todo aquello, se insufló el coraje necesario para encarar el asunto como habría hecho en otros tiempos, cuando patrullaba las calles en busca de delincuentes de poca monta, de modo que, sin más cuestionamientos estériles, emprendió una huida hacia adelante, con su arma en la cartuchera y la determinación que le había faltado hasta entonces. Ya enfilaba la cuesta del garaje

cuando una chispa de cordura le hizo ver que debía comunicar sus intenciones, no fuera a ser que ocurriera algún percance y nadie conociera su paradero, y mucho menos que se le hubiera ocurrido acudir al hospital Gómez Hulla con intención de interrogar a Olivares, pues tras lo ocurrido en el hospital La Paz no podía confiarse. Aunque lo primero que pasó por su cabeza fue llamar a Frízer, decidió que lo más sensato era llamar con la comisaría, de modo que pidió de viva voz al sistema del vehículo que contactara. La agente que atendió el teléfono redirigió la llamada al departamento de Telemática en cuanto reconoció su voz, y allí le respondió García, que andaba muy entretenido con el último encargo que le había hecho Silvia antes de largarse a su casa y olvidarse de todo hasta el lunes a primera hora, deseándole buena guardia con manifiesta rechifla.

- ¿No debería contactar antes con el capitán ese? —objetó García apenas le comunicó que se dirigía hacia el hospital Gómez Hulla *motu proprio*, saltándose el mismo protocolo que él tanto inculcaba a sus subordinados.

- Debería —reconoció Albuena—, pero es que no quiero alertar a nadie, bueno, más bien a los militares, ya sabes que nadie hace piña como esa gente, y si saben que voy, lo más probable es que le metan al paciente un chute que lo tenga grogui una semana.

- El factor sorpresa… —bromeó García, si bien meneaba la cabeza para reprobar la temeridad como si el comisario pudiera ver sus gestos.

- Si llama Frízer le dices dónde estoy, pero que no me llame si no se trata de algo importante, no vaya a pillarme en plena faena y frustre alguna confidencia trascendental —dijo con grandilocuencia chistosa.

- Muy bien, comisario.

- Por cierto, he estado pensando… ¿qué hay de los tipos esos, el piloto del helicóptero, y el otro, el que falleció en Bamako?

- Estoy en ello, Silvia me ordenó que hurgara en las redes, a ver si tienen familia por ahí que estén viviendo a lo grande.

- Esa mujer siempre va un paso por delante —rio el comisario antes de colgar.

Albuena advirtió con desaliento que el tráfico iba en aumento conforme se acercaba a la Plaza Elíptica, pero hizo de tripas corazón, se armó de paciencia, y asumió entre lamentos, por no haber cogido el metro, las desesperantes retenciones que lo iban encaminando lentamente hacia la calle Vía Lusitana. Sin embargo, contra todo pronóstico, en cuanto abandonó la autovía de Toledo el tráfico fue fluyendo con normalidad, y se plantó en Carabanchel en apenas quince minutos. Luego surgió otro problema, ese que jamás se contempla en las películas policiacas, que era dónde diablos dejar el coche, una circunstancia que lo reafirmó en que había sido una estupidez no coger un taxi o cualquier otro transporte público, pero ese contratiempo lo solventó en pocos minutos, ya que la fortuna se alió con él cuando circulaba por la calle Vía Carpetana, en donde encontró un hueco libre, eso sí, a pleno sol. Allí dejó el vehículo, refunfuñando para sus adentros por el calor que hacía, y se encaminó dando un paseo hacia el hospital, una caminata de apenas doscientos metros, pero cuyo trayecto parecía una travesía por el desierto bajo aquel sol de justicia. Tan concentrado iba en sus cavilaciones, imaginando lo que se iba a encontrar, que no reparó en ningún momento en el Audi Q8 que seguía las indicaciones del localizador que le habían puesto días atrás, cuando se llevaron el archivador del coche de Frízer, y que ahora por fin cumplía su función magníficamente. Dos hombres en sendas motos de gran cilindrada ya habían llegado al lugar unos minutos antes, pues una vez el comisario tomó dirección a Carabanchel, ya no les cupo la menor duda de que su objetivo se encontraba en el Gómez Hulla, y se habían adelantado. Rosales detuvo el coche en doble fila, justo tras el del comisario, que ya se alejaba hacia el hospital con las manos en los bolsillos, y aguardó a que los moteros se apostaran a su izquierda para darles instrucciones.

- No podemos abordarlo en plena calle, es muy peligroso —opinó uno de los moteros cuando Rosales alzó el mentón para recabar su opinión, observando en la distancia el caminar reposado de Albuena.

- No podemos interactuar con el comisario en modo alguno, eso sería un suicidio —le gruñó Rosales—, además, de todos modos

debemos asegurarnos antes de actuar, no vaya a ser que venga a visitar a un familiar y estemos asumiendo riesgos para nada.
- También cabe la posibilidad de que nos la estén jugando, y todo forme parte de una trampa.
- Por eso mismo debemos andarnos con mucho cuidado.
- Entonces, ¿lo seguimos, o esperamos a que abandone el hospital?
- Lo seguiremos, a ver qué hace. Y después, cuando se haya largado, intentaremos averiguar en qué habitación se encuentra Serrano, si es que en verdad lo tienen aquí, y si no, seguiremos vigilando al comisario, y también a su esbirro.
- El localizador nos dice que el inspector todavía no se ha movido.
- Bien, pero estad atentos, no me fío nada de ese tipo, es muy joven y busca galones, y eso lo hace peligroso.
- ¿Y cuándo comenzamos la operación?
- Será por la noche, cuando no haya circulación ni mirones por los alrededores, además, después de lo ocurrido en La Paz se encuentran sobre aviso, por lo que habrá demasiada vigilancia. Si la cosa se complicara nos veríamos obligados a sembrar esto de cadáveres, y lo que menos nos conviene ahora es llamar la atención, al menos hasta que no demos con ese malnacido.
- La huida no está garantizada —se avino uno de los moteros, asintiendo mientras observaba los movimientos de Albuena, que ya se acercaba a la entrada del recinto hospitalario.
- Manteneos alerta, y vigilad los alrededores. —Rosales giró la cabeza para mirar hacia la parte de atrás del coche, donde dos tipos jóvenes, ataviados con trajes militares de faena, uno de ellos con una mano vendada hasta el codo, aguardaban instrucciones—. Y vosotros entrad al hospital tras el comisario y averiguad en qué habitación se encuentra el sargento Serrano, de lo demás ya nos ocuparemos esta madrugada.
- A la orden, señor —brincaron ambos, abandonando el vehículo a la carrera para seguir los pasos de Albuena.

El comisario se plantó en el vestíbulo sin que nadie le saliera al paso ni le pidiera explicaciones, pero en cuanto puso un pie en el pasillo central se vio obligado a presentar sus credenciales.

- Buenas tardes, señor comisario —le dijo la joven que lo recibió tras el mostrador de admisión e información, después de haber estudiado concienzudamente su documentación—. Si me lo permite, iré a comunicar su llegada a mi superior —añadió muy sonriente, señalando unas hileras de sillas en bancada que había en una pequeña sala, paralela a los pasillos que conducían a las diferentes alas, donde aguardaban varias personas frente a un par de máquinas expendedoras de bebidas y tentempiés, hablando a cuchicheos.

El comisario asintió, agradeciendo la deferencia con apenas un leve mugido gutural, y se acercó a la cafetera, convencido de que le iba a sobrar tiempo para tomar un café, algo que lo solazó, ya que con el fragoso despertar que le había provocado la llamada de Frízer se había olvidado de tomarlo, y ese era uno de los pocos caprichos que se permitía. Mientras degustaba el brebaje observó a dos jóvenes que se acercaban al mostrador, uno de ellos con un aparatoso vendaje en una mano, soldados sin duda por su atuendo, y sonrió al recordarse a sí mismo cuando cumplía el servicio militar, una época que recordaba con agrado, endulzados ya los recuerdos por esa vieja memoria que falsea la realidad para ajustarla a nuestras ensoñaciones. Los jóvenes se identificaron, charlaron durante unos minutos con la enfermera, y después rellenaron un formulario que les ofreció, en tanto ella aporreaba el teclado de su terminal a toda pastilla. Una vez acabados los formulismos aguardaron la llegada de un celador, que condujo al accidentado en silla de ruedas hasta perderse por uno de los pasillos, momento en que apareció un médico que sobresaltó al comisario, pues este se encontraba tan abstraído fisgando lo que ocurría a su alrededor que no lo había visto acercarse.

- Señor —lo saludó, sonriendo a su respingo mientras le ofrecía la mano—, soy el capitán médico Sánchez Lema, ¿en qué puedo ayudarle?

- Comisario Carlos Albuena —se presentó él, sacudiéndole la mano efusivamente, según interesaba—. Vengo a ver si puedo interrogar a un paciente… Andrés Martínez Soler, que fue trasladado ayer desde

La Paz —le mintió conscientemente para ver si estaba al tanto de las circunstancias que habían llevado a aquel hombre a ese hospital.

El capitán asintió para dar a entender que sabía a quién se refería, arrugando los labios en una mueca de desagrado, y señaló unas sillas huérfanas a su espalda para que se acomodara, un gesto que venía a revelar que las explicaciones que iba a darle le llevarían un tiempo, y muy probablemente también que no tenía intención alguna de permitir que viera al paciente. Pero el comisario gesteó igualmente, y con la suficiente elocuencia como para que entendiera que no pensaba largarse de allí si no obtenía lo que había venido a buscar.

El soldado que había quedado en el pasillo se aproximó con disimulo, y se sentó de espaldas al comisario, que ya se había dejado caer sobre una de las sillas entre suspiros de desaliento, maquinando el modo de camelarse a aquel individuo sin tener que amenazarlo con llamar al mismísimo ministro de Defensa.

- ¿Tan mal se encuentra? —tanteó al ver que el hombre se limitaba a mirarlo con una sonrisa de tonto, la que le habían arrancado las muecas del comisario.

- Por lo que he podido saber, evoluciona muy favorablemente, aunque se están estudiando posibles lesiones neuronales.

- ¿Pero está consciente?

- En algunos momentos hay respuesta —admitió a cabeceos, como si lo hiciera a regañadientes—. Cuando ingresó se encontraba inconsciente, pero en las últimas horas ha comenzado a responder. No sé si ha oído hablar de la escala de coma de Glasgow.

- He tenido otros casos… —asintió el comisario, mirándolo con curiosidad.

- La respuesta ha sido muy favorable, y ahora nuestra prioridad se centra en contener la inflamación que le ha provocado el fuerte golpe que sufrió en la cabeza. Las pruebas radiológicas han revelado que no hay derrames o hematomas, ni tampoco fracturas craneales, por lo que esperamos que en cuanto se reduzca la presión en la zona afectada recupere totalmente la consciencia, y si todo va bien, también la memoria…

- ¿Podría haber perdido la memoria?
- Aún no lo sabemos, pero cabe dentro de lo posible, aunque, como le digo, si eso es así, lo más probable es que la recupere pronto, al igual que la motricidad.
- ¿La motricidad? —remedó, fingiendo alarma.
- El resto de lesiones, aunque revisten cierta gravedad, no son importantes —repuso, separando ambas manos para quitarle importancia.
- Y ahora, ¿en qué estado está? —insistió, temeroso de que se perdiera en análisis técnicos encaminados a ahuyentarlo sin la menor concesión.
- Ahora se encuentra estable, dentro de la gravedad. Por fortuna no hay lesiones en la columna, que era lo más preocupante, aunque sí algunas fisuras en las vértebras dorsales, por lo que tardará varias semanas en poder incorporarse y empezar a caminar.
- Vamos, que está consciente. —El comisario sonrió con pillería al ver que el hombre soltaba un suspiro.
- Lo está, pero no creo que sea buena idea interrogarlo todavía, además, lo más probable es que no recuerde nada de lo ocurrido.
- En realidad no venía a interrogarlo, para eso tenemos todo el tiempo del mundo, y nosotros ya sabemos lo ocurrido, de hecho, hubo varios testigos.
- ¿Entonces? —acompañó el capitán a un gesto de perplejidad, retrepando el torso para reafirmar el desconcierto que le había provocado aquella revelación—. ¿Tiene alguna relación personal con el paciente? —preguntó, poniendo al descubierto qué era lo que en realidad le preocupaba.
- Soy amigo de la familia, pero no se preocupe, aún no saben nada, y, de momento, es mejor que siga siendo así —le dijo Albuena, henchido de emoción al ver el asombro que le había causado la celada, que había surgido de repente, sin la menor premeditación.

El capitán se quedó mirándolo, procesando una información que lo había dejado completamente descolocado, tanto como al soldado que los escuchaba subrepticiamente, que no pudo evitar un

sobresalto al entender que ya conocían la verdadera filiación del sargento Serrano.

- Entonces, ¿solo ha venido a interesarse por su estado? —le preguntó el capitán médico, poniéndolo en duda sin la menor reserva.

- Solo quiero hacerle una pregunta —El comisario sonrió al ver que el capitán agachaba la cerviz como si fuera a recibir una comprometida confidencia, e imitó su gesto, quedando ambos testa con testa—. Quiero preguntarle cómo acabó a tortas con un miembro de su propia unidad, porque ya sabemos que el agresor y él eran compañeros de armas, y qué hacían en Madrid, cuando deberían estar destacados en el Líbano.

El soldado reprimió un gruñido al oír aquello, y se puso en pie para alejarse de ellos unos metros y dar novedades, convencido de que se hacía necesario silenciar al sargento antes de que pudiera interrogarlo nadie, pero al ver que el capitán médico señalaba el pasillo al comisario para que lo acompañara, guardó el teléfono en un bolsillo y se encaminó tras ellos disimuladamente. Se detuvo a unos metros al ver que se apostaban a la puerta de un ascensor, y aguardó pacientemente a que desaparecieran. Poco después, cuando vio que se detenían en la sexta planta, cogió otro ascensor y subió tras ellos. Las puertas sisearon levemente tras anunciarse la llegada, pero el soldado no asomó a la jamba hasta cerciorarse de que no había nadie por los alrededores, para lo que utilizó su teléfono, colocándolo a ras de suelo para visionar con la cámara a ambos lados del pasillo, grabando cuanto enfocaba. Cuando se aseguró de que la zona estaba despejada, avanzó vigilante, atento a la única puerta que había a su izquierda, que resultó ser una salida de emergencia. Unos metros más adelante se topó con un letrero que anunciaba que se trataba de una zona restringida, y no tuvo más remedio que detenerse simulando confusión, pues había podido ver que había cámaras de seguridad por todas las esquinas, y no dudó de que alguien tras ellas vigilaba sus movimientos. Se acercó con disimulo, girándose constantemente como si buscara una salida, y lanzó una ojeada a las puertas que dividían el pasillo. Lo que vio

no le gustó, pues al contratiempo de las cámaras había que añadir el hecho de que aquellas puertas, que eran automáticas, se encontraran bloqueadas por cerraduras electrónicas, fáciles de sortear con el equipo adecuado, pero imposible en aquellas circunstancias. Como no podía hacer nada más, regresó al ascensor y, en cuanto se encontró de nuevo en la planta baja, llamó a su compañero para que regresara. Este tardó tanto en aparecer que puso a prueba sus nervios, más aún cuando se vieron obligados a aguardar en el pasillo durante varios minutos más a que la enfermera que montaba guardia en la recepción se despistara, momento que aprovecharon para salir de estampía.

- ¿Cómo ha ido? —urgió Rosales en cuanto brincaron al interior del todoterreno, sofocados por el calor y el ritmo de la obligada marcha.

- El sargento ha recuperado la consciencia, pero parece ser que tiene algún problema en la espalda —le dijo el soldado que había estado escuchando la conversación del comisario con el capitán médico.

- ¿Cómo que un problema en la espalda? —refunfuñó Rosales, llevando la mirada entonces al otro soldado, que en ese momento se afanaba en deshacerse del falso vendaje.

El joven negó con la cabeza, cabeceando hacia su compañero para darle a entender que era él quien tenía las respuestas.

- Se lo llevaron enseguida a radiología —le dijo el otro soldado entonces, señalando a su compañero en gesto burlesco.

- Me han hecho un par de placas —confirmó él—. Supongo que ahora andarán llamándome por megafonía para que las recoja.

- ¿Algún problema con las credenciales? —sospechó Rosales.

- Nada, todo perfecto —respondió el soldado, asintiendo ambos en un mimético gesto, sonriéndose después para festejar la providencia.

- ¿Y bien? —reclamó Rosales con impaciencia.

- He podido averiguar que el sargento Serrano se encuentra en la sexta planta, en un ala restringida de Intensivos, y el capitán médico que lo atiende se llama Sánchez Lema.

El soldado sacó su teléfono y le mostró a Rosales las imágenes que había grabado en el pasillo.

- ¡Magnífico! —exclamó al verlas.

Ambos soldados dieron por hecho que aquel requiebro carecía de la menor reflexión, pues el teniente Varela jamás se prodigaba en elogios, y mucho menos en exhibir el menor entusiasmo, de modo que se limitaron a compartir una mirada burlesca por lo inaudito del gesto. Rosales sacó su teléfono y seleccionó el primer contacto que atesoraba en la agenda, susurrándoles que iba a hablar con el jefe para que guardaran silencio mientras esperaba respuesta. Cuando esta llegó, habló con su interlocutor durante varios minutos, el tiempo suficiente para dar novedades, compartir impresiones y, al final, recibir instrucciones incontestables a las que fue respondiendo a cabeceos de mulo, con una sumisión que solazó a los soldados. Cuando colgó, alzó la vista hacia los jóvenes y se quedó mirándolos.

- ¿Accesos? —preguntó al ver que permanecían expectantes.

- Solo hay una puerta de acceso al pasillo, supongo que la de la escalera, pero no he podido comprobar a dónde dirigía porque había cámaras por todo el pasillo, y dos ascensores, uno al menos de acceso libre, aunque es probable que por la noche no sea accesible, porque tiene un lector digital.

- Ese acceso estará muy vigilado —barruntó Rosales, recreando en imágenes el escenario que le describía el soldado—, tendremos que acceder por la escalera.

- No será fácil agenciarse planos de un hospital como ese, además, no creo que aparezcan las zonas restringidas.

- Ese será el menor de nuestros problemas —le dijo Rosales—. El jefe acaba de decirme que hay una unidad de aislamiento de alto nivel y seguridad biológica, si lo han llevado allí, estamos jodidos.

- Desde el pasillo de radiología hay acceso a la escalera, y allí no había cámaras, aunque puede que en la escalera las haya.

- Las habrá, sin duda, pero ya nos encargaremos de ellas —repuso Rosales, que permaneció en silencio durante unos segundos, escenificando el escenario al que debían enfrentarse—. Lo malo es que habrá que desbloquear todas las cerraduras de las puertas de

acceso a los pasillos, y lo más probable es que estén conectadas con el sistema de alarma antiincendios.
- El acceso a Intensivos está bloqueado por cerraduras electrónicas —dijo el soldado, observando atento su reacción, pero al ver que esta no llegaba, decidió continuar con los contratiempos—: El comisario le ha dicho al capitán médico que conoce a la familia del sargento Serrano, o sea que lo más probable es que ya hayan contactado con ellos.
- Bueno, no importa, su familia lo cree muerto, y si logramos rescatarlo, tendrán que mantenerse callados, so pena de tener que dar muchas explicaciones a las que sin duda no estarán dispuestos.
- ¿Y si no lo logramos? —irrumpió uno de los moteros, que escuchaba a través de la ventanilla, dando a entender que era el único escenario que él presagiaba.
- Continuará muerto —musitó Rosales, que no pudo evitar un resoplido sarcástico que hizo que los soldados compartieran sus recelos con una cauta mirada.
- ¿Y si no es posible trasladarlo?, he oído decir al médico que tiene fisuras en la columna, y que tardará semanas en poder levantarse.
- Él sabe lo que tiene que hacer —zanjó Rosales—. Si no podemos trasladarlo se quedará donde está. Le advertiremos de que debe simular amnesia en tanto podamos rescatarlo, para entonces espero que hayamos podido cazar a ese cabrón.

El motero suspiró con alivio al colegir de las palabras del teniente que no pensaba silenciar al sargento, al menos del modo cruento que él había imaginado, pues de hacerse necesario dar ese paso, no dudaba de que sería a él a quien le sería encomendada esa faena.
- Si no hubiera actuado por su cuenta… —gruñó no obstante, apretando las mandíbulas con rabia.
- ¡Ya es tarde para lamentaciones! —lo acalló Rosales, aunque mesuró el tono al entender que no le faltaba razón—. Él se lo ha buscado —tuvo que reconocer, apartándole la mirada—, y si ahora no es capaz de mantener la boca cerrada, se la cerraremos nosotros, eso será mucho más sencillo que rescatarlo.

Rosales alzó la mirada muy despacio para encontrarse con los ojos del joven, y allí la dejó hasta que obtuvo el gesto que esperaba, palmeando después las manos para dar por zanjada la conversación. Arrancó el vehículo y sacó la mano por la ventanilla para que los moteros lo siguieran, perdiéndose entre el tráfico en un instante.

# 22

Frízer observaba el localizador con una mezcla de estupor y congoja, provocados por la osadía de aquella gente que era capaz de actuar de un modo tan temerario, señal inequívoca de que quienes los manejaban se creían por encima de la ley o, al menos, si se trataba de una sola persona, que era intocable. Ese pensamiento le produjo un escalofrío, sobre todo porque su hermano estaba allí, y podía verse envuelto en una situación de peligro de la que él sería el responsable.

- Deberíamos ir a la comisaría —le dijo Paul, imaginando lo que pasaba por su cabeza.

- Eso sería lo mejor, pero es que ahora pensaba ir a casa de los Alería, y no me apetece que esos tipos sepan que voy allí, además, antes tengo que dejarte en casa, y no podemos permitir que sepan dónde vivimos.

- ¡Cómo que dejarme en casa! —protestó Paul, enfadado—. Yo voy contigo.

- ¡Te vuelvo a repetir que esto no es un juego! —aplacó Frízer su genio de un gruñido.

- Vamos a la comisaría —insistió su hermano, sonriéndole para ablandarlo—. Una vez en el garaje dejamos el aparato para que piensen que continuamos allí, y nos largamos en el metro.

- No puedo dejar el coche.

- Pues cambia de coche, ¿o es que el Departamento no tiene más que este?

Frízer se quedó pensando, hasta que tomó una decisión y arrancó hacia la comisaría. Paul tuvo que abrocharse el cinturón a toda pastilla, pero una vez asegurado se deslizó por el asiento para poder ojear hacia atrás a través del espejo de la puerta.

- No les preocupa en absoluto que sepamos que nos siguen —le dijo Frízer al ver qué hacía—, aunque hay algo que puede que haya cambiado.

- ¿La matrícula falsa? —sugirió Paul, haciendo que Frízer se revolviera para mirarlo, asombrado por su perspicacia—. En tus

notas pude ver que los Audi Q8 pertenecían a una empresa de Andorra, supongo que lo averiguasteis porque las matrículas eran reales. Y la moto que fotografiaste en Colmenar también pertenecía a esa empresa, por lo tanto, si en verdad es falsa, es que ahora han decidido ser más discretos, o también podría ser que se trate de otra gente.

- Sí, pero en realidad no tenemos ninguna evidencia de que esa matrícula sea falsa —le dijo Frízer en tono burlón.

- La moto es completamente nueva, no creo que tenga ni dos meses, y esa matrícula tiene al menos cuatro años.

Frízer se quedó mirándolo, hasta que el tráfico lo obligó a llevar de nuevo la vista hacia la calzada. Durante un rato permaneció sumido en una repentina introspección de la que no regresó hasta que Paul le sacudió un brazo.

- Pues es lo único que nos faltaba —musitó Frízer entonces, resoplando con sarcasmo—, más gente en el tablero de juego.

- No lo creo, parece ser que es el mismo modelo de moto, o sea que lo más probable es que se trate de la misma gente. Lo que no entiendo es por qué actúan de un modo tan… no sé… prepotente.

- ¿Qué quieres decir?

- Pues que no es normal que se dejen ver como si fueran idiotas, y más extraño aún que se muevan por ahí con vehículos identificables.

- Y eso, ¿qué te hace pensar?

- O que están bien respaldados, o que cuando consigan lo que buscan no tienen intención de dejar el menor rastro que pueda llevar a la policía a dar con ellos, y claro, tampoco testigos.

Frízer se quedó mirándolo, aguardando un gesto que revelara la broma, pero al ver que asentía muy serio, dejó escapar una risa tonta que enfadó a su hermano.

- Ya hay un tipo en el hospital, y puede que no sea el último —le dijo, señalando al frente desdeñosamente para que no desviara la atención del tráfico, pues Frízer no paraba de lanzar miradas hacia el retrovisor, y temía que acabaran empotrados contra una acera.

- No se ve a nadie, ¿no? —preguntó Frízer, mirando nerviosamente hacia los flancos.

- Es la hora de la siesta, y hace un calor de muerte, ¿quién va a andar a estas horas por la calle? —Paul se quedó mirándolo, y, cuando su hermano giró la cabeza, le dijo sonriente—: Puede que esa sea la razón por la que nos hayan puesto un localizador, para no tener que andar detrás de nosotros con estos calores.
- ¿Qué te hace pensar que se trata de un localizador? —cuestionó Frízer, dispuesto a entretener la ruta tomándole el pelo—. ¿No has valorado la posibilidad de que se trate de un micrófono o algo así, y ahora estén escuchando lo que hablamos?
- Nadie coloca un aparato de escucha debajo del parachoques, a no ser que esté interesado en saber si revolucionamos mucho el motor.

Frízer soltó un refunfuño para sus adentros al ver que tenía respuesta para todo, y giró la cabeza para mirarlo. Al ver que sonreía burlonamente, alargó un brazo y le sacudió la nuca.
- ¿Sabes?, puede que después de todo tengas madera de detective.
- Papá jamás lo ha dudado, siempre que pierde las gafas me encarga a mí las indagaciones.

Aún reía Frízer por sus ocurrencias cuando alcanzaron el garaje de la comisaría. El agente que vigilaba la garita festejó su buen humor con una sonrisa, pero enseguida demudó el semblante al ver que tenía un acompañante, al que se quedó mirando con curiosidad.
- Inspector —saludó, señalando con un pulgar el garaje semivacío para que aparcara donde quisiera—. Veo que trae un detenido —bromeó, atento a la reacción del chaval.
- Es mi hermano, vigílalo mientras subo a mi despacho.
- ¿Le pongo las esposas?
- No será necesario, pero si sale del coche le disparas.

El hombre se echó reír, y rodeó el vehículo para saludar a Paul. Este bajó la ventanilla para estrechar la mano que el hombre le ofrecía, y le mostró el localizador que habían encontrado en el coche.
- Alguien nos sigue —le dijo, reafirmándose a cabeceos al ver que el agente se lo tomaba a broma.

El hombre se giró para mirar a Frízer, que se vio obligado a reconocerlo con un inequívoco gesto.

- Avisaré al sargento —reaccionó tras el momento de confusión que lo había dejado paralizado.
- No, no te preocupes, está todo controlado —lo tranquilizó Frízer, acercándose raudo para arrancarle el localizador de la mano a su hermano.

Frízer dejó a Paul charlando con el agente, y subió a la primera planta en busca de algún técnico que estuviera de guardia.
- ¡Coño, Frízer!, ¿qué haces por aquí todavía? —se extrañó al verlo uno de los técnicos de la Brigada, con el que tropezó a la entrada de su guarida.
- ¡Hombre!, Asensio, en tu busca venía —le dijo Frízer, sonriendo al encontronazo—. Me han colocado un localizador en el coche, y quiero ver si hay alguien por aquí para que le eche un vistazo.

El agente pensó que bromeaba para no darle explicaciones, pero cuando vio el localizador reculó con asombro.
- ¿Se trata de los tipos esos que andan con lo del caso de Rosales? —intuyó, conformando un gesto de preocupación al ver que asentía, al tiempo que alargaba un brazo para que le entregara el aparato.
- ¿Qué vas a hacer con él? —quiso saber Frízer mientras se lo colocaba en las manos, adentrándose en el ascensor apenas lo aprehendió.
- Deberíamos llevarlo a dar una vuelta por el centro, así se dan un paseo, es todo lo que se puede hacer —le respondió, animándolo a braceos a que entrara—. Estos equipos puedes encontrarlos hasta en los chinos, y hurgar en sus tripas no te va a llevar a ninguna parte, y mucho menos a descubrir quién te lo colocó.
- Esos tipos no deben de andar lejos —repuso Frízer con desaliento.
- En absoluto, estos aparatos no están concebidos para eso.
- ¿Entonces?
- Envían señales de posicionamiento cada varios segundos, y detectan las paradas, esa es la información que les interesa. Podrían encontrarse en cualquier lugar del mundo, solo necesitan una conexión a internet.

Frízer se quedó pensando en lo que su compañero acababa de decirle. Era evidente que la verdadera función del localizador no era

seguirlo a él, sino aprovecharse de la investigación policial, sin duda para poder encontrar a David Alería, que era a quien buscaban aquellos tipos, de eso ya no tenía la menor duda.
- Claro, no me buscan a mí, sino que lo que les interesa es saber a dónde me dirijo, y en qué puntos me detengo —dejó escapar en un susurro introspectivo, sin darse cuenta de que daba voz a sus conclusiones.
- ¡Así es!, aunque, si bien es poco probable que te sigan de cerca, no estaría de más tomar precauciones.
- Necesito el coche —musitó Frízer, pensando que se refería a eso.
- Llévate el mío —le propuso, tendiéndole la llave—. En la guantera tienes gafas de sol y una gorra, póntelos al salir, por si acaso están vigilándote, y dentro de un rato saldré yo con tu coche y el localizador, ya verás qué bien se lo van a pasar este fin de semana de pingo por Segovia.
- Podrían intentar algo contra ti —rechazó Frízer.
- No te preocupes, no voy con la familia, estoy de guardia todo el fin de semana.
- Entonces, ¿qué te lleva a Segovia?
- Un seguimiento rutinario, pero voy con otros dos agentes de la zona para relevar a los compañeros que están ahora en faena, no debes preocuparte.
- Genial, tío, llamaré al comisario para advertirle —le dijo Frízer, agradecido—. Ah, la llave de mi coche está en la consola, no lleva cerradura, y el botón de arranque está en el volante.
- Lo sé, el Departamento me dio el mismo modelo, y además del mismo color, si en verdad van a seguirme, quien sea va pasar un buen finde dando vueltas.
- Bueno, voy a ver si pillo a alguien de Telemática para que me mire unas cosas —se despidió Frízer al salir del ascensor.

El agente asintió, y se internó en el laboratorio con el localizador en la mano, alzándolo al aire como si fuera una pelota. Frízer dudó qué hacer al ver que las dependencias de Silvia se encontraban en penumbra, un hecho que venía a constatar que allí ya no había nadie, pero aun así se acercó a la cristalera, momento en que vio a

García parapetado tras una pantalla, y se acercó raudo, festejando la circunstancia con su mejor sonrisa.

- Menos mal que aún estás aquí —le dijo, apartándolo de la abstracción que lo tenía absorto en la pantalla con gran sobresalto.

- ¡Joder!, Mark, me vas a matar de un susto.

Frízer se excusó, si bien sonreía burlón al soberano repullo, y se dejó caer sobre una silla a su lado. Después señaló la pantalla para que se pusiera manos a la obra mientras se disponía a consultar la servilleta en la que había garabateado la matrícula de la moto que lo había seguido.

- ¿2280 LKJ? —repitió García mientras lo anotaba en un pósit.

- Eso es, quiero saber a quién pertenece, o si está dada de baja. Es de una moto que ha estado siguiéndome esta tarde, además, me han puesto un localizador en el coche.

- Muy bien, dame un minuto —asintió, recomponiéndose del gesto de asombro que le había provocado lo que acababa de oír—. Por cierto, el comisario llamó hace un rato para advertirnos de que iba hacia el Gómez Hulla para ver si podía interrogar al tipo ese del *balconing*.

García se disponía a aporrear el teclado cuando advirtió que Frízer se apresuraba a sacar su teléfono, y lo detuvo con un gesto, negando con la cabeza.

- ¿Qué pasa? —protestó él, sorprendido.

- No quiere que lo llames, no vaya a ser que irrumpas en medio del interrogatorio y le chafes una confidencia determinante para el esclarecimiento del caso —le dijo, entonando chuscamente el tono que empleara el comisario para advertirle.

Frízer asintió, y se guardó el teléfono, señalando después la pantalla para que procediera. García introdujo los datos de la matrícula en el terminal, y después le hizo un gesto de calma al ver que taconeaba los talones para aplacar su impaciencia. Frízer cruzó las piernas para evitar el tic, y clavó la vista en la pantalla, que comenzó enseguida a reverberar datos que fueron acumulándose en diferentes ventanas. Poco después, tras un ligero tintineo, se mostró

un parpadeo rojo que parecía advertir de que algo no marchaba según lo previsto.
- ¿Qué pasa? —refunfuñó, temiendo que la información estuviera protegida, o algo aún peor, que hubiese sido borrada, como todos los informes del caso Alería.
- No pasa nada —lo tranquilizó García, sonriendo con suficiencia—. El vehículo al que pertenecía esa matrícula fue dado de baja hace más de tres años, y siempre perteneció a una empresa de *Leasing*.
- ¿Inversys? —supuso Frízer.
- No, esta es una empresa perteneciente a la propia marca del vehículo finiquitado —le dijo, señalando el punto en la pantalla en la que figuraba el dato—. La matrícula estuvo activa durante poco más de un año, o sea que lo más probable es que fuera declarado siniestro total.
- Volkswagen Financial Service —bisbiseó Frízer—. Vamos, que quien está utilizando ahora esa matrícula sabe que está fuera de juego.
- Puede que la haya elegido al azar, ¿qué más le da a nadie que esté activa o no?, lo que se pretende es que no pueda ser localizado, que es lo que han conseguido. Lo más probable es que hayan visto el vehículo en un desguace y le hayan birlado las placas.
- No, las placas de una moto son diferentes, más pequeñas.
- Eso es lo de menos, para esa gente es fácil conseguir placas nuevas, solo les interesa el número.
- Está bien, gracias —le dijo Frízer, poniéndose en pie—. ¿Habéis podido averiguar algo más sobre esos tipos?, los que perecieron en el siniestro del Tiger.
- Estaba en ello —le dijo García, señalándole la silla para que volviera a sentarse— . En su momento, transcurridos los tiempos legales, todos fueron dados oficialmente por fallecidos, e indemnizados los legatarios, pero las compensaciones recibidas no eran tan cuantiosas como para permitirse una nueva vida, no obstante, tampoco se observa en el devenir de estas personas que hayan acometido gastos desproporcionados en los dos últimos años, al menos que pudieran revelar alguna actividad sospechosa. Esto en lo referente a los fallecidos en el accidente del Tiger. Y en lo que

respecta al tipo ese que falleció en una emboscada en Bamako unos años antes, de momento he logrado localizar a la familia, que según consta en el padrón municipal, continúan viviendo en Lumbier.
- ¿Y eso por dónde cae?
- Está en Navarra, a unos cuarenta kilómetros al sureste de Pamplona.
- Demasiado lejos para hacerles una visita —lamentó Frízer, desinflándose en un suspiro al tiempo que volvía a ponerse en pie, palmeándole la espalda para agradecer su trabajo.
- De todos modos, antes de hacerles una visita tenemos que averiguar si están todavía allí, y si hay algo sospechoso en sus cuentas o actividades onerosas de difícil justificación, de lo contrario sería perder el tiempo.
- ¿Te pones a ello?

García se limitó a asentir, y después, tras indicarle con un dedo que todos los datos se encontraban en el informe, volvió a enfrascarse en su trabajo. Frízer se dirigió entonces al garaje, donde encontró a Paul apoyando las nalgas en el capó del coche, aparentemente aburrido.
- Vamos a cambiar de coche este fin de semana —le dijo al acercarse, palmeándole la espalda para que reaccionara.

Frízer activó el mando a distancia para ver de qué coche se trataba, ya que varios de los que había en el garaje eran iguales al suyo. Cuando vio cuál era el que destellaba los intermitentes, cabeceó hacia él para que se apresurara. Ambos se acomodaron en el nuevo vehículo, que no difería del asignado a Frízer ni en el tapizado de los asientos.
- ¡Joder!, qué limpio está —elogió Paul mientras se abrochaba el cinturón, olisqueando el aire para empaparse del olor a nuevo que emanaba la tapicería.
- Agáchate hasta que nos hayamos alejado de la comisaría —le pidió Frízer, curioseando en la guantera.

Una vez oculto uno y camuflado el otro con las gafas de sol y una gorra de propaganda, el coche se puso en marcha. El agente de la garita les franqueó el paso al alcanzar la barrera, y abandonaron la

comisaría despacio, sin un destino concreto. Frízer pensó acudir a su casa para dejar allí a su hermano, pero bastó un momento de reflexión para entender que no podría estar tranquilo ni un segundo si no lo tenía su lado, y decidió llevárselo.

- ¿A dónde vamos? —le preguntó Paul al rato, cuando vio que se dirigía hacia el norte por la M-30, henchido de emoción al entender que permitía que lo acompañara en sus indagaciones.
- Vamos a Fuentelarreina, la urbanización en la que viven los Alería.
- ¿Y qué vas a hacer allí?
- Voy a contarles la verdad, eso es lo que quiere el comisario.
- ¿Vas a decirles que su hijo es un fugitivo que ha tirado a un tipo por un balcón?
- Eso mismo, pero con otras palabras, si es que logro encontrarlas.

Paul se encogió de hombros, dando por hecho que bromeaba, y volvió a deslizarse en el asiento para observar lo que ocurría tras ellos a través del retrovisor. En la media hora que duró el trayecto no pudo ver nada extraño, pese a ello, cuando se bajó del coche atisbó en derredor con disimulo, haciendo que su hermano se quedara mirándolo, sonriendo burlonamente.

- ¿Dónde es? —preguntó Paul, observando con embeleso las casas de los alrededores, algunas de ellas verdaderas mansiones.
- Es esta —le aseguró, convencido de que el casoplón que señalaba con un brazo en alto le arrancaría un gesto de asombro.
- No imaginaba que fueran ricos.
- Yo tampoco, pero ya ves… ¿podrás permanecer un rato en el coche sin provocar ningún desastre?
- ¿Qué tal si me dejas las llaves y me doy una vuelta por los alrededores?

Frízer valoró la propuesta un instante, pero decidió que era mejor tenerlo controlado, y negó con la cabeza.

- Si fuera mi coche, aún, pero siendo el de mi compañero…
- Si alguien nos ha seguido, podré despistarlos —protestaba Paul cuando la puerta del garaje comenzó a ascender, haciendo que ambos se revolvieran hacia la casa.

Javier Alería apareció de entre las sombras, desdibujando la sonrisa que llevaba puesta para saludar a Frízer cuando vio que iba escoltado. Tras un gesto de extrañeza, sin duda provocado por la manifiesta juventud de su acompañante, se acercó a Frízer con un brazo en alto, pero apenas le estrechó la mano se giró para mirar a Paul, recomponiendo su sonrisa para saludarlo.

- ¿Sois hermanos? —le preguntó guasón, ofreciéndole la mano.

- Paul —repuso él, asintiendo a cabeceos al tiempo que respondía al saludo.

- ¿Tanto nos parecemos? —preguntó Frízer, complacido por ello.

- El otro día oí que le decía a mi padre que disponía de poco tiempo porque tenía que recoger a su hermano, eso, y el evidente parecido, me ha hecho suponerlo.

- Estudia para médico forense —le dijo Frízer a su hermano—, puede que en unos meses esté trabajando para la policía.

- ¡Vaya! —exclamó Paul, asombrado—. Yo estudio sicología, y en cuanto termine pienso ingresar en la academia de policía.

- Bueno, ya veremos —lo calmó Frízer.

A Javier Alería le hizo tanta gracia el comentario que dejó escapar una risilla burlesca. Paul la acogió con guasa, aunque procurando que su hermano no lo advirtiera.

- Mis padres salieron hace un rato, aunque no creo que tarden, han ido a llevar a mi abuela a su casa —dijo Javier Alería, señalando a su espalda para que entraran.

- Espérame aquí, no tardaré mucho —le pidió Frízer a su hermano.

- Hace un calor de muerte —rechazó Javier Alería, alzando una mano hacia el garaje sombrío.

Frízer asintió a la evidencia, y se dispuso a meter el coche en el garaje, medio campo de balonmano en el que el Cupra Formentor parecía el portero del equipo y el Mercedes el pivote, dejando espacio en el centro de la cancha para tres centrales más. Cuando Paul vio el deportivo, o más bien advirtió los inmensos *tubarros* de los que hacía gala, desorbitó los ojos en un gesto que más que admiración parecía haberle provocado espanto.

- ¡Ostras!, vaya cacharro —exclamó, acercándose para observarlo—, es igual al que tiene el presi del Barça.
- Entra, está abierto —le ofreció Javier Alería, compartiendo risas con Frízer por el comentario.
- El otro día pude oír unos audios que tenía tu padre en los que se te oye hablar en árabe, supongo que tu interlocutor era tu hermano — comentó Frízer mientras Paul observaba el vehículo con entusiasmo.
- ¿Mi padre tenía audios míos hablando en árabe? —receló, sorprendido, desdibujando la sonrisa para mirarlo con un gesto de suspicacia.

Frízer no esperaba aquella reacción, y se quedó mirándolo con disimulo, reprimiendo la mueca de satisfacción que le arrancó una circunstancia que venía a confirmar que podría utilizar en su provecho la curiosidad que sin duda le iba a causar a Javier Alería aquella revelación, y se apresuró a reproducir uno de los audios, acercándole el móvil, que quedó suspendido entre ambos. Javier Alería escuchó el primero con atención, emocionado al oír la voz de su hermano, pero enseguida meneó la cabeza de lado a lado para rechazar lo que imaginaba que pasaba por la cabeza del inspector.
- ¿No es tu hermano? —supuso Frízer, interesado, aunque también con cierta decepción, que dejó traslucir con un gesto de los labios, fruncidos de medio lado en una expresión de duda.
- Sí, es la voz de David, pero el otro no soy yo —aseguró, extrañado por el gesto de estupefacción que le arrancó al inspector la revelación.
- Entonces, ¿quién era el tipo con el que hablaba?
- Es el nieto de una amiga de mi abuela, hijo de un agregado de la embajada de Argelia. Íbamos al mismo colegio, y también formaba parte del equipo de natación, pero dejamos de tener contacto poco después de desaparecer mi hermano. Desde entonces apenas hemos vuelto a vernos en algunas ocasiones, fiestas, cumpleaños...
- ¿Y sabes cómo podríamos encontrarlo?
- Sí, luego le paso el contacto.

Ambos se revolvieron al ver que Paul se acercaba tras haber echado una ojeada al vehículo.

- Vamos adentro, mis padres no tardarán en llegar, y antes quiero oír esos audios.

Frízer asintió, y siguió a Javier Alería hacia el interior de la casa, dejando a su hermano atrás, sin saber qué hacer. Cuando su anfitrión se dio cuenta de que Paul no entraba tras ellos, se dio la vuelta y asomó al garaje, braceando para que entrara.

Una vez en el salón, Javier Alería los dejó acomodados en un sofá mientras acudía a por unas cervezas, y regresó enseguida para dejarse caer frente a Paul, justo al lado de Frízer, a quien se quedó mirando con curiosidad. Al ver que no le decía nada, le hizo un gesto inequívoco con el botellín que le ofrecía para que reprodujera el resto de archivos.

- ¿Puedes traducirnos lo que dicen? —le pidió Frízer, aferrando el botellín de un zarpazo antes de conectar de nuevo el reproductor.

Javier Alería escuchó atentamente los tres audios, asomados los tres al centro de la mesa, que era donde descansaba el teléfono, como si al observarlo pudieran escenificar en su cabeza lo que había ocurrido durante aquella conversación ininteligible. Al terminar los tres audios comenzó la reproducción automática de la grabación que Frízer había hecho en el despacho de Albuena, de modo que se vio obligado a precipitarse para pararlo. Cuando lo logró, llevó la mirada hacia Javier Alería.

- ¿Qué dicen? —insistió al ver que se había quedado petrificado.

- ¿Cómo ha conseguido esos audios? —preguntó, con la sonrisa congelada en una mueca de confusión.

- Ya te he dicho que los tenía tu padre. Él llevó una investigación paralela a la que hizo la policía en su momento, y esos audios estaban en un *pendrive* que guardaba en su escritorio, junto a un sinfín de documentos y datos de todas las personas con las que habló, pero supongo que ya sabrás que Rosales sustrajo todo eso de mi coche.

Frízer advirtió en sus ojos el brillo espeso de la emoción, e imaginó que se le había ocultado la existencia de esos audios. No entendió la

razón que pudo llevar a su padre a hacer aquello, aunque supuso que los diálogos de la grabación eran la causa, un pensamiento que lo llevó a sospechar que quien había decidido ocultarle aquella información era su madre, ya que su padre no hablaba árabe.

- ¿No sabías que existían esos audios? —le preguntó, alzando un brazo que llevó hasta su espalda en un gesto de ánimo.

- No creo que mi padre estuviera muy interesado en hacerme saber que había estado espiando a mi hermano —gruñó malhumorado.

- ¿Cómo que espiado, qué quieres decir?

- Esa es una conversación privada, si estaba en manos de mi padre, es que él le había puesto un micro o algo así.

- Puede ser que tras la desaparición de tu hermano el Departamento hubiera accedido a la información de su móvil y la hubiera compartido con tus padres para que lo tradujeran. Si Rosales no se hubiese llevado los informes, podríamos haber sabido cómo se consiguieron esas grabaciones, pero ahora…

- Si eso fuera así, quien grababa la conversación era tu hermano, de otro modo no habría ido a parar a su propio móvil —dedujo Paul, inconsciente de la reacción que aquella revelación iba a provocar a su hermano—. Además, es evidente que esas grabaciones fueron a parar a un servidor, ya que su móvil no apareció jamás.

Frízer se revolvió hacia él, y se quedó mirándolo con un gesto de asombro, tan admirado por su astucia que no fue capaz de reprobar su intervención. Después llevó la mirada hacia Javier Alería, y elevó el mentón para que respondiera. Al ver que no decía nada se vio obligado a insistir, si bien lo hizo con mesura, pues lo último que quería era que se sintiera acosado de algún modo, provocando con ello que enmudeciera hasta poder hablar con su padre.

- ¿Qué se dice en esos audios? —preguntó con cautela.

- ¿Le importaría reenviármelos?, me gustaría tener ese recuerdo de mi hermano, nosotros solo hablábamos en árabe con mi abuela —pidió, si bien asentía.

Frízer le reenvió los archivos, y después, cuando el móvil de Javier Alería anunció que los había recibido, señaló el aparato para que tradujera los audios.

- En el primero, mi hermano le comenta a Abdel que si piensa acceder a lo que le han pedido.
- ¿Que le ha pedido quién?
- No lo aclaran, se refieren a ellos como esos tipos, o esa gente. Además, David y Abdel jamás habrían charlado amigablemente en árabe, ambos hablaban siempre en español.
- Y eso, ¿qué te hace pensar?
- Que temían que alguien escuchara la conversación, ¿qué si no?
- Y que quien estuviera escuchando, aunque estuviese grabando lo que hablaban, no tuviera medios para traducirlo, de otro modo no tendría sentido hablar en árabe —intervino Paul.

Frízer dedicó a su hermano una mirada de orgullo, asintiendo para reconocer de nuevo su sagacidad, aunque le hizo un gesto para que no volviera a interrumpirlo, llevando después la mirada hacia Javier Alería.

- Y dices que el otro interlocutor se llama Abdel… ¿qué más? —le preguntó, presto a anotarlo.
- Bueno, así lo conocíamos todos, pero en realidad se llama Abdelkader Aissani, igual que su padre. Mi madre le podrá dar todos los datos, son amigos de toda la vida. Además, él vive ahora aquí cerca, a apenas un kilómetro en dirección norte, aunque no recuerdo el nombre de la calle.
- ¿Y accede a eso que le han pedido, se dice de qué se trata?
- Se deduce que alguien pretendía que hicieran algo, pero Abdel le dice a mi hermano que no quiere saber nada de esa gente. Y por cómo miden las palabras, no me extrañaría que se tratara de gente peligrosa, quizás traficantes.
- Podría ser que sospecharan que alguien estuviera escuchando o grabando lo que hablaban, como así fue —intervino Paul, haciendo que Javier Alería se encogiera de hombros en un gesto ambiguo.
- Y tu hermano ¿qué le dice?, ¿él sí piensa prestarse a eso que le piden? —insistió Frízer.
- David no dice nada, solo le pregunta a Abdel qué piensa hacer él. Supongo que una vez supo que Abdel no pensaba prestarse a lo que le pedían, David tampoco accedió.

- ¿No hay nada en la conversación que te lleve a sospechar quién podría estar detrás de todo eso?
- No, como le digo, solo se refieren a ellos como esos tipos o esa gente.

Frízer se quedó pensando, incapaz de sacar el mínimo provecho a aquellos exiguos datos.

- ¿Te da la sensación de que la conversación se torna exaltada en algún momento? —se le ocurrió al recordar que en un punto del tercer audio elevaban el tono de voz.
- En el primer audio es muy tranquila, pero en los otros se intuye cierto apremio —reconoció, sonriendo al ver que el inspector había caído en la cuenta—. A David no parece que le preocupe mucho, pero es evidente que a Abdel lo incomoda la presión a la que está sometido. Yo diría que está acojonado por algo que ha ocurrido, y que quiere alejarse de eso, pero mi hermano lo presiona para que no lo deje solo.
- Muy bien —acompañó Frízer a un hondo suspiro—. No vamos a tener más remedio que ir en busca de ese tal Abdel, a ver si él nos puede aclarar algo.
- Si quiere puedo llamarlo.
- ¿Tienes su número? —repuso Frízer, irguiéndose con sobresalto.

Javier Alería se puso en pie, sonriendo al respingo del inspector, y sacó de un aparador una agenda en la que su madre guardaba todos los contactos, pero apenas la aprehendió oyeron que la puerta se abría, y los tres se revolvieron para ver quién entraba.

- Mamá, el inspector Frízer ha venido a hablar con vosotros —exclamó Javier Alería al verla, aprovechando para escabullirse hacia el pasillo, de modo que no lo vieran enviar un mensaje.
- Hola, inspector, ya he visto el coche en el garaje —dijo ella, que se adentraba en el salón en el momento en que advirtió la presencia de Paul, y le sonrió, pues no le cupo la menor duda de que se trataba de su hermano—. ¡Cómo os parecéis! —exclamó, acercándose para saludarlo.

Paul se puso en pie de un salto, y se dejó besar en ambas mejillas por la mujer, que llevó una mirada risueña hacia Frízer para

dedicarle su mejor sonrisa.
- Es mi hermano, Paul —confirmó él —. Iba a llevarlo a casa, pero como me pillaba de paso… —intentaba excusarse cuando Javier Alería lo interrumpió.
- Pensaba dejarlo afuera, esperando.
- ¿Con estos calores? —fingió alarmarse ella, sumándose a la reprimenda que arrastraba el comentario de su hijo.

La mujer animó a Paul con un gesto para que volviera a sentarse, acomodándose ella a su lado. Después, tras advertir que su hijo ya les había servido unas cervezas, llevó de nuevo la vista hacia Frízer.
- No imagina cómo me alegra que se haya confirmado que David se encuentra bien —le dijo él al advertir el desasosiego que mostraba.
- He podido verlo —reconoció ella, rendida repentinamente a la emoción, de modo que no tuvo más remedio que recurrir a un pañuelo.
- ¿Cómo que has podido verlo? —clamó su hijo, braceando para que se explicara al ver que Frízer entornaba los ojos en un gesto de extrañeza, haciendo patente que él tampoco entendía qué había querido decir.
- Alguien le ha enviado un vídeo a tu padre —aseguró, ondeando una mano para pedirle calma—, pero no ha querido reenviártelo, prefería mostrártelo en persona.
- ¿Qué vídeo?

Javier Alería se dejó caer en el sofá junto a ella al ver que sacaba su móvil, y observó en silencio lo que le mostraba, apenas diez segundos de grabación en los que se veía a un joven abandonando un portal con un bolso al hombro, pero que desaparecía del encuadre en un instante, fijado ahora para mostrar a un tipo que yacía inerte sobre el techo de un vehículo. El vídeo entró en bucle, reproduciéndose en tres ocasiones sin que el joven pestañeara, hasta que ella detuvo la reproducción en el momento en que el enfoque se centraba sobre la imagen de su hijo.
- Es tu hermano —aseguró con voz temblorosa, sonriéndole enternecida al intuir que lo reconocía.
- ¿Ese del bolso es David? —musitó, conformando un gesto de duda.

- Supongo que el comisario ya les ha contado lo ocurrido en Colmenar —le dijo Frízer.
- Sí, habló con mi marido —corroboró ella—, pero no le dijo en qué circunstancias había aparecido —añadió, ofreciéndole el móvil para que viera el vídeo.

Frízer cogió el aparato y visionó la imagen, sonriendo con encubierta mordacidad al ver que alguien había logrado grabar en vídeo el momento en que David Alería huía de colmenar tras haber lanzado por el balcón a Olivares, que yacía inerte sobre el techo del mismo vehículo que él se había encontrado a la entrada cuando acudió. Tras un momento de duda decidió que lo mejor era contarles todo lo sucedido, y de paso, tal y como le había ordenado el comisario, advertirles de que la mente de su hijo podría estar ocupada ahora por otra persona, y que debían ser cautos, pues muy probablemente no los reconociera. Como del garaje le llegaba la conversación que Mateo Alería mantenía con un ente imaginario, en realidad peleándose con unas aparatosas bolsas, aguardó a que entrara en la casa, y así poder hablar a todos a un tiempo. Cuando esto ocurrió, Javier Alería aprovechó el momento de distensión en que Frízer se entretuvo presentando a su hermano para escudriñar en la agenda de su madre. Después, cuando todos se hubieron acomodado, propuso a Paul que lo acompañara al garaje, argumentando que pretendía mostrarle el coche. Todos sonrieron al comentario, pero nadie puso objeción al ver que Paul brincaba del sofá a un gesto de su hermano, que cabeceó con decisión para que lo siguiera y así poder desprenderse por un momento del lastre. Ya en el garaje, Javier se revolvió para cuchichearle.
- ¿Te apetece dar una vuelta en el coche? —le dijo en tono enigmático.
- ¿Te lo ha pedido mi hermano? —supuso Paul, que no entendía muy bien a qué venía aquella extraña propuesta.
- No iremos lejos, es aquí cerca, a apenas tres manzanas.
- ¿Piensas ir en busca de ese tal Abdel?

Paul no obtuvo respuesta, pero la sonrisilla que esbozó Javier Alería le respondió claramente, y se subió al coche sin más

cuestionamientos, sonriendo con entusiasmo cuando el motor rugió como un león al salir del garaje. Cinco minutos de cháchara cuasi mecanofílica[23] los llevaron hasta la casa en la que vivía Abdelkader Aissani, una mansión parecida a la de los Alería, de la que salió un tipo joven apenas aparcaron a la puerta.

- Le envié un mensaje para decirle que venía —le dijo Javier Alería a Paul al advertir la extrañeza que le había provocado el hecho de que ya estuvieran esperando su llegada.

Los jóvenes se fundieron en un abrazo, y después se giraron hacia Paul, que aguardaba en la acera, observando la escena con manifiesta incomodidad.

- Es Paul, hermano del inspector que ha logrado dar con David.

Abdel se acercó a él para ofrecerle la mano, y después, una vez se saludaron, se volvió de nuevo para mirar a Javier Alería, meneando la cabeza como un búho para hacer patente su incredulidad.

- ¿Y cómo es eso posible, después de tanto tiempo?
- ¿Has visto el vídeo? —le preguntó Javier Alería.
- Se lo reenvié a tu padre apenas lo recibí, debe de andar dando vueltas por toda la red —le aseguró, cabeceando para reafirmarse.
- ¿Y reconociste a David?
- Seguramente no lo habría reconocido, pero mi hermano me llamó antes de enviármelo para preguntarme si ya lo había visto, y al parecer nadie duda de que es él, y ahora yo tampoco —dijo, palmeándole los brazos al tiempo que sonreía—. ¡Qué subidón!, tío, aún no puedo creerlo.
- Escucha esto —le pidió Javier Alería—, son audios de una conversación que mantuviste con David poco antes de que desapareciera.

Abdel frunció el entrecejo, extrañado, pero apenas oyó las primeras palabras en árabe asintió sonriente.

- Se los envié a tu padre hace unos años, poco después de aquello —admitió con pesadumbre.
- Pero, ¡cómo!, ¿fuiste tú quien grabó estos audios?
- Claro, ¿quién si no? —dijo, extrañado de que no lo supiera.
- Mi padre aún no sabe que los tengo.

- ¿Y por qué grabaste esas conversaciones? —irrumpió Paul, haciendo que Abdel se revolviera hacia él para mirarlo.
- Porque quería que sus padres supieran en qué andaba metido, pero como aquellos tipos ya no volvieron a molestarnos, di por hecho que David también lo había dejado, y no se los entregué a tu padre hasta tiempo después, cuando…
- ¿Y en qué andaba metido? —le preguntó Javier Alería.
- Pero… ¿tu padre no te ha dicho nada?
- No, no me ha dicho nada —le gruñó, mirándolo fijamente.

Abdel soltó un resoplo, y se llevó las manos a la cabeza, rastrillándose el cabello desde la frente al cogote. Después, al ver la inquietud que reflejaban sus miradas, hizo un gesto hacia la casa para que entraran.

- Aquellos tipos, los que nos propusieron hacer carrera militar —dijo Abdel una vez se hubieron instalado en el salón de la casa, una coqueta estancia de estilo minimalista que arrancó a Paul un gesto de admiración.
- ¿Los militares? —se revolvió Javier Alería.
- Bueno, en su momento pensé que se trataba de la misma gente, pero puede que no fuera así. Podrían ser de la policía, o de algún cuerpo especial de la Guardia Civil, o los Servicios Secretos, vete a saber… lo que recuerdo es que vestían muy elegantemente, con ropas caras, vamos, que si eran policías no se trataba de simples agentes.
- ¿Y qué es lo que querían de vosotros? —preguntó Paul al ver que Javier Alería se quedaba mudo de asombro, incapaz de procesar aquella información.
- Querían que intentáramos entablar amistad con tres inmigrantes de origen árabe. Se supone que debíamos intimar con ellos en la medida de lo posible, e intentar sonsacarles algo que nos sería comunicado si aceptábamos el trato.
- ¿Qué trato? —preguntó Javier Alería.
- Si conseguíamos la información, diez mil euros, aunque al intuir nuestras reticencias nos dijeron que acabaríamos cobrando de igual modo.

- ¿Y qué les dijisteis?
- Al principio aceptamos, incluso llegamos a entablar conversación con esos tipos, pero en cuanto vimos de qué tipo de gente se trataba, decidimos dejarlo.
- ¿Qué tipo de gente, a qué te refieres?
- Gente rara, ya sabes, de esos fanáticos obsesionados con la religión, además, estaban todo el día fumados, y eso no iba con nosotros, por eso decidimos alejarnos de ellos. Yo no volví a verlos, pero quién sabe si David al final se prestó a lo que le pedían, y que eso tenga algo que ver con su desaparición, por eso le envié los audios a tu padre, para que supiera que no habíamos aceptado el trato.
- ¿Y cómo es que no se le comunicó eso a la policía en su momento? —alzó la voz, encorajinado.
- Por supuesto que se puso en conocimiento de la policía, tu padre les dio todos los datos, incluso los nombres de esos emigrantes, y se investigó, y me interrogaron a mí varias veces, pero se llegó a la conclusión de que aquello no tenía nada que ver con la desaparición de tu hermano, o eso es al menos lo que me dijo tu padre, porque a mí nadie me dio jamás ninguna explicación, o acaso piensas que la policía me daba cuenta de cómo iba la investigación.
- Seguro que esos tipos son los mismos que lo persiguen ahora, y no parece que sean ni del Ejército ni de la Guardia Civil, aunque no hay duda de que tienen formación militar y medios —intervino Paul, sosegando el tono para intentar calmar los ánimos.
- ¿Cómo que lo persiguen ahora? —se revolvió Abdel, mirándolo con extrañeza.
- El tipo al que David lanzó por un balcón es uno de ellos. Al parecer lo buscan por algo, y puede que ese algo tenga que ver con esos tipos a los que os pidieron acercaros.
- ¿Cómo que David lanzó a alguien por un balcón? —gruñó Javier Alería, revolviéndose alarmado.
- Mi hermano ha ido a tu casa para explicar lo sucedido a tus padres —tuvo que reconocer Paul, lamentando no haber caído en la cuenta de que él aún no sabía nada.

- La noticia está en toda la prensa —intervino Abdel, meneando la cabeza de arriba abajo para afianzar sus palabras—, fue David quien lanzó desde un balcón al tipo ese del vídeo que aparece sobre el coche.
- Parece ser que llevaba viviendo allí varios meses —añadió Paul—, pero ese tipo descubrió su paradero e intentó matarlo.
- ¿Cómo que intentó matarlo?
- El asaltante llevaba una pistola, pero tu hermano se la arrebató, afortunadamente, y le dio una paliza, eso es lo que dicen los testigos.
- ¿Y lo lanzó desde un balcón? —insistió, incrédulo.
- Bueno, eso ocurrió tras el forcejeo, y menos mal, porque si no, ahora el herido sería tu hermano.
- ¿Y mis padres saben eso?
- Ya deben de saberlo, mi hermano ha ido a tu casa a contárselo.

Javier Alería se quedó pensando, ensimismado, hasta que Abdel se acercó y lo aferró por los hombros para mirarle a los ojos.
- Está vivo, y eso es lo que importa. Ahora debemos encontrarlo, seguro que tiene una explicación para todo esto.
- Creo que David no nos recuerda —le dijo Javier Alería, apesadumbrado—. Ha logrado averiguar quién es su familia, pero por alguna extraña razón no se atreve a contactar.

# 23

El capitán médico sonrió al pensar que el gesto que le provocó al comisario el aspecto que mostraba Ambrosio Serrano era de repelús, dado que el paciente parecía un androide a punto de ser despachurrado por los tentáculos de una criatura de inframundo que emergiera del colchón sobre el que descansaba como una maraña de espeluznantes raíces trepadoras. En realidad se trataba de un simple corsé ortopédico cuyas correas le abrazaban el torso para mantenerlo inmóvil, otorgándole el aspecto de un engendro de los que protagonizan las películas de Marvel. De los brazos le colgaban tubos de plástico y cables que lo conectaban al sinfín de aparatos que tenía a su alrededor, y que palpitaban con una cadencia adormecedora para indicar que dentro de aquel ser inerme todavía quedaba algo de vida. Pero nada más lejos de la realidad, porque lo que en verdad había sorprendido al comisario era el hecho de que el paciente no luciera ni un solo tatuaje, pues siempre lo había imaginado bosquejado como el peón de una tribu callejera.

- Veo que no precisa de respirador —dijo con cierta sorna.

- Desde que salió del coma puede respirar por sí mismo —repuso el capitán, cabeceando para reconocer la perspicacia del comentario.

El comisario arqueó las cejas con asombro al ver que el paciente alzaba los párpados para observar a quien había hablado, y llevó la mirada hacia el capitán, que celebraba la feliz circunstancia con una inmensa sonrisa.

- Veo que ya se ha despertado —peroró en tono melindroso, agachándose sobre la testa del paciente para observar sus pupilas—. ¿Qué tal se encuentra? —le preguntó tras el mugido de aprobación que le arrancó la favorable inspección, pese a que blandió una mano al aire para que no respondiera al ver que intentaba hablar con dificultad—. No haga esfuerzos, ni intente moverse —le dijo, entretenido después en observar lo que mostraban los aparatos. Cuando acabó el examen apoyó las nalgas muy despacio sobre la cama y, aunque miró al comisario para mostrarle una sonrisa de consentimiento, se inclinó sobre el paciente para hablarle—.

¿Recuerda lo que le ha ocurrido? —El capitán aguardó unos instantes a que le respondiera de algún modo, pero como Rosales no movió ni un párpado, le relató pormenorizadamente las lesiones que le habían encontrado, recalcando sutilmente las fisuras de las vértebras para disuadirlo de que intentara moverse.

- ¿Y mi familia? —bisbiseó con esfuerzo el paciente.

- ¿A qué familia se refiere? —le preguntó el capitán tras lanzar una mirada de extrañeza al comisario.

- Mi hijo y mi esposa viajaban en el coche cuando aquel tipo nos embistió —acompañó a un gesto de dolor que obligó al capitán a sujetarle los brazos para que no se moviera.

- No debe preocuparse, se encuentran perfectamente —se vio obligado a decirle para que se calmara—. En cuanto nos lo permita su estado vendrán a hacerle una visita, pero ahora tiene que estar tranquilo, y no moverse.

- ¿Tu esposa y tu hijo?, maldito cabrón —farfulló el comisario en tono irónico, sonriendo al tiempo que le clavaba una mirada burlesca que provocó que el capitán rebullera de asombro y el paciente se estremeciera entre gemidos de dolor—. ¿Acaso piensas que vas a poder jugar con nosotros? —Albuena se agachó sobre la cama y le masculló al oído—: Si no me dices la razón por la cual perseguías a David Alería, te aseguro que vas a tener una convalecencia de lo más entretenida.

- ¡Comisario! —llamó su atención el médico, sujetándolo de un brazo para que se tranquilizara al ver que se disponía a zarandearlo.

- Está bien —repuso Albuena, alzando una mano en gesto de calma.

El comisario dirimió durante el momento de tensión que prosiguió al incidente su proceder más inmediato, pero como no se le ocurrió nada que pudiera disuadir a Olivares de tomarles el pelo, se dirigió hacia la puerta, conteniendo la corajina que le había arrancado su desfachatez, pero apenas aferró la manija se giró para hablarle al médico, que lo observaba con manifiesta inquietud, temeroso sin duda de que volviera a la carga.

- Capitán —se oyó a una enfermera tras ellos, asomando a la puerta con evidente alarma, y tras ella a un hombretón fornido que vestía

como los celadores, pero que el comisario no dudó de que tenía encomendado otro propósito.

- Acompañen al comisario —ordenó secamente el capitán médico, dando a entender con el enérgico braceo que acompañó a sus palabras que él iba a atender al paciente.

- Por supuesto, señor —repuso el celador, volviéndose hacia el comisario para hacerle un inequívoco gesto con el que lo invitaba a abandonar la habitación.

Albuena advirtió entonces que el capitán los había llamado pulsando algún tipo de mando que acababa de guardarse en uno de los bolsillos de su bata, y se revolvió malhumorado, señalándolo con un dedo.

- El lunes me personaré aquí con el capitán Luis García, que es la persona a quien el coronel Fernández Moro ha encargado la investigación que lleva Defensa sobre estos tipos —masculló malhumorado, señalando desdeñosamente a Olivares, que lo observaba impertérrito, sin el menor gesto que delatara lo que pasaba por su cabeza en ese momento. Después llevó sus ojos hacia él para clavarle su mirada más severa, y le dijo enfatizando cada una de sus palabras—: Más te vale que para entonces tengas respuestas claras, porque si no, no volverás a ver la luz en lo que te quede de vida—. Albuena se dio la vuelta y salió de la habitación, pero apenas asomó al pasillo se giró, obligando a la enfermera a frenarse en seco para no tropezar con él—. Quizás me traiga a tu padre y a tu hermana, seguro que querrán hacerte una visita.

El comisario recorrió el pasillo a paso ligero, y se internó en el ascensor, lamentando a bufidos que la puerta hubiese tardado en cerrarse lo suficiente para dar tiempo al celador a acompañarlo en el descenso, sin embargo, apenas se cerraron las puertas se le ocurrió darle coba para ponerlo de su parte.

- Tanto el coronel Fernández Moro como el ministro agradecerán su colaboración con la investigación de Defensa —le dijo, a lo que el celador asintió sonriente dejando entrever una mueca burlesca, de modo que se vio obligado a subir la apuesta—. ¿Desea colaborar con

la investigación, o prefiere que le diga al coronel que he intuido cierta confabulación con el detenido?
- ¿Confabulación? —remedó, dejando al fin oír una voz que concordaba fielmente con su aspecto—, ¿a qué se refiere?
- Tengo la sensación de que nadie aquí tiene el menor interés en colaborar con la investigación que ha ordenado el ministro.
- ¿Y en qué modo podría colaborar yo? —preguntó, empleando un tono entre la incredulidad y la guasa.

El comisario se apresuró a tenderle una tarjeta al ver que las puertas se abrían en la planta baja. El hombre se la guardó en un bolsillo de la bata apenas la aprehendió, temeroso sin duda de que alguien lo viera.
- ¿Tiene acceso al paciente?
- No mucho, pero sí, yo me encargaré de su higiene todas las mañanas.
- Bien, pues esté atento a cuanto ocurra a su alrededor, sobre todo si recibe alguna visita o se disponen a trasladarlo a algún otro centro. Si eso ocurriera, debería informarnos de inmediato, y, por supuesto, averiguar a dónde se lo llevan. Y no se deje engañar, está ante un tipo sumamente peligroso, y seguramente intentará escapar a la menor oportunidad.
- Tiene el cuerpo machacado, no creo que pueda caminar en unas semanas —alegó sonriente, meneando la cabeza hacia los lados con manifiesta condescendencia.
- Ese tipejo tiene varios asesinatos a sus espaldas —se le ocurrió—, además, lo más probable es que cuente con la ayuda de alguno de sus esbirros, todos con formación militar y experiencia en combate, téngalo bien presente.

El comisario advirtió que lanzaba una ojeada a la tarjeta que le había entregado, un simple gesto que le hizo dudar de que pensaba colaborar, y decidió hacer más atractiva la propuesta para evitar cualquier recelo.
- Puede ponerse en contacto con el capitán García, bien en la oficina del coronel Fernández Moro o llamando a la comisaría —le dijo, señalando la tarjeta—. Es de suma importancia que nos sea

comunicado de inmediato cualquier cambio en el estado del paciente, sobre todo si alguien decide trasladarlo a otro centro.
- No se preocupe, aunque puede que si se decide el traslado se haga cuando yo no esté de turno.
- El coronel sabrá agradecer su colaboración tanto como la de sus compañeros, hable con ellos para ponerlos en antecedentes y entrégueles mi tarjeta —dijo, presto a sacar varias tarjetas más, que le ofreció con disimulo, atento a que nadie en el pasillo advirtiera conciliábulo alguno.

El hombre se guardó las tarjetas y se internó de nuevo en el ascensor, dejando al comisario a las puertas, sin saber qué hacer. Ya abandonaba el recinto cuando se le ocurrió contactar con el capitán García para darle novedades, no fueran a llamarlo desde el hospital para contarles lo ocurrido antes de que él pudiera darle su versión de los hechos y se viera obligado a disculparse por haber actuado por su cuenta, pero apenas abandonó la protección de los aleros que decoraban la fachada sintió el peso de los 35 grados que marcaban los termómetros, y aguardó a alcanzar el coche para llamarlo, un gesto simple que resultó providencial, pues apenas se guardó el teléfono alzó la mirada al frente, solo un instante, pero lo suficiente como para advertir que en la avenida había un Audi Q8 negro al que flanqueaban dos motos de las grandes. Se detuvo en seco, y se apostó tras un árbol para poder observarlos sin ser visto. Los cristales oscuros le impidieron ver quién viajaba en el interior del vehículo, pero ello no fue óbice para llegar a la conclusión de que se trataba de los mismos tipos que andaban tras David Alería. En ese momento se pusieron en marcha, y ya apenas le dio tiempo más que para sacar su móvil e intentar fotografiar las matrículas. Cuando los perdió de vista abrió la galería de imágenes y las amplió al máximo, sonriendo al ver que los números eran legibles. Iba a enviar las fotografías al correo de Silvia cuando cayó en la cuenta de que ella no estaba de guardia, y se las envió a García con un mensaje muy explícito. Entonces sí, llamó al capitán García. La respuesta fue inmediata, y con cierto tono de alarma, algo que lo llevó a pensar que no había sido buena idea llamarlo, pero como ya no había

escapatoria, lo saludó con cortesía y le dijo que acababa de abandonar el Gómez Hulla.
- ¿Y qué le ha dicho? —preguntó el capitán, directo a lo que interesaba.
- Ha querido hacernos creer que viajaba en un vehículo con su esposa y un hijo cuando otro vehículo los embistió.
- Ese tipo no tiene esposa, ni hijos, al menos que sepamos.
- Ni tampoco lo embistió nadie con un vehículo, pero supongo que ya se había preparado ese subterfugio para dar tiempo a que lo rescaten, y lo que menos esperaba era que fuera yo el primero en interrogarlo. Ahora que sabe que eso no le va a servir para nada, lo más probable es que se mantenga en silencio a la espera de órdenes.
- ¿Sugiere que lo mantengamos totalmente incomunicado?
- Lo va a estar de todos modos, porque no creo que a sus compinches se les ocurra ponerse en contacto con él, eso sería muy arriesgado para ellos, aunque sumamente beneficioso para nosotros.
- Podemos hacerle llegar un móvil por algún medio extraoficial, de modo que no sospeche, y esperar a ver si lo utiliza.
- He podido hablar con un celador que podría estar dispuesto a colaborar, le he dado mi tarjeta, si contacta, nos servirá.
- Si le ponemos la carnaza… si ese tipo le robara el móvil al celador, quizás se aventurara a utilizarlo.
- Sí, lo malo es que para eso deberán transcurrir algunos días, porque el paciente aún se encuentra muy debilitado, lo tienen rodeado de correas por todas partes, y con un collarín en el cuello.
- Bueno, la investigación lleva abierta varios meses, la paciencia es nuestro fuerte, y el coronel quiere resultados, no apremios.
- Me temo que la familia del muchacho al que buscan esos tipos no piense lo mismo, de todos modos, no podemos hacer nada más.
- Lo importante es localizar al teniente Varela, una vez caiga él, caerá el resto.

El comisario se despidió sin haber concertado una nueva cita, algo que lamentó, pues algo le decía que ese capitán se presentaría en el hospital apenas le hubiera dado novedades al coronel Fernández

Moro. Tampoco le importaba, al fin y al cabo ya habían dado el paso más importante, que era confirmar que David Alería se encontraba con vida, por lo que el trabajo de su Departamento ya estaba hecho. Si el joven no quería aparecer, no era su problema.

# 24

David Alería escrutaba con detenimiento cada uno de los moretones que le había dejado en el torso y las extremidades la mula a la que llamaban sargento Serrano. Lo había visto en muchas ocasiones repartiendo leña en la carpa que tenían habilitada como gimnasio, pero jamás se había enfrentado a él directamente. Siempre le habían inculcado que la técnica es mucho más importante que la fuerza, y ahora había podido comprobar de primera mano hasta qué punto resultaba crucial saber dónde asestar el golpe definitivo, y gracias a ello podía contarlo, porque no tenía la menor duda de que de no haber sido así, en ese momento se encontraría en una bolsa de aquellas en las que había visto salir a los que se empeñaban en no colaborar con los poderosos. El sargento también lo sabía, sin duda, por eso había sacado el arma, esa que ahora descansaba junto a los vendajes que se había procurado, y que seguramente sería su salvaguarda en adelante, al menos mientras le duraran las balas del cargador, porque intentar agenciarse más munición de ese calibre era sumamente arriesgado. Aparte de las magulladuras tenía una herida abierta, un corte que se había hecho él mismo al rozarse contra la brida que sujetaba una de las canaletas de pluviales, aunque era poco profunda, nada que no pudiera solucionarse con unas cuantas tiras de sutura. El problema es que la cisura se encontraba situada bajo la costilla flotante inferior izquierda, lo que lo obligaba a girar el torso para poder observarse en el espejo, una maniobra tan dolorosa que debía detenerse a cada instante para recuperarse de unas punzadas que lo dejaban paralizado, casi sin aliento. Cuando al fin pudo detener el sangrado y colocarse el apósito adhesivo con el que cubrió la herida, se dejó caer sobre una de las sillas de plástico que, afortunadamente, no había tirado a la basura cuando alquiló el trastero, e intentó relajarse, resoplando de alivio al comprobar que al fin el dolor iba convirtiéndose en un simple sonsonete molesto. Durante un rato se quedó observando la imagen que reflejaba el espejo mugriento que decoraba la puerta del viejo armario en el que guardaba sus cosas, el nexo que lo unía a su pasado más reciente,

ese que ahora lo perseguía como si fuera una presa salvaje. Al verse a sí mismo intacto, el tipo de siempre, esbozó una sonrisa, lo único que podía hacer sin que el cuerpo le recordara que acababa de apalearlo un elefante. Poco después, recuperado ya el aliento y la serenidad necesaria para determinar el siguiente paso, alargó un brazo, acción que acompañó al gesto de dolor que le sobrevino tras la maniobra, y abrió la portezuela del armario, muy despacio, como si temiera encontrar en su interior algo insospechado. Pese a que halló lo que esperaba, un chasquido de la lengua precedió a la pregunta de siempre: ¿qué diablos iba a hacer con todo aquello? Sobre los fajos de billetes había una caja de cartón en la que guardaba los pasaportes, varias tarjetas de crédito, los aparatos electrónicos con los que manipularlas, así como varios móviles, un buen puñado de tarjetas SIM y un montón de artilugios con los que poder camuflarse, aunque él jamás había utilizado nada de aquello. Ahora tomaba consciencia de que había sido una temeridad no hacerlo, y que en adelante no tendría más remedio que tomarse el asunto más en serio, sobre todo ahora que no había nadie que pudiera protegerlo. El sopor que le provocaba el cansancio, avivado por el calor vespertino de aquella tarde de agosto, acabó venciéndolo, de modo que no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia de que debía recuperar fuerzas antes de volver a ponerse en marcha, por lo que se incorporó a duras penas para recostarse muy despacio sobre su viejo colchón, el que le había brindado descanso cada vez que se había sentido inseguro en el apartamento que le había alquilado a María Josefa, también el de los primeros meses en la ciudad, cuando el asedio resultó más cruento. Ahora todo aquello había quedado atrás, sin embargo, pese a que se encontraba más cerca que nunca de lograr su objetivo, era consciente de que lo más sensato en aquellas circunstancias era regresar a Lugo, al menos por unos meses, o hasta que el teniente Varela se viera obligado a retornar al Líbano con su tropa de corruptos y pudiera al fin encargarse del jefe. Mientras dormitaba recreó los pasos más inmediatos que debería dar en adelante. No tuvo duda alguna de que lo más perentorio era encontrar un lugar seguro en el que poder esconderse, ya que si habían logrado dar

con el piso de Colmenar, muy bien podrían saber ya la ubicación del trastero, que se encontraba a apenas dos kilómetros. Aunque no había vuelto a saber nada del arrendador desde que lo alquiló, había ordenado los pagos mensuales a través de un banco, por lo que era cuestión de tiempo que acabaran encontrándolo. Ahora entendía que había sido un error de principiante, pero el propietario se lo había exigido así, y el lugar resultaba inmejorable, además, lamentarse de los hechos pasados no lo iba a llevar a ninguna parte, por eso centró de nuevo sus pensamientos en lo que debería hacer en adelante. Pero por más vueltas que le daba a la cabeza, todo regresaba a su vida más reciente, a los momentos vividos en Colmenar, el único sitio en el que se había sentido seguro desde que logró regresar a España. Entonces surgió una idea descabellada, producto de una ensoñación fantasiosa e interesada, la consecuencia de la desesperación, tan arriesgada que a nadie se le ocurriría tomarla en consideración. Unos minutos de cavilación lo llevaron a otorgar visos de determinación a su propia propuesta, la misma con la que despertó diez horas más tarde, cuando el domingo amanecía con el augurio de otro día tórrido y asfixiante. En cuanto se incorporó, advirtió con entusiasmo que los dolores apenas eran perceptibles, consecuencia sin duda de los calmantes y los antinflamatorios que había inoculado, y que debería seguir tomando en los días sucesivos si quería restablecerse tan prontamente como exigían las nuevas circunstancias. Un vaquero corto, una camiseta blanca, gorra de marca y gafas oscuras finiquitaron el visto bueno que se dio ante el espejo. Después, al fin, bajo el tímido sol que arrebolaba ya los edificios cercanos, caminó tranquilamente hasta la cafetería en la que solía desayunar antes de alquilar el piso de Colmenar. No fue consciente de cuánto echaba de menos aquel capricho hasta que estuvo sentado a la barra frente un gran tazón de chocolate y media docena de churros. Después tomó un vaso de agua para pasar los antiinflamatorios que se tomó, y tras pagar la cuenta en metálico, se encaminó dando un paseo hacia la calle Boteros. Sobre el reflejo del cristal de un portal observó su atuendo por enésima vez. Llevaba días sin afeitar, y entre la gorra y las gafas tenía buena parte del rostro cubierto, por lo que difícilmente podría reconocerlo nadie. La

prueba de fuego sobrevino poco después, cuando María Josefa apareció con la talega del pan recogida en un puño y pasó por delante sin siquiera fijarse en él. El barrio comenzaba a despertar, pero todavía era muy temprano como para que hubiera niños por la calle, tampoco merodeadores que pudieran pasar desapercibidos. Pese a que eso lo tranquilizó, no se detuvo al alcanzar el portal; continuó caminando despacio, como si fuera un jovenzuelo trasnochador que regresaba a casa después de una noche de juerga. El local en el que guardaba la moto estaba cerrado, precintado por la policía con unas pegatinas que habían colocado sobre las jambas de la puerta, además, el vehículo sobre el que había caído Serrano ya lo habían retirado, y en su lugar se encontraba ahora una vieja camioneta cuyo techo casi llegaba hasta el balcón. Se solazó por ello, pue si se veía obligado a abandonar la casa apresuradamente, aquello era incluso mejor que una escalera de incendios. Pensaba en todo ello desde una distancia prudencial, observando cuanto ocurría por los alrededores, cuando doña María Josefa regresó con una barra de pan en la talega, que le colgaba del brazo balanceándose a sus pasos renqueantes. Entonces se acercó apresuradamente, aunque no se dejó ver hasta que la mujer hubo entrado en el portal, sujetando la puerta justo un instante antes de que esta se cerrara.

- Buenos días —la saludó, tan emocionado que deseó poder echarse en sus brazos.

- ¡Por Dios!, Antonio, hijo —clamó ella al reconocer su voz, dejando caer la talega de pan al suelo para separar ambos brazos, con los que lo acunó como si fuera un niño.

- ¿Cómo se encuentra? —preguntó él con el mentón sobre su hombro, rodeándola también con sus brazos.

- La policía me preguntó por ti —apremió ella, asustada.

- No debe preocuparse, ya está todo aclarado. —David Alería se quitó las gafas, y le sonrió para tranquilizarla. Después se agachó para recoger la talega y se la puso en las manos.

- Y ese hombre, ¿qué quería, por qué te atacó?

- Supongo que entró a robar, y como lo sorprendí, intentó dispararme.

- Pero ¿por qué huiste?, si tú no habías hecho más que defenderte.
- Me asusté, la verdad, pero ya está todo aclarado. He pasado la noche en comisaría, pero esta mañana, en cuanto el juez ha leído el informe de la policía, me ha dejado en libertad sin cargos, aunque no me dejan volver al piso, dicen que tienen que vigilarlo y tomar huellas.
- Entonces, ¿dónde vas a vivir?
- Pues no lo sé —musitó, fingiendo pesadumbre por ello—. Ahora pensaba subir a ver si podía recoger mis cosas.
- Anoche entré en el piso, y han precintado los cajones, y se han llevado todo lo que han podido, espero que lo devuelvan pronto.
- ¿Hasta el televisor? —gruñó, arrugando el entrecejo para dramatizar aún más el embuste.
- Bueno, el televisor no, pero los vi salir con otros aparatos.
- ¿Y mi ropa?
- No lo sé —respondió la mujer, encogiéndose de hombros—. No me atreví a hurgar en los armarios.
- Bueno, no importa, ahora veremos qué han dejado, y me llevaré lo que pueda.
- Pero ¿a dónde piensas ir?
- Por mí no debe preocuparse, la moto está bien aparcada, y yo puedo dormir en cualquier parte.
- De eso nada, no pienso dejar que duermas en la calle.
- En ese piso no puedo quedarme —repuso él, separando ambas manos sutilmente como ademán de impotencia para que pensara que no había entendido a qué se refería exactamente.
- Lo sé —replicó ella con determinación—, pero en mi casa sobran dos habitaciones, y ya sabes que también es tu casa.
- Por cierto, tengo que pagarle el alquiler, no vaya a faltarle dinero.

David Alería se apresuró a sacar un fajo de billetes y se lo puso en las manos, apretujándoselas mientras le sonreía. Se sentía un poco ruin por engañarla de aquel modo, y más aún si acababa poniéndola en peligro, pero sabía que en ese momento era su única salvaguarda, y no podía desaprovechar la providencia. Subieron ambos muy despacio, y se internó con ella en la casa. Poco después

observaba con satisfacción la amplia habitación que la mujer tenía preparada por si venía algún nieto a su casa, el último lugar en el que los esbirros del teniente Varela se les ocurriría buscarlo, además, con vistas a la calle, un lugar privilegiado desde el que poder observar cualquier movimiento sospechoso.

- Échate un rato, anda, que aún es muy temprano, cuando venga de misa te despierto —le propuso la mujer al ver que reprimía un bostezo.

- Sí, será mejor que duerma un poco —accedió él, sonriendo avergonzado—, en la comisaría, con tanto ruido, no he podido pegar ojo.

Doña Josefa se permitió darle un empujón para que terminara de entrar en la habitación, y después cerró la puerta muy despacio, como si temiera echarla abajo.

Una vez a solas, David Alería se giró en redondo, observando la estancia, más confortable que cualquiera de los hostales en los que se había visto obligado a pernoctar desde que regresara del Líbano, tantos y en tantos lugares que ya apenas los recordaba, y se dejó caer sobre la cama, un hecho que lamentó, pues la herida del costado le recordó que aún estaba allí, latente, dispuesta a torturarlo si se pasaba de la raya. Poco después oyó a doña Josefa salir, y el posterior portazo para asegurarse de que la puerta quedaba bien encajada. Entonces, ya más relajado, con las manos bajo la nuca y la mirada perdida en la vieja lámpara que decoraba el techo, comenzó a pensar en todo lo ocurrido en los últimos días. Durante un rato rememoró una y otra vez la trifulca con el sargento Serrano, dirimiendo las razones que lo habrían llevado a actuar por su cuenta y de un modo tan temerario, un hecho insólito, pues desde que lo conocía no lo había oído cuestionar ni la orden más absurda, y mucho menos mover un dedo si no se lo ordenaba un superior. Pero un fugaz pensamiento lo llevó a concluir que tenía que haber sido víctima de la avaricia, de otro modo no entendía cómo era posible que se hubiera atrevido a actuar sin refuerzos, y mucho menos sin que el teniente Varela hubiera dado el visto bueno. Sin duda lo que lo empujó a aquel ascenso suicida debió de ser el deseo de

abandonar aquella vida anodina y comenzar de nuevo en otra parte, pero para eso necesitaba lo que él les había arrebatado: dinero, ¡mucho dinero! Llegar a aquella conclusión le arrancó una sonrisa, pues si eso era así, podría llegar a sobornarlo para que se pusiera de su parte. Luego recordó que lo había lanzado balcón abajo, por lo que ya resultaba un peón menos dentro de la partida, y, aunque lo lamentó, acabó meneando la cabeza para sacudirse cualquier remordimiento, pues era evidente que él se lo había buscado, además, de no haber sido así, no tenía la menor duda de que sería él quien habría aterrizado abruptamente sobre un vehículo. Aunque en cierto modo lo tranquilizó saber que el sargento Serrano ya no le daría más problemas, no pudo dejar de pensar en el teniente Varela y el resto de esbirros, y el hecho certero de que no se conformarían con recuperar el dinero. Sin duda querrían darle un escarmiento y se asegurarían de acabar con cualquier persona que compartiera sus genes o le importara lo más mínimo. De lo que no tenía la menor duda es que el dinero era su salvaguarda, al menos mientras estuviera en sus manos. Las claves bancarias no le preocupaban, esas solo estaban en su cabeza, y nadie iba a arrancárselas de ningún modo. Entonces cayó en la cuenta de que el dinero no estaba seguro donde lo había dejado, y brincó de la cama de un salto, dispuesto a regresar a la casa de su abuela para recuperarlo y esconderlo bajo aquella cama de la que acababa de brincar, un sitio en el que con toda seguridad a nadie se le ocurriría buscarlo.

# 25

Frízer abrió los ojos con alarma cuando su hermano lo zarandeó para despertarlo, sin embargo, el gruñido que acompañó al sobresalto demudó de inmediato a una inmensa sonrisa, la que le arrancó observarlo tan risueño, como cuando de niño se echaba sobre su cama brincando y dando gritos para que lo llevara a donde fuera, como todos los domingos. Por un momento lamentó que se hubiera hecho un hombre, aunque no por ello dejó de zarandearlo como entonces, intentando darle la vuelta para comenzar el juego de antaño, pero no pudo, pues Paul se zafó con un manotazo y le señaló el reloj que descansaba sobre la mesilla, que reflejaba que ya pasaban unos minutos de las nueve.

- ¿Te espera alguien? —refunfuñó, apartando las sábanas a patadas para ponerse en pie.

- Si hemos de ir hasta Boadilla del Monte tenemos que darnos prisa.

- Aún quedan más de cuatro horas, ¿o es que piensas que vamos al fin del mundo?

- Es que antes quiero dar una vuelta por la plaza Mayor para ver el mercado, y también me gustaría pasar por el Retiro.

Frízer esgrimió un murmullo de asentimiento, y se internó en el cuarto de baño para darse una ducha, cavilando si preparar el desayuno en casa y así ganar tiempo, o acudir a una cafetería, que era lo que más le apetecía, pero Paul no dio lugar a dilema alguno al respecto, ya que cuando abandonó el baño apenas quince minutos después advirtió que había dispuesto sobre la mesa de la cocina una bandeja de churros, varias tostadas, mermelada, mantequilla y, lo más sorprendente, dos tazones de chocolate humeante que rezumaba el mismo aroma que lo sacaba de la cama los domingos cuando vivía en casa de su madre.

- ¿De dónde has sacado todo esto? —le preguntó, sorprendido.

- Para las siete ya está abierta la cafetería de ahí enfrente —le dijo, sonriendo con rechifla, ofreciéndole su teléfono.

Frízer cayó en la cuenta en ese momento de que su madre estaba en línea por videoconferencia, e imaginó que habría sido ella la

verdadera artífice del agasajo.
- ¿Cuándo vais a venir? —urgió, esperanzado en que aquella especie de broma fuera el preludio de la esperada confirmación.
- No tienes buena cara —repuso ella apenas observó su rostro en la pantalla, esquivando deliberadamente la respuesta que ansiaba su hijo.
- Me acaban de sacar de la cama a empujones, ¿qué quieres?
- Le pedí a Paul que te dejara dormir hasta las nueve.
- ¡Vaya!, gracias por el detalle, nunca lo olvidaré.

Frízer se enzarzó en una animada conversación con su madre, a la que enseguida se unieron su padre y su hermana, convirtiendo la charla en un jolgorio de feria. Poco después el teléfono comenzó a indicar que tenía una llamada entrante, y, aunque en un primer momento obvió la señal, la insistencia fue tan constante que se vio obligado a apremiar la despedida. Cuando al fin pudo colgar, le devolvió el teléfono a su hermano para que respondiera, insistiendo ante las dudas que este reflejaba en su cara de asombro, dando a entender con el gesto que lo último que esperaba era que alguien que no fuera su madre lo llamara un domingo a aquellas horas. Paul miró a Mark con perplejidad al ver que el aparato le indicaba que quien llamaba era Javier Alería, con quien había compartido el contacto cuando acudieron a casa de Abdelkader Aissani la tarde anterior. El joven se había ofrecido a enseñarle la ciudad, pero él dio por hecho que se trataba de simple cortesía, y no había contemplado esa posibilidad.
- Buenos días —saludó Javier Alería con voz acuciante apenas dio paso a la llamada—, llevo una hora intentando contactar con tu hermano.
- Está aquí, creo que tiene el móvil en silencio —lo excusó—. Es Javier Alería —le dijo a su hermano, tendiéndole el aparato.
- ¿Qué ha ocurrido? —urgió Frízer.
- Anoche vine a casa de mi abuela, y esta mañana he acudido al garaje para arrancar la moto.
- ¿Y?, ¿has encontrado algo extraño? —apremió al inferir por su tartaleo que intentaba atemperar la verdadera causa de la

intempestiva llamada.
- Mi padre me dijo ayer que quien entró en la casa para llevarse su portátil fue en realidad mi hermano.
- Así es, las huellas lo han confirmado.
- Pues parece que también se pasó por el garaje.

Frízer soltó un resoplo al ver que Javier Alería se perdía en alusiones irónicas, y lo instó de un gruñido a que dijera de una vez qué había encontrado.

- David y yo teníamos un escondrijo en el que guardábamos nuestros secretos, además de copias de algunas llaves, entre otras las de la moto.
- Y han desaparecido —acompañó a un resoplo sarcástico.
- No, las llaves siguen ahí, y también la moto, junto a un bolso con dinero que antes no estaba.
- ¿Cuánto dinero? —clamó, recreando la imagen de la bolsa que contenía los cincuenta y cinco mil euros que David Alería había dejado en el coche de su hermano.
- No he querido tocarlo, pero los fajos son muy gordos, y hay muchos.
- ¿Más que los que encontraste en tu coche?
- Lo que había en mi coche eran migajas comparado con esto —repuso, dejando escapar una risilla nerviosa.
- ¿Con quién has hablado de esto?
- No he querido decirle nada a mi abuela, y mis padres están en su casa.
- Bien, no te muevas de ahí, en una hora llegarán los compañeros de la Científica.

Frízer se abandonó a un momento de duda, mirando a su hermano a los ojos, pero enseguida llegó a la conclusión de que no podía dejarlo en su apartamento ni tampoco permitirle que se marchara solo al centro, ya que si la cosa se alargaba no le daría tiempo a recogerlo y acudir después a casa de los padres de Silvia, en donde estaban invitados a comer. Llamó a la central para dar las órdenes oportunas, y después llamó a Albuena para darle novedades, pues, aunque era domingo, supuso que agradecería que le informara de

los nuevos acontecimientos. No pudo ser, porque el comisario no respondió, aunque pudo dejarle un detallado mensaje en el contestador. Ya en el coche llamó a Silvia para decirle que era posible que llegaran tarde, un hecho que espoleó la curiosidad de su compañera hasta el punto de que ella lo amenazó con no decirle lo que había descubierto si no compartía con ella la verdadera causa de tan sorprendente llamada, dando por hecho que respondía a alguna novedad importante en el caso.

- Joder, no se te escapa una —le dijo Frízer entre risas tras la filípica que dejó a Paul retorciéndose de la risa.

- Hombre, está ahí tu hermano —dijo ella al oír las risas.

- Pensábamos ir a dar una vuelta por el centro antes de acudir a la casa de tus padres, pero Javier Alería acaba de llamarme para decirme que ha encontrado en casa de su abuela otra bolsa con dinero, y esta vez parece que hay mucho más.

- ¿Más que cincuenta y cinco mil euros?

- Eso es lo que parece. He pedido a la Científica que se pase para inspeccionarlo, y ahora vamos para allá.

- Bueno, tienes tiempo de sobra, la paella no estará lista hasta las dos, pero no os demoréis, que el arroz se pasa enseguida.

- Y ahora dime, ¿qué has descubierto?

- ¿Te acuerdas del tipo ese al que dieron por muerto en Bamako?

- Sí, García me dijo que estaba tras la pista, pero era originario de un pueblo de Navarra, demasiado lejos como para ir a hacer una visita a la familia.

- No va a hacer falta desplazarnos hasta allí, porque la familia desapareció hace un par de años. Aún no sabemos a dónde se largaron, ni si están fuera del país, pero lo que sí hemos podido constatar es que no han dado señales de vida desde entonces. La casa familiar está vacía, aunque no tiene ninguna carga, vamos, que se sigue pagando la contribución y los gastos ordinarios.

- ¿Los servicios continúan dados de alta?

- Así es, pero como te digo, en los dos últimos años no hay consumos ni de electricidad ni de agua, y no constan contratos de gas, telefonía o cualquier otro servicio.

- ¿Y quién paga los servicios que están activos?
- Salen de una cuenta a nombre de los padres en Caixabank, pero no tiene más movimientos que esos pagos desde hace dos años, y el saldo actual es de ocho mil euros, vamos, que podrían estar unos añitos más sin dar señales de vida. Eso si no acaban ocupando la casa, porque como se entere alguien de que está vacía…
- De todos modos, ese tipo falleció antes de desaparecer David Alería, no creo que tenga nada que ver con el caso.
- Es lo más probable, pero hay que apurar todas las posibilidades.
- Espero que los militares se encarguen de eso. En fin… —Frízer soltó un hondo suspiro y se despidió hasta las dos de la tarde.

Apenas hubo cortado la comunicación, una nueva llamada comenzó a reverberar por el coche con tanta insistencia como apremio produjo a Frízer responder cuando vio que se trataba de Albuena.
- ¡Comisario!
- ¿Qué ocurre, Frízer? —urgió Albuena de inmediato, pese a que en el mensaje de voz le había dejado hasta el último detalle de lo acontecido en aquel domingo de sobresaltos.
- Parece ser que David Alería dejó dinero escondido en casa de su abuela cuando se llevó el portátil de su padre.
- ¿Y de qué cantidad se trata ahora?
- El chaval no ha querido tocarlo, pero dice que debe de ser mucho más de lo que dejó en su coche.
- Bueno, si lo que asegura el capitán García es cierto, ese tipo convirtió criptomonedas en más de un millón de euros, o sea que no debe de extrañarnos que vaya dejando por ahí cantidades desorbitadas.
- Acabo de hablar con García, y aún continúan con el seguimiento de las imágenes de Colmenar, pero sin resultados.
- Ese tipo debía de conocer bien el barrio, si se escondía allí era porque se sentía más seguro que en cualquier otra parte.
- ¿Piensas que deberíamos continuar por ahí?
- No, no creo que vuelva ya por allí, y no por nosotros, sino por los energúmenos que lo persiguen. Si logran encontrarlo antes que

nosotros, no volveremos a verlo con vida.
- Supongo que mientras tenga el control del dinero se mantendrá a salvo.
- No creo que se trate ya de una cuestión pecuniaria, sino de lo que pueda saber ese muchacho. Darán por bien empleado el dinero que les haya birlado si consiguen silenciarlo.
- Acabo de hablar con Silvia, y me ha dicho que no han logrado encontrar a la familia del tipo que falleció en Bamako.
- Sí, ayer a última hora la llamé para comentarle un asuntillo que se me ha ocurrido, y me puso al tanto.
- ¿Y de qué asuntillo se trata? —se atrevió a preguntarle, mosqueado al oír la risilla de pillo que dejaba escapar el comisario.
- Vamos a intentar colar un móvil en la habitación del tipo ese que cayó por el balcón… Ambrosio Serrano.
- ¿Con qué objeto? —se extrañó Frízer.
- Si logramos que un celador despistado se lo deje olvidado en la habitación, tenemos la esperanza de que se le ocurra llamar a sus compinches, de ese modo podremos localizarlos.
- ¿No sería mejor que se encargaran de eso los militares?
- Ya están en ello, el capitán García es quien lo propuso.
- Muy bien, pues yo me voy a casa de la madre de Mateo Alería, a ver si llega la Científica y sabemos quién dejó esta vez el dinero.
- ¿Acaso tienes dudas? —farfulló el comisario, que soltó una carcajada antes de colgar.

Frízer accedió a los ruegos de su hermano, y le dejó conducir el vehículo, dado que prefería dedicar su atención al teléfono mientras se mantenía en comunicación con Javier Alería por si había alguna novedad.
- Sigue las indicaciones del navegador —le dijo a Paul cuando este se acomodó en el coche, observando con orgullo la emoción contenida que dejaba escapar a ligeros resoplos, aferrando el volante con ambas manos como un piloto de competición.
- ¿Vamos a la comisaría? —dedujo extrañado al ver que en el navegador solo aparecía esa dirección.

- ¡Ah, joder!, que este no es mi coche —recordó Frízer, presto a indicar al sistema el nuevo destino.

Cuando al fin lograron encarar la autovía, para desesperanza de Frízer, a escasos noventa kilómetros por hora, este llamó a Javier Alería para ver si habían llegado ya los de la Científica. El móvil daba señal, pero nadie respondía, lo que lo llevó a intentar llamar a su abuela, refunfuñando por la circunstancia mientras rebuscaba en su agenda dónde había anotado el número. Logró encontrarlo, y llamó, pero la respuesta no llegó, pese a la insistencia, provocándole un mal pálpito que lo recorrió de la cabeza a los pies.

- ¿Qué pasa? —preguntó Paul al ver que se revolvía en el asiento, refunfuñando.
- Algo no va bien, nadie responde al teléfono.
- ¿Y qué podemos hacer?
- Acelerar un poco, joder, que vamos por una autopista.

Paul lo miró de reojo para ver si bromeaba, pero al ver que resoplaba de impaciencia, pisó el acelerador a fondo y apretó las garras al volante. Frízer irguió el torso, y se revolvió, pero no le dijo nada hasta que el vehículo alcanzó los ciento cuarenta kilómetros por hora, mugiendo con elocuencia.

- ¿En qué quedamos?, ¿corro o no?
- No si es fuera de los límites legales.
- ¿Acaso no tienes sirena?

Paul aflojó el acelerador al ver que lo miraba con ojos de sapo, pero ya no bajó del límite de la vía hasta encarar la comarcal. Después, más ligerillo de lo que Frízer habría permitido en otras circunstancias, condujo hasta donde le indicó el navegador, aparcando de un volantazo en los aledaños de la casa. Frízer abandonó el vehículo a toda prisa, y corrió hacia la puerta, que aporreó con insistencia con un puño. Como no obtuvo respuesta, se acercó a la ventana de la cocina y pegó la frente al cristal. Allí no logró atisbar nada extraño, pues todo lo que le alcanzaba la vista estaba impoluto, por lo que se aventuró hasta la parte de atrás, desde donde sabía podría ojear el salón. Entonces pudo ver a la madre de Mateo Alería sentada sobre uno de los butacones, aunque

amordazada y atada de pies y manos con unas bridas. En cuanto logró reponerse del sobresalto sacó su arma y, aferrándola con las dos manos, apuntó al frente, avanzando despacio mientras escudriñaba a diestra y siniestra. Afortunadamente la portezuela del patio se encontraba abierta, y entró al pasillo, hasta que, una vez comprobó que allí no había nadie, pudo correr hacia el salón. La mujer soltó un mugido de espanto cuando se abalanzó sobre ella con el arma en una mano, pero enseguida lo reconoció, y comenzó a señalar con los ojos la zona del garaje, gimiendo de desesperación. Frízer le arrancó la cinta que le cubría la boca con cuidado, y, al ver que la mujer comenzaba a proferir gritos de angustia, se vio obligado a plantarle la palma de una mano frente al rostro para acallarla. Ella enmudeció, asintiendo, y, tras un suspiro ahogado, le dijo que se encontraban en el garaje. Frízer la dejó allí, temblando de pavor, y con el arma al frente enfiló el camino al garaje, un barracón aledaño a la casa que Mateo Alería le había mostrado en su segunda visita a la casa. En cuanto asomó al umbral de la puerta pudo ver a Javier Alería sentado en el suelo y la espalda apoyada en la pared, frente a la moto, además, al igual que su abuela, amordazado y atado de pies y manos, aunque este con evidentes signos de haber soportado varios tortazos, pues tenía el rostro amoratado y de los orificios de la nariz le salían un par de hilillos de sangre. Javier Alería vio que se acercaba, e intentó advertirle con los ojos, pero ya era tarde. Una mano ciclópea le descargó un guantazo en el cogote que lo lanzó sobre el solado como si fuera un fardo. Javier Alería soltó un aullido de espanto, y se quedó mirando al tipo que había golpeado al inspector, que se disponía a acabar el trabajo con un machete militar. En ese momento se oyeron unos bocinazos afuera, y el tipo se irguió de un salto, tan alarmado que corrió a avizorar por entre los intersticios de la pared lo que acontecía en el patio. Otro tipo apareció como de la nada y lo aferró de un brazo, tirando de él hacia la puerta. Cuando advirtieron que se trataba de un jovenzuelo que se apostaba junto a un vehículo, al que introducía una mano a través de la ventanilla para tocar la bocina con insistencia, se revolvieron desconcertados.

- ¿Quién cojones es ese, y por qué diablos toca la bocina? —gruñó uno de los asaltantes.
- Es el coche del inspector —repuso su compañero, señalando con la cabeza a Frízer, que continuaba en el suelo, inconsciente—, y ese debe de ser su hermano, el que lo acompañaba en el restaurante.
- ¿Y qué diablos hacen aquí, si el coche estaba en Segovia?
- Ve por detrás mientras yo lo entretengo —propuso su compañero, encogiéndose de hombros.

El tipo asintió y, tras lanzar una elocuente mirada a Javier Alería para que estuviera quieto, reptó por los setos del parterre hasta apostarse tras el vehículo. Entonces aguardó a que su compañero se dejara ver, sonriendo al respingo del muchacho, que al fin apartó la mano de la bocina para echar a correr hacia la casa, gritando despavorido. Bastó alargar la pierna para hacerlo tropezar, provocando que fuera a parar de bruces sobre la entrada. Cuando Paul pudo darse la vuelta para ver con qué había tropezado, la mano de un gorila lo aferró por la pechera y lo arrastró en volandas hasta el garaje. No protestó, sabía que eso solo serviría para que lo apalearan, pero cuando lo soltaron sobre su hermano, que yacía inerte frente a Javier Alería, no pudo reprimir un alarido. El guantazo llegó de inmediato, como una viga que hubiera caído del techo, con tal fuerza que quedó aturdido en el suelo, sin poder moverse. Uno de los tipos se agachó sobre Javier Alería y lo agarró por los pelos, acercándole la cara para hablarle.
- No me hagas repetirlo —silabeó malhumorado—, ¿dónde está el dinero? —Al ver que mugía, asintiendo, le arrancó la cinta de un tirón, y se quedó mirándolo.

El tipo perdió la paciencia al ver que no respondía, y miró a su compañero para que procediera. Este se abalanzó sobre Paul y le colocó un puñal en el cuello.
- Última oportunidad —le dijo antes de asentir a su compañero para que le rebanara el pescuezo.
- ¡Está ahí, bajo esa tarima! —gritó, señalándola con los ojos.
- Si no es cierto le cortas la garganta —le dijo a su compañero al tiempo que se abalanzaba sobre la tabla, que presentaba claras

evidencias de haber sido levantada recientemente. Clavó el puñal en una de las esquinas y la levantó sin esfuerzo, dejando a la vista un bolso de deporte con la cremallera abierta al que asomaban varios fajos de billetes de diferentes colores, los más verdes y morados.

- ¿Está todo? —preguntó su compañero.

- Eso parece.

El tipo sacó el bolso del escondrijo y echó un vistazo por los alrededores. Una vez se aseguró de que no había nada más, vació el contenido del bolso en el suelo y se dispuso a contar los fajos.

- Doce por cincuenta, seiscientos… trescientos mil aquí —musitó, señalando con los ojos el resto de fajos.

- Y ahí otros trescientos —asintió su compinche con entusiasmo.

- Diez aquí —pasó el pulgar por el lomo de uno de los fajos para asegurarse de que todos eran billetes de cien euros y, una vez lo confirmó, se volvió sonriente hacia su colega—. En estos dos hay más de medio millón.

- Entonces está todo, o al menos casi todo.

- Y ahora tenemos a este cabroncete —masculló entre dientes, señalando con los ojos a Javier Alería—, si su hermano estima en algo su vida, más le vale que nos dé las claves.

- Lo hará, no te quepa duda —repuso, sonriendo con malicia al tiempo que aferraba su puñal.

El tipo lanzó una mirada a su alrededor, y, al ver que Frízer continuaba inconsciente, se deshizo de la única amenaza. Paul no llegó a experimentar sensación alguna, pues apenas sintió el tacto de la mano de aquel tipo en la nuca, la inconsciencia lo llevó de nuevo a lo más profundo de un abismo.

- ¿Qué hacemos con ellos?

- Liquidarlos, qué si no, pero primero pregúntale al jefe, no vaya a ser que prefiera que nos los llevemos.

El tipo esperó a que su compañero asintiera, y se dispuso a llevar el dinero hasta un claro del bosque, donde aguardaba el todoterreno. Después regresó para llevarse a Javier Alería.

- ¿Qué ha pasado? —preguntó al ver que se encontraba con la cabeza sobre el pecho, inconsciente.

- Ha oído lo que ha ordenado el jefe y se ha puesto a gritar, he tenido que darle un mamporro para que callara.
- O sea que tenemos que deshacernos de estos dos —supuso, mirándolo para que lo confirmara.
- Y de la vieja, ha dicho que no quiere cabos sueltos.
- Bien, voy a llevar al chaval al coche, tú encárgate de la vieja y de estos dos.

El tipo aferró a Javier Alería por los brazos y se lo echó al hombro como si se tratara de un saco de plumas. Antes de salir lanzó una mirada a su compañero, y señaló con los ojos unos bidones que había en una estantería.
- Mira a ver si hay gasolina por ahí, convendría prenderle fuego a todo esto.
- A la orden.

# 26

Albuena se encontraba en racha. Por primera vez había logrado completar el segundo hoyo con dos bajo par, y ahora esperaba que su compañero embocara la bola para hacer lo propio, afianzando así una victoria que iba a ser sonada. Observaba su concentración con una sonrisilla de complacencia que a duras penas podía reprimir, amenazando con hacerlo explotar por dentro en cualquier momento. Por regla general eran ellos quienes salían malparados, por eso ahora se encontraba exultante, aguardando con ansiedad a que atinara el golpe y diera con la bola en el hoyo. Al ver que el palo se balanceaba al fin, contuvo la respiración, abriendo bien los ojos para no perderse detalle, siguiendo con atención el delicado movimiento como si lo viera a cámara lenta. Ya iba a impactar la cara[24] en la bola cuando la estridente chicharra de su teléfono provocó que su compañero errara el golpe, un hecho al que acompañó un sonoro exabrupto que dejó a todos con la boca abierta, si bien rompieron en estruendosas carcajadas apenas vieron la cara que puso el comisario.

- ¡Así me gusta, Albuena! —dijo uno de sus contrincantes, provocando que arreciaran las risas.

- Perdón —se excusó él, avergonzado, presto a rescatar el teléfono de la bolsa para lanzarlo al búnker.

Ya lo aprehendía con rabia cuando vio en la pantalla que quien llamaba era Hernando Escudero, uno de los inspectores de la Científica, y se quedó traspuesto, mirando a sus compañeros con extrañeza.

- Anda, contesta, no vaya a ser que tu esposa no encuentre el salero —dijo uno de ellos con tanta rechifla como mala leche provocó al comisario.

- ¡Sí! —rugió Albuena al aparato, alejándose unos metros para poder hablar con tranquilidad, pues no tenía la menor duda de que aquella llamada inusitada iba a trastocar sus planes, que no eran otros que ganar aquella partida y aguardar la hora de la comida sentado a la sombra con un vermú en la mano.

- Señor, soy el inspector Escudero, de la Científica, estamos en el domicilio de los Alería…
- ¡Ya lo sé!, he hablado con Frízer esta mañana —le interrumpió, alzando la voz desmesuradamente para hacer patente la inconveniencia de su llamada.
- Entonces ya sabrá que nos llamó para que inspeccionáramos una bolsa con dinero que había aparecido en el garaje.
- Eso es lo que dijo —gruñó con impaciencia.
- Pues hemos aparecido aquí, y nos hemos encontrado con un escenario de guerra.
- ¿Cómo que un escenario de guerra, qué ha ocurrido?
- No lo tenemos muy claro, porque los heridos van camino del hospital y todavía no hemos podido interrogar a nadie. La abuela era la única persona que estaba consciente, pero la mujer asegura no haber visto nada porque estaba atada de pies y manos en el interior de la casa. Lo malo es que hay dos cadáveres sin identificar.
- ¡Joder! —bramó el comisario, mesándose el pelo mientras danzaba de un lado a otro sin saber qué hacer—. ¿Dónde está Frízer?
- Va camino del hospital.
- ¿¡Y qué diablos piensa hacer en el hospital!?, ¿por qué no me ha llamado?
- Frízer es uno de los heridos.
- ¿Cómo que es uno de los heridos?
- Pues eso, que lo encontramos inconsciente en el garaje, y también a su hermano. El joven se encuentra bien, y ha podido refrendar su filiación, y también la de otro joven, al parecer el hermano del desaparecido que protagoniza la investigación que lleva a cabo Frízer.
- ¿Pero qué cojones hacía allí ese chaval?
- Supongo que como todos nosotros, Frízer iba a pasar el domingo con la familia cuando se topó con este marrón.
- Sí, claro —repuso el comisario para hacerle ver que había captado la ironía—. ¿Y cómo se encuentra la mujer?
- Con el susto en el cuerpo, pero bien, más allá de los moratones que le han causado las ataduras de las muñecas y los tobillos. Por

fortuna pudo deshacerse de las bridas y dar la voz de alarma. Ahora va camino del hospital con su nieto.

Albuena se quedó pensando, imaginando los cadáveres de Mateo Alería y su esposa, sin atreverse a preguntar abiertamente por ellos. Al ver que su interlocutor no decía nada, no tuvo más remedio que afrontar la situación, aunque preparado para el peor de los desenlaces.

- Y los fallecidos, ¿qué signos presentan, habéis podido identificarlos ya?

- Aún no ha llegado el forense, estamos esperándolo de un momento a otro, pero a uno de ellos, un varón de unos treinta años, le han partido el cuello. Lo más probable es que lo sorprendieran por detrás y le aplicaran la maniobra del mataleón. Lo demás es fácil de imaginar… en cuanto perdió el conocimiento le giraron el cuello bruscamente y se acabó todo, silencioso y efectivo.

- Vamos, que el asesino es un profesional.

- Es lo que parece.

- ¿Y el otro? —insistió, suspirando de alivio al constatar que por su edad no podría tratarse de Mateo Alería.

- También varón, este de unos cuarenta años, con un tiro en la frente. No hay orificio de salida, ni tampoco sangrado, por lo que podemos deducir que el disparo se realizó con un arma corta desde cierta distancia, yo calculo que unos seis o siete metros. La muerte debió de ser instantánea.

- ¿Y dónde han aparecido los cuerpos, en el garaje?

- El más joven sí, pero el otro estaba en el parterre de la entrada, junto al vehículo de Frízer.

- Bien, peinad la zona concienzudamente e informadme de inmediato en cuanto se identifique a las víctimas.

- Las huellas de ambos ya están cotejadas, pero el SAID indica que están protegidas.

- No sé porqué no me extraña —bufó el comisario, que se disponía a colgar cuando recordó el motivo que los había llevado allí un domingo por la mañana—. ¿Y qué hay del dinero?

- Estamos buscándolo, pero por aquí no parece que haya nada. Sí que había un pequeño zulo en el suelo, pero no hay más que unos juguetes antiguos y varios juegos de llaves. Mis compañeros están analizándolo todo, pero poco podemos hacer mientras no se presente el forense y se lleven de aquí estos cadáveres.
- Bueno, voy a ver cómo se encuentra esa gente, ¿a qué hospital los han llevado?
- Al Infanta Sofía, señor.
- Muy bien, comunicadme de inmediato cualquier avance —pidió antes de colgar.

Albuena se quedó absorto, con la mirada perdida sobre la hierba, hasta que sintió una mano en la espalda y se irguió con sobresalto.
- Vete tranquilo, que ya recogeré yo todo esto —le dijo su compañero, señalando la bolsa de los palos que había quedado sobre la hierba.
- Gracias, y perdón… —repuso Albuena, mostrándole el teléfono.

El comisario se despidió de todos con apenas un gesto, y se dirigió a la senda que lo llevaba hasta el aparcamiento. Ya en el coche, mientras enfilaba la M-30 camino del hospital, sopesó la conveniencia de ponerse en contacto con el juez Castillo para que avalara su proceder más inmediato, pues algo le decía que todo aquello comenzaba a desmadrarse, y se iba a ver obligado a desplegar todos los medios a su alcance para parar a los energúmenos que estaban buscando a David Alería. Aún no se había atrevido a molestarlo cuando se halló aparcando frente al hospital, y decidió dejarlo para más tarde, esperanzado en que Frízer se encontrara bien y pudiera contarle lo ocurrido para poder acudir a la Audiencia con datos certeros.

En la recepción del Infanta Sofía no pudieron darle razón de los heridos porque ninguno de ellos constaba como ingresado, por lo que se dirigió a Urgencias con cierto alivio, dando por hecho que aquello eran buenas noticias.
- Buenos días —saludó a la mujer que atendía los ingresos, que reculó con asombro al ver las credenciales que el comisario había colocado frente a la mampara—. Tengo entendido que acaban de

ingresar al inspector Mark Frízer junto a dos muchachos y una mujer mayor.

- Ah, el inspector está en la cabina doce… los dos muchachos se encuentran en la treinta y la treinta y dos, y la mujer en la tres —le dijo, señalando con un brazo hacia el final del pasillo.

El comisario agradeció la disposición con un ligero cabeceo, y se dirigió a donde le había indicado, un pasillo lóbrego a cuyos flancos se encontraban las cabinas, ocultas tras unas cortinas de hule azul. Al alcanzar el cubículo número doce advirtió que la cortina no estaba cerrada del todo, y asomó al resquicio con cautela. Encontrarlo desocupado le produjo un mal pálpito que lo llevó a paso ligero hacia el resto de cabinas en busca de los jóvenes. Cuando vio que todos los cubículos estaban vacíos, corrió de nuevo hacia la recepción.

- En esos apartados no hay nadie —le dijo alarmado a la recepcionista.

- No se preocupe, se los habrán llevado a consulta, o puede que hayan pasado a rayos.

- ¿Pero se encuentran bien?

La mujer iba a decirle que ella no manejaba esa información, ni podía darle más datos, pero al ver su inquietud decidió escenificar una mentirijilla con la que sacudírselo de encima.

- A ver, deme un momento —asintió servil, aporreando el teclado de su terminal.

Aún no había podido responder la mujer cuando Albuena vio venir por el pasillo a Mateo Alería y su esposa, ambos acalorados por el desasosiego y la carrera que los traía a largas zancadas desde el aparcamiento. Se vio obligado a hacerles un rastrero gesto de calma para tranquilizarlos, enmascarando su propia inquietud con una sonrisa tan falsa como la que forzaba la recepcionista. Ambos se detuvieron al alcanzar el mostrador, y se quedaron mirando a la mujer con ansiedad.

- Puede aguardar en la sala de espera, ahora se los han llevado a rayos, pero regresarán enseguida —dijo la mujer, mirando a los

Alería para que se acercaran y poder atenderlos, de modo que el comisario entendiera que estaba molestando la fila.
- Son los padres de uno de los jóvenes ingresados —le dijo Albuena al darse cuenta de que los miraba.
- Ah, bien, no se preocupen, regresarán enseguida —insistió, señalando a su derecha para que se marcharan a la sala de espera.
- ¿Qué ha ocurrido? —explotó Nadia Percal apenas se hubieron alejado unos metros, mirando al comisario con tanto desasosiego que hasta le tartaleaba la voz.
- Su hijo encontró esta mañana una bolsa con dinero en un escondrijo del garaje.
- ¿En casa de mi madre? —irrumpió Mateo Alería.
- Así es.

Albuena advirtió que ambos compartían una mirada de esas que hablan, e imaginó que ya conocían el zulo secreto de sus hijos.
- Otros cincuenta mil euros —bufó Mateo Alería con sarcasmo, llevándose las manos a la cabeza.
- Aún no sabemos quién dejó allí el dinero, y no será fácil averiguarlo, porque ya no aparece.
- ¿Se lo han llevado los que los han atacado? —supuso la mujer.
- Es lo más probable —admitió el comisario.
- ¿Y qué es lo que ha ocurrido, si ya tenían el dinero por qué les han pegado?
- Aún no he recibido ningún informe. Solo sé que su hijo llamó a primera hora de la mañana para denunciar la aparición de una bolsa con dinero en el garaje de la casa de su abuela. El inspector Frízer solicitó la intervención de la policía Científica y se dirigió hacia allí de inmediato. Una hora más tarde recibí la llamada de uno de los miembros de la Científica para comunicarme que habían encontrado al inspector y los dos muchachos inconscientes —El comisario señaló con un dedo a Alería—, y a su madre en el salón.
- ¿También le han pegado a mi suegra? —lloriqueó Nadia Percal, echándose en brazos de su marido.
- No, no deben preocuparse por eso, su madre se encuentra bien, aunque debieron de amordazarla para que no incomodara.

Albuena se sobresaltó al ver que la mujer brincaba de la silla en la que se había acomodado y enfilaba el pasillo a la carrera. Cuando se giró pudo ver que Javier Alería era conducido por el pasillo hacia su cubilete en una silla de ruedas, y se quedó observando la escena, sonriendo al ver que el muchacho se encontraba perfectamente. Su padre se disculpó, y salió corriendo también para abrazar a su hijo. Iba a acudir para interesarse por su estado cuando su teléfono volvió a la carga. Mientras se apresuraba a sacarlo del bolsillo imaginó a Silvia al otro lado de la línea, y sonrió a sus propios pensamientos, por eso, cuando vio que se trataba de nuevo de Escudero, dejó escapar un gruñido.

- Señor —apremió el inspector de la Científica apenas dio paso a la llamada—, hemos localizado el vehículo de los asaltantes a unos cien metros de la casa.
- ¿Un Audi Q8 negro?
- ¿Quién se lo ha dicho?, si acabamos de encontrarlo.
- Pura intuición, por eso soy comisario. ¿Hay algo más?
- Sí, pero me temo que no le va a hacer mucha gracia… ya sabemos quién acabó con la vida de uno de los asaltantes, sus huellas aparecen claras en el arma, la Heckler & Koch USP Compact de 9 mm que David Alería le robó a Ambrosio Serrano tras lanzarlo por el balcón, y que ha aparecido debajo del coche del inspector Frízer.
- ¿David Alería se lo ha cargado?
- No, en realidad ha sido su abuela.

# 27

Al capitán médico Sánchez Lema no le hizo mucha gracia que se antepusieran cuestionables criterios de seguridad a los estrictamente médicos, pero cuando recibió la visita del capitán García en persona, no tuvo más remedio que tragarse su orgullo y acatar las órdenes. Luego, cuando tuvo la información necesaria para poder llevar a cabo la misión encomendada, las reticencias del primer momento dieron paso enseguida a una emoción contenida, ya que aquello suponía una oportunidad inmejorable para medrar en el escalafón, además de quitarse de encima a un tipo que ahora sabía podría resultar sumamente peligroso. Esa mañana iba a recibir al capitán García en su despacho para llevar a cabo la operación, y ya no tenía dudas, sería él mismo quien le brindara la oportunidad al paciente de robarle el móvil. Cuando llamaron a la puerta para anunciar al visitante, se encontraba tan ensimismado en sus ensoñaciones escenificando su actuación, que brincó de la silla con gran sobresalto.

- Adelante —voceó, alisándose la bata como si lo hubieran sorprendido en actitud indecorosa.

- Capitán —dijo el celador que venía a informarle, asomando a la puerta—, el capitán García.

- ¡Que pase!

Sánchez Lema se puso en pie para recibir a su colega, al que saludó efusivamente con un fuerte apretón de manos, según interesaba, pues ya había sido informado de que era el brazo derecho del coronel, por lo tanto, un tipo al que convenía tener de su parte.

- ¿Cómo se encuentra el paciente? —urgió el capitán García apenas se saludaron, acomodado ya frente a la mesa de su anfitrión con su sempiterno maletín entre las piernas.

- Evoluciona muy favorablemente.

- Entonces, ¿ya puede ser interrogado?

- Sí, por eso no hay que preocuparse, ha recuperado sus capacidades cognitivas completamente, y ya es capaz de mantener

una conversación coherente, siempre que le dé la gana, obviamente.
- ¿Aún continúa empeñado en que viajaba con su familia en un vehículo cuando fue arrollado por un camión?
- De ahí no sale.
- Bueno, no tenemos prisa, dejaremos que siga creyendo que lo tomamos por loco. Ahora lo que nos interesa es que intente contactar con sus compinches—. García abrió su maletín y extrajo de él un móvil idéntico al de su anfitrión, aunque este de un color granate, que depositó sobre la mesa ante sus ojos—. ¿Cuándo podrá estar a solas con el paciente?
- Cuando quiera, aunque lo mejor será no alterar los horarios habituales para que no sospeche.
- ¿Y eso será…?
- En unos quince minutos —aseguró tras consultar su reloj.
- Bien, cuando esté con el paciente recibirá un mensaje al móvil rojo desde un número oculto. Usted simulará cierto desasosiego, y le dará la espalda al paciente, pero de modo que este pueda ver el patrón de desbloqueo, eso es sumamente importante, si no, todo esto no servirá para nada. Cuando lea el mensaje debe mostrar cierto nerviosismo, y después alejarse hasta la ventana para hacer una llamada al único número que hay en la agenda. Cuando yo responda, usted simulará hablar con su amante… lo importante es que piense que se trata de una llamada… digamos… más privada de lo normal. El paciente debe pensar que se trata de un móvil personal, y no un terminal puesto a su disposición por el hospital. — García aguardó a que asintiera, manteniéndole la mirada para asegurarse de que lo había entendido. Cuando el capitán se reafirmó con un manifiesto cabeceo, prosiguió—. Yo le daré cháchara desde aquí, y tras cortar la llamada, unos minutos más tarde volveré a llamarle, en esta ocasión a su terminal habitual, pero desde la centralita del hospital. En esa charla simularemos la llamada de otro colega para cualquier cuestión relacionada con su trabajo. Poco después se sentará sobre la cama del paciente, y charlará un rato con él de lo que sea. Será entonces cuando aproveche para dejar el móvil rojo sobre la cama. Tiene unos cinco minutos, que es el

tiempo que yo tardaré en volver a llamarle para que atienda una urgencia y permitirle así abandonar la habitación a toda prisa, dejándose atrás el móvil rojo.

- ¿Y si no me ha dado tiempo?

- Cuando responda a mi llamada dirá que acude en unos minutos, así sabré que necesita más tiempo, y volveré a llamar cinco minutos más tarde. Solo habrá un intento, ya que de lo contrario podría sospechar.

- Entonces, ¿qué haremos si algo sale mal?

- Volveremos a intentarlo otro día, aunque entonces será ya con uno de los celadores, no podemos arriesgarnos a que intuya la celada y nuestro plan se vaya al traste.

El capitán médico endureció el gesto ante el último comentario. Con el firme propósito de que todo saliera bien a la primera, y con él como protagonista, se puso en pie y le ofreció la mano.

- Se hace tarde, ya debería haber comenzado la ronda de visitas.

- Bien, yo voy a bajar a la centralita con los técnicos. En diez minutos recibirá el mensaje.

Sánchez Lema asintió avenientemente, y salieron al pasillo. Después se internó en el ascensor privado, y subió a la sexta planta. Mientras ascendía consultó su móvil en dos ocasiones para asegurarse de que no se encontraba en silencio, y aprehendió también el terminal rojo para cerciorarse de que el patrón de desbloqueo era efectivo. Una vez lo comprobó todo, ya en la sexta planta y con las puertas del ascensor abiertas, soltó un hondo suspiro. Después se dirigió a la habitación que ocupaba Ambrosio Serrano.

- ¿Qué tal se encuentra hoy? —preguntó apenas asomó a la puerta, obteniendo, como siempre, un mugido como respuesta—. ¿Ha desayunado bien?

- Magníficamente.

- Bien, eso es lo más importante. Bueno, pues vamos a ver cómo anda esa espalda.

El capitán hizo girar la manivela que sujetaba las correas que constreñían el pecho al paciente, y lo incorporó despacio, atento a

cualquier gesto de dolor. Después le levantó los brazos como a un crucificado, y le pidió que intentara mantenerlos en esa posición por sí mismo. Ambrosio Serrano los sostuvo en alto durante varios segundos, y después los recostó despacio sobre sus piernas, sonriendo satisfecho a su propio logro.

- ¿Cómo lo ve?

- Pues lo veo muy bien. Si esto sigue evolucionando tan rápidamente, en un par de semanas podremos quitarle las correas.

El capitán médico comenzaba a impacientarse, toqueteando los aparatos para dar tiempo a que el capitán García le enviara el mensaje, cuando al fin el móvil rojo tintineó en el bolsillo derecho de su bata. Se encontraba tan nervioso que el respingo que le provocó la chicharra resultó de lo más natural, de tal modo que Ambrosio Serrano se quedó mirándolo con una sonrisilla traviesa, atento a sus movimientos y, sobre toto, avizorando lo que mostraba la pantalla. No le costó atisbar el patrón de desbloqueo, una simple ele invertida, y, aunque no logró leer el mensaje, lo que sí pudo apreciar fue el sobresalto del médico, y el hecho de que se alejara para hacer una llamada.

«Diga: Cariño, sabes que no puedo hablar en horas de trabajo».

- Cariño, sabes que no puedo hablar en horas de trabajo —repitió en un susurro exaltado.

«Diga: No podemos arriesgarnos, mi mujer podría sospechar».

- No podemos arriesgarnos, mi mujer podría sospechar.

«Estupendo, ahora aguarde unos segundos y despídase con un "yo también te quiero, hasta la noche, cariño", e intente dejar el móvil donde el paciente pueda encontrarlo».

El médico repitió las palabras que le dictó el capitán García, y después, sumido en suspiros de desaliento, se dejó caer sobre la cama. Colocó sutilmente el aparato sobre las sábanas, junto a la carpeta que contenía el dosier del paciente, y se entretuvo en auscultarlo, esperanzado en que la llamada del capitán se produjera pronto.

- Bueno, todo parece que está bien. Iba a recostarlo de nuevo, pero como enseguida pasarán a asearlo... ¿prefiere quedarse así, o le

resulta incómodo?
- No, estoy mejor así, gracias.
- Estupendo. ¿Sabe?, estoy tan satisfecho con la evolución que lo más probable es que esta misma semana comencemos con la rehabilitación.

El capitán brincó como un sapo cuando su móvil comenzó a berrear, haciendo que Ambrosio Serrano se echara a reír, aunque la hilaridad le duró un resoplo, el tiempo que el dolor tardó en recordarle que le habían partido la espalda. El capitán médico rescató su móvil del bolsillo de la bata y respondió.
- ¡Dígame!
- ¿Todo bien?
- Sí, por supuesto, voy enseguida —dijo, y colgó. Después se dirigió al paciente y le dijo que debía marcharse para atender una urgencia, mostrándole su móvil para que se apercibiera de que no era el de color rojo.

Ambrosio Serrano asintió como si le hubiera pedido su aprobación, esperanzado en que el médico no se percatara de que había tapado el móvil con la sábana. El capitán médico se encontraba tan nervioso que ni se dio cuenta, simplemente aferró la carpeta y abandonó la habitación a toda prisa.

# 28

El juez Castillo tamborileaba los dedos sobre la mesa de su despacho con una mezcla de impaciencia y pavor, pues se acercaba el momento de recibir a los ilustres invitados a los que había citado aquella mañana y, pese a que tenía el aval de los Ministerios de Defensa, Interior y Justicia, a cuyos responsables había convocado el mismísimo presidente para que organizaran un careo entre nada menos que el director general de la policía, el antecesor de este, y el coronel Fernández Moro, y todo ello bajo su supervisión, se trataba de un compromiso del que él no iba a sacar nada bueno, todo lo más, seguramente, la enemistad de alguno de aquellos altos cargos si se veía en la necesidad de presionarlos. Además, los acontecimientos de los últimos días en los que había habido varias víctimas, incluso civiles y agentes heridos, no había hecho sino echar más leña al fuego. Y por si todo esto fuera poco, la situación que había provocado la investigación del comisario Albuena había llegado ya a oídos de la prensa, que andaban como buitres a la carroña desde que se filtrara que el asalto acontecido en la casa de Mateo Alería tenía relación con el altercado de Colmenar y la desaparición de David Alería, incluso algún parlamentario había hecho ya declaraciones al respecto de la extraña desaparición del Tiger, de modo que si no acababan con aquello de inmediato, el escándalo podía resultar mayúsculo. El presidente era consciente de que la oposición no dejaría pasar aquella oportunidad para ponerlo contra las cuerdas, por lo que había ordenado vehementemente que no salieran de su despacho sin una aclaración convincente, de otro modo había asegurado que iban a comenzar a caer cabezas. Lo que no lograba discurrir era cómo iba a poder lograr que no le contaran cuatro embustes, pues a buen seguro ya se habrían reunido ellos por su cuenta para pactar una declaración que los exculpara a todos. Por fortuna había conseguido sacarle al presidente una concesión inaudita: que Albuena pudiera participar en el careo, una ayuda considerable, pues siendo el comisario quien manejaba los datos, esperaba que a él no pudieran enredarlo con milongas.

El primero en aparecer por los Juzgados fue Patricio Del Valle, director general de la policía, un tipo al que conocía desde hacía varios años, y con el que mantenía una relación cordial, aunque limitada a lo puramente institucional, pues nunca fue una persona de su cuerda. El respeto era mutuo, y así dejó traslucir el saludo que se profesaron cuando se encontraron a la entrada del despacho, cálido como el ambiente, ya que ambos eran conscientes de que del inaudito encuentro podrían derivarse graves consecuencias.

- ¿Soy el primero? —preguntó Del Valle una vez se formalizó el saludo y quedaron ambos frente a frente en los butacones del despacho de Castillo—, tengo entendido que también se ha convocado a Genaro Díez, mi antecesor.

- Así es, pero aún es un poco pronto, lo mismo se ha cruzado por el camino con el coronel Fernández Moro y están tomando un café para hacer tiempo.

- ¿Y qué pinta ese coronel en todo esto?

- Es el encargado de una investigación que Defensa inició sobre el accidente de un helicóptero en Mali —explicitó el juez para ver si estaba al tanto de los acontecimientos.

Una sonrisa y un liviano asentimiento hicieron ver a Castillo que sabía bien de qué le hablaba. Señaló el armarillo de los licores para ver si le apetecía una copa, pero el hombre la rechazó con un gesto.

- Luego, cuando estemos todos, si no te importa, me gustaría tomar un café.

- Claro, por supuesto. Pero, mientras llegan los demás, ¿le importaría responderme a algunas cuestiones que no me han quedado nada claras?

- Solo con una condición —repuso, haciendo que el magistrado alzara la vista para mirarle a los ojos con evidente recelo—, que me tutees.

- Perdona, es la costumbre, ya sabes, los protocolos...

- Pregunta lo que quieras, para eso estamos aquí.

- Se trata de este documento. —Castillo abrió una carpeta clasificadora que había sobre la mesa y extrajo una hoja para que la viera—. Es copia de la orden que recibió el comisario Albuena con

respecto a la incorporación de un tal Valerio Rosales Aruca a su Departamento.
- Sí, ya recibí la llamada de Albuena para comentármelo, pero como ves, la firma es de mi antecesor. Sí que es cierto que fui yo quien le dio curso, pero como ya estaba aprobado, no le di mayor importancia. Por otro lado, esa comisaría reclamaba un inspector desde hacía tiempo y ya estaba aprobada la concesión, ¿cómo iba a imaginar que el elegido pudiera ser un infiltrado?
- ¿Quién se encarga de comprobar la idoneidad de los inspectores para los diferentes puestos?
- Para eso hay un protocolo, se valoran la escala, méritos y capacidades, pero quienes deciden finalmente son funcionarios de alto rango, nunca cargos políticos, aunque estos ejercen su influencia, naturalmente.
- En fin, a ver qué nos aclara el señor Díez.
- A ese sí que te conviene tutearlo, es muy campechano, y muy progresista, no lo olvides.
- Está jubilado, ya no supone ningún peligro —repuso el magistrado entre risas.

La pantalla del móvil de Castillo, que se encontraba sobre la mesa en silencio, se iluminó para indicar que había recibido un mensaje. Castillo consultó la aplicación y se puso en pie.
- Están abajo, ya suben —le dijo a Del Valle.

Ambos se aproximaron a la puerta para recibir a los convocados, que aparecieron por el pasillo en fila india, como si no se conocieran ni supieran que acudían al mismo despacho. Castillo los recibió con un brazo en alto, saludándolos con un apretón de manos y el bisbiseo de sus nombres de pila, hasta que apareció tras ellos un desconocido de cierta prestancia que le sacudió la mano con cortesía y le dejó la cara pintada de asombro al ver que se introducía en el despacho tras sus acompañantes. El coronel Fernández Moro advirtió enseguida el gesto de extrañeza de Castillo, e imaginó que no sabía de quién se trataba, por lo que se apresuró a presentárselo antes de que se le ocurriera pedirle que se largara, comenzando la reunión con un malentendido de nefastas consecuencias.

- El general de División Fernando Vallejo, jefe de la delegación de Defensa desplegada en el Líbano y comandante de la Fuerza Interina de las Naciones Unidas en el país.
- Eso en la fecha en que desapareció el Tiger, ahora ya estoy retirado —apostilló de inmediato el general, sonriendo al gesto del magistrado, que había combado las cejas con asombro ante aquella ilustración tan pomposa.
- El general fue el encargado de dirigir las primeras investigaciones —explicó el coronel.
- Por eso el señor ministro me ha pedido que acompañe al coronel —repuso este.
- General —lo saludó Castillo, cabeceando en señal de respeto—. Bueno, pues ya que estamos todos, si les parece, podemos comenzar—. Al ver que algunos dudaban dónde aposentarse, señaló los butacones. —Iba a pedir café, si les apetece… o una copita de brandi, es… como dicen en mi tierra, cojonudo.

Castillo enmascaró su decepción con una sonrisa al ver que todos preferían café, pero, aunque se puso en pie, no pidió que lo trajeran, limitándose a acercar su portátil a la mesa. Después se incorporó a la pareja que formaban los militares, quedando los tres frente al comisario y los dos altos cargos de la policía. Albuena señaló entonces el documento que descansaba sobre la mesa, mirando después a su superior en activo.
- Ahora le comentaba a nuestro anfitrión que yo heredé la orden de Genaro —intervino Del Valle de inmediato, señalando a su antecesor en el cargo con un meneo de mentón—, y que yo me limité a darle curso por el apremio que reflejaban las múltiples solicitudes del comisario Albuena para que se incorporara a su Unidad un nuevo inspector.

Albuena asintió ligeramente para dar por buena la exposición, y después llevó los ojos hacia el exdirector de la policía.
- Recuerdo cuando me llamaste —repuso este, señalando a Albuena para dejar claro que se refería a él—, pero entonces no sabía de qué iba el asunto y decidí ser prudente hasta hacer algunas averiguaciones.

- ¿Y ahora? —se vio obligado a intervenir el magistrado para que se explicara, atento a la sutil mirada que lanzaba a los militares.
- Pues que la persona que yo propuse no era ese hombre. Alguien aprovechó el cambio de dirección para colárnoslo. De cualquier modo, debió de ser alguien con mucha mano, porque poner ese papel en el Ministerio no es nada fácil.
- ¿Y de quién puede tratarse? —preguntó el magistrado, procurando enmascarar la manifiesta causticidad que arrastraba la pregunta.
- Del ministro o cualquiera de sus asesores más allegados, por supuesto —replicó el exdirector, sonriendo al sobresalto del comisario—, ¿o es que no veis que ahí está el membrete del Ministerio?
- ¿Y qué podría haber llevado al ministro a colocar a Rosales en mi comisaría? —preguntó Albuena.

El coronel Fernández Moro descruzó las piernas para retreparse en el butacón, haciendo patente la agitación que le había producido el comentario. Al ver que castillo había advertido su incomodidad, entendió que no tenía más remedio que confesar, pues ocultar aquello no lo iba a llevar a ninguna parte.

- Fuimos nosotros —admitió, haciendo que todos se revolvieran para mirarlo—. No hemos podido averiguar de dónde salió la orden, pero he podido hablar con el ministro y me ha confirmado que recibió presiones. Obviamente, no podía insistir, era evidente que no podía darme más datos.
- ¿Podría explicarse? —le pidió el magistrado.

El coronel miró al general, que se mostraba bastante sorprendido, aunque sin intención de ahondar más en el tema por temor a inmiscuirse en terrenos que no eran de su incumbencia, y más ahora que ya estaba retirado, pero como el hombre no respondía, se vio obligado a intervenir.

- He podido saber que ya están al tanto de la investigación que lleva a cabo el coronel Fernández Moro —dijo, señalando a este con la mirada. En cuanto todos asintieron, prosiguió—: uno de los agregados de la base falleció en una emboscada en Bamako, y con él desaparecieron datos relevantes de una investigación que llevaba

a cabo el Ministerio sobre todo cuanto tenía relación con las operaciones de cooperación, materiales, armamento, ayuda… y lo que es peor, los datos bancarios, no solo del Ministerio, sino de las cuentas en las que se ingresaban los pagos, y por si esto fuera poco, datos sensibles de las empresas que colaboran con Defensa.
- ¿Y quién era ese tipo?
- Un civil que se encargaba de la fiscalización de las cuentas.
- ¿Podría tratarse de…? —El comisario se apresuró a consultarlo en la agenda de su móvil—. ¿Iván Casadiego Laín, natural de Lumbier, en Navarra?
- Así es, efectivamente —acompañó el general a un cabeceo de reconocimiento—. El fallecimiento de esa persona no solo fue una desgracia, sino que supuso un contratiempo transcendental para Defensa, ya que él era quien manejaba todos los datos de las operaciones de Mali y el Líbano, que desaparecieron con él, obligándonos a recomenzar de cero.
- Ya, pero eso, no entiendo qué tiene que ver con que ese tal Rosales acabara infiltrado en la Policía, además, dedicado en exclusiva a cazar a un joven desaparecido que nada tenía que ver con el Ejército —dijo Castillo, al que la exhortación tan explícita del general le había sonado a evasiva, un burdo subterfugio embrollado para ocultar el verdadero trasfondo del asunto.

El coronel Fernández Moro compartió una mirada de duda con el general Vallejo, pero este asintió, dando a entender que daba su plácet para que les explicara lo acontecido.
- Ya saben que ese hombre, el que ustedes conocen como Rosales, es teniente de la EUTM[25]. —El coronel aguardó a que asintieran, y, aunque solo Albuena y el magistrado devolvieron el gesto, volvió a mirar al general, que cabeceó a su vez para animarlo a proseguir—. Ese hombre tenía a su cargo a un joven que había llegado a la unidad en extrañas circunstancias…
- David Alería, supongo —irrumpió el magistrado.
- Así es.
- ¿Y cómo llegó allí ese muchacho, si desapareció con apenas veinte años y nadie volvió a saber de él? —preguntó Albuena.

- Entiendo que esté especialmente molesto, ya que fue usted quien llevó la investigación —le dijo el general para disculparse—, pero nos vimos obligados a hacerlo así para protegerlo, y también proteger una investigación importante.
- ¿Proteger a ese joven? —irrumpió el magistrado, sonriendo a Albuena con malicia.
- Tengo autorización expresa del ministro de Defensa para ponerlos al tanto de lo ocurrido, pero también me ha exigido que me asegure la confidencialidad de lo que voy a contarles —dijo el general Vallejo, haciendo que el coronel Fernández Moro se revolviera en el butacón con evidente alarma, obligando al general a calmarlo con un liviano gesto de las manos—. No es que el ministro desapruebe abiertamente el proceder de su antecesor, pero tampoco puede hacerse responsable de las actuaciones de Defensa antes de que él fuera el máximo responsable del Ministerio. No obstante, dado el carácter de las actuaciones y la afectación de estas en lo referente a la seguridad nacional, y por tanto a los intereses del Estado, se ha visto en la obligación de exigir que se presten a juramento.

Tras unos segundos en que la contrariedad recorrió los rostros de los presentes como si los hubiera abofeteado, Castillo asintió, alzando una mano hacia el general para señalarlo.
- Por eso no debe preocuparse, lo que aquí se diga quedará entre estas cuatro paredes. —El magistrado fue posando la mirada de uno en uno, hasta que todos asintieron—. Huelga advertirles de las consecuencias penales que conllevaría divulgar lo que aquí se diga, ¿entendido? —Alzó ligeramente la voz tras un nuevo recorrido de rostros, hasta que posó la mirada en el exdirector de la policía y el hombre se sacudió como si le hubiera dado calambre.
- Dado que mi comparecencia aquí ya no tiene mucho sentido, creo que lo mejor será que me ausente, así podrán hablar más tranquilos, sobre todo si se[P1] van a manejar datos sensibles. Tengan en cuenta que yo ya estoy jubilado —expuso, poniéndose en pie al ver que el magistrado asentía—. De todos modos, si necesitaran algún dato, no duden en llamarme.

- Tampoco veo yo que mi comparecencia sea necesaria —añadió su colega en activo—, Albuena lleva la investigación, y si lo cree necesario, ya me informará de lo que convenga.
- Muy bien, señores, gracias por su comparecencia —accedió el magistrado, sonriendo a la espantada, y, aunque se puso en pie para ofrecerles la mano, antes de estrechársela se permitió un inciso—. Pero, si no te importa, antes me gustaría aclarar una cosilla —pidió, haciendo ver que la pregunta iba dirigida al director general en activo, y que esta la realizaría Albuena, pues llevó la mirada hacia él con sutileza.
- Por supuesto —se avino Del Valle, volviéndose hacia el comisario.
- ¿Por qué se me ordenó que me olvidara de Rosales apenas se supo que la inspectora Rodríguez lo estaba investigando?
- Bueno, no fui yo quien se enteró de que ese individuo estaba sujeto a investigación, en realidad ni siquiera sabía que existía. Fue el coronel Fernández Moro quien me llamó para pedirme que os parara —aseguró, señalándolo con un brazo en alto para cederle la palabra.
- En aquel momento no podíamos permitir que aquello pudiera interferir en la investigación que comanda el capitán García. —El coronel aguardó a que Albuena hiciera algún gesto que evidenciara que sabía a quién se refería. Cuando este asintió, se giró para hablarle al juez Castillo—. Ya sabíamos que lo que buscaba el teniente Varela era al joven desaparecido. Temíamos que si lo encontraba antes que nosotros pudiera peligrar su vida.
- ¿Pero por qué tanto interés en encontrar a ese joven? —preguntó Castillo.
- Creemos que puede tener información sobre lo ocurrido en Bamako que compromete a esa gente —confesó el coronel.
- Pero si ese joven desapareció hace cinco años —rechazó Albuena.
- Sí, justo cuando se produjo el altercado de Bamako —replicó el coronel en tono sarcástico.

El general Vallejo se revolvió para mirarlo, exhibiendo un claro gesto de extrañeza, y después llevó sus ojos a los del magistrado para ver si él se había dado cuenta de que aquella circunstancia

resultaba inverosímil. Al verlo pensativo, rumiando lo expuesto, decidió no interrumpir sus reflexiones. Poco después, Castillo meneó la cabeza de arriba abajo hacia los altos cargos de la policía, y ambos hombres abandonaron el despacho. Apenas se cerró la puerta, todas las miradas convergieron en el coronel, pero el hombre ignoró aquella presión que se cernía sobre él, encogiéndose de hombros como si con él no fuera la cosa. El general, sin decir una palabra, le exigió una explicación con un gesto seco e inequívoco.

- Tengo entendido que su Departamento ya ha averiguado que agentes del Ministerio contactaron con ese muchacho a principios de dos mil veinte para proponerle una actuación —dijo él entonces, mirando a Albuena.

- Supongo que eso tiene alguna relación con el hecho de que hablara árabe —repuso el comisario.

- Así es, esa fue la causa más importante.

- Su hermano también hablaba árabe, ¿lo intentaron con él?

- No, el hermano era aún muy joven, con quien sí contactamos fue con un amigo suyo…

- ¿Un tal Abdelkader Aissani? —leyó rápidamente el comisario en sus notas—. ¿Y por qué lo descartaron? —preguntó al ver que asentía.

- Dado que era de origen argelino, y que no se mostró muy colaborador, se descartó su idoneidad.

- ¿Quiere decirnos que David Alería se enroló en el Ejército y desapareció sin decir nada a su familia por voluntad propia? —intervino Castillo, que sonrió con sarcasmo, contenido para no afrentarlo pero con la suficiente firmeza como para que entendiera que no iba a permitir que los enredaran con cuentos.

- Relate los acontecimientos —lo instó el general, que había lanzado antes una mirada a su reloj como muestra de impaciencia.

- La operación era delicada, y peligrosa —continuó el coronel.

- ¿Pero de qué se trataba? —se impacientó el magistrado.

- El SIGC[26] había logrado una información relativa a un comando terrorista extremadamente peligroso que planeaba un atentado, bien aquí, en Francia o Bélgica. Entonces se barajó la posibilidad de que

interviniera la UEI[27], pero antes se decidió explorar la posibilidad de colocar a un infiltrado.
- ¿Y pensaron en un joven de veinte años sin la menor experiencia? —gruñó el magistrado.
- No teníamos mucho donde elegir —replicó el general, alzando una mano para pedirle calma—, y el tiempo apremiaba, pero le puedo asegurar que se eligió bien al candidato.
- Hablaba árabe, estaba en plena forma y se manejaba bien con las artes marciales —añadió el coronel.
- Por muy bien que hablara árabe, ¿piensan que su aspecto y su acento no iban a delatarlo? —insistió el magistrado.
- La idea no era infiltrarlo en un comando, no íbamos a ser tan ingenuos, se trataba de que intimara con uno de los miembros, que parecía ser el eslabón más débil de la cadena, e intentara sacarle alguna información que nos llevara a averiguar dónde se encontraban los otros comandos.
- ¿De verdad pensaban que los terroristas iban a compartir esos datos con un desconocido?
- Una simple sutileza, el comentario más banal que se pueda imaginar, puede llevarnos a averiguar si piensan largarse a un lugar concreto, o si la actuación es inminente.
- ¿Y funcionó? —preguntó el comisario.

Todos llevaron la mirada hacia el general, aguardando su respuesta, pero el hombre se limitó a menear la cabeza, negando al tiempo que se encogía de hombros, evidenciando ignorar todo aquello.
- No sabemos por qué ni cómo, pero el caso es que al primer contacto decidieron quitárselo de encima —intervino el coronel al ver que el hombre enmudecía.
- Supongo que se encontraban bien aleccionados al respecto, y, aunque el muchacho estaba bien protegido, el grupo de rescate no logró acudir a tiempo. Cuando llegaron estaba inconsciente, con un fuerte golpe en la cabeza, pero junto al joven se encontraron los cuerpos de dos de los terroristas. Un tercero, el que suponemos acabó noqueándolo, logró huir a Francia, y ya no se supo de él hasta

tres años después, cuando apareció muerto en La Joux, una pequeña localidad fronteriza con Suiza.
- La CNRLT[28] nos informó de inmediato, y nos pasó las huellas que aparecieron en el escenario. Resultó que una de esas huellas pertenecía a uno de los nuestros —añadió el coronel, arrugando los labios para escenificar un lamento.
- No me diga que ese joven, David Alería, a la postre acabó cargándose a todo el comando —irrumpió el magistrado, que desorbitó los ojos con guasa ante aquel despropósito.
- No, las huellas que nos pasaron los de la Inteligencia francesa se correspondían con las de Xaime Varela Blanco.
- ¡Nuestro amigo Rosales! —bufó el comisario con sarcasmo.
- ¿Y cómo es eso posible? —preguntó Castillo, trasmutando el gesto para mirar al coronel.
- Eso nos gustaría saber, porque cuando asesinó al supuesto terrorista ya había fallecido en el accidente del Tiger.
- Y ahora ha vuelto a fallecer, aunque en esta ocasión de cáncer de páncreas —insistió Albuena en su ironía.
- Vamos, que hablamos de un comando incontrolado que ahora está actuando por su cuenta dentro del territorio nacional.
- Podría definirlo así, aunque en realidad no se trata de un comando incontrolado, sino de unos delincuentes peligrosos, y muy bien organizados.
- ¿Y cómo fue que ese chaval acabó en el Líbano, formando parte del Ejército? —quiso saber Castillo, tan intrigado que acabó arrancándole una sonrisa al general, no así al coronel, que se retrepó nervioso.
- Después de aquello fue trasladado de inmediato al Gómez Ulla.
- ¿Y a nadie se le ocurrió informar de eso a la familia, han preferido mantenerlos durante cinco años con esa incertidumbre? —se encorajinó el comisario, obligado a disculparse con la mirada al advertir el gesto de calma que le lanzaba el magistrado.
- Se decidió así para proteger a la familia de posibles represalias de los terroristas, y también a él, porque, por desgracia, el golpe le provocó una amnesia severa de la que jamás logró recuperarse.

- O sea que es por eso… —musitó Albuena, asombrado.
- Por eso ¿qué? —le preguntó Castillo.
- Que no se acuerda de su familia. El inspector Frízer tenía razón, lo que está buscando ese muchacho son sus recuerdos.

El magistrado sonrió, exhalando sarcasmo con un largo suspiro, y después llevó la mirada hacia el general, al que se permitió señalar con un dedo.

- Iba a pedir café, pero si prefieren una copa… —dijo, llevando el dedo con el que señalaba al general hacia la licorera que tenía a su espalda.
- Sí, mejor un brandi —aceptó el coronel al ver que el general se encogía de hombros.
- Yo también necesito una copa para tragar todo esto —rumió Albuena, haciendo que el magistrado riera campechano por primera vez, aligerando la tensión que flotaba en el ambiente.

Castillo repartió las cuatro copas sobre la mesa y sirvió el brandi ampulosamente, sonriendo a Albuena con picardía.

- Es un Jerez de diez años, no sé si te lo había dicho —bromeó castillo.
- No, pero lo imaginaba —repuso él, sonriendo mientras alzaba la copa para proponer un brindis.
- Por ese muchacho, todo un superviviente —se le adelantó el magistrado.
- Y por que logremos dar con él antes de que esos individuos se lo carguen.
- Tengo entendido que ya lo han intentado —intervino el general, que no pudo ocultar un gesto de preocupación.
- De momento se ha defendido bien, por eso tenemos a uno de los incontrolados en el hospital —le comentó el coronel, sin darle mayor importancia.
- ¿Y de quién se trata? —preguntó el general de inmediato, arrugando el entrecejo para hacer patente el interés que le había suscitado aquella información inesperada, y por ende su desconocimiento.

- Ambrosio Serrano Parreño, el que infiltraron en la Científica —le respondió el comisario al ver que el coronel exhibía un gesto de duda, como si no se atreviera a responder.
- Lo que no entiendo es para qué diablos querían infiltrarse en la Policía —acompañó el general a una mueca de contrariedad.
- Yo pienso que daban por hecho que lo teníamos protegido —planteó el magistrado—, no veo otra explicación a que hayan asumido semejantes riesgos.

Todos asintieron para dar por bueno el postulado de Castillo, y alzaron de nuevo sus copas, que quedaron después sobre la mesa tras un leve tintineo.

- Vamos a ver si lo he entendido —farfulló Castillo tras el incómodo silencio que sucedió al brindis, acomodándose de medio lado para poder observar a los militares—, ese joven mató a dos de los terroristas, y un tercero lo noqueó antes de huir a Francia…
- Así es —corroboró el coronel.
- ¿Y por qué no se avisó a la familia? —insistió el comisario—, ellos tenían derecho a saber qué había pasado con su hijo.
- Como se ha dicho —respondió el general—, se decidió mantenerlo en secreto por su propia seguridad, a la espera de que el joven recuperara la memoria y poder decidir si era necesario hacer desaparecer a la familia durante un tiempo, al menos hasta asegurarnos de que el comando terrorista estaba totalmente desarticulado. El dilema era permitirles que continuaran con su vida de siempre como si no hubiera ocurrido nada y llevarnos al joven de aquí, o hacer que desaparecieran todos, con todo lo que ello implicaba.
- Y como no recuperó la memoria… —irrumpió el coronel, esperanzado en que aquella concesión pusiera fin a las suspicacias.
- Quisimos contactar con la familia para tranquilizarlos, por supuesto —añadió el general—, pero la prensa no soltaba la presa, y nos vimos obligados a ser cautos. La más mínima filtración habría resultado catastrófica.

El coronel cabeceó para refrendar la respuesta del general, mirando al magistrado para sondear su reacción. Le sonrió al darse

cuenta de que el hombre lo miraba, esperanzado en que le hubiera satisfecho lo expuesto, pero el gesto adusto del magistrado le latigueó el rostro hasta el punto de borrarle la sonrisa como si lo hubiera abofeteado.
- ¿Y quién decidió eso? —quiso saber Castillo.
- No sabemos hasta qué punto llegó el asunto, pero le puedo asegurar que se trató de una decisión política. El presidente, el ministro… el caso es que la decisión se tomó muy arriba. Nosotros informamos de lo ocurrido a la jefatura de Estado Mayor de la Defensa, y nos limitamos a aceptar las órdenes.
- Y, exactamente, ¿cuáles fueron esas órdenes? —preguntó el magistrado al ver que Albuena no se atrevía a presentar semejante cuestionamiento.
- Tras el fiasco, y habida cuenta de que el joven no recuperaba la memoria, pese a que físicamente se encontraba en perfecto estado, se decidió incorporarlo a la EUTM para que estuviera alejado de España durante un tiempo —respondió el general, aunque apartándoles la mirada, visiblemente incómodo. Luego, al ver que su gesto había causado interés al magistrado, se vio obligado a reconocer que había habido otra razón aún más poderosa.
- El joven no solo perdió la memoria, sino que olvidó su lengua materna —intervino el coronel al caer en la cuenta de lo que insinuaba, satisfecho por lo expuesto, y más aún por el gesto del magistrado, que asentía pensativo, dando a entender que aceptada aquella decisión como un mal menor ineludible.
- Tuvo que aprender a hablar español en la base, aunque no parece que le costara mucho —dijo el general, meneando la cabeza de arriba abajo como reconocimiento.
- ¿Y el árabe? —quiso saber Albuena, sumamente interesado en ese detalle.
- Curiosamente solo hablaba en inglés, el español y el árabe los había olvidado. Se ve que los tenía almacenados en alguna parte de su cerebro que quedó dañada, y no logró recuperarlos.
- Luego cambió el gobierno, la cúpula militar, los mandos de la EUTM —dijo el coronel, señalando al general con los ojos—, y todo

el mundo pareció olvidarse del asunto —añadió, impostando un lamento que acompañó a un teatral chasquido de la lengua, haciendo ver cuánto lamentaba el desenlace.
- Hasta que un helicóptero se estrelló en Mali —musitó Albuena tras tomar un sorbo de su copa, sonriendo mordazmente.
- Eso es todo lo que podemos decirles sobre ese muchacho, lo que motivó su desaparición y el hecho de que ahora se encuentre de nuevo en España —dijo el general—. Lo demás afecta a la investigación que comanda el coronel Fernández Moro —añadió, señalándolo con su copa, que alzó al aire antes de echársela de nuevo al coleto.
- Y los dos terroristas que aparecieron muertos, ¿están seguros de que se los cargó ese chaval? —preguntó el comisario.
- Esa es una de las razones que nos llevó a decidir que lo mejor era que desapareciera, ya que su implicación podría haberlo llevado ante un tribunal, exponiéndolo peligrosamente.
- También a ustedes —replicó de inmediato el magistrado.
- A todo el gobierno —se defendió el general, si bien acabó asintiendo.
- ¿Y cómo se los cargó? —se interesó el juez Castillo, esbozando una sonrisilla traviesa.
- Ambos presentaban fracturas de cuello, una maniobra precisa y muy efectiva, noquea al contrincante de inmediato, sin riesgo a réplica.
- ¿Y quién pudo enseñarle a hacer eso?
- Era experto en artes marciales, lo más probable es que algún instructor con formación militar se excediera en sus funciones pedagógicas.
- ¡Qué cabroncete! —exclamó Albuena, haciendo que todos rieran.
- Y ahora, ¿qué es lo que esperan de todo esto? —quiso saber Castillo.
- Ahora que sabemos que el Tiger continúa activo, la investigación ha dado un giro de ciento ochenta grados —confesó el general.

El coronel apretó las mandíbulas con rabia al oír aquel comentario, lamentando no poder sellar los labios de aquel bocazas de un

guantazo. Al ver que el magistrado aguardaba una explicación más detallada, maquinó a la carrera una respuesta convincente, consciente de que después de aquello iba a verse obligado a apostar mucho más fuerte.

- Tenemos la sospecha de que Iván Casadiego, el tipo que Defensa contrató para fiscalizar las cuentas, no murió en Bamako, sino que simuló su fallecimiento para poder moverse libremente, llevándose toda la documentación que manejaba, e impidiendo que en el Ministerio se supiera de los chanchullos en los que andaban metidos él y el comando que lideraba el teniente Varela —respondió, haciendo que el general se revolviera hacia él con gesto de asombro, poniendo en evidencia que no estaba al tanto de esa circunstancia.

- ¿Y por qué habría de hacer eso, si era él quien manejaba las cuentas? —rechazó el magistrado.

- Porque ya comenzábamos a sospechar que estaba desapareciendo material —repuso de inmediato—. La desaparición del Tiger fue el colofón de la maniobra.

- Creo que ya lo entiendo —dijo el magistrado al ver que Albuena negaba con la cabeza—. Primero desaparece el fiscalizador con todas las cuentas, y después el resto del comando en el accidente del Tiger, de ese modo pueden moverse por aquí con total libertad, y con un montón de dinero.

- Eso es —confirmó el coronel, que al mirar al general para que él lo corroborara pudo ver que el hombre se limitaba a encogerse de hombros.

- Entonces, está claro que ese muchacho les ha robado la pasta —repuso el magistrado, alzando su copa como si fuera a proponer un nuevo brindis—, por eso quieren cazarlo a toda costa.

- Eso no es todo —añadió el coronel, negando con la cabeza—. Creemos que ese muchacho se cargó a Iván Casadiego y le robó las credenciales con el objeto de quedarse con todo el dinero.

- ¿Quiere decir que es uno de ellos, pero que los ha traicionado?

- Eso me temo —dijo, escenificando un lamento.

- Eso no le va a gustar a sus padres —musitó Albuena.

- Puede que no les guste ni él mismo, porque ese muchacho debe distar mucho del que ellos conocieron. Ahora debe de ser un asesino frío y despiadado —acompañó a un gesto de repulsa.
- ¿Y cómo es que no recupera la memoria?, si habla español, de otro modo no habría podido moverse por aquí tan libremente —objetó el magistrado.
- Tras el… llamémoslo accidente, estuvo en coma durante varias semanas. Cuando despertó solo hablaba en inglés, fluido pero españolizado, vamos, que se notaba que no era su lengua materna. Sin embargo, el español y el árabe los había olvidado por completo —respondió el general al ver que el coronel le cedía la palabra.
- ¿Entonces? —insistió Castillo.
- Una vez recuperado de las lesiones, habida cuenta de que no recuperaba la memoria, y una vez se decidió trasladarlo al Líbano, que era el lugar más seguro al que podíamos enviarlo, se le asignó un instructor especial, y comenzó a tomar clases de español.
- Y ahora, ¿qué tal lo habla?
- Yo no lo conozco personalmente —dijo el coronel al ver que el general se giraba para mirarlo—, pero según sus instructores, lo habla perfectamente, y sin ningún acento.
- El que tuvo retuvo —bromeó castillo.
- ¿Y el árabe? —se interesó Albuena.
- No mostró el menor interés, ni a nosotros nos hacía falta que hiciera ese esfuerzo, pero como los idiomas se le daban bien y allí había soldados de varias nacionalidades… me consta que aprendió a defenderse en francés, alemán e italiano —respondió el general.
- ¡Joder!, vaya con el mocoso —exclamó Castillo.
- Pues eso es todo lo que podemos contarles —dijo el coronel, poniéndose en pie para dar por terminada la reunión.
- ¿Y ahora qué? —quiso saber Castillo antes de que se marcharan.
- Yo ya estoy retirado, pero no me cabe la menor duda de que la prioridad ahora mismo debe ser dar caza a ese energúmeno, antes de que esto se desmadre —respondió el general, mirando al coronel para sondear su opinión, gesto con el que puso en evidencia que ahora era él el máximo responsable.

- La prioridad ahora es interrogarlo cuanto antes —asintió el coronel.
- ¿Y a Xaime Varela? —preguntó el comisario.
- A ese es al que me refería —respondió el general, que dedicó al coronel un gesto de contrariedad.
- Por supuesto —repuso este con premura.
- ¿Y David Alería? —insistió Albuena.
- Lo único que queremos ya de ese joven es que aparezca con vida —le dijo el general, mirando al coronel—, eso es lo que me ha pedido el ministro.
- Por supuesto —volvió a repetir el coronel, forzando su mejor sonrisa.

# 29

El comisario vio correr a Silvia por el pasillo a través de la cortinilla de su despacho, y se levantó para ver qué ocurría. Cuando asomó a la puerta observó que ella brincaba sobre Frízer con gran algarabía, abrazándolo como si fuera un niño.

- ¿Ya os han dado el alta? —Se acercó sonriente, alzando una mano para saludarlo, si bien acabó estrechándolo también en sus brazos, contento de volver a verlo tan saludable, pues cuando lo dejó por última vez en el hospital llevaba un vendaje bastante aparatoso, y se había quedado muy preocupado.

- ¿Cómo está tu hermano? —apremió ella.

- De maravilla, ahora ha ido al aeropuerto para recibir a mis padres.

- ¡Qué alegría! —Silvia le tiró de un brazo para que la acompañara a su despacho— ¡Qué ganas tengo de conocerlos!, y también a tu hermana. El otro día pude hablar con ella, ¿sabes?, y me dijo que Paul y ella se parecen mucho.

- Como dos gotas de agua —le dijo Frízer, sonriendo al comentario —. Y Javier Alería, ¿le han dado ya el alta?, pregunté por él en el hospital, pero no consintieron darme ninguna información.

- Hace un rato hablé con su padre, no debemos preocuparnos —lo tranquilizó Albuena.

- ¿Y la abuela?

- Bueno… la abuela… —repuso el comisario con evidente desazón.

- Ya sé que fue ella quien disparó a uno de los asaltantes —le dijo Frízer, esbozando una sonrisilla de guasa—. Es probable que estemos vivos gracias a ella.

El comisario negó con la cabeza, que meneó después hacia su despacho para que lo acompañaran. Silvia puso un brazo en jarras para que Frízer lo enlazara, y lo condujo hasta el despacho como si se tratara de un convaleciente quebradizo, incluso le apartó la silla para que no hiciera el menor esfuerzo. Cuando se hubieron acomodado, se quedaron mirando al comisario con curiosidad, pues Albuena mostraba un gesto inaudito en él, la expresión de una

incomodidad manifiesta que les hizo pensar que algo no marchaba según lo previsto.
- La abuela ha relatado todo lo acontecido en su casa desde que aparecieron aquellos energúmenos —aseguró Albuena.
- Hemos logrado averiguar que tenían pinchado el teléfono de su nieto —dijo Silvia al ver que el comisario se perdía entre sus papeles, rebuscando con impaciencia la transcripción del interrogatorio a la mujer.
- O sea que así averiguaron que Javier Alería había encontrado el dinero en el garaje de su abuela.
- Supongo —convino ella, encogiéndose de hombros.

Silvia miró al comisario para cederle la palabra al ver que al fin se quedaba quieto y alzaba la vista hacia ellos. El hombre asintió, y, tras un suspiro de apatía, se arrancó al fin.
- Dijo que los tipos entraron en la casa cuando ella y su nieto estaban dentro, como una exhalación y armados hasta los dientes, de negro y encapuchados. A ella la ataron de pies y manos y le colocaron la mordaza, y a su nieto se lo llevaron afuera. Pasado un rato apareciste tú —señaló a Frízer con un dedo—, y le quitaste la mordaza.
- Así fue —reconoció Frízer—. Pero ¿qué ocurrió después?
- Pues que tu hermano vio a un tipo armado en el garaje y se puso a dar bocinazos para alertarte. La mujer los oyó, pero como la habías dejado atada... después, durante un rato solo hubo silencio, hasta que apareció su nieto y le quitó las ataduras.
- ¿Su nieto? —se extrañó Frízer, recordando el momento en que vio a Javier Alería atado de pies y manos en el garaje—. O sea que logró librarse de las ataduras.
- Ese nieto no, el otro, David Alería —le dijo el comisario, festejando con una amplia sonrisa el pasmo que había reflejado Frízer ante aquella noticia inesperada.
- ¿Y cómo fue que apareció por allí, acaso también tenía él pinchado el teléfono de su hermano?
- Damos por hecho que desde que dejó el dinero en la casa tenía vigilada la zona. Quizás supuso que los que lo persiguen tendrían

intervenidas las comunicaciones, y solo fue una maniobra para darles caza.
- Y Javier Alería, ¿qué dice a todo eso?
- Él ha refrendado la declaración de su abuela. Dice que entraron en la casa cuando ellos estaban en el salón, y que a él se lo llevaron al garaje para que les dijera dónde estaba el dinero.
- So pena de escacharrarle la cocorota si se negaba —acompañó Silvia a un suspiro irónico.
- Él no pudo ver a su hermano porque, al igual que tú, no recuperó la consciencia hasta que aparecieron los de la Científica.
- Supongo que fue así, pero eso no explica cómo fue posible que su abuela pudiera disparar a uno de los asaltantes.
- David la liberó de las ataduras y le puso la pistola en las manos —aseguró el comisario.
- Joder, menudo sofoco debió de llevarse la mujer cuando vio a su nieto, después de todo lo que han pasado desde que desapareció.
- La mujer asegura que su nieto le dijo que empuñara el arma y le disparara a cualquiera que asomara por la puerta, y que después se marchó. Pasado un rato salió al patio para ver qué ocurría, y se encontró con un desconocido que sacó un arma al verla. Entonces apretó el gatillo y corrió hacia la casa.
- Pues vaya puntería tiene la abuela, le dio en toda la frente —dijo Silvia, haciendo que ambos se giraran para mirarla con seriedad, aunque acabaron después riendo.
- Los análisis confirman que la bala salió de esa pistola, y que fue ella la que disparó.
- Y David Alería, ¿qué hizo después? —quiso saber Frízer.
- Suponemos que al entrar al garaje se topó con el tipo que os custodiaba a ti y a su hermano —le dijo Silvia—. Lo más probable es que forcejearan, pero David Alería lo liquidó sin problema. —Al ver que Frízer alzaba las cejas con incredulidad, se aseveró más explícitamente—: Le partió el cuello. Después os recostó sobre una colchoneta para que estuvierais cómodos, y se largó tan campante con el dinero y las armas de sus atacantes, y ya no hemos vuelto a saber nada de él.

- ¿Y no ha podido captarlo ninguna cámara?
- García continúa con las cámaras de Colmenar. Ha logrado avistarlo cuando huía del piso tras el altercado con Ambrosio Serrano, pero se le pierde la pista en el barrio. Y a la casa de su abuela llegó con la misma moto, pero al regresar a Madrid se internó en el aparcamiento de un centro comercial, y ahí se le pierde la pista. Está claro que sabía dónde estaban las cámaras.
- Pudo ser que dejara la moto allí y se marchara a pie —postuló Frízer.
- No, hemos revisado el garaje de arriba abajo, y la moto no aparece, aunque muy bien pudo ocurrir así y regresó después a por la moto, antes de que nos diera tiempo a revisar el garaje, aunque, de momento, las imágenes de las cámaras no refrendan esa hipótesis.
- Lo más probable es que tuviera una camioneta en el garaje —dijo Albuena, meneando la cabeza para quitarle importancia.
- Lo valoramos —le dijo Silvia a Frízer, pero en esas horas abandonaron el garaje más de quinientos vehículos que podían albergar en su interior una motocicleta. Además, bien podría haber salido del centro comercial en uno de los muchos vehículos de reparto que deambulan por allí. Hasta ahora hemos dado por hecho que actúa solo, pero podría tener algún cómplice, o ayuda de terceros…
- Creemos que puede tener otro piso franco por Colmenar, algún local o un trastero, ¡quién sabe! —farfulló con desaliento el comisario—. Además, hasta ahora hemos dado por hecho que se mueve en una moto de tres ruedas, pero lo mismo tiene más motos u otro tipo de vehículo, quizás una camioneta en la que traslada la moto de un lugar a otro sin que podamos pillarlo con las cámaras.
- Lo que está claro es que se está riendo de nosotros —bufó Silvia con desaliento.

Frízer llevó la mirada hacia el comisario al oír el tintineo de su móvil, que sonó con un tono distinto al habitual. Albuena consultó la pantalla de un vistazo y, cuando vio que se trataba del capitán García, se irguió para avizorar el mensaje.

- ¡Ha picado! —exclamó con entusiasmo.
- ¿Quién? —preguntó Silvia, que, aunque sospechó contubernio con Frízer, pudo advertir en su gesto que él tampoco sabía a qué se refería el comisario.
- Ambrosio Serrano, ha enviado un mensaje desde el móvil que colocamos en la habitación del hospital.
- ¿Qué móvil? —preguntó Frízer, contrariado.

Silvia tiró de él para que se pusiera en pie, y abandonó el despacho a toda prisa tras el comisario.

- Vamos al laboratorio técnico, están haciendo un seguimiento a un móvil que el capitán médico que atiende a Ambrosio Serrano dejó sobre la cama, listo para que él lo encontrara.
- ¡Comisario! —exclamó uno de los técnicos al verlo—, acaba de enviar un mensaje de texto.
- ¿Habéis podido averiguar ya dónde se encuentra el receptor?
- La antena que ha recibido la señal se encuentra en Paracuellos del Jarama, a 40°30’06.5”N y 3°32’43.5”W.
- A ver, muéstramelo en el mapa.

El técnico giró la pantalla para que pudieran ver la zona a vista de pájaro, señalando con un dedo los tejados de unas naves de aspecto desvencijado que se encontraban a menos de doscientos metros del repetidor, un poste metálico que aparecía en medio de un descampado.

- Suponemos que debe de encontrarse por aquí —dijo, punteando la zona de la pantalla en la que se encontraban las antenas—. Este punto marca un radio de unos trescientos metros.
- Demasiado amplio —musitó el comisario.
- Si envía respuesta sabremos exactamente dónde se encuentra su interlocutor —le aseguró el técnico al ver que meneaba la cabeza con desaliento.
- Bueno, manteneos alerta.
- ¿No sería conveniente preparar ya el operativo?, por si acaso… —propuso Frízer.
- Ahora mismo voy a llamar al capitán García para darle novedades —asintió Albuena.

- ¿Piensas dejar el asunto en manos de los militares? —supuso Silvia, evidenciando en el gesto huraño que conformó que no le hacía mucha gracia.
- Ellos crearon el problema, y ellos deben solucionarlo. A nosotros lo único que nos interesa es que ese joven aparezca sano y salvo.

Silvia consultó a Frízer con la mirada y, al ver que él se encogía de hombros, asintió para convenir su parecer con la decisión del comisario.
- Que ellos se las ventilen, no vaya a ser que se arme la marimorena y alguien acabe de mala manera. —Silvia acarició la cara a Frízer, allá donde los moratones aún eran visibles, y le sonrió—. La verdad es que me quedo mucho más tranquila.

Aún no habían enfilado el pasillo cuando uno de los técnicos llamó a gritos al comisario.
- Señor —le dijo apenas asomó a la puerta—, acaba de recibir respuesta.
- ¿Podéis saber ya dónde se encuentra?
- En una nave situada en la calle de Las Huertas de Abajo, concretamente en esta —aseguró, señalándola en el mapa.
- ¿Esta imagen es de ahora mismo?
- No, las imágenes reales tardarán unos minutos, cuando el satélite esté disponible, pero ya estamos en ello.
- Bien, mantenedme al tanto de cualquier novedad, voy a hablar con el capitán García —dijo, aspavientando hacia Frízer para que acudiera tras él.

Silvia captó la sutileza del gesto, y se despidió de Frízer con una sonrisa, señalando su despacho. Él se dio por enterado con una mueca que apenas le torció los labios, y se internó en el despacho del comisario, al que encontró repantingado en su butaca con el teléfono a la oreja, señalándole con los ojos una silla al tiempo que le pedía silencio. El capitán García respondió de inmediato, tan animado que dejó escapar en un rugido la euforia que le había provocado la magnífica noticia.
- Pero, ¿cómo, ya saben que ha hecho la llamada? —supuso Albuena, mirando a Frízer con una expresión de extrañeza que hizo

pensar al inspector que algo había ido mal.
- Por supuesto, y ya sabemos cuándo piensan liberarlo —reverberó el manos libres que Albuena se había apresurado a conectar para que Frízer pudiera escuchar al capitán.
- ¿No me dirá que han podido descifrar la conversación?
- Claro, aunque no han cruzado más que un par de mensajes de texto —aseguró el capitán, dejando al comisario con la boca entreabierta, absolutamente pasmado—. Serrano ha contactado con una clave, y ellos le han respondido con otra. Supongo que dan por hecho que la policía no está al tanto de esos artificios.
- Pero los militares sí —ironizó Albuena.
- Por supuesto —replicó el capitán entre risas, un hecho insólito que dejó a Albuena con más pasmo aun que el que le había causado que los militares hubieran desplegado todo su arsenal para cazar a Rosales y sus compinches
- ¿Y qué piensan hacer ahora?
- La inminencia del asalto nos obliga a actuar de inmediato.
- ¿Qué asalto?
- El mensaje que ha recibido Serrano dice que se mantenga alerta, que esta noche será liberado, o sea que tendremos que actuar con premura.
- Viendo cómo se las gasta esa gente, me temo que eso no va a ser fácil.
- Contamos con el factor sorpresa, de todos modos, es muy probable que envíen a un solo sicario.
- ¿Piensa que solo tienen intención de liquidar a Serrano?
- Si ya han logrado averiguar en qué estado se encuentra el paciente, y han podido estudiar el terreno, sabrán que es imposible rescatarlo, por lo que lo único que les queda es silenciarlo, y me temo que ese va a ser el plan.
- Entonces, si queremos cazarlos a todos, debemos actuar con rapidez, antes de que se muevan.
- Por eso no debe preocuparse, en menos de cuatro horas se habrá producido el asalto.

- Antes deberán asegurarse de que se encuentran allí, no vaya a ser que sean más listos que nosotros y nos la estén jugando.
- Ya hemos contemplado la posibilidad de que en la nave no haya más que repetidores que reenvían la señal de otras antenas, pero no lo creo. De todos modos, vamos a enviar varios drones con cámaras térmicas. Si en verdad están en esa nave, lo sabremos.
- Muy bien. Entonces lo dejo todo en sus manos.
- Gracias, comisario, los mantendremos informados puntualmente.

Cuando el despacho quedó en silencio, Albuena llevó la mirada hacia Frízer para recabar su parecer. Este se encogió de hombros, y asintió, contento al saber que por fin podría conocer a Rosales.

# 30

El capitán médico Sánchez Lema regresó a su despacho a toda prisa en cuanto le fue comunicado que el capitán García había regresado al hospital. En un primer momento la confusión y las dudas se apoderaron de él, pero enseguida se infundió una buena dosis de optimismo que lo mantuvo enardecido mientras aguardaba a que el capitán apareciera por la puerta. Cuando eso ocurrió, apenas unos minutos después, se irguió en la silla simulando sorpresa, alzando una mano que le ofreció sonriente, esperando con ansiedad que hiciera algún gesto que indicara que todo había salido como se esperaba. El capitán le devolvió el saludo sucintamente para no parecer descortés, y se dejó caer sobre la silla que había frente a la mesa, mirándolo al fin con una sonrisa que delataba los favorables aconteceres, y sus manos engarfiadas sobre el maletín que apoyó sobre sus piernas.

- O sea que lo ha utilizado —coligió el médico, participando de la satisfacción que mostraba el gesto del capitán García con una buena exhibición dental.
- Hace apenas una hora.
- ¿Y han podido saber a dónde ha llamado?
- Sí, eso está todo resuelto, el problema es que lo más probable es que intenten, o bien rescatarlo, o bien silenciarlo definitivamente, por eso se hace absolutamente necesario actuar aquí con celeridad.
- Muy bien, ¿y qué propone?
- Lo primero es trasladar al paciente a una zona segura.
- La zona en la que se encuentra es la más segura de todo el hospital, pero no habrá problema para trasladarlo a una habitación de otra ala.
- Que no conste en los servidores, no me extrañaría que hayan podido entrar en el sistema y estén al tanto hasta de la evolución del paciente. Incluso es probable que tengan algún topo entre el personal.
- Daré la orden de inmediato —asintió el médico—, y no se preocupe, solo estará al tanto el personal de confianza.

- En la habitación que ocupa ahora Serrano colocaremos un señuelo, y en las habitaciones contiguas se apostarán dos de nuestros hombres. También desplegaremos a varios agentes camuflados entre el personal del hospital. Deberán facilitarles el atuendo necesario.
- Que se presenten a mí en cuanto lleguen —accedió el capitán—. Las habitaciones contiguas serán desalojadas de inmediato, y pediré que coloquen unos monitores para que sus hombres puedan observar lo que ocurre en el pasillo y en la habitación que ocupa el paciente, nadie podrá acercarse sin ser visto.
- Muy bien, mis hombres estarán al llegar, ellos mismos me darán novedades cuando todo esté resuelto. —Se puso en pie y le ofreció la mano—. Estaremos en contacto.

El capitán García abandonó el hospital a paso ligero, saltando al vehículo que le aguardaba a la entrada como si se tratara de un jovenzuelo.
- ¡Andando! —ordenó, palmeando el salpicadero del coche con apremio. — ¿Hay novedades? —se interesó al oír unos cuchicheos a través de la radio.
- No, señor, todo sigue según lo previsto.
- ¿Han llegado ya?
- Están preparando el operativo, en menos de media hora habrá acabado todo.
- ¿Han desplegado ya los drones?
- Así es, y el resultado ha sido positivo, aunque solo hay dos tipos en el interior de la nave. Además, el techado tiene un lucernario que nos ha permitido ver hasta los vehículos que hay en el interior.
- Todoterrenos, supongo.
- Las formas no dan lugar a dudas —dijo, negando con la cabeza—. Uno es un Seat León, otro un Mini, y un Audi de los grandes, y además hay dos motocicletas.
- Pues muy bien —dijo el capitán, sonriendo satisfecho—. Date prisa, quiero llegar a Paracuellos antes de que se produzca el asalto.

El capitán se dirimió entre la controversia de comunicar al comisario Albuena lo que se avecinaba o mantenerlo al margen, pero una pizca de contrición lo impelió a ser tan leal como había sido

él, y sacó su teléfono. Albuena respondió de inmediato, con un tono de ansiedad en la voz que estuvo a punto de arrancarle la risa.
- Tranquilo, todo va bien. Ahora acabo de salir del hospital, allí ha quedado todo preparado por si les da por liquidar al paciente, que es lo más probable.
- Se van a llevar una buena sorpresa —repuso Albuena.
- Mayor sorpresa se van a llevar cuando asaltemos la nave de Paracuellos —dijo el capitán, haciendo que el comisario alzara las cejas con asombro, pues hasta ese momento no se había prodigado en ese tipo de expresiones ni gestos que delataran sus emociones—. Por cierto, hay una cosilla… —dijo el capitán con manifiesta incomodidad.
- Dime, ¿de qué se trata?
- No creo que os dejen interrogar a Rosales, cualquier tipo que tenga carnet militar será trasladado a una base y no volveréis a saber de ellos.
- Bueno, lo importante para nosotros es que ese joven, David Alería, acabe apareciendo sano y salvo, lo demás no nos incumbe.
- Agradezco tu comprensión, estaremos en contacto.

Albuena supo que aquella era la despedida, y que lo más probable es que no volviera a verlo. Se guardó el teléfono en un bolsillo y acudió pensativo hacia el cubículo de Frízer. Al ver que no estaba se dirigió al feudo de Silvia, convencido de que lo encontraría allí.
- ¿Dónde está Frízer? —preguntó a uno de los agentes con evidente contrariedad al ver que ella tampoco estaba.
- Ya se han marchado, han comentado algo del aeropuerto, pero creo que no era nada relacionado con el trabajo —le respondió García, haciéndole gestos para que se aproximara.
- ¿Qué ocurre? —preguntó el comisario al acercarse, observando lo que mostraba la pantalla en la que trabajaba el agente en ese momento.
- El vídeo en que se ve a David Alería abandonar la casa de colmenar después de lanzar a aquel tipo por el balcón se grabó tres minutos antes de esto.

García señaló la imagen que mostraba la pantalla, la grabación de una de las cámaras de tráfico que el ayuntamiento de Colmenar tenía desplegadas por las glorietas.

- ¿Piensas que puede ser él? —consultó el comisario tras ojear detenidamente la imagen.
- No me cabe la menor duda.
- ¿Y hacia dónde se dirige?
- Se supone que debería aparecer en esta otra cámara en menos de cinco minutos, sin embargo, la cámara ya no lo registra de nuevo hasta doce horas después, aunque podría tratarse de otra persona.
- O sea que, si es él, pasó la noche en un lugar entre estas dos calles.
- Eso es lo que pienso.
- ¿Y qué hay en ese lugar?

García se apresuró a mostrarle la zona con la aplicación de Google, señalando un punto en la pantalla.

- Aquí hay un local cerrado que no tiene actividad, y aquí la entrada a un edificio de viviendas. Son ocho pisos repartidos en cuatro plantas, todos con sus respectivos propietarios.
- ¿Alguno en alquiler?
- Ninguno declarado.
- Y en ese local, ¿cabe la moto?
- Según el catastro tiene cuarenta metros cuadrados, y la puerta es bien ancha.
- ¿Has podido contactar con el propietario?
- Aún no lo he hecho, pero tengo sus datos —repuso con entusiasmo.
- ¿Y a qué esperas?

El agente se puso manos a la obra, sonriendo al comisario al ver que el número que había marcado daba señal. Había recreado tan vívidamente la imagen de un hombre al otro lado de la línea que cuando le respondió una mujer de avanzada edad se quedó paralizado en un marasmo de contrariedad.

- Perdón, sí, preguntaba por Emiliano Lahoz —trastabilló tras el lapso.

- Es mi marido, ¿quién llama?
- Buenos días, llamo del departamento de policía con respecto a un local escriturado a nombre de su marido.
- ¿De la policía dice?
- Sí, pero no debe preocuparse por eso, solo necesitábamos saber si el local que tiene en Colmenar está alquilado a un joven de unos veinticinco años.
- Sé que Emiliano lo tiene alquilado, pero no sé a quién.
- ¿Y no podría preguntarle a su marido?
- Espere un momento.

Albuena y García se desinflaron en un suspiro de impaciencia, y aguardaron expectantes a que el hombre respondiera.

- ¿Sí, quién llama? —respondieron al fin tras varios segundos de tensa espera, una voz de octogenario que no auguraba nada bueno.
- Buenos días, le llamo de la policía, y le preguntaba a su esposa que si sabía a quién le había alquilado usted el local que tiene en Colmenar.
- Yo eso no lo sé, fue mi hijo quien lo alquiló. ¿Y para qué quieren saberlo? —preguntó suspicaz.
- Bueno, es que la Agencia Tributaria rechazó la declaración del arrendatario porque algunos datos no coincidían, y como son confidenciales, es la policía quien tiene que confirmarlos —dijo García, haciendo que Albuena cabeceara para reconocer su astucia.
- ¿Y qué datos son esos?
- Pues nos falta confirmar el nombre del arrendatario, eso es lo más importante.
- Espere un momento, voy a ver.

García alzó los ojos hacia el comisario para ver su reacción, pero Albuena se limitó a encogerse de hombros. Pasados unos segundos, un ligero carraspeo en la línea les indicó que el hombre regresaba.

- La persona que lo alquiló se llama Antonio… Martínez… Soler —silabeó el hombre con claridad, haciendo que ambos brincaran con entusiasmo.
- Ah, pues entonces ya está todo aclarado, el problema estaba en que habían confundido el primer apellido, porque aquí consta que es

Martín. Pues muchas gracias por su aclaración.
- No hay de qué —le respondieron, para solaz de ambos, colgando de inmediato.

El comisario palmeó la espalda a García como reconocimiento, y corrió hacia su despacho para llamar a Frízer.

El inspector respondió al primer tono, dejando traslucir por el altavoz un jolgorio de fiesta.
- ¿Comisario? —dijo Frízer al ver que Albuena no decía nada.
- ¿Qué es ese jaleo, dónde andas?
- En el aeropuerto, acabo de recibir a mis padres.
- Ah, bien, salúdalos de mi parte —se vio obligado a decir, reconduciendo la conversación de inmediato a lo que interesaba—. Acabo de hablar con García, ponte en contacto con él para que te dé los datos y te pasas de inmediato, pero llévate compañía, no vaya a ser que os topéis con ese tipo y acabes apaleado.
- ¿Pasarme por dónde?
- Un local en Colmenar que tiene alquilado David Alería, aunque como arrendatario figura Antonio Martínez Soler.
- ¡Joder!, ahí es donde está escondido.
- Montad un operativo por si aparece por allí, pero no entréis hasta aseguraros de que está dentro, si no, lo más probable es que lo alertemos y desaparezca definitivamente.
- En algún lugar tiene que pasar la noche, y, a no ser que tenga otro piso alquilado…
- Si no aparece en toda la noche, entraremos por la mañana.

# 31

El capitán García ordenó detener la operación de asalto en cuanto se le comunicó que había movimientos en los alrededores de la nave de Paracuellos. Habían logrado convencer al propietario de uno de los chalets adosados que había al otro lado de la carretera M-113 para que les permitiera observar lo que acontecía en el polígono desde uno de los ventanales de la planta alta, una atalaya inmejorable desde la que apostar sus prismáticos. Un francotirador que se encontraba situado a su derecha, preparado para cualquier eventualidad, había observado que un vehículo se acercaba, y el capitán quería asegurarse de que no tenía nada que ver con el operativo. Un vistazo por los prismáticos le hizo ver lo acertado de su decisión, pues un Audi Q8 se detuvo ante la nave para recoger a los dos ocupantes, que la abandonaban en ese momento, y desapareció a toda velocidad hacia la M-11 en dirección al aeropuerto de Barajas.

- ¿Qué hacemos, señor? —tronó la radio que sostenía con su mano izquierda.

- Seguidlos con discreción. No creo que vayan a coger un vuelo, pero de todos modos voy a dar aviso al aeropuerto para que estén al tanto.

- Entonces, ¿suspendemos el asalto?

- No, aseguraos primero de que no queda nadie en la nave, y entrad, yo estaré ahí en cinco minutos.

- A la orden.

Cuando el capitán García llegó a las inmediaciones de la nave, los agentes ya habían desbloqueado la cerradura y se encontraban en el interior, observando con curiosidad los aparatos que había en una esquina en la que se había improvisado un despacho, un laboratorio técnico y una cocina.

- Capitán —lo saludó el sargento al mando del operativo, señalando la puerta para que entrara tras él—. Esto es lo único que hemos encontrado.

- ¿Y los vehículos? —preguntó, señalándolos con un brazo en alto.

- Esos dos son chatarra, pero el Audi y las motos son nuevos.

El capitán se acercaba a los vehículos en el momento en que uno de los agentes comenzó a gritarles que abandonaran la nave, huyendo despavorido hacia la puerta. Nadie se cuestionó su actuación, ni aguardaron explicaciones, echaron a correr hacia la calle, y, una vez estuvieron fuera, se lanzaron al suelo con las manos a la cabeza. El capitán no tenía ya años ni entrenamiento como para soportar un aterrizaje de aquellas características, por lo que cuando lo agarraron de la chaqueta para alejarlo de la nave sintió como si le hubieran atravesado la espalda con un cuchillo, pero se dejó llevar como si fuera un petate, convencido de que sabían lo que hacían.

- ¿Qué ocurre? —logró balbucear cuando lo soltaron tras un vehículo, a más de cien metros de la nave.

- Explosivos, señor.

- Me cago en la madre que los parió… llamad a los artificieros —gruñó malhumorado—. Y que detengan de inmediato a esos cabrones.

Apenas había terminado de hablar cuando una tremenda explosión hizo saltar por los aires buena parte de la fachada de la nave, que se vio envuelta en llamas en un instante. Algunas personas salieron de las naves contiguas a la carrera, de modo que se vio obligado a ordenar que todo el mundo abandonara la zona rápidamente, pues estando tan cerca del aeropuerto, no tenía la menor duda de que en unos minutos aquello se llenaría de periodistas, además, cabía la posibilidad de que las autoridades aeroportuarias decidieran cerrar el espacio aéreo, y a eso sí que no estaba dispuesto. Desde el coche llamó a los mandos competentes para tranquilizarlos al respecto, y después, cuando se hubo asegurado de que aquello no trascendía, llamó a Albuena para darle novedades. Acordaron que aquello quedaba en manos de la policía a partir de ese momento, y, en cuanto se despidió, ordenó de viva voz a su chófer que lo condujera al Ministerio.

Cuando alcanzaron el 109 del Paseo de La Castellana ya había transcurrido más de media hora del fiasco de Paracuellos, sin embargo, aún no había podido discurrir qué diablos iba a contarle al

coronel Fernández Moro. Antes de entrar al despacho se dejó caer sobre uno de los bancos que había en el pasillo, y rebuscó su móvil en la cartera para llamar al operativo, esperanzado en que al fin pudiera obtener alguna información favorable que poder ofrecerle, sin embargo, antes de que pudiera aprehenderlo oyó el abejorreo que precedía a una llamada, y sintió un presagio de fatalidad que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. En cuanto dio paso a la llamada oyó una voz alterada, tanto que no logró identificarla, lo que no hizo sino confirmar sus malos augurios. El tipo acució tal batiburrillo de despropósitos que se quedó paralizado, sin poder siquiera pararlo para que se tranquilizara.

- ¿Pero han logrado huir? —gruñó encorajinado cuando logró discernir de entre el barullo la voz del sargento al mando.

- Entraron en el túnel a una velocidad excesiva, aunque por fortuna no hay más vehículos implicados, pero el impacto lateral contra el muro fue brutal, y luego dieron varias vueltas de campana.

- ¿Algún superviviente? —preguntó, frotándose la frente para enjugarse el sudor que le perlaba el rostro desde que se viera obligado a lanzarse contra el asfalto, frío ahora como un témpano bajo los aireadores del aire acondicionado.

- Dos jóvenes que viajaban en la parte de atrás han resultado malheridos, los bomberos acaban de sacarlos del vehículo y van camino del hospital. También había dos tipos en la parte delantera, pero ambos han fallecido. No han querido tocarlos hasta que llegue el forense.

- Vaya… puta… mierda… —silabeó el capitán con rabia, desinflándose después en un largo suspiro—. ¿Habéis podido identificarlos?

- Afirmativo.

# 32

Frízer apareció acalorado en el despacho del comisario, dejándose caer a plomo sobre la silla sin que nadie lo invitara. Albuena alzó la cabeza muy despacio de los papeles que ojeaba, y se quedó mirándolo.

- ¿Ya te han quitado el vendaje? —advirtió con extrañeza, retrepándose en la silla para acomodar postura.

- Mi madre dice que ya no hace falta, que es mejor que los puntos estén al aire.

- ¿Qué tal se encuentran?

- Bien, ahora se han marchado todos al Prado, o sea que tengo el día libre.

- No parece que te agrade.

- No, no es seso, es que acabo de venir de Colmenar —bufó con desaliento.

- Ya me han dicho que ese chaval no ha aparecido en toda la noche.

- Sabemos que está herido, pero no parece que revista gravedad, los restos de apósitos que hemos encontrado dan a entender que se ha procurado él mismo las curas, porque no han aparecido más huellas que las suyas.

- Seguramente fue en el forcejeo con Ambrosio Serrano. Los de la Científica ya me informaron de que habían encontrado restos biológicos en la brida de una de las canaletas. Y menos mal que lo lanzó por el balcón, si no… ahora estaría en la morgue. —Como Frízer se limitó a asentir en silencio, alzó los ojos para mirarlo—. ¿Y no habéis encontrado nada que pueda llevarnos a atraparlo?

- A atraparlo, no, pero que a partir de ahora ya no va a poder moverse con tanta libertad…

Frízer sacó su móvil y lo dejó sobre la mesa para que el comisario pudiera ojear las fotos que había tomado en el local.

- Vaya, pasaportes —masculló el comisario al ver la primera imagen.

- Y eso no es todo. —Señaló el móvil para hacerle ver que las que le quedaban por visionar eran aún más interesantes.

- Carnets de identidad, tarjetas bancarias, de telefonía, memorias, replicadores… —fue bisbiseando el comisario conforme pasaba las fotografías—. Vaya con el tipo, pues sí que lo han formado bien en estos cinco años.
- Eso, creemos que son localizadores —le dijo Frízer al ver que se detenía en una de las imágenes—. Los del laboratorio técnico se los han llevado para estudiarlos.
- ¿Y vehículos? —preguntó Albuena, deslizando el teléfono hacia él para que lo recuperara cuando vio que en la galería empezaban a mostrarse imágenes personales.
- Han aparecido más matrículas, otro casco y ropa, tanto de verano como de invierno, pero nada relevante.
- Pues la moto tiene que estar en algún lugar.
- La policía de Colmenar ya está alertada, detendrán a todas las motos de tres ruedas con las que se topen, y han regresado al piso en el que vivía, pero ahí no ha aparecido nadie, los precintos continúan intactos.
- Es evidente que tiene ayuda de alguien, o que dispone de algún otro piso.
- Seguramente, pero podría estar en cualquier otro barrio, no merece la pena tirar por ahí.
- Supongo que ya te habrás enterado de lo ocurrido tras el asalto a la nave de Paracuellos —le dijo el comisario, frunciendo los labios con incomodidad.
- Silvia me dijo anoche que habían colocado explosivos, y que no resultó una catástrofe de milagro.
- Así es, pero eso no es todo.

Albuena chasqueó la lengua con fastidio al inferir que aún no le habían dado la noticia. Acodó ambos brazos sobe la mesa, cruzó los dedos para apoyar el mentón sobre ellos, y se quedó mirándolo. Pese a que Frízer no tardó en arquear las cejas en gesto inquiridor para evidenciar su impaciencia, el comisario se limitó a negar con la cabeza.
- ¿Rosales se ha escapado? —intuyó Frízer, retrepándose con alarma.

- Tuvieron un accidente cuando huían, y solo han logrado sobrevivir dos soldados, aunque ninguno pertenecía al grupo de Rosales en la EUTM —dijo el comisario, negando de nuevo.
- ¿Y quiénes son los fallecidos? —insistió, perplejo.
- No nos van a dar esos datos —repuso el comisario, alzando una mano para pedirle calma al ver que se revolvía—. A cambio de eso, cuando todo esto acabe, se olvidarán de David Alería, me han dado su palabra.
- Y Rosales, ¿vamos a permitir que se vaya de rositas?
- Rosales… Xaime Varela Blanco, no viajaba en el vehículo, es la única concesión que nos han hecho los militares.
- Entonces, ¿también van a llevarse al otro? —explotó Frízer.
- Ambrosio Serrano, de momento, deberá estar en el hospital durante un tiempo, o sea que podremos hacerle una visita —acompañó el comisario a una sonrisilla enigmática, ondeando una mano para que bajara la voz.
- ¿Piensas llevar a su familia? —intuyó Frízer, sonriendo con entusiasmo al ver que asentía.
- Me has leído el pensamiento —corroboró el comisario, participando de la guasa con una sonora carcajada.
- ¿Vas a llamarlos? —preguntó ansioso, señalando el teléfono con los ojos para animarlo.
- No, ¡cómo vamos a hacer eso! —rechazó Albuena—. Hay que presentarse en Lillo con un sicólogo y darles la noticia con mucha calma. Pero no te preocupes por eso, ya enviaré a alguien para que se encargue.
- Entonces, ¿qué hacemos mientras tanto?
- Ya poco podemos hacer más que aguardar acontecimientos. Lo mejor será que te tomes unos días libres para atender a tu familia, y si surge algo relevante, ya te llamaré. —El comisario se sintió alborozado al ver que brincaba de la silla, pero antes de que abandonara el despacho se vio obligado a pararlo—. No te vayas de aquí sin devolverle el coche a tu compañero.
- Acabamos de intercambiarlos —le dijo Frízer, saliendo de estampía antes de que se arrepintiera.

Albuena se quedó mirando su estela a través de la cortinilla, sonriendo satisfecho, y contento por que lo hubieran asignado a su Unidad. Por un momento se abandonó a la añoranza, compadeciéndose de sí mismo por no haber podido tener esos hijos con los que tanto soñó cuando tenía la edad de Frízer. Después pensó en su esposa, la persona que más había sufrido aquella carencia de vástagos, y al recordarla descolgó el teléfono para compartir con ella ese momento de duelo. Sin embargo, como siempre, acabó marcando otro número, en este caso la extensión que lo ponía en contacto con el despacho de Silvia.

- Acabo de darle a Frízer unos días libres para que esté con su familia, total, el caso está en un punto muerto, y mientras a David Alería no le dé por aparecer...

- Oh, eso es estupendo, pero… ¿cómo que en punto muerto? —tanteó Silvia, mosqueada.

- Bueno, las órdenes es que los militares cojan el testigo y se encarguen ellos de Rosales. Del muchacho nos encargamos nosotros, pero como no da señales de vida, no podemos hacer otra cosa que aguardar acontecimientos.

- La familia está controlada, o sea que si hace el menor intento por contactar con ellos o se acerca a su casa, estaremos preparados. Aunque no voy a negar que me habría gustado toparme con Rosales cara a cara, después de todo tenemos derecho a saber en qué diablos andaba metido.

- Por eso quiero pedirte un favor, porque yo no voy a quedarme de brazos cruzados mientras esa gente desaparece con Rosales como si aquí no hubiera pasado nada.

- ¿Un favor? —rumió ella con desconfianza, haciendo que Albuena riera de buena gana.

- Quiero que vayas a Lillo y le digas a la hermana de Ambrosio Serrano que está vivo.

- ¿Solo a la hermana? —receló ella, poniendo en duda sin la menor reserva que ni por un instante había tomado aquello como un *lapsus linguae*.

- De momento, he pensado que será mejor que sea ella quien decida cómo decírselo a su padre.
- ¿Y qué piensas lograr con eso?, ¿te has parado a pensar lo que podría ocurrir si les diera por acudir a la prensa?
- Por eso quiero que vayas tú. Has de ser muy cauta, y contarles la verdad, pero con calma, que tengan tiempo de asimilar y valorar las consecuencias de no seguir nuestras directrices.
- Bueno, bastará con amenazarlos sutilmente con que no volverán a verlo si se salen del guion, o que solamente les permitiremos verlo si aceptan nuestras condiciones. Si son lo suficientemente perspicaces, entenderán que cualquier desliz que cometan empeorará su situación judicial, porque los hechos que van a imputarle son de extrema gravedad, y a no ser que se le aplique la atenuante de la obediencia debida, me temo que va a pasar a la sombra bastantes años.
- Hazte acompañar por un sicólogo para que sea él quien les dé la noticia. Una vez lo hayan asimilado, intervienes tú… organizas un encuentro…
- ¿Piensas que los militares van a permitir eso?
- Bueno, si se lo pido yo, no, sin duda, pero cuando Castillo llame al ministro de Justicia, ya verás cómo nos ponen la alfombra.

Silvia no participó del optimismo del comisario, que colgó riendo, y mucho menos de su temeraria suficiencia, pero se dijo que si aquella era la única forma de averiguar lo ocurrido, bien merecía la pena. Volvió a descolgar el teléfono para ponerse en contacto con una de las inspectoras de la Brigada, una experta en conducta que solía encargarse de los interrogatorios, la primera persona que le vino a la mente cuando el comisario le propuso que la acompañara un psicólogo, y, en cuanto obtuvo respuesta a la llamada, le dijo que cogiera su bolso, que se iban a pasar la tarde a Lillo de compras.

# 33

El móvil de Frízer comenzó a menearse sobre la mesa de cristal del salón con el característico abejorreo con el que respondía a una llamada si se encontraba en silencio, obligando a Paul a cogerlo al ver que su hermano, que se había echado en la tumbona del balcón, descansaba con una respiración tan sosegada que no tuvo duda alguna de que había logrado dormirse. Su intención era silenciarlo del todo para que no lo molestaran, sobre todo porque como Mark había comentado que le habían concedido unos días de vacaciones, daba por hecho que no podría tratarse de nada relacionado con el trabajo, sin embargo, cuando vio en la pantalla que quien llamaba era Javier Alería, dudó qué hacer. En el intervalo de la indecisión la vibración cesó, y dejó el aparato de nuevo sobre la mesa. Al principio no le concedió mayor importancia, pensando que ya tendría oportunidad de devolverle la llamada más tarde, pero poco a poco la curiosidad comenzó a hurgar en su conciencia, y como él tampoco puso mucho de su parte para apaciguar el resquemor indagador… se internó en su habitación y sacó su móvil.

- Acabo de llamar a tu hermano, pero no me coge —dijo Javier Alería al ver que era él quien llamaba.

- Sí, lo tiene en silencio, es que se ha echado un rato. Si es importante lo despierto.

- No, tranquilo, solo quería pedirle una cosa.

Pese a que la respuesta sonaba a disculpa, la voz que reverberó el altavoz delataba claramente un manifiesto desencanto, una circunstancia que vino a avivar aún más su curiosidad.

- ¿Puedo saber de qué se trata?, quizás yo pueda ayudarte —tanteó con cautela, procurando que su propuesta no sonara interesada, y mucho menos rastrera.

- No, es solo que quería saber si es posible visitar el piso donde ha vivido mi hermano.

- ¿Y qué piensas encontrar allí?

- No sé, pero siento curiosidad, además, me gustaría ver el barrio donde ha vivido estos últimos meses.

- ¿Quieres que te acompañe?, para eso no hace falta molestar a mi hermano, además, tengo la tarde libre, y en Madrid no conozco a nadie.
- ¿Acaso sabes dónde es? —preguntó con manifiesto recelo.
- No, pero tengo acceso a las notas de mi hermano, seguro que en su portátil aparece.

Javier Alería era consciente de que podían meterse en un lío, pero acabó accediendo. Aguardó con impaciencia a que Paul fisgara en el portátil del inspector, escuchando a través del auricular su respiración palpitante y las pulsaciones sobre el teclado, hasta que apenas un minuto después cesó el cliqueo, no así la respiración agitada de su interlocutor, que se tornó súbitamente en un jadeo de entusiasmo.
- ¡La tengo! —susurró con contenida vehemencia, una inflexión que hizo patente el hecho de que era totalmente consciente de la transgresión que estaba cometiendo.
- Paso a recogerte en unos minutos.
- De acuerdo, te esperaré abajo.

Paul no cayó en la cuenta de la incongruencia de la cita hasta poco después, cuando se cuestionó cómo iba a pasar a recogerlo a ninguna parte si no le había dicho dónde se encontraba el apartamento en el que vivía su hermano, y algo más sorprendente aun, cómo era posible que llegara en unos minutos si Fuentelarreina distaba más de media hora. Pensó en volver a llamarlo, pero se dijo que ya volvería a llamar él cuando se diera cuenta, y se vistió rápidamente. Antes de salir envió un wasap al grupo familiar para advertirles de que iba a pasar la tarde con unos amigos, y abandonó el apartamento sigilosamente. Al bajar a la calle advirtió con asombro que Javier Alería ya aguardaba en doble fila, sonriéndole como un macaco apenas se subió al coche.
- No preguntes —le dijo al ver que Paul lo miraba con una expresión entre el desconcierto y la sorna.
- Joder, te dejaron la cara como una paella.
- Y tú, ¿qué tal estás? —replicó Javier Alería con sarcasmo.

- A mí me dieron en el cuello —aseguró Paul, contorsionándose para mostrarle los moratones—. ¿Alguna vez te habían dejado noqueado de un tortazo?
- Sin consciencia es la primera vez, pero aturdido, unas cuantas.
- Ah, es verdad, que le dabas al kárate —recordó, riendo con rechifla.
- ¿Eso te hace gracia?
- No, es que recordaba las imágenes que andan por la red, ya sabes, tu hermano dándole hostias al militar ese. ¡Venga, arranca! —lo animó, señalando al frente—. Colmenar Viejo, la calle Boteros.

Javier Alería puso el coche en marcha, y tomaron rumbo norte para coger la M-607 hacia Tres Cantos, localidad situada a medio camino de su destino.
- ¿No pones el navegador?
- Luego, cuando lleguemos a Colmenar —rechazó Javier Alería—. ¿Por qué crees que se le ocurriría a mi hermano esconderse en esa localidad?
- Ni idea. —Paul sacó su móvil y abrió la aplicación del navegador para ver el mapa—. Veo que no está muy lejos de la casa de tu abuela, puede que esa haya sido la causa. De Colmenar se sale rápido por la M-104 hacia San Agustín del Guadalix, y de allí por la autopista no parece que haya más de media hora.
- Depende del tráfico —objetó Javier Alería, si bien asintió para dar por buena la suposición, pues no lograba encontrar otra explicación más razonable.
- ¿Has pensado ya qué harás cuando te lo encuentres?
- Desde que vi el vídeo ese no pienso en otra cosa. A veces me imagino abrazándolo, pero en otras lo que me pide el cuerpo es apalearlo por habernos tenido todos estos años con esa incertidumbre, sobre todo a mi madre, que desde que desapareció ha envejecido veinte años.

Paul advirtió que respondía sin mirarlo, con la vista clavada en la carretera, e imaginó lo que debía de estar pasando por su cabeza. Si su hermano desapareciera de ese modo, todos lo pasarían fatal, pero su madre se moriría de tristeza, de eso no tenía la menor duda.

Sintió la tentación de decírselo, pero entendió que eso no lo ayudaría en nada, y se mantuvo en silencio durante buena parte del trayecto, escuchando la música que ronroneaban los altavoces. Al rato, para apartarlo de la introspección en que se había sumido, y de paso aplacar su propio aburrimiento, hizo un comentario alabando las bondades del equipo de sonido. Javier Alería apartó un instante la vista de la carretera para lanzarle un vistazo, sonriendo con malicia, y pidió al vehículo que aumentara el volumen un veinte por ciento. Paul rio con regocijo cuando una voz femenina aceptó la orden, haciendo que la música tronara por todo el habitáculo como si estuvieran en una discoteca. Poco después, Javier Alería bajó el volumen, en esa ocasión con el mando del volante, y adoptó la pose seria que suponía debía acompañar a una pregunta de la relevancia que otorgaba a lo que iba a cuestionarle.

- ¿Por qué quieres hacerte policía?

- En realidad, lo que quiero es ser detective —respondió Paul con el convencimiento irrefutable de quien ha madurado la cuestión durante media vida.

- ¿Un misántropo de esos que lleva una gabardina arrugada llena de lamparones? —le vaciló, añadiendo después al ver que se limitaba a negar con la cabeza—: ¿Abandonado al alcohol, desarraigado, sin vínculos familiares, con una hija a la que hace años que no ve y una esposa que no hace otra cosa que pedirle que firme de una vez los papeles del divorcio?

- Si te refieres a alguien como Jack Taylor, nada más lejos de mi personalidad.

- ¿Y ese quién es?

- Es el protagonista de unas novelas de Ken Bruen.

- ¡Ah! —dijo, encogiéndose de hombros para hacerle ver que no tenía ni idea de quién era—. Entonces, ¿cuál sería tu referente?

- Hombre, sería una mezcla entre Auguste Dupin y Pepe Carvalho. Aristócrata no, evidentemente, ni tampoco el antihéroe que es el personaje de Montalván. En realidad me gustaría ser como esos exagentes de inteligencia que tienen contactos por todas partes, y que intimidan a todo el mundo con su prestancia, eso sí, sin fumar

ni meterse wiskis a lo Harry Callahan, todo muy aséptico, ¡y deportista!, por supuesto.
- ¿Harry Callahan?
- Me refiero al personaje que interpretó Clin Eastwood en Harry el sucio, ya sabes, ese tipo de agentes que se echa al coleto unos pelotazos de muerte de par de mañana y acaban la jornada en la barra de un bar aferrados a una botella.
- Pues tendrás que ir comenzando ya a hacer amistades en las altas esferas —le dijo riendo.
- Bueno, de momento ya he conocido a un comisario, y con la información que he recopilado en el portátil de mi hermano podría sobornar a un coronel, un juez y, seguramente, hasta uno o dos ministros. —Inclinó la cabeza para mirarlo, mostrándole buena parte de su dentadura y los moratones del cuello, y añadió muy serio—: Y ahora también pienso conocer al prófugo más famoso de la historia moderna de este país, ¿qué te parece?
- Eso espero —repuso Javier Alería, que se desinfló en un suspiro, sin participar de la broma.

Paul se mantuvo en silencio durante un buen rato, disfrutando de la música, hasta que al fin alcanzaron la localidad de Colmenar Viejo, que los recibió con la apatía propia de las tardes de agosto.
- Qué bien, apenas hay circulación —comentó Javier Alería cuando se incorporaron a la avenida de la Libertad—. ¡Formentor!, navegar a…
- …calle Boteros —dijo Paul de inmediato al caer en la cuenta de que con aquella instrucción de voz había activado el navegador.

El impertinente aparato comenzó de inmediato a pedir concreciones, obligando a Javier Alería a apartar la vista del tráfico para compendiar la búsqueda. Sin embargo, una vez se focalizó en la pantalla la calle Boteros, el vehículo comenzó a dar instrucciones de voz muy precisas que les permitió alcanzar su destino en apenas unos minutos. Un par de vueltas a la manzana sin un rumbo claro llevó a Javier Alería al convencimiento de que debían estacionar el vehículo en algún aparcamiento cercano y continuar a pie, so pena de pasar la tarde metidos en el coche. Por fortuna, enseguida se

toparon con un solar abierto y firme de gravilla en la calle del rastro, el mismo lugar en el que Frízer había avistado a los moteros que perseguían a su hermano unos días antes, y allí dejaron el Cupra, bajo un sol de justicia y rodeado de los más variopintos vehículos. Después, siguiendo las indicaciones del navegador en el móvil, acudieron dando un paseo hasta su destino. Paul reconoció enseguida la zona que había visionado decenas de veces en los informativos que cubrieron la noticia del altercado en el que Ambrosio Serrano había aterrizado sobre el techo de un vehículo, y señaló el balcón con un brazo en alto.

- Creo que es ahí.

- Sí, no hay duda —bisbiseó Javier Alería, mirando ensimismado hacia el frontispicio.

- Muy bien, ¿y ahora qué hacemos? —planteó Paul al advertir que llevaba la vista de arriba abajo muy despacio, como si calculara la distancia para calibrar las posibilidades de un allanamiento exitoso—, porque trepar por ahí… —añadió, meneando la cabeza para rechazar una ocurrencia a la que su imaginación había concedido un realismo tan trágico como el que había acaecido a Ambrosio Serrano.

- Es el primero izquierda, o sea que si la mujer que le había alquilado el piso vive enfrente, se trata del primero derecha.

Javier Alería llevó la mirada hacia los timbres empotrados en un lateral del marco, aunque sin hacer el menor gesto que indicara que se le había pasado por la cabeza aporrear uno de ellos.

- Pues llamemos —lo animó Paul al entrever su indecisión.

- ¿Y qué podríamos decirle?

- La verdad. —Al ver que se revolvía para mirarlo con gesto de asombro, añadió convencido—: Supongo que mi hermano ya le habrá dicho a esa mujer que ha estado dando cobijo a un tipo que sufre amnesia, si ahora te presentas como su hermano, entenderá que…

Paul enmudeció al ver que Javier Alería alzaba una mano para que se mantuviera en silencio, y se quedó mirándolo, combando las cejas en gesto inquiridor, buscando en su rostro una propuesta más sensata que la que él acababa de exponerle.

- ¡Ya sé! —anunció Javier Alería con cierta solemnidad—, le mostraremos fotografías de cuando aún no había desaparecido, así verá que en verdad somos hermanos.

Paul supuso que aquella idea habría dormitado en su cabeza durante el rato en que se había mantenido introverso, y, aunque ahora la expusiera como una gran decisión, a él le pareció formulada sin la menor reflexión, pues no logró entender en qué podría cambiar eso las cosas. Se limitó a encogerse de hombros, pero luego, al ver que no reaccionaba, alargó un brazo y apretó el botón del primero derecha.

- Se llama María Josefa Fernández —susurró, mostrándole el móvil para hacerle ver que en él atesoraba la información.

- ¿Has copiado el informe de tu hermano? —lo reprendió al ver que asentía sin el menor atisbo de culpa—. Pero ¿estás loco? Como se entere…

- ¿Piensas decírselo tú?

Javier Alería iba a replicarle cuando un chirrido crepitante les hizo ver que alguien había descolgado el interfono, y enmudeció, atento a lo que se avecinaba.

- Sí, ¿quién llama? —se oyó la voz añeja que esperaban.

- Buenas tardes —saludó Paul al ver que Javier Alería se quedaba paralizado—, ¿doña Josefa Fernández?

- Sí, ¿qué desea?

- Hola, doña Josefa, ¿podríamos hablar con usted un momento? Es sobre el inquilino al que tenía usted alquilado el piso.

- ¿Son de la policía?

- Bueno, yo soy hermano de Mark Frízer, el inspector que lleva el caso, y me acompaña el hermano de David, digo… —Paul se apresuró a consultar rápidamente las notas de su hermano, lamentando el lapsus— Antonio Martínez Soler.

- ¿Sobre Antonio? —repuso la mujer, sorprendida.

- Hola —intervino Javier Alería—, yo soy hermano de Antonio, si fuera tan amable, le agradecería que me concediera unos minutos.

- ¿Qué hermano de Antonio? —replicó suspicaz—. Antonio no me dijo que tuviera ningún hermano.

- Antonio se llama en realidad David Alería —explotó, si bien intentó contenerse, apretando los puños en busca de calma—. Yo soy su hermano, Javier, ¿es que no lo ha visto en las noticias?
- Esperen un momento.

Ambos se quedaron con la boca entreabierta, sopesando cuál podría ser el siguiente paso de la mujer, en realidad temiendo que llamara a la policía y todos sus artificios se fueran al garete. Sin embargo, la incertidumbre se disipó de repente apenas unos segundos después, cuando el revuelo de unos periquitos anunció que algo ocurría sobre sus cabezas. Entonces pudieron verla asomada al balcón, atisbando a diestra y siniestra con evidente recelo, sin duda para asegurarse de que venían solos. Javier Alería se apartó del portal un par de metros para poder observarla, y volvió a reiterar que era hermano de Antonio. Después, al ver que la mujer no reaccionaba, sacó su móvil y se acercó al balcón alzando una mano para que pudiera ver lo que quería mostrarle. Doña Josefa meneó la cabeza hacia los lados para hacerle ver que no distinguía nada a esa distancia, aunque al fin les hizo un gesto de calma para que aguardaran. Paul se arrimó a la puerta de inmediato, esperanzado en que esta se abriera de un momento a otro, hasta que al fin sonó la chicharra que desbloqueaba la cerradura y se adentró en el portal a la carrera.
- Despacio, no vayamos a asustarla —frenó Javier su ímpetu al ver que encaraba las escaleras a toda prisa, haciendo que Paul se detuviera en seco.

Tras compartir una mirada de duda, comenzaron a subir despacio, mirando hacia arriba con cautela. Cuando alcanzaron la primera planta, ambos se alejaron de la puerta cuanto les permitía el exiguo tamaño del rellano, sonriéndose como tontos, convencidos de que la mujer estudiaba hasta el último de sus gestos a través de la mirilla. Poco después la puerta se abrió una rendija para mostrar los ojos suspicaces de la anciana, que sonrió al ver su semblante asustadizo, como si temieran que los recibiera a trabucazos. Repasó a ambos de un vistazo, y asintió en un cabeceo de aprobación, abriendo al fin la puerta para lucir su bata estampada de lunares.

- Te pareces mucho —dijo, mirando a los ojos a Javier Alería, a quien dedicó una sonrisa afectiva.

La afirmación de la anciana venía a disipar cualquier duda sobre la verdadera filiación del joven al que ella había conocido, un comentario banal que en otras circunstancias habría pasado por un simple halago, pero que en ese momento lo emocionó de tal modo que no pudo evitar que un brillo delator asomara a sus ojos.

- Yo soy Paul Martínez Frízer —se adelantó él, alzando una mano temblorosa hacia la mujer para rescatar a Javier Alería de la repentina turbación que lo había dejado paralizado.

- Tú también te pareces a tu hermano —le dijo doña Josefa, acunando la mano de Paul entre las suyas—. ¿También eres policía?

- Todavía no, pero espero serlo con el tiempo —repuso él, que se vio obligado a sonreír para enmascarar su embarazo.

- Aún eres muy joven —repuso ella, asintiendo para poner de manifiesto lo obvio.

Javier Alería abrió la galería de su móvil y alzó este hacia el rostro de la mujer para que viera las fotografías que pensaba mostrarle. Ella se colocó unas gafas que llevaba colgadas al cuello, y observó detenidamente cada una de las imágenes, sonriendo a veces, asintiendo otras como si debiera dar su aprobación a lo que veía, hasta que la emoción la obligó a rescatar un pañuelo que llevaba en uno de los bolsillos de la bata.

- Creemos que ha perdido la memoria —le dijo Javier Alería, aguardando a que se calmara con un nudo en la garganta.

- Tenemos que encontrarlo, si no, gente como la que le atacó el otro día podría hacerle daño —le dijo Paul en tono lastimero.

Doña Josefa no pudo reprimir un nuevo vistazo a sus rostros, donde los moratones aún eran más que evidentes, y temió que a ellos también los hubieran atacado. No dijo nada, pero asintió.

- Pasad —pidió, apartándose para que entraran al vestíbulo, una estancia de apenas dos metros cuadrados con un recibidor de mármol viejo, un perchero de pared y un paragüero con decoraciones chinescas.

Doña Josefa los condujo hasta la sala de estar, un espacio amplio con dos ventanales a la calle, uno de ellos el balcón al que se había asomado, con un tresillo de polipiel adornado con broches de latón y un enorme aparador chapeado en sapeli que, entre un sinfín de cachivaches, acogía el televisor, un aparato moderno que desentonaba en aquel ambiente setentero. Señaló el sofá para que se sentaran y, una vez acomodados uno junto a otro, desapareció hacia la cocina, desde donde llegaba un aroma a café recién hecho que les hizo compartir una mirada de complicidad. Tal y como esperaban, doña Josefa apareció poco después portando una bandeja con las tazas de café y unas pastas, y la dejó sobre la mesa con sumo cuidado. Antes de acomodarse ella repartió tres tazas sobre la mesa, dejando una sobre la bandeja, y después se dejó caer sobre uno de los butacones, animándolos con un gesto a que tomaran el café.

- Ya sé que Antonio se llama en realidad David, él mismo me lo dijo el otro día —confesó ella al rato, sonriendo al respingo que provocó a ambos semejante confidencia—. Lo estaban poniendo en la tele mientras comíamos, y no tuvo más remedio que contármelo todo.

- ¿Cómo que estaban comiendo?

Javier Alería se arrepintió al instante de haber hecho aquella pregunta, en realidad del tono inquiridor que había empleado, pero como ya no había posibilidad de enmienda, arrugó los labios a modo de disculpa y se quedó mirándola. Doña Josefa dirimió durante un instante la conveniencia de revelarles que Antonio llevaba días viviendo en la habitación que tenían a su espalda, pero decidió aguardar a que fuera él quien lo hiciera, si lo estimaba conveniente.

- También me contó dónde aprendió a dar guantazos —les dijo sonriente, convencida de que aquella alusión los apartaría de cualquier suspicacia, pues ya había podido ver en algunas de las fotografías que le había mostrado Javier Alería que él y su hermano lucían un revelador kimono.

- Ambos dimos clases de kárate durante años —concedió Javier Alería.

- Entonces —intervino Paul—, si David le ha contado ya quién es en realidad, será consciente del peligro que corre si lo atrapan esos tipos antes que la policía.
- Por eso se esconde, porque sabe que corre peligro.
- ¿Pero a qué espera para hablar con nosotros, piensa estar escondiéndose toda la vida? —protestó Javier Alería—. Los únicos que pueden protegerlo son la policía, además, ¿es que no sabe el daño que está haciendo a su familia? Mi padre se ha vuelto loco, lleva cinco años buscándolo, y mi madre…
- Supongo que es consciente —dijo la mujer, encogiéndose de hombros.
- Tiene que ayudarnos a encontrarlo, si no, acabarán atrapándolo —le pidió Paul.
- ¿Y qué podría hacer yo?
- Decirle que se entregue. Mi hermano, bueno, el comisario, puede protegerlo hasta que los militares atrapen a esa gente. El otro día cazaron a unos cuantos, y lo más probable es que en unos días hayan cogido a los que faltan.

Doña Josefa se quedó mirándolos sin saber qué decir, lamentando todo aquello, incapaz de darles una respuesta que calmara su avidez. Javier Alería entendió que hostigando a la mujer no iban a conseguir nada; que su hermano no iba a aparecer después de cinco años ausente por mucha influencia que ella pudiera ejercer sobre él, y meneó la cabeza hacia los lados, mirando a Paul para que no la presionara.

Doña Josefa acabó agachando la cabeza para escapar al escrutinio anhelante de los muchachos. Los trinos de los periquitos que revoloteaban en el balcón cesaron tan repentinamente que parecía que los animalillos fueran conscientes de que debían respetar la mudez de la mujer, rota apenas por su respiración jadeante. Hubieron de transcurrir varios segundos para que sus miradas volvieran a cruzarse. Fue entonces cuando sintieron una presencia en la casa, como un fantasma que deja un halo de aire frío a su paso. Javier Alería se estremeció al sentir una mano posarse sobre su hombro, un roce leve pero suficiente para que se le congelara la

sangre, y giró la cabeza rápidamente, el tiempo justo para comprobar que su imaginación no lo había traicionado. El café voló de su mano cuando brincó del sofá, y la taza estalló contra el suelo, llenando el silencio de fragmentos que brillaron al atravesar el haz de luz que llegaba desde los ventanales. Paul se revolvió, pensando que la taza se le había resbalado, pero entonces vio a un hombre joven tras el sofá, y se quedó paralizado, mirándolo con unos ojos que no le cabían en la cara, a punto de dejar caer también su taza. Javier Alería permaneció unos segundos inmóvil, frente a su hermano, mirándolo con la boca abierta y los ojos desorbitados. David Alería, inexpresivo, rodeó el sofá con pasos lentos, casi solemnes, sin apartar la mirada de sus ojos ni un instante, y cuando estuvo ante él, simplemente se echó en sus brazos, apretujándolo como cuando jugaban de niños, una imagen que había recreado en su imaginación cientos de veces para suplir su falta, y a la que ahora se asía con la desesperación de quien teme un gesto que pudiera disolver el milagro. Sintió su cuerpo tremolar contra el suyo, tan real, tan imposible al mismo tiempo, que lo sostuvo con los brazos rígidos hasta que el miedo cedió ante la certeza del contacto. Entonces cerró los ojos y aspiró profundamente, buscando en el aroma de su hermano la memoria que había quedado atrapada, pues el olfato era el único sentido que lo retrotraía a los tiempos en que lo recordaba. Ya lo había hecho días atrás cuando lo recostó en el garaje de la casa de su abuela y lo liberó de las ataduras, pero ahora era diferente, ahora lo tenía allí, mirándolo, llorando de emoción, y, aunque sus recuerdos solo se remontaban al momento en que lo vio por primera vez cuando regresó del Líbano a la puerta de su casa, era como si no lo hubiera perdido nunca, como si lo hubiera visto crecer día a día hasta convertirse en el hombre que era ahora.

- El otro día me llevé un susto de muerte, pensé que esos cabrones te habían matado —le susurró al oído.

Javier Alería se estremeció al oír su voz, la de su hermano, la que llevaba cinco años escondida en sus recuerdos. Cuando le dolieron los brazos de apretujarlo, se separó de él y le sujetó la cabeza con ambas manos, perdido en la profundidad de sus ojos pardos para

asegurarse de que en verdad se trataba de él, sonriendo y llorando a un tiempo.
- Mamá te va a matar, cabrón —bisbiseó, lloriqueando avergonzado mientras le manoteaba los hombros.
- Venga, sentaos —pidió la mujer, henchida de emoción al ver la escena, obligada después a hacer un aspaviento a Paul para que reaccionara, ya que el joven se había quedado paralizado, mirándolos como si hubiera visto un demonio que pudiera volatilizarlos en cualquier momento con un rayo de su tridente.

Paul no reaccionó ni al aspaviento de la mujer hasta que David Alería se acercó a él y, ofreciéndole la mano, se echó a reír. Él respondió al saludo con cortesía, sin atreverse a abrir la boca, hasta que David le señaló el moratón del cuello.
- Por lo menos a ti no te dieron en la cara —le dijo—. Ya sé que eres hermano del inspector Frízer, os parecéis mucho.
- Eso dicen —logró responder antes de dejarse caer a plomo sobre el sofá.
- ¿Quién más sabe que estáis aquí? —preguntó David con inquietud, revolviéndose hacia su hermano.
- No debes preocuparte, no se lo hemos dicho a nadie —le aseguró él, mirando a Paul para que lo corroborara.
- He dicho que iba a pasar la tarde con unos amigos, no creo que mi hermano sospeche.
- Bien… iré a por otra taza —se ofreció al ver el café por los suelos.
- Traeré la fregona —añadió doña Josefa, poniéndose en pie con más energía de la que le presuponían los años.

Paul aprovechó el momento en que se quedaba a solas con Javier para palmearle un hombro con afecto, pues pudo ver que se encontraba atrapado todavía por una emoción que lo tenía al borde de las lágrimas.
- Esto sí que no lo esperábamos —le dijo sonriente.
- Mi madre lleva días sin poder dormir. No sé cómo va a reaccionar cuando se entere. Desde que se confirmó que David estaba vivo no ha podido pegar ojo, todo el día irascible, ahíta de impotencia…

aunque, bueno, al menos se ha reconciliado con mi padre. Mi abuela es la única que está loca de contenta.
- ¿Y eso? —se interesó, sonriendo burlonamente.
- Hasta ahora era la única persona que había podido verlo en persona.
Paul asintió al recodar que había sido David Alería quien había colocado la pistola en manos de su abuela.
- ¿Y tu padre?, después de todo por lo que ha tenido que pasar…
- ¿A qué te refieres? —preguntó sin reproche, extrañado de que Paul supiera algo sobre su padre.
- Bueno, en los informes que ha ido elaborando mi hermano he podido ver que todo el mundo lo tomaba por loco por no rendirse. Recalca que ha sido gracias a su empeño y su constancia el que hayamos podido vivir este desenlace —le dijo, señalando con la mirada a David, que aparecía con una taza de café en ese momento.
- Bueno —suspiró David al tiempo que se dejaba caer sobre el sofá, a la derecha de su hermano—, he podido ver en las noticias que han detenido a un par de soldados, y que otros dos no han tenido la misma suerte —comentó para sonsacarles.
- Hicieron volar por los aires una nave en la que tenían improvisado su cuartel general —le dijo Paul—, pero en las noticias han dicho que ha sido una explosión fortuita en un almacén de pinturas para evitar que se acercaran los curiosos.
- Supongo que ya han perdido toda esperanza de recuperar el dinero, de ahí que actúen sin la menor precaución, y ahora solo piensan en silenciarme para salvar los muebles.
- ¿A qué te refieres? —le preguntó su hermano.
- Es algo complicado —respondió tras un momento de indecisión, sin intención de entrar en detalles ni hacer la menor concesión al respecto, pues estaba convencido de que cuanto menos supieran más a salvo se encontraban.
- ¿La investigación del Tiger desaparecido? —supuso Paul, que advirtió de inmediato el repullo que provocó a David Alería aquella alusión.

- ¿Y cómo es que vosotros sabéis algo de eso? —se interesó al ver que su hermano asentía, dando a entender que también estaba al tanto del asunto de la desaparición del helicóptero.
- Le ha birlado a su hermano los informes del portátil —le dijo, señalando a Paul con los ojos.
- ¿Tienes el informe policial? —malició David, mirando a Paul con desconcierto.
- Bueno, son solo notas personales, lo que él ha ido anotando desde que le encargaron investigar el caso. —Al ver que clavaba la mirada en su rostro, entrecerrando los ojos cómicamente mientras tamborileaba los dedos sobre la taza, imaginó lo que pasaba por su cabeza—. No puedo, si mi hermano se enterara me mataría.
- No se enterará —le dijo David, sonriendo con pillería.

Ambos lo siguieron con la mirada al ver que se ponía en pie para acudir a una de las habitaciones de la casa, regresando poco después con un portátil al que sin duda pretendía pasar la información que pensaba sacarle. En cuanto Javier Alería vio el aparato, se estremeció como respuesta al recuerdo que le había suscitado.
- ¿Por qué dejaste cincuenta y cinco mil euros en mi coche, y cómo lograste abrirlo?
- Abrirlo es fácil, hay aparatos para eso.
- ¿Y la pasta?, además, ¿de dónde la sacaste?
- Tenía que ir guardando el dinero en sitios seguros, y se me ocurrió probar en tu coche, por eso puse una pequeña cantidad, pero ya vi que no daba resultado.
- ¿Una pequeña cantidad? —bufó con ironía.
- En la casa vieja dejé más de un millón, pero tuve que rescatarlo, esos cabrones tenían pinchados los teléfonos, por eso dieron con el zulo.
- ¿Y cómo es que recordabas el zulo? —se interesó Paul, que no fue consciente de la insidia que arrastraba su propia pregunta hasta que se vio acosado por la mirada que le lanzó David Alería.
- Una vez lo seguí hasta casa de mi abuela —reconoció, mirando a su hermano para disculparse por haberlo espiado—. Recordé la moto

en cuanto la vi, y también el escondite, aunque no imaginaba lo que había dentro.
- Nuestro baúl de los recuerdos —musitó Javier Alería en tono nostálgico— ¿Te acuerdas de Abdel? —Al ver que conformaba un gesto de extrañeza, negando con la cabeza, insistió—: Abdelkader Aissani, erais amigos desde niños.
- Lo siento, no recuerdo a nadie.
- Era tu mejor amigo, el único al que le confiaste el secreto.
- Bueno, cuando todo esto termine, ya habrá tiempo para todo eso, ahora lo importante es cazar al teniente Varela —dijo al tiempo que levantaba la tapa del portátil.
- ¿Rosales? —supuso Paul.
- El teniente Varela es ahora el único nexo de unión con el jefe, por eso es sumamente importante darle caza —repuso asintiendo.
- ¿Qué jefe, a qué te refieres? —se revolvió su hermano.
- La persona que mueve los hilos. Solo el teniente Varela sabe quién es, por eso es importante capturarlo con vida, si no, la información se perderá con él.
- ¿Y Ambrosio Serrano? —preguntó Paul, dando por hecho que sabía que se encontraba hospitalizado.
- Tuve que defenderme, ese cabrón averiguó dónde vivía. Por fortuna para mí se volvió avaricioso, por eso actuó solo, y eso le costó la vida, aunque también salvó la mía.
- Bueno, se llevó un buen batacazo, pero su vida no corre peligro —le dijo Paul, haciendo que David Alería se revolviera con alarma.
- ¿Cómo que está vivo? —alzó la voz, encogiéndose de hombros al darse cuenta de que doña Josefa podría haberlo oído desde la cocina.

Efectivamente, la mujer lo oyó, pero dio por hecho que la llamaba, y acudió con la fregona.
- Estaba escurriéndola —dijo a modo de disculpa por su tardanza.

David Alería brincó del sofá y le quitó la fregona de la mano.
- Siéntese, doña Josefa, ya lo limpio yo.

La mujer se dejó caer en el sofá entre suspiros mientras seguía con la mirada los movimientos enérgicos de David pasando la

fregona por el suelo. Después, cuando este hubo acabado la faena y regresó a la cocina para deshacerse de los añicos de porcelana, alzó la mirada hacia ambos.

- ¿Qué, cómo ha ido? —preguntó, señalando con un brazo en alto a Javier Alería.

El joven asintió, e iba a responder, pero un nudo en la garganta lo silenció, obligándolo a esconder la cabeza entre los hombros. Después comenzó a hipar como un niño desconsolado, cubriéndose la cara con ambas manos. Cuando David regresó, encontró a su hermano con la cabeza entre las piernas, llorando, y a Paul sobre él, pasándole una mano por la espalda para reconfortarlo.

- Es bueno que se desahogue —le susurró doña Josefa, palmeando el sofá para que tomara asiento junto a ella y no lo agobiara.

David dudó, pero le hizo caso, aunque antes de sentarse le sacudió el pelo a su hermano.

- ¿Ya estás más tranquilo? —preguntó sonriente cuando Javier levantó la cabeza para mirarlo.

- Lo siento —musitó, avergonzado.

Durante unos segundos imperó un silencio incómodo, roto únicamente por los trinos de los periquitos que, ajenos a todo, volvían a alborotar en el balcón con su bullicio cotidiano. El aire pareció espesarse de repente, hasta que David se echó a reír, contagiando a todos con aquella risa fácil que su hermano recordaba tan bien. Fue entonces cuando una oleada de nostalgia lo envolvió, y sus ojos se detuvieron en los hoyuelos que se marcaban en su rostro. Allí estaban, intactos, como si el tiempo no hubiese pasado, tal y como su abuela solía describirlos cada vez que evocaba, con ternura, la imagen de su nieto travieso. Por un instante, el pasado y el presente se confundieron, y la risa de David pareció devolverle algo que creía perdido.

- Venga, disfrutad del café —ordenó doña Josefa al ver que David se disponía a toquetear el portátil, manoteándole un brazo.

Durante más de media hora el encuentro se convirtió en un monólogo en el que Javier Alería desgranó pormenorizadamente el devenir de su infancia con su hermano. Contaba entre risas cómo se

deslizaban por la ventana de la habitación en casa de su abuela de madrugada para ir al monte, convencidos de que en alguna de aquellas escapadas lograrían avistar un ovni, o cómo se lanzaban al agua del arroyo que rodeaba la casa para dar saltos y regresaban empapados, y los chillos de la abuela cuando subían las escaleras con los zapatos llenos de barro. David lo escuchaba, riendo también, y aunque no recordaba nada, podía recrear en su imaginación cuanto contaba. Doña Josefa los miraba, y poco a poco se le iba haciendo un nudo en la garganta, y una presión en el pecho volvía a recordarle que ya se había hecho vieja. Por un momento envidió al muchacho, cuya desmemoria no solo le había ocultado lo bueno, sino también lo malo, los sinsabores que ella no podía arrancarse ni a base de llantos. Pensó en cuán diferente había sido la infancia de sus hijas a la de esos muchachos. Pero claro, ellos crecieron alejados de los barrios humildes, donde los desarraigados compartían sus penas con malas compañías. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que desde que muriera su marido aquella casa se había convertido en una tumba enorme y silenciosa, un mausoleo en el que ya no quedaban más que recuerdos de un pasado tortuoso. Sus hijas ya apenas la llamaban, y cuando lo hacían era solamente para preguntar si ya había arreglado los papeles, preocupadas por que ella falleciera sin haber dejado su herencia libre de cargas, como si la muerte de su marido no importara nada. La remembranza le hizo recordar el vacío que le había dejado su esposo. No pudo evitar el mismo reproche con el que se acostaba cada noche, ni podía perdonarle que se hubiera marchado tranquilo, en su casa de toda la vida, dejándola a ella sola y desamparada, sin embargo, tampoco pudo olvidar su mirada cuando le cogió la mano poco antes de expirar, y la tristeza que irradiaban sus ojos, quizás un sentimiento de culpa por abandonarla, quizás la expresión de rabia y dolor contenida durante toda una vida para no alarmarla. Al mirar a Paul, el más joven de todos, pensó en su nieto mayor. Ya debía de tener más de veinte años, aunque ella apenas lo conocía. Cuando lo vio en el funeral de su esposo se colocó en una esquina con su móvil y ahí se pasó media tarde, hasta que su padre lo dispensó y se largó sin siquiera despedirse. Ni un beso ni un abrazo. Luego los pequeños,

incómodos cuando se acercaron a ella, obligados por sus padres a darle un beso y su gesto de repulsa cuando se alejaban. Los muchachos continuaban hablando y riendo, sin darse cuenta de que ella apenas escuchaba un eco lejano, ajenos a su dolor, a su nostalgia. Pese a todo le gustaba oírlos, escuchar sus historias, sus risas. Por un instante se sintió inmensamente feliz, agradecida a la providencia por que le hubiese permitido tenerlos allí, por haber puesto al final de su camino a David, aunque para ella ya siempre fuera Antonio, el muchacho de enfrente.

# 34

La llegada al hospital Gómez Hulla semejó un cortejo fúnebre. Maricarmen Serrano había realizado el trayecto desde Lillo con tal emoción que quien la hubiera visto habría pensado que se dirigía hacia el altar al encuentro de su príncipe, pero todo eso había cambiado de repente, y conforme se acercaba el momento, una opresión en el pecho le impedía disfrutar de todo aquello con lo que había soñado en las últimas horas. Pensaba que había logrado dejar atrás todos los reproches acumulados, que ya no había lugar en su mente para otra cosa que no fuera abrazar a su hermano, sin embargo, mientras avanzaba de la mano de su padre por los pasillos hacia la zona de ascensores parecía tomar consciencia de lo que le esperaba en realidad. La aterraba pensar que pudiera encontrarse con un desconocido, un tipo frío y despiadado enfundado en la piel de aquella persona con la que se crio, alguien totalmente diferente al joven alegre y bonachón que ella atesoraba en sus recuerdos. Su padre renqueaba como siempre, jadeando por el esfuerzo de la marcha, ansioso también por ver a su hijo, pero al margen de cuanto acontecía a su alrededor y, sobre todo, absolutamente ajeno a los miedos que atenazaban a su hija. Le había pedido tantas veces a ese Dios en el que siempre creyó que le permitiera ver de nuevo a su hijo, que ahora, concedida ya esa dádiva, su mente se encontraba eclipsada por una utopía que le hacía imaginarlo tal y como era la última vez que lo vio, antes de que se convirtiera en el mercenario que le habían descrito, una imagen que él rechazaba con obstinación, incapaz de creer que alguien como su hijo pudiera haberse convertido en un monstruo. Por eso hacía el esfuerzo de seguir el paso de su hija, para poder demostrarles cuanto antes que se equivocaban.

El capitán Sánchez Lema esbozó su sonrisa más rastrera cuando alcanzaron el final del pasillo, ofreciéndoles la mano como si se tratara de una ilustre visita. El desplante que recibió lo dejó paralizado, con la sonrisa congelada y un gesto de asombro que no desdibujó hasta que se dio cuenta de que ni siquiera habían reparado en él, que solo querían entrar al ascensor y alcanzar

cuanto antes su destino. El capitán García estrechó la mano que había quedado a medio camino pensando que el gesto era para él, y después se giró para presentar al comisario.
- Sí, ya tuvimos el placer de conocernos hace unos días —le dijo el capitán médico, sonriendo con manifiesto embarazo al tiempo que le ofrecía la mano a Albuena—. Quizás nos dejamos llevar por las circunstancias, y no observamos la debida cortesía, le pido disculpas.
- Capitán —acompañó Albuena a una ligera genuflexión, encantado de poder hacer las paces y sacudirse al fin la incomodidad que le causaba su presencia intimidatoria—. Todos nos pusimos un poco nerviosos, no hay que darle mayor importancia.

Ya en el ascensor, el capitán médico se interesó por el resultado de la celada que habían preparado días atrás. El capitán García meneó la cabeza hacia los lados, y chasqueó la lengua con fastidio para dar a entender que nada había resultado según lo previsto, señalando después con los ojos a los Serrano para que entendiera que debían ser discretos.
- ¿Sabe mi hijo que venimos, se lo han dicho ya? —preguntó el anciano al pensar que el cuchicheo versaba sobre eso.

El capitán médico consultó a Albuena con una explícita mirada, dudando de la conveniencia de hacerles aquella confidencia, pero al ver que el hombre asentía, les dijo que ya le había sido comunicado.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la sexta planta, una mezcolanza de desinfectantes, antisépticos y comida preparada los envolvió. Maricarmen Serrano sintió que el aire se hacía más denso, como si el pasillo mismo quisiera retenerla, hacer una advertencia sutil: «aún estás a tiempo de largarte». Su padre avanzó primero, apoyado en el bastón, con la determinación obstinada de quien ha pasado toda una vida faenando en el campo, y que a ella siempre le había parecido inalcanzable.

El pasillo de aquella ala era un corredor oscuro y silencioso, de un diseño inexpresivo, vacío de toda humanidad, preparado sin duda para una profunda reforma. El capitán García indicó con un gesto de la cabeza la habitación que aparecía enfrente, sin levantar la vista de la cartera que sostenía entre las manos, aferrándola con fuerza

como si se tratara de un arma. Maricarmen Serrano experimentó una sensación extraña. Parecía que todo el mundo allí sabía algo que ella ignoraba, como si se hubieran guardado una última carta que viniera a recordarle que solo se trataba de una trampa. Cuando alcanzaron la puerta, su padre la empujó con un temblor apenas perceptible. El leve chirrido de los goznes se fusionó con el pitido intermitente de los aparatos que vigilaban la vida y la muerte. Y allí estaba. El hombre no reconoció a su hijo al principio, sujeto como estaba por aquellas correas más propias de animales de carga, sin embargo, pese a la delgadez que exhibían sus pómulos y el mentón perfilado, la mirada inquieta que lo recibió no pudo engañarlo. Era él, era su hijo, pero ahora tenía algo en la mirada que lo estremeció, algo oscuro, ausente del brillo que él recordaba. Se apartó para que su hija pudiera observarlo, atento a su reacción, y por un instante creyó ver a un extraño que intentaba recordar el rostro de su hermana. El anciano truncó el silencio con un murmullo ahogado, incapaz de continuar con la farsa, y rompió a llorar como un niño.

Ambrosio Serrano parpadeó al fin, y de la comisura de sus labios asomó algo parecido a una sonrisa, aunque ausente de toda emoción. Maricarmen Serrano sintió el impulso de retroceder. No quería que su hermano la viera temblar, pero se obligó a dar un paso adelante.

- Soy yo —musitó—, Maricarmen.

Él la observó con gesto ausente, como si su propia calma le doliera, ajeno al dolor de ella, que sintió su apatía como una traición.

- Lo sé, pero no pareces la misma —musitó con una voz apenas audible, cargada de rechazo, algo parecido a un reproche alimentado durante largo tiempo.

María Carmen Serrano no supo qué responder. Sintió que esas palabras le atravesaban la piel y se instalaban en algún lugar entre el pecho y la garganta para impedirle respirar. Durante su ausencia había recreado ese momento con una claridad casi obsesiva: el abrazo, las lágrimas, la redención por haber abandonado a su madre enferma… pero ahora, frente a él, todo aquello parecía ajeno,

impropio, una fantasía infantil que se había alimentado de su propia flaqueza.

Su padre se adelantó unos pasos, con el rostro iluminado por una esperanza que rozaba la inocencia.

- Estás vivo —dijo, y su voz se quebró para dar paso de nuevo a las lágrimas.

Su hijo lo observó durante largo rato. Por un momento pareció que iba a decir algo, pero se contuvo. Albuena, que lo observaba todo desde el pasillo, no tuvo la menor duda de que sopesaba la situación, y que medía el peso de cada palabra antes de pronunciarla.

- Supongo que sí —dijo con un hilo de voz—, aunque eso depende de lo que uno entienda por estar vivo.

Maricarmen Serrano apretó los puños, molesta por la falta de emoción, como si hablara desde un lugar más allá del dolor, como si ellos no hubieran padecido su ausencia tanto o más que él. Su padre, en cambio, no intuyó la grieta que se abría bajo la última frase que había pronunciado su hijo, y le cogió una mano para llevársela a los labios, sin darse cuenta de que una sombra cruzaba su rostro hasta que giró ligeramente la cabeza para evitar su mirada. El silencio posterior se volvió tan denso que parecía tangible, truncado únicamente por el sonido rítmico de los aparatos a los que se encontraba conectado Ambrosio Serrano, que marcaba el compás de una respiración contenida, como si un artificio extraño lo controlara para que no pudiera explotar por dentro. Maricarmen miró a su padre, que continuaba de pie, desconcertado, aferrado a las manos de su hijo.

- ¿Qué te hicieron? —preguntó el anciano en un susurro.

Maricarmen Serrano se giró de inmediato para lanzar a los militares una mirada cargada de reproche, y después volvió a mirar a su hermano, exigiendo una explicación. Ambrosio Serrano sonrió a su padre, y llevó después la mirada hacia ella, y por un instante, muy breve, reconoció algo familiar en aquellos ojos, un destello de ternura, o compasión, quizás ambas cosas.

- ¿Qué te hicieron? —remedó ella la reconvención de su padre.

- Nada que importe ya —respondió su hermano—. No intentéis entenderlo, no podríais, y yo tampoco sabría explicarlo.

Maricarmen Serrano se inclinó sobre la cabecera de la cama como si fuera a besarlo, sin embargo, su rostro se detuvo antes de que sus labios pudieran rozarlo. Durante unos segundos permaneció inmóvil, lo bastante cerca para notar la frialdad de su piel, escuchando el sonido de su respiración agitada.

- Te equivocas —le susurró con voz firme—. Hemos pasado media vida sin entender por qué te fuiste, y ya ha llegado el momento de que nos des una explicación convincente, pero no tengas prisa, vas a tener mucho tiempo para pensar lo que vas a decir.

El anciano quiso intervenir, detener cualquier regaño que pudiera despertarlo de aquel sueño, pero la voz se le apagó antes de pronunciar palabra. Ambrosio Serrano volvió a mirar a su hermana, y una sonrisa, leve, casi imperceptible, asomó a sus labios.

- Sigues igual que siempre —le dijo—. Siempre queriendo salvar a los demás.

Maricarmen Serrano sintió las lágrimas presionar desde dentro, pero se contuvo. Había llegado allí añorando un reencuentro, y en su lugar había encontrado un abismo. Sin embargo, en lo más profundo de esa sima oscura, algo le decía que aquel era, por fin, el que ella recordaba, no el que había sobrevivido a aquel accidente inverosímil que le había descrito la policía.

Albuena y el capitán García compartieron una mirada de complicidad, sonriéndose como chiquillos, pues ni en sus mejores ensoñaciones habrían recreado un escenario tan favorable: Ambrosio Serrano había reconocido implícitamente a su familia, y por lo visto hasta entonces, se había rendido a la evidencia de que ya no le iba a servir de nada continuar con la farsa que había ido esgrimiendo desde que despertara del coma.

- Dejémoslos un rato a solas —propuso el comisario.
- Por supuesto —se avino el capitán médico.

Cuando la puerta se hubo cerrado, los tres hombres corrieron a la habitación contigua para observar los monitores. El soldado que controlaba el operativo de vigilancia se sobresaltó al ver que

entraban en tropel, brincando de la silla al tiempo que se quitaba los cascos de la cabeza para hacerles el saludo militar.
- Tranquilo —le dijo el capitán García, acrecentando la sonrisa que ya traía al ver el pavoroso respingo de su subordinado—. ¿Has grabado todo?
- Bien, ¿y ahora? —cuestionó Albuena al ver que el joven asentía.
- Habrá que interrogarlo cuanto antes —propuso Albuena, lanzando una mirada inquiridora al médico.
- Por supuesto, ya no tiene la menor secuela del traumatismo, puede ser interrogado sin problema.
- Vamos a tener que presionarlo —lamentó el capitán García—, porque no creo que suelte prenda tan fácilmente.
- Tiene varias costillas rotas, vamos, que un leve movimiento y verá las estrellas —dijo el médico.
- ¡Ah, estupendo! —exclamó Albuena, haciendo que todos rieran.

El médico se giró para mirar al capitán García, señalándole con un meneo de cabeza muy sutil al comisario. El hombre entendió que recelaba de su presencia, y se apresuró a calmarlo.
- Ya es *vox populi* —le dijo, quitándole importancia—, además, tenemos la autorización del ministro.
- ¿Cómo fue todo, lograron interceptar la llamada? —preguntó entonces.
- Eso fue lo que nos llevó a la nave de Paracuellos, pero se ve que lo ocurrido allí los puso en alerta, y ya no han vuelto a contactar.
- ¿Dejamos que el paciente siga con el móvil?
- Mejor no —aconsejó el capitán—. Luego, cuando entre en la habitación, simule estar buscándolo, a ver cómo reacciona.
- Si no dice nada, es que tiene esperanza de poder volver a utilizarlo —opinó el comisario—. De todos modos, lo más probable es que ya se haya dado cuenta de que se trataba de una trampa, no creo que intente llamar de nuevo.
- Entonces, supongo que ya no intentarán rescatarlo —dijo el médico, dejando escapar un suspiro de alivio.
- Lo que acabamos de ver en esa habitación me hace pensar que Ambrosio Serrano sabe que lo han abandonado —reiteró Albuena.

- Tiene que entender que es imposible un rescate, sería absurdo imaginar siquiera que pudieran tener la menor posibilidad de éxito —repuso el capitán García—. Por otro lado, es un soldado, debería ser consciente de que no se puede poner en peligro a un comando entero para emprender un rescate suicida. En ocasiones es absolutamente necesario sacrificar peones, él mismo ha debido de hacerlo en alguna ocasión.
- En fin, dejemos trabajar a este hombre —dijo sutilmente el comisario, mirando al capitán García para hacerle ver que allí ya no pintaban nada.
- Bueno, nos vamos —repuso él al darse cuenta del apremio del comisario—. Si hay alguna novedad… —pidió, señalando los aparatos.
- Por supuesto —respondió el médico, sonriendo satisfecho por el buen desenlace de las actuaciones.

Ya en el ascensor, el comisario advirtió que el capitán consultaba su reloj de un vistazo, resoplando después con incomodidad.
- ¿Se ha hecho tarde? —supuso, sobresaltado al ver que eran casi las dos—. Joder, se pasa el tiempo volando.
- Comamos aquí mismo —propuso el capitán—, tenemos mucho de qué hablar, y planear los siguientes pasos.

El comisario asintió, y se dirigieron al edificio principal, camino de la cafetería, que se encontraba situada en la segunda planta.

Apenas se hubieron acomodado en una esquina alejada del bullicio, el capitán se acodó sobre la mesa como si fuera a hacerle una confidencia, pese a que no había nadie por los alrededores que pudiera escucharlos. El comisario copió su pose, y se quedó mirándolo.
- Hemos analizado los móviles de esos tipos —le dijo.
- ¿Algo interesante?
- Nada de nada, pero uno de los fallecidos llevaba un teléfono antiguo, solo para llamadas y SMS. Le habían borrado todos los datos, pero la compañía telefónica ya nos ha facilitado el número al que ha llamado.
- ¿Cómo que el número, acaso solo hay uno?

- Bueno, es un decir —dijo, pese a que asentía claramente—, porque ese número está protegido, pero podríamos localizarlo.
- ¿Y por qué no lo hacéis ya?
- Lo hemos intentado, pero está desconectado de la red. Los técnicos están intentando averiguar a qué repetidores se dirigió la señal, puede que la triangulación nos lleve a alguna parte, aunque, de momento…
- ¿Y los tipos esos a los que habéis detenido?

El capitán abrió su sempiterna cartera y sacó unos documentos.

- La transcripción de los interrogatorios —aseguró, colocando los papeles frente al comisario.

Albuena los cogió y, tras alinearlos con unos golpecitos sobre la mesa, se colocó las gafas para ojearlos.

- mmm… —mugió al rato—, o sea que mercenarios venezolanos.
- Eso es lo que aseguran, por otro lado, el acento los delata.
- ¿Y se ha podido comprobar su filiación?... ah, sí —dijo al ver que en la siguiente hoja figuraban todos los datos.

El comisario leyó detenidamente el informe mientras el capitán se encargaba de solicitar el menú, y cuando terminó, desinflándose en un suspiro, le dijo con apatía:

- ¿Pero qué diablos pintan estos tíos con esa gente?
- Eran soldados del Ejército regular venezolano acusados de participar en actos conspiratorios. Viendo lo que se les venía encima, salieron por piernas y, tras un periplo por Brasil y la Guayana francesa, lograron embarcarse para España hace un par de años.
- ¿El ataque al Tribunal Supremo de Justicia? —recordó el comisario.
- No, eso fue en 2017, y aquellos atacantes eran miembros de la policía caraqueña. Además, lo de esta gente debió de ocurrir cinco o seis años más tarde.
- Entonces no los reclutaron en el Líbano, sino cuando llegaron a España —supuso el comisario—. Tan solo hace un par de años.
- Buena paga y sin preguntas —confirmó el capitán.
- ¿Y habéis logrado sacarles algo?
- Se limitaban a seguir las órdenes, de hecho, estaban convencidos de que trabajaban para el Ejército español, incluso les habían

prometido la nacionalidad en cuanto lograran dar caza a David Alería.
- ¿Y quién pensaban que era el tipo al que perseguían?
- Ambos han respondido que un espía a sueldo de los rusos, un traidor sumamente peligroso.
- ¿Y os convencen esas declaraciones?
- Puede que sepan algo más de lo que han contado, pero hemos comprobado cuanto nos han dicho, y no hay nada que nos pueda llevar a pensar que mienten. Además, ambos han pasado la prueba del polígrafo.
- ¿Y cómo cobraban?, supongo que eso lo habréis investigado.
- Por supuesto —aseguró, señalando los papeles—. Les entregaban unas nóminas que simulaban las oficiales de Defensa, y los ingresos se los hacían en unas cuentas del Sabadell. Hemos intentado averiguar de dónde procedía el dinero, pero todo nos conduce a Inversys.
- Nosotros no hemos podido averiguar nada de esa gente. Tenían un entramado financiero muy bien montado.
- No estaría tan bien montado cuando ese joven les saqueó las cuentas.
- ¿Cómo es posible que David Alería pudiera hacerse con el dinero de esa gente? —se preguntó el comisario, participando de la guasa del capitán, que al fin había reído.
- Si lo tenían todo en criptomonedas, bastó con que averiguara las claves. Cambiarlas o desviar los fondos a otras cuentas es cuestión de segundos, solo hace falta una conexión a internet.

Albuena asintió, recordando la respuesta que le dieron los agentes de Telemática, que no distaba mucho de lo que había propuesto el capitán. Después, al recrear el momento del accidente, cayó en la cuenta de que no le había dicho nada sobre los fallecidos, y le preguntó por ellos.
- Todo lo que te puedo decir es que respondían a los nombres de Francisco y Ernesto.
- Martínez Soler, supongo —repuso con sorna.

- Eso es —admitió el capitán, sonriendo al gesto de repulsa que conformó el comisario—. Las huellas de uno de ellos coinciden con las tomadas en el intento de asalto a la habitación del hospital La Paz, y el estudio biométrico de las imágenes concuerda plenamente con la facha de ese individuo, o sea que ese capítulo ya queda cerrado.
- ¿Y cuál de ellos es?
- El que conocemos como Ernesto Martínez Soler, uno de los escoltas que supuestamente falleció en el accidente del Tiger.
- Entonces, del grupo, a no ser que haya más sicarios venezolanos, no queda más que Xaime Varela Blanco.
- Sicarios ya no hay más, esos hombres lo han confirmado. Y los dos fallecidos eran los encargados de las telecomunicaciones y las escuchas, por lo que ese tipo está solo. Además, si es verdad que ese joven les robó el dinero, es muy probable que el teniente Varela no tenga ni recursos. —El capitán alzó la mirada de los papeles, y añadió—: Si actúa de algún modo, será a la desesperada, y nosotros estaremos esperándolo.
- ¿Y qué podemos hacer mientras tanto?
- Intentar atrapar a David Alería, es el único modo de dar con el tipo que lo busca —sentenció, señalando en el informe la fotografía de Rosales—, porque si él da con ese muchacho antes que nosotros, uno de los dos acabará en la morgue, y me temo que ese no será Xaime Varela.
- ¿Y si lo fuera?
- ¡Problema solucionado!

El capitán se permitió darle una palmada en un hombro para animarlo, pero Albuena no estaba sobrado de optimismo, y se limitó a menear la cabeza de lado a lado, pensando en las consecuencias que podrían derivarse de que todo aquello saliera a la luz, o algo aún peor, que David Alería acabara perdiendo la vida.

Ya andaban por los segundos platos cuando el comisario recibió una llamada que le hizo revolverse refunfuñando.

- Mira que he dejado dicho que no se me moleste hasta las cuatro —dijo a modo de excusa mientras rebuscaba el móvil en los bolsillos

de la chaqueta, que había quedado sobre el respaldo de su silla.

El capitán advirtió enseguida el gesto de contrariedad que conformó el comisario apenas observó en la pantalla quién llamaba, y aguzó los oídos, pero Albuena se limitó a esgrimir unos monosílabos indescifrables, si bien al menos sonreía, que era un buen augurio. Después oyó que pedía que le pasaran algo al correo, y colgó, frunciendo los labios como un niño.

- ¿Algún problema? —preguntó, pese a que el gesto risueño del comisario hacía entrever buenas noticias.

- De la Científica —le dijo Albuena, negando—. El otro día localizamos un trastero en Colmenar en el que al parecer pasó algún tiempo escondido David Alería.

- ¿Han podido encontrar algo interesante?

- Había muchos cachivaches electrónicos, aparatos de escucha, localizadores, tarjetas SIM… y un sinfín de tarjetas bancarias, además de varios carnets de identidad con diferentes nombres, aunque todos con su fotografía.

- Bueno, eso no es de extrañar, se los facilitamos nosotros —le dijo el capitán, que no terminaba de entender a qué venía la sonrisilla que esbozaba el comisario.

- En una de las tarjetas han encontrado una información interesante.

- ¿Qué información?

El capitán contuvo su entusiasmo al ver que Albuena le pedía calma con un gesto de las manos, señalando el teléfono con los ojos.

- Me van a pasar los datos al correo —le aseguró.

Ambos permanecieron expectantes durante varios minutos, aguardando con ansiedad a que el móvil revelara que había recibido el mensaje. Al fin, cuando la impaciencia comenzaba ya a hacer mella en su templanza, el móvil anunció la entrada que aguardaban. El comisario abrió rápidamente la aplicación de correo, y escrutó detenidamente el mensaje.

- ¿Esto es lo que creo que es? —farfulló, mostrándole la pantalla al capitán, que se alzó con avidez para observar lo que parecía una

hoja de cálculo de Excel.
- Me cago en la puta —dejó escapar en un susurro exaltado cuando logró inferir lo que significaba aquello.

Ambos se recostaron sobre las sillas, y se quedaron mirándose, sin saber qué decir. Poco después rompían a reír[P2] a carcajadas, haciendo que uno de los camareros acudiera a la carrera para ver qué ocurría.
- Disculpe —se excusó el capitán, poniéndose en pie de un salto—, tráiganos la cuenta, por favor.
- ¿Qué piensas hacer ahora?
- Me voy para el Ministerio, y te aconsejo que vengas conmigo. ¡Ah!, y llama a tu gente para asegurarte de que esa información no sale de allí, y que ese archivo permanezca bien vigilado, a ser posible en una caja fuerte.
- ¿Deberíamos llamar al juez Castillo?
- Sí, nos vendrá bien cubrirnos las espaldas.

# 35

Frízer experimentó una sensación contradictoria cuando vio a sus padres y a su hermana dirigirse hacia la zona de embarque. Por un lado se sentía solo y desamparado, como un niño abandonado, pero al mismo tiempo era como si lo hubieran liberado de una carga que hubiese llevado demasiado tiempo sobre los hombros. Se había habituado tanto a la quietud de su apartamento que el bullicio constante le resultaba extraño, casi insoportable, como si invadieran un espacio que ya solo le pertenecía a él. A su lado, Paul agitaba los brazos con entusiasmo, ajeno a su contrariedad, radiante, como si todo aquello fuera el inicio de unas vacaciones. Entonces pensó que en un par de semanas también lo despediría a él, y sintió cómo el mundo se le echaba encima. Lo había extrañado tanto que ahora, aun teniéndolo cerca, percibía su ausencia como una sombra que se adelantaba al adiós. Un dolor interior, punzante, le decía que en realidad no añoraba al muchacho que tenía a su lado, sino al niño que corría a abrazarlo cada vez que cruzaba la puerta. Ese niño ya no estaba, y comprenderlo fue, quizá, la despedida más difícil de todas. Pese a ello, cuando se giró para mirarlo, lo invadió una inmensa sensación de felicidad.

Unos minutos después, el avión alzó el vuelo en el cielo de Barajas, y Paul tiró de él para que regresara del embeleso que lo mantenía mirándolo como si fuera una aparición divina.

- ¿Vamos o qué? —apremió con entusiasmo.
- ¿Tienes prisa?
- No me gustan los aeropuertos.

Frízer supo al instante que le vacilaba, pero no tenía el cuerpo para seguirle el juego. Enfiló el pasillo a paso ligero, y se dirigió hacia el aparcamiento. Mientras aguardaba la llegada de uno de los ascensores consultó el móvil, y entonces vio que tenía una llamada perdida del comisario. Al abrir la aplicación para ver a qué hora le había llamado, advirtió que el aparato había registrado una llamada de Javier Alería el día anterior a primera hora de la tarde, y se revolvió contrariado, intentando rememorar dónde se encontraba a

esa hora. No le costó situarse en la terraza, dando una cabezada, e imaginó que su hermano habría silenciado el teléfono para que no lo molestaran. Cuando le preguntó por ello, Paul respondió con evasivas, dando explicaciones que no le había pedido, lo que venía a confirmar sus sospechas. Supuso que se le había olvidado decírselo y, aunque no le dio mayor importancia, interrumpió su cháchara.

- ¿Lo llamaste?

- Quería decirle que no estabas disponible —acompañó a un expresivo cabeceo.

- ¿Y qué quería?

- Bueno, quería visitar el piso en el que había vivido su hermano.

- No puede ser, está precintado por la Científica.

- Eso le dije, pero insistió en que quería ver la zona.

- Y decidiste acompañarlo, ¿no es así? —intuyó al ver que le apartaba la mirada, recordando que había estado toda la tarde ausente.

- Sentí curiosidad —se vio obligado a reconocer, consciente de que tarde o temprano acabaría averiguándolo, por lo que concluyó que ahora no le convenía urdir una falacia que en el futuro pudiera acabar empeorando las cosas.

Paul se desinfló en un suspiro de alivio al ver que no lo reconvenía, y se dirigió tras él en silencio hasta el coche. Al llegar pensó pedirle que le dejara conducirlo, pero un atisbo de sensatez lo conminó a no tentar la suerte. Aguardó en el coche a que su hermano hablara con el comisario, a quien llamó antes de acomodarse tras el volante, y después, al ver que abandonaba la M-30 en dirección norte, le preguntó que a dónde se dirigían.

- Vamos a Colmenar —le dijo Frízer, haciendo que se estremeciera en el asiento como si le hubieran pinchado las nalgas.

- ¿Y qué piensas encontrar allí? —tanteó con cautela, procurando que no advirtiera su alarma.

- Tengo que recoger unas cosas de la comisaría.

- ¿Lo que apareció en el trastero?

- ¿Ya has vuelto a tocar mi portátil?

Como no respondía, Frízer desvió la mirada un instante de la carretera para mirarlo, y al ver su gesto huraño, se echó a reír. Durante un rato permaneció introverso, recapitulando cuanto acababa de contarle el comisario, mirándolo de vez en cuando, hasta que decidió compartir con él las buenas noticias.

- ¿Sabes?, esta mañana, los Serrano han podido visitar a Olivares en el hospital.

- ¿Y cómo ha ido? —preguntó interesado, revolviéndose para mirarlo.

- Muy bien. Han podido hablar con él, y se han reconocido, por lo que ya no podrá argüir ningún tipo de amnesia en el interrogatorio.

- Entonces, ¿ahora…?

- El único que queda libre es Rosales. Si no logramos encontrar a David Alería antes que él, lo más probable es que acabe matándolo.

Paul se sintió ruin ocultándole la información que atesoraba. Le había prometido a David Alería que no iba a revelar su paradero hasta que él hubiera podido localizar a ese jefe clandestino del que le había hablado, pero en ese momento entendió que eso, no solo era una terrible temeridad, sino que su propio hermano podría meterse en un buen lío si llegaba a saberse que él le había ocultado esa información a la policía. Se preparó para el rapapolvo, y alzó la cabeza para mirarlo.

- Ayer pudimos hablar con David Alería —le dijo en un susurro.

- Pero, ¡cómo!, ¿acaso llamó a su hermano? —trastabilló Frízer, desconcertado.

- No, hablamos con él personalmente.

- ¿Qué chorradas estás diciendo? —lo amonestó, reconviniendo con una severa mirada que bromeara con eso.

- Fuimos al piso en el que ha estado viviendo estos últimos meses, y como estaba precintado, se nos ocurrió llamar a doña Josefa, la vecina que le alquiló el apartamento.

- ¿Quieres decir que esa mujer sabe dónde se oculta? —alzó la voz.

- Bueno, en realidad es ella la que lo oculta. Lo tiene alojado en su casa.

- ¡Me cago en mi puta vida! —rugió Frízer al tiempo que aceleraba, presto a llamar al comisario para que enviara a una patrulla de asalto.
- ¿Qué ocurre, Frízer? —reverberaron los altavoces la voz de Albuena tras varios desesperantes tonos.
- Comisario, David Alería está escondido en casa de la mujer que le tenía alquilado el piso.
- Mmmm…
- Mi hermano estuvo hablando con él ayer por la tarde.
- También estaba su hermano, Javier —le dijo Paul.
- ¿Y habéis esperado hasta ahora para contarlo? —bramó el comisario.
- Nos hizo prometer que le daríamos tiempo para cazar al jefe de Rosales. Dice que solo él sabe de quién se trata, y que antes de entregarse tiene que atraparlo.
- ¡Me cago en la puta… me cago en la puta…!

Frízer tragó saliva, imaginando al comisario mesándose la cabellera entre rebuznos. Por un momento se le pasó por la cabeza la posibilidad de que lo suspendiera de sus funciones en ese mismo momento y ordenara que detuvieran a su hermano, pero en lugar de eso solo se oyó una voz a lo lejos conminándolo a que se apresurara, que el ministro aguardaba, y después unos segundos de tenso silencio. Supo que la comunicación no se había cortado porque en todo momento oyó la respiración agitada del comisario, y se mantuvo alerta, aguardando sus órdenes, pero como estas no llegaban, se vio en la obligación de preguntarle.

- ¿Qué hacemos?
- Voy a enviarte refuerzos, aguarda a que lleguen, y procura que lo capturen con vida. Lo único que nos faltaba ahora es que lo perdiéramos después de cinco años desaparecido.
- ¿Y qué hacemos con la mujer?
- ¡Fusilarla, y también a tu hermano! —rugió el comisario antes de colgar.

La radio comenzó a tronar en cuanto se cortó la llamada. Frízer la silenció de un manotazo, y se quedó mirando a su hermano. Entre

ambos se tendió un silencio tan espeso que parecía que el aire se les iba a cuajar en los pulmones. Poco después elevó ligeramente el mentón, procurando mantener la calma, pero como Paul no advirtió el gesto, alzó una mano hacia él, aunque logró contener el genio antes de que él se diera cuenta.

- ¡Habla, joder! —gritó al ver que no decía nada.

Paul se estremeció. En un instante tomó consciencia de la estupidez que había cometido, sin embargo, por alguna extraña razón, no se arrepentía de nada. Pensó replicarle, pero bastó mirar a su hermano a la cara para entender que le traía cuenta ser prudente. Entonces decidió contarle lo sucedido la tarde anterior con todo lujo de detalles, en la esperanza de que aquello lo ablandara. Cuando terminó el relato, agachó la cabeza y ya no abrió la boca hasta que alcanzaron el aparcamiento de la calle del Glorio en Colmenar Viejo, y fue para protestar por que dejara el coche tan lejos. Frízer estaba tan enfadado que prefirió no responderle, y se limitó a señalarle la puerta para que se bajara del coche. Después llamó a Silvia para darle novedades.

- ¿Queeé? —bramó ella cuando comprendió que no estaba bromeando.

- Como lo oyes.

- ¿Pero se han vuelto locos? La verdad, parecía más sensato —dijo enfadada, haciendo que Frízer la imaginara con las manos en la cabeza.

- Bueno, ahora lo importante es el operativo. Albuena me ha dicho que iba a enviarlos enseguida. Asegúrate de que no pasan por la calle Boteros, y mucho menos con sirenas, y diles que los espero en el aparcamiento de la calle del Glorio. Ahora voy a ver si puedo despejar esto de coches para que puedan apostar aquí los vehículos.

- Muy bien, me ocupo, no cuelgues. —Silvia desapareció durante un par de minutos, hasta que Frízer la llamó para ver por qué tardaba tanto—. Sigo aquí —gruñó ella para que se calmara—. El operativo está llegando, anunció poco después—. ¿Tienes una descripción del apartamento?

- Te paso a mi hermano, él te dará los detalles. ¡Paul!, Silvia al teléfono —tuvo que gritarle al ver que se había alejado en busca de sombras—. Quiere que le describas el apartamento.

Paul regresó a la carrera, y le arrancó el teléfono de la mano, dispuesto a expiar sus culpas aunque fuera de un modo tan rastrero, mostrándose cuan servil y solícito demandaran, esperanzado en que ello le sirviera de atenuante en el juicio sumarial que le aguardaba.

- Es el primero derecha, y tiene una escalera que gira a la izquierda en un rellano de unos dos metros cuadrados. Después sigue a la derecha para continuar con otros tantos escalones, ocho o diez, más o menos, que desemboca en otro rellano en el que se encuentran las puertas de los dos pisos. Al entrar hay un vestíbulo pequeño y un pasillo que divide en dos la casa. A la derecha hay una habitación, y más adelante está el salón, desde el que se accede a la cocina…

«Ah, que ya tenéis los planos, muy bien, ahora se lo digo», oyó que decía ella a otro interlocutor.

- ¡Que se ponga tu hermano! —rugió después al teléfono.

Paul dio un respingo, apartándose el aparato de la oreja como si le hubiera dado un calambrazo. Se lo ofreció a su hermano, que andaba paseando su placa por entre los vehículos que se acercaban para que se largaran por donde habían venido, y regresó a las sombras que ofrecía el edificio de enfrente.

- Dime, Silvia.

- Los de Colmenar aguardan nuestra señal, y los del GEO[29] ya están llegando.

- Bien, yo voy a ver si logro ir despejando esto para cuando lleguen.

Frízer colgó, y continuó paseando por entre los coches para ver si algún conductor estaba dentro y podía despacharlo.

Mientras tanto, Paul se acercó a un comercio cuyo letrero, en la parte superior y en letras grandes, rezaba: Reparación de calzado, y debajo, más discreto, el anuncio de que se hacían copias de llaves. Se detuvo ante el escaparate, y se quedó curioseando lo que se exponía, entre otras cosas, varias placas de matrícula en diferentes formatos. Por la acera había podido ver que se acercaban unas personas charlando, pero no reparó en que se trataba de tres

ancianas hasta que vio su reflejo tras los cristales. El corazón le dio un vuelco cuando pudo reconocer la voz de una de ellas, y agachó la cabeza, temeroso de que pudiera reconocerlo. Para hacer aún más intenso su sofoco, doña Josefa se dispuso a entrar en el establecimiento, deteniéndose ante él al pensar que también iba a entrar. Como no pudo evitar el choque, no tuvo más remedio que simular sorpresa primero, y después contento por el reencuentro.

- ¿Qué tal, doña Josefa?

- ¿Qué haces por aquí? —preguntó ella, contenta de volver a verlo, aunque mostrándole unos ojos bien grandes.

- He venido con mi hermano a hacer unos recados —le dijo, señalando el aparcamiento.

La mujer desvió la mirada un instante, lo suficiente como para poder reconocer al inspector que había estado en su casa, y sonrió, alzando una mano para saludarlo. Frízer se quedó paralizado cuando la vio al lado de su hermano. Por un momento dudó qué hacer, pero enseguida reaccionó, y se acercó a la carrera, mirando tan duramente a Paul que él se vio obligado a defenderse.

- Nos hemos encontrado casualmente —le dijo.

- ¿Dónde está David Alería? —preguntó Frízer de inmediato, alarmado.

- Salió de casa a primera hora, pero me dijo que ya no va a volver.

- ¿Y no sabe a dónde ha ido? Es muy importante, su vida corre peligro —insistió al ver que ella negaba.

- Si no lo encontramos nosotros, lo matarán —le dijo Paul, teatralizando su pose más lastimera.

La mujer se llevó las manos al rostro, y simuló enjugarse las lágrimas. Al ver el gesto, Frízer quiso pensar que entendía la situación, y que se debatía con sus fantasmas, esa sensación de ruindad que invade a quien traiciona la confianza de un ser querido, y así se lo dijo, con toda la literalidad que permitía la urgencia. Paul arrugó el entrecejo, mosqueado, más aún cuando Frízer se quedó mirándolo a él con gravedad, como si fuera él quien debiera darle una respuesta. Entonces llevó una mirada de desconcierto hacia la

mujer, y le aferró una mano, acunándola entre las suyas tal y como hiciera ella cuando se produjo el primer contacto entre ambos.
- Si no se lo decimos, acabarán matándolo —insistió en un susurro.
- No lo sé, pero anoche, mientras cenaba, estuvo durante mucho rato haciendo algo en el ordenador. Cuando me levanté pude ver que en la pantalla había una foto de una muralla preciosa, y le pregunté que dónde era. Me dijo que era la muralla de Lugo.

# 36

Cuando Paul se enteró de que su hermano se dirigía hacia la sede del Ministerio de Defensa en el paseo de la Castellana, determinó que había llegado el momento de abandonar el barco, aunque fuera como una rata cobarde. Durante unos minutos se entretuvo consultando la aplicación del navegador en su móvil en busca de un subterfugio que lo eximiera de acompañarlo, hasta que vio que el estadio Santiago Bernabéu se encontraba cerca, y la idea brotó como por ensalmo.

- ¿Puedes dejarme a la altura del Santiago Bernabéu?, quiero hacer una visita al museo.

- Mañana vamos, que ahora nos espera el comisario.

Paul se estremeció, revolviéndose en el asiento para mirarlo, intentando discurrir una excusa que lo convenciera de que era mejor que se fuera solo, pero una llamada de Silvia frustró el nuevo intento de escapar a la encerrona que le esperaba. Cuando su hermano dio paso a la llamada se encogió en el asiento como un perrillo apaleado, escondiendo la cabeza entre los hombros para ocultar su gesto de derrota.

- Mark, los de tráfico acaban de comunicarnos que ha habido un altercado en la AP-6, en las inmediaciones de San Rafael, en la provincia de Segovia —acució Silvia.

- ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Frízer, sorprendido, intentando encontrar sentido a lo que le decía.

- Parece ser que un vehículo ha intentado embestir a una motocicleta de tres ruedas. Varios testigos aseguran que ya iban picados desde varios kilómetros atrás, y que, al tomar la desviación a San Rafael, el vehículo se le ha echado encima, provocando una colisión múltiple. La trifulca ha continuado, pero allí han dejado una buena.

- ¿Y el hecho de que se trate de una moto de tres ruedas los ha llevado a pensar que podría tratarse de David Alería? —preguntó en tono socarrón.

- Bueno, teniendo en cuenta que el vehículo implicado es un Audi Q8 registrado a nombre de Inversys… —remedó ella su sarcasmo.
- ¡Joder! —bramó Frízer—. ¿Y hacia dónde se dirigen?
- Iban dirección noroeste por la AP-6, pero si han abandonado la autopista en San Rafael, han podido tomar cualquier camino. Pero no te preocupes, los de tráfico ya están en ello, saben que los buscamos, y procurarán detenerlos cuanto antes.
- ¿Sabes?, creo que ya sé cuál es su destino.
- Por lo que acaba de decirme el comisario, doy por hecho que van hacia Lugo.
- ¿Qué diablos habrá en Lugo? —se preguntó Frízer, cabeceando como si ella pudiera verlo.
- Me da que ese joven tiene allí un piso franco, y muy probablemente allí se encuentre lo que Rosales lleva buscando todo este tiempo.
- ¿Más dinero?
- Por supuesto.
- Busca al jefe —irrumpió Paul, haciendo que ambos enmudecieran.

Frízer se quedó mirándolo, hasta que Silvia se impacientó, imaginando lo que acontecía en el coche, y le pidió que se calmara.
- Voy a recoger al comisario, enseguida vamos para allá.
- Bien, y tráete a tu hermano, tenemos que cruzar unas palabras —dijo antes de colgar.

Paul tragó saliva, y le sonrió nervioso, deslizándose en el asiento como si hubiera encogido dos tallas. Su hermano lo miró un instante, sonriendo por dentro, y después llevó la vista hacia el tráfico, que parecía una enorme lengua de lava. Frízer veía aquello como algo normal, dado que cuando él llegó a Madrid las infinitas obras que colapsaban la ciudad ya estaban en marcha, sin embargo, las circunstancias lo llevaron refunfuñando hasta el número 109 de la Castellana, donde pudieron ver al comisario alzando una mano para llamar su atención. Paul quiso descender para dejarle al comisario el asiento delantero, pero el hombre no dio pie a ello, asiendo la manija de la puerta trasera antes incluso de que el coche se detuviera. Cuando logró abrocharse el cinturón, con el vehículo ya

en marcha de nuevo, llevó una mano hasta la cabeza de Paul y le punteó la coronilla con los nudillos como quien llama a una puerta.
- ¿Cómo viste a David Alería?
- Es majo —repuso él tras el sobresalto.
- No lo dudo —replicó el comisario—, pero lo que quiero saber es si está herido, y lúcido, si es consciente de lo que se está jugando, y del daño que le está haciendo a su familia.
- Yo creo que no era muy consciente de eso hasta que se encontró con su hermano.
- ¿Lo reconoció?
- Ya lo había visto antes. Al parecer llevaba meses siguiéndolo, y ya había estado en casa de su abuela. Recordó el zulo que habían hecho en el garaje, y dejó allí un montón de dinero pensando que sería el lugar más seguro para esconderlo, pero luego averiguó que esa gente que lo persigue lo había encontrado, y regresó a la casa.
- Entonces fue cuando se topó con esa gente —le dijo Frízer.
- Y se los llevó por delante —añadió el comisario.
- Y menos mal, porque si no, lo más probable es que ahora no pudiéramos contarlo.

El comisario recreó por enésima vez lo acontecido en la casa de la abuela de los Alería, y le miró el cuello a Paul, donde aún era visible el moratón.
- ¿Te duele? —se interesó, lamentando haberlo amonestado de un modo tan infantil, pese a que en el fondo lo que le apetecía era apalearlo.
- Javier Alería salió peor parado —dijo Paul, meneando la cabeza hacia los lados— , aunque ya apenas se le notan las magulladuras en la cara.
- ¿Y tú? —le preguntó entonces a Frízer.
- Ya estoy como nuevo —le aseguró él, lanzándole una mirada burlona a través del retrovisor.

El comisario se vio acuciado por una imperiosa necesidad de compartir con Frízer lo acontecido en el Ministerio de Defensa, pero la presencia de Paul lo disuadió de hacer ningún comentario, más aún cuando entendió que eran sus indiscreciones las que lo habían

colocado en una situación tan comprometida. Al pensar en ello imaginó la reacción de los Alería cuando le pidieran explicaciones, y se le revolvió el estómago. Aunque intentó controlar el genio, no pudo reprimir el deseo de abroncarlo, aunque antes de decirle nada rebuscó las palabras más duras con la que poder encararlo.

- ¿Te has parado a pensar lo que harán los padres de ese joven si acabamos devolviéndoselo cadáver?

- Supongo que Javier Alería ya habrá pensado eso, y también su hermano. Lleva tiempo vigilando la casa de sus padres, y la de su abuela, los ha visto en innumerables ocasiones… si no se ha presentado es porque no lo ha creído conveniente —le replicó Paul, procurando un tono neutro que no lo enfadara aún más, aunque con la suficiente enfatización como para que entendiera que él no tenía responsabilidad alguna en las decisiones que tomaba David Alería.

- La verdadera responsabilidad es de Javier Alería —admitió el comisario tras un resoplo de apatía—. No sé cómo ha podido pegar ojo esta noche, dormir tan tranquilo al lado de su madre sin decirle que había pasado la tarde con su hermano.

- Cuando los padres averigüen eso, la fractura va a ser definitiva —opinó Frízer—. Eso no lo van a perdonar en la vida.

- Los padres tendrán que entender que lo hizo por su propia seguridad —lo defendió Paul.

- ¿Acaso saber que tu hijo desaparecido hace cinco años se encuentra bien los puede poner en peligro? —rechazó el comisario.

- Por lo que nos contó ayer David, cualquiera que se acerque a él está en peligro.

El comisario y Frízer compartieron una mirada a través del espejo, y después permanecieron durante un rato en silencio, reflexionando. Apenas había transcurrido un minuto cuando Albuena advirtió que Frízer meneaba la cabeza con indecisión, e imaginó que se debatía contra su propia incertidumbre. Sabía que sin la información que él atesoraba no podría atar cabos, y decidió adelantarle algo.

- Los técnicos han logrado descifrar unos códigos que David Alería tenía escondidos en una de las tarjetas que aparecieron en el trastero de Colmenar.

- ¿Unos códigos? —se revolvió Frízer, sumamente interesado, tanto que desatendió la conducción y se llevó unos bocinazos.
- Esos códigos permiten el acceso a unas hojas de cálculo.
- ¿Y las habéis encontrado? —supuso, lanzando a su hermano una mirada de entusiasmo.
- No, pero imagino que es lo que busca Rosales.
- Y eso es lo que hay en Lugo —intervino Paul, satisfecho al ver que ambos asentían enigmáticamente.

Cuando al fin se pudo bajar del coche en el aparcamiento de la comisaría, al ver que tanto su hermano como el comisario corrían hacia el ascensor a toda prisa sin preocuparse de él, sintió que salía airoso de aquel engorro, y se sonrió satisfecho, pese a que en ningún momento sufrió la menor atrición por haber permanecido fiel a la palabra que le había dado a David Alería. Encaraba ufano las escaleras, exhibiendo en el rostro la complacencia que le producía saber que el desenlace de aquella historia era ya inminente, cuando vio venir hacia él a Silvia, y se quedó paralizado, incapaz de responder a la sonrisa franca que le dedicaba la mujer ni al abrazo que le ofreció después, abarcándolo con ambos brazos como si temiera que escapara. Después se apartó para mirarle al rostro, y le acarició las mejillas.
- Menos mal que estás bien, menudo susto nos has dado —lo reprendió mimosamente, recomponiendo el gesto de inmediato a una expresión amenazadora, señalándolo con un dedo acusador—. Entra ahí, que tengo que interrogarte —ordenó secamente, señalando su despacho—. Ahora voy a hablar con el comisario.

Silvia se adentró en el despacho de Albuena, y cerró la puerta, dejando a Paul cariacontecido, intentando dilucidar si aquello era bueno o malo.
- Siéntate —le pidió Albuena al verla—. ¿Cómo va la cosa?
- Los tienen localizados —aseguró, acariciando un hombro a Frízer con afecto.
- ¿Y por dónde andan ahora?
- El de la moto ha logrado escabullirse en las inmediaciones de Tordesillas, pero no tardarán en dar con él.

- ¿Y el otro? —urgió el comisario al ver que no se decidía a compartir la información, un hecho que lo llevó a temer un fatal desenlace.

Silvia sacó su móvil y les mostró la aplicación de seguimiento.

- Al verse acosado ha tomado una desviación hacia la A-62, y ahora se dirige por la VA-515 hacia Medina de Rioseco —fue señalándoles con un dedo—. Han intentado retenerlo en las cercanías de Torrelobatón, pero no les ha dado tiempo a montar el operativo, además hay bastante circulación, y podría resultar peligroso.

- ¿Entonces? —preguntó el comisario, presto a colocarse las gafas para observar el mapa con detenimiento.

- Van a intentar detenerlo en un punto entre Castromonte y Valverde de Campos.

- Las únicas vías de salida son caminos agropecuarios —advirtió Frízer, cabeceando para reconocer lo acertado de la decisión.

- Si las vías rurales tienen buen firme de guijos, con ese vehículo… podría escabullirse… —rumió el comisario con fastidio.

- Hemos pedido que el helicóptero se centre en la moto, y tenemos dos drones sobrevolando el espacio, no irá muy lejos.

- ¿Ya les habéis advertido de que ese tipo puede ser peligroso?

- Saben que no se rendirá fácilmente —respondió ella—, y también se les ha advertido de que el de la moto es una víctima a proteger, espero que no acaben provocando una catástrofe.

- Bueno, pues ahora vamos a lo otro —dijo el comisario, colocando unos papeles sobre la mesa.

- ¿Qué es esto? —preguntó Frízer, sorprendido, pese a que era evidente que se trataba de las hojas de cálculo de las que le había hablado en el coche.

- Es lo que había en esa tarjeta. Como veis, las anotaciones hacen referencia a un sinfín de contratos de Defensa. Huelga decir que son absolutamente confidenciales —les advirtió, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, señalándolos con un dedo que no descendió hasta que les arrancó un cabeceo de asentimiento.

- O sea que es por eso por lo que no han querido decirme nada —murmuró Silvia, concentrada en las cuadrículas del gráfico—. ¿Y esas

referencias? —preguntó, señalando con un dedo los números que aparecían a la izquierda de la lista, pese a que ya lo imaginaba.
- Identifican a las empresas que trabajan con el Ministerio.
- ¿Y ellos ya saben a qué empresa corresponde cada anotación?
- Eso solo lo sabe David Alería, que es quien tiene los códigos de acceso al resto de información.
- Veo que son iguales —dijo Frízer, alternando un dedo entre las dos hojas.

El comisario sonrió al ver que no se había dado cuenta de lo que pretendía mostrarles, y miró a Silvia para ver si ella apreciaba la diferencia.
- Pero las cantidades no coinciden —le hizo ver ella entonces.
- ¡Exacto! —exclamó el comisario—. ¿Veis?, las fechas, los suministros, todo igual, pero la hoja oficial, la que manejaba Defensa, es esta —aseguró, punteando con un dedo una de ellas.
- Veo que las cantidades de material son inferiores.
- Siempre un diez por ciento —les hizo ver el comisario.
- Sin embargo —advirtió Frízer—, el importe resultante es mucho mayor.
- Un diez por ciento —repitió Albuena, sonriendo abiertamente al ver que entendían qué significaba aquello.
- Si esto es cierto, podríamos estar hablando de muchos millones —barruntó Silvia, estupefacta—. No me extraña que esa gente haga lo que sea para que esto no salga a la luz.
- No podemos aventurar si estas empresas están implicadas, si las han extorsionado de algún modo, o simplemente han sido engañadas, de eso se encargará Defensa, pero si en algún modo están implicadas en esta trama, harán lo que sea para que estos papeles no lleguen a manos del Ministerio.
- ¿Y quién es esa gente? —se peguntó Frízer.
- Para eso vamos a tener que ir a Lugo —opinó Silvia.
- ¡Me cago en la puta!, me da que ese joven no es del todo consciente de a qué se enfrenta —lamentó el comisario.
- Yo creo que es plenamente consciente —repuso Silvia—, por eso lleva escondiéndose tanto tiempo.

Los tres llevaron la vista hacia la puerta al ver que alguien llamaba, y se quedaron mirando a Paul, que asomaba tímidamente para decirles que tenían visita.

Albuena supuso que quien aguardaba era el capitán García, y se levantó para recibirlo. Sin embargo, la sonrisa se le congeló en una mueca de asombro cuando vio que quien aparecía por la puerta era Mateo Alería. Luego, al ver que su esposa aparecía tras él, además, acompañada por su hijo, sintió tal tembleque en las piernas que tuvo que dejarse caer sobre la silla.

# 37

Silvia llevaba más de una hora encerrada en su despacho, soltando suspiros lentos y pesados, cada uno más largo que el anterior, poniendo a prueba su paciencia. El comisario había desaparecido rumbo a un almuerzo con el capitán García en cuanto pudo convencer a los Alería de que lo mejor era que se marcharan a su casa. No resultó fácil, pero una insinuación oportuna había hecho ver a Mateo Alería que lo que había hecho su hijo era un delito muy grave, y tanto él como su esposa habían entendido que les convenía ser prudentes y dejarlos trabajar. Albuena se lo había confesado con una pizca de pena antes de marcharse, quizás para purgar sus remordimientos. Además, Mark se había ido a llevar a su hermano a su apartamento para quitárselo de encima, pero todavía no había regresado. Sobre su mesa, los bocadillos que había pedido para el camino perdían el calor poco a poco, lo que provocaba que el aroma que exhalaban se fuera apagando peligrosamente. De vez en cuando les lanzaba unas miradas dubitativas, sin decidirse a meterles mano, pero los borborigmos de sus tripas eran tan molestos que acabó sucumbiendo a la tentación. Mientras masticaba con fruición el exquisito bocadillo de tortilla de jamón, cayó en la cuenta de que Mark podría comerse su bocadillo en el coche, aunque eso la obligara a ella a conducir, y con ese pensamiento interesado dio cuenta del resto del improvisado almuerzo, así como de un refresco de naranja y un pastelillo de hojaldre que sacó de la máquina expendedora de colesterol que había en la sala de espera. Cuando Mark apareció, cerca de media hora más tarde, la encontró repantigada en su silla, con las piernas sobre la mesa y los ojos fijos en la pantalla, observando el mapa que se mostraba desde más de un metro de distancia.

- ¿Alguna novedad? —preguntó por saludo.

- David Alería ha logrado despistarlos en Medina de Rioseco, pero Rosales se ha visto obligado a abandonar el vehículo poco antes de llegar a Castromonte, y se ha internado en una zona boscosa, a orillas del río Bajoz.

- ¿Cómo que David Alería ha logrado despistarlos? —gruñó enfadado.
- Parece ser que no era Rosales quien perseguía a David Alería, sino al contrario —dijo ella en un susurro tras quitar las piernas de la mesa, aunque sin apartar la vista de la pantalla, y señalando esta con un brazo en alto.

Frízer se incorporó sobre la mesa para observar lo que señalaba, y después se giró despacio para mirarla a ella, que asentía como si estuviera balanceándose en una mecedora, sumida en una introversión inaudita.
- ¿Entonces? —apremió al ver que no decía nada.
- Lo de Lugo no ha sido más que una trampa en la que al parecer Rosales ha caído como un tonto —conjeturó Silvia.
- Si eso es así, la moto tiene que estar en este bosque —supuso Frízer, señalando la imagen aérea que mostraban los monitores.
- Me da que lo ha llevado a un lugar así para capturarlo.
- Tiene sentido, si hubiera querido matarlo, podía haberlo hecho hace meses.
- Está claro que ambos se necesitan con vida —musitó, pensativa.
- David Alería quiere saber quién maneja los hilos de todo esto, y eso solo lo sabe Rosales…
- Y Rosales necesita las claves que le permitan recuperar el dinero, y eso solo lo sabe David Alería.
- Entonces, ¿qué hacemos ahora?
- No tiene sentido que vayamos hasta allí —opinó ella, señalándole el bocadillo con los ojos.

Frízer no lo dudó, y aprehendió el bocata de un zarpazo. Durante unos minutos se dedicó en exclusiva a devorarlo, mientras Silvia observaba con detenimiento la zona boscosa en la que Rosales se había internado, y muy probablemente, también su perseguidor, David Alería. Siguió con la mirada los surcos de los tractores, los riachuelos, las sendas marcadas por cazadores y excursionistas o las veredas entre lindes, pero por más vueltas que le daba al mapa, no lograba entender qué pretendía David Alería si en verdad había llevado a Rosales hasta allí, a no ser…

- ¿Qué ocurre? —preguntó Frízer al ver que se incorporaba de un salto.
- ¿Y si David Alería ya había visitado esa zona boscosa anteriormente?
- ¿Piensas que puede haber preparado un escenario para cazarlo?
- Y puede que quizás no lo preparara para él solo, sino para todo el comando.
- Joder, si eso es así, y ahora solo queda Rosales, lo va a cazar como a un conejo.

Frízer sacó su móvil y llamó al comisario para exponerle las conjeturas, dando por hecho que ordenaría alertar a los agentes que vigilaban la zona, no fuera a ser que estuviera plagada de trampas y alguien acabara malherido… o algo aún peor.
- ¿Habéis salido ya? —preguntó el comisario.
- Íbamos a salir ahora, pero no creo que lleguemos a tiempo.
- Además, tampoco creo que vuestra presencia allí vaya a servir de nada —admitió el comisario—. Accedí porque Silvia se empeñó en que ella podría ablandar a Rosales en caso de que la cosa se complicara, pero he estado pensando en ello, y ahora no me parece una buena idea.
- Tampoco se lo parece a ella ahora que hemos llegado a una conclusión interesante —le dijo Frízer.
- ¡Comisario! —alzó ella la voz hacia el teléfono—, creemos que David Alería ha llevado allí a Rosales premeditadamente, y que es muy probable que haya preparado el terreno durante largo tiempo para darle caza.
- El capitán García y yo hemos llegado a la misma conclusión, por eso se ha ordenado que se desplace hasta el lugar un comando de las fuerzas especiales.
- Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Frízer.
- Quiero que vayas allí y te asegures de que cuando ese muchacho sea capturado acabe en nuestra comisaría, porque lo que es seguro es que no vamos a volver a ver a Rosales, y no me extrañaría que lo que se pretenda es que no salga de allí con vida.
- Muy bien, entonces salgo para allá ahora mismo.

- Comisario —irrumpió Silvia antes de que colgara—, ¿qué resultado ha dado el interrogatorio a Ambrosio Serrano?
- El capitán García me ha dicho que se ha mostrado colaborador, aunque me ha asegurado que no ha contado nada que no hayamos averiguado ya.
- ¿Y qué ha dicho sobre ese supuesto jefe, ese al que David Alería está buscando con tanto ahínco?
- Desconoce su identidad. Asegura que es Rosales el único que contactaba, y que ellos se limitaban a seguir las órdenes.
- O sea que lo del Tiger es cierto —dijo Frízer.
- El helicóptero lo utilizaron solamente para simular el accidente y poder desaparecer. El capitán me ha comentado que lo que más ha llamado su atención es el hecho de que Serrano se haya mostrado muy sorprendido cuando se le ha insinuado que el aparato aún estaba en activo. Asegura que las órdenes eran deshacerse del Tiger tras la simulación del accidente, pero que eso no era cosa suya.
- Entonces, ¿quién se encargó de que acabara en manos de Hezbolá?
- Eso tendríamos que preguntárselo al piloto.
- Me temo que tienes razón —le dijo Silvia—, ese pobre desgraciado no va a salir de ese bosque con vida.
- ¿Y a los otros soldados, han podido sacarles algo?
- Nada, eran unos sicarios venezolanos a los que se les había hecho creer que trabajaban para el Ejército español. Les habían preparado un cuartelillo en la nave de Paracuellos, y allí pasaban las horas cuando no estaban persiguiendo a David Alería.
- Y los otros, ¿dónde vivían? —se interesó Silvia—. Allí podría aparecer información interesante.

El mutismo del comisario les hizo creer que nadie hasta ese momento había caído en la cuenta de eso, y aguardaron expectantes a que respondiera. Solo se oyó un resoplo al otro lado de la línea, y después unos agudos pitidos. Ambos se encogieron de hombros, y se pusieron en pie.
- Ya tomaremos café por el camino —le dijo Frízer, haciéndole ver que no dudaba de que ella iba a acompañarlo.

- No sé… —suspiró ella, pese a que echó mano al bolso y salió pitando al pasillo— . ¿Tienes chalecos? —preguntó, girando la cabeza hacia atrás para mirarlo al tiempo que avanzaban a paso ligero camino del ascensor.
- Solo uno, el Rabintex oficial.
- Suficiente, porque pase lo que pase, tú te quedarás en el coche.

# 38

El teniente al mando de la operación se mostraba ufano, mirando hacia el bosquecillo con ese aire de suficiencia que otorga el poder de las armas. No pensaba tener que utilizarlas, pues los objetivos ya estaban localizados en un área no superior a un kilómetro cuadrado, y el único problema era que se trataba de una zona sinuosa de maleza salvaje, a orillas de un río que los malos podían atravesar a pie fácilmente. No obstante, a menos de cien metros de las orillas no se veían más que campos dorados en los que faenaba maquinaria agrícola, remolques tirados por tractores que se afanaban en recoger la paja que habían dejado atrás las enfardadoras. Llevó la vista hacia los nubarrones que se desplazaban a gran velocidad desde el norte, y miró a uno de sus subordinados, un sargento de porte atlético que lo observaba a él con una sonrisa pintada en los labios, diríase que encantado de poder participar al fin en un operativo que los apartara de la rutina.

- Debemos darnos prisa, esto puede ponerse feo en menos de media hora.

- Acaban de confirmar que en una pequeña localidad llamada Velliza ha dejado más de veinte litros, deben de andar achicando agua con cubos.

- Pues aquí no va a ser menos, menudos nubarrones. —Alzó un brazo, señalándolos en la distancia para refrendar lo evidente, y después se giró para mirarlo con un gesto de extrañeza—. ¿Los medios aéreos? —preguntó al caer en la cuenta de que no se oía el helicóptero.

- Han tenido que regresar a la base, con este aire…

- Bueno, no importa, de ahí no van a salir por su propio pie.

- Lo que me preocupa es que no atiendan a razones, ya sabes que las órdenes son capturarlos con vida, y si se muestran violentos... además, no sabemos con qué armas cuentan.

- Hombre, no creo que manejen armamento pesado —bromeó.

- Eso espero —murmuró el sargento, meneando la cabeza en gesto de duda.

- A ver… ¿qué te preocupa? —preguntó el teniente con aire paternalista.
- Si alguno de ellos contara con un lanzagranadas…
- Quizás el de la moto llevara uno escondido en las alforjas —repuso con aire burlón.
- Es cierto —admitió, participando de la guasa de su superior—. Y el otro tuvo que abandonar el coche a pie, quizás ni vaya armado.
- De todos modos no os fieis, los dos tienen formación militar, y amplia experiencia en misiones en el extranjero.

Un trueno en la distancia los sobresaltó. El sargento dio una palmada hacia los hombres, que aguardaban a apenas diez metros, charlando animadamente tras los vehículos, y les soltó una pequeña monserga para que no se dejaran llevar por la euforia.
- Lo dicho —Volvió a dar otra palmada—, los fugitivos tienen formación militar, probablemente más que nosotros, o sea que andaos con cuidado, y a la menor duda, apretad el gatillo.
- Pero no olvidéis que las órdenes son capturarlos con vida —advirtió el teniente.

Los soldados se dispersaron de inmediato por la orilla del río, unos por el norte y otros por los flancos de la ribera, sin llegar a internarse en la espesura, y fueron haciendo una pinza que obligara a los fugitivos a retirarse hacia el sur, donde la maleza daba paso a unos labrantíos yermos en los que podrían darles caza fácilmente. Esa era la teoría, el sencillo plan elaborado por el teniente, pero ahora que enfilaban el sendero con las armas al frente, sin más protección que los troncos de los fresnos y las encinas tras los que se cobijaban, acompañados además por el inquietante centelleo del cielo, aquello cobraba una dimensión menos amable que la que habían recreado en sus ensoñaciones, provocándoles una inquietud que se les había instalado en la garganta como una molesta flema. A ello contribuía la cerrazón repentina que había traído consigo la inminente tormenta, que había dejado el encinar sumido en una profunda oscuridad. Unos a otros iban haciéndose señas alternativamente para ir avanzando en un zigzagueo perfecto que los llevaba de tronco en tronco, sobresaltados a cada instante por los

crujidos que el vendaval provocaba en el ramaje, oteando entre los arbustos en busca de su objetivo, hasta que la maleza se enselvó de tal modo que no tuvieron más remedio que agruparse para reorganizar la marcha.

- Si nosotros no podemos pasar, ellos tampoco —los animó el sargento, tocándose el auricular de la oreja para que estuvieran alerta a sus indicaciones, señalando una pequeña senda marcada en la hierba que discurría paralela al río.

Los soldados asintieron, y reemprendieron la marcha por el sendero, atentos a lo que ocurría al frente. El cielo se había oscurecido de tal modo que se vieron obligados a ralentizar el paso, temerosos de tropezar con las raíces que surcaban la senda. Algunas eran gigantescas, como troncos a ras de suelo, otras semejaban serpientes petrificadas, pero la mayoría estaban cubiertas por frondosas enredaderas que los hacían tropezar a cada instante. Aquello provocaba la risa a algunos soldados, aunque el sargento no reconvino la temeridad porque el ruido del aire enmascaraba cualquier otro sonido. Luego también rio él al ver que avanzaban alzando los pies, anadeando como patos para evitar las raíces, una circunstancia que no habían previsto en su adiestramiento, pero que a partir de ahora debería incluir en el programa.

Ya habían recorrido más de la mitad de la zona boscosa sin avistar nada extraño cuando el viento les trajo el característico petardeo de una motosierra. Los soldados se miraron unos a otros, contrariados, algunos levantando la vista para observar la altura de los árboles, temerosos de que la táctica de los fugitivos fuera derribar algún árbol para cortarles el paso, o algo aún más macabro: que quisieran aplastarlos con el ramaje. Advertir que se trataba de encinas de poca altura, y que, además, el sonido llegaba desde cierta distancia, provocó más de un suspiro de alivio, y también los refunfuños del sargento, que no tuvo la menor duda de que aquello no era una motosierra, pues estas no se desplazaban a la velocidad del viento.

- ¿Qué ocurre? —clamó el teniente al ver que el sargento lo llamaba por la radio.

- Señor, hemos oído a una moto alejarse, me temo que uno de los fugitivos venía preparado.
- Joder, estamos sin medios aéreos.

El teniente dejó al sargento con la palabra en la boca y se subió a uno de los vehículos. En dos minutos había rodeado el bosquecillo, pero se vio obligado a detenerse a orillas del río. Entonces abandonó el todoterreno y observó lo que ocurría en la distancia con unos prismáticos. No tardó en avistar a una motocicleta que petardeaba entre los campos, camino a un promontorio al que no podrían acceder con los vehículos que contaban. No dedicó tiempo a lamentaciones, sabía que eso no servía para nada. Se subió de nuevo al vehículo y regresó a toda velocidad. En cuanto puso un pie a tierra se enfundó un chaleco y cogió un arma, dispuesto a internarse en el bosquecillo tras su Unidad. El ruido del viento impedía oír cualquier otro sonido que no tuviera que ver con la tormenta, por lo que se vio obligado a pedir al sargento que lo guiara por la radio. Al fin, unos minutos después, logró encontrarlos en un encinar, charlando de trivialidades como si aquello fuera el descanso de unas maniobras.

- Teniente —brincaron al verlo, poniéndose en pie de un salto.
- Creo que el que se ha largado con la moto es el joven —le dijo al sargento, sonriendo nervioso por el susto que le había dado—. Ese tipo nos ha traído hasta aquí con una finalidad, por eso tenía todo preparado para la huida.
- ¿Crees que quiere que nos carguemos al otro?
- Podría ser, pero más bien pienso que le hemos frustrado los planes.
- Entonces, ¿qué hacemos?
- Vamos a por el otro, no tiene que andar muy lejos, además, con toda seguridad se encontrará herido, el batacazo que le ha dado al Audi ha sido de órdago.
- Lo más probable es que el de la moto se lo haya cargado antes de huir —opinó uno de los soldados.

El teniente se volvió para mirarlo y, tras un instante dubitativo, asintió.

- De todos modos, andaos con cuidado.

El hombre señaló el sendero, y avanzaron muy atentos, hasta que alcanzaron un pequeño claro donde parecía que alguien hubiera encendido un potente foco. Advirtieron con gran contento que la tormenta se desplazaba hacia al oeste, pues ya se temían un chaparrón que los calara hasta los huesos, pero el teniente acalló la algarabía de un rugido, señalando al frente para que avanzaran. Ya se aproximaban al final del bosquecillo cuando vieron a uno de los fugitivos que intentaba cruzar el rio por una zona poco profunda, y le dieron el alto, una orden que fue acompañada de inmediato por varios disparos de advertencia que se perdieron por las orillas. El hombre se giró bruscamente y alzó un brazo hacia la espesura, paseando un arma nerviosamente en busca de la amenaza. Poco después vació el cargador sobre la maleza, obligándolos a echarse a tierra. Una segunda advertencia acompañó a otro disparo, pero el fugitivo no hizo caso, y se dispuso a recargar el arma. Un nuevo disparo, solitario, le ardió en una pierna. El viento les trajo un aullido seco, ahogado, y después el estrépito del cuerpo al caer al agua. Antes de que el fugitivo pudiera incorporarse, dos manos ciclópeas lo agarraban de ambos brazos y lo arrastraban a la orilla. Pese a los gestos de dolor, el tipo sacó fuerzas para encararse a sus oponentes, pero un guantazo certero le quitó las ganas de continuar gritando. Del bosquecillo salió como un saco, a rastras. En ese pequeño lapso apareció una de las ambulancias que estaban preparadas a apenas dos kilómetros del escenario, y subieron al herido a una camilla.

El teniente sacó su móvil, y llamó al capitán García para darle novedades.

# 39

El comisario soltó un suspiro que el capitán García no supo interpretar. En la distancia había podido ver que el gesto de Albuena se relajaba conforme avanzaba la conversación que acababa de mantener con sus subordinados, pero al colgar, el rostro se le había tensado hasta conformar una expresión inescrutable. Ahora, al regresar a la mesa, lo único que pudo extraer de aquel mohín inaudito es que debía de haber recibido malas noticias. Por un momento temió que Xaime Varela hubiese acabado con la vida de David Alería, pero aquel agorero presagio no se veía refrendado por la chispa que destellaban sus ojos, y como no se le ocurría nada que calmara su propia incertidumbre, se vio en la necesidad de preguntarle.

- ¿Malas noticias? —musitó, pensando que una inflexión suave atemperaría los efectos de una posible indiscreción.

Albuena respiró hondo, como midiendo cada palabra que pasaba por su cerebro antes de soltarla, si bien sonrió para tranquilizarlo, negando con un movimiento casi imperceptible.

- Tenemos que darnos prisa —le dijo, haciendo que el capitán se retrepara en la silla para hablarle en voz baja, oteando hacia las mesas contiguas para asegurarse de que nadie los escuchaba.

- ¿Están atando cabos? —dedujo, apretando los puños al ver que Albuena asentía— . ¿Y no puedes pararlos hasta que terminemos?

- Los he enviado a Castromonte.

- Allí no pintan nada, los cuerpos especiales ya los tienen acorralados.

- No parece que se hayan tragado que no hayáis podido sacar a esos tipos dónde vivía Xaime Varela, la inspectora Rodríguez acaba de preguntarme por ello.

- ¿No les has dicho que vivían en la nave que voló por los aires?

- Ellos saben que esos tipos no podían vivir ahí, llevan dos años detrás de ese muchacho, y en la nave llevaban apenas unos meses.

- Los técnicos no pueden aventurar el tiempo que van a tardar en entrar en los teléfonos, además, siempre cabe la posibilidad de que

no lo consigan.
- Pues hay que meterles prisa.
- Es mejor que las cosas sigan su curso, si no, alguien podría sospechar.
- Quizás nos veamos abocados a hacer eso, soltar migajas a ver si alguien se pone nervioso y hace algún movimiento extraño.
- Quien sea sabe lo que hace, y, sobre todo, sabe que mientras no capturemos a Xaime Varela, estará a salvo.
- Pues habrá que capturarlo, pero con vida.
- Esos hombres saben lo que hacen, además, no aceptarán una orden que no salga de mi boca —dijo, sonriendo con malicia.
- ¿Estás actuando a espaldas del coronel Fernández Moro? —entendió el comisario, mirándolo con asombro al ver que asentía—. Te vas a meter en un lío.
- No quiero que lo sepa ni el ministro, es el único modo de garantizar que no haya filtraciones.

El capitán se revolvió al ver que su teléfono vibraba en el bolsillo, y se apresuró a cogerlo para consultar la pantalla.
- Es del operativo —dijo con entusiasmo. Después tuvo el detalle de activar el altavoz para que Albuena pudiera oír las buenas noticias—. ¡Teniente!
- Capitán, hemos logrado capturar a uno de los objetivos.
- ¿Y?
- Se ha resistido, no hemos tenido más remedio que neutralizarlo.
- ¿Y cómo se encuentra, cojones? —gruñó con impaciencia.

«Que cómo se encuentra», oyó que le preguntaba a alguien, imaginando a un sanitario. «Va camino del HURH, allí le darán el parte», le respondió alguien en un refunfuño airado.
- Señor, va camino del Hospital Universitario Río Hortega, en Valladolid.
- ¿Pero está vivo? —alzó la voz, encorajinado.
- Cuando lo han subido a la ambulancia mostraba signos de consciencia, de hecho, no paraba de mentar a mi madre —se atrevió a vacilarle, convencido de que el capitán se pondría bien contento con lo acontecido.

- ¿Y de quién se trata?
- No es el joven al que buscan, capitán, este debe de rondar los cuarenta, si no más.
- ¿Y qué ha sido del de la moto?
- Lo tenía todo preparado, señor. Creemos que nos ha llevado hasta allí para que cazáramos a su perseguidor y poder librarse de él.
- ¿Me estás diciendo que ha logrado huir como si nada? —explotó, lanzando a Albuena una mirada feroz de ojos centelleantes.
- Tenía preparado un vehículo en el bosque. Hemos podido ver que huía en una pequeña motocicleta de esas de trial y se perdía entre los campos en dirección oeste.
- ¿Y los medios aéreos?
- Tuvieron que retirarse, señor, amenazaba tormenta y los vientos eran muy fuertes. Ahora que la tormenta se ha desplazado vamos a peinar la zona con los drones, pero mucho me temo que ya se haya desecho de la moto y haya cambiado de vehículo. Además, oscurecerá en unos minutos.
- Muy bien, acordonad toda la zona en un radio de veinte kilómetros, y registrad hasta el último vehículo que pase por allí.

Mientras el capitán terminaba de recibir novedades, Albuena se alejó unos metros y llamó a Frízer.
- ¡Comisario! —respondió él de inmediato.
- ¿Por dónde andáis?
- En la AP-6, a la altura de… Pinar de Puenteviejo.
- Bien, seguid hasta Tordesillas, y de ahí tiráis para Valladolid. Quiero que vayáis al Hospital Universitario Río Hortega.
- ¿Y qué hay allí? —preguntó Silvia en un grito, alarmada.
- Han capturado a Rosales, pero ha resultado herido. Ahora lo llevan hacia el hospital.
- ¿Y David Alería?
- Ha vuelto a escaparse.

El comisario oyó a Silvia desinflarse en un suspiro de alivio. No se lo reprochó, pues él mismo había temido que aquella operación acabara con la vida del muchacho. Mejor que hubiera escapado de nuevo a que ahora tuvieran que lamentar su muerte. Cada vez que

hacía aquella evocación le venía a la mente el momento en que los padres aparecieron en su despacho, y se imaginaba hundido en la silla, atravesado por sus miradas, intentando discurrir el modo de darles semejante noticia. Por fortuna, de momento, otro día a salvo.

- ¿Qué quieres que hagamos en Valladolid? —preguntó Frízer—. Si está herido, lo más probable es que no nos dejen interrogarlo.

- No volváis de allí sin averiguar para quién trabaja, aunque tengáis que torturarlo.

- Muy bien —le cortó Silvia—, le mantendremos informado.

El comisario se guardó el teléfono y alzó la vista, momento en que advirtió que el capitán lo miraba.

- ¿Alguna novedad?

- Los he enviado al hospital, quiero que interroguen a Xaime Varela antes de que alguien intente quitarlo de en medio.

- Por eso no debes preocuparte, he dado orden de que no lo dejen ni un momento a solas.

- En fin… —dijo Albuena, resoplando con desaliento—. Si hemos perdido otra vez a ese joven, ya no podemos hacer otra cosa que aguardar acontecimientos. Espero que Xaime Varela nos diga qué le ha dicho, si no, me temo que no vamos a poder impedir que se cargue a alguien.

El capitán asintió, y se puso en pie para pagar la cuenta. Después, al salir a la calle, se ofreció a llevarlo a su casa. Albuena aceptó encantado, y se subió al coche oficial del Ministerio con la misma sensación de euforia que experimentó un día que lo invitaron a una recepción en la Comisaría General y le enviaron a un chófer para recogerlo. Imaginó la cara de su esposa cuando apareciera en la puerta con aquel cochazo negro, y se le avivó la sonrisa. El capitán supuso que andaba perdido en la recreación de lo ocurrido en el bosquecillo, y se enfrascó en una animada conversación que los llevó hasta la otra punta de la ciudad sin apenas darse cuenta. Ya alcanzaban la casa cuando Albuena recibió una nueva llamada, e imaginó que se trataba del juez Castillo, al que había prometido llamar para mantenerlo al día de los acontecimientos. Aceptó la

llamada sin mirar quién era su interlocutor, de modo que cuando oyó la voz de Silvia se quedó contrariado.
- Sí, soy yo —dijo.
- Comisario, estamos en Valladolid, acabamos de llegar al hospital.
- ¿Habéis podido ver a Rosales? —dijo con entusiasmo, retrepándose en el asiento para celebrarlo.
- Lo van a llevar a quirófano, al parecer tiene una bala incrustada en el cuádriceps de la pierna izquierda.
- Quiero que habléis antes con él, si lo operan no tendremos otra oportunidad hasta dentro de un par de días, y no podemos esperar tanto.
- El problema es que hay dos gorilas en la puerta que no nos dejan pasar. Ya hemos tenido un ligero encontronazo, pero es que ellos también van armados, y aquí todo el mundo está muy nervioso.
- ¿Y quiénes son esos tipos? —clamó, mirando al capitán con estupor.
- Son dos soldados, pero el que manda es un teniente que ahora está con Rosales. Es el que ha dado orden de que no se le acerque nadie.

Albuena se retiró el teléfono de la oreja y se quedó mirando al capitán. Después le ofreció el aparato.
- Es la inspectora Rodríguez, dice que dos soldados no los dejan ver a Rosales, bueno, a Xaime Varela.

El capitán cogió el teléfono y le pidió a la inspectora que se lo pasara a uno de los militares. Unas palabras para identificarse y un par de ladridos fueron suficientes para hacer valer sus galones. Los soldados se apartaron, y les dejaron encarar el pasillo. Silvia se adelantó, ansiosa por poder ver a Rosales, con una sensación contradictoria, emocionada y enfadada a un tiempo, pero preparada para soltarle un montón de reproches, todos los que tenía acumulados desde que se enteró de que toda su vida había sido una farsa. Cuando alcanzó la habitación entró como una exhalación, y se plantó ante la cama con los ojos clavados en el rostro del paciente, que la miraba a su vez con indiferencia. Poco después salió al pasillo, y se llevó el teléfono a la oreja.

- ¿Comisario?
- Soy el capitán García, el comisario está aquí a mi lado, la escuchamos.
- Capitán, este tipo no es Rosales, nos la han jugado.
- Entonces, ¿de quién se trata?, ¿otro sicario venezolano?
- Este no tiene pinta de venezolano —repuso ella, extrañada—, más bien parece polaco.
- Páseme con el teniente, por favor.

Silvia se adentró de nuevo en la habitación, ofreciéndole el aparato al teniente. Al ver que el hombre la miraba con una sonrisa de tonto, se enfurruñó, tendiéndole el móvil con insistencia.

- Es el capitán García, quiere hablar con usted —le dijo al ver que persistía en sus dudas.

El teniente cogió el aparato con apremio, y se lo llevó a la oreja.

- A sus órdenes, mi capitán —rugió de inmediato.
- Averigüe quién es ese hombre de inmediato, si hace falta póngale una pistola en la frente.
- A la orden, señor, procedo.

El teniente siguió las órdenes con la literalidad acostumbrada, y desenfundó el arma para colocarle el cañón en la frente al detenido sin el menor cuestionamiento. El paciente desorbitó los ojos, temblequeando, boqueando como un besugo.

- Filiación, rápido, el capitán aguarda —gruñó entre dientes, acercándole el teléfono a la boca.
- Fernando Martínez Soler —dijo el herido.
- ¿Y quién cojones es ese? —preguntó Albuena, mirando al capitán con desconcierto al ver que el hombre se echaba las manos a la cabeza.
- Alexander Barta García, ¡el piloto del Tiger! —respondió el capitán en un gruñido, encorajinado.

El herido se revolvió al oír aquello, e intentó arrebatarle el arma al teniente aferrándola con ambas manos, pero en el forcejeo se disparó, dejándole una aureola negra en la frente y los brazos laxos, colgando a ambos lados de la camilla. Albuena y el capitán oyeron por el altavoz el disparo, y al instante los gritos de alarma de Silvia,

y después voces alteradas y pasos acelerados, hasta que el teniente pudo recuperar la calma y se llevó el teléfono a la oreja para dar novedades.

- Señor, lo siento, ha intentado quitarme el arma y se ha disparado.
- ¿Te lo has cargado? —dejó escapar en un susurro irreflexivo.
- Bueno, sí —titubeó—. Me temo que ya no vamos a poder interrogarlo.

El capitán alzó un brazo muy lentamente para devolverle el aparato a Albuena, y cuando él lo cogió, se llevó las manos al rostro, apretándose los labios con fuerza para contener el alarido que amenazaba con explotarle dentro, pero que a la postre explotó como una bomba.

- ¡Me cago en mi puta vida!, ¿pero cómo pueden ser tan inútiles?

El exabrupto tronó por el vehículo como un trueno de tormenta, provocando que el chófer, que andaba a sus cosas, pensara que un camión se les venía encima, dando un volantazo que catapultó a los ocupantes traseros contra la puerta. El susto les vino bien, o eso al menos pensó el chófer cuando lanzó un vistazo al retrovisor y los vio uno encima de otro, intentando recoger el móvil, que se había perdido bajo los asientos. Cuando Albuena logró recuperarlo, la comunicación ya se había cortado.

- Ordene a sus agentes que mantengan esto en secreto —pidió el capitán, cavilando a toda pastilla—. De momento, nadie debe saber que hemos capturado a ese tipo, y mucho menos que nos lo hemos cargado.
- ¿Y qué piensa hacer? No podremos mantenerlo en secreto por mucho tiempo, hay mucha gente involucrada…
- No debe preocuparse por eso, yo me encargo. Además, de momento, nadie sabe quién es ese tipo. Si hay recelos, divulgaremos que se trata de uno de los sicarios venezolanos, y si es necesario, diremos que falleció en quirófano.
- ¿Y qué pensarán de eso sus superiores?
- Ya informaré al coronel Fernández Moro cuando todo esto acabe.
- Está bien —claudicó Albuena—. Lo dejo en sus manos.

# 40

Tras los sucesos del día anterior y el consiguiente duermevela que le había provocado aquel fiasco, Albuena apareció en la comisaría con los ojos enrojecidos y la piel pálida, como si le faltara vida. Su aspecto atildado y su pelo repeinado no eran suficientes para enmascarar la expresión de agotamiento que llevaba pintada en la cara, como si una vida de excesos le hubiera pasado factura de repente. Los saludos de los agentes con los que se cruzó se limitaron a un leve mugido, y las respuestas un mimético gesto que le hizo ver que allí todo el mundo estaba ya al tanto de lo ocurrido. Se encerró en su despacho y giró las cortinillas para poder abstraerse de todo cuanto ocurriera en el pasillo. Estuvo tentado de llamar al inspector Frízer, pero un momento de cavilación lo llevó a imaginarlo al volante, junto a Silvia, de vuelta de Valladolid, y decidió aguardar a que aparecieran por la comisaría. Se debatía contra su propia indecisión, aferrado al teléfono, sin terminar de resolver si era mejor llamar a los Alería para a mentirles, o sea, decirles que no debían preocuparse, o llamar al capitán con la excusa de comentar los pormenores del desastre para saber de primera mano si había logrado mantener lo acontecido en secreto. Poco después, el teléfono comenzó a acalambrarle la mano, y se lo llevó a la cara con apatía, sin mirar siquiera de quién se trataba.

- Señor, acabamos de recibir los datos de la operadora telefónica.
- ¿Qué datos? —preguntó, sorprendido.
- Los datos de las tarjetas SIM que aparecieron en el local de Colmenar.

Albuena se retrepó para recomponer postura, sacudido de repente como si lo hubieran despertado lanzándole un cubo de agua fría. Su interlocutor imaginó por su respiración agitada que ya había caído en la cuenta de a qué se refería, y continuó:

- De la información se deduce que ese tipo intercambiaba las tarjetas cada vez que llamaba a ese número, y hay mensajes de texto, no encriptados propiamente, pero sí codificados, vamos, que

no se puede acceder a la información sin un patrón más completo. ¿Sigue ahí, señor?
- Sigo aquí —musitó Albuena, tamborileando los dedos sobre la mesa al tiempo que dejaba que su imaginación recreara a David Alería cambiando las tarjetas para despistar a Rosales.
- La mayoría de las llamadas nos dirigen a una antena situada al oeste, en Pozuelo de Alarcón. Según veo en el mapa, está situada en la calle Carrera Cañada, en el número veinte.
- ¿Dónde exactamente? —preguntó Albuena, presto a consultar la aplicación de Google Maps—. Pásame las coordenadas.
- Se trata de una urbanización situada al oeste de la M-40. Las coordenadas son… 40.410928, -3.82285.

Unos cuantos cliqueos y varios suspiros de impaciencia precedieron a un nuevo refunfuño del comisario.
- ¿Y no se puede concretar más? —protestó al ver que se trataba de una zona extensa, con centenares de casas desperdigadas por varias urbanizaciones.
- Todas las comunicaciones nos llevan a esa zona, pero eso solamente indica que el receptor se encontraba a menos de trescientos metros de esa antena en la fecha en que se produjeron esas llamadas, la última hace seis días. Ahora podría encontrarse en cualquier parte.
- O sea que lo único que podemos hacer es llamar nosotros y rogar a la providencia que nos respondan.
- Así es.
- Antes deberíamos tener preparado un operativo por la zona. ¿De cuánto tiempo disponemos desde el momento en que respondan?, si es que lo hacen.
- En el instante en que descuelgue sabremos dónde está, lo malo es que dependiendo de dónde sea, el operativo podría tardar en acudir.
- Si ha llamado en otras ocasiones desde esa localidad, lo más probable es que continúe allí. Y aunque lograra huir, siempre podríamos registrar la casa, eso sería un gran avance.
- Entonces, si lo aprueba, aguardamos a que esté listo el operativo.
- Voy a dar las órdenes, estad atentos.

Albuena hizo imprimir un mapa de la zona en formato DIN A3, sin caer en la cuenta de que la única impresora de ese tamaño en toda la comisaría se encontraba en el departamento de Telemática. Como Silvia aún no había llegado, tuvo que ponerse en pie para acudir personalmente a recogerlo. Pese a que el pasillo apenas lo distaba diez metros, cuando llegó, García ya alzaba el plano con ambas manos, sorprendido al ver que se trataba de parte de la urbanización La Finca, una de las más selectas de la capital.

- Trae eso aquí —le dijo Albuena, arrancándoselo de las manos.
- ¡Las casitas de La Finca están sobrevaloradas! —le gritó cuando ya se alejaba por el pasillo.

El comisario le soltó un gruñido por respuesta, y regresó a toda pastilla a su guarida. En cuanto se hubo enclaustrado de nuevo apartó de un manotazo todos los cachivaches y carpetas del escritorio, y desplegó el papel sobre la mesa, observándolo con detenimiento durante un buen rato. «Escala 1:10000», se dijo a sí mismo cuando cayó en la cuenta de que la antena estaba situada al oeste de la autovía M-40, junto a una subestación eléctrica, y que las únicas casas que podían entrar dentro de un radio de trescientos metros se encontraban al oeste de esa antena, afortunadamente, fuera de esa urbanización de lujo. Entonces rebuscó en uno de los cajones un compás y una regla, y dibujó alrededor de la antena un círculo de tres centímetros de radio. Tal y como esperaba, el círculo tan solo acogía a un veintenar de casas, delimitadas entre la calle Orense y la calle Ávila, todo lo demás eran campos o construcciones demasiado alejadas de la zona de cobertura. Se dejó caer sobre la silla y se quedó pensando, escenificando en su imaginación el momento en que el operativo asaltaba una de esas casas, imaginando una mansión elegante, independiente, con piscina y jardín y rodeada de césped, una bicoca para los cuerpos de asalto. Sonreía ante aquella recreación interesada cuando un pensamiento repentino irrumpió en su cabeza para traerle más contratiempos, haciéndole dudar sobre la conveniencia de actuar con sus medios o, por el contrario, llamar al capitán García para que él se encargara,

pero bastó recordar lo ocurrido la tarde anterior en Valladolid para que un impulso irreflexivo lo llevara a descolgar el teléfono.
- Comisario, tengo buenas noticias —dijo el capitán con apremio en cuanto vio que se trataba de él—. Hemos logrado limpiar el escenario de Valladolid, y no va a trascender la noticia, además, Alexander Barta llevaba un móvil en el bolsillo, ¡y estaba encendido!
- ¡Fantástico! Ahora mismo acaban de llamarme del laboratorio técnico para decirme que ya se ha recibido la información de la operadora telefónica.
- ¿Y qué han dicho?
- Sabemos que David Alería hizo varias llamadas con diferentes tarjetas a una urbanización situada en Pozuelo de Alarcón, aunque no podemos concretar mucho más. El técnico dice que tendríamos que llamar y aguardar a que respondan.
- Antes deberíamos prepararnos para el asalto —objetó el capitán, recordando el descalabro de la nave de Paracuellos con un escalofrío.
- Eso es lo que he pensado, no sé si querrás que se preparen tus hombres o lo dejas en mis manos.
- Mejor que se encargue el GEO, una presencia militar en una zona urbana podría levantar ampollas, y más si se produce un fiasco como el de anoche.
- Bien, nosotros nos encargamos. ¿Qué hay de ese teléfono, puede llevarnos a alguna parte?
- Depende de que Xaime Varela no recele. Si logramos que no se sepa que hemos neutralizado al piloto, puede que intente contactar con él. Entonces lo habremos cazado.
- ¿Y llamar nosotros?
- Esa es una carta que prefiero guardarme.
- Mientras ese tipo ande suelto por ahí no voy a estar tranquilo. Ahora ya no me cabe la menor duda de que piensa liquidar a David Alería a cualquier precio, aunque recupere lo que busca.
- Si no lo ha logrado en estos meses, mucho menos ahora que está solo.

- En fin, espero que tengas razón —acompañó a un profundo suspiro de apatía—. Voy a dar las órdenes.
- Nosotros estaremos preparados por si Xaime Varela llama al piloto.

El comisario dejó el teléfono sobre la mesa y se quedó pensando. Durante varios minutos intentó reconstruir lo acontecido en busca de cabos sueltos, hasta que se hubo convencido de que habían hecho todo cuanto se podía hacer, y que ahora no les quedaba otra que preparar el asalto y aguardar acontecimientos. Llamó al juez Castillo para contarle el plan, y así, de paso, cubrirse las espaldas por si se producía otro desastre. Castillo, una vez hubo escuchado la perorata del comisario, no lo dudó ni un instante, y le dijo que tenía carta blanca, sumido después en una hilaridad extraña, propia de chiquillos, como si lo que acababa de exponerle le hubiera hecho mucha gracia.

- ¿He dicho algo gracioso? —se le escapó a Albuena, que en aquellas circunstancias habría preferido no tomarse esas licencias, al menos no tutearlo, pues aún recordaba la filípica que le montó la noche anterior cuando lo llamó para decirle que se habían cargado al piloto, porque para eso no había compadreo ni camaradería alguna.
- ¡Ya lo creo! —exclamó Castillo entre resoplos—, como que yo vivo en esa zona. No imaginas las ganas que tengo de ver la cara que se le va a quedar a más de un vecino cuando se entere de que se les ha metido un mafioso en su casa.
- ¿Debo entender que quieres estar presente en el asalto? —le siguió la corriente, sonriendo como si el juez pudiera intuir a través del teléfono su gesto rastrero.
- No va a ser posible, maldita sea, tengo mucho trabajo, pero ya me gustaría.
- Entonces, ¿enviarás las órdenes?
- Sí, no te preocupes, voy a hacer unas llamadas, en cuanto tenga autorización te envío el papeleo.
- Por cierto, acabo de hablar con el capitán García, y me ha asegurado que ha logrado contener el fiasco de anoche.
- Bien, un problema menos.

Albuena soltó un suspiro cuando advirtió que le había colgado, y permaneció pensativo durante un rato, sonriéndose con sarcasmo al imaginar al juez al teléfono con el ministro, pues no dudaba de que él también querría cubrirse las espaldas. «Nadie se fía de nadie», se decía a sí mismo cuando vio a Frízer asomando a la puerta del despacho. Se puso en pie para recibirlo, pero al ver que Silvia entraba tras él, pasó de largo y se echó en los brazos de ella para purgar la incomodidad que le provocaba lo acontecido en Valladolid, a donde jamás debía haberla enviado. Ahora ya era tarde para lamentaciones, y solo quedaba consolarla. Ella era consciente de que no podían perder el tiempo en sensiblerías, y se retrepó apenas le dio un par de achuchones, recomponiendo su gesto habitual de inmediato.

- Menos mal que ya estáis aquí —exclamó con manifiesto contento, ofreciéndole después la mano a Frízer, que se la estrechó sin muchas ganas. —¿No habéis dormido bien? —se interesó al advertir su apatía.

- El hotel estaba muy bien —dijo ella, mirando a Frízer para que lo corroborara— además, un desayuno de escándalo.

- Entonces, ¿a qué vienen esas caras? —farfulló Albuena, señalando las sillas para que se acomodaran.

- No puedo quitarme de la cabeza la cara de ese pobre hombre.

- Bueno, olvidaos de eso, ya no podemos hacer nada, de todos modos, él se lo buscó.

- ¿Y qué va a pasar ahora? —quiso saber Silvia, incapaz de enmascarar el gesto de honda preocupación que revelaba su rostro.

- El capitán García acaba de decirme que han logrado limpiar el escenario, y que no va a trascender.

- ¿Y eso qué quiere decir, que lo van a dejar estar sin más? —se revolvió Frízer, mirándolo con incredulidad.

- Entiendo que se refería a que no va a saltar a los medios, pero no que no vaya a tener consecuencias. De momento, lo mantendremos en secreto. —Albuena se acercó a él y alzó una mano hasta su hombro—. Nos conviene que Rosales piense que aún puede contar con él —le dijo para tranquilizarlo.

- El teniente dijo que lo obligaron a quitarle las esposas porque iban a ponerle una vía intravenosa —lo excusó ella.
- Jamás debía haberle apuntado con un arma cargada —replicó el comisario con dureza.
- Además, sin el seguro puesto —se avino Frízer.
- Ese hombre tendrá que enfrentarse a una comisión de investigación que a buen seguro ya estará preparándose en Defensa, y muy probablemente también tengáis que declarar vosotros, pero eso ahora no debe preocuparos, cuando llegue el momento, ya veremos cómo actuamos.

El comisario llevó la mirada de uno a otro y, en cuanto les sacó un gesto de asentimiento, se dispuso a relatarles lo acontecido en su ausencia. Ambos estudiaron el plan con detenimiento, hasta que Albuena advirtió que Frízer tenía dudas, y detuvo su alocución para mirarlo.

- ¿Y si no responden? —objetó—. No podemos condicionar toda la operación a una llamada que podría no producirse.
- Es probable, pero no podemos hacer otra cosa —admitió el comisario—. Si no se produce, llamaremos nosotros.
- En fin —suspiró Silvia, animando a Frízer con un gesto a que lo dejara estar—. Que monten el operativo, y a ver si suena la campana.

Frízer aprovechó que el teléfono de Albuena comenzaba a vibrar sobre la mesa para abandonar el despacho, pero el comisario le hizo un gesto para que aguardara al ver que quien llamaba era el capitán García, y dio paso a la llamada.

- ¡Comisario, los técnicos acaban de entrar en el teléfono del piloto! —bramó el capitán con urgencia.
- ¿Han encontrado algo que no va a gustarnos? —supuso el comisario, entreviendo contratiempos en el tono de alarma que advirtió en la voz atropellada del capitán.
- Hay infinidad de llamadas, la mayoría a un solo número, pero lo sorprendente es que en varias ocasiones ese número estaba localizado en las inmediaciones del Ministerio.
- ¿Qué Ministerio? —clamó Albuena.

- El Ministerio de Defensa.

# 41

Paul escuchaba a todo volumen lo último de Taylor Swift. Sonaba bien, además, allí, a la sombra del alero, como el sol todavía no había comenzado a calentar con fuerza, se estaba en la gloria. Sabía que profanaba el feudo de su hermano, y eso le producía una satisfacción difícil de explicar, una sensación tan placentera como balancearse en una hamaca abrazado a la desnudez de una amante. Aquella escenografía no era tan inefable como su imaginación le decía, era consciente de ello, pues de otro modo no habría podido recrearla tan fielmente, pero continuaba disfrutando de ella igualmente, feliz como un lagarto al sol que no sabe que un halcón sobrevuela su espacio. En el interludio de uno de los fragmentos el volumen se redujo considerablemente, lo suficiente para que pudiera advertir que los retumbos que escuchaba no podían provenir de los cascos, y se los apartó un instante de la oreja, escuchando atentamente lo que acontecía más allá de sus pensamientos. Entonces ya no tuvo dudas de que alguien aporreaba la puerta, y se levantó de un salto para acudir a ver qué ocurría. Mientras se colocaba una camiseta sopesó la posibilidad de que su hermano hubiera perdido las llaves, aunque extrañado por ello, pues cuando lo llamó para advertirle de que se marchaba a Valladolid no solo le dijo que iba a pasar la noche fuera, sino que le aseguró que no regresaría hasta la tarde para que supiera que debía procurarse la comida y la cena. Y ahora el reloj del salón aún marcaba las nueve y cuarto. Asomaba a la mirilla cuando alguien volvía a la carga, en esta ocasión achicharrando el timbre. Entonces pudo ver la cara de Javier Alería, que aparecía distorsionada a través de la lente, ahora narigudo como Cyrano, ahora chato como un bulldog, según se moviera, y lo hacía mucho, con la inquietud de quien acaba de cometer un delito muy grave o se está meando.

- ¡Joder!, ya era hora —gruñó Javier Alería cuando al fin abrió la puerta—. Menos mal que abajo me ha abierto un vecino.

- ¿Cómo sabías que estaba en casa? —le preguntó extrañado, mostrándole los auriculares en un gesto explícito.

- Te he visto en el balcón.
- Ah, sí, estaba escuchando música.
- Vamos —apremió, señalando el rellano con un meneo de mentón para que lo acompañara—. Tenemos que regresar a casa de doña Josefa.
- ¿Y para qué quieres que volvamos allí?, si la mujer ya dijo que tu hermano no pensaba regresar, además, la policía no tiene dudas de que se largó a Lugo.
- No ha podido llevarse todas sus cosas, y quiero recuperarlas.
- Está bien, dame un minuto —accedió, pese a que el pretexto le parecía ridículo.

Paul se deshizo de la ropa cómoda que llevaba y se enfundó unos pantalones y un niqui. Después se calzó unas zapatillas blancas y, tras darse un repaso ante el espejo de su habitación, abandonó el apartamento hecho un petimetre.

- ¿Has venido en coche? —le preguntó en el ascensor.
- Iba a pedir un Uber[30], pero al final he logrado despistar a mi madre —le dijo, mostrándole el mando de su coche—. Ahora que no hay clases no puedo excusarme en que voy a la universidad, y desde que se enteró de que estuvimos con mi hermano está muy recelosa conmigo. No te puedes imaginar la bronca que tuvimos, estuve a punto de largarme a casa de mi abuela, de hecho, si no lo hice fue porque pensaba regresar hoy a Colmenar.

«No me extraña», pensó Paul, aunque no se lo dijo ni volvió a abrir la boca hasta entrar al coche. Cuando arrancaron, Javier Alería lo miró sonriente, aunque con una sombra de vergüenza en el gesto, y se disculpó.

- Siento liarte, pero es que me daba grima ir solo, y como dijiste que no conoces a nadie aquí…
- No te preocupes, así me distraigo. Además, siento la misma curiosidad que tú. —Le devolvió la sonrisa, mirándolo de soslayo, hasta que Javier Alería llevó su mirada hacia el tráfico, y añadió entonces—: Me alegró mucho conocer a tu hermano, parece un buen tipo.
- Lo era —musitó antes de soltar un suspiro nostálgico.

- Cuando recupere sus recuerdos volverá a ser el mismo de siempre —intentó animarlo al ver que su rostro se entristecía.

Javier Alería decidió cambiar el rumbo de la conversación en ese momento, y le dijo que había estado más de diez minutos aporreando la puerta, un reproche ridículo al que se aferró para olvidarse de la trifulca que había tenido con sus padres. Cuando Paul le dijo que había estado escuchando a Taylor Swift, pensó que le tomaba el pelo, y giró la cabeza para mirarlo.

- ¡Qué casualidad!, venía escuchando su último disco, *The Life of a Showgirl* —le dijo, asombrado.

Paul lo animó a que reprodujera el disco en el equipo del coche, y fueron escuchándolo a toda pastilla hasta que alcanzaron la localidad de Colmenar Viejo, donde los recibió la calma chicha de las mañanas de agosto, y también sus calores.

- ¿Dónde dejamos el coche? —preguntó al alcanzar las inmediaciones.

- Prueba en el aparcamiento del otro día, si no, poco más allá hay otro, aunque es más pequeño.

- Mejor lo dejamos alejado de la casa, por si acaso. Después de lo que dijo mi hermano de esos tipos, no me extrañaría que estuvieran siguiéndonos.

- Es mejor dejarlo en un lugar concurrido —rechazó Paul, señalando al frente para que avanzara.

Javier Alería dudó qué hacer, pero le hizo caso, y aparcó el vehículo en el mismo lugar en el que lo había dejado el día anterior, entre dos furgonetas desvencijadas que, además de proporcionarle un poco de sombra, lo hacía pasar desapercibido. De allí acudieron dando un paseo hasta la calle Boteros, postrándose bajo la balconada entre suspiros, como si fuera parada obligada para tomar aire antes de atreverse a tocar el timbre.

- No te preocupes, sabe que venimos —lo tranquilizó Javier Alería al ver que le entraban las dudas.

- ¿La has llamado?

- Ha sido ella la que me ha llamado esta mañana. Me pidió que viniera a recoger las cosas de mi hermano.

Paul asintió, recordando el momento en que intercambiaron los teléfonos antes de marcharse, y señaló el timbre. Javier Alería pulsó el interruptor del primero derecha en tres ocasiones, con una cadencia más larga de lo que sería normal, tal y como había pactado una hora antes con doña Josefa. La mujer asomó a la balconada, atisbando a diestra y siniestra con cautela, y, cuando se cercioró de que no había nada extraño por los alrededores, regresó al interior de la casa para activar la chicharra del interfono. Ambos subieron la escalera a trancos, y se plantaron ante la puerta antes de que a la mujer le hubiera dado tiempo a abrir. Cuando al fin asomó al quicio, les dedicó una sonrisa que parecía declamar a gritos que allí estaba ocurriendo un milagro. Abrió la puerta de par en par, y se apartó para que pasaran. Cuando hubo cerrado, tras un instante de duda, se echó en sus brazos, primero en los de Paul, al que se permitió pellizcarle las mejillas como si fuera un bebé, y después en los de Javier Alería. Al sentir los brazos trémulos de la mujer sobre su espalda, él se retrepó para mirarle a los ojos.

- ¿Qué pasa? —le preguntó, convencido de que había algo que le preocupaba.

- Tuve que mentiros —dijo, señalando sucintamente a Paul.

- Mentirnos, ¿en qué?

- Antonio me pidió que dijera lo de Lugo —confesó, volviendo a mirar a Paul.

- O sea que era una maniobra de despiste, tu hermano jamás tuvo intención alguna de ir a Lugo —dedujo él, sonriendo a la anciana para hacerle ver que aquello no tenía la menor importancia—. O sea que lo del encontronazo en la tienda no fue casualidad.

- Sí que lo fue —aseguró, sonriendo con rubor—. Se suponía que la policía vendría a interrogarme, y yo debía decir lo de la muralla, pero como nos encontramos en la calle…

- Bueno, eso ya no tiene importancia —dijo Javier Alería—, ahora, si no le importa, me gustaría ver las cosas de mi hermano.

- ¿Y qué es lo que quieres ver? —se oyó una voz desde el pasillo.

Paul se revolvió sobresaltado, pero en cuanto se dio cuenta de que se trataba de David Alería se acercó para saludarlo, sonriendo con

rechifla.

- ¡Qué cabrón! —exclamó, sacudiéndole la mano como un *brother* neoyorkino.

Javier Alería aguardó a que fuera su hermano quien decidiera cómo saludarlo, mirándolo como si fuese una aparición divina, hasta que David separó ambos brazos, y se echó sobre él, dejando que le sacudiera la espalda con fuerza. El gesto emocionó a doña Josefa, que tuvo que recurrir a su pañuelo para pasar el trago, pero se recompuso enseguida, empujándolos hacia el salón para que se acomodaran.

- No tenemos mucho tiempo, doña Josefa —le dijo David, señalando su habitación con los ojos.
- ¿Qué ocurre? —preguntó su hermano al intuir el contubernio.
- Pasad, tenemos que hablar.

Doña Josefa ya había hablado de ello con David, Antonio para ella, y había entendido que cuanto menos supiera, menos comprometida se vería, y asintió, marchándose hacia la cocina para seguir preparando la comida.

Paul dudó qué hacer al ver que ambos hermanos se internaban en la habitación, pero David disipó sus dudas con un expresivo manoteo, y se enclaustró con ambos. Al entrar se giró sobre sus talones para observar la estancia, mucho más grande de lo que él imaginaba, con una cama de matrimonio, un gran armario de tres puertas y una cómoda alta con varios cajones. Un doble ventanal permitía acceso a una balconada que daba al patio interior de la finca, y se asomó para curiosear. Después, meneando la cabeza de arriba abajo como aprobación a cuanto veía, se internó de nuevo en la habitación y copió el gesto de Javier Alería, que se había dejado caer sobre la cama. Así, sentados ambos, se quedaron mirándolo con la expectación de quien aguarda un relato bien grotesco.

- Espero que hayas venido en tu coche —dijo David, mirando expresamente a su hermano.
- Lo hemos aparcado cerca.
- Bien, estupendo. —Abrió el armario para sacar un par de bolsos de deporte, y los dejó a sus pies—. Ahora necesito que vayáis a un

lugar y llevéis esto. Yo también iré, pero por mis medios. —Aguardó a que asintieran antes de continuar—. Lo que hay que hacer es lo siguiente… ahora llevaremos estos bolsos al coche, y cogeremos la circunvalación hasta un supermercado de Mercadona, ¿sabéis dónde está?

- Sí, antes hemos pasado por allí.

- Entras al aparcamiento subterráneo y te colocas en una plaza lo más cercana a la salida.

- ¿Y si no hay sitio? —objetó Paul de inmediato.

- Os quedáis en el pasillo, pero cerca de la salida.

- ¿Y por qué precisamente ahí? —insistió su hermano.

- Porque si alguien nos sigue se verá obligado a aguardar afuera, y será más fácil despistarlo —replicó, alzando una mano para que no lo interrumpieran—. Yo me apearé allí. Entonces abandonaréis Colmenar por la comarcal hacia Tres Cantos. Después, cuando alcances la autovía de circunvalación, tomarás la M-40 y regresarás a casa.

- ¿Para qué?

- Aguardaréis unos minutos en el garaje, y después volveréis de nuevo a Colmenar.

- ¿Y qué haremos aquí otra vez?

- Regresáis a Mercadona y dejáis el coche aparcado en la planta baja. Después subís las escaleras automáticas y aguardáis allí a que llegue tu hermano —dijo, señalando expresamente a Paul.

Ambos estiraron el cuello para ver lo que les mostraba, un mando a distancia de garaje normal y corriente, aunque con un solo botón y una pequeña antena. Compartieron un mimético gesto de extrañeza, y se quedaron mirándolo.

- Esto activará un localizador.

- ¿Qué localizador? —preguntó su hermano, arqueando las cejas con asombro.

- El que te puse yo el otro día —acompañó a un gesto de calma para apaciguarlo. Por un momento pensó decirle la verdad, que ese localizador lo había encontrado en su coche cuando fue a por el dinero a casa de su abuela, pero pensó que eso no haría sino

preocuparlo, y dejó en el aire la mentirijilla, pese a que sabía que lo que le iba a decir a continuación lo asustaría igualmente—. La gente que me persigue tendrá acceso a la posición de tu vehículo en cuanto lo actives.

- ¿Y qué pretendes hacer con eso?

- Aminarlos a salir de caza. —David Alería se quedó mirando a su hermano, y cuando este asintió con un manifiesto cabeceo, dio una palmada para que se pusieran en pie—. Vamos, tenemos mucho trabajo.

- ¿Y qué piensas conseguir si haces que esos tipos nos sigan? —preguntó Paul, sin poder ocultar un gesto de preocupación, dudando de que aquello fuera buena idea.

- Los llevaremos adonde nos interesa, y después… no tenemos armas con las que defendernos de esa gente, o sea que tendremos que dejar que sea la policía la que se encargue.

David los dejó cariacontecidos, compartiendo una mirada de perplejidad, y se internó en la cocina para despedirse de doña Josefa. Ellos lo siguieron después, y se despidieron también de la mujer con un abrazo.

- ¿A dónde vas tú? —le preguntó Javier Alería a su hermano cuando alcanzaron el rellano.

- Yo os seguiré hasta el coche a cierta distancia, no te preocupes.

- Ya saben que llevas una moto de tres ruedas, la policía está alertada, te detendrán en cualquier cruce —lo alertó Paul.

- No te preocupes por eso, la moto que llevo ahora es diferente.

David Alería aguardó hasta verlos desaparecer hacia el aparcamiento, cada uno con un bolso en la mano, afortunadamente, sin sospechar lo que llevaban dentro. Después, cuando se aseguró de que nadie los seguía, se colocó unas gafas oscuras y giró la visera de su gorra para que le cubriera la frente. Reptó por las callejuelas simulando distracción, hasta que alcanzó las postrimerías del aparcamiento y se quedó agazapado entre unos coches durante varios minutos. Pese a que en ese tiempo no ocurrió nada extraño, abrió la aplicación de Telegram y le envió un mensaje a Paul para decirle que dieran un par de vueltas a la manzana lo más ligerillos

posible, y que lo aguardaran en el cruce que daba entrada al aparcamiento.

Paul sacó su móvil de inmediato al oír el mensaje, sorprendido, pues la aplicación que anunció el globo no la utilizaba habitualmente, aunque la abrió con curiosidad.

- Ya sé qué pinto yo aquí —le dijo a Javier Alería, que se giró para lanzarle una mirada inquisitiva—. Creo que piensa que te han pinchado el teléfono, y me va a utilizar a mí de enlace.
- ¿Quién era?
- Tu hermano. Quiere que des un par de vueltas rápidas a la manzana para ver si nos sigue alguien, y que paremos en esa esquina para recogerlo.

Javier Alería ojeó el mensaje que Paul le mostraba, y arrancó despacio. Poco después, al ver que un coche se acercaba al siguiente cruce, aceleró para colarse delante. Repitió la maniobra en un par de ocasiones, obviando los bocinazos de protesta, hasta que en uno de los giros entre callejuelas vio un hueco libre, y frenó en seco al tiempo que daba un volantazo. Paul se giró para mirar hacia atrás, mientras él hacía lo propio a través del retrovisor, y aguardaron un par de minutos. Dejaron pasar a varios vehículos, hasta que vieron venir a un furgón de reparto y salió a toda pastilla del aparcamiento para situarse delante. Después condujo ligero hasta la esquina en que debía esperarlo su hermano, y detuvo el coche, mirando nerviosamente hacia los lados en su busca. Cuando lo vio acercarse a la carrera, desbloqueó las puertas y colocó el pie en el acelerador, dispuesto a pisar a fondo.

- Tranquilo, no os ha seguido nadie —le dijo su hermano en cuanto entró en el coche.
- Entonces, ¿conduzco despacio?
- Sí, actúa con normalidad.

Javier Alería se incorporó a la calzada lentamente, y callejeó por el barrio según le iba indicando su hermano, hasta que se dio cuenta de que el camino que estaban tomando no era el más adecuado para llegar a la circunvalación, y le advirtió de ello.

- Tengo que recoger unas cosas, pero no os preocupéis, solo será un momento.

David le pidió a su hermano que se detuviera a unos cincuenta metros de donde se encontraba el trastero que le había servido de salvaguarda, y que en cuanto se apeara continuara la marcha hasta dos manzanas más adelante.

- Esperadme allí durante diez minutos. Si tardo más, os marcháis a casa y os olvidáis de todo —le dijo cuando se bajó del coche.
- Pero…
- ¿Entendido? —insistió con firmeza.

Javier Alería soltó un refunfuño, pero le hizo caso. David aguardó a que se alejaran, y después pasó por delante del local dando un paseo, simulando ensimismamiento en su móvil. El corazón le dio un vuelco cuando advirtió que la cerradura había sido manipulada, y se obligó a alejarse poco a poco, observando con disimulo los coches que había aparcados por los alrededores. No tardó en avistar a escasos veinte metros a un Renault Megane con los cristales oscuros. El sol le daba de lleno en la luna delantera, dejando entrever la silueta de un tipo en su interior, un hecho que lamentó, pues venía a confirmar sus sospechas: la policía ya lo había registrado, por tanto, con los medios de que disponían, era cuestión de tiempo el que averiguaran dónde se encontraba el jefe. Y eso no podía permitirlo, tenía que llegar allí antes que ellos, ya que enviarle un mensaje era algo que no podía contemplar, pues a buen seguro tendrían pinchadas las comunicaciones. Reculó con disimulo y, en cuanto dobló la esquina, echó a correr hacia el coche. Su hermano advirtió su urgencia cuando lo vio acercarse a la carrera a través del retrovisor, y aceleró a fondo en cuanto se subió al vehículo.

- Debemos darnos prisa —apremió, pese a que el vehículo rugía como un trueno lanzándolos hacia los asientos con fuerza.
- ¿Qué ha ocurrido? —urgió Paul al verlo acalorado por la carrera y un claro gesto de preocupación en el rostro.
- Pues que tu hermano es más listo de lo que yo creía.

Paul no supo cómo interpretar aquello, pero dio por hecho que no eran buenas noticias para él, aunque puede que sí para la policía.

Entonces pensó en lo que estaba haciendo, y por primera vez se planteó si aquello era lo correcto. «Por supuesto que sí», tronó una voz en su cabeza, la del chico malo que llevaba dentro.

- ¡Joder, cómo tira esto! —encomió David Alería al ver que el coche aceleraba como un Fórmula Uno.

- Dice que tiene cerca de cuatrocientos caballos —le dijo Paul, exhibiendo buena parte de su dentadura.

- Bueno, ahora ve tranquilo, no hace falta que corras, no vaya a pararnos una patrulla. Por cierto, ¿de dónde has sacado la pasta para comprar este coche? —preguntó con curiosidad, imaginando que costaba una fortuna.

- Es la ventaja de perder a un hermano de forma extraña.

Javier Alería lo miró a través del espejo retrovisor para atisbar su reacción, pero solo pudo ver que oteaba con nerviosismo hacia atrás, sin duda en busca de un posible perseguidor, e imaginó que no había prestado atención a sus palabras. Estuvo tentado de decirle que era el modo que tenían sus padres de quitarse de encima el sentimiento de culpa que arrastraban desde que desapareció, pero estaba tan harto de todo aquello que decidió permanecer callado.

- Supongo que así quedabais todos contentos, ¿no? —le dijo su hermano poco después, sobresaltándolo.

- La abuela es la que salió mejor parada, porque desde que tengo este coche voy a verla casi todas las semanas.

- Sin embargo, nuestro padre solo va a verte un rato los lunes, y eso que las clases terminaron en junio.

- Eso es porque… —dijo, dejando la frase en el aire.

- Ya sé que están separados —repuso su hermano sin darle mayor importancia—. Sé que papá vive con la abuela desde hace meses.

- Tú no tienes la culpa —le dijo, temiendo que malinterpretara sus palabras.

- Sí que la tuve, pero no podía hacer otra cosa, habrían torturado a cualquiera con el que hubiera contactado.

Javier Alería iba a decirle que no debía preocuparse por eso, que sus padres habían vuelto a reconciliarse en cuanto habían sabido de su regreso, pero antes de abrir la boca cayó en la cuenta de que eso

era como decirle que él era efectivamente el culpable de sus problemas, y permaneció en silencio.

Paul se encontraba tan incómodo entre aquellas frases cruzadas que, además, no sabía si encubrían reproches u otra cosa aún peor, que suspiró aliviado cuando alcanzaron el aparcamiento del supermercado. Tal y como habían acordado, Javier Alería metió el coche en el aparcamiento y lo llevó hasta la zona de salida. Allí se bajó David Alería, y les hizo aspavientos con los brazos para que se largaran cuanto antes.

Paul lamentó no poder ver qué vehículo iba a coger, imaginando que en el aparcamiento le esperaba una moto de las grandes. Luego, cuando pudieron abandonar el aparcamiento y se internaron en la ronda de circunvalación, camino de Fuentelarreina, un tipo en motocicleta los adelantó a gran velocidad, e imaginó que se trataba de él. El gesto de Javier Alería, al que observaba de reojo con disimulo, le hizo creer que él pensaba lo mismo, aunque no compartieron ni un gesto, ni abrieron la boca en todo el camino. Solo Taylor Swift se permitió bocear durante un rato, hasta que el coche estuvo en el aparcamiento de los Alería y la música dio paso al siseo de la puerta automática. Allí compartieron una mirada de complicidad, dando por hecho que habían logrado finiquitar favorablemente el primer capítulo de su aventura, pero un ruido procedente de la casa les hizo temer que aquello no hubiera hecho más que comenzar. Cuando se revolvieron para ver quién era advirtieron que se trataba de Nadia Percal, que salía a ver quién llegaba. Paul lanzó a Javier Alería una mirada de desconcierto, temeroso de que la presencia de la mujer acabara frustrando sus planes, pero él lo tranquilizó con un gesto, forzando una sonrisa que enmascarara su propia inquietud.

- ¿Dónde habéis estado? —preguntó ella a Paul, acercándose a la ventanilla para saludarlo.
- Hemos ido al Santiago Bernabéu, a ver el museo —logró improvisar.
- Espero que te haya gustado.
- Está chulo —repuso él—, muchos trofeos, más que el Mallorca.

La mujer sonrió al comentario, y les hizo un gesto para que abandonaran el vehículo y se adentraran en la casa.

- ¿No queréis tomar un refresco? —se extrañó al ver que su hijo negaba.

- Iba a por unas latas, pero tenemos prisa, tengo que llevar a Paul a su casa y ya vamos muy tarde.

La mujer asintió, y se adentró en la casa tras alzar una mano para despedirse, dejando a ambos cariacontecidos, con un nudo en la garganta. Javier Alería entró en la casa a la carrera poco después, y regresó enseguida con un par de refrescos.

- Activa el localizador —urgió apenas puso el motor en marcha.

- Ya está —anunció Paul con cierta pompa, aprehendiendo la lata de un zarpazo— . Esto sí que ha sido una buena idea, estaba sediento.

- Antes he estado tentado de entrar al Mercadona a comprar unos refrescos —le dijo, riendo ambos al tiempo que alzaban sus latas para hacer un brindis, aunque no brindaron por nada.

Javier Alería sacó el coche del garaje y aguardó nervioso a que la puerta descendiera, pero en cuanto los pestillos se hubieron encajado en el cerradero, aceleró a fondo para salir disparados, provocando un estrepitoso chirrío de ruedas. Su madre asomó a la ventana para ver qué pasaba, y se quedó mirando su estela, reconviniendo la acción con un cabeceo, atosigada por la duda de siempre: si habían hecho bien en comprarle ese coche.

David Alería los vio partir desde cierta distancia, y se quedó mirando a su madre. Después, cuando ella desapareció tras los ventanales, condujo su moto hacia Pozuelo de Alarcón, sin imaginar que allí el GEO de la Policía Nacional ya había montado un operativo.

# 42

Cuando David Alería llegó a Pozuelo de Alarcón, el sol aún no había alcanzado su cénit, pero calentaba con tal fuerza que agradeció adentrarse en el encinar en el que pensaba esconder la moto. La Ducati DesertX se comportaba de maravilla en terrenos abruptos, por lo que no le había costado sortear los surcos de las rieras que circundaban la subestación eléctrica que había visto en Google Maps, por la que había pasado apenas unos minutos antes, y ahora ya solo quedaba aguardar a que su hermano llegara a Colmenar para asegurarse de que Xaime Varela y sus compinches se encontraban lejos de allí, y entretenidos intentando esquivar a la policía. Cuando al fin pudo desprenderse del casco echó un vistazo al reloj y, aunque dudó, sacó su móvil para enviarle un mensaje a Paul. Él no dudó de quién se trataba al ver que el mensaje llegaba a través de la aplicación de Telegram, y lo abrió de inmediato.

- Es tu hermano —le dijo a Javier Alería al ver que él se interesaba —, quiere saber si ya hemos llegado.
- Dile que ya estamos en el supermercado.

Paul escribió el mensaje y lo envió, aguardando con el móvil en la mano más instrucciones. Estas no tardaron en llegar, sorprendiéndolo de tal modo que Javier Alería temió que hubiera trastocado sus planes.

- ¿Qué ocurre? —apremió con desasosiego.
- Quiere que llame a mi hermano y le diga que Rosales nos ha perseguido hasta el aparcamiento, y que no bajemos al garaje bajo ningún concepto.
- Bueno, ¿y a qué esperas?

Paul llamó a su hermano, pero el teléfono le indicó que comunicaba. Le dejó un mensaje para que le devolviera la llamada, y después se entretuvieron paseándose por entre las estanterías, oteando con atención la puerta de entrada. Diez minutos más tarde, hartos de dar vueltas por el supermercado sin que Mark le devolviera la llamada, Paul sacó su teléfono e insistió. El móvil de su

hermano ya no comunicaba, pero tampoco lo cogía, por lo que la llamada se cortó tras varios tonos.

- Mierda —gruñó, no lo coge.
- ¿Y no puedes llamar a alguien?

Paul lo pensó un instante, hasta que la imagen de Silvia atravesó su mente como un rayo, y sonrió, dispuesto a llamarla. Javier Alería no tardó en advertir que quien quiera que fuera tampoco le respondía.

- Qué raro —musitó Paul, sorprendido—, comunica.
- ¿Qué haces? —preguntó al ver que se disponía a enviar un mensaje.
- Voy a decirle a tu hermano que Mark no me coge.

Paul envió el mensaje, y aguardó con desesperanza a que lo abriera, sin embargo, pasaron los segundos y el mensaje no llegaba. Dos minutos más tarde se rindió a la evidencia de que David había desconectado el teléfono o estaba en una zona sin cobertura, y se volvió para mirar a Javier Alería, meneando la cabeza en gesto derrotista.

- ¿Qué hacemos ahora?
- Quizás deberíamos llamar a mi padre.
- ¿Y qué podrías decirle? —rechazó Paul.
- Vamos a tener que decirle la verdad. Lo que está ocurriendo no me gusta nada, y no quiero más broncas.
- Me parece que ya es un poco tarde para eso.

Javier Alería se quedó mirándolo en silencio, reprimiendo la réplica, pero entendió que había sido él quien había liado aquel embrollo, y quien lo había involucrado a él, y tragó saliva, arrugando los labios como si probara algo amargo, consciente de que debía excusarse.

- Tienes razón, lo siento.

Pese a la disculpa, Paul lo animó con un gesto a que llamara. Mateo Alería respondió de inmediato, dejando entrever en su tono que barruntaba problemas.

- Papá, estamos en el Mercadona de Colmenar Viejo.
- ¿En Colmenar?, pero si acabo de hablar con tu madre y me ha dicho que está en casa.

- Ella sí, pero yo estoy aquí con Paul, el hermano del inspector Frízer.
- Vaya, parece que os habéis hecho buenos amigos —musitó con sarcasmo, pese a que sonrió, encantado de que lo llamara, aunque solo fuera para trivialidades.
- Esta mañana he vuelto a ver a David.
- ¿Cómo que has vuelto a verlo, dónde está?
- Regresó a casa de esa mujer.
- ¿Y tú sabias que eso iba a ocurrir, no? —alzó la voz, encorajinado.
- La mujer me llamó esta mañana a primera hora para pedirme que recogiera las cosas que David había dejado en su casa. Cuando llegamos me lo encontré allí —se defendió, procurando contener su genio para no enfadarlo aún más.
- ¿Y dónde está ahora?, ¿sabes que tiene a toda la policía buscándolo?
- No sé dónde está, pero ahora escucha, por favor. Mi coche tenía un localizador que David había desactivado. Me pidió que regresara a casa y lo activara allí para que Rosales nos siguiera. Después debíamos regresar a Colmenar y dejar el coche en el aparcamiento subterráneo de Mercadona. Se suponía que debíamos llamar al inspector Frízer en cuanto llegáramos, pero no nos coge el teléfono, ni tampoco la otra inspectora…
- Silvia Rodríguez —le gritó Paul al teléfono.
- No os mováis de ahí, voy a llamar al comisario.

Mateo Alería llamó a Albuena de inmediato, pero, aunque la señal era clara, al tercer tono se cortó, evidenciando que la había rechazado. Unos segundos después, mientras cavilaba el modo de resumirle todo aquello en un mensaje, recibió un wasap del comisario diciéndole que se encontraba en medio de un operativo importante, y que lo llamaría él en cuanto pudiera. Entonces apretó los puños y gritó con rabia, maldiciendo para sus adentros e injuriando a todos aquellos que durante cinco años lo tomaron por loco. Corrió hacia el garaje y salió pitando hacia Colmenar, sin saber muy bien qué podría lograr con ello.

# 43

La urbanización había quedado acordonada de tal modo que hasta una mosca habría tenido dificultades para atravesar los controles. Los medios aéreos sobrevolaban la zona a una altura suficiente como para que pudieran pasar desapercibidos, ambos con cámaras térmicas, y un helicóptero aguardaba a menos de dos kilómetros al norte, preparado para acudir en cuanto fuera preciso. El cuartel general había sido improvisado en un furgón blanco que había quedado aparcado a la sombra de un gran pino en la calle Ávila, no muy alejado del centro de operaciones, donde se concentraban las fuerzas de asalto, todos ellos en unas localizaciones lo suficientemente distantes como para no alertar a nadie de su presencia. Albuena se encontraba al lado del furgón principal, en su coche, con todas las ventanillas abiertas para sobrellevar la calorina, atento a lo que ocurría en la parte trasera del furgón, donde la actividad era frenética. Entonces vio a Frízer con una carpeta en la mano, y abandonó el vehículo para acercarse a él con premura.

- ¿Es lo que creo que es?

- Sí, acaba de enviármelo Silvia.

- ¿Algo relevante? —preguntó, pese a que el gesto esquivo de Frízer no invitaba al optimismo.

- Todas las casas están debidamente registradas, y sus propietarios tienen fijada en ellas su residencia, a excepción de esta, que está alquilada, pero ha podido contactar con la propiedad, que es una inmobiliaria que tiene varias casas en la urbanización, y asegura que el inquilino lleva en ella varios años sin dar el menor problema.

El comisario sacó su plano y observó la casa en cuestión, situada en una esquina en la confluencia de las calles Orense y Vizcaya, rodeada de grandes pinos piñoneros. Después decidió llamar a Silvia para que le diera novedades de primera mano, pero el teléfono comunicaba, y se vio obligado a marcar el número de la centralita.

- Aquí el comisario Albuena, páseme con Telemática —urgió en cuanto le cogieron el teléfono.

- Le paso, señor.

Albuena escuchó con impaciencia los diez desesperantes pitidos de la línea, hasta que al fin le respondió Silvia, con un tonillo que dejaba entrever cierto fastidio por la interrupción.

- Silvia, ¿por qué no coges el teléfono? —rugió Albuena, exasperado.

- Estoy en línea con el tipo de la inmobiliaria, que tiene que pasarme los datos del contrato para ver a quién se la alquiló —refunfuñó ella.

- Está bien… ¿habéis consultado ya la actividad de la casa?

- Sí, tiene consumos normales de agua y electricidad, pero no hay línea telefónica.

- ¿Y los servicios?, espero que estén a nombre del arrendatario.

- No, los contratos de suministro están a nombre de la inmobiliaria, ellos corren con los gastos y después se los pasan al inquilino.

- Un poco extraño, ¿no?

- Pues sí —admitió ella—. Todo indica que esta debe de ser nuestra casa.

- Con esos datos… además, está dentro del radio de la antena, y para bien o para mal, bien situada, vamos, que reúne todos los requisitos.

- Bueno, voy a ver qué dice este hombre —cortó ella.

Frízer se acercó al ver que se guardaba el teléfono, y le dijo que el grupo de asalto ya estaba por los alrededores.

- ¿Y los drones?

- Los drones ya están sobrevolando la zona —aseguró Frízer, sonriendo al gesto del comisario, que se había revuelto sorprendido al ver que ya se habían adelantado a sus decisiones.

- ¿Qué ofrecen las cámaras térmicas? —preguntó, asintiendo para reconocer su competencia.

- En el domicilio hay tres personas adultas, y la agente que pasea al perro ha podido ver a dos ancianos de alrededor de setenta y cinco años en el porche de entrada.

- No sé, deberíamos asegurarnos —musitó el comisario, con la mirada clavada en el plano.

- Yo creo que deberíamos presentarnos en la casa con algún pretexto.

- ¿Entretenerlos a la entrada mientras el grupo de asalto entra por la parte de atrás? —El comisario se quedó mirándolo y, al ver que asentía, objetó—: ¿Y si resulta que no tienen nada que ver con el asunto?, además, si nos equivocamos, estaríamos alertando a esa gente.
- Toda la urbanización está acordonada, nadie podrá abandonarla.
- Sí, pero el susto que les vamos a dar… y más si hay ancianos.
- Es un daño colateral asumible —le dijo Frízer, que se echó a reír al ver la cara de póker que puso el comisario.
- Vamos a esperar a que llegue ese contrato, no vaya a ser…

Frízer asintió, y regresó al furgón para trasladar la orden. Entre tanto, el comisario sacó del maletero de su coche una bolsa de rafia de un supermercado y se fue dando un paseo hasta la casa. La propiedad aparecía cuidada, con un gran jardín alrededor, y rodeada de pinos que sombreaban las aceras. Un vehículo de alta gama descansaba a la entrada de lo que parecía ser la puerta del garaje, detrás de unos cuantos juguetes, una bicicleta infantil y un patinete. Aquella última visión no le hizo mucha gracia, pero se dijo a sí mismo que las cámaras térmicas no habían detectado más que adultos, y pasó por alto el contratiempo. Sacó su móvil y envió la matrícula del vehículo a Silvia en un wasap. Aguardaba respuesta sin levantar la cabeza del móvil cuando se cruzó de frente con un joven que caminaba con decisión, ajeno a su presencia, y lo saludó con los ojos al cruzarse, sin darle mayor importancia, pero al ver que se acercaba a la casa, el corazón le dio un vuelco, y se revolvió para observarlo. Entonces advirtió que llevaba un pantalón de motorista, y, aunque imaginó que se trataba de un repartidor, continuó andando despacio, mirando hacia atrás por el rabillo del ojo. Luego, al doblar la primera esquina, aceleró el paso cuanto pudo para alejarse. Cuando alcanzó la calle Ávila, su sofoco era tan grande que el sudor le inundaba la frente y le escurría hacia los ojos arrastrando con él la crema solar que se había puesto por la mañana, provocándole tal irritación que se vio obligado a restañárselo con las mangas de la camisa.
- ¿Se encuentra bien? —le preguntó Frízer al verlo.

- Un joven se ha acercado a la casa, parecía un repartidor.
- Sí, en cuanto te ha visto se ha desviado.
- ¿Cómo que se ha desviado?
- Parece que su intención era entrar en la casa, pero al verte ha cambiado de rumbo. El jardinero ha logrado fotografiarlo de frente, y ahora estamos intentando averiguar de quién se trata.
- ¿Alguien lo sigue?
- La agente Holgado está tras él, y un dron lo sobrevuela —le dijo, señalando el furgón por si quería ver las imágenes.

Albuena asintió para reconocer su buen hacer, y se dejó caer sobre el capó del coche, intentando recuperar la calma. No pudo ser, pues apenas apoyó las nalgas, Frízer se revolvió con alarma para llamar su atención, provocándole un buen repullo.
- ¡Joder!, pero si se trata de David Alería —anunció con bulla.
- ¿Ese joven era David Alería? —remedó asombrado—. ¡Que lo detengan de inmediato!
- Entonces, ¿ordenas el asalto?
- ¡Por supuesto! —alzó la voz el comisario.

Mark regresó al furgón y pidió que se anunciara por radio que tenían carta blanca. El comisario entró tras él, y se acomodó en un pequeño taburete para observar la actuación de los técnicos. Quiso acomodar postura cuando vio que no alcanzaba a ver con nitidez las imágenes, pero entonces se dio cuenta de que el taburete estaba anclado al piso, y rebuscó sus gafas. En ese momento oyó que tronaba la radio, y se revolvió para mirar al técnico, animándolo con un cabeceo a que procediera.
- Aquí móvil uno —respondió entonces uno de los agentes.
- Señor, el joven se dirige a una arboleda. Propongo aguardar a ver cómo reacciona.
- ¿Se ha dado cuenta de que lo seguimos?
- Sí, por eso huye, pero no creo que sospeche de mí, simplemente se ha dado cuenta de que la casa estaba vigilada y ha salido por piernas.
- ¿Hay posibilidades de que escape?, el dron ha captado una motocicleta en la arboleda —dijo, haciendo que tanto Frízer como el

comisario dieran un respingo, lamentando el revés.
- Ninguna, señor —aseguró la agente con rotundidad, arrancándole un suspiro de alivio al comisario—. La salida hacia la circunvalación está controlada.
- Además, el dron lo vigila —le dijo el agente al comisario para que se tranquilizara.

Albuena y Frízer observaron con atención las imágenes del dron, un artilugio prodigioso que había venido a aliviar notablemente las penurias de su trabajo. Pudieron ver a David Alería correr por entre un encinar, y después colocarse un casco, subirse a la moto y salir a toda pastilla hacia un sendero de tierra en dirección suroeste. La velocidad de la moto sorprendió a todos, pues recorrió lo que en el plano parecían quinientos metros en apenas unos segundos.
- Se acerca a una glorieta, y de ahí podría acceder a la circunvalación —anunció uno de los técnicos, señalando en el mapa la zona.
- ¿Qué tenemos ahí? —preguntó el comisario.
- Un furgón completo, no debe preocuparse.
- Atención, móvil tres, detengan al tipo de la moto en la glorieta.
- A la orden —tronaron los altavoces.

Durante unos minutos se hizo un silencio sobrecogedor. El comisario sintió un nudo en la garganta, y carraspeó para aliviar la presión que le impedía tragar saliva. Frízer sonrió al advertirlo, y le ofreció un botellín de agua, aunque sin apartar la vista de las imágenes del dron ni un instante. La cámara mostraba con claridad la motocicleta y la estela polvorienta que dejaba tras ella, pero el fugitivo debió de imaginar que un dron lo perseguía, y comenzó a zigzaguear. La tolvanera que se formó lo envolvió todo, provocando que la cámara quedara cegada en pocos segundos. Ambos contuvieron la respiración, aguardando con inquietud una respuesta del operativo. Cuando esta llegó, retumbó por la camioneta como un torrente de agua embravecido. No tuvieron que preguntar qué había pasado, pues estaban viendo que la estela polvorienta de la moto se perdía hacia una zona intricada, localizada en el mapa como terrenos del antiguo cuartel Polvorín de Retamares.

- ¿Qué ocurre? —rugió el comisario, llevándose las manos a la cabeza al intuir el desastre.
- El sujeto lleva una motocicleta apropiada para el terreno en el que se ha internado, no podemos seguirlo.
- ¿Y el dron?
- Apenas le queda batería para unos minutos —rechazó uno de los técnicos, negando a cabeceos—, además, lo necesitamos para el asalto a la casa.
- ¿Y el otro? —insistió, señalando las imágenes que se mostraban de la casa con un brazo en alto.
- También está justo de batería.
- Bien —zanjó el comisario dando una sonora palmada—, ese tipo ya es historia, ahora hay que centrarse en esa casa.
- Por lo menos hemos evitado que se cargue a alguien —dijo Frízer.
- ¿Crees que había venido a eso?
- ¿A qué si no?
- Podemos pedir al pájaro que siga a la moto —propuso el agente.
- No, prefiero dejar el helicóptero aquí, por si acaso. Por cierto, ¿las ambulancias?
- Están cerca, no debe preocuparse.
- Bien, pues adelante.

El comisario se quedó observando la imagen que ofrecía uno de los drones, un plano perfecto a vista de pájaro en tres dimensiones de toda la finca. La fortuna vino a aliarse al fin con ellos aquella mañana de fiascos cuando vieron salir a la pareja de septuagenarios para dirigirse al coche. Al verlos, el comisario recordó que aguardaban los contratos de alquiler, y se lo dijo a Frízer. Él recordó en ese momento que había recibido un par de mensajes, e imaginó que se trataba de Silvia. Sacó su teléfono rápidamente y consultó la aplicación. Entonces vio que tenía varios mensajes de su hermano y llamadas perdidas, pero no les prestó atención. Abrió el mensaje de Silvia y leyó en voz alta:

- Los intervinientes son la inmobiliaria esta y… un tal Daniel Guerrero Arraiza. Silvia dice que el carnet de identidad está en vigor y todos los papeles en regla.

Mientras leía, el comisario recibió un mensaje, y consultó su móvil. Al igual que Frízer, advirtió que tenía varias llamadas perdidas y un par de wasaps, pero no le hizo caso más que al que acababa de recibir, que era de la inspectora Rodríguez. Apenas terminó de leer, llevó la vista hacia Frízer, reprimiendo un gruñido.

- ¡Su puta madre! —gruñó Frízer, asombrado.
- Bueno, es igual —dijo el comisario, aspavientando el aire—, tenéis carta blanca.
- ¿Seguro, señor?
- ¡Y tan seguro!, como que ese cabrón es el propietario de la inmobiliaria —repuso el comisario, refunfuñando malhumorado.

Ningún agente entendió a qué se refería, ni tampoco se cuestionaron qué importancia podía tener quién fuera el propietario de la casa. Se repartieron por los alrededores a la carrera, bien pertrechados, y dieron comienzo a la operación.

- Señor, el vehículo se mueve —informó al comisario uno de los agentes.
- ¿Quién va dentro?
- La pareja de ancianos.
- Bien, dejad que se alejen y después les dais caza.

El operativo permitió que el vehículo se dirigiera hacia la autovía de circunvalación, y lo detuvieron en uno de los accesos. La radio tronó en apenas cinco minutos para comunicar que estaba todo resuelto, y los individuos identificados.

- ¿Cómo se llaman? —solicitó el comisario, palmeando la mano a Frízer para felicitarse por el buen resultado de la operación.
- Daniel Casadiego Rojas y Rosario Laín Zuazua.
- ¿Dónde tienen fijada su residencia?
- Según su documentación, residen en una localidad llamada Lumbier, en Navarra.
- No sé por qué lo imaginaba —ironizó el comisario.
- ¿Habéis preguntado si queda más gente en la casa? —intervino Frízer al ver que el comisario se quedaba ensimismado, pensando.
- Afirmativo, señor. Aseguran que en la casa está su nuera. Ellos iban al colegio a recoger a sus nietos.

- Muy bien, déjenlos marchar, no vayan a salir los niños del colegio y se vean solos.

Poco después, el comisario pudo ver en el monitor cómo dos agentes se acercaban a la casa y les gritó que abortaran la operación. Los hombres recularon de inmediato, y desaparecieron como ratas a la carrera por entre las callejuelas para regresar a su posición.

- ¿No vas a ver quién queda en la casa? —supuso Frízer al ver que el comisario se dirigía hacia su coche.
- Esa mujer no nos interesa.
- ¿Y ese tipo?, el de la inmobiliaria, ¿no deberíamos ir a por él?
- Silvia se encarga, ya hay un operativo en su busca.

El comisario ordenó a los agentes que se retiraran, pero pidió que una patrulla se quedara vigilando la casa. Después le hizo un gesto a Frízer para que se subiera al vehículo, y llamó al capitán García.

- ¡Comisario!, ¿cómo va todo?
- Se confirma la teoría —le dijo por saludo—. Iván Casadiego Laín no falleció en Bamako.
- Parece que ya van encajando las piezas.
- David Alería iba a por él, pero se nos ha escapado.
- No creo que fuera a por él —rechazó el capitán, dejando escapar su frustración en un resoplido de indolencia.
- ¿Qué te hace pensar eso?
- Ese tipo es quien le ha proporcionado los medios, la documentación, y seguramente también quien le ha marcado los objetivos. Ha estado utilizándolo para cazar a alguien, probablemente para quitarse de encima a cualquiera que pudiera molestarlo.
- ¿A quién?
- A quien en verdad mueve los hilos.
- ¿Y ya sabéis quién es?
- Aún no, pero estamos acercándonos, es cuestión de un desliz el que logremos dar con él.
- ¿El del Ministerio?
- Ese mismo.

# 44

Pese a que el capitán García ya hacía varios minutos que había colgado, Frízer y Albuena continuaban ensimismados, pensando en cuanto les había dicho. Sus palabras no habían hecho sino acrecentar sus dudas, pues si en realidad había alguien de arriba intentando cazar a David Alería, ellos habían estado trabajando sin saberlo para el enemigo. Un lamento del comisario hizo que Frízer se quedara mirándolo, esperando a que le dijera algo, pero el hombre se limitó a asentir en un diálogo de sordos, chasqueando la lengua con fastidio.

- No creo que el gobierno pueda estar involucrado en esto —le dijo Frízer con desánimo, imaginando lo que pasaba por su cabeza.
- No podemos descartar ninguna posibilidad, por eso debemos andarnos con cuidado.
- Esto ya no es un caso de desaparición que nos competa a nosotros, la cosa está complicándose.
- Por eso debemos dejarlo en manos del capitán García.
- Entonces, ¿David Alería?
- Ese sí es nuestro caso.
- ¿Y qué podemos hacer? Ahora que sabe que le pisamos los talones, lo más probable es que no vuelva a aparecer en mucho tiempo.
- Su familia ya lo ha encontrado, que es lo importante. Lo que ocurra a partir de ahora depende solo de él. Si no quiere regresar con ellos, no es nuestro problema.

Frízer dejó que un suspiro se deslizara entre sus labios, y después dio un cabeceo aveniente, un gesto de derrota con el que admitía que Albuena tenía razón, pese a que pensaba que, hasta que sus padres no pudieran abrazarlo, no despertarían de la pesadilla que llevaba atormentándolos durante cinco años.

El comisario iba a poner el vehículo en marcha cuando el tono de llamada de su teléfono le arrancó un nuevo refunfuño, aunque le dio paso de inmediato al ver que se trataba de Silvia.

- ¿Qué, como ha ido todo? —preguntó ella con un deje guasón apenas atisbó al otro lado de la línea la hosquedad del comisario.
- ¿Habéis localizado a ese hombre? —urgió él para acallar la chanza.
- Acaban de traerlo a la comisaría. No es que se haya entregado *motu proprio*, pero tampoco ha opuesto resistencia. Parece ser que, dados los acontecimientos, ya intuía el desenlace. Lo primero que ha pedido es que dejemos a su familia al margen. Asegura que no saben nada, y que si no los involucramos, colaborará con nosotros.

El anuncio de Silvia vino acompañado por un silencio muy largo. Ella imaginó la cara del comisario, con sus ojos saltones puestos en blanco y los labios enfurruñados, sin embargo, su respuesta sonó con tanta apatía que se quedó anonadada, conformando la misma cara que ella le había pintado al comisario, con la agria sospecha de que había ocurrido algo que iba a frustrar de algún modo aquel pequeño triunfo.

- Bueno, al menos tenemos algo —intervino Frízer para que supiera que estaba a la escucha.
- Ah, hola, Mark, ¿ya has llamado a tu hermano? Hace más de una hora que me dejó un mensaje un poco extraño, no sé qué de un supermercado en el que habían dejado un coche, y que contactara contigo para decirte que lo llamaras enseguida. La verdad, estaba muy liada y no le hice caso.
- No te preocupes, ahora lo llamo.
- Bueno, vamos para allá, si hay alguna novedad me llamas enseguida —le dijo el comisario antes de colgar.

Albuena advirtió que Frízer mantenía el móvil en la mano, meneándolo con indecisión, y lo animó a que llamara a su hermano. Él asintió, pese a que un leve sonrojo lo había delatado, igual que cada vez que se daba cuenta de que observaba la manera en que cuidaba a su hermano, protegiéndolo como si se tratara de un niño pequeño. Intentó llamar a Paul, pero una voz metálica le indicó que el teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura. Entonces, cuando se llevó el aparato a la cara para ver qué ocurría, vio que tenía varias llamadas perdidas de él y otros tantos mensajes. Bastó

leer el primero para que su cuerpo diera un repullo tan agitado que el comisario se revolvió asustado.

- ¿Qué ocurre? —preguntó, escrutando su expresión con un mal pálpito.

- Hace más de una hora que me llamó —lamentó Frízer, mesándose el flequillo con rabia—. Dice que está junto a Javier Alería en un supermercado de Colmenar, y que Rosales está siguiéndolos.

- ¿Cómo que Rosales los sigue?

- No sé, está fuera de cobertura, y en otro mensaje me dice que llevaba un localizador que había activado David Alería.

El comisario se retrepó con asombro al recordar que Mateo Alería había intentado contactar con él, y sacó su móvil para llamarlo. El hombre respondió de inmediato, con tanta inquietud en la voz que temieron que hubiera sucedido un hecho lamentable. El atropello con el que intentaba decirles dónde estaba obligó al comisario a alzar la voz para pedirle calma.

- A ver, ¿dónde se encuentra?

En el supermercado de Mercadona, en Colmenar. Vine porque mi hijo me llamó para decirme que no lograba contactar con ustedes, pero no pude encontrarlos por ninguna parte, y el coche está en el garaje, por eso he tenido que llamar a la policía.

- ¿Han acudido ya?

- Sí, están vigilando el garaje, y van a intentar localizar los teléfonos, pero por el momento no dan señal.

- ¿Y el hermano del inspector Frízer?

- Estaban juntos, pero su móvil tampoco está activo.

- Bien, espere ahí, estaremos allí en treinta minutos.

El comisario puso el coche en marcha y aceleró a fondo hacia la autovía de circunvalación. Poco después, cuando logró incorporarse a la M-40, activó la sirena, que comenzó a aullar de inmediato, haciendo que los coches que circulaban a su alrededor disminuyeran la marcha culebreando peligrosamente, aunque él aprovechó esa circunstancia para esquivarlos en un zigzagueo de película, y salió pitando hacia la primera salida para cambiar de sentido. Ya se

dirigían hacia el norte cuando Frízer intentó de nuevo llamar a su hermano, pero la respuesta volvió a ser la misma.
- Voy a llamar a Salanueva, el inspector de Colmenar, a ver si ellos saben algo —propuso entonces.
- Supongo que serán ellos los que han acudido —repuso el comisario, asintiendo para animarlo a dar el paso al tiempo que desconectaba la molesta sirena.

El inspector Salanueva respondió de inmediato, con tan buen talante que Frízer intuyó que no sabía nada.
- Buenos días, aunque no tan buenos para nosotros —respondió con sequedad a la cordialidad despreocupada con la que fue recibido.
- Yo tampoco tengo buenas noticias, ese joven no ha aparecido por el local, y no vamos a tener más remedio que retirar la vigilancia.

Frízer lanzó una mirada indagadora al comisario. Él asintió en silencio.
- Sí, podéis retirarlos, ese joven ya no va a aparecer por allí.
- ¿Ya lo habéis atrapado? —dedujo con entusiasmo.
- Todavía no, pero ya es cuestión de horas. Ahora quien nos preocupa es su hermano.
- ¿Cómo que su hermano, no me dirás que también ha desaparecido? —repuso con sorna.
- Estaba con mi hermano en un supermercado de Colmenar, Mercadona…
- ¡Ah, joder, son ellos! —exclamó al caer en la cuenta—. Una patrulla se desplazó allí hace unos minutos. Han logrado encontrar el coche en el garaje, afortunadamente sin señales de violencia, aunque los jóvenes no aparecen. Ahora estamos intentando localizar sus móviles.
- Nosotros vamos para allá ahora mismo.
- Muy bien, entonces lo dejo en vuestras manos.
- ¡No! —alzó la voz el comisario—, continuad con ello, que nosotros no tenemos medios, y estad atentos a las líneas, podrían conectar los teléfonos en cualquier momento.
- A la orden, señor —le dijo Salanueva al reconocer la voz del comisario—, nos mantendremos en contacto.

En cuanto Salanueva hubo colgado, Frízer llevó la mirada hacia el comisario, y se quedó pensando. El hombre iba tan concentrado en la conducción, esquivando los vehículos a los que iba alcanzando, que no le prestó atención hasta que dejaron atrás el cruce de Alcobendas para incorporarse a la comarcal M-607, donde la circulación era bastante más fluida.

- ¿En qué piensas?
- Quizás deberías llamar al capitán García para comentarle el asunto.
- Sí, creo que será mejor que sepa lo que está ocurriendo.

Mientras Albuena hablaba con el capitán, Frízer recibió un mensaje de la aplicación Telegram en el que se le comunicaba que había sido añadido a un grupo llamado *Muerte*, y se revolvió alarmado, con un nudo en la garganta. Se quedó mirando la pantalla, incapaz de reaccionar, preguntándose quién lo había incluido, y con qué intenciones. El propio nombre del grupo, tan inquietante, le provocó gran recelo, como si de repente se encontrara atrapado en una encrucijada peligrosa de la que no podría surgir nada bueno. Mientras repasaba mentalmente los posibles escenarios, su respiración se fue acelerando poco a poco, y una opresión en el pecho fue trepando hasta su garganta, provocándole tal sensación de ahogo que tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder respirar profundo e insuflarse la calma necesaria para encarar el asunto del modo más pragmático posible. Aunque albergaba la posibilidad de que se tratara de una simple confusión, una sombra de sospecha se fue cerniendo sobre él, de modo que escuchó la voz de su interior que le decía que debía aceptar, y lo hizo; pulsó la tecla que, por alguna extraña razón, sentía que podría llevarlo al abismo. En ese momento comenzaron a llegarle los leves pitidos de las notificaciones, que vinieron a confirmar que no había habido ningún error, que era él el destinatario de los mensajes de *Muerte*. Al ver que el comisario continuaba hablando con el capitán, se permitió tocarle un brazo para que lo mirara. Albuena se giró un instante, lo suficiente para entrever que algo estaba pasando, y le dijo al capitán que aguardara un momento.

- ¿Qué ocurre? —tuvo que preguntarle al ver que permanecía mudo, temblando como si le hubieran echado encima un cubo de agua helada.
- Los tiene Rosales —le dijo—. Me ha añadido a un grupo de Telegram en el que también está Mateo Alería.
- ¿Ha dicho qué quiere? —urgió el comisario, estupefacto.
- Dice que si David Alería no contacta con él en dos horas, no volveremos a verlos.
- ¿No sé cómo pretende que vayamos a hacer eso? —se oyó rugir al capitán por los altavoces.
- Creo que ese tipo siempre ha estado convencido de que David Alería trabajaba para nosotros, o que lo teníamos protegido.
- ¿Mateo Alería ha aceptado que lo añadan al grupo? —preguntó el capitán, que parecía pensar a la velocidad del rayo.
- Ha accedido, pero tampoco ha respondido nada.
- Bien, llámale enseguida y adviértele de que no contacte bajo ningún concepto. También sería interesante que no abriera los mensajes, aunque me temo que eso va a ser imposible.
- ¿Qué pretendes hacer? —le preguntó el comisario.
- Respóndele —lo animó—, y dile que te proponga un modo de contacto.
- Acaba de enviar otro mensaje —acució Frízer—. Dice que David Alería deberá poner las claves en el grupo antes de dos horas, de lo contrario, matará a ambos. También dice que lo hará poco a poco, para darle tiempo a dirimir lo que le conviene.
- No te preocupes por esa jerga, es lo habitual cuando amenazan —dijo el capitán, quitándole importancia para tranquilizarlo.
- ¿Y qué claves son esas? —se cuestionó el comisario.
- Me temo que sean las claves de acceso a las cuentas donde están depositadas las criptomonedas que maneja David Alería —le dijo el capitán.
- Joder, por fin algo con sentido —ironizó Albuena.
- ¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Frízer con un inusitado temblequeo en la voz, reflejo patente de la profunda preocupación que lo asaltaba.

- No podemos contactar con David Alería para que nos ayude a capturarlo, pero sí podemos dilatar el asunto para que Xaime Varela se ponga nervioso, puede que así cometa algún fallo, o algo aún mejor, que decida llamar a su jefe.
- ¿Sigues pensando que ese jefe está en el Ministerio? —intuyó el comisario.
- Incluso he barajado la posibilidad de que el piloto estuviera trabajando para alguien del Ministerio, pero he hablado con el coronel Fernández Moro y no le ha parecido congruente. Creemos que ese tipo era solamente un peón más de Xaime Varela.
- ¿Le has dicho ya que hemos cazado al contable?
- De momento, mejor que nadie sepa nada, ya le daré novedades personalmente, no vaya a ser que tengamos un agujero en las comunicaciones.
- ¿Entonces? —preguntó el comisario con desaliento.
- Yo creo que sí podemos contactar con David Alería —dijo Frízer.
- ¿Y cómo pretendes que lo hagamos? —gruñó el comisario—. Me cago en la leche, de haber sabido esto, habríamos salido tras él esta mañana.
- Me da que la mujer que le dio cobijo sabe cómo contactar con él.
- ¡Joder! —rugió el capitán—. Xaime Varela también puede llegar a esa conclusión, o sacársela a los muchachos.
- Esa mujer está en peligro —se avino Albuena.

El comisario se despidió del capitán, y después pidió a Frízer que llamara de nuevo al inspector Salanueva para que sus hombres abandonaran la vigilancia del trastero de David Alería y se dispusieran de inmediato a vigilar la casa de doña Josefa. Cuando logró obtener una respuesta favorable, tras verse obligado a explicarle concienzudamente al inspector las razones que lo llevaban a hacerle aquella petición tan extraña, alcanzaban ya el aparcamiento del supermercado. Una dotación de la Policía Nacional se encontraba a la puerta, vigilando todos los coches que salían, y se acercaron a ellos. Un sargento se presentó al reconocer al comisario, y le dio novedades, negando con la cabeza ostensiblemente.

- Entonces, ¿las cámaras? —preguntó Albuena.
- Las grabaciones ya están en el laboratorio, señor, la inspectora Rodríguez las pidió hace un rato.
- Bien, gracias —dijo el comisario, presto a llamar a Silvia.

Ella respondió en cuanto sonó el primer tono, con la voz aún quebrada por el terror que le había provocado la visión de las imágenes que acababan de pasarle. Albuena se vio forzado a apaciguarla, recurriendo para ello a un par de mentiras piadosas que suavizaran el temblor de sus palabras. Solo cuando notó que la agitación cedía, le pidió, con cautela, que le contara exactamente lo que había visto.

- Se ve a los muchachos paseando por el supermercado, hasta que Rosales se les acerca por detrás y le coloca algo en la espalda a Javier Alería. No se puede apreciar de qué se trata, pero doy por hecho que es un arma. A Paul lo agarra de un brazo, y lleva a ambos empujándolos hasta la zona de cajas. Los pasillos estaban tan concurridos que nadie se dio cuenta.
- ¿Y a dónde se los lleva?
- Salen del supermercado por la puerta principal, pero no sé a dónde van, aún estoy revisando las cámaras de la calle.
- ¿Sabemos ya desde qué línea se envían los mensajes de Telegram?
- Eso va a ser prácticamente imposible, aunque lo que sí pueden hacer los técnicos es averiguar su situación a través de las antenas. Lo malo es que este tipo ya sabrá eso, y lo más probable es que esté en movimiento. Para cuando pudiéramos interceptar la señal, podría encontrarse ya a varios kilómetros.
- Bien, seguid con ello, buen trabajo.
- Iván Casadiego está aquí —le dijo ella antes de que le colgara.
- Joder, ya no me acordaba de ese tipo.
- ¿Qué quiere que haga con él?, ha pedido un abogado.
- Cuéntale lo que está ocurriendo con los muchachos, y dile que si tiene la menor idea de cómo contactar con David Alería, ahora es el momento de ayudarnos, porque de lo contrario le propondremos a Rosales un intercambio.

- ¡Hombre, esa sí que es una buena idea! —exclamó ella antes de colgar.

El comisario se desinfló en un suspiro, y se adentró en el aparcamiento para echar una ojeada al vehículo de Javier Alería. Allí encontró a su padre, hecho un manojo de nervios, con el teléfono a la oreja. Albuena pudo discernir que hablaba con su esposa, y se acercó en silencio para no interrumpirlo, pero Mateo Alería se despidió apenas lo vio, y se llevó ambas manos a las perneras para expresar su desaliento.

- Ha sido Rosales —tuvo que reconocer el comisario—. Pero no se preocupe, ya ha contactado con el inspector Frízer.

- Ya he podido ver que nos ha añadido a un grupo de Telegram.

- No lo abra bajo ningún concepto —le exigió Albuena, meneando la cabeza hacia los lados al ver su gesto de extrañeza—. Si ve que lo ha abierto, intentará utilizar sus miedos, ¿entiende lo que le digo?

- Si piensa que no cojo los mensajes, no podrá amenazarme ni manipularme —admitió Mateo Alería—. ¿Y qué es lo que quiere ese tipo?

- Unas claves que al parecer conoce su hijo, pero no se preocupe, podemos dárselas.

- ¿Unas claves, de qué?

El comisario dudó si decirle la verdad, temeroso de que aquello lo llevara a cometer alguna insensatez, pero pensó que quizás el hombre pudiera atar cabos si tenía la información, extrayendo conclusiones que pudieran servirles para algo, y le dijo que pensaban que se trataba de criptomonedas.

- ¿Mi hijo maneja criptomonedas? —remedó con asombro, negando con la cabeza.

- Todo lo ocurrido nos lleva a pensar que podría manejar cantidades desorbitadas, de ahí que esa gente se esté tomando tan a pecho todo esto.

- ¿Quiere eso decir que no dudarán en hacer daño a los muchachos?, aunque no sepan nada.

- Me temo que así es, por eso hemos de ser sumamente cautos —admitió el comisario, señalándole el teléfono para que entendiera la

gravedad del asunto.

Mateo Alería agachó la cabeza, y comenzó a sollozar en silencio. Albuena no supo qué hacer, y le colocó una mano en la espalda, palmeándosela con afecto. Pese al sonrojo en que se vio atrapado Mateo Alería al darse cuenta de que se estaba comportando como un niño, logró levantar la cabeza para mirarle a los ojos, agradecido por todo lo que había hecho, aunque ahora ya no sirviera para nada.

- Cinco años buscándolo para esto —dejó escapar en un balbuceo.

- En unas horas los habrá recuperado, se lo prometo —se vio obligado a decirle, y, aunque era consciente de la dificultad de la empresa, con la firme intención de cumplir su palabra.

- ¿Y cómo piensa hacerlo? —se revolvió, carente de una entonación irónica que pudiera poner al descubierto el verdadero trasfondo de sus palabras.

- Tengo un buen plan, eso es todo —replicó Albuena, encogiéndose de hombros, sonriendo con un atisbo de suficiencia que no hizo sino preocupar aún más a Mateo Alería.

El comisario se dio media vuelta y se largó, dejando a Mateo Alería con la boca entreabierta, suspendida en un gesto de desconcierto.

- ¿A dónde vamos? —preguntó extrañado Frízer al ver que el comisario se acercaba al coche, haciéndole señas para que se apresurara.

- Volvamos a la comisaría.

- ¿Para qué? —protestó, pese a que brincó al asiento.

- Tenemos que preparar la trampa —le dijo el comisario, sonriendo enigmáticamente.

# 45

En cuanto Silvia supo que el comisario y Frízer se encontraban en la comisaría, salió corriendo a su encuentro, hecha un manojo de nervios.

- He podido ver las imágenes —atropelló al entrar al despacho de Albuena, echándose en brazos de Frízer al tiempo que le susurraba palabras de ánimo.

- ¿Qué imágenes? —apremió el comisario.

Silvia liberó a Frízer de sus brazos, y les hizo un gesto para que la acompañaran a su despacho, encaminándose ella hacia allí a paso ligero. Ambos compartieron una mirada de extrañeza y, aunque se encogieron de hombros, acudieron tras ella para acomodarse frente a su terminal, aguardando con impaciencia a que rebuscara la secuencia de imágenes que pretendía mostrarles. Poco después, tras unos cliqueos frenéticos, Silvia giró la pantalla para que pudieran ver lo que habían grabado las cámaras del aparcamiento del supermercado. Ambos observaron en silencio cómo Rosales aferraba a Javier Alería de un brazo con su mano izquierda, y con la derecha le clavaba el cañón de la pistola en la espalda.

- ¿Qué hace Paul? —gruñó Frízer al ver que una de las cámaras mostraba a su hermano acomodándose tras el volante de un Audi Q8.

Silvia posó una mano sobre la de él para tranquilizarlo, aunque sin ofrecerle una respuesta. Las imágenes hablaban por sí solas.

- Qué cabrón —musitó el comisario al ver que Rosales se subía a la parte de atrás, obligando a Javier Alería a acomodarse en el asiento del copiloto—, así los tiene bien controlados.

- No me gusta nada, Paul podría hacer cualquier tontería.

- ¿Y qué podría hacer? —El comisario se revolvió, mirándolo con seriedad—. No tiene más remedio que obedecer, sabe que ese tipo no dudará en llevárselos por delante si no obtiene lo que quiere.

- Conozco a mi hermano, y te puedo asegurar que lo que pasaba en ese momento por su cabeza era empotrar el coche contra el primer mojón que encuentren.

- ¿Acaso piensas que Rosales no sabe eso? —replicó Albuena.
- No dejará que se pongan los cinturones —le dijo Silvia—, ya lo hemos visto en otras ocasiones. Desde la parte de atrás tiene un control absoluto, además, no necesita intimidar a Paul, tiene a Javier Alería, a quien puede amenazar sin riesgo a estrellarse.

Frízer sucumbió a la sensatez del razonamiento, y agachó la cabeza, apesadumbrado. El comisario era consciente de que lo que menos les convenía en ese momento era perderse en tribulaciones banales, y le dio un manotazo en la espalda para que se irguiera.
- Vamos a ver qué nos cuenta ese tipo —le dijo, forzando una sonrisa entusiasta con la que enmascarar su propia inquietud.
- Está en la sala de interrogatorios —le dijo Silvia.
- ¿Y el abogado?
- No ha insistido, o sea que no hemos llamado a nadie.
- Bien, mejor así —le dijo Albuena, sonriendo maliciosamente al tiempo que cabeceaba hacia Frízer para que lo acompañara.

Ambos se dirigieron a la sala de interrogatorios, situada en la planta alta, alejada del bullicio y el ajetreo propios de la comisaría. Al llegar, entraron tan precipitadamente que le dieron un buen sobresalto a Iván Casadiego, que, sin otro quehacer, dormitaba acodado sobre la mesa con indolencia.
- Disculpe la espera, pero es que hemos tenido una mañana muy ajetreada —le dijo el comisario con sorna, arrastrando una silla para sentarse frente a él.

El hombre se quedó mirándolos con una extraña combinación de sorpresa e ironía. Su gesto acabó congelado en una mueca divertida, como si su contemplación no hubiera superado las más mínimas expectativas. Durante unos segundos permanecieron todos en silencio, estudiándose con las miradas, hasta que Casadiego perdió la batalla de la incomodidad, y se recostó sobre el respaldo al tiempo que exhalaba todo el aire que retenía en los pulmones, cruzado de brazos como si se protegiera el pecho.
- O sea que usted va a hacer de poli bueno —dijo, llevando después la mirada hacia Frízer para dedicarle una sonrisa burlesca.

- Bueno, yo soy malo por naturaleza, por eso soy el comisario, pero el inspector tiene ahora mismo a su hermano pequeño en una situación sumamente comprometida, y aunque lo normal es que él sea el poli bueno, hoy toca que ambos estemos de mala leche.
- Rosales ha secuestrado a dos jóvenes, uno de ellos es mi hermano —le dijo Frízer al ver que alzaba las cejas para recrear un gesto de falsa extrañeza.
- ¿Y quién es Rosales, acaso tengo yo algo que ver en eso? —preguntó, añadiendo a su escenografía una mueca de perplejidad.
- Usted ya debe de saber que Rosales es en realidad Xaime Varela Blanco —le dijo el comisario, que no dudó en utilizar el tono más petulante que pudo conformar.

Iván Casadiego se revolvió en la silla, y se quedó mirándolos con desconcierto, sopesando la posibilidad de que aquello pudiera ser una estratagema para guiar el interrogatorio hacia un lugar más espurio del que él había imaginado. Entonces decidió cambiar de postura para mostrarse relajado, como si lo que acababa de oír no tuviera la menor relevancia. Albuena lo intuyó, y decidió darle una nueva estocada.
- Uno de los jóvenes secuestrados es Javier Alería, ¿sabe de quién le hablo?

Casadiego se quedó tan sorprendido que permaneció con la boca entreabierta, boqueando como si aquella confidencia le hubiera arrebatado el aliento. Luego asintió, agachando la cabeza para ocultarla entre los hombros. El comisario no tuvo la menor duda de que sabía a quién se había referido, pues ni siquiera intentó disimular el repullo que le provocó la revelación, y sonrió a Frízer en gesto de victoria, golpeándose los labios con el dedo índice para que se mantuviera en silencio. Casadiego intuyó en la callada que aguardaban una respuesta, y alzó los ojos para mirarlos, volviendo a asentir, aunque muy despacio, casi imperceptiblemente, como si temiera que algo se le quebrara por dentro.
- ¿Y Antonio? —preguntó con un hilo de voz, llevándose las manos al rostro en gesto de fatalidad.
- ¿No sabe dónde está?

- Es importante —le dijo Frízer al ver que negaba.
- ¿Antonio se encuentra bien? —insistió Casadiego.
- Iba hacia su casa, pero logró huir al ver que la vigilábamos —concedió el comisario.

Ambos pudieron advertir que aquello lo había pillado por sorpresa, aunque enseguida curvó los labios para esbozar algo parecido a una sonrisa. Ambos dieron por hecho que el gesto era sincero, y que en verdad lo alegraba que David Alería se encontrara bien.

- O sea que no lo han capturado esos cabrones —dijo tras unos segundos de suspense, sonriendo abiertamente al ver que ambos asentían.

El comisario soltó un resoplo de apatía, y se acodó sobre la mesa, mirándolo fijamente.

- A ver, cuénteme qué relación había entre usted y David Alería.
- Ufff —suspiró Casadiego, alzando la mirada hacia el techo para dar a entender que sus recuerdos se remontaban a largo tiempo atrás, y que necesitaría horas para contarles todo cuanto sabía.
- Quizás prefiera que lo interrogue el Ejército —le dijo Frízer al ver que no se arrancaba.
- El capitán Luis García está llevando a cabo una investigación sobre todo lo ocurrido en Bamako —le dijo Albuena.
- Y sabemos cómo acabó David Alería en la unidad para la que usted trabajaba —añadió Frízer.
- ¿Por qué simuló su muerte en Bamako? —le preguntó el comisario.
- No tuve que hacerlo, las cosas surgieron así, simplemente, podríamos decir que fue un golpe de suerte.

Frízer advirtió con asombro que Casadiego señalaba con los ojos la única silla huérfana en la habitación para que se sentara y así poder tener a ambos frente a frente.

- Muchas gracias —le dijo con ironía—, pero estoy bien de pie.
- Me incomoda tenerlo danzando a mi alrededor, sin poder atisbar sus reacciones —replicó Casadiego, envalentonado al ver que el comisario apretaba los labios para contener la risa.
- Está bien —gruñó Frízer, acomodándose al fin a la izquierda del comisario. Después alzó ambas manos, separándolas, y elevó el

mentón para que comenzara.
- Supongo que ya saben a qué me dedicaba.
El comisario sacó pomposamente su móvil y se entretuvo ojeando sus notas. Cuando encontró lo que buscaba, sonrió con esa suficiencia que exhiben los victoriosos para que creyera que lo tenía todo controlado, y leyó en voz alta:
- Iván Casadiego Laín, natural de Lumbier, agente encubierto con el nombre de Antonio Martínez Soler…
- Eso fue hasta mi muerte —lo interrumpió Casadiego, alzando ambas manos para dibujar en el aire unas comillas—, después fue Antonio quien recogió el testigo.
- ¿Qué quiere decir?
- Como se suponía que yo había fallecido, y ese joven tenía que llamarse de algún modo, le cedieron las credenciales que había estado utilizando yo hasta entonces.
El comisario asintió, y llevó de nuevo los ojos hacia sus apuntes.
- Licenciado en economía… encargado de la fiscalización de las actividades del grupo destacado en Mali... oficialmente, fallecido en Bamako en 2020, el mismo año en que desapareció David Alería Percal... ¿quiere que continúe?
El comisario llevó sus ojos hacia los de Casadiego para ver cómo reaccionaba, sin embargo, pese a que esperaba un gesto ambiguo, quizás una negativa, lo que encontró en su rostro fue una expresión de asombro, como si le sorprendiera que ellos hubieran podido averiguar todo eso. Lo alegró ver que, pese a todo, asentía para dar por bueno el resultado de sus pesquisas.
- Toda esa información nos la ha proporcionado el capitán García, que, como le he dicho, es la persona a quien Defensa ha encargado una investigación sobre lo sucedido.
- Como bien ha dicho, mi trabajo consistía en fiscalizar las cuentas del operativo destacado en Mali.
- ¿Había alguna sospecha de que no se estuvieran haciendo bien las cosas? —irrumpió Frízer.
- No, en absoluto —rechazó con naturalidad—. Se manejan fondos importantes, por lo que la fiscalización, tanto interna como externa,

forma parte del protocolo de actuaciones.
- ¿Y por qué decidió desaparecer? —preguntó el comisario.
- En la primera auditoría pude ver que había múltiples irregularidades en las cuentas, y lo puse en conocimiento de mi superior.
- ¿Que era…?
- El teniente Varela.
- ¿Y qué le dijo?
- Que iba a abrir una investigación, y que me olvidara del asunto.
- Y usted receló —supuso Albuena.
- Hombre, si hubiese tenido intención de abrir una investigación, yo habría formado parte de ella, para eso me habían contratado, no era normal que me pidiera que me olvidara del asunto.
- ¿Y qué ocurrió entonces?
- Simulé que obedecía la orden, pero continué indagando por mi cuenta. Varela me vigilaba, naturalmente, y descubrió que continuaba metiendo las narices donde no les interesaba. Ahí tuve el primer golpe de fortuna, porque en lugar de silenciarme, se le ocurrió que podría ser mejor que estuviera de su parte, e intentó comprarme.
- Deduzco que no se vendió —dijo Frízer, sonriendo con manifiesto sarcasmo.
- Lo hice, por supuesto, negarme habría significado acabar en un hoyo. No imaginan lo fácil que resulta hacer desaparecer a alguien en aquella tierra.
- ¿Entonces? —insistió Frízer.
- Durante un tiempo acepté la pasta, y me fui sumergiendo poco a poco en el mundillo de sus trapicheos, conociendo a la gente involucrada, tomando nota de su *modus operandi*… hasta que un día me preguntaron si podía blanquear el dinero, o moverlo sin levantar sospechas, y les dije que esa era mi especialidad, pero claro, ahí me vi obligado a subir la apuesta. Les dije que no solo podía ocultarlo, sino que podría sacarles un buen rendimiento, a cambio, claro está, de un mayor porcentaje de la mordida. Supuse que un poco de avaricia despejaría cualquier duda sobre mi lealtad.

- ¿Y le confiaron sus cuentas?
- Al principio se mostraron muy suspicaces, naturalmente, sobre todo Varela, que no terminaba de fiarse de mí, pero como tuve un golpe de suerte y las criptomonedas en las que invertí los primeros fondos que pusieron en mis manos para ponerme a prueba duplicaron su cotización en poco tiempo… resultaron unas operaciones tan eficaces que los otros presionaron a Varela para que me confiara el resto del montante.
- Y lo hizo —barruntó el comisario.
- Ciegamente —admitió Casadiego, sonriendo al ver la cara de pasmo que mostraron ambos—. Utilicé esa confianza para vaciar todas las cuentas, y aguardaba el mejor momento para fugarme cuando ocurrió lo de Bamako, entonces aproveché para desaparecer. Menuda sorpresita debió de llevarse Varela cuando vio que todo su dinero se había esfumado conmigo.
- ¿Y qué ocurrió en Bamako?
- Allí fuimos emboscados, y varios soldados perdieron la vida. Yo conseguí huir de milagro, y permanecí escondido durante horas a la espera de que acudiera un rescate.
- Y el rescate nunca llegó.
- Ahí fue cuando me di cuenta de que había sido doblemente afortunado. No sé si la emboscada fue casual, o preparada para quitarnos de en medio, el caso es que a algunos les vino muy bien que yo desapareciera. Perdieron la pasta, por supuesto, pero al menos se libraban del juicio que les esperaba, o eso pensarían, supongo.
- ¿Y cómo conoció a David Alería?
- Había llegado a la base unas semanas antes, sin recuerdos, sin historia, nada de nada, ni siquiera hablaba español —aseguró, sonriendo al recordarlo—. Lo sorprendente es que hablaba inglés bastante bien, y tenía conocimientos de múltiples materias, sobre todo de economía, sin embargo, no sabía ni cómo se llamaba. Yo me había obsesionado con él, y comencé a indagar. Entonces descubrí que trabajaba en una misión para Defensa cuando le golpearon en la cabeza, y que ya no tenían esperanzas de que recuperara la

memoria. Intenté sonsacarle a uno de los médicos de la base, pero tampoco sabía gran cosa, de hecho, no sabía ni su nombre. Y como el inglés que hablaba Antonio era un poco extraño, con un acento como de Escocia, todos dieron por hecho que era originario de por allí.

- Y usted no lo creyó —supuso el comisario.

- Yo pasé muchas horas con Antonio cuando intentaba que aprendiera español, y pude charlar de muchas cosas. Ahí se fraguó nuestra amistad. Era evidente que se trataba de un atleta. No se imaginan las piruetas que hacía, y tenía un cuerpo bien esculpido, parecía una estatua griega. Además, era evidente que había estudiado artes marciales, porque en el gimnasio no había quien pudiera con él, aunque él de eso no recordaba nada, sin embargo, cuando le hablabas de ciertos países, los situaba en el mapa como un geógrafo, y no solo eso, tenía unos conocimientos de geopolítica impresionantes, impropios de alguien que no tuviera una amplia formación académica.

- ¿Pero cómo intuyó que en realidad era español? —le preguntó Frízer, más interesado en ese detalle.

- Pues por los gestos y las costumbres. Parece ser que eso queda guardado en un lugar de la memoria diferente al del lenguaje.

- ¿Y qué tipo de gestos? —insistió Frízer con impaciencia.

- Lo primero que me llamó la atención fue la comida. Cuando íbamos al comedor, tenía sus prioridades. La paella, por ejemplo, no se saltaba ni una, y le echaba limón, y si no había se mosqueaba. Y el gazpacho, se lo bebía a jarras. Y luego las legumbres, se pirraba por las lentejas, los garbanzos, las alubias… sin embargo, de las cosas que le gustan a los jóvenes, pizzas, hamburguesas y cosas de esas, nada de nada. Y el aceite de oliva, en eso también me fijé, le gustaba desayunar tostadas con aceite. Aunque lo que más me afianzó en mi sospecha fue un día que nos hicieron churros y lo vi devorarlos a dos carrillos. Ahí me dije: este tío es español.

Frízer y Albuena se miraron, y después se echaron a reír. Casadiego los acompañó de buena gana, hasta que la hilaridad fue dando paso poco a poco a otros recuerdos menos entrañables, y

Casadiego ensombreció el rostro para dibujar en él una expresión de nostalgia.
- ¿Y no le pareció extraño que lo dejaran allí, sin avisar a su familia?, porque el hecho de que él no recuperara la memoria no quería decir que el Ejército no supiera de quién se trataba.
- Por eso comencé a indagar.
- ¿Y descubrió quién era?
- No pudimos hasta que logramos regresar a España. De todos modos, no podíamos contactar con nadie, eso nos habría colocado en la diana de esa gente.
- ¿Y quién es esa gente?
- Llevamos dos años intentando averiguarlo, pero… ellos disponen de armamento, equipos electrónicos, vehículos, y lo más importante, contactos, y nosotros no tenemos medios, más allá del dinero, que de poco sirve si con él no puedes comprar nada.
- ¿Qué dinero?
- Bueno, como les he dicho, yo tenía acceso a las cuentas, y antes de fugarnos había traspasado los fondos.
- ¿Criptomonedas? —supuso Frízer.
- Claro, de ese modo impedíamos que pudieran seguirle el rastro.
- ¿Y qué pensaban hacer con ese dinero?, porque podían haberlo devuelto a Defensa.
- Devolvérselo, ¿a quién?
- Al Ministerio, y pedir ayuda —gruñó el comisario.
- No sea ingenuo. Si hubiésemos dado señales de vida, nos habrían liquidado al instante. Hay mucho dinero en juego, y probablemente, algún alto cargo involucrado, ¿o piensa que podrían haber hecho todo aquello sin una cabeza pensante que tuviera acceso a los fondos y capacidad para desviarlos?, además de amañar los contratos de Defensa.
- ¿Y usted no sabe quién es?
- No, pero estaba acercándome. Sin duda se trata de alguien involucrado en esos contratos, alguien que tenía capacidad para decidir qué armamento se compraba y a qué empresa.
- Algún candidato tendrá —ironizó Frízer.

- Logramos encontrar un local en el que David Alería escondía unos documentos… un tanto curiosos —le dijo el comisario.
- Vaya, o sea que así es como han logrado dar conmigo —infirió de inmediato, meneando la cabeza de arriba abajo como reconocimiento a su buen desempeño— . No lograba entender cómo habían podido encontrarme.
- Sí, allí encontramos las tarjetas que utilizaba para comunicarse con usted y, como le digo, también unos documentos interesantes.
- Faltan las claves para desencriptarlos —admitió, negando a cabeceos para quitarle importancia.
- Y las tiene usted, ¿no es así? —supuso Frízer.
- Las únicas personas que podían tener acceso a esos datos eran los altos mandos —aseguró, negando—. A uno de esos hombres es al que hay que localizar, si es que continúa con vida, porque lo más probable es que lo hayan liquidado como un mal menor para proteger la información.
- O sea que podría ser uno de los altos mandos que pasaron por Mali o el Líbano en aquellos años —susurró el comisario, entrecerrando los ojos como un sabueso.
- ¿Y qué mandos fueron? —preguntó Frízer al ver que asentía.
- Me lo he planteado en muchas ocasiones, y siempre he llegado a la conclusión de que solamente pudieron ser tres. Uno de los comandantes ya ha fallecido, y otro fue apartado del servicio por el que era jefe de la Delegación… ahora no recuerdo su nombre, pero llegó a ser comandante de la Fuerza Interina de las Naciones Unidas en el Líbano.

El comisario le hizo un gesto para que aguardara, y consultó su móvil.
- ¿El general de División Fernando Vallejo?
- Así es —aseguró, asintiendo para reconocer su perspicacia.
- ¿Y por qué razón fue apartado del servicio, piensa que pudo tener algo que ver?
- Supongo que el general lo hizo responsable de lo de Bamako, ya sabe, siempre hay que buscar un cabeza de turco, un chivo expiatorio al que cargarle el muerto. Investigué sus cuentas en su

momento, pero no logré encontrar nada extraño. Además, ahora vive retirado, y lleva una vida bastante austera. Antonio estuvo vigilándolo durante unos meses.
- ¿Al general? —irrumpió Frízer, confundido.
- No, a quien vigiló fue al comandante cesado.
- ¿Y dice que fue David Alería quien lo vigiló? —preguntó el comisario, revolviéndose con asombro.
- Sí —repuso con despreocupación, sin darle mayor importancia—. Ese tipo vivía en Lugo, y como nos convenía que David se alejara de Madrid por un tiempo, se marchó allí para vigilarlo.
- Vaya —dejó escapar Frízer, sonriendo al ver que el puzle se iba recomponiendo poco a poco.
- Entonces, si uno falleció y el otro no es sospechoso, solo queda uno —dedujo el comisario.
- Había otro comandante, pero desapareció poco después, y no hemos podido seguirle el rastro. Supongo que regresaría a España, aunque es probable que también esté retirado ya, o liquidado, que todo podría ser viendo cómo se las gasta esa gente, aunque si fue así, no ha trascendido, lo cual sería un poco extraño.

Casadiego separó ambos brazos como un crucificado en señal de impotencia, haciéndoles ver que eso era todo cuanto sabía. Albuena asintió para dar por buena su disposición, pero Frízer hizo el gesto contrario, dando a entender que aún tenía muchas dudas.
- ¿Y dónde ha estado oculto todos estos años? —le preguntó.
- Pasé casi tres años en Beirut, y allí pensaba quedarme, pero, no sé cómo, Varela logró dar conmigo —dijo con pesar—. Ese cabrón es suspicaz por naturaleza, desconfiado donde los haya, seguro que jamás terminó de creer que me hubiesen liquidado en Bamako.
- ¿Y qué ocurrió en Beirut, cómo logró escapar de esa gente?
- Supongo que interceptaron alguna de las comunicaciones que yo mantenía con Antonio, pero él pudo enviarme un mensaje antes de que aparecieran.
- ¿Antonio?
- Bueno, David Alería, aunque allí era Antonio Martínez Soler.
- Ah, sí, perdón —se disculpó Frízer.

- Y en ese tiempo, ¿qué hizo?
- Preparar el regreso a España, y, sobre todo, intentar obtener pruebas de lo que hacía esa gente, pero, obviamente, no pude. Antonio… digo David —se corrigió, sonriendo al ver que ambos asentían—, me procuraba todos los datos de esos tipos, los movimientos que hacían… pero no podía involucrarlo mucho más. Él no tenía acceso al armamento, y se limitaba a contar los contenedores que entraban y los que luego desaparecían misteriosamente.
- ¿Y estuvo solo todo ese tiempo? —se interesó Frízer.
- Al principio hice que viajaran al Líbano mi esposa y mis dos hijos pequeños, no podía dejarlos en España, sabía que esos tipos irían a por ellos. Luego, cuando vi que la cosa se complicaba, me traje también a mis padres.
- ¿Y de qué vivieron todo ese tiempo?
- Como les he dicho, ya les había vaciado las cuentas a esos tipos, tenía varios millones en criptomonedas.
- ¿Varios millones? —irrumpió el comisario, que dejó escapar un gruñido, pasmado.
- Cuarenta y cinco, más o menos —repuso Casadiego, encogiéndose de hombros sin darle mayor importancia.

Frízer y Albuena compartieron una mirada de asombro, desorbitando los ojos como dos chiquillos asustados que se han topado con el monstruo de sus pesadillas. El comisario era consciente de que ese dinero era la salvaguarda que mantenía a Casadiego tan tranquilo, y que se llevaría el secreto a la tumba, aun así, le preguntó que dónde estaba.
- Está todo en criptomonedas, pero no deben preocuparse, sin las claves no hay modo de recuperarlo —aseguró, señalándose la frente con un dedo—. Además, yo compré los bitcoins a menos de veinte mil euros, y ahora valen cinco veces más.
- Quiere decir que en las cuentas habrá más de doscientos millones —calculó rápidamente el comisario, que, aunque creía tener colmada ya su capacidad de asombro, lo aturdieron sus propias conclusiones.

- Bueno, ese es su valor de mercado, otra cosa es poder convertirlos a ese precio, pero sí, podría decirse que tenemos más de doscientos millones de euros.
- Pues Varela amenaza con matar a esos dos muchachos si no tiene las claves en un chat de Telegram en menos de dos horas, bueno, ya en una hora —le dijo el comisario, que se permitió darle una palmada en la espalda a Frízer al ver que él ensombrecía el rostro al recordarlo.
- Algo he aprendido en este tiempo —dijo Casadiego—, y es que el dinero es mucho más poderoso que cualquier otra cosa, sea del tipo que sea.
- ¿Qué quiere decir?
- Dígale a Varela que obtendrá el doble de la parte que le corresponde si deja a los jóvenes, y que tendrá la garantía de que nadie más sabrá que él ha cobrado, y que le procuraremos una vía de escape.
- Varela está solo —le dijo el comisario—. Todos los demás han caído.
- ¿Cómo que han caído? —se revolvió Casadiego, mirando a Frízer para ver si se trataba de una treta para confundirlo.
- Ambrosio Serrano, alias Andrés Martínez Soler… —El comisario calló, sonriendo después al ver que Casadiego asentía, dando a entender que sabía a quién se refería— está detenido.
- David me envió un mensaje hace unos días —aseguró, reafirmándose con un liviano meneo de cabeza.
- Varela tenía a dos sicarios venezolanos que también están detenidos, y con ellos viajaban dos tipos… Francisco y Ernesto Martínez Soler, ya identificados, pero que no tuvieron tanta fortuna. Perecieron en un accidente que provocaron cuando huían de la policía.
- ¿Y Fernando… Fernando Martínez Soler? —insistió al ver que el comisario arrugaba el entrecejo, negando con la cabeza.
- No nos consta ningún Fernando.
- Era el piloto de la Unidad.

- ¡Ah!, ese es… Alexander Barta García —le dijo el comisario tras consultar sus notas—. No tenemos ni idea de dónde se encuentra ese tipo —le mintió, escenificando el infortunado incidente que lo había llevado a la tumba. Después chasqueó la lengua, como si el gesto fuera suficiente para escenificar cuánto sentía no haber podido localizarlo.
- ¡Vaya! —dijo Casadiego, entornando los ojos en busca del recuerdo de su rostro— . ¿Saben?, es el mayor hijo de puta que me he cruzado en mi vida.
- Sí, estamos al tanto de su currículo.
- Ya solo queda Varela —le dijo Frízer.
- Puede que Varela sea el último sicario, pero aún nos queda el de arriba, ese que nunca se mancha las manos.

Frízer y el comisario compartieron una mirada de duda, como si no supieran por dónde seguir.
- Voy a llamar al capitán García, tiene que saber lo que hay en juego —dijo Albuena.

Frízer asintió, y se puso en pie para despedir al comisario. Cuando estuvo a solas con Casadiego, se dejó caer frente a él, y se quedó mirándole a los ojos. El hombre le apartó la mirada, apesadumbrado, aunque enseguida volvió a encararlo.
- No se preocupe —le dijo—, si Varela está solo, sabe que no puede tocar a los muchachos, de lo contrario no obtendrá ni un céntimo.
- ¿Y si se le cruzan los cables?, podría cansarse y acabar con todo.
- Varela es un soldado, fiel a quien manda, y es ese el tipo que debe preocuparnos, porque una orden suya será para él como un axioma incuestionable, ya me lo ha demostrado en otras ocasiones.
- Podría hacerles daño —rechazó Frízer.
- No lo hará —insistió—. Déjeme contactar con Varela.
- ¿Y qué piensa conseguir con eso?
- Como poco, ganar tiempo.

Frízer abandonó la sala y salió en busca del comisario. Mientras bajaba las escaleras recordó a Ambrosio Serrano, y se le ocurrió que podrían utilizarlo como moneda de cambio, pero enseguida se desdijo, pensando que Varela no se dejaría engañar de ese modo,

aunque se le pasó por la mente la idea de amenazar a Varela con acabar con la vida de Serrano si se le ocurría tocar un pelo a los muchachos. Cuando alcanzó el descansillo ya se había sacudido aquellas absurdas ensoñaciones guiadas por la impotencia, y atravesó el pasillo a paso ligero sin otra cosa en mente que el despacho del comisario. Pudo verlo a través de la cristalera, tamborileando los dedos sobre la mesa con una introspección extraña. Entonces abrió la puerta una rendija y asomó al quicio, temiendo molestarlo.

- Quiere que le dejemos contactar con Rosales —le dijo cuando Albuena alzó los ojos para mirarlo.
- Bien, que lo intente, no tenemos nada que perder.
- He pensado que podríamos utilizar a Ambrosio Serrano.
- Ese pobre desgraciado no tenía ni idea de lo que se estaba jugando. Lo más probable es que de haber recuperado el dinero lo hubieran liquidado a la primera de cambio.

Frízer asintió, y regresó cabizbajo a la sala de interrogatorios, subiendo las escaleras como si fuera un anciano. Casadiego aguardaba su llegada con tanta ansiedad que se puso en pie de un salto cuando vio que se abría la puerta. Frízer sacó su teléfono, lo desbloqueó, y abrió la aplicación de Telegram. Cuando dejó el aparato sobre la mesa y lo deslizó hacia Casadiego, este le sonrió, agradecido por permitirle intentarlo, aunque desdibujó la sonrisa al ver que el grupo se llamaba *Muerte.*

- Maldito hijo de puta —dijo para congraciarse.
- ¿Qué piensa decirle?
- Le voy a dar un ultimátum.

Casadiego ladeó el teléfono para que Frízer pudiera ver lo que escribía, y comenzó el mensaje: «Soy el contable, ya sabes, el que tiene la llave del dinero. Te voy a proponer un trato. Si liberas a los muchachos sin el menor rasguño antes de media hora, tendrás la clave de acceso a una cuenta en la que hay diez millones de euros en criptomonedas. De lo contrario, no solo no verás ni un céntimo, sino que emplearé ese dinero en darte caza, hijo de puta, a ti y a tu comandante».

- ¿Está loco? —rechazó Frízer—. ¿Y quién es ese comandante?
- No lo sé, pero Varela tampoco sabe que no sabemos quién es. Si damos en la diana, puede que se le escape algo, que se le ocurra traicionarlo a cambio de más dinero, o que intente llamarlo para recabar su parecer, tenga en cuenta que no hará nada sin una orden concreta, así son los militares.
- Está bien, pero borre los insultos, no nos conviene cabrearlo.
- Él está acostumbrado a esa jerga, no debe preocuparse.

Pese a todo, Casadiego borró «hijo de puta» y alzó la cabeza para mirarlo. Al ver que Frízer dudaba, ladeó el teléfono y se lo acercó, aguardando a que se decidiera. Frízer alzó una mano y la llevó muy despacio hacia el teléfono. Cuando al fin pulsó el icono, ambos se miraron, Frízer con gesto de preocupación, y Casadiego con una sonrisilla siniestra.

- Lo que no sabe ese cabrón es que no voy a parar hasta cazarlo.
- ¿No piensa darle el dinero?
- Varela no va a soltar a ninguno de los dos muchachos sin haberse asegurado antes de que la pasta está en sus manos.
- ¿Entonces?
- Supongo que responderá con una contraoferta que satisfaga a ambas partes. —Al ver que Frízer enarcaba las cejas en gesto de contrariedad, le aclaró—: Propondrá soltar a uno a cambio de diez millones, y al otro cuando vea la pasta en la cuenta.
- ¿Y aceptaremos eso?
- Solo si suelta primero a Javier Alería, de ese modo nos aseguramos de que no puede chantajear a su hermano.

Frízer se dejó caer sobre la silla, y se quedó mirando el teléfono. Por un momento se le pasó por la mente llamar a Mateo Alería para recordarle que no debía abrir los mensajes, pero decidió no hacerlo. Tras varios minutos de espera sin respuesta, ambos suspiraron con desesperanza, sonriéndose como si se hubieran puesto de acuerdo para vaciarse.

- Dígame, por curiosidad —dijo Frízer, simulando un comentario sin importancia—, teniendo todo ese dinero, ¿cómo es que ha permitido

que David Alería haya vivido estos dos últimos años como un fugitivo, no temía que se cansara y acabara traicionándolo?
- ¿Cómo un fugitivo? —remedó con asombro, retrepándose en la silla como si le causara repulsa lo que acababa de oír—. David sabía con quién se la jugaba, por eso ha sido tan discreto, eso es todo. Y jamás me traicionaría, ni yo a él, ambos nos salvamos la vida en más de una ocasión. Además, tiene dinero en efectivo para poder moverse con libertad, varias identidades, y dispone de los vehículos que precise, y su propia cuenta en criptomonedas, por supuesto. Lo único de lo que no ha podido disfrutar en estos dos años es de un alojamiento decente, ni vivir la vida que merece un joven de su edad, pero espero que eso cambie pronto.
- ¿Y por qué no ha podido disfrutar de una vida normal?
- Por seguridad. En Lugo sí tuvo comodidades, pero cuando regresó a Madrid la cosa se complicó, y estuvo varios meses sin poder contactar, temeroso de que interceptaran las comunicaciones. Y menos mal, porque si lo hubiera hecho, nos habrían cazado a ambos.
- Cuando dice que la cosa se complicó, ¿se refiere al momento en que Rosales, es decir, Xaime Varela, se nos coló en la comisaría?
- Yo no lo supe hasta que David me lo dijo —aseguró, meneando la cabeza de arriba abajo—. Eso lo obligó a él a tomar muchas precauciones. Sabía que contando con los medios de la policía la cosa se complicaba considerablemente. Por fortuna, no solo logró despistarlos, sino que consiguió ponerlos nerviosos.
- ¿Y cómo es que David Alería regresó a España?, ¿acaso lograron descubrir que los traicionaba?
- Cuando yo hui del Líbano se vieron en la necesidad de trazar un plan que les permitiera abandonar su puesto sin levantar sospechas.
- ¿Entonces fue cuando idearon lo del helicóptero? —supuso Frízer.
- Así es. Antonio, digo David, lo descubrió, y decidió dar la voz de alarma, pero primero intentó advertirle a Fernando, el piloto, dando por hecho que él era una de las piezas a eliminar. Cuando se dio cuenta de que se había sincerado con el tipo equivocado, ya era demasiado tarde.

- ¿Intentaron matarlo?
- Naturalmente, pero menospreciaron sus capacidades. En realidad enviaron a hacer el trabajo sucio a dos sicarios de poca monta que solían hacer de guía cuando tenían que salirse de las rutas habituales.
- ¿Y se los cargó? —dedujo Frízer, asombrado.
- No habría podido, pero esa gente es avariciosa, y sucumbieron a la tentación. Antonio supo manejarlos.
- ¿Cómo?, no entiendo, ¿les ofreció dinero?
- Ellos mismos le advirtieron a Antonio de que les habían pagado para matarlo, y le ofrecieron un trato, de otro modo, lo habrían liquidado sin problema.
- ¿Qué tipo de trato?
- Ayudarle a desaparecer, ¿qué si no? —dijo, sonriendo al ver que Frízer desorbitaba los ojos con desconcierto—. Naturalmente, a cambio de dinero, así cobraban por las dos partes.
- ¿Y cómo lograron hacer que desapareciera? —preguntó, asintiendo para reconocer la astucia del plan.
- Fue una aventura larga, y peligrosa, pero supo desenvolverse bien. Antonio me contó que lo condujeron durante días por zonas desérticas, hasta que lograron alcanzar Beirut, y allí se desentendieron de él. Entonces tuvo que buscarse la vida, y vagueó durante días por la ciudad hasta que pudo enrolarse en un carguero que iba hacia Creta.
- Supongo que ya en Europa, con la documentación de la que disponía, no le resultaría difícil abandonar la isla —dijo Frízer al ver que entrecerraba los ojos, perdido en sus recuerdos.
- Entonces fue cuando pudo contactar conmigo y contarme lo ocurrido. Yo decidí que lo mejor era que se quedara por allí durante unos meses, pero Antonio lo rechazó.
- ¿Y por qué lo rechazó, acaso quería volver con su familia?
- Ya llevaba tiempo queriendo averiguar quién era en realidad, y no tuve más remedio que decirle la verdad.
- ¿Usted ya sabía que era David Alería?

- Lo averigüé al poco de llegar a España. El caso había sido muy mediático, y enseguida supe que era él el joven desaparecido. Además, bastó un vistazo a las redes para encontrarlo. A él y a toda su familia.
- ¿Y no pensó nunca decirles que estaba vivo, aliviarles el dolor de esa pérdida?
- Eso habría sido como una sentencia de muerte. Antonio, bueno, David, siempre fue consciente de eso, y se limitó a observarlos, a mantenerse cerca. Obviamente, no pensábamos que esto podría alargarse tanto, y mucho menos que Varela y sus compinches regresarían a España. Tuvimos que improvisar, escondernos y aguardar a que cometieran un error. Y lo han cometido —sentenció, sonriendo con desgana.
- ¿Y qué piensa que va a pasar ahora?
- Varela cogerá el dinero e intentará desaparecer.
- Eso espero —bufó Frízer.

Durante un rato permanecieron en silencio, mirando el teléfono que descansaba sobre la mesa como si descargar sobre el aparato toda su angustia pudiera acelerar el desenlace que aguardaban. Casadiego se encontraba tan ensimismado que se sobresaltó cuando Frízer le preguntó cómo era posible que Rosales y sus compinches dispusieran de tantos medios.
- Por eso se vieron obligados a vender el helicóptero. Para poder desaparecer habría bastado estrellarlo de verdad, pero necesitaban dinero para la operación de regreso.
- ¿Y cómo pudieron hacerlo?
- La zona está plagada de traficantes, allí el negocio está en la compraventa de armas, y ellos saben cómo manejarse en esos ambientes.
- Pensamos que podrían haber sacado más de seis millones por el aparato —le dijo Frízer.
- Eso depende de quién lo haya comprado.
- Los americanos dicen que lo tiene Hezbolá.
- Bueno, a esos les interesa exhibirlo, y pueden permitírselo.

Frízer iba a abrir la boca cuando un pitido breve atravesó el silencio como un crujido de la mesa. Ambos cruzaron una mirada de inquietud, y después llevaron sus ojos hacia el teléfono, que descansaba bocarriba a apenas veinte centímetros de sus cabezas. Un segundo pitido vino a confirmar que no se trataba de una falsa alarma, que alguien al otro lado de aquella pantalla había escrito una respuesta. Frízer no supo qué hacer, pero un gesto de Casadiego lo animó a coger el teléfono. Entonces contuvo la respiración, mirándolo con inquietud, y desbloqueó la pantalla.

- Es del grupo de Rosales —confirmó en un susurro, como si temiera que él pudiera escucharlos.
- ¿Y qué dice? —tuvo que apremiarlo al ver que no se decidía a abrir el mensaje.

Frízer pulsó al fin la tecla que desbloqueaba la aplicación, y se abrió la página de diálogo. Cuando leyó lo que ponía, retiró la cara de la pantalla como si lo hubieran abofeteado, y se quedó mirando a Casadiego, aleteando los labios, sin atreverse a decir palabra. Él no pudo soportar más la incertidumbre, y le arrancó el aparato de la mano.

- ¿Cómo es posible? —musitó Frízer cuando Casadiego alzó la vista para mirarlo.
- Yo no lo dudaba —repuso él, riendo.
- ¿Puede contactar con él? —rogó Frízer.

Casadiego dudó de la conveniencia de exponerse de aquel modo, pues el número quedaría registrado en el móvil del inspector, y eso no podía permitirlo. Por un momento se le ocurrió decirle que lo haría si le devolvían su teléfono, pero recordó que Varela ya no tenía a más sicarios, y aceptó hacer la llamada con el teléfono que tenía en las manos. Cerró la aplicación de Telegram y marcó el número, aguardando respuesta con un nudo en la garganta.

- ¿Es seguro? —oyó que respondía David Alería.
- Lo es —le dijo Casadiego—. Escucha con atención, Varela tiene retenido a tu hermano y a…
- Lo sé, yo preparé la trampa.
- ¿Cómo que la preparaste tú? —intervino Frízer.

- Se suponía que ustedes debían organizar un operativo para cazar a esos tipos —le gruñó David Alería—, y en lugar de eso me persiguen a mí.
- Antonio, escucha —irrumpió Casadiego—, ya no hay más sicarios, solo queda Varela.
- ¿Qué quieres decir?
- Los han capturado a todos, el único que queda libre es Varela, y ahora tiene a esos dos jóvenes.
- Lo sé —insistió—, ahora voy tras ellos.
- ¿Cómo que vas tras ellos? —le gritó Frízer.
- Varela se mueve para que no lo localicen, pero ahora se ha parado a repostar. Si sospecha que lo sigo, esperará a que me quede sin gasolina para cortar las comunicaciones y desaparecer.
- Lo mejor será ceder y darle el dinero —propuso Casadiego.
- Eso no garantiza que no le haga daño a Javier o a Paul.
- Dónde está ahora Rosales, podemos seguirlo nosotros —le dijo Frízer.
- Creo que estamos en Torrejón de Ardoz. La calle es…

Frízer compartió con Casadiego una mirada de extrañeza al ver que se oía el rugido de una moto, sin saber si alegrarse o lamentar la circunstancia.

- Es la avenida de la Constitución. Hemos venido del sur, pero ahora no sé hacia dónde piensan seg… —David Alería enmudeció, y permaneció unos segundos en silencio, haciendo creer a Frízer que la llamada se había cortado.
- ¿Sigues ahí?
- ¡Fantástico! —se oyó tronar de nuevo su voz, aunque algo alejada.
- Fantástico ¿qué? —rugieron ambos al unísono.
- Acaba de entrar un camión cisterna y les ha cortado el paso, ahora es el momento, voy a por él.
- ¡No, ¿estás loco?!

Frízer se desgañitó intentando que entendiera que eso era una temeridad, y que debía aguardar a que llegara la policía, pero Casadiego le hizo ver la inutilidad del esfuerzo, meneando la cabeza hacia los lados en señal de derrota para que advirtiera que la

comunicación se había cortado. Tras un momento de duda, corrió escaleras abajo en busca del comisario.

# 46

David Alería rodeó el camión cisterna y se colocó frente a uno de los surtidores, delante del Audi Q8. Desde allí vio a Paul, en el lateral del vehículo, repostando. Estaba nervioso, mirando hacia todas partes, aunque no parecía herido. Aquello le produjo una inmensa sensación de alivio, pues temía que Varela los hubiera doblegado a guantazos. Descendió de la moto y, a través del espejo, observó lo que ya imaginaba: su hermano estaba dentro, y detrás de él, apuntándole a la cabeza con un arma, la inconfundible silueta del teniente Varela. Se quitó la chaqueta, la dobló con cuidado y la dejó sobre el asiento. Después abrió el depósito de la moto con toda la parsimonia posible, dando tiempo a que Paul terminara de llenar el tanque, y, cuando este se dirigió a la caja para pagar, caminó tras él hacia la tienda. Ya de espaldas al teniente Varela, convencido de que estudiaba cada uno de sus movimientos a través de los cristales tintados, se quitó el casco, esperanzado en que no reconociera su figura, y que aquel gesto apartara los recelos que sin duda le habría despertado su presencia. Paul se estremeció al verlo, asaltado por una inmensa sensación de alivio, pero logró contener el entusiasmo que le provocó su presencia y comportarse como le había ordenado Rosales. David Alería se agachó tras una de las estanterías en las que se exponían las mercaderías de la tienda, y aguardó un descuido del encargado para señalarle una puerta que había a la izquierda del mostrador, susurrándole que se escondiera allí hasta que pasara todo. Paul pudo ver que se trataba de los servicios, y se adentró sin el menor cuestionamiento, convencido de que él ya habría trazado un plan que los sacara de aquel atolladero. David Alería aguardó varios minutos ojeando revistas, hasta que advirtió que Xaime Varela bajaba la ventanilla para otear el interior de la tienda en busca de Paul, y se dejó ver, aunque agachando la cabeza para que no pudiera reconocerlo. Poco después se colocó el casco, y se dirigió hacia la moto, observando los movimientos de Varela, que había descendido del vehículo para salir en busca de Paul. Entonces supo que era su momento. Aguardó a que el teniente pasara junto a él y, justo cuando lo adelantaba, se quitó el casco, retrocedió un paso y

se lo estampó en la cabeza. Varela cayó al suelo con gran estrépito, desconcertado, rebuscando el arma que había caído a sus pies. Cuando logró verla, alargó un brazo en busca de su salvaguarda, pero antes de que pudiera cogerla, un nuevo golpe lo dejó tan aturdido que ya solo tuvo fuerzas para girar la cabeza y llevar sus ojos hacia el atacante. No le sorprendió ver a Antonio, que lo observaba de pie, impertérrito, apretando los dientes con rabia, y se rindió, cerrando los ojos poco a poco para adentrarse en un abismo profundo y oscuro. Javier Alería había observado lo que ocurría desde el coche, asustado, pero cuando tomó consciencia de que Varela ya no suponía una amenaza, salió corriendo y se lanzó a los brazos de su hermano. David Alería no tardó en advertir que varias personas comenzaban a rodearlos, mirándolos con desconfianza, aunque sin atreverse a acercarse, y llevó la vista hacia ellos, ondeando las manos para tranquilizarlos.

- Llamen a la policía —pidió—, es un delincuente peligroso.

La espantada que provocó lo dejó sorprendido, sin saber qué hacer. Esperaba que sacaran los móviles de inmediato para dar aviso del altercado, o al menos que se pusieran a grabar la escena como ocurría en las películas, sin embargo, todo el mundo regresó a sus vehículos, o se perdieron hacia la avenida a la carrera, como si él mismo los hubiera amenazado. Su hermano reaccionó poco después, y entró corriendo en la tienda en busca de Paul. Su estrépito asustó al dependiente, que reculó hacia el mostrador como si le hubiera apuntado con un arma, señalando la puerta de los servicios con los ojos y alzando las palmas de las manos para que pudiera ver que no suponía una amenaza. Cuando vio que Paul emergía del baño y se fundían en un abrazo, enarcó las cejas, observándolos con desconcierto, aunque aliviado al entender que no eran los malos.

Apenas unos segundos después se oía el inconfundible sonido de unas sirenas ululando en la distancia.

El primer vehículo en aparecer fue una ambulancia, que quedó atascada a la entrada, entre el camión cisterna y el coche patrulla que los seguía, de modo que los sanitarios se vieron obligados a dejar el vehículo allí mismo y acudir con la camilla a rastras. Una

primera inspección les hizo ver que Rosales sufría una fuerte conmoción, pero que no se encontraba malherido, al menos no como para tener que apresurarse más de lo debido, y aguardaron a que la policía lo inmovilizara convenientemente para asegurarse de que lo introducían en la ambulancia sin que supusiera ningún peligro.

- ¿A dónde lo lleváis? —preguntó uno de los agentes al chófer, presto a dar novedades a través de la radio en cuanto obtuviera la información.
- Al Universitario.
- Señor, me dicen que al hospital Universitario de Torrejón.
- Negativo, que lo lleven directamente al Gómez Ulla.
- Ya lo has oído — le dijo al chófer—, y date prisa, no se vaya a morir por el camino —bromeó, riendo al ver la cara que puso Rosales, que ya comenzaba a recuperar la consciencia y resoplaba como un mulo enrabietado.

# 47

El comisario conducía abstraído, concentrado en sus pensamientos. Intentaba rememorar los hechos acaecidos en las últimas horas, consciente de que debía ordenarlos para que cobraran sentido, aunque sin mucho éxito. Pensó en el Audi Q8, que iba camino del depósito, donde seguramente pacería durante largo tiempo junto a los vehículos achatarrados en la explosión de Paracuellos, al menos hasta que concluyera la investigación. Pero ese era un problema menor, un moscardón que rondaba su cabeza porque no tenía nada mejor que hacer en ese momento que pensar en trivialidades, consciente de que no se trataba más que de un mecanismo de defensa para no perder el discernimiento. De vez en cuando alzaba la mirada hacia el retrovisor, y observaba el gesto de los pasajeros que llevaba detrás. David Alería se encontraba junto a su hermano, en silencio, mirándose a cada instante y sonriéndose como adolescentes ruborizados, sin necesidad de compartir más que gestos. Paul, en cambio, perdía la mirada en la lejanía. Parecía disfrutar del paisaje, pues curvaba los labios como un chiquillo, aunque él lo imaginó perdido en ensoñaciones detectivescas, desentrañando los más inverosímiles casos. No podía negar que el joven apuntaba maneras. No es que hubiera demostrado un gran arrojo, pero había logrado dar con David Alería mucho antes que ellos, y eso debían valorarlo. Aquella mención lo llevó a mirar a Frízer, que clavaba la mirada en su móvil, consultando sus notas por si se le había pasado algo por alto. Imaginaba que se sentiría tremendamente orgulloso, y lo envidió por ello.

- Descansa un poco —le dijo—. Ya tendrás tiempo para redactar el informe.

- Estaba pensando en Ambrosio Serrano, y en los venezolanos —repuso Frízer con indolencia—. ¿Qué será de ellos?

- El capitán García me habló de ellos. Puede que acaben enrolados en el Ejército, al fin y al cabo, es lo que creían que hacían. Y Serrano… supongo que pasará una buena temporada en la cárcel.

- ¿Sabes?, me da pena, sobre todo por su familia. Ese tipo, y todos los demás, han sido simples marionetas en manos de Rosales.
- Ese tipo es un asesino despiadado —irrumpió David Alería, sobresaltándolos.
- ¿Estás seguro de eso? —le preguntó el comisario, sorprendido, girándose para mirarlo.
- Lo he visto matar a una persona con sus propias manos, solo porque podía hacerlo sin consecuencias, y disparar a gente que huía despavorida solo por puro divertimento.
- ¿Y Rosales?, bueno, Varela, o como se llame.
- Ese es de los que no se mancha las manos, pero es el que ordena. Él fue quien comandó el grupo que emboscó a Casadiego, y quien remató a los supervivientes.
- ¿Y cómo sabes eso?
- Una Nochevieja bebió más de la cuenta, y se jactó de ello. Describió con detalle lo ocurrido, relatándolo entre risas como si hubiera sido un juego.
- ¿Cuántas personas murieron en esa emboscada? —le preguntó Frízer.
- Tres nativos que pasaban por allí, uno de ellos un niño, y cuatro soldados. Además, por supuesto, de todos los sicarios libaneses que habían contratado para llevar a cabo el asalto, por lo menos ocho hombres.
- ¡Joder! —gruñó el comisario—. Eso es suficiente para que no vuelva a ver la luz.
- Intentará llegar a un acuerdo —dijo David Alería.
- ¿Y qué podría ofrecer? —rechazó el comisario.
- La cabeza de su jefe.
- Su jefe está al caer, el capitán que lleva la investigación ya le ha puesto una trampa.
- ¿Y cómo piensa capturarlo, Casadiego ha podido averiguar algo?
- No —repuso el comisario, sonriendo al tiempo que llevaba la mirada hacia él a través del retrovisor—. El piloto, Alexander Barta, tenía un teléfono.
- Por cierto, gracias por ponérnoslo en bandeja —le dijo Frízer.

- Era un pobre diablo —musitó David Alería, arrugando el gesto con desprecio—. Tenía que haberlo liquidado cuando tuve oportunidad.
- Ya nos dijo Casadiego que fue quien te traicionó.
- No fue así en realidad, simplemente me equivoqué con él. Pensé que no estaba involucrado, y que le interesaría limpiar su currículo.
- ¿Qué pasa con el teléfono del piloto? —se interesó Paul, que había estado escuchando la conversación con interés.
- Solo tenía llamadas registradas a los integrantes del grupo, sobre todo a Rosales, pero hay muchas llamadas de un número desconocido, y tres de ellas se hicieron desde los alrededores de la sede del Ministerio de Defensa.
- ¡El comandante! —exclamó David Alería.
- Eso es lo que pensamos, pero no podremos localizarlo si no llama.
- ¿Y no podríamos llamar nosotros? —propuso Paul.

Frízer giró la cabeza para mirar al comisario, sorprendido por que compartiera con ellos esa información. Al ver que él ladeaba la cabeza ligeramente para restarle gravedad, dio por hecho que lo que pretendía era sonsacarle a David Alería algo que estuviera en su cabeza sin que él mismo lo supiera, algo que los llevara a ellos a atar cabos.

- Eso es muy arriesgado —le dijo entonces a su hermano—. Si llamáramos nosotros podría sospechar. No sabemos si habían pactado que ellos jamás contactarían por esa línea, o si tenían otras líneas para responder.
- ¿No dices que ese móvil tenía registradas llamadas desde el Ministerio?
- Sí, pero no realizadas por el piloto, sino recibidas.
- ¿Y qué número aparece?
- Estaba protegido, pero hemos logrado averiguar que la línea estaba registrada a nombre de Roberto Martínez Soler, que es uno de los alias de Rosales.
- Joder —dejó escapar Paul, mirando a su hermano—. Entonces, ¿qué pensáis hacer, esperar a ver si alguien vuelve a llamar?
- Eso es lo que están haciendo en el Ministerio, esperar.
- ¿Y si no llama nadie? —protestó David Alería.

- Si no llama nadie en un par de semanas nos jugaremos la última carta.
- ¿Qué carta? —preguntó Paul, sonriendo divertido al imaginar de qué se trataba.
- Utilizaremos otros medios… menos ortodoxos.

Albuena chasqueó la lengua con fastidio, lamentando haber dicho aquello, pero como vio que ninguno decía nada, acabó encogiéndose de hombros, sin darle mayor importancia. Paul y Javier Alería compartieron una mirada, como si ambos recrearan a Rosales atado a una silla con un saco cubriéndole la cabeza.

- ¿Van a torturar a Rosales? —preguntó Paul al rato, haciendo que se revolvieran con alarma.
- Lo que haya que hacer se hará —zanjó Frízer.
- Pero eso no lo haremos nosotros, de eso se encargará el capitán García —le dijo el comisario a Paul para calmarlo.
- ¿Y qué piensan hacer? —insistió David Alería—, no podemos esperar indefinidamente.
- No debes preocuparte por eso. Tú debes recuperar tu vida e intentar olvidar todo cuanto te ha ocurrido.

David Alería asintió, pero el gesto no logró engañar al comisario.

# 48

Cuando llegaron a la comisaría, el revuelo en el garaje era tal que el comisario quiso poner orden antes de que los muchachos bajaran del vehículo, pero por más que se empeñó, se quedó en el intento, pues Nadia Percal se abalanzó sobre sus hijos sin darle tiempo siquiera a que se desabrocharan el cinturón.

Su esposo llegó detrás, con los ojos anegados y el aliento entrecortado, incapaz de contener la emoción que le sacudía el cuerpo entero, haciéndolo temblar como si cada sentimiento pugnara por salir a un tiempo.

David Alería ya había imaginado ese momento en muchas ocasiones, y se dejó envolver por los brazos de su madre, cerrando los ojos para poder aspirar ese aroma cálido y familiar que llevaba escondido en algún lugar recóndito de sus recuerdos. En ese momento, un destello de su memoria lo situó en los brazos de ella, mucho más joven, él un niño pequeño, mirándolo sonriente, e intentó aferrarse a aquel sueño, pero enseguida supo que se trataba de la recreación mil veces escenificada en sus anhelos, y toda su entereza se vino abajo como un castillo de arena. Durante un rato permaneció aferrado a aquel falsario recuerdo, abrazándola con fuerza, hasta que se dio cuenta de que no la dejaba respirar, y aflojó la presión. La mujer retrepó entonces la cabeza para mirarle a los ojos, asegurarse de que en realidad era él, y fue en ese momento, al cruzarse sus miradas, cuando comprendió, con la precisión de una puñalada certera, que su hijo no podía recordarla. Rompió a llorar amargamente, aferrando su rostro entre las manos, temblando de pavor ante la idea de que aquel abrazo no fuera más que un acto racional para contentarla, y no la reacción instintiva que ella llevaba ansiando cinco años. Aquella duda, clavada en su corazón como una daga, la empujó de nuevo a rodearlo con sus brazos, temerosa de que pudiera volver a escaparse. Sintió cómo el miedo le subía por la garganta, ese pavor lacerante que emerge cuando se toma consciencia de que la felicidad pende de un hilo sumamente frágil, y lo abrazó con una mezcla de urgencia y alivio, tratando de convencerse de que el calor que sentía entre sus brazos era real,

que David seguía allí, su niño de siempre, respirando, vivo. Y aun así, en algún rincón profundo de su corazón, la sombra de la pérdida seguía rasgando sus entrañas, recordándole que nada estaba garantizado, que la felicidad, por grande que fuera, siempre podía desvanecerse en un parpadeo.

Su esposo se acercó, y se fundieron los tres en un abrazo. Javier Alería sonrió a su abuela, que los observaba con un nudo en la garganta, conteniendo el llanto, hasta que ella sucumbió a la congoja y se echó en brazos de su nieto pequeño, aguardando a poder abrazar de nuevo al mayor, tal y como hiciera cuando él le quitó las ataduras en su propia casa unos días antes.

Frízer no pudo evitar rememorar el momento en que vio por primera vez a Mateo Alería, un hombre roto cuya razón de existir se limitaba a la búsqueda de su hijo. Al verlo ahora allí, abrazado a su familia, radiante de felicidad, pensó que todo el sufrimiento padecido había merecido la pena.

El comisario se confundía entre ellos como un miembro más de la familia, sonriendo con la ingenuidad luminosa de un niño y buscando la mirada de la abuela para compartir con ella aquella dicha inmensa que parecía envolverla en un halo casi irreal de complacencia. Ella permanecía suspendida en su propia dicha, incapaz de acercarse a David, como si temiera que todo aquello no fuera sino un sueño frágil, presto a evaporarse ante el más leve aspaviento.

Frízer, pese a que empatizaba con el sufrimiento que había padecido aquella familia en los cinco años de ausencia de David Alería, se sintió incómodo ante aquella desbordada efusión, y cabeceó hacia su hermano para hacerle ver que allí no pintaban nada. Paul se detuvo un instante en el fulgor que la emoción había encendido en sus ojos y, aunque un impulso súbito lo invitó a echarse en sus brazos, algo dentro de sí lo contuvo, y se limitó a asentir. El comisario los siguió al ver que abandonaban el garaje, y subió con ellos en el ascensor, en silencio, rumiando sus propios pensamientos. Frízer supuso que trataba de desprenderse del resquemor de no haber sido padre, esa frustración íntima que tantas veces había dejado mostrarse ante él, pero al mirarlo pudo ver que a sus labios asomaba una sonrisilla perenne, de esas que acompañan

a un gesto suspicaz, como si advirtiera que algo en todo aquello no terminaba de encajar, que aún quedaba por ahí un cabo suelto capaz de arruinar todo lo conseguido hasta entonces.

- ¿Qué te preocupa? —le dijo.

- Ese joven tiene razón, no podemos permitir que Rosales acabe haciendo un trato —gruñó el comisario.

- Por mucho trato que haga, pasará una buena temporada en la cárcel, tanto él como Ambrosio Serrano —razonó Frízer.

- Si dejamos que negocie con los militares, seguro que acuerdan que vuelva a alguna misión en el extranjero. Ya sabes que esos tipos son unos activos muy costosos, y si Rosales es en verdad de los buenos, no creo que quieran desperdiciarlo manteniéndolo durante años en prisión. —Al ver que Frízer negaba con la cabeza, insistió—: Recuerda lo que hicieron con el piloto ese… Alexander Barta, cuando lo pillaron con un alijo de droga de los grandes.

- Borrón y cuenta nueva —admitió Frízer, si bien suspiró con desaliento—. ¿Pero qué podríamos hacer nosotros?

- Atrapar al jefecillo de la banda antes de que hagan ningún trato.

Frízer iba a preguntarle que cómo pensaba hacer eso, pero las puertas del ascensor se abrieron en ese momento, y Silvia apareció en el pasillo con ambos brazos en alto, haciendo que se revolvieran. Paul no dudó de que el abrazo era para él, y salió a su encuentro.

- Dios mío, menudo susto nos has dado —le dijo ella, rodeando su torso con los brazos.

- Los Alería están abajo, si quieres saludarlos… así podrás conocer en persona a David —le dijo el comisario, señalando con los ojos su despacho para que entendiera que iba a enclaustrarse con Frízer.

- Aguarda un momento en la sala de espera —le pidió ella a Paul, asintiendo al comisario por encima de su hombro.

Paul se vio obligado a obedecer, procurando que no se notara la poca gracia que le hacía que lo dejaran al margen, y desapareció camino de la sala de espera.

- ¿Y bien? —preguntó ella cuando se hubieron acomodado en el despacho de Albuena.

- Tenemos que averiguar quiénes eran los jefes de la delegación en Mali entre los años dieciocho y veinte —fue al grano el comisario al ver que Frízer iba a responder, temeroso de que se enredara en preámbulos estériles.
- Uno de ellos ya está muerto —dijo Frízer—, al menos eso es lo que ha asegurado Casadiego.
- Por cierto, ¿qué hacemos con ese tipo? —preguntó Silvia—, sigue ahí, en la sala de interrogatorios.
- ¿Le habéis dado algo de comer? —se interesó el comisario.
- Sí, por supuesto —respondió ella—. También le hemos dejado hablar por teléfono con su familia para que los tranquilizara.
- Bien, ahora iré a hablar con él. Lo mejor será que lo enviemos a su casa, aunque me temo que tendremos que ponerles protección, al menos hasta que sepamos si hay alguien más por encima de Rosales.
- ¿Dices que uno de ellos está muerto? —preguntó Silvia, mirando a Frízer para que lo corroborara.
- Así es —confirmó él—, y el otro vive retirado en Lugo.
- David Alería desconfiaba del de Lugo —le dijo el comisario al ver que enarcaba las cejas con asombro.
- Incluso pasó un tiempo allí vigilándolo —añadió Frízer.
- O sea que el hecho de que robara una matrícula en Lugo fue puramente casual —dedujo Silvia.
- ¿Y si fuéramos a hacerle una visita? —propuso Frízer, asintiendo al postulado de ella.
- Es una posibilidad —admitió el comisario—, pero antes deberíamos contactar con la familia del fallecido, puede que tirando por ahí podamos averiguar mucho más que de un tipo que podría haber estado implicado y, por tanto, poco interesado en destapar trapos sucios.
- Sin la colaboración de los militares no vamos a poder averiguar eso.
- Podríamos pedírselo al capitán García —planteó Silvia—, él debería ser el primer interesado.

- Estaríamos poniéndolo en un compromiso —rechazó Albuena—. Además, si soltáramos la liebre se vería expuesto, mejor no alertar a nadie.
- ¿No estarás insinuando que alguien pudo haber silenciado al comandante fallecido? —intuyó Frízer.

Silvia se revolvió con un destello de alarma cruzándole el rostro, y dirigió al comisario una mirada inquisitiva, como si el gesto y su silencio fueran suficiente para poner al descubierto que ella había llegado a la misma conclusión. Al comisario no le cupo la menor duda de que pensaban que si eso era así, aquel asunto cobraba una dimensión mucho más peligrosa de lo que ellos habían imaginado.
- Puede que Casadiego sepa cómo localizar a esa familia —repuso entonces, encogiéndose de hombros para quitar dramatismo a su propia insinuación.
- Pues vayamos a preguntarle —insistió Frízer con impaciencia.
- Bien, voy a hablar con ese tipo. Lo mejor será que os marchéis ya a casa. Mañana veremos cómo continuamos con esto.

Silvia se quedó mirando a Frízer. Este a su vez observaba la estela del comisario, que había abandonado el despacho rápidamente, pero en dirección al garaje, y se revolvió para mirarla a ella.
- ¿No quieres conocer a David Alería?
- Ya habrá tiempo, ahora quiero hacer unas averiguaciones, y después me largo a casa. Y tú deberías hacer lo mismo.
- ¿Qué averiguaciones? —repuso él, interesado.
- En algún lugar, un BOE o lo que sea, tiene que aparecer el nombramiento de esa gente. Bastará un nombre para que demos con el tipo que estaba al mando de ese destacamento.
- Y si diéramos con él, ¿qué podríamos hacer, preguntarle si está implicado en un caso de corrupción?
- Ver qué sueldo tiene y estudiar si se corresponde con su tren de vida.

Silvia salió del despacho y le hizo un gesto para que la acompañara, pero en lugar de acudir a su guarida se dirigió a la sala de espera.

- ¡Paul! —exclamó Frízer al caer en la cuenta de que su hermano se encontraba allí—. Ya no me acordaba de ti.
- Ven —le pidió ella a Paul al asomar a la puerta, que quiero que me ayudes a resolver un enigma.

# 49

El comisario bajó al garaje en busca de los Alería, imaginando la escena que iba a encontrarse, sin embargo, cuando vio que todos se encontraban tranquilos, arracimados en un corro alrededor de David, se acercó sonriente. Entonces pudo advertir que contaban anécdotas de su infancia, dejando ya atrás las escenas más dramáticas, y se hizo notar con un cómico carraspeo. El jolgorio cesó de repente, y el corro se abrió para dejar ante él la figura del muchacho, como si todos hubieran dado por hecho a un tiempo que venía en su busca.

- Alguien te espera arriba —le dijo, señalando hacia la escalera.

- ¿A mí? —se sorprendió David, si bien su rostro se iluminó al instante, como si el gesto banal del comisario hubiera despejado el camino angosto que lo separaba del lugar en que habían estado escondidos sus recuerdos—. ¡Iván! —exclamó, conformando una sonrisa entusiasta.

El comisario asintió, y después de recorrer a todos con la mirada, se acercó al matrimonio Alería para hablarles.

- Hemos de hablar con su hijo, pero no se preocupen, serán solo unos minutos, ya tendremos tiempo de charlar detenidamente cuando haya descansado.

La mujer dudó, pero un gesto de su marido bastó para que entendiera que se hacía necesario cumplir con ciertos trámites. Aun así, llevó sus ojos hacia los del comisario.

- ¿No pueden esperar hasta mañana? —pidió con un deje de ansiedad, al borde de las lágrimas.

- Solo serán unos minutos —insistió el comisario—, es importante.

Nadia Percal asintió, y después se volvió para mirar a sus hijos, alternando la mirada entre ambos en gesto dubitativo.

- Javi, ¿te importaría llevar a tu abuela a casa?

- ¡De eso nada! —replicó la mujer de inmediato—. ¿De verdad piensas que después de todo lo que hemos pasado me voy a ir de aquí sin mi nieto?

La anciana aferró un brazo a David y lo atrajo hacia ella, despertando en su hijo una sonrisa enternecida. En ese momento,

sin saber porqué, como si fuera un trámite obligado, Mateo Alería se acercó a ella y la abrazó, mirando a David por encima de su hombro.
- Han de hablar con él, pero no te preocupes, en un rato estará en casa para siempre —le susurró, acariciándole la espalda para que se calmara. Después la soltó, y se quedó mirándole a los ojos, hasta que logró sacarle una sonrisa y, entonces, separando ambos brazos, se dirigió a todos—: Será mejor que nos vayamos, Javier puede venir luego a recoger a su hermano, cuando regrese de Colmenar de recuperar el coche.

Mateo Alería lanzó una mirada de complicidad al comisario. Él apreció su disposición, asistiendo para reconocer su generosidad, y le ofreció una mano como despedida. Mateo Alería la estrechó con viveza, agradecido, pero cuando le tocó el turno a la mujer, ella rechazó el gesto, echándose en sus brazos entre lágrimas.
- Siento no haber creído en ustedes —le susurró.
- Su esposo creyó por ambos —la excusó el comisario.

El coche de Mateo Alería aguardaba a las puertas de la comisaría, y allí acudieron todos en silencio. Cuando atravesaron los controles, el comisario y David Alería se quedaron a la entrada, observando el ordenado jolgorio que precedió al embarque. Poco después, cuando el coche enfiló al fin la avenida, Nadia Percal hizo descender la ventanilla, y sacó una mano para agitar un adiós apresurado como el de la abuela, torpe el de ella a través de los cristales traseros, un gesto que David sintió como un manotazo en el pecho. Él alzó un brazo lento en respuesta, como un movimiento sin ganas que apenas llegó a ser un hasta luego, y agachó la cabeza para no ver la estela desaparecer entre el tráfico. Albuena sí los vio partir, satisfecho, y después hizo un gesto a David Alería para que lo acompañara.
- ¿Qué tal ha ido, ha sido como lo habías imaginado? —le preguntó cuando entraron al ascensor al ver que permanecía en silencio, esquivando su mirada como si lo incomodara su presencia.
- Supongo que para ellos será más difícil.
- ¿A qué te refieres?

- No sé —dudó, encogiéndose de hombros—, supongo que será como meter a un extraño en casa.
- No te equivoques, ellos ven en ti al hijo de siempre, como si apenas hubieran transcurrido unas semanas. Eres tú quien no los recuerda.
- No he tenido valor para decirles que no podré regresar con ellos —reconoció, apesadumbrado.
- Ellos lo entenderán, hombre, pero debes darles un poco de tiempo. Instálate en tu habitación, me consta que tu madre la mantiene tal cual la dejaste, y deja pasar unos días, o mejor, unas semanas. Después decides qué hacer.
- Mi hermano me ha dicho que yo vivía con mi abuela cuando…
- Olvídate de eso —zanjó el comisario—. Tu padre también vive ahora con tu abuela, sin embargo, la casa familiar es la de siempre, el hogar en el que te criaste, y allí es a donde debes regresar, al menos hasta que te estabilices, y ellos puedan asumir lo ocurrido y regresar a su vida de antes.

El comisario pensó decirle que debería pensar en buscarse un trabajo para comenzar a reorganizar su vida, pero enseguida cayó en la cuenta de que ese era el menor de sus problemas, pues sin duda tendría una buena cantidad de dinero a buen recaudo, y se dijo que ese era uno de los cabos sueltos que debería resolver, pese a que daba por hecho que Casadiego ya se habría asegurado de que una parte del dinero robado a Defensa no apareciera nunca.

Iván Casadiego se puso en pie muy despacio cuando vio aparecer tras el comisario a David, y conformó una sonrisa que fue *in crescendo* hasta convertirse en la risotada estruendosa que dejó escapar un momento antes de lanzarse a sus brazos. Después de palmearse la espalda como dos boxeadores, retreparon el torso para mirarse. Casadiego meneó la cabeza en gesto de incredulidad.
- No puedo creer que todo esto haya acabado —le dijo, animándolo a que tomara asiento junto a él como si no tuviera la menor duda de que iban a compartir una larga charla.
- Buenas —dijo el comisario tras carraspear la garganta con retintín — . Vamos al grano, que su familia lo espera.

- ¿Has podido verlos ya? —intuyó Casadiego, mirando a David con tanta excitación que le temblequeaban hasta las manos.
- Acaban de marcharse.
- ¿Y qué tal, cómo ha ido?
- Bueno, he logrado que no me rompan las costillas, que no es poco.

Casadiego advirtió enseguida la oscuridad de su rostro, como si una sombra repentina hubiera caído sobre sus facciones, apagando cualquier rastro de serenidad. Su entusiasmo se disipó tan de repente que se dejó caer sobre la silla, mirándolo con extrañeza. David apenas hizo un gesto con la boca. Su expresión, severa, tensa, revelaba que algo no había salido como él esperaba. El gesto, aunque sumamente sutil, apenas un destello en la mirada y los labios ligeramente torcidos, le hizo comprender que si insistía, la conversación no seguiría un rumbo amable, y lo dejó estar, convencido de que el tiempo acabaría templándole el ánimo.

Albuena arrastró una silla, rompiendo el repentino silencio con el estrépito hosco, y se dejó caer en ella al tiempo que vaciaba su pecho con un largo suspiro. Ambos se revolvieron al unísono para fijar en él la mirada.

- Cuéntame algo sobre tu estancia en Lugo —pidió al fin el comisario, sonriendo al gesto burlón que compartieron ambos.
- Llueve mucho.

David Alería tomó asiento, despacio, y le sostuvo la mirada, como si en esa escueta respuesta se resumiera todo cuanto estaba dispuesto a contar.

- ¿Qué quiere saber? —intervino Casadiego al ver que el comisario se impacientaba.
- Todo lo que averiguasteis sobre ese comandante.
- Bueno, como le he dicho antes, ese tipo fue cesado. Seguramente lo hicieron responsable del desastre de Bamako y...
- No creo que fuera cesado —lo interrumpió David Alería, meneando la cabeza hacia los lados casi imperceptiblemente, un gesto que dejó a Casadiego con la boca entreabierta, sin duda sorprendido.
- Lo cierto es que no recuerdo que el capitán García, que es quien se ha encargado de la investigación que ha ordenado Defensa por lo

del helicóptero desaparecido, haya comentado nada al respecto, y ese detalle me parece lo suficientemente relevante como para que nos lo hubiera confiado —dijo el comisario.
- Su esposa falleció de cáncer estando Antonio en Lugo —dijo Casadiego, señalando a David con un dedo.
- Entonces, puede que fuera la enfermedad de la esposa lo que hizo que se apartara del Ejército —se avino el comisario.
- Después de eso me vine a Madrid —le dijo David, que, al ver que el comisario se interesaba en ese detalle, intentó explicarse—: No pude encontrar nada extraño en su vida. El hombre apenas salía de casa. Mientras su esposa estaba ingresada en el HULA iba allí todos los días, pero después…
- ¿El HULA? —lo interrumpió el comisario.
- Me refiero al Hospital Universitario Lucus Augusti, allí es donde se trataba la mujer, y allí ingresó cuando la enfermedad la incapacitó del todo.
- ¿Es un centro privado?... ¿costoso? —especuló el comisario.
- No, nada de eso —rechazó Casadiego—. Es el hospital público de referencia en oncología.
- Era por descartar que eso hubiera hecho accesible al comandante, proclive a cualquier soborno —se excusó el comisario—. ¿Decías que no salía de casa? —insistió, girándose para mirar a David Alería.
- Su vida era acudir por la mañana al hospital y regresar a la noche, y así estuvo varios meses, hasta que un día vi que se dirigía a otro lugar, y lo seguí.
- ¿El tanatorio? —musitó Albuena al ver que no continuaba.
- A partir de ese momento ya no volvió a abandonar los alrededores de su casa —asintió David con un halo de tristeza—. Se levantaba temprano, acudía a un supermercado cercano, y después daba un paseo por el monte. Esa era su vida.
- ¿Y no tiene familia, hijos, hermanos…?
- No tiene hermanos, y tampoco tiene hijos. Una hermana de la mujer iba de vez en cuando al hospital, pero era religiosa, vamos, que tampoco tenía familia. Pude sonsacarle a una vecina chismosa

que la monja tenía algún hermano algo menor, pero que hacía muchos años que no sabían nada de él.
- ¿Y qué edad tiene ahora ese tipo, el comandante?
Casadiego y David compartieron una mirada, y después se encogieron de hombros.
- Sesenta, quizás algo menos, pero está muy avejentado. Cuando falleció su esposa se vino abajo.
- Vamos, que debemos descartar que ese tipo tenga algo que ver con esa gente, y mucho menos con lo del helicóptero —barruntó Albuena, desinflándose en un suspiro.
- Ese hombre ya llevaba tres años en Lugo cuando desapareció ese aparato —aseguró Casadiego, meneando la cabeza de lado a lado.
- Y el otro, el que falleció, ¿lo seguiste en algún momento?
- Estuve un par de semanas vigilando a su familia, pero nada en su devenir indicaba que pudiera haberlos dejado en una posición acomodada. De hecho, la viuda trabaja en casa de un militar como asistenta.
- ¿Un militar? —remedó Casadiego, extrañado.
- No me pareció importante, por eso no te dije nada.
- ¿Y lograste averiguar algo sobre ese tipo? —preguntó el comisario.
- Parece ser que fueron compañeros de promoción, y amigos, al menos la relación del militar con sus hijos es bastante estrecha, y las mujeres salen juntas de compras habitualmente, y también salen a cenar de vez en cuando.
- ¿Y cómo se llama ese hombre? —preguntó el comisario, presto a apuntarlo en su agenda.
- Ya está retirado —le aseguró David, chasqueando la lengua para hacerle ver que no recordaba su nombre—. Pero es habitual verlo en uno de los canales de noticias, el 24 Horas.
- ¿Ahora es tertuliano? —dedujo el comisario, que no pudo evitar una leve carcajada al ver que David asentía.
- Suele aparecer por videoconferencia cuando tratan asuntos de Oriente Medio —repuso él, obviando la sorna del comisario—, pero en ocasiones se le ve en el plató junto a otros asesores y periodistas especializados. Ahora, con la invasión de Gaza, es consultado muy a

menudo. De hecho, anoche mismo habló durante unos minutos en directo con el periodista que dirige el programa.
- Se emite por la noche, a eso de las diez —le dijo Casadiego, señalando el móvil del comisario al tiempo que le hacía un inequívoco gesto con los ojos.

Albuena desbloqueó el aparato y, aunque advirtió en ese momento que tenía dos llamadas perdidas del capitán García, decidió obviarlas hasta más tarde. Tras el gesto de duda que le arrancó la circunstancia, deslizó el móvil hacia Casadiego. Él lo aprehendió, y se dispuso a consultar la web de la cadena.
- El programa se llama La Noche en 24 Horas —aseguró tras consultar el buscador—. ¡Ah, mira, aquí está! —exclamó al encontrarlo—, se llama…mmmmm… general retirado… ¡Fernando Vallejo! —exclamó, parpadeando nervioso.

Albuena dio tal repullo que Casadiego no tuvo la menor duda de que había caído en la cuenta de quién se trataba, y llevó la mirada hacia él para dedicarle un gesto burlón, dando por hecho que le haría mucha gracia aquella sorprendente casualidad.
- ¿Pudiste averiguar cómo falleció ese hombre? —preguntó Albuena a David Alería, sonriendo a Casadiego al tiempo que recuperaba el móvil, sin intención alguna de hacer más concesiones al respecto.
- Ya indagué sobre ello —respondió Casadiego por él, sonriendo al gesto suspicaz del comisario—. Nada que pudiera llevarnos a pensar que Xaime Varela o alguien de su grupo hubiera tenido nada que ver en su fallecimiento.
- Murió de un tumor cerebral —aseguró David Alería.
- Como ve, solo nos queda uno —dijo Casadiego, sonriendo enigmáticamente.
- ¿Uno de qué? —quiso saber el comisario, alternando la mirada entre ambos con aparente contrariedad.
- Uno de los tres mandos encargados del control del apoyo logístico.
- Si descartamos a Manuel Rodríguez Pereira, no hay duda de que ese tipo tiene que ser el jefe —convino David.
- ¿Y quién cojones es ese Rodríguez Pereira? —dejó escapar el comisario, temeroso de perder el hilo de la conversación.

- El de Lugo —le dijo Casadiego, alzando los hombros para reafirmar la evidencia—. Tanto el comandante Rodríguez como el infortunado Calvo Menéndez estuvieron al cargo del MALE.
- Vamos a ver —alzó ambas manos el comisario para pararlo—. ¿Quién diablos es ese Menéndez, y qué es eso del MALE?
- Es el Mando de Apoyo Logístico —le dijo David Alería.
- José Calvo Menéndez era el comandante fallecido. Tanto él como Rodríguez Pereira fueron los responsables de las adquisiciones y el mantenimiento en los destacamentos en aquellas fechas, aunque ambos regresaron precipitadamente, uno por lo de su esposa, y el otro cuando le detectaron el tumor.
- ¿Y quién los sustituyó?
- Los mismos que están ahora, no ha habido cambios desde entonces —aseguró Casadiego.
- Y antes, ¿quién estaba al mando de…?
- El MALE —completó Casadiego—. Ese es el que manejaba a Varela y su grupo, y ese tipo es a quien debemos encontrar.
- ¿Y cómo es que usted no lo conoció, siendo el responsable de controlar las cuentas? —preguntó el comisario, consciente de que la pregunta arrastraba una incriminación manifiesta.
- Desapareció justo en el momento en que yo aterricé en la base.
- ¿Cómo que desapareció?
- Bueno, no es que desapareciera, sino que ya había regresado a España. Yo no pude conocerlo en persona, aunque había visto en algunas órdenes cómo se llamaba, pero…
- ¿Entonces? —bramó el comisario al pensar que estaba jugando con él.
- Yo acababa de llegar, y no podía imaginar que ese tipo iba a cobrar tanta relevancia en el asunto. Cuando me vi obligado a huir de la base dejé allí todos los papeles.
- ¿Y no recuerda su nombre?
- ¡Cómo voy a recordarlo!, si apenas lo vi impreso en unos documentos, y de eso hace ya seis años. Al general lo recuerdo porque pude conocerlo en la base antes de que se retirara, pero al otro no lo vi jamás.

- Y ese general, ¿qué responsabilidades tenía en la base?
- En realidad, ninguna. Él era el máximo responsable de la DGAM…
- ¿Y eso qué es? —lo interrumpió el comisario.
- Es la Dirección General de Armamento y Material.
- ¡Explíquese! —alzó la voz, si bien se disculpó de inmediato con una sonrisa que dedicó a David Alería, que sonreía a su vez ante aquel galimatías de acrónimos.
- La DGAM es la que está por encima, es decir, el mando que planifica y supervisa el apoyo logístico desde un punto de vista general, vamos, para todas las intervenciones de Defensa. Y el MALE es lo mismo, pero en lo que respecta al Ejército de Tierra.
- Bastaría una llamada al Ministerio para averiguar quién fue el responsable del MALE en aquellas fechas —le hizo ver David Alería —. ¿O es que a un comisario de policía no le van a dar esos datos?
- Que, por otro lado, deberían ser públicos —añadió Casadiego.
- ¿Y no lo son? —acompañó el comisario a un gesto de extrañeza cargado de sarcasmo.
- Es por seguridad.
- No puedo llamar a nadie en Defensa porque entonces lo pondríamos sobre aviso —lamentó Albuena.
- Está dando por hecho que está implicado, y que continúa en activo.
- ¿Y si no lo estuviera? —planteó David Alería.
- En ese caso sería diferente —admitió el comisario.

Albuena se puso en pie, y le ofreció la mano a Casadiego.

- ¿Puedo irme ya? —preguntó él con incredulidad, respondiendo al saludo con desconfianza.
- Puede, pero debe estar localizable en todo momento. Además, una patrulla vigilará su casa hasta que todo esto no se resuelva definitivamente.
- Muy bien, estupendo —dijo Casadiego, brincando de la silla con entusiasmo—. ¿Pueden pedirme un taxi?
- Yo me iré contigo —dijo David Alería, mirando al comisario para ver si lo aprobaba.

Albuena asintió, y se despidió del joven con un buen apretón de manos.

- Abajo le entregarán sus pertenencias —le dijo el comisario a Casadiego—. Y desde allí puede pedir un taxi.

- ¿Ya está? —receló él—. ¿No van a preguntar dónde está el dinero?

- Ya está, por hoy. Cuando logremos dar con ese tipo y tengamos la seguridad de que todo esto ha terminado, tendrá que rendir cuentas ante un juez, y también ante Defensa —lo frenó el comisario.

- ¿Y Antonio, digo David? —le preguntó Casadiego, que no pudo disimular el gesto de preocupación que le había arrancado la exhortación del comisario.

- David es una víctima, y como tal deberán tratarlo. — E l comisario palmeó la espalda a David en señal de despedida y le sonrió, procurando que el gesto no resultara forzado—. Además, deberías interponer denuncia ante Defensa por los daños que te han causado esos desalmados, pero antes tenemos que averiguar quién es el verdadero responsable.

David Alería asintió, y abandonó la sala cabizbajo. Casadiego lanzó una mirada de agradecimiento al comisario antes de salir, y le ofreció de nuevo la mano, sacudiéndosela varias veces para dar tiempo a que David se alejara.

- Ahora que saben que hemos contactado, no pararán hasta conseguir lo que buscan —le susurró, mirando nerviosamente hacia el pasillo para asegurarse de que David no le oía.

- ¿Y qué propone que hagamos? —preguntó Albuena, participando de la confabulación con un susurro casi imperceptible.

- Asegurarnos de que David se mantiene a salvo, y prepararles una trampa. Tarde o temprano vendrán a por mí, ellos saben que soy la única persona que conoce las claves de acceso a los fondos.

- Una patrulla vigila la casa de los Alería día y noche, por eso no debe preocuparse, y ya he dado orden de que se proteja también la suya, pero no debe alejarse de allí, si no, no servirá para nada.

- ¿Y no será mejor que yo me instale con mi familia en otro lugar, y hacerles creer que sigo en mi casa? —Al ver que el comisario

meditaba la propuesta, decidió añadir un plus a la oferta—. Tengo dos casas vacías muy cerca.

- Estaremos en contacto —asintió el comisario, señalándole el pasillo para que se largara.

Albuena los vio partir sin llegar a abandonar la sala, y permaneció largo rato indeciso, pensando en lo que acababa de proponer Casadiego, hasta que la vibración de su móvil lo apartó de la abstracción como si lo hubieran acalambrado. Al ver que quien llamaba era Silvia, por enésima vez según le chivaba su móvil, acudió a paso ligero hacia su guarida. Allí encontró también a Frízer y a su hermano, que brincaron de las sillas para recibirlo, mirándolo como si los hubiera sorprendido fisgando.

- ¿Qué ocurre? —preguntó, mosqueado al ver la aprehensión que reflejaban sus ojos, como si hubieran cometido una pifia que no supieran cómo afrontar.

- El capitán García acaba de llamar —le dijo Silvia con seriedad.

- Ah, sí, he visto que tenía un par de llamadas perdidas, pero estaba con un asunto importante. ¿Y bien? —exigió al ver que se mantenía en silencio.

- Rosales no ha llegado al Gómez Hulla —dijo al fin.

- ¿Cómo que no ha llegado?

- Alguien de arriba dio orden de que fuera conducido a una base militar.

- ¿Cómo que de arriba, quién ha ordenado eso? —gruñó el comisario, con la soflama encendiéndole ya las mejillas.

- Lo ha ordenado Defensa, supongo que querrán interrogarlo a su modo, ya sabes, sin abogados ni cámaras que puedan limitar sus indagaciones.

- Y eso no es todo —refunfuñó Frízer con sorna, pese a que pudo ver que el asunto comenzaba ya a enrabietarlo.

- Ambrosio Serrano, ¿no? —supuso el comisario.

- También se lo han llevado, esta mañana —le confirmó Silvia.

Albuena se revolvió furioso, y salió apresuradamente del despacho.

- Voy a llamar al capitán García, quiero que me diga personalmente qué es lo que está ocurriendo.

- ¿No será mejor llamar antes al juez Castillo? —le gritó Silvia.

# 50

El comisario entró en su despacho como una exhalación y se dejó caer sobre la silla entre reniegos, pensamientos que escapaban de su cabeza en resoplidos de pura rabia, como una fiera acorralada. Dudaba cómo encarar aquella llamada que pensaba hacer al capitán García, una conversación que a buen seguro acabaría mal, además de dilapidar la buena relación que habían mantenido hasta entonces.

Aún resonaban en su memoria los gritos de Silvia, insistiendo en que lo mejor sería llamar al juez Castillo y dejar que fuera él quien diera los pasos oportunos para aclarar todo aquello. No descartaba esa opción, pero sabía que antes debía escuchar al capitán García, permitirle explicarse.

Cuando por fin disipó sus dudas, la determinación le otorgó el valor suficiente para tomar el teléfono y marcar su número.

- Joder, Albuena, llevo toda la mañana intentando localizarte —le gruñó García por saludo, poniendo de manifiesto con su áspera intervención el apremio que lo asolaba.

- Estaba interrogando a Casadiego —concedió el comisario, mesurando el tono en la confianza de que las explicaciones que esperaba fueran lo suficientemente convincentes como para que pudiera justificar su proceder, al menos exonerarlo a él de cualquier implicación en los acontecimientos.

- Se han llevado al teniente Varela y al sargento Serrano, y ni siquiera he podido averiguar dónde se encuentran.

- ¿Y quién ha ordenado eso? —clamó el comisario.

- El capitán Sánchez Lema me llamó a primera hora desde el Gómez Hulla para comunicarme que había recibido una orden de traslado firmada por el coronel Fernández Moro.

- ¿Así, sin más?

- Le exigí una explicación, obviamente, pero el hombre también estaba decepcionado. Se limitó a decirme que esas eran las órdenes, aunque me confesó que había intentado llamar al coronel para hacerle ver que no era conveniente trasladar a Ambrosio Serrano en ese estado, pero no pudo localizarlo. El soldado que portaba la

orden le dijo que la investigación se había terminado, e insistió en que entregara al sargento so pena de poner el asunto en conocimiento de la superioridad. Así funcionan las cosas aquí, unos mandan y otros obedecen.
- ¿Y tú no has llamado al coronel para que te dé explicaciones?
- Llevo desde ayer intentando llamarlo, pero tiene todas las líneas desconectadas.
- ¿Quieres que te diga lo que va a ocurrir? De esos dos energúmenos no vamos a volver a saber nada, y dentro de unos meses, cuando todo se haya calmado, volverán a por Casadiego, y en cuanto le saquen las claves, desaparecerá para siempre.
- Y lo más probable es que también desaparezca de nuevo ese muchacho —convino García, desinflándose en un suspiro de hastío.
- Pensaba llamar al juez Castillo —tanteó el comisario, atento a su reacción.
- Me parece lo más sensato. Además, él podría autorizaros a continuar con la investigación, y averiguar de dónde ha partido la orden de hacer desaparecer a esos dos individuos.
- Supongo que intentarán sacarlos del país. Lo más importante ahora es averiguar dónde los tienen, y a dónde piensan llevárselos.
- Eso es relativamente sencillo, solo hacen falta medios, y vosotros los tenéis.
- ¿Qué medios, a qué te refieres?
- Cámaras, seguimiento —dijo García—. Si se los han llevado esta madrugada, bastará con seguir sus movimientos con las cámaras. Puede que acabemos perdiéndolos, pero al menos tendremos una idea aproximada de hacia dónde se han dirigido.
- Voy a llamar ahora mismo a la oficina telemática para que comiencen la investigación.
- Bien, y yo llamaré al Gómez Hulla para que os den acceso a las cámaras de todo el recinto hospitalario, pero llama antes al juez para cubrirte las espaldas, no vaya a ser que algo se tuerza y acabes siendo tú el pagano de la pifia, que lo mismo la orden viene del propio ministro y acabamos todos en la reserva.

Albuena asintió como si García pudiera verlo, y después se despidió, agradecido por la disposición que había mostrado en todo momento. El capitán dejó traslucir en su despedida la incomodidad que le producía aquel fracaso, y lo emplazó a momentos más favorables, cuando todo aquello tocara a su fin y pudieran compartir impresiones ante un café, ya más relajados.

Cuando colgó, el comisario se quedó mirando el teléfono, dudando de la conveniencia de involucrar al juez Castillo sin más avances. Pese a las dudas, concluyó que debía llamarlo, aunque antes consideró que lo más perentorio en ese momento era poner a Silvia a trabajar, y la llamó a su despacho.

- Ponte en contacto con el Gómez Hulla para que te den acceso a las grabaciones de todas las cámaras, el capitán García ya os va a allanar el terreno.

- ¿Con qué objeto? —quiso saber ella—, ¿acaso piensas que iban a sacar a esos individuos del hospital por la puerta principal?

- Nunca se sabe —le dijo el comisario, pese a que él ya había asumido que aquello era realmente difícil—. Intentadlo, a ver si hay suerte y podéis ver si algún vehículo extraño abandona las instalaciones hospitalarias. La dirección del hospital sabe qué vehículos son habituales y cuáles no, ahí es por donde debéis comenzar.

- Muy bien, voy a subir al laboratorio técnico para comentarles el asunto.

- ¿Dónde está Frízer?

- Se ha marchado a su casa a llevar a Paul.

- Bien, y tú deberías hacer lo mismo, ya se ha hecho tarde.

- Muy bien, comisario, dejo todo listo en el laboratorio técnico y mañana nos vemos.

Cuando colgó, Albuena se quedó dándole vueltas a la conversación que acababa de mantener con Casadiego, hasta que una idea repentina lo apartó de sus cavilaciones para recordarle que debía llamar al juez, y se dispuso a ello. Castillo respondió personalmente, al tercer tono, de tan buen humor que el comisario no tuvo dudas de que ya le habían llegado las buenas noticias. Lamentó la evidencia

que proponía aquel amable recibimiento, que no era otra cosa que iba a tener que ser él quien acometiera los contratiempos.
- El mismísimo director general me llamó hace un rato para decirme que ese muchacho ha aparecido sano y salvo, y que ya está con su familia —le confirmó Castillo—. También me ha dicho que al fin habéis logrado cazar a sus perseguidores.
- De poco ha servido —dijo el comisario.
- ¿Qué ocurre, no me dirás que os habéis equivocado?

Albuena se dejó caer sobre la silla, restregándose los ojos con una mano, un lapso que provocó que el juez soltara un refunfuño, convencido de que la dilación iba a traer malas noticias. Y el comisario confirmó sus sospechas.

Más de quince minutos le llevó a Albuena contarle todo lo referente a Casadiego, su captura, y la relación que este había mantenido con David Alería, lo que dejó al hombre circunspecto, sin saber muy bien qué le pedía.
- ¿Y por qué no se lo has dicho al capitán ese, acaso no te fías de él? —preguntó tras meditar unos segundos.
- No puedo fiarme de nadie —reconoció Albuena—. ¿Recuerdas al general retirado que se presentó en tu despacho con el coronel Fernández Moro?
- Sí, lo tengo apuntado por aquí. A ver… sí, general Fernando Vallejo.
- Casadiego no le ha apuntado directamente, pero tengo la sospecha de que piensa que este tipo es el responsable de todo.
- ¿Y tú qué crees?
- No se… ¿recuerdas su reacción cuando le preguntamos al coronel quién había dado la orden de colarnos a Rosales en la comisaría?
- La recuerdo perfectamente, sobre todo porque no respondieron. El general acudió en ayuda del coronel, que se había quedado mudo, y nos contaron lo ocurrido con el joven desaparecido, y cómo acabó en el Líbano, pero no respondieron a esa cuestión, simplemente se limitaron a achacarle el asunto al ministro.
- Joder, no dije nada porque pensé que tú no te habías dado cuenta.

- Hablé con el ministro sobre ello, y me aseguró no recordar nada de eso, aunque reconoció que cualquier subordinado pudo dar la orden en su nombre. Obviamente, el hombre no puede estar a todas.
- Te das cuenta de que la persona que dio esa orden puede ser quien esté al mando de toda esta conspiración.
- De lo que no hay duda es de que se trata de un militar de alto rango, y, aunque el general Vallejo es quien más papeletas tiene, no creo que esté involucrado en asuntos turbios, sobre todo porque lleva retirado ya varios años.
- Iván Casadiego, ya sabes, el contable que desapareció en Bamako, me ha dicho que han estado investigando a tres militares que estuvieron en aquella época en el Líbano, y que eran responsables del MALE, un organismo que se ocupa de la gestión del armamento y los materiales enviados a las misiones en el extranjero.
- Sí, creo recordar que el general Vallejo comentó que fue responsable de la DGAM[31] hasta su retiro en dos mil veinte.
- Eso es —dijo Albuena, sorprendido por que supiera de qué organismo se trataba—. Pues, al parecer, hubo tres comandantes al frente de ese organismo. Dos de ellos se vieron obligados a regresar a España por cuestiones personales, y un tercero desapareció.
- ¿Cómo que desapareció?, ¿insinúas que esa gente pudo cargárselo?
- Cuando digo que desapareció, me refiero a que no sabemos quién es, y que pensamos que puede ser el cabecilla de la trama, es decir, quien daba las órdenes directas a Rosales y sus compinches. Casadiego pudo localizar a dos de ellos, uno que regresó porque su esposa estaba enferma, y otro al que encontraron un tumor, y que a la postre lo llevó a la tumba. David Alería logró averiguar que su viuda trabaja para el general Vallejo.
- Bueno, no voy a negar que resulta un poco sospechoso, pero la realidad es que eso no indica nada.
- Eso es lo que piensa el contable.
- Entonces, ¿tenemos a dos sospechosos?

- Así es, y uno está en Lugo, llevando una vida austera apartado de todo lo que tenía que ver con su vida de antes, y otro que no sabemos dónde está, pero que podría estar manejando los hilos desde arriba.
- Todo indica que podría tratarse del general Vallejo, pero es que ese hombre lleva cinco años retirado —reiteró Castillo.
- He estado tentado de pedirle al capitán que llevaba la investigación del helicóptero desaparecido que averiguara quién estaba al mando del MALE en dos mil veinte, pero no me he atrevido, eso significaría poner a ese tipo en la diana o, si en verdad está implicado, ponerlo sobre aviso de que andamos tras él.
- Bueno, yo puedo averiguar eso con una llamada —dijo Castillo con despreocupación, sin darle mayor importancia—. En unos minutos te llamo.

Albuena enarcó las cejas al ver que le había colgado, y se repantigó en la silla a la espera de que el juez volviera a llamarlo. En ese momento vio pasar a Silvia por delante de la cristalera, y alzó una mano para saludarla.
- Me voy —le dijo ella, asomando a la puerta—. Ya están en el laboratorio con las cámaras.
- ¿Y?; ¿algo sospechoso?
- El capitán médico que atendía a Ambrosio Serrano nos ha confirmado la hora a la que se lo llevaron, las ocho en punto de la mañana, y también ha corroborado que la orden la firmaba el coronel Fernández Moro.
- Sí, eso es lo que me ha asegurado el capitán García.
- He dejado a los técnicos siguiendo a la ambulancia que ha trasladado a Serrano. La perdió de vista en la M-30 a la altura de Ciudad Lineal, pero ya han vuelto a localizarla a la altura de Ciudad Pegaso.
- Joder, entonces no hay duda de que se dirigía a la base aérea de Torrejón.
- Eso es lo que pensamos —admitió ella, sonriendo con suficiencia —. Lo malo es que eso ocurrió hace ya varias horas, vamos, que

han podido abandonar la base, incluso, si contaban con medios, podrían estar ya en el Líbano.
- Deberíamos contactar con la base —rumió Albuena, y asegurarnos de que no abandonan el país en ningún vuelo.
- Hemos contactado con el MAGEN[32], y nos han asegurado que nadie no autorizado ha salido o entrado de ninguna base, pero admiten que podrían habérseles colado. Nos han asegurado que van a abrir una investigación —dijo con cierto retintín.

El comisario asintió, y se quedó pensando. Silvia cerró la puerta despacio, como si temiera asustarlo, pero apenas soltó la manija enfiló el pasillo a paso ligero, deseosa de llegar a casa y olvidarse de todo por unas horas.

Albuena sonrió a su espantada, imaginándola a la carrera en busca de sus hijos, y después dejó escapar un suspiro nostálgico. Entonces se le ocurrió llamar a su esposa para proponerle cenar fuera, pero recordó que esperaba la llamada de Castillo, y volvió a dejar el teléfono sobre la mesa, no fuera a ser que encontrara la línea ocupada y después olvidara llamarlo. Luego pensó que si llamaba justo cuando él hablaba con su esposa, el teléfono registraría la llamada, y él podría devolverla de inmediato, pero en el interludio de sus elucubraciones el teléfono comenzó a chicharrear sobre la mesa, dándole un buen sobresalto, y se lanzó a él para dar paso a la llamada.
- Albuena, no te lo vas a creer —le vaciló Castillo.
- Haz un intento —repuso el comisario con sorna.
- Ya sé quién estaba al mando del MALE en dos mil veinte, y también sé porqué abandonó el Líbano.
- ¿Y no piensas decírmelo?
- Se largó porque lo ascendieron —aseguró Castillo, guardándose el nombre para mantener el suspense, y aguantando la risa que le provocaba todo aquello.
- O sea que ahora es teniente coronel.
- Eso era hace cinco años, ahora ya es coronel, ¿qué te parece?
- Una buena carrera —dijo Albuena, restregándose la frente al imaginar de quién se trataba.

- ¡Qué mano tiene este ministro!, mira que poner al zorro a cuidar el gallinero…
- ¿Has pensado qué hacer? Quizás deberíamos llamar al Ministerio.
- Es el ministro quien me lo ha dicho. No he podido darle mucha información, pero está al tanto del asunto ese del muchacho desaparecido, y coincido con él en que hay que actuar con discreción y mucha prudencia.
- Claro, si descubre que vamos tras él, lo más probable es que… ¡joder! —dejó escapar Albuena, sobresaltando a Castillo—. Tengo a un técnico siguiendo el rastro de la ambulancia que se llevó esta mañana a Olivares del Gómez Hulla, y parece que se dirigieron a la base de Torrejón.
- ¿Crees que podrían pretender largarse?
- Es la única salida que les queda.
- Asegúrate de que ninguna nave abandona ese aeropuerto, y vigila también Barajas, no vaya a ser que sea una maniobra de despiste y se larguen como turistas.
- La inspectora Rodríguez acaba de informarme de que los militares ya están en ello, lo malo es que esos tipos se fugaron del hospital a las ocho de la mañana.
- Joder, entonces podrían estar ya en cualquier parte —dedujo Castillo—. Si llegaron a la base y ya no están allí, tienes que averiguar si han salido en algún vuelo.
- No, no llegaron a la base, y no podrán coger ningún vuelo civil, las autoridades competentes ya están alertadas, además, lo más probable es que ya no cuenten con medios económicos suficientes, al menos eso es lo que asegura el contable que les birló la pasta.
- Por cierto, ¿de cuánto dinero se trata?
- Al menos veinte millones en criptomonedas —le mintió el comisario.
- Joder, no me extraña que anduvieran tras David Alería.
- Lo malo es que no vamos a poder recuperarlo todo.
- Bueno, lo importante es que ese muchacho está a salvo.
- En fin, te dejo, Ignacio, voy a llamar al capitán García para darle el disgusto.

Castillo pensó decirle que él iba a tener que volver a llamar al ministro, pero se ahorró la confidencia, y se limitó a despedirse con un gruñido.

# 51

Albuena no pudo pegar ojo en toda la noche. Durante el duermevela había recreado una y otra vez todo lo acontecido en los últimos días, pero todo lo llevaba al mismo lugar, un laberinto sin salida. Luego, ya en el coche, intentó relajar sus pensamientos para centrarse en las actuaciones más perentorias, pero por más que se empeñó, alcanzó la comisaría sin una determinación concreta. Cuando se internó en su despacho se dejó caer sobre la butaca que presidía el escritorio y apartó de un manotazo las carpetas que lo abarrotaban. Después se acodó sobre el tapete, y se sujetó el mentón con los pulgares al tiempo que serpenteaba los dedos frente a su apéndice nasal, una manía que lo había acompañado desde niño, y a la que siempre recurría cuando un asunto enconado bloqueaba su juicio. Ese momento de distensión lo llevó a recordar que debía una llamada al capitán García, y lanzó un vistazo al reloj que colgaba de la pared para ver si era una hora oportuna. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que llevaba más de media hora de introspección, y se irguió rápidamente para coger el teléfono. Mientras rebuscaba en la agenda el número privado del capitán, ensayó una disculpa con la que reconducir su relación, marcada hasta ese momento por una desconfianza que el hombre no había merecido.

- Ahora iba a llamarte —respondió el capitán por saludo.
- ¿Hay alguna novedad?
- Supongo que ya sabrás que la ambulancia regresó al hospital apenas dos horas después de haber salido.
- No, no tenía ni idea. Dejé a la inspectora Rodríguez vigilando las cámaras, dábamos por hecho que se dirigían hacia la base de Torrejón.
- He podido interrogar al conductor, y todo lo que me ha contado lo confirma la geolocalización del vehículo. Recibió una orden firmada por el coronel Fernández Moro para que condujera a Serrano a un lugar en la M-40 a la altura de Montecarmelo, aunque antes debía recoger a un escolta a la salida del aparcamiento.

- Supongo que se trataba de Rosales.
- Así es —confirmó García, sonriendo con sarcasmo—. El chófer asegura que le ordenaron que los dejara en un área de descanso, y que después regresó al hospital. Seguramente habría un vehículo en las inmediaciones aguardando a que la ambulancia desapareciera.
- Y el coronel Fernández Moro al volante —ironizó Albuena.
- Es lo más probable, porque no creo que dispongan ya de más personal. Además, ayer no apareció por su despacho en el Ministerio, y las dos líneas de teléfono que utiliza habitualmente están fuera de servicio. El propio ministro lo ha llamado en varias ocasiones a su número personal, pero tampoco responde.
- ¿Habéis estado en su casa?
- Sí, el ministro nos lo pidió a última hora de ayer al ver que no respondía a las llamadas por ninguna de las líneas. El pobre hombre se aferraba a que podría haberle pasado algo en su casa, pero ahora ya se ha hecho a la idea, porque todo indica que huyó precipitadamente.
- ¿Y su familia?
- No tiene ascendientes ni hermanos, y está separado desde hace años, además, que sepamos, no tuvo hijos. Ahora es un lobo solitario, no tiene a nadie. Si considera familia a alguien, lo más probable es que sea a esos tipos.
- Entonces ya no hay duda de que es quien lidera ese grupo.
- Eso me temo —repuso el capitán García—. Llevaba semanas mosqueado con sus actuaciones, pero cómo iba a imaginar…
- Ni que tuvieras tú la culpa —lo excusó Albuena—. Siempre iban un paso por delante porque tú le informabas de todos nuestros pasos, pero ahora va a ser diferente. Ya sabemos que no han podido abandonar el país, al menos por aire, o sea que tarde o temprano caerán.
- No creo que se vayan a ninguna parte sin el dinero. Lo más probable es que estén planeando la caza de Casadiego, ahora que saben dónde se encuentra.
- Y hemos sido nosotros los que los hemos puesto sobre la pista, maldita sea. Ese tipo ha logrado pasar desapercibido durante cinco

años, y ahora lo hemos colocado en la diana de esa gente.

Aquella última frase se quedó incrustada en la conciencia del capitán, que permaneció en silencio el tiempo suficiente para hacer creer a Albuena que la comunicación se había cortado.

- Sigo aquí —respondió al susurro inquiridor del comisario—. Todo este tiempo han perseguido a ese muchacho porque era el único modo que tenían de llegar hasta el contable.

- Y sigue siéndolo, por eso tenemos vigilada su casa, y hay un par de agentes siguiendo día y noche todos sus movimientos, pero de esos nadie sabe nada, ni él ni su familia.

- ¿Y el contable?, ahora que ya saben dónde está, no necesitan a nadie.

- Vigilaremos la casa del contable, y eso es lo que verá esa gente si se les ocurre acercarse, un furgón con cuatro agentes aburridos a las puertas.

- ¿Y no te parece un poco arriesgado?

- Tenemos preparado un comando del GEO a menos de doscientos metros de la casa, si se les ocurre acercarse, caerán como conejos.

- ¿Piensas utilizar a esa gente como cebo?

El capitán no se molestó en ocultar el tono de extrañeza que otorgó a sus palabras, incluso se permitió un gruñido de desaprobación que arrancó una sonrisa al comisario.

- Casadiego y toda su familia se han trasladado a otra casa, por eso no debes preocuparte —lo apaciguó con condescendencia.

- Supongo que no has querido informarme antes porque yo estaba entre los sospechosos.

Un silencio espeso dio paso a una carcajada que tranquilizó enormemente al comisario, que llevaba horas arrastrando un resquemor de ruindad como no había sentido en su vida. Iba a disculparse, pero mientras buscaba subterfugios que justificaran su proceder, García le dijo que él también había tenido que mentirle para evitar que las actuaciones de la policía interfirieran en la investigación que llevaba a cabo Defensa.

- ¿Y en qué han consistido esas… mentirijillas? —quiso saber el comisario, procurando un tono que no pusiera al descubierto la

tremenda curiosidad que lo asaltaba.

- Fundamentalmente en lo referente a las identidades que facilitamos a esa gente. Obviamente, nosotros sabíamos desde el primer momento de quiénes se trataba.

- Jamás os creí tan incompetentes —le dijo el comisario.

Ambos se echaron a reír, hasta que el comisario advirtió que Frízer pasaba por el pasillo, y le hizo señas para que entrara.

- Bueno, capitán, estaremos en contacto —le dijo con apremio.

- Ya sé que estás muy ocupado, pero supongo que querrás saber lo que hemos preparado.

- Por supuesto —respondió con avidez.

El comisario se retrepó en la silla para recibir las buenas noticias, y conectó el altavoz para que Frízer pudiera oír la conversación.

- Enviaremos un mensaje a Xaime Varela desde el teléfono de Fernando Martínez Soler.

- ¿Ese es… el piloto? —creyó recordar el comisario, observando el gesto de Frízer, que cabeceaba para confirmarlo.

- Así es, en realidad se trata de Alexander Barta García.

- Y ahora vas a decirme que su muerte fue un montaje, y que continúa con vida, ¿me equivoco? —gruñó el comisario, cuya imaginación lo recreó haciendo un trato con sus superiores para traicionar a sus compinches y asegurarse un futuro tranquilo.

- Me temo que la realidad no es tan benevolente. Ese pobre desgraciado ya está en uno de los arcones frigoríficos del Gómez Hulla, lo trasladaron ayer desde el Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid.

- ¿Y qué mensaje le vais a enviar a Rosales?

- Los técnicos han estudiado todos los mensajes que se han cruzado en los últimos meses, y con esa información han elaborado un texto que esperamos no le haga desconfiar. Confío en que no recele y le proponga un lugar de encuentro.

- ¿Y si le proponen regresar a un sitio que nosotros desconocemos, un nombre el clave o algo así? —objetó el comisario, pese a que daba por hecho que ellos ya habrían valorado esa contingencia.

- Le diremos que no puede acudir porque no tiene medios, y le propondremos un lugar de rescate. Además, lo importante es que le respondan. En el momento en que lo hagan, sabremos dónde se encuentran.
- Saben lo que hacen, si responden lo harán cuando estén en movimiento.
- Has de tener en cuenta que ahora actúan a la desesperada. Los obligaremos a que contacten en varias ocasiones, así tendremos una posición más exacta. Si están escondidos por aquí cerca, caerán en pocos minutos.
- En fin, espero que tengas razón, porque, de otro modo, mientras esa gente esté suelta por ahí, ni Casadiego ni David Alería podrán continuar con sus vidas con normalidad, ni tampoco sus familias —dijo antes de colgar.

Albuena se vació en un largo suspiro antes de dejar el teléfono sobre la mesa, y después se quedó mirando a Frízer. Él se encogió de hombros, dando por buena la propuesta.
- ¿Qué otra cosa podemos hacer? Si esa gente no contacta, no hay forma de averiguar dónde se encuentran, y como has dicho, mientras no los cacemos, David Alería no podrá dejar de vigilar su espalda.
- Lo que más me preocupa es que ahora ese joven ya es prescindible.
- ¿Qué quieres decir?
- Pues que a quien necesitan con vida es a Casadiego, que es quien tiene las claves para recuperar el dinero.
- ¿Y si no es así, o si ambos tienen las claves? —propuso Frízer.
- ¿Y qué te lleva a pensar eso?
- David Alería se maneja con una suficiencia que raya lo temerario. Si no tuviera la seguridad de que…
- De todos modos, si no hubiera lanzado por el balcón a Serrano, quién sabe dónde estaría ahora. Lo más probable es que sea Casadiego quien tiene la llave de todo, por lo tanto, el que tiene las espaldas más cubiertas. Si en algo estima a ese muchacho, no le

habrá confiado las claves, y espero que esa gente haya llegado a esa misma conclusión.
- ¿Ya has pensado qué haremos si Rosales no responde al mensaje del piloto?, porque lo más probable es que no caiga en esa trampa. A estas alturas, seguro que tendría que haber contactado con ellos de algún modo, o sea que lo más probable es que lo den por muerto, o algo aún peor para ellos, que piensen que lo hemos capturado con vida.
- Si no responden… supongo que dejarán pasar un tiempo hasta que nos relajemos, pero no pienso darles esa oportunidad.
- Entonces, ¿qué piensas hacer?
- He estado pensando… —dijo el comisario, dejándose caer de nuevo sobre su silla al tiempo que lo animaba a acomodarse frente a él—. El exgeneral Fernando Vallejo suele aparecer en tertulias televisivas…
- ¿Y? —se interesó Frízer, arrastrando una silla para sentarse sin apartarle la mirada, expectante ante lo que barruntaba.
- Imagina que ese hombre aparece en un programa de gran audiencia para contar… bueno, solo para contar lo del helicóptero, lo demás involucraría a los Alería, y eso no nos interesa a ninguno —dijo el comisario, que no pudo evitar rememorar los cinco años de fracasos en la búsqueda de David Alería.
- Bueno, podría aparecer en la pantalla la imagen del coronel y sus esbirros, con una leyenda al pie en la que se asegura que se encuentran en busca y captura, y que son muy peligrosos —admitió Frízer tras pensarlo un instante—. Bastarían dos minutos en varios telediarios para que esa gente no pudiera moverse por ninguna parte sin ser reconocidos.
- Lo malo es que no sé si los militares consentirán que salgan a la luz los chanchullos de esos tipos —lamentó Albuena—. Ten en cuenta que quedarían como unos inútiles, además, la prensa cuestionaría las misiones que desempeñan en el extranjero, y eso no conviene a nadie.
- Bueno, siempre podemos utilizar a Casadiego. Él podría argüir que estaba allí precisamente para evitar corruptelas, y que, aunque un

poco tarde, ha logrado cumplir su misión desenmascarando a esos tipos. Todo es cuestión de saber vender el producto.
- Si centramos la atención en esa gente y lo del falso accidente del helicóptero, nadie reparará en David Alería.
- No creo que la prensa se quede en lo del helicóptero. Tarde o temprano querrán profundizar en el asunto, ya sabes, programas especiales, Informe Semanal, Gloria Serra y su Equipo de Investigación… —dijo Frízer, que se echó a reír al ver que el comisario se giraba para mirarlo con cara de espanto.
- Saldrá a la luz lo ocurrido, por supuesto, pero para entonces espero que ya hayamos podido encerrar a esos tipos —se avino el comisario, riendo también.
- ¿Cuándo vas a llamar al capitán García para proponérselo?
- Primero tengo que hablar con el director general para que me autorice, y también habrá que consultar con el juez Castillo. Las actuaciones podrían conllevar implicaciones jurídicas que habría que valorar, no nos vayamos a meter en un terreno farragoso del que no podamos salir.
- Si tienes el plácet de ambos, deberíamos actuar cuanto antes, no podemos tener a esas personas protegidas indefinidamente.
- Primero daremos tiempo al capitán García, pero, de momento, vamos a ir tomando posiciones —dijo Albuena.

Frízer dudó qué hacer, pero al ver que el viejo sabueso se giraba en su silla con el teléfono en la mano, supuso que iba a llamar al director general, y se dirigió a su guarida con la intención de ir adelantando trabajo atrasado. Aún no había tenido tiempo de acomodarse cuando recibió un mensaje de Silvia un tanto alarmante: «Ven de inmediato a mi despacho». Se levantó de un brinco y salió corriendo.
- ¿Qué ocurre? —urgió apenas abrió la puerta del despacho de Silvia, cerrando a su espalda con sigilo.
- Mira estas imágenes, son de la entrada del Gómez Hulla esta mañana, justo unos minutos antes de que se llevaran a Serrano.
- ¿Quién es? —preguntó Frízer al ver que señalaba a una mujer que caminaba entre otras personas.

Silvia detuvo la imagen en un momento en que la mujer giraba la cabeza y dejaba ver su rostro un instante. Durante unos segundos se recreó en la avidez que reflejaron los ojos de Frízer, que se revolvió después con asombro al ver que se trataba de Maricarmen, la hermana de Ambrosio Serrano.

- Mierda —gruñó, mirando a Silvia con preocupación—. Si se entera de que se han llevado a su hermano, lo mismo le da por ir a la prensa y nos mete en un buen lío.
- Deberías llamar al Gómez Hulla para advertirles.
- Mejor la llamo a ella, tengo su teléfono.

Frízer llamó de inmediato, pero la línea no estaba disponible.

# 52

La expectación era tal en la comisaría que Albuena se vio obligado a pedir a los técnicos que pasaran las imágenes al reproductor que había en la sala de espera, único lugar capaz de albergar a todos los agentes que habían trabajado en el caso, y que no querían perderse el acontecimiento.

El exgeneral Fernando Vallejo se había prestado a aparecer como tertuliano para comentar la noticia que se iba a difundir como primicia en unos minutos, eso es lo que se anunciaba en sobreimpresión en la pantalla del canal público de noticias, pero eso sería por la noche, en el programa al que solía acudir habitualmente como invitado. Ahora, lo que se esperaba era la cabecera del primer informativo de la mañana, al que seguirían los siguientes avances y, los más importantes, los de mayor audiencia, el de las quince y el de las veintiuna horas. El primero comenzó a las nueve en punto, presentando la imagen del teniente Xaime Varela, el sargento Ambrosio Serrano y el teniente Alexander Barta, los dos primeros vestidos con el uniforme del Ejército de Tierra, y el piloto con una zamarra marrón de cuello de borrego con la enseña de la Aviación, con una reseña bajo sus nombres en la que se indicaba que eran buscados por las autoridades. La presentadora llamó la atención de los espectadores para que se centraran en aquellos tipos, dejando en el aire la noticia de un gran escándalo para proseguir con un adelanto de los acontecimientos más relevantes del día. Después, cuando la sucesión de imágenes que conformaron los titulares dio paso de nuevo a los rostros de los militares, la voz de un reportero comenzó a divulgar la noticia en detalle, poniendo el acento en el hecho de que se trataba de uno de los mayores escándalos a los que se había enfrentado el Ejército en los más de treinta y cinco años que España llevaba enviando efectivos a misiones internacionales. La noticia volvió a repetirse en el plató, centrando en ese momento los comentarios en la peligrosidad de los individuos. La imagen se ajustó entonces al rostro de Xaime Varela, que pasó a ocupar toda la pantalla mientras se relataba a grandes rasgos su currículo y se comentaba el malestar que había causado en Defensa su deslealtad,

si bien la locutora, como si lo hiciera por su propia cuenta, tuvo a bien dejar un resquicio a la presunción de inocencia, aunque no exento de cierta sorna. Luego, antes de dar paso a los titulares internacionales, se pidió la colaboración ciudadana para su captura. Cuando en la pantalla comenzaron a mostrarse imágenes del temporal que había asolado Indonesia el día anterior, el comisario accionó el mando a distancia del reproductor para apagarlo. Aquello fue como el pistoletazo de salida de una maratón, provocando una estruendosa estampida que llevó a todo el mundo a sus respectivos cubículos. Solo Frízer y el comisario permanecieron en la sala, sopesando la situación.

- Bueno, pues ya está, ahora solo falta aguardar acontecimientos, a ver si alguien nos da una pista.

- ¿Cómo crees que se lo tomará Mateo Alería? —musitó Frízer, frunciendo el ceño con preocupación.

- Estuvo de acuerdo, por eso no debes preocuparte.

- Supongo que preferirá que el nombre de su hijo no aparezca por ninguna parte, yo al menos no lo querría, es el único modo de que ese joven pueda reemprender su vida con normalidad.

- Por cierto, el capitán García no ha llamado todavía —recordó Albuena de repente, revolviéndose extrañado.

- Lo más probable es que haya aguardado a que veamos los telediarios.

El comisario asintió para compartir su avenencia, y le hizo un gesto para que lo acompañara a su despacho. Una vez acomodados, Albuena llamó al capitán García y conectó el manos libres para que Frízer pudiera oír lo hablado y ahorrarse así las posteriores explicaciones.

- ¿Qué te ha parecido? —respondió el capitán en tono festivo.

- Si después de esto no se tragan que el piloto anda por ahí escondido… —rio el comisario.

- Dejaremos pasar unas horas, y entonces les enviaremos un mensaje.

- Hola, capitán —lo saludó Frízer—, ¿por qué no han dicho nada del coronel?

- Hay dos razones bien poderosas —repuso el capitán—. Para nosotros es importante que el escándalo no llegue más allá del teniente Varela, de otro modo se cuestionaría todo el trabajo realizado por el coronel Fernández Moro en los últimos años. Eso en primer lugar, y, en segundo lugar, si queremos cazar a ese tipo, es fundamental hacerle creer que no sospechamos de él. El propio ministro le ha enviado varios mensajes interesándose por su estado, de modo que piense que creemos que su ausencia se debe a un problema de salud. Además, con toda la sutileza que ha podido, le ha dicho que confía en que se mejore en un par de días, y que espera que se incorpore a su puesto totalmente recuperado.
- O sea que, si se lo traga, pensará que dispone de dos días antes de que comencemos a sospechar —dedujo Albuena.
- Así es. Eso solo servirá para que se confíe, pero…
- ¿Ha dado algún resultado el registro de sus dependencias en el Ministerio? —recordó Albuena.
- Lo hemos puesto todo patas arriba, y no ha aparecido absolutamente nada fuera de lo normal.
- ¿Y su casa?
- No ha regresado por allí desde el mismo día que capturamos a Alexander Barta.
- ¿Pero aún no habéis entrado?
- Entramos anoche, pero nada —acompañó el capitán a un resoplo de derrota—. Todo lo que hemos podido averiguar es que es un tipo obsesivamente pulcro. Tiene una asistenta, pero la mujer no sabe nada.
- Supongo que le habréis pinchado el teléfono.
- Hemos revisado todas sus comunicaciones con el coronel en los últimos meses, y no hay nada sospechoso. Parece ser que la mujer se dedica a limpiar la casa y a hacerle la comida, pero nada más. Asegura que lo ha llamado porque no suele ausentarse sin avisarle, pero que hace dos días que no le responde. Nos consta que la mujer ya había llamado en varias ocasiones al Ministerio para preguntar por él.

- Bueno, nosotros bastante tenemos con proteger a esa gente, cazar a esos energúmenos es cosa vuestra.
- Por supuesto —admitió el capitán con pesar—. Te mantendré informado si hay algún avance.

Aún no había dejado el comisario el teléfono sobre la mesa cuando Silvia apareció precipitadamente, cabeceando hacia el pasillo para que la acompañaran. Ambos la siguieron a paso ligero, sorprendidos al ver que en lugar de dirigirse a su despacho enfilaba el pasillo hacia el laboratorio técnico.
- ¿Qué ocurre? —intentó frenarla el comisario.
- Hemos logrado captar en las cámaras el vehículo que recogió a Rosales y a Serrano en la autopista.
- ¿Ahí había cámaras? —se sorprendió Frízer.
- ¿Y cómo habéis averiguado de qué vehículo se trataba? —añadió el comisario, acelerando el paso para poder seguirla.
- Es el propio vehículo del coronel —repuso ella cuando alcanzaron el laboratorio—. Aunque hay algo que no encaja.
- ¿El qué? —apremió el comisario.
- Una de las cámaras ha captado el momento en que el vehículo se acerca al aparcamiento de un área de descanso, pero mejor lo veis vosotros mismos.

Silvia se adentró en el laboratorio, donde los aguardaba uno de los técnicos manejando la parafernalia, y se apartó para que el comisario se adelantara. Frízer se colocó a su lado, frente a la pantalla, y observaron con atención lo que acontecía.
- Ese es el coche —lo señaló el técnico—. Se trata de un Volkswagen Tiguan que está a nombre del coronel, matriculado hace menos de un año.
- ¿Y quién lo conduce? —preguntó Frízer.

El técnico le hizo un gesto para que tuviera paciencia, señalando la pantalla con un brazo en alto. Entonces pudieron ver que el vehículo se detenía en el arcén, donde aguardaban dos hombres, uno de ellos aparentemente herido, pues el otro lo sujetaba prácticamente en volandas para que se mantuviera en pie.
- Ambrosio Serrano apenas puede andar —advirtió el comisario.

- No me extraña —le dijo Silvia—, no sé cómo se han aventurado a sacarlo del hospital, ha sido una verdadera temeridad.
- Sin embargo, Rosales parece totalmente recuperado —festejó el comisario con sorna.
- ¿Ese es Rosales? —supuso Frízer, extrañado.
- Efectivamente, ese es nuestro amigo Rosales —confirmó Silvia con su deje más sarcástico.
- Además, parece que cuentan con más gente —lamentó el comisario al caer en la cuenta de que el conductor, que descendió rápidamente del vehículo, era de menor envergadura que el coronel, y aparentemente mucho más bajo.
- ¿No os parece extraño que lleve ese chubasquero?, con el calor que hace —observó Silvia, señalando la prenda que lucía el conductor, que le llegaba hasta más abajo de las rodillas—. ¿Se avecina lluvia? —añadió con guasa.

El técnico detuvo el vídeo en un momento en que el conductor alzaba la cabeza hacia la cámara, y acercó la imagen todo cuanto le permitió la exigua pixelación. Después de aplicarle varios filtros para intentar aclararla, se volvió para mirar al comisario, señalando el aparato que albergaba el sistema de reconocimiento facial biométrico.
- He hecho una captura como esta y la he enviado a ese terminal.
- ¿Y el resultado? —apremió el comisario.
- De momento no lo ha reconocido.
- Otro militar, sin duda —opinó el comisario—, pero eso no será un problema, el capitán García se encargará.
- ¿Y qué hacen después? —quiso saber Frízer.
- Ahora viene lo bueno —le dijo el técnico, sonriendo al imaginar la reacción del comisario cuando viera lo que iba a ocurrir. Después activó el vídeo y se apartó para que pudieran ver con comodidad lo que acontecía en la pantalla.
- Pero qué cojo… —gruñó el comisario al ver que el conductor se dirigía a la parte de atrás del vehículo, abría el maletero y, ayudado por Rosales, sacaba de él a rastras a un tipo que aparecía

maniatado, con la cabeza cubierta por lo que parecía una bolsa de tela— pero ¿quién diablos es ese tipo?
- No tenemos ni idea —reconoció el técnico—, pero lo más probable es que se trate del propietario del vehículo.
- ¿El coronel Fernández Moro? —bramó Albuena, asombrado—. A ver si podéis confirmarlo de algún modo.
- Hemos hecho un estudio biométrico del individuo, y las coincidencias, tanto en altura como complexión, son considerables —repuso el técnico, asintiendo a cabeceos.
- Ese es sin duda Ambrosio Serrano —certificó Silvia, señalando al tipo al que introducían con cuidado en la parte delantera del vehículo —, y quien le ayuda es Rosales.
- Muestra de nuevo la secuencia completa —pidió el comisario, convencido de que se les había pasado algo por alto.

El técnico asintió, y llevó la imagen hasta el momento en que se veía a dos tipos en el aparcadero del área de descanso, uno de ellos apoyado en un árbol, tambaleándose peligrosamente, y al otro sujetándolo para que no se cayera. A los pocos segundos apareció un Volkswagen Tiguan que se detuvo frente a ellos, y del que descendió una persona apresuradamente. Esta se dirigió sin dilación hacia la parte de atrás, levantó la tapa del portón e intentó sacar un bulto, pero resultaba tan pesado que Rosales tuvo que apresurarse a ayudarle. Entre ambos sacaron a rastras a un tipo maniatado con la cabeza cubierta por una especie de capucha improvisada, dejándolo recostado sobre el arcén. Después condujeron a Serrano hasta la parte delantera del vehículo y, una vez acomodado, sujetaron por los hombros al hombre amordazado y lo forzaron a subir al asiento trasero. Mientras el chófer regresaba a su puesto tras el volante, Rosales le abrochó el cinturón al rehén desde fuera y cerró la puerta de un golpe seco. Luego rodeó el vehículo a la carrera y se acomodó a su lado. El chófer esperó a que Rosales cerrara la puerta y, tras unos segundos de incertidumbre, el coche reanudó la marcha rumbo al norte.
- Estamos buscando el vehículo con las cámaras que hay por la vía, no tardaremos en dar con él —aseguró el técnico.

- Buen trabajo —le dijo el comisario, palmeándole la espalda—. Envía las imágenes al capitán García, y pídele que averigüe quién es ese tipo.
- Si en verdad se trata del coronel Fernández Moro, la cosa cambia sustancialmente —dijo Frízer.
- No adelantemos acontecimientos —lo acalló el comisario, señalando el pasillo con los ojos para que lo siguiera.

El comisario se encaminó hacia su despacho a paso ligero, dejándose caer a plomo sobre su butaca apenas cerró la puerta. Frízer iba a entrar, pero al ver que aprehendía el teléfono soltó la manija y siguió a Silvia hasta su guarida.
- ¿Qué opinas? —preguntó poco después, cuando vio que ella meneaba la cabeza hacia los lados para revelar sus dudas.
- ¿Cuántos kilómetros hay en esa vía sin una cámara de tráfico, cuántos puntos muertos? —replicó ella.
- Demasiados como para pensar que obligaron a detenerse a la ambulancia, precisamente en ese punto, por pura casualidad.
- Está claro que pretendían que supiéramos que tenían un rehén.
- Y ahora sabemos que podría tratarse del mismísimo coronel. Es evidente que esa gente no se anda con tonterías.
- Son listos —musitó ella, pensativa—. Se comunican con nosotros de ese modo. Nos hacen saber que tienen un rehén cuando ellos ya hace horas que han desaparecido.

Frízer asintió para hacerle ver que compartía su parecer, separando ambos brazos en señal de impotencia.

# 53

El comisario no paraba de lanzar miradas al teléfono, como si ese gesto pudiera apremiar la llamada que llevaba aguardando desde hacía más de media hora. En un par de ocasiones se había aventurado a cogerlo, decidido a llamar él, pero en el último instante, arrepentido, había vuelto a colgar entre suspiros de impaciencia. Ahora, con el desasosiego hostigándolo como un dolor molesto, se veía obligado a tomar una determinación más pragmática que un simple deseo, por muy ferviente que fuera. Se puso en pie y se encaminó hacia el despacho de Silvia. Allí pudo ver al inspector Frízer, atento a uno de los paneles de control que colgaban de la pared como cuadros de museo, y que ella controlaba desde uno de los terminales.

- ¿Qué hacéis? —preguntó en un susurro, sonriendo para disculpar su irrupción al ver que ambos se habían revuelto sobresaltados, reprochándole el sigilo a gruñidos.

- Buscando el coche del coronel —le dijo Frízer, apartándose para que pudiera ver la pantalla.

- Lo más probable es que se hayan perdido en alguno de los túneles. Si dan por hecho que los vigilamos, y que hemos descubierto en qué coche viajan, intentarán cambiar de vehículo, y ¿qué mejor lugar que uno de esos túneles?

- Querían que supiéramos que iban en ese coche, y que tenían al coronel como rehén, por eso se detuvieron bajo la cámara, de otro modo podrían haber recogido a Varela y a Serrano en cualquier otra parte —discrepó Frízer.

Silvia soltó un resoplo y se revolvió, cruzada de brazos en gesto de hastío.

- ¿Qué? —gruñó el comisario, sorprendido al ver que meneaba la cabeza como quien reprocha la ingenuidad de unos niños.

- A mí no me engañan —replicó ella, enfurruñada.

- ¿No crees que se trate del coronel Fernández? —supuso Albuena.

- Por supuesto que sí, ¿quién iba a ser si no?, pero no creo que sea un rehén, más bien pienso que todo es un montaje para salir airoso

del lío en el que se ha metido.

Albuena y Frízer compartieron una mirada de contrariedad, y se quedaron pensando. Poco después, el comisario señalaba la pantalla en la que se encontraba congelada la imagen del vehículo en el momento en que el chófer alzaba la cabeza hacia la cámara.

- El capitán García continúa sin llamar —dijo, cabeceando casi imperceptiblemente hacia Silvia para animarla a compartir su teoría.

- Si el coronel se hace pasar por un rehén, Varela podría intercambiarlo por las claves que dan acceso al dinero —planteó ella.

- Es inteligente, y factible —asintió Frízer al ver que el comisario conformaba un gesto de duda—. Varela se hace con la pasta y el coronel queda con las manos libres para despejarles después el camino y repartirse el dinero.

- Voy a llamar al capitán García, tiene que saber eso, además, la identidad del conductor es importante.

Albuena aguardó a que ambos asintieran, y después rebuscó en la agenda el número personal del capitán.

- ¿Qué hay?, comisario —respondió García de inmediato.

- ¿Habéis podido averiguar algo sobre ese tipo, el que conduce el vehículo del coronel?

- Todo lo que sabemos es que ese sicario no es de los nuestros, y muy probablemente no haya pertenecido al Ejército —aseguró con rotundidad.

- ¿Y quién es entonces?

- Aún estamos en ello, por eso no te llamaba todavía, pero lo más probable es que se trate de otro venezolano. Barajamos la posibilidad de que llevara el rostro cubierto por una máscara de látex, si eso es así, identificarlo va a resultar prácticamente imposible.

- ¿Y no le habéis preguntado a los que capturasteis?, puede que esos tipos sepan algo.

- Ya les hemos mostrado las imágenes, pero no lo reconocen, además, aseguran que con ellos no había nadie más, aunque eso no quiere decir nada, Varela podría haber contratado a otros sicarios sin

compartir la información. Lo único cierto es que ahora tenemos en juego a un tipo que antes no entraba en la ecuación.
- ¿Y ese chubasquero que lleva, qué crees que puede ocultar?
- Armas, naturalmente —repuso el capitán sin dudar—. Debajo de ese poncho llevará un G36[33] o algo parecido.
- Entiendo —musitó el comisario—. La inspectora Rodríguez tiene una teoría interesante, piensa que todo es un montaje urdido por el coronel para salir airoso del lío en el que se encuentra.
- ¿Canjearse a sí mismo por el contable? —supuso el capitán, dando a entender que ya había barajado esa posibilidad.
- Más que canjearse por el contable, por la información que buscan.
- El acceso a las cuentas —se avino García.
- Si eso es así, y damos por hecho que el coronel no se encuentra en peligro, ¿qué podríamos hacer para desenmascararlo?
- Es complicado —acompañó el capitán a un chasquido de la lengua —. Si nos equivocamos, el coronel podría salir malparado, y no quiero ni imaginar la reacción del ministro, no olvides que son buenos amigos, y que fue él quien lo puso a cargo de la investigación.
- ¿Y si no nos equivocamos? —insistió el comisario, que ya comenzaba a albergar la sospecha de que el coronel estaba implicado.
- Tarde o temprano esa gente irá a por Casadiego. Lo único que podemos hacer es aguardar a que muevan ficha, y entretanto procurar que a ese hombre no le pase nada, y no solo por él, sino porque el ministro está afianzado en recuperar el dinero, y ahora también he sabido que van a intentar recuperar el Tiger.
- Bueno, eso no es de extrañar, aparte de su valor, no se puede dejar un aparato así en manos de terroristas.
- La operación es inminente, y el ministro me ha comprometido, o sea que voy a tener que dejar en tus manos la protección del contable. Por cierto, por las claves no debes preocuparte, Casadiego ya las ha entregado.
- ¿Quieres decir que todo el dinero está ya en manos de Defensa?

- Así es, pero es confidencial, de momento solo lo sabemos nosotros, y el ministro, naturalmente, además de una persona de su confianza que se encarga de esas cosas, ya sabes, los presupuestos del Departamento, las relaciones con Hacienda, etc. Ya hemos hablado de ello con tu superior, y los Ministerios implicados están en contacto. Doy por hecho que te informarán en el transcurso de la mañana.
- ¿Debería darte la enhorabuena?
- Más bien al contrario. No sé por qué tengo la sensación de que quieren quitarme de en medio —dijo entre risas.
- Un saludo, y suerte —se despidió Albuena.

El comisario se guardó el teléfono, y se quedó mirando a Frízer, sonriendo como un chiquillo. Silvia intuyó la chanza, y se dio media vuelta para continuar con su trabajo, poco interesada en lo que supuso se iba a convertir en la vieja costumbre masculina de convertir cualquier cosa en una competición. Pero Albuena era perro viejo, y supo al instante qué pasaba por su cabeza.
- Van a dejar el asunto en nuestras manos —le dijo, riendo al ver que combaba las cejas, enfurruñando los labios con desconfianza.
- ¿Qué te ha dicho? —preguntó suspicaz, mirando a Frízer para ver si él había intuido de qué iba la cosa.
- Vamos a tener carta blanca, ya lo han hablado ahí arriba —insistió el comisario, señalando hacia el techo con un dedo.
- ¿Y eso qué significa? —quiso saber Frízer.
- Supongo que dispondremos de cuantos medios precisemos, además de poder actuar sin depender ni estar pendiente de lo que hagan otros departamentos. Ahora, todos los movimientos los coordinaremos nosotros, sin rendir cuentas a Defensa ni bregar con sus injerencias.
- Entonces, ¿dan por hecho que el coronel Fernández Moro está implicado?
- Yo no tengo la menor duda —intervino Silvia al ver que el comisario meneaba la cabeza, vacilante.
- Y bien, ¿qué quieres que hagamos? —preguntó Frízer.

- Quiero que vayáis a ver a Casadiego y le propongáis un intercambio de rehenes.
- Mejor se lo propones tú mismo —le dijo Silvia—, ¿o es que no vas a traerlo a la comisaría?
- Es cierto —la secundó Frízer al ver que el comisario conformaba un gesto de duda—, aquí es donde mejor podemos protegerlo.

El comisario se quedó pensando, hasta que vio que aguardaban su respuesta con impaciencia, y meneó la cabeza hacia los lados, alzando ambas manos en gesto de calma.
- Primero vamos a esperar a ver si se ponen en contacto de algún modo. Entonces sabremos si el rehén es en realidad el coronel.

Frízer iba a replicarle en el momento en que su teléfono comenzó a vibrar para indicarle la entrada de un nuevo mensaje, y rescató el teléfono rápidamente del bolsillo. Al ver que el icono resaltado era el de Telegram, el corazón le dio un vuelco, más aún cuando abrió la aplicación y pudo ver que el mensaje había llegado desde el grupo *Muerte*.

# 54

El comisario no se sorprendió cuando Frízer le mostró el mensaje que acababa de recibir por Telegram. Apartó la vista de la pantalla y la posó en su rostro, observándolo con una leve sonrisilla que, aunque apenas le fruncía los labios, delataba su satisfacción, ya que aquella advertencia explícita: «Si no se atendían sus demandas, el coronel pagaría las consecuencias», venía a exonerar al militar de cualquier implicación en la trama.

- Lo acompaña un vídeo —advirtió Frízer al ver que entraba un nuevo mensaje.

- A ver —urgió a manoteos para que se lo mostrara.

Frízer dejó el móvil sobre la mesa y activó el reproductor. La luz azulada de la pantalla les endureció los rasgos mientras observaban en silencio, con la atención clavada en cada fotograma. Cuando el vídeo se interrumpió sin llegar a mostrar las imágenes grotescas que ambos esperaban, el alivio fue inmediato. Este llegó en forma de suspiro contenido, casi avergonzado, como si celebrar aquella ausencia resultara indecente. Poco después, tras compartir una mirada, el comisario volvió a reproducir la grabación. Al principio dejó asomar una mueca ladeada, próxima a la ironía, el gesto improvisado que le provocó la visión del comandante maniatado, inmóvil en la silla. Pero la expresión se le descompuso enseguida. El rostro del hombre ocupaba ahora el centro de la imagen. Presentaba los ojos enrojecidos, los párpados pesados, y tenía la boca entreabierta en una respiración cansina. No había sangre ni golpes visibles, y aun así el desgaste era innegable, como si el cuerpo hubiese sido forzado a aguantar algo prolongado y silencioso, la tortura sutil que supone la certeza de lo que vendrá después, la inminencia de lo físico. Entonces apareció el encapuchado, que surgió desde fuera de campo, como una escenificación improvisada, y el cuchillo militar brilló un instante antes de posarse contra la garganta del coronel. Lo dejó ahí, apoyado pero sin presionarlo, con una calma inquietante. La imagen se congeló justo en ese punto, fijando la amenaza en la pantalla como una advertencia muda que

tardó en desaparecer lo que ellos tardaron en elevar sus miradas de la pantalla para compartir un momento de angustia.

- Es Rosales —susurró el comisario.

- No sé por qué se molesta en colocarse una capucha, si ya sabe que vamos a identificarlo.

- Supongo que para darle más dramatismo —acompañó el comisario a un resoplo sarcástico.

- Vamos a tener que requisarle el teléfono a Mateo Alería —dijo Frízer—. Rosales lo incluyó en el grupo, tiene acceso a todos los mensajes.

- Lo que nos faltaba —gruñó el comisario, asintiendo al tiempo que señalaba el teléfono para que se apresurara a llamarlo—. Adviértele de que no abra los mensajes. ¡No! —se desdijo de inmediato—. Mejor llamo a la patrulla que vigila su casa.

Albuena llamó al equipo de vigilancia apostado en las inmediaciones de la casa de Fuentelarreina, y ordenó que se requisara el teléfono de Mateo Alería. Cuando logró hacerse entender, se mantuvo a la espera, tamborileando los dedos sobre la mesa con impaciencia. Frízer intuyó que el asunto iría para largo, incluso imaginó que los agentes regresarían de vacío para decirle al comisario que sin una orden judicial no estaba dispuesto a desprenderse de su teléfono, y se dejó caer sobre la silla para llamar a Mateo Alería con la intención de hacerlo entrar en razón, pero en el momento que cogía el aparato entró un nuevo mensaje, y se apresuró a abrirlo. Cuando lo leyó, el rostro se le quedó petrificado, con los ojos abiertos de par en par, como si algo de lo que acababa de leer pudiera detener el mundo. El comisario observó enseguida que sus labios, entreabiertos en una mueca congelada, se apretaban poco a poco en una rigidez involuntaria, una señal que indicaba a las claras que aquello no auguraba nada bueno.

- Nos dan veinticuatro horas de plazo —le dijo al ver que reclamaba con un gesto imperioso una explicación a aquella reacción inesperada, mirándolo con inquietud—. Pasado ese tiempo comenzarán a cortarle un dedo cada hora.

- Veinticuatro horas ¿para qué?

- Para que Casadiego se entregue.
- Bueno, no hay de qué preocuparse —lo calmó el comisario, aspavientando el aire para quitarle importancia—, se trata de un farol, claramente, además, como dice Silvia, lo más probable es que todo sea un montaje, y que el coronel esté con ellos.
- Van a retransmitir en directo las amputaciones —le dijo Frízer, mostrándole el teléfono para que pudiera ver que no hacía sino repetir las palabras que había puesto Rosales.

El comisario se llevó las manos a la cabeza, aunque luego asintió, poniendo de manifiesto que asumía que era algo que se podía esperar de esa gente.
- Voy a tener que llamar al director general para que hable él con el ministro, tienen que saber esto, no se nos vaya a ir de las manos.
- Con quien tienes que hablar es con Casadiego, él es el único que tiene en su mano parar esto.

El comisario se quedó pensando, pero cuando tomó una decisión advirtió que tenía a la espera al operativo de Fuentelarreina, y soltó un bufido.
- ¿Qué cojones estará haciendo esta gente? —gruñó con impaciencia.
- Lo más probable es que estén intentando convencer a Mateo Alería de que les entregue el teléfono, ¿o es que piensas que lo va a entregar alegremente?

Al ver que el comisario comenzaba a perder la paciencia, volvió a dejar su teléfono sobre la mesa, ladeando la pantalla para que pudiera ver de nuevo el video, que reprodujo a cámara lenta.
- La silla sobre la que descansa el coronel es de plástico, blanca, una más de las miles que hay por todas las terrazas —le hizo ver para que se centrara en los detalles.
- Y el lugar es sin duda el patio trasero de una vieja casa. Esas paredes, enlucidas de cal, y el suelo, embaldosado con porcelana de terracota, son muy habituales por aquí —refunfuñó el comisario con desesperanza.
- Las macetas también son de terracota, y las flores están bien cuidadas.

Aquella afirmación llevó la atención del comisario hacia unas hiedras que trepaban hasta el canalón del tejadillo, situado a menos de tres metros de altura, en donde no pudo encontrar nada que pudiera llevarlos a sospechar siquiera dónde podría haberse realizado la grabación.

- Señor —irrumpió al fin uno de los agentes—, le paso al señor Alería.

- Comisario, he borrado el Telegram de mi teléfono, no debe preocuparse. Además, esa gente ya sabe por la propia aplicación que no puedo leer los mensajes —le dijo Mateo Alería a la carrera.

El comisario aceptó a regañadientes, aunque se despidió cortésmente al ver que Frízer le indicaba a cabeceos que la aplicación le decía que, tal y como Mateo Alería aseguraba, el contacto ya no estaba disponible.

- ¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Frízer al ver que se disponía a llamar de nuevo.

- Voy a pedir a la patrulla que traiga aquí a Casadiego. Si llegado el momento hay que negociar con esa gente, ese tipo nos va a hacer falta. Aunque antes deberíamos averiguar cuánto dinero quieren exactamente.

- ¿Y cómo vas a hacer eso, piensas preguntarles? —se extrañó Frízer.

El comisario no respondió, aunque asintió, señalándole el teléfono. Frízer lo desbloqueó, mirándolo con una mezcla de expectación y preocupación al ver que sonreía con picardía, un gesto que repetía cada vez que tenía una ocurrencia impulsiva. Pese a la falta de razonamiento, y como a él tampoco se le ocurría nada, abrió la aplicación de mensajería y cabeceó para que le redactara el mensaje.

- Hemos podido hablar con Iván Casadiego, y está dispuesto a entregaros el dinero, pero siempre que la integridad del coronel esté a salvo, de lo contrario no veréis un céntimo. He consultado al ministro…

- ¿Al ministro? —rezongó Frízer—. Se supone que soy yo quien está redactando el mensaje.

- Es cierto, tienes razón —reculó el comisario—. He consultado a mis superiores y están de acuerdo en facilitaros una salida, pero ellos también insisten en que si al coronel le ocurre algo, no habrá negociación alguna.
- ¿Eso es todo? —dijo Frízer con guasa, atento a un gesto para enviarlo.

Frízer pulsó el icono y el mensaje fue enviado. Ambos colocaron sus testas sobre la pantalla, agitados al ver que el mensaje había sido abierto, y que se estaba escribiendo una respuesta. Esta llegó tras unos segundos de incertidumbre.
- ¡Qué cabrón! —dejó escapar el comisario al ver que Rosales decía que ya solo les quedaban veintitrés horas y cincuenta minutos—. Dile que solo disponen de veintitrés horas y cincuenta minutos para obtener el dinero… no, mejor dile para obtener los diez millones, a ver cómo reacciona.

Frízer escribió el mensaje y lo envió. Ambos permanecieron absortos en la pantalla durante varios minutos, hasta que entendieron que en esa ocasión no iban a obtener respuesta.
- Señor —irrumpió en el despacho uno de los agentes de la brigada, tendiéndole un sobre acolchado de tamaño medio.
- ¿Qué ocurre? —gruñó Albuena, alargando un brazo para cogerlo.
- Acaban de traerlo, lo envían del Ministerio de Defensa.
- ¡Oh!, estupendo, gracias.

Albuena lo despachó sutilmente con un gesto de los ojos y, en cuanto la puerta se hubo cerrado de nuevo, vació el contenido sobre la mesa. Sorprendido al ver que solo contenía un móvil, metió la mano en el sobre en busca de alguna nota que aclarara qué era aquello. No tardó en encontrar un papel impreso, sin membrete ni garabato alguno.
- ¿Qué dice? —se vio obligado a preguntar Frízer al ver que, tras echarle una ojeada, se limitaba a sonreír como un tonto.
- Que es el teléfono del piloto, y que en la memoria están registradas todas las llamadas. También ha enviado una serie de frases y palabras que se repiten regularmente en sus comunicaciones —respondió, ofreciéndole el papel—. Espero que

sirvan para que no recelen si nos vemos obligados a responder a algún mensaje.
- ¿Piensas enviar un mensaje a alguno de los contactos?
- El capitán me aseguró que habían localizado todas las llamadas registradas desde este terminal —repuso Albuena, negando con la cabeza—, y ninguna es trascendente. Sin embargo…
- ¿Las que se registraron en el Ministerio? —supuso Frízer.
- Así es —confirmó, mostrándole el número, que aparecía resaltado en negrita al final de la hoja—. Este es el que importa, aunque, de momento, prefiero guardarme esa carta. Lo mismo tenemos suerte y alguien acaba llamando.
- Habrá que vigilar que no se quede sin batería, además, si se bloqueara…
- No sé cómo diablos lo han hecho, pero mira —dijo el comisario, señalando un punto en el papel en el que aparecían varios números —. Tenemos todas las claves de acceso. —Después metió el móvil y la hoja de papel en el sobre y se lo tendió—. Llévalo al laboratorio.
- ¡Mark! —se oyó gritar a Silvia desde el pasillo, haciendo que ambos se revolvieran hacia la entrada en el momento en que ella irrumpía en el despacho—. La emisión del programa de televisión comienza a dar resultados —anunció con una bullanga impropia de ella, celebrando la circunstancia con un festivo braceo.
- ¿Los ha visto alguien? —intuyó el comisario, mirando a Frízer con entusiasmo al ver que Silvia asentía.
- Un tipo que paseaba a un perro vio a unos tipos que coinciden con la descripción.
- ¿Dónde fue eso? —preguntó Frízer cuando ya corría tras ella por el pasillo.
- En Getafe —respondió ella, volviéndose para mirarlo—, pero de eso hace ya varias horas.

Silvia se sobresaltó al ver que el comisario había acudido tras ellos, y se apartó para que pasara a su despacho antes de entrar, pero el comisario no estaba para deferencias protocolarias, y la catapultó de un empujón hacia adentro, llevando la mirada de inmediato hacia los terminales, en los que se mostraba un aparcamiento al aire libre.

- Son imágenes diferidas —le dijo ella—, de hace unas seis horas.
- Voy a enviar el vídeo del coronel al laboratorio para que analicen las imágenes, a ver si hay suerte y podemos averiguar dónde lo grabaron —dijo Frízer, mostrándole el teléfono al comisario para ver si lo aprobaba.
- Sí, claro —accedió Albuena, sin apartar la vista de la pantalla.

Silvia se acomodó ante su terminal, y señaló un punto en el que se podía apreciar con claridad la parte de atrás de un Volkswagen Tiguan, así como la matrícula, perfectamente legible.
- Es el coche del coronel, la matrícula coincide.
- Hay que enviar de inmediato a un equipo de la Científica —urgió el comisario, revolviéndose nervioso.
- Tranquilo, ya están en ello —lo calmó Silvia.
- ¿Te has encargado? —dedujo asombrado.
- No, han sido los de Getafe.

Silvia señaló una silla para que se sentara, y se acomodó ella ante su terminal, girándose para mirarlo, aunque antes de abrir la boca aguardó a que Frízer acabara de notificar a los del laboratorio lo que pretendía que hicieran con el vídeo. Cuando él se dio cuenta de que lo miraban, se guardó el teléfono rápidamente, sonriendo para disculparse.
- ¿Quién ha llamado a los de Getafe? —preguntó el comisario, receloso de que involucraran a más gente.
- El tipo que creyó ver a los sospechosos llamó a emergencias —le respondió Silvia—. Supongo que ellos llamarían a Getafe, y estos nos han llamado a nosotros.
- Bien, que revisen el vehículo de arriba abajo, a ver si podemos confirmar la identidad de esa gente.
- ¿Dónde se encuentra el vehículo, había alguna cámara de seguridad por allí? —preguntó Frízer.
- Se trata de un aparcamiento público, aledaño a la estación del tren. Veo que aquí pone Sector 3, supongo que será una estación de cercanías. Está situado entre la carretera del cementerio y el camino viejo de Toledo —fue señalándoles en la pantalla, sobre la que trazaba líneas con un dedo.

- ¿Y cámaras? —insistió el comisario.
- Los de Getafe están en ello, pero lo más probable es que esa gente dejara el coche allí porque sabían que en ese punto no había cámaras.
- Lo que no imaginaban era que la gente es muy chismosa, y tiene perros —bromeó Frízer.
- ¿Piensas que pudieron coger un tren?
- En la estación hay cámaras, muchas, y también en el tren —negó ella.
- Además, se habrían arriesgado mucho a que alguien los reconociera —se avino el comisario—, ten en cuenta que sus rostros han salido en todos los telediarios—. Al ver que Frízer conformaba un gesto de asombro, sonrió con picardía antes de confesar—: el capitán García se encargó de que la noticia se anunciara en todas las cadenas, incluso las regionales. A estas alturas no debe de haber nadie en el país que no le haya visto la jeta a esos tipos.
- De todos modos, si tenían otro vehículo aguardándolos en el aparcamiento, podrían estar ya a cientos de kilómetros de distancia.
- ¡Quién sabe!, lo mismo el patio del vídeo está en Córdoba, flores no le faltan —ironizó el comisario, que se revolvió sobre sí mismo con alarma al recordar algo.
- Bueno, aún disponemos de veintitrés horas y cuarenta minutos —lo secundó Frízer, haciendo que Silvia le dedicara una mirada inquiridora que él se apresuró a apaciguar con un gesto de calma.
- Bien, voy a pedir que traigan a Casadiego.

El comisario abandonó el despacho, dejando a Silvia y a Frízer meditabundos, observando la pantalla sin saber qué hacer. Al rato, Silvia reparó en el sobre que Frízer llevaba en las manos, y lo señaló con los ojos.

- Es el móvil del piloto —le dijo—. El capitán García ha tenido a bien enviárnoslo, ahora iba a llevarlo al laboratorio.
- ¿Para qué? —rechazó ella, negando con insistencia al ver su cara de asombro—. Ese móvil tiene que estar aquí, por si llamara alguien —adujo, alzando una mano para que le entregara el sobre.

Frízer cogió el papel, y dejó el sobre en sus manos. Silvia sacó el móvil y le echó una ojeada, arrugando los labios en gesto de desdén al ver que tanto el dorso como la pantalla se encontraban completamente rallados. Lo dejó sobre la mesa con un mohín de repulsa, y llevó la mirada hacia los ojos de Frízer.

- En las comunicaciones se repiten estas palabras —le dijo él, mostrándole el papel—. Debemos estudiar esta jerga, porque si tuviéramos que responder a algún mensaje… cualquier expresión extraña los haría desconfiar.

- ¿Y por qué no habéis probado todavía?

- Acaban de enviarnos el teléfono, además, ¿a quién íbamos a llamar?

- ¿Y ese número resaltado? —insistió ella, señalándoselo.

- Es la línea que se encontraba en el Ministerio cuando recibió las llamadas, pero se trata de un número al que han podido tener acceso varias personas, incluso la oficina del ministro.

- El coronel —aseguró ella, mirándolo con gravedad para recalcar su postura con respecto a ese tipo.

- Podría ser —adujo él, sin ánimo de comprometerse, pues después de ver el vídeo ya no tenía tan claro que ese tipo pudiera estar implicado en unos asuntos tan turbios—. De todos modos, mañana a estas horas lo sabremos, a no ser que Casadiego les entregue antes las claves.

- ¿Por qué mañana a estas horas?

- Es el tiempo que nos ha dado Rosales para comenzar a amputar los dedos al coronel si Casadiego no le entrega las claves, y ha asegurado que lo hará en directo.

Silvia soltó un refunfuño al entender lo que le decía. Después, tras unos segundos de cavilación, aferró el teléfono del piloto y se lo ofreció, animándolo a que llamara.

- A quien sea, alguno de esos números tiene que ser el de Rosales —insistió al ver que él encogía los hombros en gesto de duda.

- Está bien —capituló él, que, pese a que soltó un resoplo de hastío, se dispuso a rebuscar en el registro el número que más se repitiera.

- Ese —dijo ella al ver que Frízer se detenía en uno de los números, a quien el piloto había llamado en varias ocasiones, recibiendo además varias respuestas.
- Antes debemos ir al laboratorio para que registren la línea, si no, ¿cómo vamos a saber desde dónde nos responden?

Silvia asintió a la evidencia, y le señaló el pasillo con un gesto enérgico. Ambos se dirigieron entonces al laboratorio, donde encontraron a varios técnicos atareados en las imágenes del aparcamiento y la estación ferroviaria de Getafe. Frízer se acercó a uno de ellos, ofreciéndole el teléfono.

- Vamos a hacer una llamada desde este terminal a uno de los números con los que ha registrado llamadas anteriormente. Si responden tenemos que localizarlos —le dijo.

El joven asintió con suficiencia, y le arrebató el teléfono de la mano para conectarlo a uno de los muchos cables que había sueltos por la encimera de trabajo. Después señaló la pantalla en la que iba a trabajar. Unos cliqueos rápidos bastaron para que el sistema comenzara a desentrañar lo que había en las tripas del aparato, no mucho a juzgar por la premura en que se resolvió todo y el gesto de extrañeza del técnico.

- Está prácticamente vacío —aseguró—, ni videos ni fotografías.
- ¿Quiere eso decir que nunca las tuvo? —preguntó Silvia.
- No, eso quiere decir que las han borrado, además recientemente, porque la cámara se ha utilizado en... exactamente… tres mil ciento dieciséis ocasiones desde el último formateo.
- ¿Y cómo cojones puedes saber eso? —preguntó Frízer, asombrado.
- La cámara numera las fotografías, basta con sacar una foto y ver qué número se le asigna. —El técnico sacó una foto y entró en el apartado de propiedades de la imagen—. ¿Ves?, es la tres mil ciento diecisiete.
- Han sido esos cabrones, ya sabía yo que no podíamos fiarnos —le susurró ella a Frízer.
- Nos han pasado los números, eso es suficiente.

Frízer dudó a qué número llamar, o si enviarle un mensaje, pero el técnico disipó sus dudas, señalándole el teclado. Tecleó el número,

que fue apareciendo en uno de los terminales en los que se mostraba un mapa del barrio. Este se amplió de inmediato apenas comenzaron los tonos de la señal, mostrando un territorio circular de alrededor de doscientos kilómetros, con epicentro en Madrid.

- Ahí está la antena que está enviando nuestra señal —dijo el técnico, señalando un punto parpadeante en la pantalla, distante apenas trescientos metros de donde ellos se encontraban—. Si alguien responde, sabremos de inmediato a qué antena se dirige la señal. —Poco después giró la cabeza para mirarlos, y conformó un gesto de derrota—. Lo siento, la línea no se encuentra operativa.

- Prueba con otro número —lo animó Silvia.

El técnico miró a Frízer y, al ver que él se encogía de hombros, marcó el primero que aparecía en la lista. Todos se tensaron cuando comenzaron a sonar los tonos de la señal, mirando fijamente la pantalla al ver que el mapa que se configuraba se iba ampliando. Tras quince tonos sin respuesta, la comunicación se cortó, y todos se desinflaron, rumiando el fracaso con hondos suspiros.

- Envíale un mensaje —propuso Silvia—. Dile que necesita un equipo de evacuación, sin más detalles.

Frízer asintió, señalando el teclado para que el técnico procediera. Cuando el SMS estuvo enviado, todos contuvieron la respiración, como si la respuesta pudiera llegar a tiempo antes de quedarse sin aire. La providencia quiso que así fuera, pues en unos segundos llegó un mensaje en el que se decía que se dirigiera al punto de encuentro en una hora.

- Dile que no tiene modo de desplazarse, que han de recogerlo, que se encuentra herido —insistió ella a los reniegos de Frízer.

- ¿Y a dónde vamos a decirles que pasen a recogerlo? —replicó él, conteniendo el enojo que le provocaba su ineficacia.

Silvia se quedó pensando, hasta que se dio cuenta de que aguardaban una respuesta, y señaló el teclado con decisión.

- Dile que está a las puertas del Gómez Hulla —se le ocurrió, pensando que sería un lugar apropiado para darle caza.

- Está bien —accedió Frízer, cabeceando al técnico para que obedeciera.

El joven redactó el mensaje y lo envió.

Apenas dos minutos más tarde llegó otro mensaje en el que se decía: «Un taxi pasará a recogerte en quince minutos, pídele que te lleve al punto de encuentro».

- Es imposible —renegó Frízer—. Esos tipos saben lo que hacen, no van a caer en una trampa tan ridícula.

- Bueno, al menos sabemos desde dónde responden, ¿no? —replicó ella, mirando al técnico para que lo corroborara.

El joven asintió, encogiéndose de hombros con despreocupación, aunque afanándose de inmediato a la tarea.

Unos segundos después se revolvía para mirarlos, señalando la pantalla al tiempo que soltaba un resoplo de apatía.

- La línea va de una antena a otra como una pelota de pimpón, saben lo que hacen —dijo, mirando a Frízer para darle la razón—. Podríamos averiguar dónde se encuentra en realidad, pero tardaríamos horas. Para entonces podría haberse trasladado a cualquier parte, además, bastaría una nueva respuesta para comenzar desde cero. Si no permanece en el mismo lugar durante unas horas, es imposible, y, aun así, localizarlo en una zona muy concurrida resultaría una odisea.

- Prueba a llamar a otro de los números, quién sabe, quizás haya suerte —insistió ella.

- Prueba con este —le pidió Frízer, señalándoselo en el papel.

El joven procedió, aunque sin mucho convencimiento, por eso, cuando vio que al tercer tono de llamada se oía una voz masculina saludando al propietario del teléfono por su nombre, brincó con sobresalto. Frízer alzó una mano para que nadie respondiera, y permanecieron en silencio a la escucha, hasta que la línea se cortó.

- ¿Puedes localizarla? —preguntó Frízer.

El técnico asintió, y se puso a la faena. Un minuto más tarde señalaba un punto en el mapa, apartándose para que lo vieran.

- ¿Pero qué cojones…? —gruñó al ver que señalaba un punto al norte de Alaska, cercano a la frontera rusa.

- Han desviado la llamada para que no pueda ser localizada, es relativamente fácil si tienen medios.

- ¿Y quién tiene medios para hacer eso?
- Defensa, por supuesto —respondió el técnico, enarcando las cejas con guasa al ver su gesto de asombro.
- Esa llamada se ha realizado desde el mismísimo Ministerio —gruñó Silvia.
- Y el coronel no está ahora allí —le hizo ver Frízer.
- Joder —musitó ella al caer en la cuenta de lo que insinuaba—. Si eso es así, hay más gente implicada.

# 55

El comisario sintió un mal pálpito cuando vio que tenía una llamada de un número protegido. Tras un momento de indecisión, se lanzó al teléfono y marcó rápidamente la tecla que lo ponía en contacto con el laboratorio, pidiendo enérgicamente que intentaran localizar la llamada en cuanto obtuvo respuesta. La contestación asertiva que esperaba apenas se demoró dos segundos, el tiempo que el técnico tardó en entender qué le pedía. Entonces dio paso a la llamada, erguido como una estatua, convencido de que iba a hablar con el tipo que tantas veces había tenido frente a él en aquel mismo despacho. Lo primero que oyó fue un leve resoplido, y después una voz familiar que poco tenía que ver con la de Rosales, un hecho que lo dejó tan desconcertado que tardó en darse cuenta de que quien le hablaba era el capitán García. Este soltó un mugido indagador al ver que no le respondía, aumentando el tono de su voz por si se trataba de un problema con la cobertura.

- ¿Capitán? —dijo al fin el comisario.

- ¡Albuena! —lo saludó entonces con entusiasmo—, tengo buenas noticias, hemos logrado recuperar el Tiger.

- ¡No jodas! —repuso el comisario con asombro, imaginando una operación relámpago de estilo cinematográfico.

- Como era de esperar, Hezbolá jamás tuvo intención alguna de comprar ese aparato, y mucho menos utilizarlo.

- Entonces, ¿quién lo tenía?

- Lo tenían ellos, pero en realidad solo hicieron de intermediarios entre el tipo que negoció la venta y un grupo terrorista de Burkina Faso que se hace llamar Ansarul Islam. Los convencieron de que se trataba de una entrega extraoficial del Ejército español, por eso se prestaron a una intermediación tan delicada, además, por supuesto, de que les iba a reportar una buena comisión, pero como los de Ansarul Islam no soltaron la pasta, se lo quedaron en prenda.

- ¿Y cómo habéis logrado recuperarlo tan pronto?

- Bueno, en realidad llevábamos negociando desde que tuvimos la certeza de que se trataba de nuestro aparato. Hezbolá decía que no

pensaban entregarlo en tanto no se les pagara la comisión acordada.
- ¿Y les habéis pagado?
- Claro que no —replicó extrañado—, ¡cómo íbamos a pagar!, simplemente se les hizo ver que la cosa era seria. Cuando han entendido que habían sido engañados, han decidido que era mejor entregarlo. Si lo han repostado ya, ahora mismo estará volando hacia la base.
- Ahora ya solo falta averiguar quién estaba al frente de esa operación.
- Los de Hezbolá nos han prometido colaboración, es cuestión de horas el que averigüemos la identidad del negociador.
- ¿No crees que pueda tratarse del coronel Fernández Moro?
- Yo he trabajado con él durante varios meses, y jamás me dio la sensación de que fuera de ese tipo de gente que se deja tentar por dinero, y mucho menos que urda una operación como esta. De todos modos, si está implicado, no puede estar solo, tiene que haber más gente por encima.
- No sé si eso me tranquiliza.
- Bueno, ese muchacho, David Alería, ya está a salvo, que es lo importante, o sea que tú ya has cumplido. Lo que puedan hacer Xaime Varela y sus compinches en adelante no es algo que pueda afectar a tu Departamento.
- Supongo que ya habrás podido ver las imágenes que nos ha enviado Rosales, bueno, Varela.
- Sí, las he visto, pero no hay nada relevante en ellas. Podrían estar en cualquier parte.
- Nos ha dado veinticuatro horas para que Casadiego se entregue, de lo contario le cortarán al coronel un dedo cada hora, además, por si sospechamos que van de farol, van a retransmitir las amputaciones en directo.
- No te preocupes, Varela no tiene la menor duda de que no llegaremos a eso, además, retransmitir en directo no es fácil, podríamos rastrear la señal, y ese tipo lo sabe.
- Voy a pedir que traigan aquí a Casadiego. En cuanto llegue le diré que les entregue las claves, así acabamos de una vez con todo esto.

- Esas claves ya no sirven para nada, las criptomonedas ya han sido negociadas, y el dinero está en una cuenta del Ministerio —repuso el capitán con enojo, aunque empleando un tonillo condescendiente, extrañado de que el comisario hubiese sido tan ingenuo como para imaginar que aquello no era prioritario.
- Entonces, ¿qué hacemos?
- Dale largas a Varela, dile que estáis intentando convencer a Casadiego, y que necesitas el visto bueno de otros mandos, hasta que se agote el plazo.
- ¿Y qué piensas hacer en ese tiempo?
- Intentar averiguar si hay alguien más arriba, alguien que pueda parar a Varela antes de que cometa una locura.
- ¿Y cómo vas a hacer eso, y además sin delatarte?
- Tengo el teléfono del piloto, ahí es donde está la clave.
- Pero si el teléfono lo tenemos nosotros.
- Bueno, tú tienes el aparato, pero nosotros nos guardamos copia de los datos que contenía.
- Por supuesto —repuso con sarcasmo.

El comisario iba a decirle que ya habían llamado a alguno de los números que figuraban en la agenda del piloto, pero el capitán se le adelantó.

- Hemos podido leer los mensajes que enviasteis —le dijo.
- Debí imaginarlo —gruñó Albuena, haciendo que el capitán soltara una carcajada—. En uno de los números obtuvimos respuesta. Era la voz de un hombre, y reconoció el número del llamante, lo refirió por su nombre. Intentamos localizar la llamada, pero la habían desviado a repetidores de Alaska.
- Es una de las tres líneas del Ministerio —tuvo que reconocer el capitán, por eso te llamo yo desde este teléfono.
- ¿Quieres decirme que fueron vuestros técnicos los que respondieron?
- No, pero quien respondió estaba en las inmediaciones del Ministerio. Solo dijo tres palabras, poca cosa, pero quién sabe… los técnicos están en ello.

- En fin, ya no entiendo nada —refunfuñó el comisario, suspirando con apatía—. Bueno, García, te dejo, que tengo otra llamada.
- Estaremos en contacto —dijo el capitán antes de colgar.
- ¿Qué ocurre? —voceó el comisario cuando dio paso a la nueva llamada, molesto por la insistencia, pese a que la extensión que figuraba en la pantalla era la del laboratorio técnico.
- Señor, ya hemos identificado la llamada, procede del Ministerio de Defensa.
- Lo imaginaba —repuso el comisario, colgando entre risas.

Albuena se puso en pie y se dirigió al despacho de Frízer, que se encontraba al teléfono. El inspector tapó el micrófono con la mano, y se quedó mirándolo, pero el comisario se limitó a hacerle un gesto para hacerle ver que no tenía prisa. Se dejó caer sobre una silla, y permaneció escuchando la conversación que Frízer mantenía con su hermano.

- ¿Ya se marcha? — preguntó cuando Frízer se despidió de Paul.
- Todavía estará aquí unos días más, pero ya está mirando lo de los billetes. Quiere coger un trasbordador en Valencia, pero yo prefiero que vaya en avión desde aquí.
- Espero que no se vaya sin despedirse.
- No te preocupes por eso, aún tendréis que aguantarlo por aquí en más de una ocasión, además, Silvia me mataría.

El comisario curvó los labios, y se quedó mirándolo. Cuando Frízer se dio cuenta de que era observado, alzó la vista hacia él pensando que quería decirle algo, pero al ver que no abría la boca supuso que esperaba respuesta a alguna cuestión que le hubiera planteado, y recapituló lo hablado en busca de algo que le hubiera pasado desapercibido, o que le hubiera ordenado anteriormente. La indagación resultó tan infructuosa que encogió ambos hombros en gesto inquiridor, sonriendo abiertamente al comprobar que se encontraba sumido en una introspección que le había congelado todos los sentidos.

- ¿Ocurre algo? —le dijo, apartándolo tan bruscamente del repentino vahído que hasta dio un cómico repullo.

- Ah, no, nada —trastabilló en un susurro instintivo—, estaba pensando en tu hermano. —Después soltó un largo suspiro, y sentenció sonriente—: Será un buen detective.
- Eso espero —repuso Frízer, alzando ambas cejas en gesto burlón.
- Deberías irte con él y pasar unos días con tu familia —le propuso —. En cuanto pase todo esto dispondrás de unos días libres, os lo habéis ganado, tú y Silvia —apostilló, reafirmándose a cabeceos al ver su gesto de asombro.
- Te tomo la palabra —le dijo Frízer, procurando contener su entusiasmo.
- En fin —El comisario se puso en pie lentamente—, vámonos a comer, que ya va siendo hora.

Albuena abandonó el despacho, pero cuando ya estaba en el pasillo se dio la vuelta, y se quedó mirándolo bajo el quicio.
- El helicóptero vuela en este momento hacia la base española, Hezbolá lo ha entregado.
- Bueno, eso está bien, pero de poco nos sirve —repuso Frízer, pese a que el brillo de sus ojos reveló una emoción contenida.
- Algo es algo —musitó el comisario—. Además, Casadiego ha entregado el dinero, ya está todo en manos de Defensa.

Dicho aquello enfiló el pasillo entre risas al ver la cara que le había dejado al inspector, que lo vio marchar enfurruñado.

Frízer no supo qué hacer, pero le bastó echar un vistazo al reloj para entender que el comisario tenía razón, y que ya se había hecho tarde. Acudió al despacho de Silvia para despedirse, pero allí solo encontró a García, que parecía no tener vida propia, pues siempre era el último en marcharse.
- Se ha ido ya, vino su marido a buscarla porque iban a comer en la piscina con los niños —le dijo, colocándose el dorso de la mano sobre la boca para hacer de la confidencia una chuscada.
- ¿Y se ha marchado sin despedirse?
- Te habrá visto reunido con el comisario.

Frízer se encogió de hombros, dando a entender que era la hipótesis más razonable, y alzó una mano tímidamente. Después se encaminó hacia el ascensor, dirimiendo si llamar a su hermano para

proponerle comer fuera, de modo que fuera preparándose. Y así lo decidió, aunque postergó la llamada a cuando estuviera en el coche. Luego, acomodado ya tras el volante, viendo el calor que hacía, pensó que era mejor disfrutar de un sueñecillo antes de regresar a la comisaría, algo que no podría permitirse si comían en un restaurante, y se plantó en su casa sin haberlo llamado, sumido en una introspección absurda de esas en las que solía refugiarse de vez en cuando, y que, aunque no lo llevaban a nada, le servían para evadirse por un rato de todo aquello que lo conturbaba.

- ¡Hombre! —le dijo Paul al verlo entrar, brincando del sofá sobre el que se encontraba repantigado—. ¿Qué, ha habido novedades?

- Sabes que no puedo contarte nada, que es confidencial.

Frízer le dio la espalda para que no pudiera ver que se esforzaba en contener la risa que le había arrancado la avidez con la que lo encaraba.

- Entonces yo tampoco compartiré mi información —replicó Paul, simulando enfado.

Su hermano ya no pudo retener la presión y, aunque apretó los labios, a ellos asomó una risotada. Se adentró en la cocina, dando por hecho que Paul lo seguiría, como así fue.

- A ver, ¿qué información tienes?, si es lo suficientemente importante, te contaré algunos detalles —le dijo mientras trajinaba en el frigorífico.

Paul dio por hecho que le vacilaba, pero decidió seguirle el juego.

- David Alería llevaba meses vigilando la casa de su abuela, incluso había entrado en varias ocasiones, cuando la mujer se ausentaba. Y en las últimas semanas había pernoctado en una tienda de campaña en el bosque, por eso lo siguieron hasta allí. De hecho, él mismo ha reconocido que de no haber sido porque el día de la tormenta se vio sorprendido por su padre, jamás se habría producido este desenlace.

- ¿Y por qué vigilaba la casa de su abuela? —preguntó Frízer, que había rescatado una botella de agua de entre la pila de comestibles que había acaparado Paul en el supermercado, y se disponía a servirse un buen trago.

- Estaba preparando trampas por los alrededores para intentar cazar a los tipos que lo perseguían. Pensaba que si lograba entregar a la policía a alguno de ellos, vosotros podríais tirarle de la lengua y atrapar al resto.
- Bueno, eso no tiene nada de especial, ya sabemos que ha andado por ahí durante dos años, incluso estuvo en Lugo unos meses, vigilando a un comandante retirado.
- ¿Te has parado a pensar que todo lo que habéis logrado ha sido porque él os lo ha puesto en bandeja?
- Somos conscientes —asintió Frízer sin darle mayor importancia al comentario, volviéndose para mirarlo—. ¿Qué quieres comer?
- La mesa ya está preparada —le dijo Paul, internándose en el salón.

Frízer lo siguió, asombrado al ver que sobre la mesa había una fuente de ensalada y una cacerola que aún humeaba. Levantó la tapa y olisqueó el vapor, un aroma que lo transportó de inmediato a la casa de su madre.
- No conocía yo esta faceta tuya —le vaciló, palmeándole la espalda — . ¿Mamá te ha enseñado a preparar esto?
- En realidad lo ha preparado ella por videoconferencia, yo solo le he ido echando los ingredientes. Pero ha salido bien —dijo con despreocupación, lo que no hizo sino poner al descubierto su velada petulancia.
- ¡Y has comprado tinto de verano! —advirtió Frízer con entusiasmo, acomodándose de inmediato.

Paul destapó la botella, tan fresca que toda ella rezumaba condensación, y escanció los vasos. Después cogió uno y lo alzó al aire. Su hermano lo miró, recelando de la bondad del gesto, pero acabó elevando también su vaso, imaginando de qué iba a versar el brindis.
- Por mamá, la mejor cocinera del mundo.
- ¡Ah! —repuso Frízer tras chocar los vasos. Después trinchó unas hojas de lechuga y alzó los ojos para mirarlo—. Pensé que ibas a brindar por la resolución del caso.
- Eso también, pero paso a paso, para eso tenéis que cazar a Rosales.

- No sé cómo vamos a hacer eso —refunfuñó Frízer—. Ese cabrón sabe moverse, está bien entrenado.
- David me ha dicho que tienen a un rehén.
- ¿Y cómo ha sabido él eso?
- Por su padre —le dijo Paul, sorprendido por que no lo hubiera imaginado—. Rosales lo incluyó en el grupo de Telegram con el que se está comunicando con vosotros.
- Aún no sabemos si es en realidad un rehén —concedió Frízer, meneando la cabeza de arriba abajo para reconocer su perspicacia, aunque sin intención de ir más allá de lo que ya le había contado.
- David ya lo investigó, y no cree que esté implicado.
- ¿Cómo que lo investigó, a quién? —preguntó, deteniendo su masticar frenético para mirarlo.
- Al rehén —repuso con indiferencia—. Es un comandante que estuvo en la misión del Líbano antes de que David recalara allí, pero ahora ya es coronel, y trabaja en el Ministerio. Es el tipo que ha estado investigando lo del helicóptero.

Frízer soltó un resoplo y dejó el cubierto sobre el plato para dedicarle una mirada ceñuda, mosqueado por que supiera todo eso. Cuando Paul lo advirtió alzó el mentón, instándolo a que le dijera qué ocurría, dando por hecho que no le gustaba el aliño.
- ¿Has vuelto a hurgar en mi portátil? —le preguntó, procurando aparentar calma, pese a que le hervía la sangre.
- No, eso me lo contó Silvia, que es mucho más avispada que tú, y sabe que una información compartida es mucho más productiva. Además, ella es agradecida, y sabe corresponder cuando alguien le da algo altruistamente, ¿o es que ya no te acuerdas de que fui yo quien os consiguió las pruebas para los análisis de ADN de Ambrosio Serrano?

Frízer sintió el impulso de replicarle, pero tomó aire profundamente para soltarlo despacio, procurando insuflarse calma. Después lo animó con un gesto a que continuara comiendo. No supo por qué, pero en ese instante le volvieron a la cabeza las palabras del comisario, dichas apenas una hora antes: «Será un buen detective». La frase resonó inesperada, con tal claridad que algo se le removió

por dentro. Se vio arrastrado a un recuerdo lejano, a los días en que él era apenas un adolescente y aquel pequeñajo se le lanzaba a los brazos, gritando su nombre como si el mundo se redujera a eso. Sonrió, con una mezcla de ternura y pudor, y bajó la cabeza para que él no se diera cuenta.

- ¿Has cogido los billetes? —le preguntó al rato.

- Aún no.

- Mejor, así los cogemos juntos —le dijo, sonriendo a su repullo—. El comisario me ha dicho que me va a dar unos días libres.

- ¿Y cuándo será eso?, que yo tengo que estar en casa la semana que viene.

- Depende de cuánto tardemos en resolver el caso.

- Podrían pasar meses —protestó Paul, pensando que le tomaba el pelo.

- No creo que tanto. —Frízer inclinó la cabeza sobre la mesa como si fuera a compartir una confidencia, y aguardó a que Paul imitara el gesto para soltarle en un susurro de complicidad—: De momento, el helicóptero ya está en la base, puedes decírselo a David, seguro que le agradará saberlo.

- ¿Cómo que está en la base?, ¿acaso han logrado recuperarlo? —insistió, pese a que su hermano se reafirmaba a cabeceos.

- Y las criptomonedas que había acaparado el contable ya están en manos del Ministerio, o sea que ya solo nos queda atrapar a Rosales y averiguar quién más estaba implicado. Entonces estará resuelto el caso.

Paul se quedó pensando, pero no compartió con su hermano lo que pasaba por su cabeza. Ya no volvió a tocar el tema y, cuando terminaron de comer, aguardó pacientemente a que se tumbara en el sofá, esperanzado en que se adormilara pronto. No tuvo que esperar mucho, pues Frízer comenzó a ronronear apenas dos minutos más tarde. Entonces salió a la terraza, que lo recibió con una bofetada ardiente, y llamó a Javier Alería.

- Paul, ¿qué pasa? —lo saludó con júbilo.

- ¿Te pillo comiendo?

- No, ya hemos terminado hace rato.

- ¿Está tu hermano por ahí?
- Te está oyendo, tengo puesto el manos libres.
- Hola, Paul —lo saludó David entonces.
- ¿Podéis hablar?
- Sí, estamos en mi habitación, repasando recuerdos, bueno, los míos, porque este sigue sin recordar nada. La policía no nos deja ni movernos. Hay un coche día y noche delante de la casa, y dos tipos de paisano nos siguen hasta por el jardín.
- Bien, tengo noticias —dijo Paul en un susurro—. Ya han recuperado el helicóptero, me lo ha dicho mi hermano. Y también han recuperado todo el dinero que tenía el contable.
- Casadiego me llamó para decírmelo —confesó David—. Quería advertirme de que no iba a tener más remedio que entregar las claves de las criptomonedas a Defensa.
- ¿Advertirte? —remedó Paul, recelando de la expresión.
- Sin el dinero perdemos toda nuestra fuerza —le aclaró él—. Defensa ya tiene lo que busca, y ahora podrían desentenderse de nosotros.
- No lo van a hacer, al menos hasta que cacen a Rosales, y prueba de ello son esos guardaespaldas.
- ¿Sabes lo del rehén? Tienen retenido al coronel que comandaba la investigación del helicóptero.
- Enviaron un vídeo por Telegram —intervino su hermano—. Lo enviaron al grupo que creó Rosales cuando nos secuestró, mi padre pudo verlo antes de que el comisario le pidiera que se saliera del grupo, al parecer temen que pueda chantajearlo de algún modo.
- ¿Y lo habéis visto vosotros?
- Claro. Se ve al coronel sentado en una silla, maniatado y amordazado. Antes de cortarse la imagen se ve cómo se acerca un tipo encapuchado que parece Rosales, y le coloca un machete en el cuello.
- Acabo de pasártelo —decía David en el momento en que el móvil le avisaba de la entrada de un mensaje.
- Voy a echarle una ojeada —dijo Paul, que no se molestó en mesurar el tonillo morboso que le provocó el entusiasmo.

Paul abrió la aplicación de mensajería y reprodujo el video, centrando de tal modo la visión en la imagen del hombre que aparecía amordazado que no se fijó en nada de lo que había a su alrededor, hasta que el video se detuvo tras la aparición de Rosales y reparó en las macetas que, congeladas en la imagen, se veían a su espalda. Le bastó un momento de recapitulación para recordar dónde las había visto antes. Entonces reprodujo el video de nuevo, atento a lo que aparecía a espaldas del coronel, y ya no tuvo dudas.

- ¿Qué te parece? —preguntó Javier al ver que pasaban los segundos y no decía nada.
- Sé dónde tienen a ese tipo —susurró agitado.
- ¿Cómo que lo sabes, qué quieres decir?
- Pude ver ese patio desde la ventana del cuarto de baño de la casa de Ambrosio Serrano, en Lillo.
- Joder, tienes que llamar al comisario de inmediato —apremió Javier.
- Espera un poco —pidió David—, quizás no sea conveniente.

# 56

Frízer se despertó sobresaltado por el estruendo del timbre, y se llevó la muñeca a la cara para mirar el reloj, temiendo haberse quedado dormido. Al comprobar que apenas habían pasado unos minutos de las cuatro, más tranquilo, se incorporó en el sofá y se restregó la cara para espabilarse.

- ¿Quién llama? —le preguntó a su hermano al ver que él se limitaba a responder por el interfono que bajaba enseguida.

- Me voy con los Alería a dar una vuelta, quieren enseñarme la zona en la que acampaban de niños.

- Que lo paséis bien —le dijo, encantado de que se alejara de la ciudad.

Frízer lo vio partir a la carrera y se apresuró hacia el balcón. Desde allí alcanzó a distinguir el coche de Javier Alería, detenido en doble fila, y, detrás, el vehículo sin distintivos que le hacía de escolta. David Alería pareció intuir que lo observaban, y alzó la mirada hacia el balcón a través de la ventanilla. Frízer reculó de inmediato, como si le hubieran apuntado con un arma. Poco después, sonriendo ante lo absurda que había sido su reacción, se metió en el cuarto de baño. Durante un instante se observó en el espejo, debatiéndose entre darse una ducha fresca antes de regresar a la comisaría, pero una llamada al móvil lo arrancó de aquellos pensamientos, empujándolo de vuelta al salón para responder.

- ¿Dónde andas? —preguntó Silvia, su saludo más habitual en los últimos días.

- Bajaba ahora para el garaje —respondió, alarmado por el insólito apremio—, ¿ha ocurrido algo?

- Los de Getafe han encontrado una huella de Maricarmen Serrano en el coche del coronel Fernández Moro.

- ¡Hostias! —se le escapó a Frízer al colegir cuanto aquello significaba—, esa mujer podría ser la que conducía el vehículo.

- García ha vuelto a analizar las imágenes, y ha llegado a la conclusión de que el poncho que lucía el chófer no era para esconder un arma, sino para evitar que por la biometría pudiéramos

averiguar que se trataba de una mujer. Imagino que temían que atáramos cabos, o sea que lo más probable es que se trate de ella, además, se ha confirmado que llevaba una máscara.
- ¿Crees que ha podido actuar coaccionada?
- Las imágenes rechazan esa hipótesis, pero ¿quién sabe?, no podemos descartar nada.
- Supongo que su hermano le habrá comido el tarro para que le ayude a… —decía Frízer cuando un destello de su pensamiento lo enmudeció—. ¡Joder!, no sé cómo no nos dimos cuenta!, pudimos verla en los vídeos que nos facilitaron los del Gómez Hulla, se encontraba en el hospital a la misma hora en que se llevaron a su hermano.
- ¡Es cierto! —recordó ella—. Entonces no hay duda de que ha participado en la operación, aunque eso no nos sirve de mucho. Si no averiguamos a dónde se han llevado al coronel…
- Puede que eso no nos sirva, pero yo sé cómo podemos hacer para localizarla.
- ¿A través de su padre? —supuso Silvia, dando a entender que ya lo había pensado.
- Tenemos que enviar a una patrulla de inmediato a Lillo, ese hombre podría saber dónde se encuentra su hija.
- Vente para acá echando leches, que nos vamos a Lillo.

Frízer bajó al garaje a la carrera, y salió pitando hacia la comisaría. Mientras conducía, aliviado al ver que la calorina hacía que las calles se encontraran completamente vacías, cayó en la cuenta de que en los meses que llevaba en aquel destino era la primera vez que Silvia se implicaba de ese modo en un caso. Al pensar en ello recordó que al comisario le ocurría lo mismo. Normalmente, Albuena dirigía las operaciones desde su despacho, dejando las labores de campo a los inspectores, que eran quienes coordinaban a los agentes y le informaban, sin embargo, desde que Mateo Alería se presentara en la comisaría, él había estado ahí como un inspector más, participando en la investigación como si se tratara de un asunto personal, algo que afectara a su propia familia. Imaginó que los tres años de fracasos en la búsqueda del joven habían supuesto una

espina que no podrían arrancarse ni uno ni otro hasta que vieran con sus propios ojos la caída de Rosales. Entonces, recreando inconscientemente el momento de su detención, un rayo de luz atravesó sus pensamientos, haciendo que entendiera que en realidad no se trataba de que no hubieran sido capaces de encontrar a David Alería, sino de que ese tipo hubiese campado durante más de un año por la comisaría sin que ellos hubieran sospechado nada. Al llegar a aquella conclusión, sin saber por qué, se echó a reír, y se prometió hacer todo lo posible por darles el gusto, sobre todo a Albuena, de que fuera él quien le formulara sus derechos a Rosales antes de empujarlo al interior del coche patrulla. No sería fácil, pues estaba seguro de que ese tipo preferiría perder la vida antes de dejarse atrapar, pero a él lo alegraba imaginarlo en aquella tesitura.

Cuando llegó a la comisaría, aún llevaba pintada en la cara una sonrisa, pero Silvia se la borró apenas se acercó a su despacho, pues la vio venir a su encuentro como si llevara horas aguardando su llegada.

- Los hermanos Alería acaban de llegar a Colmenar, parece ser que han ido a ver a la mujer que ha dado cobijo a David estos últimos meses, al menos han aparcado el coche cerca de su casa.

- Mi hermano va con ellos —la tranquilizó Frízer—. De todos modos, mientras esa gente no pueda acercárseles, estarán fuera de peligro.

- Tenemos los móviles de los Alería localizados, pero no el de tu hermano —insistió.

- Bueno, mientras Paul vaya con ellos… me ha dicho que van a una zona de acampada donde al parecer iban los Alería de niños, supongo que será cerca de la casa de su abuela.

- Ambos hermanos acaban de apagar sus teléfonos, y el teléfono de la casa de esa mujer comunica. No sé qué te dice a ti eso, pero a mí me dice que están intentando despistar a la escolta —planteó ella, exhibiendo una sonrisilla de complicidad.

Silvia se giró al oír la señal de su teléfono, que se encontraba sobre la mesa, y consultó la pantalla de un vistazo, dispuesta a silenciarlo sin responder, pero al ver que se trataba de la patrulla de Colmenar

se apresuró a dar paso a la llamada, alzando una mano hacia Frízer para que se mantuviera en silencio.
- Aquí Rodríguez, ¿qué ocurre? —respondió, conectando el manos libres para que Frízer pudiera oír lo que hablaban.
- Inspectora, Javier Alería ha abandonado la zona con su vehículo, suponemos que para despistar a la escolta, porque los otros dos jóvenes acaban de abandonar la casa y se han subido a un vehículo de Uber que acababa de llegar.
- ¿Estáis tras ellos?
- Sí, no debe preocuparse, los tenemos a la vista.
- Bien, no los perdáis, y mantenedme informada si hay cualquier novedad.

Silvia vio que Frízer aferraba su teléfono, enfurruñado, y, al imaginar que se disponía a hablar con su hermano para abroncarlo, se vio obligada a hacerle un gesto de calma. Frízer asintió y, aunque rebuscó el contacto, no pulsó la tecla de llamada hasta que ella capituló.
- ¡La madre que lo parió! —rugió al ver que lo había apagado—. ¿Qué cojones estarán tramando?
- Quizás nos estemos precipitando —dijo ella, acariciándole los brazos para calmarlo.
- ¿Qué quieres decir?
- No sé… —dudó—. Ha hecho buenas migas con Javiera Alería, son de la edad, además, está solo en Madrid, y se marchará en unos días, no puedes reprocharle que se busque la vida para entretenerse, ¿o es que acaso esperas que se quede todo el día en casa esperando a que tú regreses?
- No es eso —rechazó Frízer—. Se trata de que podría meterse en algún lío.
- Los chavales no querrán que la escolta los siga, eso es todo. ¿A quién le gusta llevar una carabina encima cuando va de excursión?
- Tienes razón —admitió Frízer, sonriendo avergonzado.
- Bueno, vamos a decirle al comisario que nos vamos para Lillo —decía ella cuando su teléfono volvió a acalambrarle la mano—. Es la patrulla otra vez —refunfuñó, dando paso a la llamada.

- Inspectora, el joven ha intentado despistarnos. Pretendían dejar el coche en un aparcamiento y huir con el Uber. El comisario dejó bien claro que no debíamos perder de vista a David Alería ni un instante, y que desconecten los teléfonos no ayuda.
- No debéis preocuparos, van a la zona de Miraflores, a patear el monte —dijo Frízer, alzando la voz hacia el teléfono para que pudieran oírle.
- Entonces, ¿los dejamos partir?
- ¿Los habéis detenido? —entendió Silvia, mirando a Frízer con asombro.
- Sí, aunque hemos dejado al Uber marchar, el chófer no tenía nada que ver, solo sabía que debía llevarlos a Lillo.
- Pásame a Paul —pidió ella, apartándose de Frízer al ver que él se enfurecía, temerosa de que la emprendiera a gritos con su hermano.
- Te está oyendo —le dijo el agente.
- ¿Se puede saber qué diablos te pasa por la cabeza? —gruñó entonces, aguardando a que respondiera, mirando a Frízer por si se abalanzaba al teléfono.
- Es que creemos que Rosales tiene retenido al coronel en la casa de Lillo —soltó Paul en un refunfuño, como si protestara por que entretuvieran sus pesquisas.
- ¡Ya!, y la patrulla está dificultando vuestra investigación, ¿no es así? —ironizó ella.
- David tiene un plan para cazar a Rosales.
- ¡Qué plan ni qué narices!, ¿queréis acabar los tres entre rejas? —explotó, enfadada por su ingenuidad.
- Está bien, haced lo que os dé la gana, pero te digo que Rosales está en Lillo.
- ¿Y cómo diablos sabes tú eso?
- Porque he visto el video en el que aparece el rehén, y es el patio de la casa de Lillo.

Silvia se apartó el aparato de la oreja y se quedó mirando a Frízer.

- Mantén la calma —le pidió al ver que resoplaba como un toro, entregándole el teléfono antes de salir corriendo en busca del comisario.

# 57

El comisario sonreía, satisfecho y exhausto a la vez. Había dedicado toda la tarde a preparar el operativo y, como el asalto debía producirse de madrugada, llevaba toda la noche en vela, pendiente del teléfono, sobresaltándose a cada vibración. Con todo, pese a la incertidumbre que lo asaltaba, confiaba en no haber pasado por alto ningún detalle que pudiera echar a perder la operación del GEO. Desde la última comunicación con el teniente al mando de la Unidad habían transcurrido poco más de dos horas, por lo que ya debían de haber llegado desde la base de Guadalajara, y ese tiempo era el único margen que había tenido para echar una cabezada en la silla de su despacho, pero ni siquiera entonces logró abstraerse, pues la inquietud no se lo permitió. Su mente regresaba una y otra vez al mismo punto, recreando lo que iba a ocurrir como si lo estuviera viendo en una película.

Lamentaba haber subestimado a los secuestradores, que, según le había confirmado el geo al mando, disponían de inhibidores de frecuencia, lo que inutilizaba por completo los drones. El contratiempo llevó al hombre a recomendar que se sitiara la casa a la espera de que alguno de los secuestradores saliera en busca de provisiones, porque sin cámaras térmicas era imposible saber cuántos eran, qué armamento tenían o, peor aún, dónde mantenían a los rehenes, una información clave para que la intervención no acabara en desastre. En un primer momento, él estuvo de acuerdo, y así se lo hizo saber, dejando la decisión final en sus manos, sin embargo, ahora, a medida que el momento se acercaba, las dudas empezaban a abrirse paso entre aquellas ensoñaciones que lo tenían repitiendo reiteradamente aquella escenografía que no paraba de reproducirse en su cabeza. Divagaba sobre todo ello cuando su teléfono vibró de nuevo sobre la mesa, apartándolo al fin de aquel bucle tan molesto. Entonces alargó un brazo para cogerlo, observando con alivio que se trataba de Frízer.

- Mark, ¿qué ocurre? —preguntó por saludo, con la voz rota por el cansancio.

- Acabamos de llegar. Aquí todo está tranquilo. Hemos podido hablar con el responsable del GEO, y nos ha dicho que van a aguardar a ver si sale alguien.
- He estado pensando… —titubeó el comisario—. Apenas quedan unas horas para que acabe el plazo que nos dio Rosales, y no creo que necesiten provisiones en ese tiempo. Lo más probable es que nadie abandone la casa.
- ¿Piensas que es mejor que el asalto se produzca ahora, antes de que amanezca?
- Eso creo. Si agotamos el plazo sin que nadie abandone la casa, estaremos ya a plena luz del día.
- Muy bien, voy a comunicárselo al responsable.

Albuena activó el altavoz y dejó el teléfono sobre la mesa para poder restregarse los ojos mientras aguardaba. «¿Comisario?», rugió poco después la voz del teniente del GEO.
- Aquí Albuena.
- Señor, si lo ordena, a las 7:00 procederemos al asalto.
- De acuerdo, tienen carta blanca, y recuerden que esos tipos son extremadamente peligrosos, y que lo más probable es que vayan fuertemente armados —repitió por enésima vez.
- No se preocupe, señor, lo tendremos bien presente.

El comisario se desinfló en un suspiro, y se puso en pie para acudir a la sala de espera a por un café. Después, con el vaso humeante entre las manos, se dirigió hacia el laboratorio, donde dos técnicos monitoreaban en todo momento lo que ocurría en Lillo.
- Señor —lo saludó uno de ellos al verlo entrar, ofreciéndole una silla.

Albuena pensó que habría sido un bonito detalle traerles un café, pero como ya era tarde se limitó a agradecerle el gesto, y se acomodó, alzando la vista hacia los monitores.
- ¿Ya están preparados?
- Parece que ya están dispuestos —asintió el técnico, señalando tres grupos de puntos verdes que aparecían en la pantalla, rodeando el plano de la casa.

- Faltan los puntos rojos —acompañó el comisario a un chasquido de la lengua.
- Al menos no han interrumpido las señales satelitales, y eso nos permite saber dónde se encuentran nuestros efectivos. —Sonrió para sí mismo, y añadió con malicia—: no tienen ni idea de lo que se les viene encima.
- Esos cabrones deben de tener dos o tres inhibidores repartidos por la zona, pero no afectan a las señales ni al posicionamiento de los drones, solo a la comunicación con la base —aclaró su compañero.
- Algún geo podía haberse acercado a la entrada con una cámara térmica —reconoció el comisario—, pero el teniente dice que es demasiado arriesgado.
- Claro, si los descubrieran, todo se iría al traste.
- El éxito de la operación depende exclusivamente del factor sorpresa —se avino su compañero—. Supongo que estarán seguros de que no los han localizado.
- Es poco probable que imaginen que hemos dado con ellos tan pronto, aunque seguramente estén preparados para cualquier eventualidad, por eso no debemos confiarnos.
- Van a proceder —advirtió uno de los técnicos.

El comisario llevó la vista hacia uno de los relojes que decoraban la pared, cuyo segundero se acercaba a las siete en punto, y se irguió en la silla para observar el movimiento de los puntos verdes, que comenzaban a dirigirse hacia la casa desde todos los ángulos, dos de ellos hacia la puerta de entrada.
- En cuanto lancen las granadas de humo, este grupo derribará la puerta principal y lanzará las Falken[34], en tanto el otro procederá al asalto desde la parte de atrás —relató, señalando un panel en el que se mostraba un plano tridimensional de la zona.
- ¿Y esos otros?
- Accederán al patio por el tejado, ya tienen dispuestas las escalas.

A partir de ese momento solo pudieron imaginar lo que ocurría, observando los puntos que se movían en grupos como en un videojuego. Durante tres interminables minutos pudieron ver cómo se desplazaban de un lado a otro en perfecta sincronía,

convergiendo poco después en un punto medio de la casa, el que representaba el patio. Uno de los técnicos advirtió que Albuena se revolvía nervioso al ver que los puntos se habían detenido, y alzó ambas manos para apaciguarlo.

- Todo bien —le dijo, señalando uno de los puntos que se encontraba en el pasillo—. Solo un geo se ha quedado atrás, el resto está ya en el patio, por lo que no parece que haya bajas.

- Eso nos indica que todo ha terminado —añadió su compañero.

- Demasiado pronto —gruñó el comisario, temiendo que no hubieran encontrado nada.

- Es probable que no hubiera nadie —admitió el técnico al imaginar lo que pasaba por su cabeza, intentando que se calmara—. En unos minutos nos darán novedades.

Como si se tratara de una premonición, aún no habían transcurrido ni dos minutos y el móvil del comisario comenzaba ya a reclamar su atención con su característico abejorreo. Cuando vio que la llamada procedía del jefe del operativo, quiso atenderla tan pronto que a pocas si deja caer el teléfono al suelo, obligándose a hacer malabares para sujetarlo. Sonrió al técnico para excusar su torpeza, y pulsó al fin la tecla verde.

- Lo siento, comisario, ha sido un puto desastre —le dijo el hombre en tono apesadumbrado.

- ¿No había nadie en la casa? —supuso Albuena.

- En la casa estaban todos los que esperábamos, pero es que esos cabrones han abierto fuego a discreción, y no hemos tenido más remedio que responder.

- ¿Y los rehenes? —urgió, dando por hecho que se refería a que se habían visto obligados a abatir a Rosales y a Serrano.

- Dos de ellos han caído en el fuego cruzado, y otro se encuentra herido, ahora acaban de llevárselo en una ambulancia.

- ¿Cómo que dos han caído? —bramó el comisario.

- Ha sido un caos, el espacio era muy reducido, y esos tipos disparaban con unas G[35] como las nuestras. De todos modos, es probable que alguno de los rehenes haya sido abatido por disparos del enemigo, porque huían despavoridos cuando fueron alcanzados.

El inspector Frízer acaba de entrar en la casa, en unos minutos podrá darle novedades —le dijo con apremio, dando a entender que no podía entretenerse más.
- Está bien, dígale que contacte en cuanto observe la escena, y que me envíe las imágenes de las cámaras de inmediato.
- A la orden, señor, en cuanto lo autorice el juez procederemos.

Albuena aguardó unos minutos apurando el café a sorbitos, hasta que este se terminó y lo asaltó la impaciencia. Entonces lanzó el vaso a la papelera y llamó a Frízer. Para su sorpresa, su móvil comunicaba. La incertidumbre lo empujó a llamar a Silvia, pese a que imaginaba que ella no habría querido entrar a la casa, por lo que muy probablemente aún no pudiera aportar nada nuevo.
- ¡Comisario! —respondió ella al primer tono—, supongo que ya te habrán dicho lo que hay.
- Solo sé que la operación ha sido un fiasco.
- Bueno, hay que lamentar el hecho de que la mujer y su padre hayan fallecido, pero al menos la mayoría de los agentes se encuentran relativamente bien.
- ¿Cómo que relativamente?, si acabo de hablar con el teniente al mando y no me ha dicho nada.
- Hay un agente con heridas de cascotes, y cuatro heridos de bala, pero apenas han sido roces en brazos y piernas, por fortuna. El peor parado ha sido un agente que ha recibido tres balazos en el pecho. Disparaban con fusiles de asalto de 5,56[36], o sea que lo más probable es que le haya roto varias costillas.
- Menos mal que llevan los chalecos —masculló el comisario.
- Es el único que ha precisado asistencia, ahora va camino del hospital junto al coronel Fernández, que también ha resultado herido por una esquirla en una pierna, pero los demás están siendo atendidos aquí mismo. Ahora estamos esperando a que llegue la Científica para documentar este caos.
- ¿Dónde está Frízer, por qué comunica?
- Está al teléfono con el juez Castillo, describiéndole lo que hay aquí.
- ¿Y qué es lo que hay?

- Bueno… yo ahora estoy fuera, pero he podido echar una ojeada. La casa tiene tres habitaciones, una de ellas bastante grande, con un cuarto de baño. Es la que ocupaban los hermanos Serrano y el padre. Tiene un ventanal grande que da a la terraza, pero no tiene ventanas. En realidad, las tres habitaciones difieren solo en tamaño. Tienen tres paredes ciegas y un gran ventanal de arriba abajo desde el que se alcanza la terraza, que hace de nexo de unión con el pasillo por el que se accede a la cocina y al salón, únicas piezas que dan a la calle.
- Sí, la distribución ya la veo en el plano —musitó el comisario—, lo que no entiendo es cómo es posible que hayan caído todos en ese puñetero patio.
- Supongo que abandonaron las habitaciones cuando explotaron las *flashbangs*[37], y se liaron a disparar a ciegas.
- ¿Y Rosales, o Varela, o como coño se llame?
- Hay una cama solitaria en una de las habitaciones, supongo que era la que él ocupaba, además, he podido ver que allí habían colocado los aparatos.
- ¿Qué aparatos? —urgió Albuena, extrañado.
- Los inhibidores. Y parece ser que hemos llegado a tiempo, porque había varias cámaras preparadas, supongo que pensaban colocarlas en la fachada para vigilar la calle.
- ¡Ah!, eso… y los cuerpos, ¿dónde han aparecido exactamente?
- Tres cuerpos se encuentran en la terraza, el de Rosales y los hermanos Serrano, y otro, el del padre, aparece en la habitación. El pobre hombre se encontraba en la cama cuando le alcanzaron los disparos.
- ¿Y el coronel?
- Ese se encontraba en otra de las habitaciones. No llegó a abandonarla, porque los disparos derribaron la puerta y se le vino encima. Tiene unos cortes en una pierna, pero ha salido por su propio pie, o sea que no reviste gravedad.
- Menos mal —gruñó el comisario—. Solo nos faltaba que se hubieran cargado también al amigo del ministro.

- Hay un detalle curioso —dijo ella con manifiesto retintín—. El coronel dormía en una de las habitaciones junto a Serrano, pero no se encontraba amordazado ni atado.
- Y la puerta, ¿tenía cerradura?
- Como la ha echado abajo el GEO, no sé si estaba cerrada con llave. En cuanto lleguen los de la Científica les diré que le echen una ojeada, entonces saldremos de dudas. De todos modos, se trataba de unas puertas de cristal, vamos, que con una patada se podían echar abajo.
- Bueno, te dejo, que tengo visita.
- ¿Qué hacemos ahora?
- Regresad, total, allí ya no podéis hacer nada —ordenó antes de colgar.

Albuena se puso en pie de un salto al ver que el capitán García se apostaba a la puerta del laboratorio sin atreverse a entrar.
- Menudo madrugón he tenido que pegarme —gruñó por saludo, sonriendo aún al ver el respingo que le había provocado al comisario.
- Ahora iba a llamarte —le dijo Albuena, acercándose con un brazo en alto.
- Veo que ya se ha acabado todo —repuso García, estrechándole la mano con efusividad.
- El asalto se ha producido a las siete en punto —dijo el comisario, meneando la cabeza de lado a lado, claramente apesadumbrado—. Pero no debes preocuparte, el coronel se encuentra bien, aunque ha resultado herido en una pierna.
- ¿Ha habido alguna baja? —infirió el capitán de su gesto adusto, mirándolo con inquietud.
- Vayamos a mi despacho —propuso el comisario—, señalándole el pasillo para que se adelantara.

El capitán García enfiló el pasillo a paso ligero, volviéndose hacia atrás para hablarle.
- Mis técnicos han analizado la voz que respondió a la llamada que hicisteis desde el teléfono de Alexander Barta.

- ¡Ah!, el piloto —exclamó el comisario al caer en la cuenta de a quién se refería, mirándolo con avidez al imaginar que ya sabían quién había respondido.
- No es el coronel, si es eso lo que imaginas, los técnicos lo han descartado, como han descartado también a todas las personas que estuvieron destacadas en el Líbano. He escuchado la grabación decenas de veces, y hay algo en su tono que me resulta familiar, pero no logro ponerle una cara.
- O sea que, con Rosales muerto, se ha acabado todo.
- ¿Cómo que muerto? —dijo el capitán, revolviéndose con asombro.

Albuena asintió, meneando la cabeza para evidenciar su pesar, pero no dijo nada hasta que estuvieron en el despacho. Cuando se acomodaron alrededor de la mesa, se encogió de hombros, un gesto de derrota que hizo temer al capitán que la cosa se hubiera complicado más aún de lo que declamaban sus gestos lastimosos. Al ver que no decía nada, alzó las cejas en gesto inquiridor, y se quedó mirándolo, aguardando una respuesta con tanta inquietud que le temblequeaban hasta las piernas. El comisario asintió al fin, y cogió un bolígrafo para ir apuntando.
- Los fallecidos son Rosales, bueno, Xaime Varela —dijo mientras lo anotaba—, y su compinche, Ambrosio Serrano —añadió, alzando los ojos para mirarlo después de garabatear su nombre—, que al parecer fueron los que intentaron repeler el asalto. El resto son víctimas colaterales, aunque aún no sabemos hasta qué punto estaban colaborando, y me temo que ya no lo sabremos.
- ¿Y el coronel Fernández?
- Como ya te he dicho, está fuera de peligro, apenas sufrió unos rasguños. Ahora iban a llevarlo al hospital junto a uno de los agentes al que al parecer han alcanzado varios disparos en el pecho.
- ¿Ha fallecido? —temió al ver el gesto ceñudo del comisario.
- No, no debes preocuparte, el chaleco detuvo las balas, pero ya te puedes imaginar, con varias costillas rotas, tendrá para un par de meses.
- ¡Y qué meses! —exclamó el capitán, al que recorrió el cuerpo un escalofrío.

- Los otros dos fallecidos son Maricarmen Serrano y su padre.
- ¡Joder! —dejó escapar en un resoplo—. ¿Y esa mujer, tiene familia?
- No nos consta que estuviera casada, y no tenía hijos.
- No sé si alegrarme por ello —repuso el capitán, dejando entrever en su gesto cierto alivio, y también su consternación por lo ocurrido.
- Bueno, pues aquí se acaba todo. —El comisario arrastró la hoja sobre la mesa para entregársela, y separó los brazos en señal de impotencia, asintiendo para compartir su pesar.
- El ministro quiere verte para agradecerte en persona el trabajo que ha hecho tu Departamento —le dijo García con despreocupación, doblando la hoja para guardársela—. Supongo que en los próximos días organizará un encuentro, cuando el coronel se recupere. Lo del helicóptero lo tenía muy preocupado, pero ahora que lo hemos recuperado, todo son parabienes. —Imitó la pose del comisario, acodándose sobre la mesa, y añadió—: Aunque no ha dicho nada, supongo que recuperar el dinero ha sido algo inesperado que lo habrá llevado al consejo de ministros bien contento, porque su cabeza andaba ya en la picota.
- Tengo una curiosidad —le dijo Albuena—, ¿cuánto dinero le había birlado el contable a esa gente?
- Aún están auditando las cuentas, pero calculamos que, en los últimos cinco años, el material sustraído podría alcanzar la cifra de cuarenta millones, y eso sin contar el valor del Tiger.
- ¿Pero cuánto os ha entregado realmente? —insistió al ver que la respuesta era una clara evasiva—, porque, por lo que he podido saber, Casadiego es muy avispado y ha sabido invertirlo.
- Más de doscientos millones —confesó al fin, sonriendo al ver la cara de asombro del comisario—. Por eso el ministro está tan contento.

# 58

Paul se levantó tal y como se había acostado, inquieto, y sumamente preocupado por lo que pudiera ocurrir cuando su hermano regresara a casa. La certeza de que le esperaba una buena bronca lo había mantenido toda la noche en un duermevela plagado de sobresaltos, imaginando los posibles escenarios a los que podría enfrentarse, a cada cual más grotesco. Además, la llamada matutina de su madre no había hecho sino aportar más leña al fuego. Aunque ahora, el efecto relajante de la ducha le había procurado una visión más positiva del asunto, esperanzado en que el éxito de la operación ablandara a Mark, y también, por qué no, que se reconociera que, de no haber sido por su perspicacia, muy probablemente no habrían podido cazar a Rosales, al menos tan pronto como se precisaba para asegurar la liberación de los rehenes sanos y salvos. De todos modos, si algo tenía claro, eso era que, mientras no se solventara todo aquello satisfactoriamente, lo mejor era poner tierra por medio. Por eso, mientras desayunaba, decidió acudir al centro y vagar por sus callejuelas durante unas horas. Luego de unos titubeos que dedicó a madurar qué hacer en ese tiempo, cogió el teléfono y llamó a Javier Alería para pedirle consejo, además de tantear la posibilidad de que lo acompañara, pues la idea de pasar todo el día a solas no resultaba nada halagüeña. El entusiasmo con que respondió Javier lo dejó tan descolocado que apenas logró balbucear un saludo que estuviera a la altura de las expectativas que, sin duda, imponía un interlocutor tan exaltado.

- ¿No te has enterado? —dedujo Javier de la sobria acogida.
- ¿Enterarme de qué?
- ¿Es que no has visto las noticias? Un comando del GEO ha asaltado la casa de Lillo y ha rescatado al coronel que tenía secuestrado Rosales.
- ¿Han cazado a Rosales? —preguntó con avidez, abrazando la idea de que esa circunstancia pudiera librarlo de la bronca.
- En las noticias han dicho que en el asalto han fallecido cuatro personas, o sea que, si hacemos cálculos… si el coronel ha sido

liberado, todos los demás han caído.
- ¡Joder! —dejó escapar Paul, asombrado—. La hermana de Ambrosio Serrano y su padre, ¿también?
- Supongo, aunque en las noticias no han dado nombres. Solo han dicho que todos los que estaban en la casa, a excepción del coronel, han fallecido.
- Puede que no estuvieran en la casa —musitó, esperanzado en que así fuera.
- Hay cuatro víctimas —le recordó—, o sea que lo más probable es que hayan muerto.
- Pues vaya mierda —gruñó Paul, dando por hecho que aquello no iba a traer más que complicaciones.

Por un momento se abandonó al recuerdo del hombre, al que recreó en el salón de su casa mientras le mostraba las fotografías de su hijo, y la mujer, ella mientras le ofrecía una cerveza, y un nudo se abrió paso por su garganta hasta hacer que se le quebrara la voz. Entonces, sin saber por qué, al recordar el momento en que les mintió para hacerles creer que tenía que ir al baño, y cómo asomó a la terraza un instante, un sentimiento de ruindad le trepó por el cuerpo hasta instalarse en sus entrañas, lamentando haberle dicho a Silvia que sabía dónde se encontraban.
- ¿Paul? —musitó Javier al ver que no decía nada, dando por hecho que la noticia lo había enmudecido.
- Si no les hubiera dicho dónde estaban, aún estarían con vida.

Javier imaginó qué provocaba aquella repentina contrición, y, aunque lo entendió, pensó que nada de lo que él hubiera podido hacer o decir habría cambiado las cosas. Se disponía a dar voz a sus pensamientos cuando se le ocurrió que lo mejor era apartar de su mente todo aquello, y le propuso ir con él a la casa de su abuela.
- Pensaba ir a Rascafría a darme un chapuzón, hay una zona de baño preciosa —insistió al ver que dudaba.
- Está bien —accedió Paul, aunque sin mucho convencimiento.
- Bien, paso a recogerte en media hora. Seguro que mi hermano también se apunta, ¿qué te parece? —dijo, y colgó sin darle tiempo a responder.

Paul estuvo largo rato con el teléfono en la mano y la mirada perdida, imaginando lo ocurrido en Lillo, hasta que un ruido en la calle lo apartó de la abstracción, rescatándolo de una visión que no hacía otra cosa que proyectar en su memoria recuerdos perturbadores.

Cogió del armario una toalla de baño y rebuscó en los cajones un bañador que su madre había echado en la maleta por si acaso, y que recordaba haber dejado allí al deshacer el equipaje. Cuando logró encontrarlo, lo metió junto a las chancletas en una mochila y salió a la terraza a esperar la llegada de Javier Alería.

Miraba abstraído los coches que iban y venían por la avenida, intentando atisbar entre ellos la inconfundible silueta del Cupra, cuando oyó la melodía de su teléfono, que había olvidado sobre la mesa del salón. Corrió en su busca y miró la pantalla, tan convencido de que se trataba de Javier que, cuando vio que quien llamaba era Silvia, pensó rechazar la llamada. Sin embargo, de entre las dudas surgió un atisbo de cordura que le hizo ver que le convenía responder.

- Hola —la saludó sucintamente.

Silvia dio por hecho que el lacónico recibimiento respondía a un inevitable proceso de purga. Y no era para menos. Haber cometido semejante infidencia para con su hermano merecía que los remordimientos le hurgaran en la cabeza durante un tiempo. También ella se había sentido un poco herida, sobre todo después de haberle confiado a él información sobre el caso. Aunque lo que le había contado no era relevante, al menos merecía un poco de reciprocidad; cualquier otra cosa era una deslealtad, una falta de respeto que ella no merecía. Y pese a todo, aunque no pensaba volver a hacerlo, no sentía el menor signo de arrepentimiento.

- ¿Cómo estás? —se interesó al ver que no decía nada.
- Bueno… acabo de enterarme de lo de Lillo.
- ¿Ya lo han dado en las noticias? —masculló asombrada, y también molesta por que la noticia hubiera trascendido tan pronto.
- No, en realidad me ha llamado Javier Alería.

- Vaya, siento que te hayas enterado así, de sopetón. De todos modos, quiero que sepas que tu información ha sido muy valiosa, y que nada de lo que hayas hecho podía haber cambiado este infortunado desenlace.
- ¿Cómo está Mark? —preguntó él para rehuir el verdadero trasfondo del comentario.
- Bien, atareado con el papeleo, pero bien. Iba a llamarte para ver cómo estabas, pero llegó el secretario judicial y no ha tenido más remedio que atenderlo, por eso te llamo yo, además, me hacía ilusión ser yo quien te diera las buenas noticias.
- ¿Buenas noticias? —repuso Paul con ironía, sin poder apartar de su cabeza la imagen de Maricarmen Serrano y su padre, a los que su mente se empeñaba en recrear acribillados a balazos, embadurnados de sangre.
- El propio ministro de Defensa nos va a recibir mañana mismo. Al parecer ya ha podido hablar en persona con el coronel Fernández, y al ver que apenas tiene unos rasguños, lo ha emplazado en el Ministerio a las doce del mediodía. Y creo que también se ha citado a David Alería.
- ¿Os van a condecorar o algo así?
- No, no creo que la cosa sea tan solemne y magnificente —rio ella —. Lo que ocurre es que el comisario le ha comentado al director general que fuiste tú quien nos proporcionó la información más relevante, y le ha pedido a tu hermano que te lleve. ¡Quién sabe!, quizás a ti sí te den una medalla.
- Bueno, gracias por llamar —le dijo Paul.
- No parece que te alegre —replicó ella, preocupada por su apatía—. ¿Te encuentras bien?
- Sí, perdona, es que he quedado con Javier Alería para ir a casa de su abuela, y me está esperando abajo.
- ¡Ah, estupendo!, a Mark le alegrará saber que no vas a estar solo, porque hasta última hora de la noche no podremos regresar a casa. Bueno, no te entretengo más, que lo paséis bien por Miraflores.

Paul soltó un largo suspiro cuando Silvia se despidió, y volvió a asomarse al balcón. Entonces pudo ver que el coche se aproximaba

por la avenida, y aferró la mochila para salir a toda pastilla.

Javier Alería descendió del vehículo, resoplando por el calor que hacía, y fue a la parte de atrás para abrir el maletero al ver que Paul venía con la mochila.

- ¿Qué tal? —lo saludó David cuando se acercó, sacando un brazo por la ventanilla para ofrecerle la mano.

- Acaba de llamarme la compañera de mi hermano, y me ha dicho que el ministro de Defensa quiere recibirnos mañana.

- Sí —le confirmó David, sonriente—, han llamado a mi padre hace un rato, justo cuando nos íbamos.

- ¿No te apetece la idea? —supuso Javier.

- La verdad es que no me hace mucha gracia.

Javier accionó la tecla de apertura del maletero para que dejara la mochila, y entonces pudo ver que allí se encontraban los dos bolsos que su hermano había traído de casa de doña Josefa.

- ¿Todavía no has sacado los bolsos? —le dijo.

- Luego los dejaré en casa de la abuela —repuso él, simulando no darle mayor importancia.

- ¿Se puede saber que llevas ahí?, pesan como un muerto.

- Son cosas de la moto, ropa y botas.

David atisbó por el rabillo del ojo su reacción, dudando de que se hubiera creído aquella patraña, pero como no dijo nada ni de su gesto pudo entrever la menor suspicacia, señaló al frente para que arrancara, sonriéndole a Paul para animarlo. Cuando logró sacarle una sonrisa, se enzarzó en una conversación relativa a los tiempos en que él andaba de acampada por los alrededores de la casa de su abuela, preparando trampas para cazar a sus perseguidores, un relato fantasioso que entusiasmaba a su hermano.

Ya dejaban atrás la localidad de Colmenar cuando Paul advirtió que los escoltas no los seguían, y se lo hizo saber a David, sorprendido.

- Supongo que con esa gente en la morgue ya no corremos peligro —dijo Javier, mirando hacia atrás a través del espejo retrovisor para asegurarse.

- Para ahí un momento, que voy a comprobar si le han quitado el localizador al coche —pidió David a su hermano.

Javier dio un volantazo y detuvo el coche al borde de la carretera. David se bajó, y golpeó con los nudillos el cristal para que Paul bajara la ventanilla.

- ¿Qué llevas en la mochila?

- La toalla y el bañador —repuso él, extrañado de que no lo hubiera dado por hecho.

- Pensaba llevaros a Rascafría —le dijo su hermano.

- ¿Y qué hay allí?

- Lo llaman Las Presillas, es un sitio muy bonito, ¿no lo recuerdas? Solíamos ir allí con papá y mamá a pasar el día.

Javier se dio cuenta enseguida de que él no podía recordarlo, y encogió el cuello, lamentando haber dicho aquello. Miró a su hermano con ánimo de disculparse, pero al ver que él no le daba importancia, lo dejó estar.

- Supongo que en casa de la abuela habrá algún bañador —repuso David con despreocupación, sonriendo para sus adentros al ver la reacción de su hermano mientras registraba los bajos del coche.

No tardó en encontrar un localizador en un recoveco tras el amortiguador de una de las ruedas traseras. Se arrodilló para ojearlo, y después se puso en pie, dejándolo donde estaba.

- ¿Es de la policía?

- No, este es del Ejército —aseguró David, que lo miró sin poder evitar una expresión de inquietud.

- ¿Y qué piensas hacer ahora?

David se giró sobre sus talones con una mano por visera, observando cuanto tenía a su alrededor, hasta que detuvo la mirada en el horizonte que conformaban los montes cercanos, meneando la cabeza hacia los lados como si rechazara sus propios pensamientos.

- Podemos parar en una gasolinera y colocar el localizador en algún camión —le propuso Paul al intuir sus dudas—. Lo mejor será deshacerse del aparato, al menos eso es lo que hacen en las películas.

- Ya están muertos, no tenemos de qué preocuparnos —le hizo ver Javier, braceando para que regresara al coche y se olvidara del localizador.

- No crees que ese aparato esté ahí para protegernos, ¿verdad? —supuso Paul.
- No, no lo creo —admitió David, preocupado.
- ¿Y qué es lo que buscan ahora, si ya les han entregado el dinero?

David sonrió a su expresión de astucia, y le sacudió un hombro, mirando a su hermano para escrutar su reacción. Al ver su gesto adusto, desafiante, supuso que ya habían hablado de ello, y entendió que debía sincerarse.

- Varela y sus esbirros solo querían dinero, pero hay gente más arriba a la que preocupa que salgan a la luz unos documentos muy comprometedores, por eso Defensa está actuando con tanta cautela.
- ¿Y quién tiene ahora esos documentos?
- Los tenía yo, pero la policía logró encontrarlos, aunque no creo que puedan desencriptarlos.
- Si Casadiego ya no tiene los documentos, y la policía, que es quien los tiene ahora, no puede desencriptarlos, ¿cuál es el problema? —planteó Paul.
- Solo Casadiego puede hacerlo, ¿no? —entrevió Javier en el gesto de duda que arrancó aquel cuestionamiento a su hermano.
- Así es —le mintió David, recreando en su imaginación la caja de seguridad del banco al que él mismo los llevó hacía ya dos años—. Solo él tiene las claves —se reafirmó al ver que Paul meneaba la cabeza casi imperceptiblemente, un gesto sutil que dejaba entrever que ponía en duda sus palabras.
- Lo que preocupa a esa gente eres tú —gruñó Javier Alería, lanzándole una mirada severa que lo dejó estupefacto.
- ¿Qué quieres decir? —replicó, revolviéndose para mirarlo.
- Lo que quieren es asegurarse de que no sale a la luz lo que hicieron contigo, y con nosotros [P3][P4].
- Ya ha trascendido, o sea que no se atreverán a tocarme —intentó tranquilizarlo.
- Supongo que el hecho de que te citen mañana en el Ministerio será para asegurarse de que no vas a largar más de la cuenta —expuso Paul— . Seguro que te sueltan alguna sutileza para que

tengas presente que debes estar callado, so pena de volver a desaparecer.

David se echó a reír, contagiando a ambos, de modo que en un instante estaban los tres retorciéndose de la risa.

- Anda, vamos, que se nos va a echar la tarde sin haber comido —apremió David.

- Por cierto, ¿dónde vamos a comer? —preguntó Paul.

- Allí mismo —repuso Javier, mirando a su hermano para ver si lo convencía la idea.

David se encogió de hombros, y señaló al frente para que arrancara de una vez. Javier puso el coche en marcha, y se internó de nuevo en la carretera, por la que tan solo habían pasado un par de autocaravanas y una legión de ciclistas en el tiempo que habían estado detenidos.

Apenas cinco minutos después giraban en un cruce para adentrarse en un pequeño camino de grava que desembocaba en el parterre que cercaba la casa. Paul descendió del coche apenas se detuvo a la entrada, protegido bajo las sombras que proyectaba el pinar que los rodeaba, y se quedó mirando hacia el porche, recordando el momento en que estuvieron a punto de acabar con su vida allí mismo.

- La casa es bien chula —dijo, observándola con detenimiento por primera vez—. La recordaba más pequeña —gritó poco después desde la distancia, haciendo que ambos hermanos sonrieran.

- ¿Qué diablos llevas aquí? —preguntó Javier cuando abrió el maletero e intentó coger uno de los bolsos, viendo que pesaba mucho más de lo que se podría esperar de un atuendo de motero.

David se acercó y abrió la cremallera de uno de ellos, apartándose para que su hermano pudiera ver el contenido, atento a que Paul se mantuviera a cierta distancia. Javier asomó la cabeza, imaginando armas y municiones, de modo que cuando vio que se trataba de fajos de billetes, reculó asombrado.

- ¿Y en el otro? —preguntó cuando pudo sacudirse el desconcierto.

- En el otro llevo las armas —le susurró, cerrando la cremallera al tiempo que señalaba a Paul con los ojos.

- ¿Qué armas? —gruñó en un susurro vehemente—, ¿acaso te has vuelto loco?
- No te preocupes, ahora las esconderé donde nadie pueda encontrarlas.
- Mejor que no lo vea —asintió Javier, señalando a Paul con los ojos, preocupado por las consecuencias que podría acarrearles que la policía acabara descubriendo que tenía todo aquello.

David se echó a la espalda el bolso más pesado, el que contenía las armas, y señaló el otro para que lo cogiera. Paul se acercó corriendo para coger su mochila, pero Javier lo detuvo con un gesto.
- En unos minutos saldremos para Rascafría, no te molestes en sacarlo.
- Vamos para adentro, que hace un calor de muerte —apresuró David.

En cuanto entraron en la casa se dirigieron hacia la cocina, donde dejaron los bolsos arrumbados bajo la mesa. Paul advirtió que uno de ellos, el que soltó David con cuidado, hizo un ruido metálico, e imaginó lo que contenía. Aunque dejó escapar una sonrisa, recreando todo un arsenal con el que repeler a Rosales y sus compinches, se abstuvo de hacer ningún comentario.
- Y ahora, ¿qué? —quiso saber Javier, una vez hubieron asaltado el frigorífico de la abuela.
- ¿Os importa aguardar aquí unos minutos?, yo tengo que ir a quitar las trampas.

Paul y Javier compartieron una mirada de asombro, y se quedaron mirándolo. Su gesto era tan expresivo que David acabó riendo.
- ¿Qué trampas? —preguntó su hermano al ver que, tras soltar unas risotadas de loco, se encogía de hombros.
- Llevaba meses preparándolas, pero el día de la tormenta… no preví lo que podría ocurrir, y se precipitó todo —acompañó a un chasquido de la lengua, lamentando la circunstancia.
- ¿Quieres decir que si papá no te hubiese visto ahí fuera aquella noche, habrías acabado con esos tipos tú solo?
- Bueno, visto así… —reconoció su hermano.
- ¿De verdad pensabas cargártelos? —le preguntó Paul.

- La idea era apresar al menos a uno de ellos para que la policía le tirara de la lengua, pero si mi vida hubiese estado en peligro, me habría cargado a cualquiera de ellos sin pestañear, aunque antes me habría recreado, naturalmente, quizás sacándoles los ojos, que es muy divertido.

David aguardó un instante, hasta que vio que una súbita congoja ensombrecía sus rostros, y se echó a reír a carcajadas. Javier Alería miró a Paul, e hizo un gesto de desdén hacia su hermano.

- En eso no ha cambiado, continúa tan tonto como siempre.
- ¿De verdad pensabas cazarlos? —insistió Paul, fascinado.

David profirió un gruñido de indiferencia, y señaló los bolsos para que los cogieran, braceando después hacia la puerta. Paul y Javier compartieron una mirada de extrañeza al ver que se dirigía al garaje, la nave aneja a la parte de atrás de la casa, pero acabaron aferrando los bolsos para salir corriendo tras él. Al llegar observaron su proceder con asombro, pues él, tras encaramarse a una de las vigas, a la que trepó como un chimpancé para recuperar una llave que tenía escondida, había acudido al cobertizo donde su padre guardaba la moto y había abierto la puerta como si aquello fuera una rutina diaria. Sus rostros se tiñeron de desconcierto cuando abrió el portalón de par en par, señalando el interior para que pudieran ver lo que había, apenas un bulto cubierto por un toldo gris que David señaló a su hermano para que lo apartara. Al ver que él no reaccionaba, impaciente, tiró de una de las esquinas de la lona para dejar al descubierto lo que siempre había estado allí: una cortadora de césped que llevaba años escacharrada.

- ¿Y ahora qué? —le dijo su hermano con sorna.
- Apártala —le pidió, obviando su tonillo burlesco.

David chasqueó la lengua con impaciencia al ver que su hermano no estaba dispuesto a prestarse a su juego, y tiró con fuerza de las manetas de la cortadora para arrastrarla hacia un lado. Después pateó uno de los tablones de la tarima sobre el que había descansado la cortadora para apartarlo, dejando al descubierto un escondrijo en el que podría caber la moto. Cuando ambos echaron el

cuerpo hacia delante para ver qué había al fondo, pudieron observar varios bolsos como los que ellos acababan de dejar en el suelo.
- ¿Eso lo has hecho tú? —preguntó su hermano, tartaleando con asombro.
- El verano pasado, cuando os llevasteis a la abuela a visitar a su hija Elena —asintió su hermano, sonriendo satisfecho.

David se arrodilló y comenzó a extraer los bultos, todos ellos bastante pesados. Cuando acabó la faena se puso en pie, y recorrió sus rostros, disfrutando del pasmo que mostraban. Poco tardó en darse cuenta de que aquella especie de catarsis que tenía a su hermano boquiabierto no la había provocado el contenido de aquel zulo, y alzó una mano hacia su espalda, pero Javier rechazó el gesto, apartándose como si temiera que lo golpeara.
- ¿Qué ocurre? —le dijo, pese a que lo imaginaba.
- ¿Qué recuerdas? —preguntó Javier con desconfianza, mirando a Paul para ver si él se había dado cuenta.

David se vació en un largo suspiro, y le apartó la mirada, pero Javier lo aferró de un brazo, zamarreándolo para que respondiera.
- Nada —replicó con dureza, zafándose de un manotazo.
- Entonces, ¿cómo sabes eso?
- Llevaba meses vigilando la casa —reconoció, meneando la cabeza hacia los lados para hacerle ver que continuaba sin recordar nada—. Pasé el verano acampado cerca de aquí, eso es todo.
- ¿Vigilándonos? —preguntó con sarcasmo.

David se revolvió, y lo encaró con coraje.
- ¡Protegiéndoos! —alzó la voz—. Esa gente no habría dudado en torturaros si hubiesen tenido la menor sospecha de que sabíais que continuaba vivo.
- Eso es cierto, es lo que piensa la policía —le dijo Paul para que se calmara.
- Aproveché que la casa estaba vacía para registrar las cosas de la abuela, todos sus recuerdos. En uno de los portarretratos había una dedicatoria, entonces fue cuando supe que mi padre tenía dos hermanos mellizos.

- Elena y Andrés —musitó Javier, agachando la cabeza para escapar de su mirada—. Mamá no tiene hermanos —añadió al caer en la cuenta.
- Lo sé, y también sé que su madre falleció hace unos meses.

Javier pudo advertir que los ojos le brillaron como si acabara de recordar algo que nunca se fue del todo, como si una emoción súbita estuviera a punto de desbordarlos, y separó ambos brazos en busca de su regazo, esperando un gesto que lo invitara a tocarlo. David se dejó abrazar, mirando a Paul por encima de su hombro, hasta que la emoción lo doblegó, y lo atrajo hacia sí suavemente, cerrando los ojos a la espera de alguna señal que estimulara sus recuerdos, sin embargo, ni siquiera aquel aroma a hogar que había encontrado en casa de sus padres, y que también impregnaba su ropa, pudo regalarle la menor remembranza. Vacío, decepcionado, se limitó a apretujarlo, cada vez con más fuerza, disfrutando de la certeza de que ese momento sí iba a quedar grabado en sus recuerdos. Javier se sintió incómodo con un gesto al que no estaba acostumbrado, pero se dejó envolver por aquellos brazos que tantas veces lo habían alzado de niño, tan emocionado que le costó contener las lágrimas. Poco después, tras un largo suspiro, se separó y le pidió disculpas.

- Pronto acabará todo —le dijo David, perdido en la profundidad de sus ojos, ansiando un destello que lo situara en su memoria en otros tiempos—. No recuerdo nada —dejó escapar en un susurro, como un lamento que aullara desde el interior de sus entrañas—, pero esto lo echaba de menos —le aseguró, echándose de nuevo en sus brazos al tiempo que le zurraba la espalda con guasa.

Javier Alería se dio cuenta enseguida de que era víctima de sus bromas, y lo apartó de un empujón, sonriendo avergonzado al ver que Paul se echaba a reír al advertir su reacción.

- Venga, apresuraos, que hay que volver a esconder esto.
- ¿No piensas mostrarnos lo que hay dentro? —Paul señaló los bolsos con un atisbo de decepción titilando es sus ojos.

David dudó un instante, pero le bastó aquella mirada para entender que había sido él quien lo había involucrado, y que merecía

un gesto de confianza.

- Pensaba entregarlo a la policía cuando todo acabara, pero, de momento, prefiero conservarlo, al menos hasta asegurarme de que nadie va a volver a hostigarnos —le dijo, señalando los bolsos para que los abriera.

Paul agradeció el gesto con una sonrisa, pero vaciló. Por un instante cruzó su mente la idea de que, si volvía a ocultarle algo así a su hermano, la relación que habían mantenido hasta entonces podría quebrarse irreversiblemente, y decidió que no merecía la pena. Javier, en cambio, no tuvo dudas, y sucumbió a la curiosidad, dejándose caer de rodillas sobre la tarima. La cremallera del primer bolso se abrió con un sonido áspero, aunque sin la menor oposición. La lona sonó acartonada cuando la separó, dejando en el aire un ligero tufillo a humedad, pero cuando la abrió de par en par, este viró enseguida hacia el característico olor a aceite de engrase.

- ¿Qué hay? —se impacientó Paul al ver que se recreaba en la fascinación de lo que había descubierto.

- De todo —le dijo Javier, volviéndose para interrogar a su hermano.

- Son municiones para… —repuso David, señalando con un brazo el resto de bolsos.

Javier comenzó a vaciar el contenido del primer bolso, dejando sobre la tarima unas cuantas cajas de cartón sobre las que había impresa la fotografía de una bala y su calibre, 9x19 mm Parabellum. En el reverso de una de ellas pudieron ver que aparecía una marca de verificación en color verde junto al detalle: Homologación 9 mm OTAN.

- Esas son para las cortas —le dijo David al ver que giraba la caja, atisbando con curiosidad todas sus caras—. Son para las HK USP CS. —Al ver que ambos se giraban despacio, y se quedaban mirándolo con seriedad, se echó a reír. Después, a modo de aclaración, añadió —: Me refiero a las Heckler & Koch USP Compact/Standard.

- Me quedo más tranquilo —ironizó su hermano, presto a mirar el interior de otro de los bolsos.

Allí encontró un par de fusiles desmontados y más munición, esta de 5,6 mm, y varios cargadores.

- Ese es un 417 —le dijo al ver que sacaba uno de los fusiles, sopesándolo—. Es lo último que ha adquirido el Ejército, uno de los mejores fusiles de asalto.
- ¿Y cómo es que tú has podido agenciarte uno de estos?
- Tengo varios —aseguró, quitándole importancia—. Solo es cuestión de pasta, y nosotros teníamos bastante —añadió burlón, señalando el bolso en el que se encontraba el dinero.

David cayó en la cuenta en ese momento de que no debía de haber hecho aquel gesto delator, pues advirtió que Paul le lanzaba una mirada suspicaz, pero se dijo que ya no tenía importancia, dado que, si tenía intención de traicionarlo, lo haría igualmente, con dinero o sin él, y se lo mostró.
- ¡Joder! —exclamó Paul al ver los fajos de billetes asomar a la embocadura del bolso—. ¿Cuánta pasta hay ahí?
- No sé —dudó—, debería de haber más de un millón.

David vació el contenido del bolso en el suelo y comenzó a amontonar los fajos en grupos de diez. En unos segundos tenían ante sí doce montones de diez fajos cada uno con billetes de cincuenta euros, y aún quedaban por ordenar unos cuantos más con billetes de cien y doscientos. También una bolsa transparente a la que asomaban varios pasaportes y tarjetas de crédito.
- ¿Cuántos billetes hay en cada fajo? —preguntó Paul, poco interesado en los pasaportes.
- Cien.
- Entonces, ¿ahí hay ciento veinte fajos de cien billetes de cincuenta euros?
- Eso es, en total seiscientos mil euros.
- ¿Y ahí? —preguntó asombrado, señalando los fajos que habían quedado desperdigados por el suelo.
- Medio millón —repuso sin la menor reflexión.

David amontonó los fajos por grupos, dejando a un lado seis montones de cien euros, y a otro tres montones, estos de doscientos.
- Aquí hay otros seiscientos mil —dijo extrañado, mirando los tacos de doscientos, que aún no había contabilizado—. Pues había más de

lo que imaginaba.
- Un millón ochocientos mil —susurró Paul, observando los billetes con embeleso infantil.
- ¡Ah!, claro —exclamó David al caer en la cuenta de algo que no compartió.
- ¿Qué vas a hacer con todo ese dinero?, porque no puedes llevarlo a un banco —razonó Paul.
- Se lo entregaré a Defensa, pero a su debido tiempo. —Al ver que su hermano alzaba la cabeza para mirarlo, añadió—: Antes tengo que asegurarme de que dejan en paz a Casadiego.
- ¿Cómo que lo dejan en paz, a qué te refieres?
- Tenemos que asegurarnos de que se regulariza su situación. Ten en cuenta que ahora no tiene identidad, que para el mundo no existe.
- Entonces, ¿la inmobiliaria de la que vive? —irrumpió Paul, sorprendiéndolo con su perspicacia.
- Utilizaba una identidad falsa, de todos modos, la tapadera la gestionaba su esposa.
- ¿Y tú? —le preguntó su hermano.
- A mí nunca me dieron de baja, solo estaba desaparecido —le dijo David, guiñándole un ojo—. Después, al ver su expresión de desconcierto, sonrió, y señaló los bolsos para que volviera a introducir en ellos todo el arsenal que había desparramado por el suelo.

Paul reparó entonces en los cachivaches que Javier comenzaba a apilar, y le preguntó por ellos.
- Estas son granadas de mano —le dijo David, sopesando una de ellas, aunque al ver su gesto de pavor la dejó enseguida en el suelo. Después cogió un artilugio parecido, y se lo mostró—. Esta es una granada aturdidora, son muy prácticas en maniobras de asalto.
- ¿Y esa? —se interesó al ver una que parecía una lata de refresco.
- Esa es una granada incendiaria —acompañó a un gesto de repulsa.
- ¡Hostias, un dron! —advirtió Paul.

David sonrió a su expresión de asombro, y se dispuso a sacarlo del bolso para que lo vieran.

- ¿Y este aparato? —le preguntó su hermano, aferrándolo con cautela para mostrárselo. ¿Es para manejarlo?
- No, eso es un inhibidor de frecuencia, el dron se controla desde el portátil, bien por coordenadas o por instrucciones de seguimiento.
- Ya sé, fijas un objetivo y ya no suelta la presa.
- Eso es, solo que este tiene la particularidad de que cuenta con una cámara térmica capaz de registrar cambios de temperatura de un grado a más de cien metros, además, es tan silencioso que podría sobrevolar nuestras cabezas sin que nos diéramos cuenta.

David armó el aparato para que pudieran verlo, y después lo desmontó para volver a introducirlo en el bolso.

Javier no descansó hasta que vio la tarima en su sitio y el cortador de césped sobre ella.

- Si papá descubre esto, estamos jodidos —le dijo, señalando con los ojos las múltiples huellas que habían dejado.
- No te preocupes, no imaginará que tengo aquí otro escondrijo, además, él hace meses que no entra en este cobertizo.

Javier se vio obligado a asentir al ver que David se quedaba mirándolo, y se dirigieron de nuevo hacia la casa. Una vez se aseguraron de que dejaban todo tal y como lo habían encontrado, se dispusieron a partir hacia Rascafría.

- ¿Qué ocurre? —preguntó Javier a su hermano al ver que no terminaba de entrar en el coche, mirando hacia la espesura que rodeaba la casa.
- Las trampas —musitó David, conformando un gesto de duda.
- ¡Qué más da!, ya tendrás tiempo de quitarlas.

David se encogió de hombros, y brincó al asiento, señalando al frente con entusiasmo.

En cuanto el coche enfiló la carretera, un todoterreno sin distintivos que aguardaba a apenas doscientos metros, oculto bajo un pinar, se puso en marcha, y se acercó despacio hacia la casa. Al llegar, los dos ocupantes de las plazas traseras descendieron apresuradamente, y se dirigieron al garaje a la carrera. El chófer se apeó también, pero dejó el motor en marcha para que la refrigeración continuara funcionando, en tanto el copiloto observaba

a través del cristal lo que ocurría fuera. Poco después regresaron con uno de los bolsos que David acababa de dejar en el zulo del cobertizo, y lo alzaron para que el copiloto pudiera ver su contenido. El hombre hizo descender la ventanilla, y lo observó un instante, sonriendo con malicia.

- Vigilad los alrededores, hay que comprobar que no se le haya ocurrido colocar algún artilugio extraño, no vayamos a volar por los aires.

- A la orden, señor —rugieron ambos, saliendo de estampía hacia la arboleda que circundaba la casa.

Apenas cinco minutos después regresaron, acalorados por el apremio, y le mostraron lo que habían fotografiado con los móviles.

- ¡Joder con el mocoso!, pues sí que es listo.

- Le enseñaron bien, esos cabrones —dijo el chófer, haciendo que rieran.

- Bueno, vamos a tomar un café mientras viene la caballería con la parafernalia, todo esto tiene que estar limpio antes de que regrese la dueña.

- A menos de trescientos metros al sur hay un bar —dijo el chófer—, no sé si nos dará tiempo, la tropa aguardaba en una gasolinera que hay en el cruce de la M-629.

- Bien, vamos para allá —repuso tras consultar su reloj de un vistazo.

Apenas habían tenido tiempo de degustar los cafés cuando vieron pasar los vehículos, obligándolos a salir a su encuentro a la carrera.

- Capitán —saludó el sargento que comandaba el operativo de limpieza cuando alcanzaron la casa.

- Ha colocado trampas por los alrededores, en un perímetro de cien metros, pero no hay que preocuparse, no ha puesto cargas —le dijo uno de los soldados, mostrándole las imágenes.

- No os confiéis, puede que no las haya retirado todas.

- No llegó a colocar ninguna, al menos es lo que parece.

- Bien —asintió el capitán—, pero id con cuidado.

El capitán señaló el garaje para que lo condujeran, y se internó en el cobertizo tras el soldado. El zulo se encontraba ya vació, con el

contenido de los bolsos sobre la tarima, bien ordenado.
- ¿Ahí está el dinero? —supuso al ver que uno de los bolsos se encontraba aparte.
- Así es, señor —dijo el soldado, que se apresuró a abrirlo para mostrarle el contenido—. Aparentemente, hay un millón ochocientos mil euros, y también están los pasaportes, todos de los nuestros.
- Bueno, pues con esto creo que ya está todo —musitó el capitán, que dio su plácet con un meneo de mentón para que se lo llevaran al coche.
- ¿Todo?, señor —acompañó el soldado a un gesto de extrañeza—. El total extraído de las cuentas fueron dos millones —aclaró, dando por hecho que se trataba de un simple lapsus.
- Uno con ocho, aquí —dijo el capitán, señalando el bolso—, pero a eso hay que añadir los cincuenta y cinco mil que dejó en el coche de su hermano, y cincuenta más que metió el otro día en una cuenta de una tal María Josefa Fernández.
- Entonces solo faltan noventa y cinco mil.
- Supongo que esa es la cantidad que se ha gastado en todo el tiempo que ha estado huyendo de esa gente.
- ¿El material? —preguntó el soldado tras un gesto de asentimiento, señalando con un brazo los fusiles.
- Llevadlos de inmediato a la armería para que investiguen su procedencia, y el dron al laboratorio técnico, a ver si pueden sacarle algo.

El capitán observó el proceder de los soldados, que se afanaron en la retirada del material, y después, cuando hubieron colocado el cortacésped sobre la tarima que cubría el zulo, salió afuera para refugiarse en el coche, pues el calor arreciaba con fuerza.
- Señor, tendremos para un buen rato —le dijo el sargento, que regresaba del bosque con unas cuerdas.
- Bien, entonces me marcho, si hay novedades…
- A la orden, capitán —se cuadró el joven.

El chófer brincó tras el volante al ver que el capitán se subía al vehículo, y puso el coche en marcha, pero en cuanto asomó a la carretera se vio obligado a pegar un frenazo, pues un vehículo

giraba en ese momento para acercarse a la casa, y casi chocan de frente. El capitán descendió del todoterreno rápidamente, y se acercó al vehículo, cuyo conductor lo miraba con ojos de espanto, sin terminar de reaccionar al gesto que le hacía para que hiciera descender la ventanilla. Una vez se hizo entender, colocó las manos como garras sobre la puerta, y asomó al interior para ver quién lo acompañaba.

- ¿Qué tal? —saludó, esbozando una sonrisa traviesa— ¿Habéis olvidado algo? —preguntó burlón, alternando la mirada entre ambos hermanos.
- ¿Cómo dice? —balbuceó Javier.
- Que si habéis olvidado algo, como os acababais de marchar…
- Los bañadores —le dijo Paul con ingenuidad.
- Bien, bien —musitó el capitán, palmeando la puerta. Después llevó la mirada hacia atrás, y se dirigió a él—. No olvidéis que mañana tenemos una cita a las doce, no hagáis esperar al ministro.

# 59

David observaba las prendas que colgaban del perchero cuando su madre asomó a la puerta, golpeando suavemente con los nudillos para hacerse notar. Se revolvió rápidamente, como si lo hubiesen sorprendido fisgando, y se quedó mirándola con una sonrisa avergonzada.

- ¿Puedo pasar? —preguntó ella, sonriendo a su vez al imaginar que hurgaba en el armario con indecisión.

- Claro —repuso él.

- De haberlo sabido podríamos haber salido a comprar algo, pero ya es tarde. —Nadia se acercó al armario, y separó las perchas de las que colgaban las camisas. Sacó una y se la colocó sobre el pecho—. Esta es preciosa, aunque no sé si te estará bien, creo que has adelgazado. Te irá bien con el pantalón gris, es el que más te gustaba. Si te apetece llevar corbata, tu padre tiene un montón que no usa nunca, ya te dije que tu abuela le regala una cada Navidad. —Se volvió hacia el armario y se quedó mirando las prendas, suspirando con nostalgia—. Estaban en casa de tu abuela, pero las traje aquí. Algunas zapatillas las tiré, pero los zapatos buenos están abajo, supongo que seguirán gustándote, siempre fuiste muy caprichoso para el calzado.

- Sí, ya los he visto, me gustan, sobre todo estos —repuso David, lanzándose al suelo para abrir el cajón de los zapatos.

- Te los compraste para la graduación, costaron un dineral, pero te vi tan ilusionado… —dijo ella al ver que rescataba los Oxford Carmina que tanto le gustaban—. Ahora se llevan de punta recta, aun así, nunca se pasan de moda—. Soltó un suspiro y añadió—: son preciosos, tu padre lleva unos parecidos.

La mujer se vio obligada a agachar la cabeza para que no pudiera ver que una súbita emoción la había puesto al borde de las lágrimas, pero David intuyó enseguida que su entereza se desmoronaba, y la acunó en sus brazos.

«No vamos a una boda», refunfuñaba Javier, asomando a la puerta con una percha en la mano, cuando vio a su madre abrazada a su

hermano, sollozando, y se quedó paralizado.
- ¿Qué ocurre? —musitó, alzando una mano hacia su espalda.
- Los zapatos de la graduación, que conservan toda la carga emocional que despertaron en su momento, y ahora provocan un efecto tan evocador que comenzamos a valorar el dineral que costaron —le dijo su hermano.
- Joder, tío, para haber aprendido a hablar hace poco, te expresas como un feriante.

Su madre sonrió, recomponiéndose en un instante, y atendió las dudas de su hijo pequeño, que venía con una camisa blanca.
- Papá quiere que vayamos de corbata —protestó Javier entonces.
- Tienes razón, es un evento importante, pero el protagonista es tu hermano, no debemos acudir como si fuéramos a la gala de los Goya. Ponte lo que quieras, en el armario están todas tus cosas —dijo mirando a David, y abandonó la habitación para dejarlos a solas.
- Ve con ella —le pidió David, aún no está preparada para todo esto.
- ¿Y tú? —preguntó Javier, señalando el armario.

David se encogió de hombros, y le mostró los zapatos.
- Son una horterada, con el calor que hace tenemos que ir en bermudas, y con unas zapatillas cómodas.

Media hora más tarde aparecieron en el salón con bermudas, azul claro Javier, beige David, y cinturones marrones a juego con los mocasines. Unos niquis claros de Dutti completaban el atuendo, veraniego y sobrio. La abuela se apartó las gafas de los ojos para poder observarlos, mirando después a su nuera con un gesto de aprobación. Su padre no dijo nada, pero a sus labios asomó una sonrisa.
- Vamos, que como pillemos un atasco llegaremos tarde —dijo la abuela para rescatar a su nuera de la emoción que le había provocado observar de aquella guisa a sus hijos, temiendo que soltara unas lágrimas que le descompusieran el rímel.
- ¿Te ayudo? —se apresuró Javier al ver que le costaba levantarse.
- No sé para qué me han invitado, con lo bien que estaba yo en casa —rezongó la mujer, aferrando las manos que le ofrecía su nieto.

- ¿No quieres ver cómo le dan una medalla a tu nieto? —bromeó su hijo.
- ¿Otra más?, ¿no tiene bastantes con las que hay en casa?
- Bueno, esta va a ser diferente —le dijo su nuera, sonriendo a su exabrupto, pues sabía que bromeaba—. No se trata de una medalla, sino de una disculpa oficial, además, de boca del propio ministro de Defensa.
- Claro que sí, hijo —repuso ella, pellizcándole la mejilla a David.

Mateo Alería comandó el cortejo que se dirigió al garaje, en donde aguardaban los tres coches de la familia.
- Vais a ir un poco apretados —dijo a su esposa al ver que ella ayudaba a la abuela a acomodarse en el asiento del copiloto.
- Nosotros iremos en el de Javier —dijo David, mirando a su hermano para que secundara su propuesta.
- Está bien —accedió su padre a regañadientes.

Los hermanos se subieron al coche, y partieron a toda pastilla sin esperarlos.
- No te preocupes —le dijo Mateo a su esposa—, sé a dónde van.
- Por fin voy a conocerla —repuso ella, asintiendo.
- Tenemos mucho que agradecerle —dijo la abuela, señalando hacia el frente para que avanzara de una vez—. Venga, vamos a ese Ministerio, a ver qué milonga nos cuenta esa gente.
- Ya he hablado con ellos largo y tendido —le confesó su hijo—. Ahora solo van a agradecer el esfuerzo que han hecho todos los grupos que han intervenido en la operación, los detalles personales no se tratan en una recepción ministerial.
- Espero que no me hayan dejado la casa patas arriba —gruñó la mujer.
- No te preocupes, el capitán me ha asegurado que dejaron todo tal y como estaba.
- ¿Y qué va a ser ahora de mi nieto?
- Esa es una de las cosas que va a anunciar el ministro. Ahora que nos hemos asegurado de que David ya no esconde nada, todo será más fácil, ten paciencia.
- Ya he tenido bastante paciencia durante cinco años.

Carmen se dio cuenta enseguida de que aquella afirmación que acababa de hacer podría malinterpretarse, otorgando a sus palabras una insidia que distaba mucho de lo que ella había pretendido ofrecer, e intentó volverse hacia atrás para disculparse con su nuera, pero los años no le permitieron la maniobra. Nadia se dio cuenta de que intentaba revolverse, y alzó una mano para posarla sobre su hombro.

- No te preocupes, mujer, ya está en casa, que es lo importante.

- Lo que más me fastidia es que tu madre no haya podido vivir para ver este momento —replicó la abuela.

El silencio que prosiguió a sus palabras hizo ver a la mujer lo inapropiado de su comentario, y volvió a echar la mano hacia atrás para disculparse. Nadia se la cogió, y se la llevó a los labios, agradecida por que siempre la tuviera en sus recuerdos.

- Si supiera que David ha olvidado el árabe, le daría algo —irrumpió Mateo, esperanzado en sacarles una sonrisa que las apartara de una vez de aquel bucle emocional que las tenía al borde del llanto a cada instante.

Por fortuna, el comentario surtió el efecto esperado, y a partir de ese momento se enzarzaron en una conversación más distendida, recordando momentos más amables.

Cuando alcanzaron la sede del Ministerio, en el Paseo de la Castellana, pudieron ver a dos agentes de la Guardia Civil a las puertas de la entrada principal, controlando el acceso. Mateo Alería introdujo el vehículo hasta la garita, e hizo descender la ventanilla para hablarle al agente que se acercaba.

- Venimos a una recepción con el ministro, me dijeron que podría aparcar dentro.

- ¿Es usted…? —el agente consultó una carpetilla en la que tenía registradas las matrículas de varios vehículos, y volvió a mirarlo para dedicarle una sonrisa.

- Mateo Alería —se apresuró a aclararle.

- Si son tan amables de mostrarme su documentación… —El agente aguardó con paciencia a que rescataran sus carnets de identidad, él de su cartera, y ellas de los bolsos de mano. Cuando los hubo

identificado, se llevó una mano a la visera de la gorra y señaló el interior del patio—. Puede aparcar ahí, y pasen al interior, un bedel los conducirá a la sala.
- Mis hijos llegarán en unos minutos, no sé si dejarán el coche por ahí o se acercarán hasta aquí.
- Si están en la lista de invitados, podrán aparcar dentro.
- Muy bien, muchas gracias. ¡Ah!, una cosa —le dijo, haciendo que se detuviera en seco—. Hay una mujer que acompañará a mis hijos que puede que no esté en esa lista. Sé que se llama María Josefa, pero no recuerdo su apellido.
- No se preocupe, cuando se identifique pediré autorización, no creo que haya problema.
- De acuerdo, muchas gracias.

Tal y como el agente les había asegurado, un bedel salió a su encuentro apenas dejaron el vehículo en el aparcamiento, y los condujo al interior. Allí tuvieron que dejar cuanto llevaban encima en la cinta del escáner y pasar bajo un arco de seguridad, aunque el trámite apenas les llevó un par de minutos.
- ¿Habías estado alguna vez aquí? —preguntó Carmen a su hijo al ver su desenvoltura.
- Hemos hecho algunos trabajos en este edificio, remodelación de algunas salas y despachos, pero de eso hace varios años, ya casi no lo recordaba.
- Es muy bonito —le dijo su nuera, sonriendo nerviosa.

El bedel los condujo hasta un portalón tras el que escapaba un murmullo de enjambre, y, tras abrir ambas alas, se apartó para que entraran.
- ¡Hombre!, ya están aquí —dijo el comisario Albuena al verlos, acercándose con un brazo en alto—. En cuanto los saludó, se giró hacia el director general de la Policía, que se acercó raudo al darse cuenta.
- ¿Y el muchacho? —preguntó Patricio Del Valle tras las presentaciones protocolarias, revolviéndose hacia la puerta.
- No creo que tarde en llegar, fue con su hermano a Colmenar en busca de doña Josefa, la mujer que ha dado cobijo a mi hijo estos

últimos meses.
- No te preocupes, aún faltan quince minutos —le dijo Albuena tras lanzar un vistazo a su reloj.
- El Consejo de ministros acabó a las once, lo más probable es que el ministro llegue antes de lo esperado —repuso el hombre con inquietud.

Mateo Alería sonrió a Frízer, que se encontraba en un corrillo al otro lado de la sala junto a la inspectora Rodríguez y dos compañeros de la Unidad. Albuena lo advirtió, y les propuso acercarse.

Una vez se saludaron todos, Nadia se aproximó a Silvia para hablarle al oído. Ella imaginó que iba a darle las gracias por haberle devuelto a su hijo, y sonrió, presta a escucharla.
- ¿Dónde está el hermano del inspector Frízer?
- ¡Ah!, Paul —dijo ella, forzando una sonrisa para que no advirtiera su contrariedad—. Ya tenía que estar aquí, hace un buen rato que se fue con el capitán García. Cuando el hombre le dijo que si quería ver las dependencias, salió corriendo tras él como un chiquillo.
- Ah, temí que no viniera, como mi hijo me dijo que el ministro había pedido conocerlo...

Las puertas se abrieron en ese momento de par en par, haciendo que todos se revolvieran hacia la entrada, dando por hecho que quien iba a hacer su aparición era el ministro, sin embargo, a quien vieron entrar fue a un tipo vestido de militar, con su gorra bajo el brazo.
- ¡Jesús!, con tanto peso lo mismo se da de narices contra el suelo —susurró la abuela al ver la cantidad de condecoraciones que lucía en el pecho, haciendo que Silvia se viera obligada a reprimir la risa.
- ¿Quién es? —preguntó Nadia, extrañada, pues el talle espigado de aquel hombre distaba bastante del que presentaba el ministro, a quien conocía de verlo en los telediarios.
- ¡Coño!, pero si es el coronel Fernández Moro —cayó en la cuenta Silvia al ver que cojeaba ligeramente. Después se vio obligada a inclinarse sobre Nadia para cuchichearle, pues el coronel se acercaba

a ellos y temía que la oyera—. Es el militar al que secuestraron esos tipos.
- Me alegra que hayan podido venir —dijo el coronel al plantarse ante ellos, mirándolos sonriente.

Mateo Alería respondió al saludo que el hombre le ofrecía con un brazo en alto, y después se volvió hacia su esposa para presentársela. El coronel fue estrechando la mano uno a uno, hasta que ya no quedó nadie a quien saludar, y consultó su reloj.
- Debe de estar al llegar —le dijo Del Valle, el director de la Policía.
- ¿No iba a venir el general Vallejo? —preguntó el coronel, girando la cabeza en su busca.
- Estará de tertulia en la tele —dijo Del Valle, provocando sonrisas en los que entendieron el chiste, y miradas de extrañeza en los demás.
- Bueno, sentémonos, el señor ministro llegará de un momento a otro —propuso el coronel—. Ahora está en su despacho, atendiendo unos asuntos, pero bajará enseguida —le dijo a Del Valle al ver que el hombre dudaba.

El coronel se colocó junto a la primera fila de sillas, alzando un brazo hacia los Alería para que fueran ocupando los asientos que les habían reservado. Después señaló a Del Valle, dando a entender que aquella fila era para el departamento de policía. Cuando todos se hubieron acomodado, él se sentó detrás, a la espera de que llegara el capitán García.
- ¿Dónde está mi hermano? —preguntó Frízer, revolviéndose incómodo en la silla.
- Tranquilo —le dijo Silvia—, se fue con el capitán García.
- ¡Cómo que se fue!, ¿a dónde?
- Supongo que a enseñarle su despacho —respondió ella con despreocupación, sonriendo a su gesto de asombro, aunque obligada a posar una mano sobre su brazo para que se calmara.

¡«Buenos días, señoras y señores!», se oyó una voz firme proveniente de la entrada, haciendo que todos giraran la cabeza. El saludo lo había proferido un militar que entró precipitadamente en la sala, y que, al igual que el coronel Fernández Moro, lucía sus

mejores galas y un buen puñado de condecoraciones. Antes de apostarse ante el atril reservado a los ponentes hizo una ligera genuflexión hacia la bancada que ocupaban los Alería, y después mostró a todos una sonrisa de anuncio de dentífrico.

- Buenos días —repitió en voz alta—, soy el comandante Martínez Losada, secretario del ministro. Ante todo, quiero agradecer su presencia, y también su paciencia —añadió, lanzando un mordaz vistazo a su reloj.

- ¿Ha llegado ya el señor ministro? —preguntó el coronel.

- Llegará en breve —le respondió el secretario, acercándose para hablarle. Se acomodó a su lado y le dijo al oído—: Tenía que departir unos asuntos con el capitán García, pero me ha ordenado sutilmente que me largara. No sé qué diablos se traen entre manos, pero no me fío.

- Tranquilo, con Varela y Serrano fuera de juego, ya no hay de qué preocuparse.

- Eso espero.

El hombre regresó al atril, y presentó a patricio Del Valle, director general de la Policía. Cuando este se puso en pie, volvió a la bancada junto al coronel Fernández.

El director general de la Policía dio comienzo entonces a la lectura de un pequeño panegírico sobre las personas que habían conformado el operativo de búsqueda de David Alería durante todos aquellos años. Mientras hablaba, un murmullo creciente comenzó a llegar desde el otro lado de la puerta, e incluso en ocasiones venía acompañado de risas, de modo que el hombre aligeró su alocución, incómodo, aunque sin atreverse a interrumpirla. Al terminar, el jolgorio era tal que el secretario no tuvo más remedio que acudir a la puerta para ver qué ocurría. Cuando abrió pudo ver un corrillo de gente que rodeaba al ministro, envueltos en una embarullada charla que fue decreciendo poco a poco, conforme los participantes se iban dando cuenta de que eran observados desde la sala. Entonces, el ministro puso un brazo en jarras para que doña Josefa lo enlazara, y entraron en la sala, seguidos por los hermanos Alería, Paul y el capitán García.

- ¡Buenos días a todos! —saludó el ministro—. ¿Pero qué hacéis ahí sentados?, esto no es un velatorio —gritó campechano—. Venga, vamos a tomar un aperitivo, que ya va siendo hora.

El secretario lanzó una mirada suspicaz al coronel, pero a un gesto de este brincó de la silla y salió en busca de los camareros del cáterin.

- Proceded —ordenó al ver a uno de ellos aguardando tras la puerta.

El camarero se dispuso a correr unas puertas correderas plegables, dejando a la vista otra sala paralela en la que había dispuesta una gran mesa alargada sobre la que descansaban infinidad de canapés y entremeses. Dos camareros más aparecieron entonces con bandejas de bebida, que fueron repartiendo por los comensales.

Nadia Percal se acercó a doña Josefa, y le cogió las manos.

- Gracias por cuidarlo —le dijo.
- Ese joven me ha dado la vida —repuso ella, emocionada—. Si no hubiera estado él cuando murió mi marido…
- ¿No tiene hijos? —supuso Nadia.
- Tuve dos hijas, pero las perdí hace mucho tiempo.

Nadia entendió que habían fallecido, y le dijo cuánto lo sentía, pero doña Josefa no quiso sacarla de su error. Se limitó a agradecerle el detalle con una sonrisa, y la cogió de un brazo para llevarla hasta donde se encontraba su hijo.

- A menudo sitio me has traído —le dijo doña Josefa a David, mirando hacia el artesonado del techo—. De haberlo sabido, me habría comprado un traje nuevo.
- Está muy guapa con ese vestido —le dijo David.
- Hacía años que no me pintaba —le confió a su madre, que sonrió al comentario.
- Está muy guapa —confirmó ella—. Venga, que voy a presentarle a mi suegra, que está deseando conocerla.

David la vio marchar en busca del corrillo en el que se encontraba su padre, y después se giró para observar el que conformaban el ministro y su secretario, junto al capitán García, el coronel Fernández, Del Valle, Albuena y los inspectores. Pensó que aguardaban su llegada, ya que advirtió que lo miraban, pero en ese

momento le apetecía más charlar con Paul y su hermano, que se encontraban en una esquina, devorando pinchos.
- Joder, tío, prueba este, está de muerte —le dijo Paul cuando lo vio acercarse, alzando el que engullía para que lo viera.
- ¿No hay birra? —preguntaba David en el momento en que se oyó un tintineo de copas, haciendo que se revolvieran.

Entonces pudieron ver que se trataba del ministro, que llamaba su atención para proponer un brindis. Cuando la sala quedó en silencio, el hombre se volvió para mirar a los inspectores de la policía, y comenzó un pequeño discurso.
- Antes de nada, debo decir que el presidente me ha comunicado que era su deseo poder acudir a este acto, pero otros compromisos le han impedido venir, así como al ministro de Interior, que es quien debería estar hablándoos en este momento, pero... como digo, tienen otros compromisos. De todos modos, me han pedido que os transmita su más profundo agradecimiento. Porque hoy no estamos aquí simplemente para celebrar el cierre de un caso espinoso que nos ha tenido durante años en vilo. Estamos aquí para honrar varios años de trabajo incansable, de perseverancia silenciosa y de compromiso inquebrantable con el derecho de una familia a saber qué ha ocurrido a uno de sus miembros cuando este ha desaparecido, como lo hizo David, cuya presencia aquí nos colma de alegría —dijo, dedicándole una sonrisa antes de proseguir—. Durante este tiempo afrontamos incertidumbre, frustraciones y momentos en los que el camino parecía agotarse, pero nunca se agotó vuestra voluntad —Alzó su copa hacia el corro que conformaban los inspectores—, nunca se quebró vuestra convicción de que cada pista, por pequeña que fuera, merecía ser seguida. Porque detrás de cada expediente hay una familia esperando respuestas —Entonces miró a Mateo Alería y a su esposa, aunque enseguida llevó sus ojos de nuevo hacia los inspectores—, y detrás de cada jornada interminable hay un equipo que no sabe rendirse. Habéis demostrado que la labor policial no se mide solo en resultados inmediatos, sino en la constancia diaria, en la disciplina cuando nadie observa y en la lealtad al deber incluso cuando el

reconocimiento tarda en llegar. Este caso de desaparición, que durante cinco años puso a prueba vuestra paciencia y vuestra resistencia, hoy se ha resuelto satisfactoriamente gracias a vuestra entrega. No fue la casualidad la que os condujo hasta aquí, fue el trabajo metódico, la coordinación, el análisis riguroso y, sobre todo, la determinación colectiva. Por eso, y creo que hablo en nombre de todos, me siento profundamente orgulloso de cada uno de vosotros. Habéis honrado la institución que representáis, su uniforme, y, lo más importante, el compromiso que tenéis con la sociedad. Espero que esta resolución no sea solo el final de una investigación, sino el recordatorio de lo que sois capaces de lograr cuando la constancia supera al desaliento. Gracias por vuestra dedicación. Gracias por no rendiros. Y gracias por demostrar que, aunque la justicia puede tardar, cuando se persigue con integridad, siempre encuentra su camino. Enhorabuena.

Cuando el ministro alzó la copa, la sala quedó sumida en un profundo silencio, hasta que el sonido del cristal dio paso a un jolgorio distendido que volvió a repartir a los comensales en diferentes grupos. El único que no encontró refugio fue el director general de la Policía, que quedó solo en una esquina, más mustio que una amapola en otoño. Albuena se dio cuenta, y se acercó.

- ¿Qué ocurre? —le preguntó con manifiesta sorna.

- Menudo chupacámara está hecho este tipejo —le susurró, cuidándose de que nadie más le oyera.

- ¿No te ha gustado el discurso? —repuso Albuena con toda la causticidad de que fue capaz.

- Hay que ser muy cabrón para soltar esa monserga después de lo que le hicieron a ese muchacho. Además, si hay alguien aquí autorizado para destacar la oficiosidad del Cuerpo, ese soy yo, que por algo soy el director general, o el ministro de Interior, que no habría estado de más que se hubiese presentado aquí para nivelar la balanza. ¿Sabes?, en realidad deberías haber sido tú el que hubiera soltado un discursillo, que eres quien ha dirigido la operación. A quien tendría que agradecer algo ese tipejo es a los militares, y ya ves a dónde nos condujeron.

- Bueno, el capitán García —dijo Albuena, señalándolo con los ojos para que supiera a quién se refería—, también ha hecho un buen trabajo.
- No sé si ha sido muy leal —bufó Del Valle con sarcasmo.
- Más de lo que imaginas —repuso el comisario, haciendo que se revolviera extrañado—. Desde el primer momento llegamos a un acuerdo. El hombre precisaba discreción, porque sabía que el enemigo estaba en casa, y me pareció interesante lo que proponía. De hecho, tanto él como nosotros hemos logrado lo que buscábamos.
- Nosotros hemos logrado recuperar al muchacho sano y salvo, ¿pero ellos…?
- Ese hombre ha logrado recuperar el dinero birlado a Defensa, y el helicóptero, que no es moco de pavo, aunque me consta que le ha dolido mucho que hubiera bajas, sobre todo los dos civiles que se vieron envueltos en el asunto sin tener nada que ver.
- En fin —suspiró Del Valle—, voy a saludar a la familia del joven, supongo que estarán esperando que me disculpe.

Albuena asintió, observando el corrillo en el que se encontraban los Alería, que departían entre risas con las abuelas, imaginando que les contaban anécdotas de la infancia de sus hijos. No pudo evitar fijarse en la madre de David, una mujer totalmente diferente a la que él había conocido cuando apareció por primera vez en la comisaría, hacía ya casi cinco años. Después llevó la mirada hacia Mateo Alería, que en ese momento era el vivo reflejo de la felicidad. Entonces inspiró profundamente, y soltó el aire despacio para vaciarse en un suspiro silencioso, de esos que dejan en paz el alma.
- Albuena —oyó que lo llamaba el capitán García, alzando su copa para que se acercara al tiempo que se alejaba del grupo en el que se encontraba el ministro con su secretario y el coronel Fernández.
- ¿Y Casadiego?
- Le he pedido que no viniera, pero no te preocupes, ya está todo preparado —le dijo, mirando a los muchachos para que pensaran que le hablaba de ellos.
- Bien, pues vamos a ello —asintió Albuena.

El capitán acudió al pasillo e hizo entrar al fotógrafo de la oficina de prensa. El soldado accedió a la sala con su cámara, y se acercó al ministro para pedirle permiso.

- ¡Oh!, sí, así tendrán un buen recuerdo —accedió el ministro, separando ambos brazos para que los muchachos se colocaran a su alrededor.

El director general de la Policía se apartó sutilmente, y el coronel intentó seguirlo, pero el ministro lo buscó con la mirada. Al verlo parapetado tras los inspectores, lo llamó de viva voz para que posara junto a él y los muchachos. El coronel Fernández no tuvo más remedio que prestarse sonriente a lo que el ministro le pedía, aunque refunfuñando por dentro. Después fueron acudiendo los demás poco a poco para el posado oficial entre una bulliciosa algarabía.

El capitán García aprovechó el momento de confusión para enviar un mensaje, aguardando respuesta con el aparato encendido. Esta llegó enseguida, un pulgar hacia arriba con un contador de sesenta segundos. Entonces ladeó la pantalla para que Albuena pudiera verla, sonriendo satisfecho.

- Ya está —le dijo, nervioso—, es cuestión de segundos.
- ¿Y si no es él? —preguntó Albuena, mirando con disimulo al coronel Fernández.
- Eso espero —bufó García, siguiendo con los ojos la mirada del comisario—. De todos modos, el ministro me ha pedido que sea cauto, son buenos amigos, y le ha dolido mucho la sospecha.
- ¿Pero si no está allí…?

García iba a responder, pero vio que el contador se acercaba al final, y se apresuró a sacar de su chaqueta el teléfono de Alexander Barta, el malogrado piloto que aún se encontraba en la morgue del Gómez Huya, esperando que alguien lo reclamara. Marcó el único número al que aún no habían llamado, y esperó respuesta. Ambos tensaron el cuerpo al ver que daba señal, aunque nadie respondió. Tras varios tonos, la señal se cortó.

- Bueno, era de esperar —dijo García—. Ahora solo queda aguardar.

- ¿Cuánto tardarán? —quiso saber Albuena, impaciente, observando la bullanga del posado.
- Apenas serán unos segundos —intentó tranquilizarlo, pese a que a él le temblequeaban hasta las piernas.

Como ya se temían, desde el grupo del posado los llamaron para que se acercaran, y no tuvieron más remedio que prestarse a que los inmortalizaran. El fotógrafo cruzó una mirada con el capitán, que asintió para hacerle ver que todo iba bien, y se entretuvo toqueteando la cámara para dar tiempo al equipo de inspección a que registraran el despacho del coronel. Cuando se hubieron fotografiado todos, el capitán acompañó al fotógrafo a la salida.

- Bien, señor, voy a preparar las imágenes, en un minuto estarán en el Líbano.
- Muy bien —repuso el capitán, consultando su móvil—. Ve a ver cómo va la cosa, están tardando mucho.
- A la orden, mi capitán.
- ¿Qué te ha dicho? —preguntó Albuena cuando regresó a la sala.
- Aún no ha respondido —decía el capitán en el momento en que su móvil comenzaba a acalambrarle la mano, haciendo que se revolviera con sobresalto. Dio paso a la llamada rápidamente, y se llevó el aparato a la oreja—. ¿Sí?
- Señor, lo tenemos.
- ¿Dónde estaba?
- En el despacho del secretario.

Albuena observó con asombro la reacción del capitán, que se acercó a la otra sala para dejarse caer sobre una silla. Aguardó con impaciencia a que terminara de hablar, y después, al ver que bufaba con desaliento, se dejó caer a su lado.

- Bueno, al menos nos hemos sacudido la sospecha, además, al ministro le satisfará enormemente saber que no tenía por amigo a un delincuente —le dijo al imaginar que la operación no había dado el resultado que sospechaban.
- Me temo que la cosa es aún peor —le dijo García, restañándose el sudor de la frente—. El móvil estaba en el despacho del secretario, ahora lo están poniendo patas arriba.

Albuena rebulló con asombro, volviéndose hacia el corrillo en el que se encontraba el secretario, que reía rastreramente los chistes del ministro.

- ¿Y ahora qué hacemos?

- Pediré que lo detengan discretamente, ¿qué otra cosa podemos hacer? Si esto trascendiera, sería un desastre.

- En fin —suspiró Albuena, poniéndose en pie enérgicamente. Después alargó un brazo para ayudar al capitán a levantarse, y acudieron ambos al corrillo que comandaba el ministro. El capitán le hizo un gesto, que el hombre aprovechó para sacudirse la presencia de los militares. Se acercó al grupo en el que se encontraban los inspectores y los muchachos, y se despidió. Después acudió a la otra sala para poder hablar tranquilos.

- ¿Ya está? —preguntó cuando al fin pudieron alejarse, escrutando su mirada con ansiedad, y esperanzado en que todo hubiera sido un malentendido.

- Ya está, señor, aunque no es lo que esperábamos.

- ¿Y qué diablos esperábamos? —urgió, aferrándolo de un brazo.

- Se trata de su secretario.

- ¿Mi secretario? —gruñó incrédulo, rechazando a cabeceos el gesto asertivo del capitán.

- El móvil que respondió a las llamadas estaba en uno de los cajones de su escritorio. Ahora están registrando su despacho.

El ministro sintió como si le dieran un golpe en el pecho. La tarima firme de repente se volvió barro, y los pies se le hundieron en un tremedal fangoso que no podía soportar su peso. El capitán se vio obligado a aferrarlo para que se acomodara en una silla, temiendo que se derrumbara allí mismo.

- No puede ser, no puede ser —repetía una y otra vez, negando entre balbuceos.

El capitán imaginó su dolor. Sabía que aquel hombre había sido durante años su cómplice, su testigo, el refugio en sus malos momentos, aunque también, por desgracia, alguien que conocía todas sus grietas. Y sin duda las había aprovechado.

- ¿Qué quiere que hagamos? —le preguntó al rato, cuando lo vio más calmado.
- ¿Qué puedo hacer? —susurró—, esto acaba con ambos.
- No adelantemos acontecimientos —se permitió aconsejarle—. Vamos a ver qué explicación nos da, y después toma las decisiones oportunas.
- En fin… —acompañó a un largo suspiro, alzando una mano para que lo ayudara a ponerse en pie—, voy a decírselo al coronel, al menos él no me ha fallado.
- Si me lo permite, señor… —le dijo, aguardando a que el hombre lo mirara—. Quizás sea mejor mantener cierta discreción, no vaya a trascender lo que no interesa, al menos hasta que se acuerde qué será lo que se diga a la prensa.
- Bien —asintió el ministro, y se quedó pensando. Cuando tomó una decisión, llevó la mirada hacia su secretario, y lo señaló con los ojos —. Dile que lo espero en mi despacho, que ha surgido algo, y entonces veremos qué explicación nos da. ¡Ah!, aseguraos de que no tiene acceso a ningún arma, no le vaya a dar por hacer alguna tontería.
- ¿Piensa que podría intentar atentar contra usted?
- No, por supuesto que no, pero no sería la primera vez que una persona que se ve en una situación así intenta quitarse la vida.
- Muy bien, señor. Voy a dar por zanjada la recepción, y después acudiré a su despacho.

El ministro asintió, y aguardó a las puertas a que el capitán le diera las órdenes al secretario. El hombre abandonó la sala de inmediato, y acompañó al ministro a su despacho, sin imaginar lo que le aguardaba.

El coronel Fernández se extrañó de que el ministro abandonara la sala sin despedirse de los invitados, y se acercó al capitán para preguntarle por su inusitada marcha.
- Ha surgido un imprevisto —le dijo—. Han acudido a su despacho, pero me ha pedido que les diga que pueden estar aquí el tiempo que deseen —añadió, señalando la mesa, sobre la que aún descansaban un buen puñado de entremeses.

El capitán García buscó la complicidad del comisario, que se acercó a él al ver que se alejaba del grupo para poder hablar con discreción.

- ¿Cómo ha ido?
- Ya te puedes imaginar, menudo mazazo.
- Quién iba a sospechar algo así.
- Sin embargo, ahora, echando la vista hacia atrás, las piezas encajan.
- ¿En qué modo? —quiso saber el comisario, al que no encajaba nada.
- Por las manos de ese tipo pasaban todos los contratos. Él era quien controlaba todo. Si pudieron amañar contratos de Defensa durante años sin que nadie sospechara, era porque quien tenía que sospechar estaba implicado.

El capitán pudo advertir que algo destellaba en la mirada del comisario, como si una chispa hubiera prendido una llama que iluminara un camino que hasta entonces había estado a oscuras, y se quedó mirándolo, sonriendo a su mirada de sabueso en trance.

- Es imposible que ese tipo pudiera haber amañado contrato alguno sin la connivencia de las empresas implicadas —dijo Albuena.
- Por supuesto —repuso el capitán, sonriendo a su perspicacia—. Casadiego se aseguró de que todo quedara bien registrado. Por los contratos legales no podemos saber qué empresas estaban implicadas, pero con las anotaciones de Casadiego podremos auditar las cuentas. No tardaremos en dar con quien haya estado facturando más de lo debido o aportando menos material del negociado.
- No tenemos las claves para desencriptar esos documentos, pero Casadiego tiene que saber de qué empresas se trata.
- Por supuesto que lo sabe, y nosotros también, pero no podemos demostrarlo, por eso es importante recuperar esas claves.
- ¿Y cómo podemos hacerlo?
- Negociando con ese muchacho —dijo, señalando con los ojos el corrillo que conformaban David Alería, su hermano y Paul.
- ¿Crees que él tiene esas claves? —dudó el comisario, meneando la cabeza hacia los lados.

- Tiene una caja de seguridad en un banco.
- ¡Joder!, si eso trascendiera, su vida no valdría nada —se alarmó el comisario al caer en la cuenta.
- Si ese joven continúa con vida, al igual que Casadiego y sus respectivas familias, es porque se han cubierto las espaldas. Si a alguno de ellos le ocurriera algo, esos papeles saldrían a la luz, nos consta que Casadiego se ha encargado de ello.
- ¿Entonces?
- Tenemos dos opciones —dijo el capitán, alzando un dedo al aire—. Una es intentar protegerlos en tanto se resuelve todo...
- Eso no es posible —rechazó el comisario tajantemente—. Esas empresas tienen más poder que muchos estados, tarde o temprano acabarían haciéndose con las pruebas que los implican y acabando con ellos.
- Entonces solo nos queda la segunda opción, que es dejarlo estar.
- ¿Y crees que esa gente se conformará con eso?
- Casadiego les ha dejado claro qué ocurriría si les pasara algo, y hasta ahora la cosa ha ido bien, no sé porqué iban a romper el pacto. Además, doy por hecho que habrá recibido una buena cantidad de dinero por su silencio.
- ¿Estás seguro de eso?
- No lo sabemos con certeza, pero no creo que nos haya devuelto todo el dinero. Seguro que tiene una buena cartera de criptomonedas.
- ¿Y qué será de David Alería? Él ha sido el más perjudicado en todo esto.
- Ya hemos hablado con sus padres, y están de acuerdo en que regrese a la universidad para terminar sus estudios. Después… el tiempo dirá. De todos modos, ya hemos pactado una indemnización importante, o sea que su vida está más que resuelta.
- Lo imaginaba —dijo Albuena, sonriendo con sarcasmo.

Ambos se giraron hacia la entrada al ver que un soldado entraba a la carrera y se dirigía hacia ellos. El capitán cogió el sobre que le tendía el joven, que, tras cuadrarse, abandonó la sala.

Albuena observó con preocupación la transmutación del rostro del capitán, que fue enrojeciendo conforme leía la nota que contenía el sobre. Después sacó una fotografía, y se la llevó al rostro.

- ¿Qué ocurre? —le preguntó Albuena.

- Los de Hezbolá han reconocido al tipo que negoció con ellos la comisión por la venta del Tiger —dijo, mostrándole la fotografía.

El comisario no se sorprendió cuando vio que se trataba del coronel Fernández Moro.

# F I N

[1] Se refiere a la aplicación móvil de Google Inc. que, mediante su tecnología *Machine Learning*, analiza objetos para su reconocimiento.
[2] Sistema Automático de Identificación Biométrica.
[3] Institución Ferial de Madrid.
[4] Brigada Central de Investigación Tecnológica.
[5] Unidad de droga y crimen organizado.
[6] Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas.
[7] Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado.
[8] Heckler & Koch USP Compact de 9 mm, arma reglamentaria de la policía.
[9] Llave de sumisión más usada en deportes de combate y artes marciales.
[10] Real Federación Española de Natación.
[11] Aplicación móvil para concertar vehículos compartidos.
[12] Dirección General de Tráfico.
[13] Sistema Automático de Identificación Dactilar.
[14] Barrio neoyorquino .
[15] Bruce Lee, considerado por críticos, expertos y medios especializados en artes marciales como el artista más influyente de todos los tiempos (Wikipedia).
[16] Famosos actores, especializados en cine de acción.
[17] Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas.
[18] Ciudad en la que se encuentra la sede de la Escuela Nacional de Policía.
[19] Coloquial. GOE, Fuerzas de Operaciones Especiales del Ejército de Tierra.
[20] Misión de formación de la Unión Europea.
[21] Gobierno regional gallego.
[22] Medicación psicoactiva conocida como: «suero de la verdad».

[23] Mecanofilia: Obsesión enfermiza para con los vehículos a motor.
[24] Parte del palo de golf con el que se golpea la bola.
[25] Misión de Formación de la Unión Europea (European Union Training Mission).
[26] Servicio de información de la Guardia Civil.
[27] Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil.
[28] Coordinación Nacional de Inteligencia y Antiterrorismo francesa.
[29] Grupo Especial de Operaciones (Unidad de élite del Cuerpo Nacional de Policía de España)
[30] Popular empresa proveedora de servicios de movilidad.
[31] Dirección General de Armamento y Material.
[32] Mando Aéreo General, organismo responsable de mantener operativas las bases y aeródromos en territorio nacional.
[33] Fusil de asalto H&K G36-E.
[34] Fabricante de munición no letal, como las granadas aturdidoras a las que se refiere el técnico.
[35] Denominación coloquial del fusil de asalto G36C de Heckler & Koch.
[36] Calibre 5,56 mm.
[37] Granada aturdidora.

---

[P1]
[P2]
[P3]
[P4]